

MENTES PODEROSAS



ALEXANDRA BRACKEN



Cuando Ruby despierta en su décimo cumpleaños, algo en ella ha cambiado. Algo lo suficientemente alarmante como para que sus padres la encierren en el garaje y llamen inmediatamente a la policía buscando ayuda. Ha sucedido. Un fenómeno inexplicable le ha arrancado de la vida que siempre ha conocido, y la ha repudiado a Thurmond, el escalofriante campo de rehabilitación del gobierno donde se destinan a los supervivientes. Ruby no ha sucumbido a la misteriosa enfermedad que ha aniquilado a la mayoría de niños de Estados Unidos, pero ella y los demás prisioneros se han convertido en algo mucho peor: porque han desarrollado poderosas habilidades mentales que no pueden controlar.



Alexandra Bracken

Mentes poderosas

Mentes poderosas - 1

ePub r1.1

Edusav 26.09.16

Título original: *The Darkest Minds*
Alexandra Bracken, 2012
Traducción: Isabel Murillo

Editor digital: Edusav
ePub base r1.2





ANIVERSARIO

EDICIÓN CONMEMORATIVA



PRÓLOGO

Cuando estalló el ruido blanco estábamos en el jardín, arrancando malas hierbas.

Yo siempre reaccionaba mal. Daba igual si estaba en el exterior, comiendo en la Cantina o encerrada en mi cabaña. Cuando sonaba, sus tonos agudos me explotaban en los oídos como una bomba de fabricación casera.

Las demás chicas de Thurmond lograban serenarse pasados unos minutos y se olvidaban de las náuseas y de la sensación de desorientación con la misma facilidad con que se sacudían las briznas de hierba adheridas al uniforme del campamento. ¿Pero yo? Yo necesitaba horas para recomponerme.

Esta vez no tendría por qué haber sido distinta.

Pero lo fue.

No entendía qué podía haber pasado para provocar aquel castigo. Estábamos trabajando tan cerca de la alambrada electrificada del campamento que olía incluso a chamuscado y percibía en los dientes las vibraciones del voltaje. Tal vez alguien se había hecho el valiente y había traspasado los límites del Jardín. O tal vez, con un poco de suerte, alguien había hecho realidad nuestras fantasías y le había lanzado una piedra al soldado de las Fuerzas Especiales Psi más próximo. En ese caso, habría valido la pena.

Lo único que sabía seguro era que los altavoces acababan de vomitar dos bramidos de advertencia: uno corto, largo el otro. Me incliné sobre la tierra húmeda con los pelos de punta, las manos en los oídos y los hombros tensos, dispuestos a recibir el envite.

El sonido que emitían los altavoces no era en realidad ruido blanco. No era aquel siniestro zumbido que flota a veces en el ambiente cuando uno está sentado en silencio, ni el débil ronroneo de una pantalla de ordenador. Para el gobierno de los Estados Unidos y su Departamento de Juventudes Psi, era el hijo bastardo engendrado entre la alarma de un coche y la fresa del dentista, sintonizado a un volumen lo bastante elevado como para hacer sangrar los oídos.

Literalmente.

El sonido desgarró los altavoces y me hizo añicos hasta el último nervio del cuerpo. Se me abrió paso entre las manos, rugiendo por encima de los gritos de un centenar de monstruosos adolescentes, y se me plantó en el punto central del cerebro, donde era imposible alcanzarlo o arrancarlo.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Intenté aplastar la cara contra el suelo y el sabor a tierra y a sangre me llenó la boca. Una chica cayó a mi lado, con la boca abierta en un grito que no logré oír. Y todo a mi alrededor se desenfocó.

Sacudí el cuerpo al compás de las interferencias, enroscándome sobre mí misma

como un pedazo de papel amarillento. Noté que unas manos me zarandeaban; oí a alguien pronunciar mi nombre —Ruby—, pero yo estaba demasiado lejos y no podía responder. Me iba, me iba, me iba, me sumergía en la nada, era como si la tierra me hubiese engullido de un solo trago. Luego la oscuridad.

Y el silencio.

CAPÍTULO UNO

Grace Somerfield fue la primera en morir.

O, como mínimo, la primera de la clase de cuarto, mi curso. Estoy segura de que, para entonces, miles, tal vez cientos de miles de niños, debían de haberse ido igual que ella. A la gente le llevó tiempo encajar todas las piezas... al menos habían concebido la manera de mantenernos en la inopia mucho después de que empezaran a morir niños.

Cuando las muertes salieron por fin a la luz, mi escuela de primaria prohibió estrictamente a los profesores y al personal que nos hablaran de lo que por aquel entonces se conocía como enfermedad de Everhart, en honor a Michael Everhart, el primer niño que había muerto víctima de la misma. Pero pronto, alguien decidió ponerle el nombre correcto: enfermedad neurodegenerativa idiopática aguda en adolescentes, o ENIAA. Y la enfermedad no había afectado únicamente a Michael. Sino a todos nosotros.

Todos los adultos que conocía ocultaban la verdad detrás de sonrisas y abrazos. Yo seguía aferrada a mi mundo de sol y ponis y a mi colección de coches de carreras. Si vuelvo la vista atrás, me cuesta creer lo ingenua que llegaba a ser, la enorme cantidad de indicios que pasé por alto. Incluso cosas notorias, como cuando mi padre, que era policía, empezó a trabajar muchas horas y no soportaba ni mirarme cuando por fin volvía a casa. Mi madre me sometió a un estricto régimen de vitaminas y se negaba a dejarme sola, ni siquiera por unos minutos.

Por otro lado, tanto mi padre como mi madre eran hijos únicos. Yo no tenía primos que hubieran muerto y encendieran con ello una señal de alarma, y la negativa de mi madre a permitir que mi padre instalara una «vorágine de basura y entretenimiento absurdo que te devora el alma» —esa cosa comúnmente conocida como televisor— aseguraba que mi mundo no se viese zarandeado por noticias espantosas. Esto, combinado con un control parental de acceso a Internet digno de la CIA, garantizaba que me preocupara mucho más la disposición de mis peluches sobre la cama que la posibilidad de morir antes de mi décimo cumpleaños.

Tampoco estaba en absoluto preparada para lo que sucedió el 15 de septiembre.

La noche anterior había llovido y mis padres me mandaron al colegio con las botas de agua rojas. En clase estuvimos hablando sobre los dinosaurios y practicamos caligrafía en cursiva antes de que la señorita Port nos enviara a comer con su habitual expresión de alivio.

Recuerdo con claridad hasta el más mínimo detalle de la comida de aquel día, no porque estuviese sentada en la mesa justo delante de Grace, sino porque ella fue la primera, y porque se suponía que aquello no tenía que suceder. No era vieja como el abuelo. No tenía cáncer como Sara, la amiga de mamá. Ni alergia, ni tos ni dolor de

cabeza: nada. Murió de repente y ninguno de nosotros comprendió lo que ocurría hasta que ya fue demasiado tarde.

Grace estaba inmersa en un intenso debate sobre si en el interior de su gelatina había una mosca. Meneaba de un lado a otro la masa roja, que temblaba, y a punto estuvo de derramarse cuando Grace apretujó el vasito con demasiada fuerza. Naturalmente, todo el mundo, incluida yo, quería dar su opinión sobre si se trataba de una mosca o era un trozo de caramelo que Grace había metido allí dentro.

—Yo no soy mentirosa —dijo Grace—. Solo...

Se interrumpió. El vasito de plástico se le deslizó entre los dedos y golpeó la mesa. Abrió entonces la boca y fijó la mirada en algo que quedaba por detrás de mi cabeza. Frunció el entrecejo, como si estuviera prestando atención a alguien que intentaba explicarle una cosa muy complicada.

—¿Grace? —Recuerdo que dije—. ¿Estás bien?

En el segundo que tardó en cerrar los párpados, vi que tenía los ojos en blanco. Grace exhaló un leve suspiro, tan suave que el aliento ni siquiera levantó los cuatro pelos castaños que se le habían pegado a los labios.

Los que estábamos sentados junto a ella nos quedamos paralizados, aunque todos debimos de pensar lo mismo: se ha desmayado. Un par de semanas antes, Josh Preston había perdido el conocimiento en el patio porque, según nos explicó más tarde la señorita Port, no tenía suficiente azúcar en el organismo... una cosa tan tonta como esa.

Una ayudante de comedor se acercó corriendo a la mesa. Era una de las cuatro señoras mayores con visera blanca y silbato que se turnaban para vigilarnos en el comedor y en el patio durante la semana. No tengo ni idea de si tenía algún tipo de titulación médica más allá de unas vagas nociones de reanimación cardiovascular, pero de todas maneras depositó rápidamente en el suelo el flácido cuerpo de Grace.

El público quedó cautivado cuando la mujer acercó el oído a la camiseta rosa fucsia de Grace para escuchar un latido que ya no estaba allí. No sé qué pensaría aquella mujer, pero empezó a dar gritos y, de repente, nos vimos inmersos en un círculo de viseras blancas y caras de curiosidad. Pero solo cuando Ben Cho empujó con suavidad la mano flácida de Grace con la punta de su zapatilla deportiva, comprendimos que estaba muerta.

Entonces todos los niños se pusieron a gritar. Una niña, Tess, rompió a llorar con tanta fuerza que se le cortó la respiración. Un montón de piececitos huyeron de estampía hacia la puerta de la cafetería.

Y yo me quedé sentada, rodeada de platos de comida abandonados, mirando fijamente el vasito de gelatina y dejando que el terror se apoderara de mí hasta que tuve la sensación de que las piernas y los brazos se me quedarían pegados a aquella mesa para toda la eternidad. De no haber venido el guardia de seguridad del colegio a

sacarme de allí, no sé cuánto tiempo me habría quedado.

«Grace está muerta», estaba yo pensando. «¿Grace está muerta? *Grace está muerta*».

Y la cosa fue a peor.

Un mes más tarde, después de las primeras grandes oleadas de fallecidos, los Centros para el control y la prevención de enfermedades publicaron una lista de síntomas, resumida en cinco puntos, con el fin de ayudar a los padres a identificar si sus hijos corrían peligro de sufrir la ENIAA. A aquellas alturas, la mitad de mi clase había muerto.

Mi madre ocultó la lista tan bien que solo la encontré por casualidad, cuando me encaramé a la encimera de la cocina para buscar el chocolate que solía guardar detrás de los cacharros para preparar pasteles.

«Cómo identificar si su hijo corre peligro», decía el folleto. Reconocí enseguida el color naranja fuego del papel: era la nota que la señorita Port había mandado entregar en casa a los pocos alumnos que le quedaban. La había doblado por la mitad y cosido con tres grapas para impedir que la leyéramos. «SOLO PARA LOS PADRES DE RUBY», era la frase que se leía en el exterior, subrayada tres veces. Un subrayado triple indicaba que se trataba de un asunto grave. Mis padres me habrían castigado de haberlo abierto.

Por suerte para mí, ya estaba abierto.

1. Su hijo/a se muestra repentinamente malhumorado/a y retraído/a y/o pierde interés por actividades que antes le gustaban.

2. Empieza a mostrar una dificultad de concentración anormal o de repente se centra excesivamente en determinadas tareas, perdiendo como consecuencia la noción del tiempo y/o muestra ignorancia hacia sí mismo/a o hacia los demás.

3. Experimenta alucinaciones, vómitos, migrañas crónicas, pérdida de memoria y/o episodios de desvanecimiento.

4. Muestra propensión a arrebatos violentos, conducta atípicamente temeraria o se autolesiona (quemaduras, golpes y cortes de origen desconocido).

5. Desarrolla conductas o facultades inexplicables, peligrosas o que provocan daños en ustedes o en otras personas.

SI SU HIJO/A PRESENTA CUALQUIERA DE LOS SÍNTOMAS MENCIONADOS, REGISTRE SUS DATOS EN ENIAA.GOV Y ESPERE A QUE SE LE COMUNIQUE EL HOSPITAL LOCAL AL QUE DEBE SER TRASLADADO/A.

Cuando acabé de leer el folleto, volví a doblar el papel con cuidado, lo guardé de nuevo donde lo había encontrado y vomité en el fregadero.

La abuela llamó por teléfono a finales de aquella semana y con su habitual estilo de ir directamente al grano, me lo contó todo. Los niños morían a diestro y siniestro, todos de mi edad. Pero los médicos estaban trabajando para encontrar una solución y

yo no tenía que temer nada, porque era su nieta y no me pasaría nada. Tenía que ser buena y avisar a mis padres si notaba algo raro, ¿entendido?

Rápidamente, la situación pasó de mala a horrorosa. Una semana después de que enterraran a tres de los cuatro niños de mi vecindario, el presidente hizo un llamamiento a la nación. Mi madre y mi padre lo vieron en directo por el ordenador, y yo lo escuché desde el otro lado de la puerta del estudio.

«Ciudadanos norteamericanos», empezó el presidente Gray, «nos enfrentamos a una crisis devastadora, una crisis que amenaza no solo la vida de nuestros hijos, sino también el futuro de nuestra gran nación. Tal vez os sirva de consuelo saber que en este tiempo de necesidad, aquí en Washington estamos desarrollando programas de apoyo a las familias afectadas por esta terrible tragedia y a los niños que tengan la bendición de sobrevivir a ella». Ojalá hubiera podido verle la cara, porque creo que sabía —debía de saberlo— que esa amenaza, ese obstáculo en nuestro supuestamente glorioso futuro, no tenía nada que ver con los niños que habían muerto. Enterrados o reducidos a cenizas, ya no podían hacer otra cosa que atormentar los recuerdos de quienes los habían querido. Se habían ido. Para siempre.

¿Y aquella lista de síntomas, la que la maestra había mandado a casa doblada y grapada, que había aparecido centenares de veces en los noticiarios mientras las caras de los fallecidos desfilaban por la parte inferior de la pantalla? Nunca les habían dado miedo los niños que pudieran morir ni los espacios vacíos que pudieran dejar tras ellos.

Lo que les daba miedo éramos nosotros: los que habíamos salido vivos de aquello.

CAPÍTULO DOS

El día que nos trasladaron a Thurmond llovía, y siguió lloviendo toda la semana, y la semana después. Lluvia gélida, de esa que se habría convertido en nieve con un par de grados menos. Recuerdo ver las gotas de lluvia trazar senderos desesperados en la ventana del autobús escolar. De haber estado en casa, en el interior de uno de los dos coches de mis padres, habría seguido su sinuoso recorrido en el cristal con la punta de los dedos. Pero tenía las manos atadas a la espalda, y los hombres uniformados de negro nos habían ordenado sentarnos de cuatro en cuatro en los asientos. Apenas había espacio para respirar.

El calor de un centenar de cuerpos empañaba las ventanas del autobús y hacía las veces de pantalla que nos separaba del mundo exterior. Posteriormente, rociarían con pintura negra las ventanas de los autobuses amarillos que utilizaban para transportar a los niños. Pero, por entonces, aún no se les había ocurrido.

Pasé las cinco horas del trayecto pegada a la ventana, por lo que conseguía ver fragmentos de paisaje cuando la lluvia amainaba un poco. Todo me parecía igual: granjas verdes, bosques frondosos. Imaginé que seguíamos todavía en Virginia. Hubo un momento en que la niña sentada a mi lado, a la que posteriormente clasificarían como Azul, pareció reconocer una señal, puesto que se inclinó sobre mí para poder ver mejor. Me sonaba de algo, como si hubiese visto esa cara por mi ciudad, o tal vez fuera del pueblo vecino. Creo que todos los niños que iban conmigo eran de Virginia, aunque era imposible saberlo con total seguridad ya que allí solo imperaba una regla: el *silencio*.

Después de que el día anterior vinieran a buscarme a mi casa, me retuvieron junto con los demás niños en una especie de almacén, donde pasamos la noche. El espacio estaba bañado por una luminosidad artificial. Nos hicieron sentar a todos juntos en el sucio suelo de cemento y nos enfocaron con tres reflectores. No nos dejaron dormir. Me lloraban tanto los ojos por el polvo que me resultaba imposible ver las pegajosas y pálidas caras de los demás niños, y mucho menos las de los soldados que nos vigilaban apostados más allá de aquel círculo de luz. Por alguna siniestra razón, habían dejado de ser entidades completas, hombres y mujeres normales. En la neblina gris de mi sopor, los procesaba en pequeños y aterradores fragmentos: el hedor a gasolina del betún, el crujido del cuero, la mueca de asco de las bocas. La punta de una bota que se me clavaba en el costado y me obligaba a permanecer despierta.

A la mañana siguiente, el recorrido transcurrió en completo silencio con la excepción de las radios de los soldados y los lloros de los niños del fondo del autobús. El niño sentado en el otro extremo de mi asiento se hizo pipí encima, pero ni se le pasó por la cabeza decírselo a la soldado pelirroja de las FEP que estaba apostada a su

lado. Ya le había arreado un bofetón cuando se había quejado de que no había comido nada en todo el día.

Flexioné los pies descalzos contra el suelo, intentando no mover las piernas. El hambre me producía sensaciones raras en la cabeza, incluso rompía a reír de vez en cuando para superar las punzadas de terror que me asaltaban. Me resultaba difícil concentrarme, y más difícil si cabe permanecer sentada sin moverme; tenía la sensación de estar encogiéndome, como si intentara fundirme con el asiento hasta desaparecer por completo. Apenas sentía las manos después de tenerlas tanto rato atadas en la misma posición. Lo único que conseguía si trataba de tensar la cinta de plástico con que las tenía sujetas, era clavármela aún más hondo en la ya inflamada piel.

«Fuerzas Especiales Psi», ese era el término que había utilizado el conductor del autobús para referirse a él y a los demás cuando habían ido a recogerlos al almacén. «Vais a venir con nosotros y quedaréis bajo la autoridad del comandante de las Fuerzas Especiales Psi, Joseph Traylor». Agitó un papel que tenía en la mano para demostrarlo, por lo que supuse que decía la verdad. Fuera como fuese, a mí me habían enseñado que nunca hay que llevar la contraria a los adultos.

El autobús se desvió de la estrecha carretera por la que circulábamos para tomar un camino sin asfaltar e iniciar un pronunciado descenso. Las vibraciones despertaron a todo aquel que hubiera tenido la suerte o el agotamiento suficientes como para caer dormido. Y pusieron en acción a los uniformes negros. Los hombres y mujeres enderezaron la espalda y dirigieron su atención hacia el parabrisas delantero.

Lo primero que vi fue la imponente alambrada. Empezaba a oscurecer y el cielo grisáceo proyectaba una deprimente sombra azulada sobre la escena, pero no sobre la valla, que emitía destellos plateados mientras el viento soplaba entre los huecos. Vi por la ventana docenas de mujeres y hombres uniformados, escoltando el autobús a paso ligero. Los soldados de las FEP que estaban en la garita de control se levantaron y saludaron al conductor cuando el autobús pasó por su lado.

El autobús se detuvo por fin y nos ordenaron que permaneciésemos sin movernos mientras la verja del campamento se deslizaba hasta cerrarse. En el silencio, los cerrojos retumbaron como un trueno al volver a unirse. No éramos el primer autobús que llegaba allí (el primero lo había hecho un año atrás). Ni tampoco íbamos a ser el último. Eso sería tres años más tarde, cuando el campamento alcanzara su máxima ocupación.

Hubo un único suspiro de desasosiego cuando un soldado que se protegía con un poncho negro de lluvia dio unos golpes a la puerta del autobús. El conductor extendió el brazo y tiró de la palanca... y acabó con cualquier esperanza de que aquello pudiera ser una breve parada para hacer pipí.

Era un hombre enorme, el típico que haría el papel de gigante malvado en una

película, o de malo en unos dibujos animados. El soldado de las FEP seguía con la capucha subida, escondiendo de este modo la cara y el pelo y cualquier otro rasgo que me permitiera reconocerlo después. Supongo que carecía de importancia. No hablaba por él. Hablaba en nombre del campamento.

—Os pondréis de pie y saldréis del autobús de manera ordenada —vociferó. El conductor intentó pasarle el micrófono, pero el soldado lo apartó de un manotazo—. Os dividiréis en grupos de diez e iréis pasando para someteros a una prueba. No intentéis huir. No habléis. No hagáis *nada* que no se os haya pedido. El que no siga estas instrucciones será castigado.

Con diez años de edad, era una de las más pequeñas del autobús, aunque sin duda había niños incluso menores que yo. La mayoría tendría doce años, puede que trece. El sentimiento de odio y desconfianza que abrasaba la mirada del soldado tal vez me llevara a encogerme de miedo, pero también sirvió para encender un sentimiento de rebeldía entre los mayores.

—¡Qué te jodan! —gritó alguien desde la parte trasera del autobús.

Nos giramos todos a una, justo a tiempo de ver cómo la PSF pelirroja le clavaba la culata del rifle en la boca al adolescente. El chico soltó un grito de dolor y sorpresa cuando la soldado repitió la acción, y entonces vi que escupía un poco de sangre al respirar con rabia. Era imposible eludir el ataque con las manos atadas a la espalda. Tenía que resignarse y recibirlo.

Empezaron a sacar a los niños del autobús, de cuatro en cuatro. Pero yo seguía mirando a aquel chico, que parecía empañar con su silenciosa y tóxica rabia la atmósfera que lo rodeaba. No sé si se dio cuenta de que estaba mirándolo o qué pasó, pero el chico se volvió y nuestras miradas se encontraron. Me dirigió un gesto de asentimiento, como para darme ánimos. Y cuando sonrió, lo hizo con la boca ensangrentada. Noté entonces que me arrancaban del asiento y, sin que me diera tiempo a percatarme de lo que ocurría, me encontré bajando los mojados escalones del autobús y cayendo al suelo bajo la intensa lluvia. Otro soldado de las FEP tiró de mí para levantarme y me condujo hacia donde estaban otras dos niñas de mi edad. La ropa, deformada y translúcida, parecía piel vieja sobre sus cuerpos.

Había casi una veintena de soldados de las FEP, pululando entre las ordenadas hileras de niños. El barro me había engullido por completo los pies y no podía dejar de temblar en el interior de mi pijama, pero nadie se dio cuenta, y nadie vino tampoco a cortarnos las correas de plástico que nos sujetaban las manos. Esperamos, en silencio, con la lengua apretada entre los dientes. Levanté la vista hacia las nubes y la cara se me empapó de lluvia. Era como si el cielo se estuviera haciendo añicos.

Quedaba por salir del autobús el último grupo de cuatro, en el que estaba el chico de la cara destrozada. Sería el último en bajar, justo detrás de una chica alta y rubia

con la mirada perdida. Apenas podía discernir sus figuras a través de la cortina de lluvia y el vaho que empañaba las ventanas del autobús, pero estaba segura de haber visto al chico inclinarse hacia delante y susurrarle algo al oído a la chica, justo cuando ella pisaba el primer escalón.

La chica asintió haciendo un brusco gesto con la barbilla. En el instante en que sus zapatos rozaron el barro, salió disparada hacia la derecha y esquivó las manos del soldado de las FEP más próximo. Otro soldado rugió un aterrador «¡Detente!», pero la chica siguió corriendo, directa hacia las puertas. Con la atención de todo el mundo volcada en ella, nadie siguió mirando al chico que estaba todavía en el autobús... nadie excepto yo. Descendía con sigilo los escalones y tenía la parte delantera de la sudadera blanca manchada de sangre. La soldado de las FEP que le había golpeado antes estaba ahora ayudándole a bajar del autobús, como había hecho con todos nosotros. Cuando vi que lo agarraba por el codo, sentí el eco de sus dedos en mi magullada piel; vi que el chico se giraba y le decía algo con una expresión de absoluta calma en el rostro.

Vi cómo la soldado de las FEP le soltaba el brazo, desenfundaba el arma y, sin decir palabra —sin pestañear siquiera—, se introducía el cañón en la boca y apretaba el gatillo.

No sé si grité yo, o si aquel sonido ahogado procedía de la mujer al darse cuenta de lo que estaba haciendo, dos segundos demasiado tarde para impedirlo. La imagen de su cara —la mandíbula desencajada, los ojos que se le salían de las órbitas, las ondulaciones de la piel repentinamente suelta— permaneció impresa en el aire, como el negativo de una fotografía, durante mucho más tiempo que la explosión de la nebulosa de sangre rosada y mechones de pelo que se estampó contra el autobús.

El niño que estaba a mi lado cayó desmayado al suelo y, de los demás, ninguno pudo contener un grito.

La soldado de las FEP se derrumbó al suelo en el mismo instante en que la chica caía al barro víctima de un placaje. La lluvia hizo desaparecer enseguida la sangre de las ventanas del autobús y de los letreros amarillos, alargando las gruesas líneas oscuras, desdibujándolas hasta consumirlas por completo. Fue muy rápido.

El chico miraba hacia nosotros.

—¡Corred! —gritó entre los dientes partidos—. ¿Pero qué hacéis? ¡Corred, corred!

Y lo primero que me pasó por la cabeza no fue «¿Quién eres?», o ni tan siquiera «¿Por qué?».

Fue: «Es que no tengo dónde ir».

El pánico que provocó fue el mismo que si hubiera volado el autobús entero. Hubo niños que le hicieron caso e intentaron abrir el cerrojo de la puerta, pero su camino se vio interceptado por un montón de soldados de negro que parecían haber surgido de la

nada. La mayoría, sin embargo, se quedó allí, gritando y gritando sin parar, bajo la lluvia incesante, entre el barro que les engullía los pies y les impedía moverse. Una chica me golpeó con el hombro y me hizo caer al suelo, mientras otros soldados de las FEP corrían a por el chico, que seguía en la puerta del autobús. Los demás soldados nos ordenaron a gritos que nos sentáramos en el suelo y que no nos moviéramos, así que obedecí a pies juntillas.

—¡Naranja! —oí vociferar a uno de ellos por su transmisor—. Tenemos un problema en la puerta principal. Necesito autorización para un Naranja...

No me atreví a levantar la cabeza hasta que nos tuvieron de nuevo a todos agrupados, incluyendo al chico que había sufrido la herida en la cara. Y fue entonces cuando noté un escalofrío en la espalda y empecé a preguntarme si sería él el único entre todos nosotros capaz de hacer algo como lo que acababa de hacer. O si todos los que me rodeaban estaban allí porque también eran capaces de provocar que alguien acabara con su vida de esa manera.

«Yo no», retumbó en mi cabeza, «yo no, han cometido un error, un error...».

Con un sentimiento de vacío en el pecho, vi que uno de los soldados cogía un bote de pintura en spray y trazaba una X enorme de color naranja en la espalda del chico, que había dejado de gritar única y exclusivamente porque dos soldados de las FEP le habían puesto una extraña máscara negra que le cubría la parte inferior de la cara, como el bozal de un perro.

La tensión me empapaba la piel, como si fuera sudor. Cruzamos el campamento en fila rumbo a la enfermería, donde seríamos clasificados. De camino, vimos otros niños que marchaban en dirección contraria, procedentes de una zona donde se alzaban patéticas cabañas de madera. Llevaban uniformes blancos, con una X dibujada en la espalda y un número escrito en negro por encima de ella. Vi X de cinco colores distintos: verde, azul, amarillo, naranja y rojo.

Los niños con la X verde y azul caminaban con las manos libres. Pero los que llevaban una X de color amarillo claro, naranja o rojo se veían obligados a avanzar por aquel lodazal con esposas metálicas en manos y pies, unidos unos a otros por una larga cadena. Los marcados con la X naranja llevaban la cara medio cubierta con la máscara tipo bozal.

Nos empujaron hacia las luces y el ambiente seco de lo que un letrero de papel rasgado etiquetaba como «ENFERMERÍA». Los médicos y enfermeros que llenaban el amplio vestíbulo nos observaron con expresiones de desagrado y movimientos negativos de cabeza. El suelo de baldosas dispuestas en damero estaba resbaladizo por la lluvia y el barro y tuve que concentrarme para no caer. Percibí un fuerte olor a alcohol y ambientador de limón.

Subimos en fila de uno la oscura escalera de cemento que conducía a la parte posterior del primer piso, una planta con camas vacías y mustias cortinas blancas.

Naranja no. Roja no.

Tenía aún una fuerte sensación de náusea en la boca del estómago. Me resultaba imposible borrar la imagen de la cara de aquella mujer en el momento de apretar el gatillo, o del amasijo de pelo ensangrentado que había aterrizado casi a mis pies. Me resultaba imposible borrar la imagen de la cara de mi madre cuando me había encerrado en el garaje. E imposible también borrar la imagen del rostro de mi abuela.

«Vendrá», pensé. «Vendrá. Solucionará lo de mamá y papá y vendrá a buscarme. Vendrá, vendrá, vendrá...».

Cuando llegamos arriba, cortaron por fin el plástico que nos sujetaba las manos y volvieron a dividirnos, enviando una mitad hacia el lado derecho del gélido pasillo y la otra mitad hacia el izquierdo. Las dos alas eran exactamente iguales: varias puertas cerradas y una ventanita en cada extremo. Por un momento no hice otra cosa que mirar cómo llovía a cantaros al otro lado de aquel diminuto y empañado panel de cristal. Entonces se abrió la puerta de la izquierda con un chirrido y apareció la cara de un hombre rollizo de mediana edad. Lanzó una mirada hacia donde estábamos nosotros y le susurró algo al oído al soldado de las FEP que estaba al mando de nuestro grupo. Las demás puertas se fueron abriendo una a una y aparecieron más adultos. Lo único que tenían en común, aparte de la bata blanca, era su mirada de desconfianza.

Sin la más mínima explicación, los soldados de las FEP empezaron a tirar de los niños y a empujarlos hacia los hombres de bata blanca y sus despachos. Un estridente timbre acalló de inmediato el estallido de sonidos de confusión y ansiedad que surgió entre las filas. Me quedé inmóvil mientras veía las puertas cerrarse una tras otra y me preguntaba si algún día volvería a ver aquellos niños.

«¿Pero qué nos pasa?». Miré por encima del hombro con la sensación de tener la cabeza llena de arena mojada. El chico de la herida en la cara no se veía por ningún lado, aunque su recuerdo me había perseguido sin cesar mientras cruzábamos el campamento. ¿Nos habrían llevado allí porque creían que teníamos la enfermedad de Everhart? ¿Creían que íbamos a morir?

¿Cómo había conseguido aquel chico obligar a la soldado de las FEP a hacer lo que había hecho? ¿Qué le había dicho?

Noté entonces una mano que se deslizaba en la mía y me quedé quieta, temblando hasta tal punto que me dolían incluso las articulaciones. La niña —la misma que antes me había empujado sin querer al suelo— me lanzó una feroz mirada. Tenía el pelo, rubio oscuro, pegado a la cabeza y enmarcando una cicatriz rosada que discurría entre el labio superior y la nariz. Sus ojos eran oscuros y brillantes, y cuando habló vi que le habían cortado los alambres del aparato dental, pero que le habían dejado los pedacitos metálicos pegados a los dientes.

—No te asustes —me susurró—. No dejes que lo noten.

Escrito a mano en la etiqueta identificativa de su chaqueta se leía «SAMANTHA DAHL». El nombre le sobresalía de la nuca como una ocurrencia tardía.

Permanecimos pegadas la una a la otra de tal modo que nuestras manos entrelazadas quedasen ocultas entre el tejido del pantalón de mi pijama y su chaqueta acolchada de color morado. La habían recogido de camino al colegio la misma mañana que habían venido a por mí. De eso hacía ya un día, y recordaba muy bien el centelleo de odio de sus ojos oscuros, en la parte trasera de la furgoneta en la que nos habían encerrado. A diferencia de los demás, ella no había gritado.

Los niños que habían desaparecido detrás de las puertas aparecieron de nuevo, con un jersey gris y un pantalón corto entre las manos. En lugar de reintegrarse a la fila, se dirigieron de nuevo a la planta baja sin que a nadie le diera tiempo a cruzar una palabra o una mirada con ellos.

«No parece que les hayan hecho daño». Olía a rotulador permanente y a algo que podía ser alcohol, pero ninguno de ellos lloraba ni sangraba.

Cuando por fin le tocó el turno a la niña que estaba a mi lado, el soldado de las FEP encargado de mi fila nos obligó a separarnos con un brusco tirón. Yo quería entrar con ella, enfrentarme a lo que quiera que hubiese detrás de aquella puerta. Cualquier cosa era mejor que volver a quedarme sola sin nada ni nadie a lo que aferrarme.

Me temblaban las manos de tal forma que tuve que cruzarme de brazos y sujetarme los codos con fuerza para impedirlo. Era la primera de la fila y fijé la vista en el reluciente fragmento de baldosas que quedaba entre las botas negras del soldado de las FEP y mis pies embarrados. La noche que había pasado en blanco me había dejado agotada y el olor del betún de las botas del soldado aumentó la sensación de mareo.

Y entonces me llamaron.

Casi sin darme cuenta de que había entrado, me encontré en un despacho tenuemente iluminado, de la mitad del tamaño de mi abarrotada habitación en casa.

—¿Nombre?

Tenía enfrente de mí una camilla y, por encima, una extraña máquina gris en forma de aureola.

Por detrás del ordenador portátil que había sobre la mesa apareció entonces la cara del hombre de la bata blanca. Era de aspecto frágil, con unas gafas plateadas de montura fina que parecían en grave peligro de resbalarse nariz abajo al más mínimo movimiento. Su voz tenía un tono artificialmente agudo y más que hablar, había graznado. Pegué la espalda a la puerta cerrada, intentando abrir espacio entre el desconocido, la máquina y mi persona.

El hombre de la bata blanca siguió mi mirada en dirección a la camilla.

—Es un escáner. No debes tener miedo.

No debí de parecerle muy convencida, puesto que continuó diciendo:

—¿Te has roto alguna vez un hueso o te has dado un golpe fuerte en la cabeza?
¿Sabes qué es un TAC?

Fue la paciencia de su voz lo que me empujó a dar un paso al frente. Negué con la cabeza.

—Enseguida te pediré que te tiendas en la camilla y utilizaré esta máquina para asegurarme de que la cabeza está en orden. Pero antes tienes que decirme cómo te llamas.

«Asegurarme de que la cabeza está en orden». ¿Cómo podía saber...?

—¿Cómo te llamas? —dijo, en un tono repentinamente crispado.

—Ruby —respondí, y tuve que deletrearle el apellido.

Empezó a teclear en el ordenador, distraído por un momento. Desvié de nuevo la mirada hacia la máquina y me pregunté si me dolería que me examinasen la cabeza. Me pregunté si aquel hombre podría ver todo lo que yo había hecho.

—Maldita sea, cada vez son más perezosos —refunfuñó el hombre de la bata blanca, más para sus adentros que dirigiéndose a mí—. ¿No te han hecho la clasificación previa?

No tenía ni idea de lo que quería decir.

—¿No te hicieron preguntas cuando te recogieron? —preguntó, levantándose. La habitación no era ni mucho menos grande. En dos pasos se plantó a mi lado y en dos segundos caí presa del pánico—. ¿Hablaron tus padres con los soldados acerca de tus síntomas?

—¿Síntomas? —dije—. Yo no tengo ningún síntoma... yo no tengo la...

El hombre movió la cabeza de lado a lado, más enfadado que otra cosa.

—Cálmate, aquí estás a salvo. No voy a hacerte daño —dijo. Siguió hablando, con una voz inalterable y un centelleo en los ojos. Parecía que lo tuviera ensayado—: Hay síntomas de muchos tipos —me explicó, inclinándose para mirarme a los ojos. Yo solo veía unos dientes torcidos y unas ojeras oscuras bajo sus ojos. El aliento le olía a café y hierbabuena—. Muchos tipos de... niños. Voy a hacerte una fotografía del cerebro que nos ayudará a llevarte con los que son como tú.

Hice un gesto negativo.

—¡No tengo ningún síntoma! Vendrá enseguida mi abuela, de verdad, se lo juro... ella se lo dirá, ¡por favor!

—Dime, cariño, ¿se te dan bien las matemáticas y los puzzles? Los verdes son increíblemente inteligentes y tienen una memoria asombrosa.

Recordé a los niños que había visto fuera, las X de colores que llevaban dibujadas en la espalda de la camiseta. «Verde», pensé. «¿Y qué más colores había? Rojo, Azul, Amarillo y...».

Y Naranja. El que le habían puesto al chico de la cara ensangrentada.

—De acuerdo —dijo el hombre, suspirando—, ahora acuéstate en la camilla y empezaremos. Ahora mismo, por favor.

No me moví. Los pensamientos se me atropellaban en la mente. Me costaba incluso mirar a aquel hombre.

—Ahora —repitió, acercándose a la máquina—. No me obligues a llamar a un soldado. No son tan agradables, créeme. —La pantalla de un panel lateral cobró vida con un solo toque y la máquina se iluminó. En el centro del círculo gris apareció una resplandeciente luz blanca que parpadeó para prepararse antes de iniciar la prueba. La máquina empezó a resoplar aire caliente y a lanzar unos gemidos que se me colaron por todos los poros del cuerpo.

Y empecé a repetirme constantemente esta frase: «Lo sabrá, sabrá lo que les hice».

Volví a pegar la espalda a la puerta y empecé a buscar a tientas el pomo, con la mano. Todos y cada uno de los discursos sobre los desconocidos que había oído en boca de mi padre estaban haciéndose realidad. Aquel no era un lugar seguro. Y aquel hombre no era en absoluto agradable.

Temblaba con tanta fuerza que el hombre debió de pensar que iba a desmayarme. O eso, o se disponía a acostarme en aquella camilla a la fuerza e inmovilizarme allí hasta que bajara la máquina y ya no pudiera moverme más.

Antes no me había sentido capaz de echar a correr, pero ahora sí. Justo en el momento en que localizaba el pomo, sin embargo, noté que una mano me apartaba la desgredada mata de cabello oscuro y me agarraba por la nuca. Me estremecí al sentir el contacto de la mano helada en mi piel encendida, pero fue la explosión de dolor en la base del cráneo lo que me hizo gritar.

El hombre me observó fijamente, sin pestañear, con una mirada de repente desenfocada. Pero yo empecé a verlo todo, a ver cosas imposibles. Unas manos que tamborileaban sobre el volante de un coche, una mujer con un vestido negro que se inclinaba para darme un beso, una pelota de béisbol que volaba hacia mi cara, un infinito prado verde, una mano que acariciaba el pelo de una niña... Las imágenes se desplegaban detrás de mis párpados cerrados como una vieja película casera. Las formas de personas y objetos se fundían en mi retina y permanecían allí, flotando como fantasmas hambrientos detrás de mis párpados.

«Esto no es mío», gritaba mi cerebro. «Nada de esto me pertenece».

¿Podrían ser de ese hombre? Esas imágenes... ¿serían recuerdos? ¿Pensamientos?

Y entonces vi más cosas. Un niño, aquel mismo escáner sobre él, titilando y echando humo. *Amarillo*. La palabra se me formó en los labios, como si yo estuviera allí y pudiera pronunciarla. Vi a una niña pelirroja en el otro extremo de una habitación muy parecida a aquella; vi que alzaba un dedo y que la mesa y el ordenador que tenía delante se levantaban varios centímetros del suelo. *Azul*... de nuevo la voz del hombre

en mi cabeza. Un niño que examinaba un lápiz con una intensidad aterradora, hasta que el lápiz estallaba en llamas. *Rojo*. Cartulinas con imágenes y números delante de la cara de un niño. *Verde*.

Cerré los ojos con fuerza, pero me resultó imposible alejar las imágenes que llegaron a continuación: filas de monstruos con bozal. Yo estaba arriba, contemplando la escena a través de una ventana mojada por la lluvia, pero veía las esposas y las cadenas. Lo veía todo.

«Yo no soy una de ellos. Por favor, por favor, por favor...».

Caí de rodillas al suelo y apoyé las manos en las baldosas, esforzándome por no vomitar. El hombre de la bata blanca seguía sujetándome por la nuca con una mano.

—Soy Verde —sollocé.

Las palabras quedaron amortiguadas por el zumbido de la máquina. La luz, antes brillante, no hacía más que amplificar los latidos que retumbaban detrás de mis párpados. Miré los ojos vacíos de aquel hombre, suplicándole que me creyera.

—Soy Verde... por favor, *por favor*...

Pero vi la cara de mi madre, la sonrisa que me había regalado el chico de la cara destrozada, como si en cierta manera se hubiera visto reflejado en mí. Él sí sabía lo que yo era.

—Verde...

Levanté la cabeza al oír la voz que flotaba sobre mí. Miré fijamente al hombre y él me devolvió una mirada desenfocada. Murmuraba algo con voz pastosa, como si masticase las palabras.

—Soy...

—Verde —dijo, moviendo la cabeza.

Su voz sonó entonces más fuerte. Yo seguía en el suelo cuando el hombre apagó la máquina, y seguía tan conmocionada cuando se sentó de nuevo a la mesa que incluso me olvidé de llorar. Pero hasta que no cogió el espray de pintura verde y trazó una gigantesca X en la parte trasera de la camiseta de uniforme, no recordé que debía seguir respirando.

«Todo irá bien», me dije mientras recorría de nuevo el frío pasillo y bajaba las escaleras para reunirme con las niñas y los hombres uniformados que me esperaban. No fue hasta aquella noche, acostada en mi litera e incapaz de dormir, cuando me di cuenta de que solo iba a tener una oportunidad de escapar... y de que no la había aprovechado.

CAPÍTULO TRES

A Samantha —Sam— y a mí nos asignaron la Cabaña 27, junto con el resto de las niñas del autobús a las que se había clasificado como Verdes. Catorce en total, aunque al día siguiente ya había veinte más. Una semana después, pusieron el tope en treinta y pasaron a llenar la siguiente cabaña de madera junto al eternamente embarrado y pisoteado camino.

Las literas se habían asignado por orden alfabético, lo que situaba a Sam justo encima de mí; un pequeño golpe de suerte, puesto que las demás chicas no se parecían en nada a ella. Se habían pasado la primera noche en silencio o llorando. A mí ya no me quedaba tiempo para las lágrimas. Porque tenía preguntas.

—¿Qué harán con nosotros? —le susurré desde abajo.

Estábamos en el extremo izquierdo de la cabaña y nuestras literas quedaban encajadas en el rincón. Habían edificado la estructura con tantas prisas que las paredes no eran del todo aislantes. De vez en cuando, procedente del silencioso exterior, se filtraba entre los troncos una gélida ráfaga o un copo de nieve.

—No lo sé —respondió en voz baja.

Unas cuantas literas más allá, una de las niñas se había quedado por fin profundamente dormida y sus ronquidos amortiguaban nuestra conversación. El soldado de las FEP que nos había escoltado hasta nuestra nueva residencia nos había hecho varias advertencias: nada de hablar después de que se apagaran las luces, nada de largarse, nada de utilizar nuestras monstruosas facultades, ya fuera de manera intencionada o accidental. Era la primera vez que oía a alguien referirse con el término «monstruosas facultades» a lo que nosotros podíamos hacer, en lugar de utilizar la alternativa gentil, «síntomas».

—Supongo que nos retendrán aquí hasta que encuentren la curación —prosiguió Sam—. Al menos eso fue lo que me dijo mi padre cuando los soldados vinieron a por mí. ¿Qué te dijeron tus padres?

Las manos aún no habían dejado de temblarme y cada vez que intentaba cerrar los ojos solo veía los ojos vacíos del científico mirándome. La mención de mis padres no hizo más que empeorar el martilleo que notaba dentro de la cabeza.

No sé por qué mentí. Supongo que porque era más fácil que la verdad, o quizá porque, en cierta manera, me parecía que era la verdad.

—Mis padres están muertos.

Sam cogió aire entre los dientes.

—Ojalá también lo estuvieran los míos.

—¡No lo dirás en serio!

—¿No fueron ellos los que me mandaron aquí? —Estaba elevando la voz de

forma peligrosa—. Es evidente que querían librarse de mí.

—No creo... —empecé a decir, pero me callé.

¿Acaso mis padres no buscaban también librarse de mí?

—Da lo mismo, no pasa nada —dijo, aunque era evidente que no era así y que nunca lo sería—. Nos quedaremos aquí y permaneceremos juntas, y cuando salgamos iremos donde nos dé la gana y nadie nos lo impedirá.

Mi madre solía decir que a veces bastaba con decir una cosa en voz alta para hacerla realidad. Yo no lo tenía tan claro, pero la forma de hablar de Sam, la pasión que se ocultaba tras sus palabras, me llevó a reconsiderarlo. De pronto me parecía que así podía funcionar, que si no podía volver a casa, todo acabaría bien si me quedaba con ella. Como si allá donde fuera Sam, se fuese abriendo un camino; yo tenía que limitarme a permanecer a su sombra, lejos del punto de mira de los soldados de las FEP y evitar cualquier cosa que pudiera llamar la atención hacia mi persona.

Y funcionó así durante cinco años.

Cinco años parecen toda una vida cuando un día se encadena con el otro y el mundo se acaba en la gris alambrada eléctrica que rodea tres kilómetros de barro y edificios de nefasta calidad. Jamás me sentí feliz en Thurmond, pero era soportable porque Sam estaba allí para ayudarme. Estaba allí haciendo un gesto de impaciencia cuando Vanessa, una de nuestras compañeras de cabaña, intentó cortarse el pelo con las tijeras de podar para tener un aspecto más «estiloso». («¿Para quién?», había murmurado Sam, «¿para la imagen que ve reflejada en el espejo del lavabo?»); poniendo cara de tonta y haciendo un nuevo gesto de impaciencia, a espaldas del soldado de las FEP que la había sermoneado por hablar otra vez cuando no tocaba; y dándonos sus enérgicos, aunque siempre correctos, baños de realidad cuando la imaginación de las chicas empezaba a desmadrarse o corrían rumores de que los de las FEP iban a soltarnos pronto.

Sam y yo éramos realistas. Sabíamos que no saldríamos. Soñar generaba desengaños y los desengaños generaban un canguelo depresivo que no era nada fácil quitarse de encima. Mejor permanecer en la zona gris que ser engullido por la oscuridad.

Cuando llevaba dos años viviendo en Thurmond, los supervisores del campamento empezaron a trabajar en el concepto de la Fábrica. No habían logrado rehabilitar a los peligrosos, de modo que los hicieron desaparecer de noche, pero las supuestas «mejoras» no terminaron aquí. Se les ocurrió que el campamento tenía que ser totalmente «autosuficiente». A partir de aquel momento, cultivaríamos y cocinaríamos todo lo que comiésemos, limpiaríamos los Lavabos, confeccionaríamos nuestros

uniformes e incluso los de ellos.

La estructura de ladrillo estaba emplazada en el extremo oeste del campamento y ocupaba uno de los lados del rectángulo de Thurmond. Nos hicieron excavar para poner los cimientos de la Fábrica, pero los supervisores del campamento no nos confiaron la construcción del edificio. Nos limitamos a verlo crecer, piso a piso, preguntándonos para qué sería y qué nos harían allí dentro. Eran tiempos en los que corrían tantos rumores como dientes de león arrastra el viento cuando sopla con fuerza: había quien creía que volverían los científicos para practicar más experimentos; otros que el nuevo edificio se destinaría a alojar a los Rojos, los Naranjas y los Amarillos cuando volvieran, si es que volvían; y otros eran de la opinión de que lo utilizarían para eliminarnos a todos de una vez por todas.

—Todo irá bien —me había dicho Sam una noche, justo antes de que apagaran las luces—. Pase lo que pase... ¿me has oído?

Pero no fue bien. No había ido bien antes y no iba bien ahora.

En la Fábrica no se podía hablar, pero siempre había formas de saltarse las normas. De hecho, solo nos permitían hablar entre nosotros en la cabaña, antes de que apagaran las luces. Por lo demás, todo era trabajo, obediencia y silencio. Pero es imposible convivir durante años y no desarrollar un tipo de idioma distinto a base de sonrisas y miradas a hurtadillas. Hoy nos tenían sacando lustre y cambiando los cordones de las botas de los soldados de las FEP y reforzando los botones de sus uniformes, pero un simple meneo de un cordón de zapatos suelto y una mirada a la chica que tenías enfrente —la misma que te había insultado con alguna palabrota la noche anterior— lo decía todo.

La Fábrica no era exactamente una fábrica. Creo que mejor habría sido llamarla el Almacén, puesto que el edificio constaba de un único y gigantesco espacio, con una pasarela suspendida por encima de la zona de trabajo. Los que lo habían ideado habían tenido al menos la consideración de instalar cuatro ventanales en las paredes este y oeste que, al no disponer el interior de calefacción en invierno ni de aire acondicionado en verano, permitían más el paso de las inclemencias del tiempo que el de la luz del sol.

Los supervisores del campamento siempre intentaban que todo fuera lo más simple posible: sobre el polvoriento suelo de hormigón habían instalado hileras e hileras de mesas en sentido longitudinal. Aquella mañana, había centenares de chicos trabajando en la Fábrica, todos con nuestro uniforme de Verdes. Los soldados de las FEP, armados con sus rifles negros, patrullaban por las pasarelas situadas encima de nuestras cabezas. Abajo, otros diez soldados nos controlaban más de cerca.

Sentir la presión de las miradas que llegaban desde todos los lados no resultaba más enervante de lo habitual. Pero la noche anterior había dormido mal, incluso después de haberme pasado el día entero trabajando en el Jardín. Me había acostado

con dolor de cabeza y despertado con una neblina febril en el cerebro y dolor de garganta para completar el cuadro. Notaba incluso las manos aletargadas, los dedos rígidos como lápices.

Sabía que no llevaba el ritmo adecuado, pero era, en cierto sentido, como si estuviera ahogándose. Cuanto más me esforzaba por trabajar, por mantener la cabeza a flote, más cansada me sentía y más lentos eran mis movimientos. Al cabo de un rato, y pese al esfuerzo que llevaba haciendo por mantenerme en pie, tuve que apoyarme en la mesa para no hundirme del todo. La mayoría de los días salía adelante a paso de tortuga. No realizábamos ningún trabajo importante, ni teníamos fechas de entrega que cumplir. Las tareas que nos asignaban eran simplemente para tenernos con las manos ocupadas, el cuerpo en movimiento y la cabeza muerta de aburrimiento. Sam lo llamaba «descanso forzado»: nos dejaban salir de la cabaña y el trabajo no era complicado ni cansado, como sucedía en el Jardín, pero nadie quiera ir allí.

Sobre todo cuando los acosadores entraban en juego.

Supe que estaba de pie detrás de mí mucho antes de oírle empezar a contar los zapatos relucientes, ya terminados, que yo tenía enfrente. Olía a carne adobada con especias y aceite de coche, una combinación inquietante de por sí antes incluso de que se le sumara una bocanada de humo de tabaco. Bajo el peso de su mirada, intenté enderezar la espalda, pero era como si aquel hombre estuviera clavándome los nudillos de ambas manos entre los omóplatos.

—Quince, dieciséis, diecisiete...

¿Cómo se lo hacían para que incluso los números sonaran tan desagradables?

En Thurmond no nos dejaban tocarnos, y tocar a un soldado de las FEP estaba prohibidísimo, aunque eso no significaba que ellos no pudieran tocarnos a nosotros. El hombre avanzó un par de pasos; con la punta de las botas —exactamente iguales a las que había sobre la mesa— empujó la parte posterior de mis zapatillas blancas. Viendo que yo no respondía, me pasó un brazo por encima del hombro, fingiendo que iba a examinar mi trabajo, y me estrujó contra su pecho. «Encógete», me dije, doblando la espalda y acercando la cara a la mesa, «encógete y desaparece».

—Eso no vale nada —gruñó el soldado de las FEP detrás de mí. Su cuerpo desprendía calor suficiente como para caldear el edificio entero—. Lo estás haciendo todo mal. Mira... ¡*observa*, chica!

Lo vi por vez primera por el rabillo del ojo cuando me arrancó de la mano el trapo manchado de betún y se colocó a mi lado. Era bajito, solo unos cinco centímetros más alto que yo, de nariz chata y unas mejillas que parecían aletear cada vez que respiraba.

—Así —dijo, asestándole un golpe a la bota que había cogido—. ¡Mírame!

Una trampa. Tampoco podíamos mirarlos directamente a los ojos.

Oí algunas risas contenidas a mi alrededor... no de las chicas, sino de otros soldados de las FEP que se le habían acercado por detrás.

Me sentía hirviendo por dentro. Era diciembre y en la Fábrica no podíamos estar a más de cinco grados, pero el sudor me caía por las mejillas y notaba la tos que me subía por la garganta.

Percibí un golpecito en el costado. Sam no podía levantar la vista de su trabajo, pero vi que me miraba, intentando evaluar la situación. Una oleada roja de rabia le subía desde el cuello hacia la cara y me imaginaba las palabrotas que estaría reprimiendo. Me rozó de nuevo el brazo con su huesudo codo, como para recordarme que seguía allí.

Y entonces, con una lentitud agónica, el soldado volvió a situarse a mis espaldas, me rozó el hombro y el brazo al pasar por mi lado, y depositó de nuevo la bota en la mesa, delante de mí.

—Estas botas —dijo con un ronroneo, mientras daba unos golpecitos a la bandeja de plástico que contenía el trabajo que ya había terminado—. ¿Les has puesto tú los cordones?

De no haber sabido el castigo que recibiría por ello, me habría echado a llorar. A cada segundo que pasaba me sentía más estúpida y avergonzada, pero no podía decir nada. No podía moverme. La lengua se me había hinchado tras los dientes apretados, hasta alcanzar el doble de su volumen habitual. Los pensamientos que me daban vueltas en la cabeza eran ligeros y de una extraña consistencia lechosa. Apenas podía centrar la mirada.

Más risillas a nuestras espaldas.

—Todos los cordones están mal puestos.

Me rodeó por el costado izquierdo con el otro brazo, hasta que no quedó ni un centímetro de su cuerpo que no estuviera pegado al mío. Noté una nueva sensación en la garganta, un tremendo sabor a ácido.

La actividad en las demás mesas se había paralizado.

Mi silencio no sirvió para otra cosa que para envalentonarlo. Sin previo aviso, cogió la bandeja con las botas y le dio la vuelta, de modo que docenas de botas cayeron sobre la mesa con gran estrépito. La Fábrica entera estaba mirando. Todo el mundo me vio, era el foco de atención.

—¡Mal, mal, mal, mal, mal! —entonó, golpeando una a una las botas.

Pero no estaban mal. Estaban perfectas. No eran más que botas, pero sabía muy bien los pies que estaban destinadas a calzar. Sabía que era mejor no decir nada.

—¿Eres igual de sorda que tonta, Verde?

Y entonces, con perfecta claridad, oí que Sam decía:

—Esa bandeja era la mía.

Y no pude más que pensar: «No, oh, no».

Noté que el soldado de las FEP cambiaba de posición a mis espaldas, noté que se alejaba de mí, sorprendido. Siempre actuaban igual: les sorprendía que nos

acordáramos de hablar, y que utilizáramos nuestras palabras contra ellos.

—¿Qué has dicho? —vociferó.

Vi el insulto abriéndose paso hacia los labios de Sam, girando en el interior de su boca como un caramelo de limón.

—Me has oído perfectamente. ¿O acaso inhalar ese betún ha acabado con las pocas neuronas inútiles que pudieran quedarte?

Cuando Sam me miró supe lo que quería. Supe lo que estaba esperando. Exactamente lo que ella acababa de darme: respaldo.

Retrocedí un paso y crucé los brazos sobre el vientre. «No lo hagas», me dije, «no lo hagas. Ella puede apañárselas sola». Sam no tenía nada que esconder, y era valiente... pero cada vez que hacía esto, cada vez que daba la cara por mí, yo me encogía de miedo y tenía la sensación de estar traicionándola. Una vez más, la voz se me quedó encerrada detrás de numerosas capas de recelo y temor. Si algún día comprobaran mi expediente, si alguna vez estudiaran con detenimiento los espacios en blanco que contenía y trataran de llenarlos, cualquier castigo que pudieran imponerle a Sam no podría compararse jamás con el que me impondrían a mí.

Eso fue lo que me dije, al menos.

El tipo torció ligeramente la boca por el lado derecho, un gesto que transformó una débil sonrisa en una mueca afectada.

—Veo que tenemos a una que está viva.

«Vamos, vamos, Ruby». Su forma de ladear la cabeza y la tensión de sus hombros lo decían todo. Ella no entendía lo que podía pasarme. Yo no era tan valiente como ella.

Pero quería serlo. Quería serlo con todas mis fuerzas.

«No puedo». No fue necesario que lo pronunciara en voz alta. Sam lo leyó sin problemas en mi cara. Vi en su mirada que lo comprendía, incluso antes de que el soldado diera un paso al frente y la agarrara por el brazo, separándola de la mesa, y de mí.

«Gírate», supliqué. Su cola de caballo rubia se balanceaba al ritmo de sus pasos y se alzaba por encima de los hombros de los soldados de las FEP que la escoltaban para abandonar la Fábrica. «Gírate». Necesitaba que viera hasta qué punto lo sentía, que comprendiese que la presión que me oprimía el pecho y las náuseas del estómago no tenían nada que ver con la fiebre. Los pensamientos desesperados que me llenaban la cabeza me hacían sentir repugnante. Los ojos que hasta entonces habían estado posados en mí fueron levantándose a pares y el soldado nunca regresó para rematar su personal tormento. No se quedó nadie a verme llorar; hacía ya años que había aprendido a hacerlo en silencio, sin ruido. No tenían motivos para quedarse. Volvía a estar sumida en la sombra que Sam había dejado tras de sí.

El castigo por hablar cuando no tocaba era un día de aislamiento esposado a uno

de los postes del Jardín, independientemente de la temperatura y del tiempo. Había visto a niños sentados sobre una montaña de nieve, con la cara azul y sin una triste manta para taparse. Y más niños aún quemados por el sol, cubiertos de barro e intentando rascarse las picaduras de bichos con la mano que les quedaba libre. Como cabía esperar, el castigo por contestarle a un soldado de las FEP o a un vigilante del campamento era el mismo, con la diferencia de que además no te daban comida y, a veces, ni siquiera agua.

El castigo para los reincidentes era tan terrible que Sam no quiso, o no pudo, hablar de ello cuando por fin regresó a la cabaña dos días después. Entró temblando, empapada por la lluvia invernal, y con aspecto de haber dormido tan poco como yo. Salté de la litera y corrí hacia ella a tal velocidad, que la alcancé incluso antes de que hubiera llegado a la mitad de la cabaña.

Le acaricié el brazo, pero se apartó, apretando la mandíbula con tanta fuerza que su rostro cobró un aspecto aterrador. Tenía las mejillas y la nariz encarnadas por la exposición al viento, pero no se le veían cortes ni golpes. Ni siquiera tenía los ojos hinchados de tanto llorar, como yo. Cojeaba tal vez un poco, pero de no saber lo sucedido, cualquiera podría haber imaginado que regresaba de pasar una tarde entera trabajando duro en el Jardín.

—Sam —dije, aborreciendo mi voz temblorosa.

Ni se paró ni se dignó a mirarme hasta que llegamos a las literas. Apretó el puño contra las sábanas, dispuesta a encaramarse a la litera de arriba.

—Dime algo, por favor —le supliqué.

—Te quedaste allí.

La voz de Sam, sonó grave y ronca, como si llevara días sin hablar.

—No tendrías que haberlo...

Sam bajó la barbilla hasta apoyarla en el pecho. La enredada melena le cayó sobre los hombros y las mejillas, ocultándole la expresión. Y entonces lo noté: fue como si, de repente, la mano con que la estaba sujetando quedara libre. Tuve la extrañísima sensación de quedarme flotando, de ir a la deriva y alejarme de allí sin nada ni nadie a lo que agarrarme. Seguía de pie a su lado, pero ya nos separaba una gran distancia, como si acabara de abrirse un abismo tan ancho que era imposible salvarlo de un salto.

—Tienes razón —dijo finalmente Sam—. No tendría que haberlo hecho. —Exhaló un estremecedor suspiro—. ¿Pero qué te habría pasado, si no? Te habrías quedado allí, permitiéndole que te hiciera eso, y ni te habrías defendido.

Se quedó mirándome y yo deseé que apartara la vista. Sus ojos echaban chispas, nunca me habían parecido tan oscuros.

—Por mucho que te digan cosas horribles, por mucho daño que te hagan, nunca contraatacas... y lo sé, Ruby, *lo sé*, eres así, pero a veces me pregunto si algo te importa. ¿Por qué jamás plantas cara, aunque sea solo por una vez?

Su voz no era más que un susurro, pero tan desgarrado que me llevó a pensar que Sam acabaría poniéndose a chillar o a llorar como una histérica. Bajé la vista y vi que tiraba del extremo de su pantalón corto de un modo tan frenético, que apenas me percaté de las horribles marcas rojas de sus muñecas.

—Sam... Samantha...

—Quiero... —Tragó saliva. Tenía los ojos llenos de lágrimas que se negaban a caer—. Ahora quiero estar sola. Aunque sea por un rato.

No debería haberla tocado en aquel momento, cuando la fiebre y el agotamiento me aplastaban de aquel modo, cuando el terrible odio que sentía hacia mí misma me hacía temblar de aquella manera. Pero pensé que si conseguía decirle la verdad, si lograba explicarme, ya no volvería a mirarme así. Sam comprendería que lo último que yo quería —la ultimísima cosa que yo quería— era que ella sufriese por mi culpa. Sam era lo único que tenía yo allí.

Pero en el instante en que le rocé el hombro, el mundo se hundió bajo mis pies. Fue como si el fuego me prendiera las puntas del pelo y empezara a avanzar hasta apoderarse de mi cabeza. La fiebre que creía superada lo sumió todo de repente en una neblina gris. La cara inexpresiva de Sam desapareció de pronto y fue sustituida por incandescentes recuerdos que no me pertenecían —una pizarra de colegio abarrotada de problemas de matemáticas, un golden retriever escarbando el suelo de un jardín, el mundo subiendo y bajando desde la perspectiva de un columpio, una mano que arranca raíces del Jardín, mi cara pegada a la pared de ladrillo del fondo de la Cantina cuando me cae encima un nuevo puñetazo—, un ataque veloz que llegaba de todas partes, como una serie de flashes de una cámara.

Y cuando por fin volví a ser yo, seguíamos mirándonos. Por un momento creí ver mi cara de horror reflejada en sus oscuros ojos vidriosos. Pero Sam no estaba mirándome; no miraba nada más allá del polvo que flotaba con pereza en el ambiente. Conocía esa mirada perdida. Se la había visto a mi madre años atrás.

—¿Eres nueva aquí? —preguntó, mostrándose repentinamente a la defensiva y sobresaltada. Dejó resbalar la mirada de mi cara a mis huesudas rodillas, para luego fijarse de nuevo en mi cara. Inspiró hondo, como si acabara de emerger de aguas profundas y oscuras en busca de aire—. ¿Tienes un nombre, al menos?

—Ruby —musité. Fue la última palabra que pronuncié en casi un año.

CAPÍTULO CUATRO

Me despertó el agua fría y una cálida voz de mujer.

—Te pondrás bien —decía—. No te pasará nada. —No estoy muy segura de a quién creía estar engañando con aquella gilipollez, aunque era evidente que a mí no.

Dejé que volviera a acercarme la toalla húmeda a la cara y saboreé el calor que desprendía al inclinarse sobre mí. Olía a romero y a cosas del pasado. Por un segundo, solo por uno, dejó descansar una mano sobre la mía y aquel gesto me resultó casi intolerable.

No estaba en casa, y aquella mujer no era mi madre. Empecé a jadear, desesperada por no dejar salir nada. No podía llorar, ni delante de ella ni delante de ningún adulto. No me daba la gana de concederles ese placer.

—¿Te sigue doliendo?

La única razón por la que abrí los ojos fue porque ella me forzó a abrirlos. Primero uno y luego el otro, proyectando sobre ellos una luz muy intensa. Intenté levantar las manos para protegerme, pero me las habían atado con esposas de velcro. Era inútil forcejear para liberarme.

La mujer chasqueó la lengua y se retiró, llevándose con ella su fragancia floral. En el ambiente flotaba un olor intenso a desinfectante y agua oxigenada. Sabía dónde estaba.

Los sonidos de la Enfermería de Thurmond iban y venían en oleadas irregulares. Un niño que lloraba de dolor, unas botas que pisaban las baldosas blancas, el chirrido de las sillas de ruedas al desplazarse... era como si estuviera encima de un túnel con la oreja pegada al suelo, escuchando el murmullo de los coches que pasaban por debajo.

—¿Ruby?

La mujer llevaba un uniforme de quirófano de color azul y una bata blanca. Con su piel clara y su cabello rubio se fundía con la fina cortina que delimitaba el espacio donde se encontraba mi cama. Me sorprendió mirándola y sonrió, una sonrisa amplia y hermosa.

La mujer era la doctora más joven que había visto en Thurmond aunque, a decir verdad, mis excursiones a la Enfermería podían contarse con los dedos de una mano. Había ido una vez por el virus estomacal y la deshidratación que siguió a lo que Sam denominó mi «Vaciado de tripas espectacular», y otra porque me disloqué la muñeca. En ambas ocasiones, después de que me sobaran un par de manos arrugadas, me había sentido peor que antes de entrar. Nada cura más rápido un resfriado que pensar en un viejo pervertido perfumado con colonia que huele a alcohol y jabón de limón.

Pero aquella mujer... era irreal. Absolutamente en todos los sentidos.

—Soy la doctora Begbie. Trabajo como voluntaria para la Leda Corporation.

Moví la cabeza en un gesto afirmativo cuando me fijé en el emblema de un cisne dorado que adornaba el bolsillo de la bata.

Se inclinó hacia mí.

—Somos una gran empresa del sector sanitario que se dedica a la investigación y a enviar médicos a los campamentos para cuidar a chicos como tú. Si te sientes más a gusto, puedes llamarme tranquilamente Cate y olvidarte de lo de «doctora».

Por supuesto que sí. Miré fijamente la mano que me tendía. El silencio flotó en el ambiente, salpicado tan solo por el martilleo del interior de mi cabeza. Después de un momento incómodo, la doctora Begbie retiró la mano y la metió en el bolsillo de la bata, pero no sin antes pasarla por la sujeción que me mantenía amarrada a la barandilla de la cama.

—¿Sabes por qué estás aquí, Ruby? ¿Recuerdas lo que pasó?

«¿Antes o después de que la Torre intentara freírme el cerebro?». Pero no podía decirlo en voz alta. En presencia de adultos, era mejor no hablar. Escuchaban una cosa y la procesaban como otra completamente distinta. No era necesario darles una excusa para que luego pudieran hacerme daño.

Llevaba ocho meses sin utilizar la voz. Y no estaba muy segura de recordar cómo hacerlo.

La doctora adivinó la pregunta que a duras penas podía retener en la punta de la lengua.

—Pusieron en marcha el Control Calmante por una pelea que hubo en la Cantina. Por lo visto, la cosa... se descontroló un poco.

Aquello era un eufemismo. Utilizaban el Ruido Blanco —el Control Calmante, como lo llamaban los de arriba— para tranquilizarnos, por decirlo de algún modo, y a ellos no les afectaba en absoluto. Era como un silbato de ultrasonidos para perros, pero con el tono sintonizado de forma que solo pudiera captarlo y procesarlo nuestro cerebro de bicho raro.

Lo activaban por innumerables motivos, a veces por cosas tan nimias como que un niño utilizara sus facultades por accidente, o para acallar un brote de rebeldía en alguna cabaña. Pero en cualquiera de estos casos, habrían dirigido el sonido directamente a los edificios donde estuvieran los niños en cuestión. Si lo difundían por todo el campamento a través de los altavoces era porque la situación se había descontrolado de verdad. Debía de preocuparles la posibilidad de que saltara una chispa capaz de hacernos estallar a todos.

La doctora Begbie me liberó las muñecas y los tobillos sin que su rostro mostrara indicio alguno de duda. La toalla que había utilizado para limpiarme la cara colgaba de la barandilla de la cama, goteando. El tejido blanco estaba salpicado de manchones de color rojo intenso.

Levanté la mano para tocarme la boca, las mejillas, la nariz. Cuando la retiré,

apenas me sorprendió ver los dedos cubiertos de sangre oscura. Notaba que se me había formado una costra entre las fosas nasales y la boca, como si me hubiesen estampado un puñetazo en los morros.

Intentar sentarme fue la peor idea que se me podía pasar por la cabeza. El dolor que sentí en el pecho fue tan terrible que me dejé caer de nuevo casi sin darme cuenta. La doctora Begbie corrió al instante a mi lado y accionó la manivela de la cama para incorporarme.

—Tienes algunas costillas magulladas —dijo.

Traté de respirar hondo, pero la opresión en el pecho era tan grande que no conseguí dar más que una débil bocanada. La doctora no debió de darse cuenta, puesto que siguió mirándome con ojos bondadosos, y me dijo:

—¿Me permites que te formule algunas preguntas?

El hecho de que me pidiera permiso era asombroso de por sí. La examiné con detenimiento, buscando el odio escondido detrás de su expresión de amabilidad, el miedo acechando en su dulce mirada, el asco atrapado en la comisura de su boca. Nada. Ni siquiera enfado.

Un pobre niño empezó a vomitar en el box de la derecha; vi la sombra de su perfil oscuro dibujada en la cortina. No había nadie sentado con él, nadie que le diera la mano. Solo él y un recipiente donde vomitar. Y yo estaba al lado, con el corazón latiendo de manera entrecortada por miedo a que la princesa de cuento de hadas que estaba sentada a mi lado fuera a sacrificarme como un perro rabioso. Aquella mujer no sabía lo que yo era... no podía saberlo.

«Estás poniéndote paranoica», me dije. «Contrólate».

La doctora Begbie sacó de repente un bolígrafo de entre los pelos de su desmadejado moño.

—Veamos, Ruby, cuando activaron el Control Calmante, ¿recuerdas haberte caído hacia delante y haberte golpeado la cara?

—No —dije—, yo ya... ya estaba en el suelo.

No sabía qué más contarle. Su sonrisa se hizo más amplia y se volvió... algo petulante.

—¿Experimentas normalmente este dolor y este tipo de sangrado cuando activan el Control Calmante?

De pronto, el dolor que sentía en el pecho dejó de tener que ver con mis magulladas costillas.

—Lo interpretaré como un no...

No podía ver qué escribía, solo que la mano y el bolígrafo volaban sobre el papel, que escribía como si le fuera la vida en ello.

El Ruido Blanco siempre me afectaba más que a las otras chicas de mi cabaña. ¿Pero sangre? Nunca.

La doctora Begbie canturreaba mientras escribía, y me pareció que era una canción de los Rolling Stones.

Está de parte de los del campamento. Es una de ellos.

Pero... en otro mundo, tal vez no lo habría sido. Pese al uniforme de quirófano y la bata blanca, la doctora Begbie no parecía mucho mayor que yo. Tenía un rostro joven, que debía de perjudicarla a buen seguro en el universo exterior.

Siempre había pensado que los nacidos antes de la Generación Monstruo eran unos afortunados. Vivían sin miedo a lo que pudiera pasarles cuando superaran la frontera que separa la infancia de la adolescencia. Por lo que sabía, todo aquel que tuviera más de trece años cuando empezaron con las redadas de niños, estaba fuera de peligro: en el tablero de la vida, pasaba de largo del Campamento de Monstruos e iba directamente a Ciudad Normal. Pero ahora, observando a la doctora Begbie, viendo las arrugas que surcaban su cara y que nadie con veintipocos años debería tener, no estaba tan segura de que hubieran salido inmunes de aquello. Aunque sí habían salido mejor parados que nosotros, eso era evidente.

Facultades. Poderes que desafiaban cualquier explicación, unos talentos mentales tan monstruosos que médicos y científicos habían reclasificado toda nuestra generación como «Psi». Habíamos dejado de ser humanos. Nuestro cerebro rompía ese molde.

—Veo en tu informe que en la selección te clasificaron como «inteligencia atípica» —dijo al cabo de un rato la doctora Begbie—. El científico que te clasificó, ¿te sometió a todas las pruebas?

Se me hizo un gélido nudo en el estómago. Tal vez no supiera muchas cosas sobre el mundo, tal vez no hubiera estudiado más allá de cuarto de primaria, pero sabía muy bien cuándo alguien estaba intentando recabar información. Hacía ya años que los soldados de las FEP utilizaban el miedo como táctica, pero durante una época se habían dedicado a interrogar con voz amable. La falsa simpatía apestaba como el mal aliento.

«¿Lo sabe?». Tal vez, mientras estaba inconsciente, me había hecho pruebas, análisis de sangre, un escáner cerebral o vete tú a saber qué. Fui doblando los dedos uno a uno hasta que tuve ambas manos cerradas en un puño. Intenté discernir a dónde quería llegar, pero me sentía atrapada. El miedo lo desdibujaba todo.

La pregunta se quedó suspendida en el aire, colgada entre la mentira y la verdad.

El sonido de unas botas que avanzaban sobre las inmaculadas baldosas me obligó a levantar la vista y dejar de mirar la cara de la doctora. Cada paso era una señal de alarma; supe que se acercaban antes de que la doctora Begbie volviera la cabeza. Hizo un ademán para separarse de la camilla, pero no se lo permití. No sé por qué, pero la agarré con fuerza de la muñeca, mientras la lista de castigos por tocar una figura de autoridad me daba vueltas en la cabeza como un CD que salta, con un chirrido cada

vez más estridente.

No podíamos tocar a nadie, ni siquiera podíamos tocarnos entre nosotros.

—Esa vez fue distinto —susurré.

Las palabras me quemaron la garganta y mi propia voz me sonó distinta. Débil.

A la doctora Begbie solo le dio tiempo a asentir. Un movimiento mínimo, apenas imperceptible, antes de que una mano corriese la cortina.

Ya había visto alguna vez a aquel oficial de las Fuerzas Especiales Psi. Sam lo llamaba el Grinch porque parecía sacado de la película, excepto que no tenía la piel verde.

El Grinch me lanzó una mirada, torciendo el labio superior en una mueca de asco, antes de indicarle a la doctora que se acercara. La doctora Begbie suspiró y dejó el portapapeles con sus notas sobre mi regazo.

—Gracias, Ruby —dijo—. Si el dolor empeora, llama para pedir ayuda, ¿entendido?

¿Estaría drogada? ¿Quién iba a ayudarme, el niño que estaba sacando las tripas en el box de al lado?

Pero asentí de todos modos. Lo último que vi de ella fue su mano corriendo de nuevo las cortinas. Era un detalle por su parte el querer darme un poco de intimidación, aunque algo ingenuo, puesto que había cámaras negras por todas partes.

Había bombillas instaladas por todo Thurmond, ojos sin párpados que vigilaban siempre y no pestañeaban nunca. Solo en nuestra cabaña había dos cámaras, una en cada extremo, además de otra en la puerta. Parecía una exageración, pero cuando llegué al campamento, éramos tan pocos que podían vigilarnos todo el día, cada día, hasta que el cerebro les estallase de aburrimiento.

Había que forzar la vista para verlo, pero una diminuta luz roja en el interior del ojo negro era la única pista para saber que la cámara le estaba enfocando a uno. Con los años, a medida que los autobuses escolares iban trayendo más niños a Thurmond, Sam y yo nos dimos cuenta de que las cámaras de nuestra cabaña ya no tenían las luces rojas, o al menos, ya no las tenían a diario. Lo mismo sucedió con las cámaras de la Lavandería, los Lavabos y la Cantina. Supongo que con tres mil niños concentrados en poco más de un kilómetro y medio cuadrado, era imposible controlar constantemente a todo el mundo.

Pero con todo y con eso, nos vigilaban lo bastante para tenernos amedrentados. Y si uno practicaba sus facultades, aunque lo hiciera cuando caía la noche, las probabilidades de que le pillaran se situaban por encima de la media.

Aquellas luces parpadeantes eran exactamente del mismo tono que la banda de color rojo sangre que los soldados de las FEP lucían en el antebrazo derecho. Bordado sobre el tejido carmesí, el símbolo Ψ indicaba su desgraciado papel como cuidadores de los niños monstruo del país.

La cámara situada encima de la cama no tenía la luz roja encendida. Me sentí tan aliviada al comprobarlo que incluso el aire me sabía a dulce. Por un momento estaba sola y sin que nadie me observara. Y eso, en Thurmond, era casi un lujo insólito.

La doctora Begbie —Cate— no había cerrado la cortina del todo. Pasó corriendo un médico por el pasillo y la fina tela blanca se abrió un poco más, y un conocido destello azul captó mi atención. Me observaba el retrato de un niño, no mayor de doce años de edad. Tenía el pelo de un tono similar al mío —castaño oscuro, casi negro—, pero mientras que yo tenía los ojos verde claro, los del niño eran tan negros que abrasaban desde lejos. Sonreía, como siempre, las manos unidas sobre el regazo, el oscuro uniforme escolar sin una sola arruga. Clancy Gray, el primer niño internado en Thurmond.

En la Cantina había dos fotografías enmarcadas de Clancy y varias más en el exterior de los retretes de los Verdes. Me resultaba más fácil recordar esa cara que la de mi madre.

Me obligué a apartar la vista de su inquebrantable y orgullosa sonrisa. Por mucho que él hubiera salido, el resto seguíamos encerrados aquí.

Mientras intentaba ponerme cómoda, desplacé sin querer el portapapeles con las notas de la doctora Begbie, que había quedado olvidado sobre la cama, de tal modo que me quedó justo debajo del codo izquierdo.

Sabía que existía la posibilidad de que estuvieran observándome, pero me dio igual, ya que tenía numerosas respuestas al alcance de la mano. ¿Por qué lo habría dejado allí, delante de mis narices, si no quería que lo viese? ¿Por qué no se había llevado el portapapeles, como cualquier otro médico habría hecho?

¿Por qué el Ruido Blanco tenía sobre mí un efecto distinto?

¿Qué habrían descubierto?

Las luces fluorescentes del techo parecían huesos largos y malhumorados. Zumbaban como un enjambre de moscas que se me arremolinaban en los oídos. Y la sensación empeoró en cuanto le di la vuelta al portapapeles.

No era mi historia médica.

No hablaba sobre mis lesiones actuales, ni sobre la ausencia de las mismas.

No eran mis respuestas a las preguntas de la doctora Begbie.

Era una nota, y decía lo siguiente: «El nuevo Control Calmante trataba de detectar la presencia de falsos A, N y R. Tu reacción indica que saben que no eres una V. A menos que hagas lo que te digo, te matarán mañana».

Me temblaban las manos. Tuve que apoyarme el portapapeles sobre el regazo para acabar de leer el resto.

«Puedo sacarte. Tómate las dos pastillas que encontrarás debajo de esta nota antes de acostarte, pero procura que no te vean los de las FEP. Si decides no hacerlo, te guardaré el secreto, pero no podré protegerte mientras permanezcas aquí. Destruye la

nota».

Y estaba firmado: «Una amiga, si quieres».

Leí la nota una vez más antes de arrancarla del portapapeles y metérmela en la boca. Sabía igual que el pan que nos servían con las comidas.

Las pastillas estaban en el interior de una minúscula bolsa transparente unida con un clip a mi historia médica. Garabateado con la pésima caligrafía de la doctora Begbie, leí lo siguiente: «El individuo 3285 se golpeó la cabeza contra el suelo y perdió el conocimiento. Nariz fracturada como consecuencia de un codazo del Individuo 3286. Posible conmoción cerebral».

Me moría de ganas de levantar la vista y mirar la bola negra de la cámara, pero no me lo permití. Cogí las pastillas y las guardé en el interior del sujetador deportivo oficial que los supervisores del campamento nos habían asignado cuando comprendieron que aquellas mil quinientas adolescentes no tendrían siempre doce años, ni se quedarían planas eternamente. No sabía lo que hacía; la verdad es que no. El corazón me latía a tanta velocidad que por un momento dejé incluso de respirar.

¿Por qué lo habría hecho la doctora Begbie? Se había dado cuenta de que yo no era Verde, pero lo había encubierto, había mentido en su informe... ¿sería una trampa? ¿Para ver si me delataba yo sola?

Escondí la cara entre las manos. Las pastillas me quemaban la piel.

«... te matarán mañana».

¿Por qué iban a tomarse la molestia de esperar? ¿Por qué no cogerme y matarme ahora mismo? ¿No era eso lo que hacían con los demás? ¿Con los Amarillos, los Naranjas y los Rojos? Los mataban porque eran demasiado peligrosos.

«Soy demasiado peligrosa».

Pero yo no sabía utilizar mis facultades. No era como los demás Naranjas, que eran capaces de dar órdenes a raudales o inculcar pensamientos desagradables en la cabeza de los otros. Yo poseía el poder pero no tenía el control, sufría el dolor y no percibía ningún beneficio.

Por lo que había sido capaz de discernir, para que mis facultades se activasen necesitaba entrar en contacto físico con la persona, tocarla, e incluso entonces... era como si estuviese *viendo* sus pensamientos, más que aprovechándome de ellos. Nunca había intentado implantar un pensamiento en la cabeza de otro, aunque tampoco había tenido la oportunidad ni las ganas de probarlo. Cada vez que me adentraba en la cabeza de otro, de forma intencionada o no, me quedaba sumida en un caos de pensamientos, imágenes, palabras y dolor. Y tardaba horas en volver a ser yo.

Imagínate que alguien te atraviesa el pecho, pasa entre los huesos, la sangre y las entrañas y te agarra con fuerza la columna vertebral. Imagínate ahora que empieza a

zarandearte de tal manera que el mundo se pandea y se hunde bajo tus pies. Imagínate que después eres incapaz de discernir si los pensamientos que ocupan tu cabeza son en realidad tuyos o son el recuerdo involuntario del cerebro de otra persona. Imagínate la sensación de culpabilidad que produce saber que conoces el miedo o el secreto más profundo de otra persona; imagínate tener que enfrentarte a esa persona a la mañana siguiente y fingir que no has visto cómo le pegaba su padre, cómo era el vestido rosa que estrenó el día de su quinto cumpleaños, fingir que no conoces sus fantasías con ese chico o aquella chica y que no sabes que mataba mascotas del vecindario por pura diversión.

Y luego, imagínate la abrumadora migraña que sufres invariablemente a continuación, que puede prolongarse durante horas o días. Eso era lo que me pasaba. Y era por eso por lo que intentaba evitar a toda costa que mi mente rozara, aunque fuera de pasada, la de cualquier otra persona. Conocía muy bien las consecuencias. Todas.

Del mismo modo que sabía qué sucedería si me descubrían.

Di la vuelta al portapapeles justo a tiempo. Apareció otra vez el soldado de las FEP que había venido antes y corrió la cortina.

—Volverás a tu cabaña ahora mismo —dijo—. Acompáñame.

«¿A mi cabaña?». Le examiné el rostro en busca de alguna pista que me indicara que estaba mintiéndome, pero no vi nada excepto la expresión asqueada de costumbre. No pude más que asentir. Mi cuerpo era un terremoto de miedo y en el instante en que puse los pies en el suelo, fue como si me hubiesen descorchado por la nuca. Empezó a derramarse todo, los pensamientos, el terror y las imágenes. Me derrumbé sobre la barandilla de la cama y me esforcé por mantener la conciencia.

Seguía viendo puntos negros cuando el soldado de las FEP vociferó:

—¡Date prisa! No pienses que conseguirás pasar otra noche aquí simplemente por hacer cuento.

A pesar de la dureza de sus palabras, detecté una débil chispa de miedo en su rostro. Ese momento, el del paso del miedo a la rabia, podía resumir el sentimiento de todos los soldados de Thurmond. Habíamos oído rumores de que el servicio militar había dejado de ser voluntario, de que todo aquel que tuviera entre veintidós y cuarenta años de edad estaba obligado a cumplir el servicio militar, y la mayoría en las nuevas Fuerzas Especiales Psi del ejército.

Apreté los dientes. El mundo daba vueltas a mi alrededor y trataba de arrastrarme de nuevo hacia su oscuro centro. Repetí mentalmente las palabras del soldado de las FEP.

«¿Otra noche?», pensé. ¿Cuánto tiempo llevaría allí?

Aturdida, seguí al soldado hacia el pasillo. La Enfermería tenía solo dos pisos, y de poca altura. El techo era tan bajo que incluso a mí me daba la sensación de que iba a

darme con la cabeza contra los marcos de las puertas. Las camas para tratamientos cortos estaban en el primer piso, mientras que el segundo estaba reservado a niños que necesitaban someterse a lo que nosotros conocíamos como un Descanso. A veces tenían algo contagioso, pero básicamente eran niños que se habían vuelto locos, cerebros destrozados de por sí y destrozados aún más, si cabe, por Thurmond.

Intenté concentrarme en el movimiento de los omóplatos del soldado bajo el uniforme negro, pero me resultaba difícil porque casi todas las cortinas estaban abiertas y podía verse el interior de los boxes. En la mayoría de casos conseguí no mirar, o limitarme a echar una rápida ojeada, pero cuando llegué al penúltimo box antes de la puerta de salida...

Mis pies bajaron el ritmo casi por voluntad propia, de modo que los pulmones tuvieron tiempo de llenarse otra vez de aroma de romero.

Oí la agradable voz de la doctora Begbie hablándole a otro chico Verde. Lo reconocí, su cabaña era justo la de enfrente de la mía. ¿Matthew? ¿Max, tal vez? Vi que también tenía la cara ensangrentada. Le manchaba las mejillas y se le había secado ya en la zona de la nariz y los ojos. El estómago me dio un vuelco. ¿Habrían identificado también a aquel Verde? ¿Estaría la doctora Begbie proponiéndole el mismo trato? Era poco probable que yo hubiera sido la única capaz de adivinar cómo sortear el sistema de selección, a quién influir, cuándo mentir. Quizás, él y yo compartíamos el mismo color bajo la piel. Y quizás, ambos estaríamos muertos mañana.

—¡Sigue andando! —me espetó el soldado.

En ningún momento intentó disimular su fastidio mientras yo le seguía a duras penas, aunque no tenía por qué preocuparse. Mientras estuviera consciente, no me quedaría en la Enfermería ni aunque me pagasen por ello. Ni siquiera con la grave amenaza que se cernía sobre mi cabeza. Sabía lo que solían hacer allá dentro.

Sabía lo que se cocía bajo las capas de pintura blanca.

Los primeros chicos ingresados, los conejillos de Indias, habían sido sometidos a un sinfín de electrochoques y terrores cerebrales dignos de la cámara de los horrores. Por el campamento circulaban historias que se contaban con un respeto nauseabundo, casi sagrado. Los científicos andaban buscando maneras de eliminar las facultades de los niños —de rehabilitarlos—, aunque lo que en realidad consiguieron fue arrancarles las ganas de vivir. A los que salieron vivos de aquello los nombraron guardianes cuando llegó al campamento la primera oleada de niños. Llegar como parte de la segunda oleada fue para mí una extraña combinación de suerte y don de la oportunidad. Las llegadas posteriores fueron masificándose y se empezó a ampliar el campamento hasta que, tres años atrás, el espacio se quedó pequeño. Después de

aquello, ya no llegaron más autobuses.

No caminaba lo bastante rápido para el soldado. En el salón de los espejos me empujó para que avanzara. El letrero que anunciaba la salida proyectaba su sanguinolenta luz sobre nosotros; el soldado de las FEP volvió a empujarme, con más fuerza esta vez, y sonrió al verme caer. La rabia se apoderó de mí, imponiéndose al dolor persistente de los miembros y al temor de que el soldado estuviera conduciéndome a algún lado para rematar su trabajo.

Salimos al exterior e inspiré el aire húmedo de la primavera. La bocanada de llovizna me sirvió para tragarme la amargura. Necesitaba pensar. Valorar la situación. Si el soldado me llevaba a alguna parte con la intención de pegarme un tiro, y no le acompañaba nadie más, podría reducirlo fácilmente. Ningún problema en este sentido. Pero la realidad era que superar la alambrada electrificada era imposible... además de que no tenía ni idea de dónde demonios estaba.

Cuando me habían trasladado a Thurmond, la familiaridad del paisaje había sido para mí más un consuelo que un recordatorio doloroso. Virginia Occidental y Virginia eran muy similares, por mucho que los habitantes de ambos estados opinaran lo contrario. Los mismos árboles, el mismo cielo, el mismo clima asqueroso... o te calabas hasta los huesos con la lluvia, o estabas todo el día pegajoso por culpa de la humedad. Pero cabía también la posibilidad de que no estuviéramos en Virginia Occidental. Sin embargo, una de las chicas de mi cabaña juraba y perjuraba que en el camino hacia aquí había visto un cartel que rezaba «BIENVENIDO A VIRGINIA OCCIDENTAL», y estábamos trabajando en esta teoría.

El soldado de las FEP había disminuido considerablemente el ritmo para seguir mis patéticos pasos. Tropezó un par de veces en la hierba embarrada y a punto estuvo de caer justo delante de los soldados de la Torre de Control.

Cuando divisé la Torre fue como si a los grilletes y cadenas de terror que arrastraba se les sumara un peso más. El edificio en sí no era muy imponente; le llamaban la Torre simplemente porque sobresalía como un dedo roto por encima de un mar de cabañas de madera de una sola planta, dispuestas en círculos concéntricos. La alambrada electrificada constituía el círculo exterior y servía para proteger al mundo de nosotros, los monstruos. Los dos círculos siguientes los formaban las cabañas de los Verdes. Las de los Azules, los otros dos. Antes de que se los llevaran, los Rojos y los Naranjas vivían en los siguientes círculos. Eran los más próximos a la Torre, puesto que los supervisores querían tenerlos muy controlados. Pero después de que un día un Rojo prendiera fuego a su cabaña, decidieron alejar a los Rojos hacia los extremos y servirse de los Verdes a modo de seguro, por si acaso las verdaderas amenazas intentaban huir a través de la alambrada.

¿Número de intentos de fuga?

Cinco.

¿Número de intentos de fuga terminados con éxito?

Cero.

No conozco ni a un solo Azul o Verde que intentara alguna vez fugarse. Siempre que hubo intentonas desesperadas y patéticas de fuga, las protagonizaron pequeños grupos de Rojos, Naranjas o Amarillos. Y cuando los capturaron, jamás volvimos a verlos.

Aunque eso fue en los primeros tiempos, cuando teníamos más interacción con los chicos y chicas de otros colores, y antes de que nos cambiaran de cabañas. Las cabañas que habían dejado vacías los Rojos, los Naranjas y los Amarillos se convirtieron en las cabañas de los Azules, y los Verdes que iban llegando, el grupo más numeroso, fueron ocupando las antiguas cabañas de los Azules. El campamento creció hasta tal punto que los supervisores decidieron escalonar nuestras actividades, de modo que empezamos a comer según color y sexo, e incluso así, estábamos apretados en las mesas. Llevaba años sin ver de cerca a un chico de mi edad.

No empecé a respirar de nuevo hasta que la Torre quedó a mis espaldas y tuve claro, sin apenas sombra de duda, hacia dónde nos dirigíamos.

«Gracias», me dije, sin dirigir mis pensamientos a nadie en concreto. La sensación de alivio se me alojó en la garganta como un pedrusco.

Unos minutos más tarde llegamos a la Cabaña 27. El soldado me acompañó hasta la puerta y señaló el grifo que había a la izquierda. Asentí y me lavé la cara con agua fría para quitarme los restos de sangre. El soldado esperó en silencio, aunque con impaciencia. Transcurridos unos segundos, noté un tirón en la camiseta que me obligó a incorporarme. Con la otra mano, el soldado de las FEP deslizó la tarjeta de acceso en la cerradura de la puerta.

Ashley, una de las chicas de mi cabaña, abrió la puerta y la sujetó con el hombro para que yo entrara. Me cogió del brazo y dirigió un gesto de asentimiento al soldado de las FEP, que pareció quedar satisfecho. Sin decir palabra, dio media vuelta y se marchó.

—¡Dios mío! —dijo Ashley tirando de mí hacia dentro—. ¿No podían dejarte ingresada otra noche? Oh, no, claro, cuanto antes te mandaran aquí, mejor... ¿es *sangre* todo eso?

Agité las manos para soltarme, pero Ashley hizo caso omiso y me retiró la melena de la cara. Al principio no comprendí por qué me miraba de aquella manera, con los ojos abiertos de par en par, encendidos. Se mordió el labio inferior.

—La verdad... es que creía que estabas...

Seguíamos aún junto a la puerta, pero me di cuenta de que el frío se había apoderado de la cabaña, un frío que se me pegó a la piel como una capa de gélida seda.

Ashley llevaba demasiado tiempo allí como para venirse abajo, pero me sorprendió verla tan hecha polvo y sin saber qué decir. Ella y algunas chicas más eran las líderes honorarias de nuestro triste y desigual grupo, habiendo sido nominadas principalmente porque habían alcanzado determinados hitos corporales antes que las demás y, gracias a ello, podían explicarnos lo que nos pasaba sin reírse de nosotras.

Le ofrecí una débil sonrisa y me encogí de hombros, muda por completo. Pero no quedó convencida con mis gestos y no me soltó. La cabaña estaba oscura y el ambiente era húmedo, el habitual olor a moho adherido a todas las superficies, pero prefería mil veces aquello al hedor a limpio y estéril de la Enfermería.

—Dime... —Ashley cogió aire—. Dímelo si necesitas algo, ¿entendido?

«¿Y tú qué podrías hacer?», me habría gustado preguntarle. Pero me giré para dirigirme al rincón izquierdo del fondo de la abarrotada cabaña. Los susurros y las miradas me acompañaron el zigzagueante recorrido entre las filas de literas. Las pastillas que llevaba escondidas en el sujetador parecían de fuego.

—... Que se había ido —oí que decía alguien.

Vanessa, que dormía en la litera inferior que quedaba a la derecha de la mía, se había encaramado a la litera de Sam. Cuando me acerqué, interrumpieron su conversación y se quedaron mirándome. Los ojos como platos, boquiabiertas.

Verlas juntas seguía poniéndome enferma, incluso después de un año. ¿Cuántos días y cuántas noches habría pasado yo allá arriba con Sam, haciendo caso omiso a los intentos de Vanessa de arrastrarnos a sus conversaciones estúpidas y sin sentido?

El puesto de mejor amiga de Sam llevaba vacante menos de dos horas cuando Vanessa se hizo sigilosamente con él... y no pasaba un solo día en que Vanessa no me lo recordara.

—¿Qué...? —Sam asomó la cabeza por la litera. No parecía maliciosa ni hostil, como solía mostrarse últimamente. Parecía más bien... ¿preocupada? ¿Sentiría curiosidad?—. ¿Qué te ha pasado?

Hice un gesto negativo con la cabeza y sentí una fuerte opresión en el pecho, provocada por todo lo que deseaba decir.

Vanessa soltó una carcajada.

—Bonito, muy bonito. ¿Y te preguntas aún por qué no quiere seguir siendo tu amiga?

—Yo no... —murmuró Sam—. Da lo mismo.

A veces me preguntaba si quedaba todavía alguna parte de Sam que se acordara de mí, o que recordara la persona que fue antes de que yo la destragara. Me resultaba asombroso haber sido capaz de eliminar todo lo bueno de Sam, o lo que yo más adoraba de ella. Todo había desaparecido con solo tocarla.

Algunas chicas me habían preguntado en su día sobre lo sucedido entre nosotras. En su mayoría, creo, pensaban que Sam se comportaba con gran crueldad conmigo

cuando afirmaba que jamás habíamos sido amigas y que nunca lo seríamos. Yo intentaba restarle importancia, pero la verdad es que Sam era la única persona que había hecho soportable mi estancia en Thurmond. Sin ella, aquello no era vida.

No era vida, en absoluto.

Manoseé la bolsita de las pastillas.

La cabaña era marrón, marrón y más marrón. El único color distinto era el blanco de las sábanas, que además se estaba tornando amarillento con los años. No había estanterías con libros, ni pósteres, ni fotografías. Solo nosotras.

Me introduje a gatas en mi litera y me dejé caer de cara sobre las gastadas sábanas. Inspiré para oler los aromas que tan bien conocía —a lejía, sudor y algo que sin duda era tierra— e intenté no escuchar la conversación que se desarrollaba por encima de mi cabeza.

Creo que una parte de mí se había mantenido desesperadamente a la espera de reparar el mal que le había hecho a mi amiga. Pero lo hecho, hecho estaba. Aquello había pasado, mi amiga se había ido y la única culpable era yo. Lo mejor que podía hacer por ella era desaparecer; incluso en el caso de que la doctora Begbie no me hubiese engañado y fuera cierto que pensaban deshacerse de mí, no nos relacionarían. No interrogarían ni castigarían a Sam pensando que podría haberme ayudado a esconderme, como harían a buen seguro si siguiésemos siendo amigas. En Thurmond éramos casi tres mil en total y yo era la última Naranja... quizá la última en todo el mundo. O uno de los dos últimos ejemplares, en el caso de que el chico de la Enfermería fuese como yo. Que descubrieran la verdad era solo cuestión de tiempo.

Yo era peligrosa, y sabía perfectamente bien lo que hacían con los chicos peligrosos.

La rutina del campamento continuó como siempre: todos en cola a la Cantina para cenar, luego a los Lavabos y finalmente de vuelta a las cabañas, para dormir. En el exterior, empezaba a oscurecer y pronto sería noche cerrada.

—Muy bien, gatitas —le oí decir a Ashley—. De aquí a diez minutos nos apagan las luces. ¿A quién le toca?

—A mí... ¿puedo continuar donde lo dejamos? —Rachel estaba en el otro extremo de la cabaña, pero su voz chillona se oía estupendamente.

Me imaginé a Ashley haciendo un gesto de exasperación.

—Sí, Rachel. ¿No es así como lo hacemos siempre?

—De acuerdo... pues bien... resulta que la princesa. Estaba en la torre, y seguía muy triste.

—Chica —la interrumpió Ashley—, o animas un poco la cosa, o paso de tu aburrido culo y saltamos a la siguiente.

—Entendido —chilló Rachel. Me puse de lado e intenté vislumbrarla entre las filas de literas—. La princesa sufría un dolor terrible... mucho, muchísimo dolor...

—Dios mío. —Ese fue el único comentario de Ashley—. ¿Siguiente?

Macey cogió el testigo del relato y lo enlazó como mejor pudo.

—La princesa, encerrada en la torre, no hacía más que pensar en el príncipe.

Me perdí el final de la historia: me pesaban tanto los párpados que me resultaba imposible mantener los ojos abiertos.

«Si hay algo que sin duda echaré de menos de Thurmond», pensé, dejándome arrastrar por el sueño, «es esto». Los momentos de tranquilidad, cuando nos estaba permitido hablar de cosas prohibidas.

Teníamos que encontrar alguna forma de entretenernos, puesto que no teníamos más historias —ni sueños, ni futuro— que las que nosotras mismas nos inventábamos.

Me tragué las pastillas de una en una, con el sabor del caldo de pollo presente todavía en la lengua.

Habían apagado las luces de la cabaña hacía tres horas y Sam llevaba dos roncando. Abrí la bolsita y dejé caer las pastillas en el hueco de la mano. Guardé de nuevo la bolsita en el sujetador y me introduje la primera pastilla en la boca. Estaba caliente después de haber permanecido tanto tiempo en contacto con mi cuerpo, lo que no facilitó la labor de engullirla. Decidí ir a por la segunda antes de que me abandonara el valor y, con una mueca, conseguí deslizarla garganta abajo.

Y entonces, esperé.

CAPÍTULO CINCO

No recuerdo haberme quedado dormida, solo recuerdo el despertar. Y es imposible no recordarlo: el cuerpo me temblaba con tanta fuerza que me caí de la cama y me di un golpe en la cara contra la litera contigua.

Vanessa debió de llevarse un susto de muerte con el repentino estrépito y la sacudida que sufrió su litera, puesto que le oí decir:

—¿Qué demonios...? ¿*Ruby*? ¿Eres tú?

No podía levantarme. Noté que Vanessa me tocaba la cara y me di cuenta de que pronunciaba mi nombre a gritos, no en un susurro.

—¡Oh, Dios mío! —dijo alguien.

Me pareció que era Sam, pero me resultaba imposible abrir los ojos.

—¡... El botón de emergencias!

Percibí el peso de Ashley sobre las piernas. Sabía que era ella aun cuando mi cerebro entraba y salía continuamente del estado de conciencia. Una luz blanca y caliente me ardía bajo los párpados. Alguien me introdujo un objeto en la boca... algo de caucho, duro. Notaba el sabor de mi propia sangre, aunque no lograba adivinar si venía de la lengua, de los labios, o de...

Dos pares de manos me levantaron del suelo y me depositaron sobre otra superficie. Seguía sin poder abrir los ojos; me quemaba el pecho. No podía dejar de temblar y tenía la sensación de que estaban arrancándome las extremidades.

Y entonces olí a romero. Y sentí unas manos suaves y frías que me presionaban el pecho con fuerza, y después ya no sentí nada más.

La vida volvió a mí en forma de bofetón en la cara.

—Ruby —dijo alguien—. Vamos, sé que puedes oírme. Tienes que despertarte.

Abrí mínimamente los ojos y me esforcé por no volver a cerrarlos cuando percibí la luz. En las cercanías, oí una puerta que se abría y volvía a cerrarse.

—¿Es ella? —preguntó una nueva voz—. ¿Vas a sedarla?

—No, a esta no —respondió la primera voz. Conocía aquella voz. Sonaba tan dulce como siempre, solo que esta vez era quizá más afilada. Noté que la doctora Begbie me deslizaba las manos por debajo de los brazos para incorporarme—. Es dura. Podrá aguantarlo.

Había algo que olía fatal. A ácido y podrido a la vez. Abrí los ojos de golpe.

La doctora Begbie estaba arrodillada a mi lado y movía algo justo debajo de mi nariz.

—¿Qué...?

La otra voz pertenecía a una mujer joven. Tenía el pelo castaño oscuro y la piel clara, pero eso era lo único destacable. Sin percatarse de que estaba mirándola, se despojó de la bata azul y se la lanzó a la doctora Begbie.

No tenía ni idea de dónde estábamos. Era una habitación pequeña, llena de estanterías con frascos y cajas, y no olía a otra cosa que no fuera a aquello que estaba utilizando la doctora Begbie para despertarme.

—Ponte esto —dijo la doctora Begbie, obligándome a levantarme aunque no tuviera las piernas preparadas para ello—. *Vamos*, Ruby, tenemos que darnos prisa.

Notaba el cuerpo pesado, las articulaciones rotas. Pero hice lo que me decían y me puse la bata de quirófano por encima del uniforme. Mientras yo me vestía, la otra mujer unió las manos a la espalda y esperó a que la doctora Begbie se las inmovilizara con una gruesa cinta aislante plateada. A continuación, la doctora repitió la operación, inmovilizándole los pies.

—Recuerda que el punto de encuentro es en Harvey. Y no te olvides de ir por la carretera 215.

—Lo sé, lo sé —dijo la doctora Begbie, arrancando de un mordisco otro trozo de cinta para taponarle la boca a la otra mujer—. Buena suerte.

—¿Qué es todo esto? —pregunté.

Notaba la garganta áspera y al hablar, tuve la sensación de que la piel en torno a la boca se me resquebrajaba. La doctora Begbie me retiró el pelo de la cara y me lo recogió en un moño suelto que sujetó con una goma elástica. Me pasó por el cuello la cinta de identificación de la otra mujer y me cubrió la cara con una mascarilla de quirófano.

—Te lo explicaré en cuanto estemos fuera, ahora no podemos perder tiempo. La ronda pasa cada veinte minutos —dijo—. Y ahora no digas nada, ¿entendido? Sígueme la corriente.

Asentí y dejé que me arrastrara para salir de la oscura habitación al pasillo de la Enfermería, tenuemente iluminado. Las piernas me flaqueaban, pero la doctora echó a andar decidida. Me cogió el brazo, se lo pasó por el hombro y cargó con casi todo mi peso.

—Nos vamos —murmuró—, devolved las cámaras a su posición habitual.

La miré, pero no estaba hablándome a mí, sino que le susurraba a su emblema en forma de cisne.

—No digas ni una palabra —me recordó cuando entramos en otro larguísimo pasillo.

Avanzábamos a tal velocidad que levantamos incluso las cortinas blancas de los boxes a nuestro paso. Los soldados de las FEP que aparecían de vez en cuando eran como manchas desdibujadas de color negro.

—¡Perdón, perdón! —Iba diciendo la doctora Begbie—. Tengo que llevarla a casa.

Mantuve la mirada fija en las líneas de baldosas que iba pisando con los pies. La cabeza me daba aún tantas vueltas que no me di cuenta de que íbamos a salir hasta que oí el pitido de la tarjeta de la doctora al deslizarse por la cerradura y noté las gotas de fría lluvia que me mojaban la coronilla.

Las luces del enorme estadio del campamento permanecían encendidas toda la noche; las farolas se alzaban como gigantes sobre su perímetro, pero a mí solo me recordaban los partidos nocturnos de fútbol, el olor a hierba recién cortada y la espalda de mi padre, enfundada en la camiseta roja de los Espartanos, cuando gritaba a todo pulmón a su antiguo equipo del instituto que «atacara de una puñetera vez».

El recorrido entre la parte posterior de la Enfermería y el pedregoso aparcamiento era corto pero accidentado. No estaba segura de si eran alucinaciones mías o no —la vista se me centraba y descentraba continuamente—, pero era imposible pasar por alto el sonido de la gravilla bajo nuestros pies y la voz que gritó:

—¿Va todo bien ahí?

Noté, más que vi, que la doctora Begbie se ponía tensa. Me esforcé por seguir caminando, apoyándome en su hombro para impulsarme, pero las piernas se negaban a obedecerme.

Cuando volví a abrir los ojos, estaba sentada, mirando las conocidas botas de un soldado de las FEP. Se arrodilló entonces delante de mí. La doctora Begbie estaba hablando con él, con una voz tan serena como la primera vez que yo la había oído.

—... Está tan enferma que me he ofrecido a acompañarla en coche a casa. Le he puesto la mascarilla para que no le contagie el virus a nadie más.

Capté entonces la voz del soldado.

—Eso de caer siempre enfermos por culpa de los niños es asqueroso.

—¿Le importaría ayudarme a llegar con ella hasta el Jeep? —preguntó la doctora Begbie.

—Si está enferma...

—Será un momento —le cortó la doctora—. Y le prometo que si mañana está resfriado, me encargará de cuidarlo personalmente.

Era la voz que yo conocía, tal dulce que sonaba como unas campanillas. El soldado rio entre dientes, pero noté que me cogía en brazos. Intenté no recostarme en él y apretar los dientes para combatir el malestar de las sacudidas, aunque me costó mucho mantener la cabeza erguida.

—¿En el asiento delantero? —preguntó el soldado.

Cuando la doctora Begbie iba a responderle, sonó de repente la radio del soldado: «Control te tiene en cámara. ¿Necesitas ayuda?».

Esperó a responder hasta que la doctora Begbie hubiese abierto la puerta y yo estuviera cómodamente instalada.

—Todo bien. La doctora... —Cogió mi identificación para leerla—. La doctora

Rogers tiene el virus que corre últimamente por aquí. La doctora...

—Begbie —apuntó rápidamente la doctora Begbie.

Se sentó en el asiento del conductor y cerró enseguida la puerta. Miré de reojo y vi que movía a tientas la llave para buscar el contacto. Por primera vez me di cuenta de que le temblaban las manos.

—La doctora Begbie la acompaña a casa. El coche de la doctora Rogers se quedará aquí esta noche... informad, por favor, al turno de la mañana para cuando pasen lista.

«Entendido. Diles que vayan directamente a la verja de entrada, informaré a la patrulla de vigilancia para que las dejen pasar».

El Jeep cobró vida tras una serie de rechinantes protestas. Miré a través de la ventanilla la alambrada eléctrica y el oscuro bosque que se extendía tras ella. La doctora Begbie alargó el brazo para abrocharme el cinturón.

—Está de lo más colgada —dijo el soldado, acercándose a la ventanilla de la doctora Begbie.

—Le he administrado un medicamento fuerte.

La doctora Begbie rio y yo sentí una enorme opresión en el pecho.

—En cuanto a lo de mañana...

—Pásese a verme, ¿de acuerdo? —dijo la doctora Begbie—. Tengo una pausa hacia las tres.

Y no le dio oportunidad de replicar. Los neumáticos rodaron sobre la gravilla y los limpiaparabrisas chirriaron al ponerse en funcionamiento. La doctora Begbie subió la ventanilla después de despedirse del soldado con un amistoso gesto mientras, con la otra mano, movía el volante y daba marcha atrás para salir del aparcamiento. Los numeritos verdes del salpicadero anunciaban que eran las tres menos cuarto de la madrugada.

—Intenta taparte la cara todo lo que puedas —murmuró antes de poner la radio.

No reconocí la canción que empezó a sonar, pero sí la voz de David Gilmour y el flujo y el reflujo de los sintetizadores de Pink Floyd.

La doctora bajó el volumen y respiró hondo tras abandonar el aparcamiento. Inició con los dedos un tamborileo nervioso sobre el volante.

—Vamos, vamos —musitó, mirando de nuevo el reloj.

Teníamos delante dos coches en fila que avanzaban con una lentitud agonizante. La doctora Begbie estaba ya que se subía por las paredes cuando el coche de delante de nosotras se adentró finalmente en la noche.

La doctora pisó el pedal del gas con excesiva fuerza y el Jeep dio un bandazo. Y cuando pisó el freno para detenerlo, el cinturón de seguridad se trabó y me cortó la respiración.

Bajó la ventanilla, pero yo estaba tan agotada que no sentí ni miedo. Me tapé los

ojos con la mano e inspiré profundamente. La mascarilla de quirófano se me pegaba a los labios.

—Me llevo a la doctora Rogers a su casa. Espere un momento y le muestro su pase...

—No es necesario. Tengo en el horario que volverá usted mañana a las tres, ¿es correcto?

—Sí. Gracias. Marque, por favor, que la doctora Rogers no vendrá.

—Entendido.

Estaba tan cansada que ni siquiera quería intentar controlar los tentáculos de mi cerebro. Una imagen cobró vida cuando la doctora Begbie volvió a tocarme para retirarme el pelo de la cara. Un hombre de cabello oscuro abrazaba a la doctora y empezaba a dar vueltas con ella, vueltas y más vueltas, hasta que la risa extasiada de ella empezaba a resonar en mis oídos.

Cate bajó las ventanillas y el aire que entró en el coche, cargado con el aroma de la lluvia, me transportó rápidamente hacia el sueño.

CAPÍTULO SEIS

Cuando abrí los ojos era todavía de noche.

El aire acondicionado entraba por las rejillas de ventilación y agitaba el arbolillo de cartón amarillo que colgaba del retrovisor. Su aroma a vainilla era dulce y mareante, tan abrumador que se me encogió el estómago vacío. Mick Jagger me cantaba al oído y me hablaba sobre guerra, paz y cobijo... mentiras de todo tipo. Intenté apartar la cara de donde quiera que saliese aquella voz, pero lo único que conseguí fue darme con la nariz contra la ventanilla y torcerme el cuello.

Me enderecé en mi asiento y a punto estuve de estrangularme con el cinturón de seguridad gris.

Ya no estábamos en el Jeep.

La noche regresó a mí como una inspiración profunda, completa y abrumadora a la vez. El resplandor verde del salpicadero iluminaba mi vestimenta de quirófano, y eso bastó para alumbrar mi cerebro con la realidad de lo que acababa de pasar.

Árboles y matorrales flanqueaban una carretera totalmente oscura, salvo por las débiles luces delanteras del pequeño coche. Por primera vez en muchos años veía las estrellas que habían quedado engullidas por las monstruosas luces de Thurmond. Eran tan brillantes, tan claras, que parecía imposible que fuesen reales. No sabía qué era más sorprendente, si la interminable carretera o el cielo. Los ojos me escocían debido a las lágrimas que luchaban por estallar.

—Acuérdate de respirar, Ruby —dijo una voz a mi lado.

Me retiré la mascarilla que aún me cubría la boca. La doctora Begbie se había soltado el moño y el pelo rubio le caía ahora alrededor de la cara en una melena que le rozaba los hombros. En el tiempo transcurrido desde que habíamos salido de Thurmond hasta... donde estuviéramos, se había despojado del uniforme de quirófano y vestido con una camiseta negra y unos pantalones vaqueros. La noche manchaba como un moratón oscuro la piel de debajo de sus ojos. Hasta aquel momento no me había fijado en los ángulos afilados de su nariz y su barbilla.

—¿Llevabas tiempo sin subir a un coche, verdad? —dijo riéndose.

Pero tenía razón. Era más consciente del avance del coche que del latido de mi corazón.

—Doctora Begbie...

—Llámame Cate —me interrumpió, hablándome quizá con más dureza que antes.

No sé si porque reaccioné de alguna manera a aquel abrupto cambio de tono, pero la doctora dijo de inmediato:

—Lo siento, ha sido una noche muy larga y me iría bien un café.

Según el reloj del salpicadero eran las cuatro y media de la mañana. Había

dormido solo dos horas pero me sentía más despierta que en todo el día. Que en toda la semana. Que en toda mi vida.

Cate esperó a que los Rolling Stones finalizaran su canción para apagar la radio.

—Últimamente no ponen más que temas antiguos. Al principio pensé que era una broma, o que era lo que dictaba Washington, pero por lo visto es lo que la gente pide hoy en día.

Me miró de reojo.

—No sé por qué.

—Doctora... Cate —dije. Incluso mi voz sonaba más fuerte—. *¿Dónde estamos?* ¿Qué pasa?

Y antes de que le diese tiempo a responder, oí una tos en el asiento de atrás. A pesar del dolor que sentía en el cuello y el pecho, me giré. Acurrucado, hecho una bola como para querer protegerse, había otro chico de más o menos mi edad, tal vez un año menor. Aquel otro chico. Max... Matthew... como quiera que se llamase, de la Enfermería, dormía profundamente y tenía un aspecto bastante mejor que el mío.

—Acabamos de salir de Harvey, Virginia Occidental —dijo Cate—. Allí nos hemos encontrado con unos amigos que me han ayudado a cambiar de coche y a sacar a Martin del baúl para material médico donde lo habíamos escondido.

—Un momento...

—Oh, no te preocupes —añadió rápidamente Cate—. Le habíamos hecho agujeros para que pudiese respirar.

¿Creería de verdad que aquella era mi mayor preocupación?

—¿Te permitieron sacarlo en el coche? —pregunté—. ¿Sin verificar el contenido?

Me miró de nuevo de reojo, y me sentí orgullosa al ver que mi réplica la había sorprendido.

—En Thurmond, los médicos utilizamos esos baúles para transportar los residuos hospitalarios. Hace ya un tiempo, cuando empezaron los recortes presupuestarios, los supervisores del campamento decidieron que los médicos se encargaran personalmente de eliminar ese tipo de residuos. A Sarah y a mí nos tocaba el turno de hacerlo esta semana.

—¿Sarah? —dije, interrumpiéndola—. ¿La doctora Rogers?

Dudó un segundo antes de asentir.

—¿Por qué la dejaste allí atada? ¿Por qué ella... por qué estáis ayudándonos?

Respondió a mi pregunta con otra.

—¿Has oído hablar de la Liga de los Niños?

—Cosas sueltas —respondí.

Y solo rumores. De ser ciertos, se trataba de un grupo contrario al gobierno. Según los niños más pequeños —los últimos en llegar a Thurmond—, estaban intentando acabar con el sistema de campamentos. Era gente que, supuestamente, escondía a sus

hijos para que no se los llevaran. Siempre había imaginado que no era más que el cuento de hadas de nuestra generación. Era imposible que una cosa tan buena fuese verdad.

—*Nosotros* —dijo Cate, dejando que la palabra hiciera mella en mí antes de continuar— somos una organización que se dedica a ayudar a los niños afectados por las leyes del gobierno. John Alban, ¿te suena? Antiguamente fue asesor de inteligencia del presidente Gray.

—¿Fue el fundador de la Liga de los Niños?

Cate movió la cabeza en un gesto afirmativo.

—Cuando su hija murió y comprendió lo que les pasaría a los niños que sobrevivieran, abandonó Washington, D. C. e intentó dar a conocer la experimentación que se estaba llevando a cabo en los campamentos. El *New York Times*, el *Post*... nadie publicó el artículo porque, a aquellas alturas, la situación ya era tan complicada que Gray tenía a los medios entre la espada y la pared por motivos de «seguridad nacional», y los periódicos más pequeños se habían ido a pique con la crisis.

—De modo que... —Intenté llegar a una conclusión, preguntándome si la habría entendido correctamente—. ¿De modo que fundó la Liga de los Niños para... ayudarnos?

El rostro de Cate se iluminó con una sonrisa.

—Sí, exactamente.

«¿Y entonces por qué me has ayudado solo a mí?».

La pregunta surgió como una mala hierba: fea y profundamente enraizada. Me pasé la mano por la cara, intentando deshacerme de aquel murmullo que oía en la cabeza, pero me resultó imposible arrancarlo. A continuación, noté una extraña sensación en el pecho, como algo muy pesado que intentaba abrirse camino desde el fondo de mi cuerpo. Bien podría tratarse de un grito.

—¿Y los demás? —No reconocí mi propia voz.

—¿Los demás? ¿Te refieres a los otros niños? —Cate mantuvo la mirada fija en la carretera—. Pueden esperar. Su situación no era tan apremiante como la tuya. En su debido momento, volveremos a por ellos, no me cabe la menor duda, y entretanto no te preocupes. Sobrevivirán.

Casi al instante, sentí repugnancia, más por su tono que por sus palabras. Había pronunciado aquello, «sobrevivirán», de una forma tan despectiva que casi me esperaba que apareciera una mano de la nada para expulsarme de allí. «No te preocupes». Que no me preocupara por cómo los maltrataban, que no me preocupara por los castigos que recibían, que no me preocupara por las armas que les apuntaban constantemente. Dios, tenía ganas de vomitar.

Los había abandonado allí, a todos. Había abandonado a Sam, incluso después de haberle prometido que si salíamos algún día lo haríamos juntas. Después de todo lo

que había hecho para protegerme, acababa de abandonarla allí...

—Oh, no, Ruby, lo siento, ni siquiera me he dado cuenta de cómo ha podido sonarte lo que acabo de decir —dijo mirándose y volviendo enseguida la vista otra vez a la carretera—. Solo quería decir... ni siquiera sé lo que me digo. He estado semanas allí, y sigo todavía sin llegar a imaginarme lo que habrá sido eso. No debería haber hablado así sabiendo todo lo que has pasado.

—Los he abandonado —dije.

Me daba igual que se me quebrara la voz, o que me hubiera cruzado de brazos con fuerza para no abalanzarme sobre ella.

—¿Por qué me has cogido solo a mí? ¿Por qué no podías salvar también a los demás? ¿Por qué?

—Ya te lo he dicho antes —dijo con suavidad—, tenías que ser tú. De lo contrario, te habrían matado. Los demás no corren peligro.

—Siempre corren peligro —dije, preguntándome si algún día habría asomado la nariz más allá de la Enfermería.

¿Cómo era posible que no lo hubiera visto? ¿Cómo era posible que no lo hubiera oído, percibido, respirado? El ambiente de Thurmond estaba tan cargado de miedo que era posible incluso saborearlo, como el vómito en la garganta antes de devolver.

Yo había necesitado menos de un día en aquel lugar para ver que el odio y el terror se propagaban en círculos concéntricos que se retroalimentaban. Los de las FEP nos odiaban, y por eso les teníamos miedo. Y nuestro miedo nos hacía odiarlos aún más. Era como si entre nosotros existiese un entendimiento tácito de que los unos estaban en Thurmond por culpa de los otros, y viceversa. Sin los soldados de las FEP, el campamento no existiría, pero sin los monstruos psi las FEP no tenían razón de ser.

¿De quién era entonces la culpa? ¿De todos? ¿De nadie? ¿Nuestra?

—Deberías haberme dejado allí, deberías haber cogido a cualquier otro, a alguien mejor que yo. Los castigarán por esto, lo sé, les harán daño y será por mi culpa, por haberme ido, por haberlos abandonado...

Sabía que lo que decía no tenía sentido, pero me resultaba imposible conectar ideas con palabras. Aquel sentimiento, la culpabilidad que lo engullía todo, la tristeza que se apoderaba de uno y jamás lo abandonaba... ¿cómo explicar todo aquello? ¿Cómo convertirlo en palabras?

Cate abrió la boca, pero el sonido tardó varios segundos en emerger. Cogió con fuerza el volante y guió el coche hacia la cuneta. Levantó el pie del gas y dejó que el coche siguiera avanzando hasta detenerse. Cuando las ruedas dejaron por fin de dar vueltas, alargué el brazo para abrir la puerta, mientras notaba un dolor absoluto que me perforaba las entrañas.

—¿Qué haces? —dijo Cate.

Había parado porque quería que saliese del coche, ¿no era eso? Yo habría hecho

lo mismo de estar en su lugar. Lo entendía perfectamente.

Me aparté de su brazo cuando lo extendió por delante de mí, pero en vez de empujar la puerta para abrirla, la cerró de un portazo y me posó la mano en el hombro. Me encogí y presioné la espalda contra el asiento con todas mis fuerzas, intentando evitar el contacto. Hacía años que no me sentía tan mal. La cabeza me zumbaba, un claro indicio de que estaba a punto de perder peligrosamente el control. Si Cate tenía intenciones de abrazarme, acariciarme el brazo o cualquier cosa de las que hubiera hecho mi madre en aquel momento, creo que mi reacción fue suficiente como para convencerla de no intentarlo.

—Escúchame con mucha atención —dijo, sin importarle aparentemente la posibilidad de que en cualquier momento apareciera en la carretera otro coche o un soldado de las FEP. Esperó hasta que la miré a los ojos—. Lo más importante que has hecho en tu vida ha sido aprender a sobrevivir. No permitas que nadie te haga creer lo contrario, que te merecías estar en ese campamento. Eres una persona importante, y que importas a mucha gente. Me importas a mí, le importas a la Liga y eres importante para el futuro... —Se le hizo un nudo en la garganta—. Jamás te haré daño, ni te gritaré, ni te mataré de hambre. Te protegeré el resto de mi vida. Nunca llegaré a comprender por completo todas las cosas por las que has tenido que pasar, pero siempre estaré ahí para escucharte cuando necesites desahogarte. ¿Me has entendido?

Una increíble sensación de calidez me inundó el pecho, incluso me escocía respirar. Quería decir algo, darle las gracias, pedirle que me lo repitiera para asegurarme de haberla oído bien y no malinterpretarla.

—No puedo hacer como si nunca hubiera pasado nada —dije. Sentía aún en la piel las vibraciones de la alambrada.

—Y no debes hacerlo... no debes olvidar. Pero, en gran parte, la supervivencia se traduce en seguir adelante. Hay una palabra... —prosiguió, fijando la vista en las manos, que sujetaban aún el volante con fuerza—. En nuestro idioma creo que no existe un equivalente. Es una palabra portuguesa. *Saudade*. ¿La conoces?

Negué con la cabeza. Ni siquiera conocía la mitad de las palabras de mi idioma.

—Es más... no existe tampoco una definición perfecta de la misma. Es más bien la expresión de un sentimiento... de una tristeza terrible. Es la sensación que tienes cuando te das cuenta de que una vez lo pierdes, lo has perdido para siempre, y de que nunca podrás recuperarlo. —Cate respiró hondo—. Es una palabra que escuché con frecuencia en Thurmond. Porque nunca recuperarás la vida que tuviste antes... la que todos tuvimos antes. Pero cualquier fin tiene un principio, ¿lo sabías? Ciertamente, lo que tuviste es irrecuperable, pero puedes encerrarlo y olvidarlo. Empezar de cero.

Comprendía lo que me estaba diciendo, y comprendía que esas palabras tenían su origen en un lugar sincero y cariñoso, pero después de tener una vida desmembrada

durante tanto tiempo, la idea de dividirla aún más me resultaba inimaginable.

—Ten —dijo, buscando algo en el interior del cuello de la camiseta.

Se pasó por la cabeza una larga cadena de plata con un colgante negro de forma circular, de tamaño algo mayor que la punta de mi dedo pulgar.

Abrí la mano y depositó en ella el colgante. La cadena conservaba el calor de su piel y me sorprendió descubrir que el colgante era una pieza de plástico.

—Lo llamamos el botón del pánico —dijo—. Si lo pulsas durante veinte segundos, se activará y acudirán los agentes más próximos. No creo que tengas nunca necesidad de utilizarlo, pero me gustaría que lo llevaras. Si alguna vez tienes miedo, o si nos separamos, quiero que lo pulses.

—¿Seguirán mis pasos?

La idea me incomodaba un poco, pero igualmente me pasé la cadena por la cabeza.

—No a menos que lo actives —me prometió Cate—. Los hemos diseñado para que los de las FEP no puedan captar accidentalmente la señal que transmiten. Te lo prometo, Ruby, aquí la situación la controlas tú.

Cogí el colgante entre los dedos pulgar e índice. Cuando me di cuenta de lo sucios que llevaba los dedos y la tierra que tenía acumulada bajo las uñas, lo solté. Las cosas bonitas y yo no nos llevábamos bien.

—¿Puedo formularte otra pregunta?

Esperé hasta que estuvimos de nuevo en marcha, e incluso así, necesité varios intentos hasta conseguir que las palabras saliesen de mi boca.

—Si la Liga de los Niños se fundó con el objetivo de terminar con los campamentos, ¿por qué os habéis tomado la molestia de sacarnos a Martin y a mí de allí? ¿Por qué no limitarse a volar la Torre de Control y ya está?

Cate se acarició la barbilla.

—Ese tipo de operaciones no me interesan —dijo—. Prefiero centrarme en el verdadero problema, en ayudaros a vosotros. Si destruyes una fábrica, siempre podrán construir otra. Pero si destruyen una vida, se acabó. Esa persona no podrá volver jamás.

—¿Lo sabe la gente? —Logré decir—. ¿Sabe la gente que allí no nos están reformando, ni mucho menos?

—No estoy segura —dijo Cate—. Los hay que siempre lo negarán, que creerán lo que ellos quieran que creamos sobre los campamentos. Soy de la opinión de que la mayoría de la gente sabe que hay algo raro, pero está tan inmersa en sus propios problemas que no quiere cuestionar cómo gestiona el gobierno la situación en los campamentos. Creo que quieren confiar en que os tratan bien. Sinceramente, quedáis... quedáis tan pocos.

Volví a enderezarme en el asiento.

—¿Qué?

Esta vez, Cate no pudo ni mirarme.

—No quería ser yo quien te lo dijera, pero la situación está mucho peor ahora que antes. Las últimas estimaciones de la Liga apuntan a que un dos por ciento de la población del país en edades comprendidas entre diez y diecisiete años está recluida en campamentos de reforma.

—¿Y el resto? —pregunté, aunque conocía de antemano la respuesta—. ¿Y el otro noventa y ocho por ciento?

—La mayoría cayó víctima de la ENIAA.

—Murieron —dije, corrigiéndola—. ¿Todos los niños? ¿En todas partes?

—No, no en todas partes. Se ha informado de algunos casos en otros países, pero aquí en los Estados Unidos... —Cate respiró hondo—. No sé hasta dónde puedo contarte, porque no quiero abrumarte, pero por lo que parece, la aparición de la ENIAA o de los poderes psi está relacionada con la pubertad...

—¿Cuántos?

¿Era posible que en todos los años que llevaba encerrada en Thurmond no hubieran averiguado nada?

—¿Cuántos han muerto? —repetí.

—Según el gobierno, hay en la actualidad cerca de un cuarto de millón de niños menores de dieciocho años, pero nuestras estimaciones se sitúan más bien en torno a una décima parte de esa cifra.

Creí que iba a vomitar. Desabroché el cinturón de seguridad y me incliné hacia delante, dejando caer la cabeza entre las piernas. Por el rabillo del ojo vi que Cate había separado una mano del volante, como si fuera a posarla sobre mi espalda, pero la esquivé de nuevo. Durante un buen rato, el único sonido que se oyó fue el de las ruedas girando sobre el maltrecho asfalto.

Me mantuve en aquella posición y con los ojos cerrados el tiempo suficiente como para que Cate empezara a preocuparse.

—¿Te sientes aún mareada? Hemos tenido que darte una dosis de penicilina muy fuerte para provocarte síntomas similares a los de un ataque epiléptico. Créeme, si hubiéramos podido hacer las cosas de otra manera lo habríamos hecho, pero necesitábamos algo lo bastante grave como para que los de las FEP te devolvieran a la Enfermería.

Martin roncaba a nuestras espaldas, hasta que incluso ese sonido acabó confundiéndose con el de las ruedas sobre el asfalto. El estómago me dio un vuelco al pensar en los kilómetros que nos separaban de Thurmond en aquel momento, al pensar en lo lejos que quedaba en realidad el pasado.

—Lo sé —dije al cabo de un rato—. Gracias... de verdad.

Cate extendió de nuevo el brazo, y antes de que se me ocurriera detenerla, me

deslizó con suavidad la mano por el brazo. Noté un cosquilleo caliente en algún lugar recóndito de la cabeza y reconocí la señal de alarma. El primer destello blanco e intenso de su cerebro llegó y desapareció con tanta rapidez, que vi la escena como si fuese el negativo de una fotografía. Una niña de pelo rubio platino sentada en una silla de respaldo alto, con la boca congelada en una desdentada sonrisa. La imagen siguiente se mantuvo el tiempo suficiente como para reconocer que lo que veía era fuego. Fuego, por todas partes, trepando por las paredes de la habitación, quemándolo todo con la intensidad del sol. ¿Era un recuerdo? Temblaba, se estremecía de tal manera que tuve que apretar los dientes para no marearme. En la memoria de Cate, apareció entonces una puerta plateada con la cifra «456B» rotulada en negro. Apareció a continuación una mano que buscaba el pomo —la mano de Cate, la piel muy clara, los dedos largos, extendidos—, y que se retiró al tocarlo, pues estaba al rojo vivo. Una mano arremetía con fuerza contra la madera, luego un pie. La imagen titubeó y se desdibujó por los extremos cuando la puerta desapareció tras la humareda oscura que se filtraba entre junturas y grietas.

La puerta oscura se cerró de golpe y sacudí el cuerpo tan bruscamente que su mano se separó de mi brazo.

«¿Qué demonios...?», pensé, mientras el corazón me retumbaba en los oídos. Cerré los ojos con fuerza.

—¿Aún estás mal? —dijo Cate—. Oh, Ruby, no sabes cuánto lo siento. Cuando cambiemos de coche pediré que te den algo para tu estómago.

Ella, igual que los demás, no se daba cuenta de nada.

—¿Sabes? —dijo Cate al cabo de un rato. Mantenía la vista fija en la carretera oscura, allí donde se unía con la incipiente luz del amanecer—. Has sido muy valiente tomándote las pastillas y viniendo conmigo. Cuando te he conocido en la Enfermería, sabía que eras algo más que una chica callada.

«No soy valiente». De haberlo sido, habría confesado lo que en realidad era, por horroroso que fuese. Habría trabajado, comido y dormido junto con los demás Naranjas o, como mínimo, me habría alejado de la sombra de los Amarillos y los Rojos.

Aquellos niños se sentían orgullosos de sus poderes. Se habían impuesto como objetivo acosar en todo lo posible a los supervisores del campamento, hacer daño a los soldados de las FEP, prender fuego a las cabañas y a los Lavabos, intentar cruzar la verja y volver locos a los adultos implantándoles en la cabeza imágenes de familiares asesinados o parejas infieles.

Era imposible ignorarlos, era imposible no hacerse a un lado y alejarse cuando ellos pasaban. Pero yo me había limitado a mantenerme como una cobarde, sin hacer nada, entre el monótono e interminable desfile de grises y verdes, sin llamar nunca la atención, sin permitirme ni una sola vez creer que podía o debía fugarme de allí. Creo

que lo único que ellos querían era encontrar una salida y hacerlo por sí solos. Habían resplandecido y habían luchado con todas sus fuerzas por la libertad.

Pero ninguno de ellos había llegado a cumplir los dieciséis.

Hay mil maneras de adivinar si alguien está mintiendo. No es necesario saber leer la mente de los demás para captar los pequeños signos que indican inseguridad y malestar. La mayoría de las veces, basta con mirar a la persona que uno tiene delante y fijarse en si mira hacia la izquierda cuando habla, si añade excesivos detalles al relato, si responde a una pregunta con otra pregunta. Mi padre, que era policía, nos enseñó todo esto, a mí y a mis veinticuatro compañeros de clase de segundo de primaria, cuando vino al colegio a darnos una charla sobre los peligros de hablar con desconocidos.

Pero Cate no mostraba nada que la delatara. Me contó cosas sobre el mundo que parecían imposibles, hasta que conseguimos captar una emisora de radio y una voz solemne habló por los altavoces para confirmarlo todo.

—¡Sí! —gritó, dándole un palmetazo al volante—. ¡Por fin!

«Según se informa, el presidente ha rechazado una invitación del primer ministro británico para discutir posibles medidas de ayuda para la crisis económica mundial e inyectar nueva vida a los mercados globales de valores. Preguntado acerca de su decisión, el presidente ha citado el papel jugado por el Reino Unido en las sanciones económicas impuestas por las Naciones Unidas contra los Estados Unidos».

Cate movió de nuevo el dial. La voz del locutor iba y venía. Salté en el asiento al oír las interferencias.

«... ayer fueron arrestadas en Austin, Texas, cuarenta y cinco mujeres acusadas de intentar burlar el registro de nacimientos. Las mujeres permanecerán ingresadas en correccionales hasta el nacimiento de sus hijos, después de lo cual los bebés serán retirados por el bien de sus madres y del estado de Texas. El fiscal general comentó lo siguiente...». Intervino entonces una nueva voz, más profunda y áspera. «En cumplimiento de la nueva normativa número quince, el presidente Gray ha emitido una orden de arresto para todo aquel involucrado con esta peligrosa actividad...».

—¿Gray? —dije, mirando a Cate—. ¿Sigue siendo el presidente?

Acababa de ser elegido cuando aparecieron los primeros casos de ENIAA y la verdad era que no recordaba nada de su aspecto, excepto que tenía los ojos oscuros y el pelo oscuro. Y eso lo sabía tan solo porque los supervisores del campamento habían colgado por todos lados fotografías de Clancy, su hijo, para demostrarnos que también nosotros podíamos acabar reformándonos. Tuve un repentino y brusco recuerdo de mi última estancia en la Enfermería, de aquella imagen, que parecía seguirme con la mirada.

Cate movió la cabeza de lado a lado, visiblemente disgustada.

—Se otorgó a sí mismo una extensión del mandato hasta que la situación de los psi esté, y lo cito textualmente, «solucionada y podamos garantizar que los Estados Unidos están a salvo de actos telequinésicos de terror y violencia». Ha suspendido incluso el Congreso.

—¿Y cómo lo ha conseguido?

—Con sus «poderes en tiempos de guerra» —dijo Cate—. Un par de años después de que te internaran, unos chicos psi estuvieron a punto de volar por los aires el Capitolio.

—¿A punto? ¿Y eso qué quiere decir?

Cate me miró de nuevo, examinando mi expresión.

—Quiere decir que solo consiguieron volar la parte que alberga el Senado. Supuestamente, el presidente Gray solo tenía que controlar el gobierno hasta que se celebrasen las nuevas elecciones al Congreso, pero cuando los de las FEP empezaron a llevarse a niños de los colegios sin el consentimiento previo de sus padres, empezaron los disturbios. Y luego se estancó la economía y el país se demoró en el pago de su deuda. Te sorprendería lo poco que consigues hacer oír tu voz cuando lo pierdes todo.

—¿Y la gente se lo permitió? —dije. Pensar en todo aquello me revolvía el estómago.

—No, nadie se lo *permitió*. Ahora reina el caos, Ruby. Gray sigue intentando estrechar el control, y a cada día que pasa hay más gente que se amotina o quebranta las leyes para llevarse algo de comer a la boca.

—A mi padre lo mataron en unos disturbios —dijo una voz.

Cate se giró para mirar el asiento de atrás, y su gesto fue tan brusco que el coche se desplazó hacia el carril opuesto. Sabía que Martin llevaba al menos diez minutos despierto; su respiración se había vuelto menos profunda y había dejado de emitir aquel curioso sonido con los labios y aquellos gruñidos. Pero no me había apetecido hablar con él, ni interrumpir a Cate.

—La gente de nuestro propio barrio robaba comida en nuestra tienda, y mi padre no pudo ni siquiera defenderse.

—¿Qué tal te encuentras?

La voz de Cate sonó azucarada, casi tan dulce como el aroma a vainilla del ambientador.

—Bien, supongo.

Se sentó e intentó aplanarse el ondulado pelo castaño para estar más presentable. Martin era redondo: tenía las mejillas flácidas y la camiseta del uniforme era quizá de una talla más pequeña que la que le correspondería, pero no había dado todavía el estirón, a diferencia de los demás niños de su cabaña. Yo debía de sacarle unos cinco centímetros, y eso que era bajita y de constitución normal. Tendría un año menos que

yo.

—Me alegro —dijo Cate—. Por ahí detrás hay una botella de agua, por si la necesitas. Pararemos dentro de una hora para volver a cambiar de coche.

—¿Dónde vamos?

—En Marlinton, Virginia Occidental, nos encontraremos con un amigo. Tendrá preparada ropa y documentación para vosotros dos. Ya casi estamos.

Estaba convencida de que Martin se había quedado otra vez dormido, hasta que lo oí preguntar:

—¿Y después de eso, dónde iremos?

La radio cobró vida y se escucharon fragmentos entrecortados de Led Zeppelin, antes de perder de nuevo la sintonía, pasar a las interferencias y de allí al silencio.

Notaba los ojos de Martin taladrándome la nuca. Meforcé por no girarme para devolverle la mirada. Desde que nos habían separado en el campamento, no había vuelto a estar tan cerca de un chico. Después de años en Thurmond viviendo en lados opuestos del camino principal, me resultaba turbador verme de repente enfrentada a todos sus pequeños detalles. Las pecas que tenía en la cara, que me habían pasado totalmente desapercibidas, o aquellas cejas tan juntas que parecían fundirse en una sola.

¿Qué se suponía que tenía que decirle? «¿Me alegro muchísimo de haberte encontrado? ¿Somos los últimos de los nuestros?». Una de esas cosas era cierta y, en cuanto a la otra, era imposible estar más lejos de la verdad.

—Vamos a reagruparnos con la Liga en sus cuarteles generales del sur. Cuando lleguemos allí, podréis decidir si queréis quedaros o no —dijo Cate—. Imagino todo lo que habéis pasado, por lo que no es necesario que toméis ahora ninguna decisión. Solo quiero que sepáis que mientras estéis conmigo estaréis seguros.

La sensación de libertad surgió en mi interior con tanta rapidez que me vi obligada a apaciguarla, junto con el atronador latido de mi corazón. La situación era aún sumamente peligrosa. Había muchas probabilidades de que los de las FEP nos capturasen. De que me enviaran otra vez al campamento o de que me mataran antes incluso de llegar a Virginia.

Martin me miró entrecerrando sus oscuros ojos. Se le encogieron las pupilas y sentí un goteo en algún lugar recóndito de la cabeza. El mismo que sentía siempre que mis facultades luchaban por salir a la luz para que las utilizara.

«¿Qué demonios?». Clavé las uñas en el reposabrazos, pero no me volví para comprobar si Martin aún seguía observándome. Miré por el retrovisor una sola vez y vi que se recostaba en su asiento y se cruzaba de brazos con un resoplido. Tenía una inflamación en la comisura de la boca, roja y con mala pinta, como si hubiera estado rascándose la postilla.

—Yo quiero ir donde pueda hacer lo que no pude hacer en Thurmond —dijo

Martin por fin.

No quise ni saber a qué podía referirse.

—Soy mucho más poderoso de lo que te imaginas —prosiguió—. Cuando veas lo que soy capaz de hacer, ya no necesitarás a nadie más.

Cate sonrió.

—Cuento con eso. Sabía que lo entenderías.

—¿Y tú, Ruby? —preguntó, volviéndose hacia mí—. ¿Estás dispuesta a marcar la diferencia?

Si decía que no, ¿me dejarían marchar? Si les pedía que me dejaran ir a Salem, a casa de mis padres, ¿me llevarían allí, sin formular preguntas? ¿O me llevarían a Virginia Beach para ir a ver a mi abuela? ¿O me dejarían salir del país si fuera eso lo que realmente me apeteciera?

Se habían quedado los dos mirándome, dos miradas gemelas de premura y excitación. Ojalá yo también pudiera sentir lo mismo que ellos. Ojalá pudiera compartir la seguridad que ellos sentían con respecto a su elección, pero yo no sabía con certeza qué quería. Lo único que sabía era lo que no quería.

—Llévame donde quieras —dije—. A cualquier sitio excepto a mi casa.

Martin siguió rascándose la herida con sus uñas mugrientas hasta hacerse sangre. A continuación, se relamió los labios y los dedos, mirándome, como si esperara que le dijese que me dejara probar.

Me volví hacia Cate, con una pregunta que agonizaba entre los labios. Porque por un segundo, solo uno, la imagen de las llamas y el humo que se alzaban detrás de ella, y la de aquella puerta que era incapaz de abrir, me bloquearon la mente.

CAPÍTULO SIETE

Llegamos a los alrededores de la ciudad de Marlinton a las siete de la mañana, justo cuando el sol decidía reaparecer por detrás de la gruesa capa de nubes. La luz teñía los árboles de un débil matiz violeta y centelleaba contra el muro de neblina que se acumulaba sobre el asfalto. En la autopista habíamos pasado por varias salidas bloqueadas con barricadas de trastos, guardarraíles o coches abandonados, construidas bien por la Guardia Nacional para controlar pueblos y ciudades hostiles, bien por los residentes de las poblaciones para mantener alejados de sus ya destrozados barrios a saqueadores y visitantes. La carretera, sin embargo, llevaba horas en silencio, lo que significaba que tarde o temprano acabaríamos tropezándonos con algún tipo de interacción humana.

Y llegó más temprano que tarde en forma de tractora roja de camión. Me acurruqué en mi asiento cuando pasó por nuestro lado, con un impresionante rugido de motor y zumbido de ruedas. Iba claramente en dirección contraria, pero pude ver bien el cisne dorado que adornaba el lateral.

—Están por todas partes —dijo Cate, siguiendo mi mirada—. Seguramente va hacia Thurmond.

Era la primera señal de vida que veíamos en todo aquel rato —tal vez porque viajábamos por una autopista perdida en el culo del mundo—, pero aquel único camión bastó para asustar a Cate.

—Pásate al asiento de atrás —dijo—, y agáchate.

Hice lo que me había dicho. Desabroché el cinturón de seguridad, pasé como pude entre los asientos delanteros y deslicé las piernas entre ellos.

Martin me observó con ojos vidriosos. En un determinado momento, noté su mano en el brazo, como si intentara ayudarme. Di un respingo y me situé rápidamente en el espacio comprendido entre el asiento de atrás y el asiento del acompañante. Apoyé la espalda en la puerta y doblé las piernas para pegar las rodillas contra el pecho pero, con todo y con eso, seguíamos estando demasiado próximos. Cuando me sonrió, se me pusieron los pelos de punta.

En Thurmond había chicos. Muchos, en realidad. Pero cualquier actividad que implicara la mezcla de sexos —bien fuera comer juntos, compartir cabaña o incluso pasar los unos junto a los otros de camino a los Lavabos— estaba estrictamente prohibida. Los soldados de las FEP y los supervisores del campamento hacían cumplir aquella regla con la misma severidad que imponían a los niños que, de manera intencionada o por casualidad, utilizaban sus facultades. Lo que, naturalmente, solo servía para que nuestros cerebros embriagados de hormonas se volvieran más locos si cabe y transformaran a algunas de mis compañeras de cabaña en un ejército de

acosadoras clandestinas.

Yo no recordaba la forma «correcta» de interactuar con alguien del sexo opuesto, y estoy segura de que Martin tampoco.

—¿Divertido, eh? —dijo.

Creí que bromeaba hasta que me percaté de la avidez de su mirada. Experimenté una sensación de picazón, el hormigueo producido por un nuevo intento de fisgonear en mi cabeza, el miedo que me recorría la espalda como la punta de un dedo helado. Me apreté con más fuerza contra la puerta y mantuve los ojos fijos en Cate, pero no fue suficiente.

«No nos parecemos en nada», comprendí. Nos habían llevado al mismo lugar, habíamos vivido el mismo horror, pero él... él era tan...

Necesitaba cambiar de tema y distraerlo de lo que quiera que estuviese intentando hacer. El aire acondicionado estaba encendido pero, por el calor que Martin desprendía, nadie lo habría dicho.

—¿Crees que en Thurmond se habrán percatado ya de nuestra ausencia? —pregunté, rompiendo el silencio.

Cate apagó las luces delanteras.

—Supongo que sí. Las FEP no disponen de hombres suficientes para emprender una persecución con todas las de la ley, pero estoy segura de que habrán atado cabos y averiguado quiénes sois.

—¿A qué te refieres? —pregunté—. ¿A que somos Naranja? Por lo que me habías comentado, ya lo sabían. Por eso tuvimos que marcharnos con tantas prisas.

—Estaban a punto de descubrirlo —dijo Cate—. El objetivo de aquel Control Calmante era verificar las frecuencias de Naranjas y Rojos. Creo que nadie se esperaba que la prueba diera resultados tan rápidamente... por eso teníamos que sacaros de allí, y lo más rápidamente posible.

—Frecuencias —repitió Martin—. ¿Te refieres a que a ese control le añadieron algo más?

—Exactamente. —Cate le sonrió por el retrovisor—. La Liga se enteró por casualidad del nuevo método que querían poner en práctica para cribar a los niños etiquetados erróneamente a su llegada al campamento. Supongo que sabéis que los adultos no pueden oír el Control Calmante.

Los dos respondimos con un gesto afirmativo.

—Los científicos han estado trabajando con frecuencias que solo pueden captar y procesar determinados tipos de jóvenes psi. Hay determinadas longitudes de onda que pueden oír todos, otras que solo las oyen los Verdes, o los Azules o, como en este caso, los Naranjas.

Tenía sentido, pero no por ello era menos horroroso.

—¿Sabéis? He estado preguntándome... —empezó a decir Cate—. ¿Cómo os lo

hicisteis vosotros dos? Especialmente tú, Ruby. Entraste en el campamento siendo muy pequeña. ¿Cómo eludiste el proceso de selección?

—Yo... simplemente lo hice —dije—. Le conté al hombre que me hacía la prueba que era Verde. Y me escuchó.

—Eso es una explicación poco convincente —me interrumpió Martin, mirándome a los ojos—. Lo más seguro es que ni siquiera te vieras obligada a utilizar tus poderes.

No me gustaba que los considerasen como *poderes*; el término daba a entender que se trataba de algo que había que elogiar. Y yo no lo veía en absoluto así.

—Cuando empezaron a separar a los Naranjas y a los Rojos, yo le dije a otro que se intercambiara conmigo. No quería irme con ellos, ¿me explico? —Martin se inclinó hacia delante—. Así que cogí por mi cuenta a un Verde que era más o menos de mi edad y le hice creer, tanto a él como al vigilante, que era yo. E hice lo mismo con todos los que me interrogaron. Uno a uno. ¿Guay, no?

Se me hizo un nudo de asco en el estómago. Era evidente que no se arrepentía de nada. Por mucho que yo hubiese mentido con respecto a mi identidad, no había condenado a ninguna niña por culpa de ello. ¿Acaso controlar las facultades de un Naranja te convertía en aquello? ¿En una especie de monstruo? ¿En alguien capaz de hacer lo que le diera en gana porque nadie podía impedirsele?

¿Consistía en eso lo de ser poderoso?

—¿Así que eres capaz de hacer creer a cualquiera que es otra persona? —dijo Cate—. Tenía entendido que los Naranjas solo podíais ordenar a la gente que hiciese cosas. Como una especie de hipnosis.

—Qué va —dijo Martin—. Puedo hacer mucho más que eso. Consigo que la gente haga lo que a mí me dé la gana haciéndole sentirse como yo quiero que se sienta. Como con el niño con quien intercambié mi puesto. Le hice sentir tanto miedo que no quería quedarse en su cabaña, le hice pensar que sería buena idea hacerse pasar por mí. A todos los que me interrogaron les hice sentirse locos por tener que hacerlo. De modo que sí, puedo ordenar a los demás que hagan cosas, pero diría que funciona de otra manera: si quiero que una persona le haga daño a otra, tengo que hacer que se sienta tremendamente enfadado y cabreado con la persona a la que quiero que ataque.

—Vaya —dijo Cate—. ¿Y en tu caso, Ruby, es igual?

No. En absoluto. Bajé la vista hacia las manos, hacia el barro oscuro que seguía apelmazándose bajo las uñas. La idea de revelarles lo que era capaz de hacer consiguió que las manos me temblaran de un modo inesperado.

—Yo no implanto sentimientos en nadie, simplemente veo cosas.

O, que yo supiera, eso era lo que podía hacer.

—Caray... de verdad... caray. Sé que no paro de repetir lo mismo, pero sois asombrosos. Pienso en todo lo que sois capaces de hacer, en lo mucho que podréis

ayudarnos. Increíble.

Me giré y levanté la cabeza lo suficiente como para echar un vistazo a la carretera. Detrás de mí, noté que Martin me cogía un mechón de pelo y se lo enredaba entre los dedos. Vi mi rostro redondo reflejado en el retrovisor —unos ojos grandes y casi adormilados, unas cejas espesas y oscuras, unos labios carnosos— y mi cara de asco.

No debería haberlo hecho, pero mordí el anzuelo. Martin apenas tuvo tiempo para prepararse antes de que yo me girara de repente, le cogiera la pegajosa mano y se la retirara con energía. Se me cortó casi la respiración. «No me toques», me habría gustado decirle. «No te pienses que no soy capaz de romperte uno a uno todos los dedos de esa mano». Pero Martin me sonreía de oreja a oreja, mientras se pasaba la lengua por el herpes labial y movía los dedos en mi dirección, provocándome. Me incliné hacia delante, dispuesta a agarrarlo por la muñeca, a acallar de una vez a aquel cerdo con frialdad y rapidez.

Y eso era justo lo que él quería. Me fui percatando de ello, a medida que la sensación se deslizaba hacia mis entrañas. Quería que le demostrase lo que era capaz de hacer, que alimentara mis facultades con la misma malicia que lo impulsaba a él.

Volví a darle la espalda y cerré los puños para reprimir la rabia que me causaba su risilla triunfante.

¿Era mía aquella rabia, o era él quien me la había infundido?

—¿Va todo bien por ahí atrás? —dijo Cate por encima del hombro—. Esperad un poco más, ya casi estamos.

Fuera cual fuese el aspecto que tuviera normalmente Marlinton, era mucho peor bajo aquellos nubarrones grises y aquella brumosa lluvia. Lo bastante extraño y horrible como para incluso distraer a Martin de los juegos que estaba poniendo en práctica en mi cabeza.

La imagen de los centros comerciales desiertos y con los escaparates rotos que vimos antes de adentrarnos en el primer barrio de casitas marrones, grises y blancas, era perturbadora. Había coches vacíos en calles y caminos particulares, algunos con llamativos carteles de color naranja que anunciaban «EN VENTA» adheridos todavía a la ventanilla trasera, aunque todos estaban cubiertos por una gruesa capa de hojas pardas y podridas. Alrededor de los coches, montañas de trastos y cajas: muebles, alfombras, ordenadores. Habitaciones enteras de material electrónico inservible y oxidado.

—¿Qué ha pasado aquí? —pregunté.

—Es un poco complicado de explicar, ¿pero recuerdas lo que te comenté sobre la economía? Después de los primeros ataques en Washington, D. C., el gobierno empezó a ir de capa caída y una cosa llevó a la otra. No podíamos pagar nuestra deuda nacional, no podíamos dar dinero a los estados, no podíamos ofrecer beneficios, no podíamos pagar a los funcionarios. No escaparon de la crisis ni siquiera

ciudades pequeñas como esta. La gente perdió su puesto de trabajo cuando las empresas empezaron a cerrar y perdieron sus casas porque no podían pagarlas. La situación es terrible.

—¿Y dónde está todo el mundo?

—En ciudades campamento, en tiendas instaladas en los alrededores de las grandes ciudades, como Richmond y D. C., intentando encontrar trabajo. Sé que mucha gente trata de viajar al oeste porque piensa que allí habrá más trabajo y comida, pero... imagino que allí debe de ser más seguro. Por aquí hay muchos saqueos y grupos que se toman la justicia por su mano.

Casi me daba miedo preguntar.

—¿Y la policía? ¿Por qué no hace nada para impedir todo esto?

Cate se mordió el labio inferior.

—Acabo de decírtelo: los estados ya no pueden pagarles el sueldo, y han prescindido del cuerpo. El trabajo de la policía está ahora en manos de grupos de voluntarios, o de la Guardia Nacional. Por eso debéis manteneros cerca de mí, ¿entendido?

Cuando pasamos por delante de la escuela primaria, la cosa fue a peor.

Las barras de colores de los juegos infantiles, o lo que quedaba de ellas, estaban manchadas de negro y retorcidas en el suelo. Los pájaros, posados tranquilamente en el soporte principal, contemplaron impertérritos cómo nos saltábamos una señal de «Stop» y doblábamos la esquina.

Pasamos por delante de lo que debió de ser el edificio de una cafetería, cuyo lateral derecho estaba desmoronado por completo. El arcoíris mural de caras y soles pintado en la otra pared apenas se veía entre la telaraña de cinta policial amarilla que impedía al paso hacia las ruinas.

—Pusieron una bomba en la cafetería, justo antes de la primera Redada —dijo Cate—. Explotó a la hora de la comida.

—¿El gobierno? —quiso saber Martin, pero Cate no tenía la respuesta.

Puso el intermitente para doblar a la derecha, aunque no había nadie a quien indicar el cambio de dirección.

Una ciudad despoblada.

A través de la ventanilla empañada con mi aliento, vi que dejábamos atrás aquel barrio para pasar por delante de otro centro comercial. Pasamos por delante de un Starbucks, de un salón de manicura, de un McDonald's y de otro salón de manicura y llegamos a una gasolinera, donde Cate por fin se detuvo.

Enseguida vi el otro coche, un todo terreno ligero de color marrón claro, un modelo que no había visto nunca. El hombre que había junto al vehículo no estaba echándole gasolina. Habría sido imposible. Los surtidores estaban destrozados y las mangueras y las boquillas, desperdigadas por el suelo.

Cate tocó el claxon, pero el hombre ya nos había visto y nos hacía señas con la mano. También era joven, tan joven como Cate, es decir. Era de constitución ligera y el pelo castaño oscuro le caía sobre la frente. A medida que nos acercamos, la sonrisa de su rostro se fue iluminando y lo reconocí como el hombre que había visto en la cabeza de Cate. El hombre que ella había imaginado rodeado de resplandecientes colores y luces cuando nos habíamos marchado de Thurmond.

Apenas hubo tirado del freno de mano, Cate abrió la puerta y se abalanzó sobre él. La oí reír con ganas al abrazarlo, chocando contra él con tanta fuerza que le tiró al suelo las gafas de sol que llevaba puestas.

La mano sudorosa de Martin me rozó el punto donde el cuello entraba en contacto con la camiseta para darme un leve pellizco. Aquello fue demasiado. Abrí rápidamente la puerta del coche y salí disparada, haciendo caso omiso de las instrucciones de Cate.

El ambiente era húmedo y caía una fina llovizna que iluminaba los árboles y la hierba con un matiz verde eléctrico. El agua me empapó las mejillas y el pelo, un verdadero alivio después de pasar las últimas horas encerrada en compañía de Martin, el bobalicón, que parecía estar cubierto por un material pegajoso.

—... Encontraron a Norah media hora después de que salieseis —estaba diciendo el hombre cuando me acerqué a ellos—. Hay dos unidades buscándoos. ¿Habéis tenido algún problema?

—Ninguno. —Cate lo abrazaba por la cintura—. Pero no me sorprende. En estos momentos no dan abasto. ¿Pero dónde están tus...?

Rob negó enérgicamente con la cabeza y se le ensombreció el rostro.

—No conseguí sacarlos.

Dio la sensación de que Cate iba a desplomarse.

—Oh... lo siento.

—No pasa nada. Pero veo que tú has tenido más éxito... ¿se encuentra bien?

Los dos se giraron para mirarme.

—Ah... Rob, te presento a Ruby —dijo Cate—. Ruby, este es mi... te presento a Rob.

—¡Vaya presentación más sosa! —dijo Rob, chasqueando la lengua—. Por lo que veo, a las más guapas las tenían escondidas en Thurmond.

Me tendió la mano. Una mano de palma grande, cinco dedos, nudillos vellosos. Normal. Por cómo me quedé mirándola, debió de pensar que tenía la piel cubierta de escamas. Mantuve la mano pegada al muslo. Y me acerqué un paso más a Cate.

No llevaba ningún arma, ni cuchillo, ni máquina de Ruido Blanco, pero vi contusiones y cortes, algunos recientes, que le cruzaban el dorso de la mano hasta la muñeca, donde las inflamadas líneas rojas desaparecían bajo las mangas de una camisa blanca. No fue hasta que retiró la mano cuando vi el ramillete de puntitos rojos que le manchaba el puño de la manga derecha de la camisa.

La expresión de Rob se tensó cuando se percató de mi mirada. Ocultó la mano tras la espalda de Cate, enlazándola por la cintura.

—Una rompecorazones, ¿no te parece? —Cate levantó la vista hacia él—. Será perfecta para tareas de espionaje. ¿Quién podría negarle algo a una cara como esta? Es *Naranja*.

Rob soltó un silbido de aprobación.

—Caramba.

Gente que valoraba los Naranjas. Verlo para creerlo.

—¿Y Sarah? ¿Está bien?

Rob parecía confuso.

—Se refiere a Norah Jenkins —dijo Cate—. El nombre de Sarah era falso.

—Está bien —dijo Rob, poniéndome la mano en el hombro—. Por lo que sé, siguen interrogándola. Estoy seguro de que nuestros espías en Thurmond nos tendrán al corriente en caso de que se produzca algún cambio.

De repente, noté las manos entumecidas.

—¿Y tú te llamas *de verdad* Cate?

Se echó a reír.

—Sí, pero me apellido Conner, no Begbie.

Asentí, simplemente porque no sabía qué más decir.

—¿No dijiste que eran dos?

Rob miró por encima de mi hombro. Y justo en aquel momento, oí que se abría una puerta y se cerraba con fuerza a mis espaldas.

—Ahí lo tienes —dijo Cate, riendo como una orgullosa mamá gallina—. ¡Martin, ven aquí! Quiero que conozcas un nuevo camarada. Él nos llevará en coche a Georgia.

Martin se adelantó y le estrechó la mano al hombre antes de que Rob tuviera oportunidad de ofrecérsela.

—Muy bien —dijo Cate, dando unas palmas—. No disponemos de mucho tiempo, pero antes de seguir camino tenemos que lavaros y poneros ropa que no despierte sospechas.

El vehículo emitió un sonido repetitivo cuando Rob abrió una de las puertas traseras. Cuando se giró, unos pocos y exigüos rayos de sol se reflejaron en la empuñadura de la pistola que llevaba remetida en la cintura de los vaqueros. Retrocedí un paso cuando introdujo la mano en el coche para coger algo que no logré ver.

Había sido una estupidez por mi parte confiar en que ninguno de ellos fuera armado, pero el estómago se me encogió igualmente. Me giré y fijé la vista en las manchas de aceite tatuadas en el suelo, a la espera de oír de nuevo la puerta del coche al cerrarse.

—Aquí tenéis —dijo Rob, pasándonos una mochila negra a cada uno.

Mi compañero monstruo cogió la suya al vuelo y examinó rápidamente el contenido, como si fuese una bolsa de golosinas de las que se reparten en las fiestas de cumpleaños.

—Creo que los servicios de la gasolinera disponen aún de agua corriente. Aunque yo no la bebería —prosiguió Rob—. En las mochilas encontrareis una muda y cuatro cosas básicas. No tardéis mil años, pero tomaos el tiempo necesario para quitaros de encima ese campamento.

¿Pretendía que por el simple hecho de asearme podría olvidarme de Thurmond? ¿Que con frotar un poco saltaría como una mancha de barro? Por mucho que fuera capaz de borrar los recuerdos de los demás, me resultaba imposible borrar los míos.

Cogí la mochila sin decir palabra, mientras el inicio de una migraña se iba gestando en la base de mi cráneo. Y conocía perfectamente el significado de aquel dolor, lo bastante como para retroceder un paso. Pero me enganché el talón en el desigual suelo de cemento y tropecé. Extendí los brazos en un torpe intento de recuperar el equilibrio, pero lo único sólido que encontré fue el brazo de Rob.

Supongo que lo consideró un acto de caballero, pero tendría que haberme dejado caer. Mi cerebro emitió un suspiro de dicha al infiltrarse en los pensamientos de Rob. La presión que se me había ido acumulando en la cabeza se liberó en un instante y un hormigueo me recorrió la espalda de arriba abajo. Apreté los dientes para superar aquella sensación de desasosiego y cuando intenté separarme de él, la rabia se apoderó de mi organismo.

A diferencia de los recuerdos de Cate, que iban y venían como un parpadeo, los pensamientos de Rob eran casi letárgicos... aterciopelados y tenebrosos. No encajaban entre ellos, sino que más bien permeaban los unos en los otros, como tinta derramada en un vaso de agua que, en forma de masa oscura, se va extendiendo y serpenteando hasta acabar contaminando lo que antes era transparente.

Yo era Rob, y Rob miraba dos formas oscuras que había en el suelo. Tenían la cabeza cubierta con sendos sacos oscuros, pero era evidente que se trataba de un hombre y una mujer. Y si el corazón me retumbaba de tal manera en los oídos era por aquella mujer. La fuerza de su llanto me sacudía el cuerpo entero, y se debatía sin cesar para liberarse de las correas de plástico que la sujetaban de manos y pies.

Empezaba a llover inesperadamente y el agua bajaba con fuerza por los canalones de los edificios de nuestro alrededor. A través del filtro de la mente de Rob, el sonido recordaba el de las interferencias. Por el rabillo del ojo veía aparecer dos camiones de la basura gigantescos, y fue entonces cuando me percataba de que estábamos en un callejón, y de que estábamos solos.

La mano de Rob —mi mano— retiraba el saco que tapaba la cabeza de la mujer y apareció una mata de pelo oscuro que le cubría la cara.

Pero no era una mujer. Era una chica joven, de mi edad, vestida de verde oscuro.

Un uniforme. Un uniforme de campamento.

Las lágrimas se confundían con la lluvia, resbalaban por sus mejillas hasta llegarle a la boca. En sus labios lívidos se formaba la palabra «por favor» y sus ojos gritaban «no», pero yo tenía una pistola en la mano, plateada y reluciente a pesar de la escasa luz. La misma pistola que acababa de ver remetida en el pantalón de Rob. La misma que en aquel momento apuntaba a la frente de la chica.

La pistola me saltaba en la mano al dispararse y, en aquel mismo instante, un destello iluminaba la cara aterrada de la chica, un grito inacabado ahogado por el estampido. Cuando la cara se replegaba sobre sí misma, una lluvia de sangre me manchaba la mano y la chaqueta oscura que llevaba... y el puño blanco de la camisa de debajo.

El chico moría de la misma manera, solo que Rob no se tomaba la molestia de retirarle el saco antes de terminar con su vida. Cargaba los cuerpos en el camión de basura. Me retiré entonces de la escena y la vi hacerse cada vez más pequeña, más pequeña, hasta que la neblina oscura de la mente de Rob la engulló por completo.

Tiré para liberarme, y emergí de la piscina de tinta respirando con dificultad.

Rob me soltó el brazo al instante, pero Cate corrió hacia mí y habría ocupado el lugar de él de no haber yo levantado las manos para impedirselo.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó—. Estás muy pálida.

—No pasa nada —dije, esforzándome para que mi voz sonara tranquila y firme—. Supongo que estoy todavía algo mareada por la medicación.

Martin, detrás de mí, exhaló un suspiro de fastidio. Daba saltitos y gruñía de impaciencia. Me miró con recelo y por un momento temí que supiera lo que había pasado. Pero no: aquel tipo de conexiones eran rápidas y duraban escasos segundos, por larguísimas que a mí me pareciesen.

Mantuve la cabeza gacha y evité mirar a los adultos a la cara. No tenía valor para mirar a Rob después de ver lo que había hecho... y sabía que si miraba a Cate, me delataría al instante. Me preguntaría qué pasaba y no podría mentirle ni resultar convincente en mis explicaciones. Tendría que contarle que su novio, pareja o lo que quiera que fuese, había volado los sesos a dos chicos en un callejón.

Rob me ofreció una botella de plástico que tenía en el asiento delantero. Tenía los labios apretados, formando una fina línea. Volví a clavar la vista en las minúsculas motas rojas que salpicaban el puño de su camisa.

«Los ha matado». Las palabras me retumbaban en la cabeza. Podía haber sucedido hacía días, tal vez incluso semanas, pero no lo creía probable. De ser ese el caso, ¿no se habría cambiado la camisa o intentado limpiar las manchas? «Y luego ha venido aquí... ¿para matarnos también a nosotros?».

Rob me sonrió mostrando la dentadura completa. Sonrió. Como si no acabara de cargarse dos vidas a punta de pistola y se hubiera quedado allí a contemplar cómo la

lluvia arrastraba la sangre hacia las alcantarillas.

Las manos me temblaban con tanta intensidad que tuve que cerrarlas como un puño para sujetar la mochila y que no se me notara. Creía haber escapado de los monstruos, que los había dejado encerrados detrás de una alambrada electrificada. Pero las sombras seguían vivas, y me habían perseguido hasta aquí.

«Yo seré la siguiente».

Engullí el grito que me ascendía por la garganta y, con un nudo en el estómago, le devolví la sonrisa. Porque no me cabía la menor duda, estaba completamente segura, de que si supiese lo que acababa de ver, Cate pasaría los días siguientes tratando de limpiar mi sangre de su camisa.

«Ella lo sabe», pensé, siguiendo a Martin hacia la gasolinera. Cate, que olía a romero, que me había arrastrado por el pasillo, que me había salvado la vida. «Ella debe saberlo».

Y, con todo y con eso, Cate besó a Rob.

Parecía como si el interior de la gasolinera hubiera sido devastado por animales salvajes, y había bastantes probabilidades de que hubiera sido así. Huellas de barro, aparentemente dejadas por zarpas de todas formas y tamaños, creaban mareantes dibujos en el suelo y cruzaban sobre pegajosas manchas rojas y marrones en dirección a los estantes de la comida.

La tienda olía como a leche agria, aunque las neveras de las bebidas estaban iluminadas con una electricidad que iba y venía. Los refrescos y las cervezas habían desaparecido en su mayoría, pero quedaba aún una buena cantidad de leche. Y no me extrañó, puesto que la tienda la vendía a diez dólares el cartón. Y lo mismo podía decirse de la comida. Había estantes llenos de bolsas de patatas fritas y barritas de chocolate, con unos precios dignos de un tesoro en peligro de extinción. Había también estantes completamente vacíos, o llenos de restos de palomitas y galletas saladas con las bolsas explotadas.

Sin darme cuenta, acababa de elaborar un plan.

Mientras Martin estaba distraído toqueteando la máquina dispensadora de refrescos, cogí unas cuantas bolsas de patatas y barritas de chocolate. Por un momento, mientras las metía a presión en la mochila, me asaltó el sentimiento de culpa aunque, en realidad, ¿a quién le estaba robando? ¿Quién llamaría a la policía para que me detuvieran?

—Solo hay un cuarto de baño —anunció Martin—. Voy primero. A lo mejor, con un poco de suerte, te dejo algo de agua.

«A lo mejor, con un poco de suerte, te ahogas allí dentro».

Cerró de un portazo, y cualquier sentimiento de culpa que pudiera albergar por

abandonarlo, desapareció al instante. Tal vez fuera cruel por mi parte, tal vez pasara el resto de mi vida sintiéndome mal por haberlo abandonado sin previo aviso, pero era imposible contarle lo que pensaba hacer sin alertar con ello a Cate y a Rob. No confiaba lo bastante en él como para estar segura de que no se pondría a gritar para avisarlos o de que no intentaría retenerme.

No perdí el tiempo y me quité sin contemplaciones la vestimenta de quirófano de Sara —de Norah— y la dejé tirada en el suelo. El uniforme que llevaba debajo delataba sin la menor duda mi origen, pero la ropa de quirófano me iba demasiado grande para poder correr con comodidad. Necesitaba salir rápidamente de allí.

Martin debía de haber abierto el grifo a tope, puesto que cuando esquivé los cristales rotos del escaparate de la tienda se oía el agua corriendo.

Asomé la cabeza detrás de un estante justo a tiempo de ver cómo Rob y Cate acababan de besarse. Rob se palpó los bolsillos de la chaqueta y extrajo de uno de ellos un teléfono móvil. Me pareció que quien quiera que estuviese al otro lado de la línea, no estaba diciéndole a Rob nada muy agradable. Transcurrido un minuto, le pasó el teléfono a Cate y rodeó el coche para meter la cabeza por la puerta del conductor. Cate se movió hasta quedar de espaldas a mí y extendió lo que parecía un mapa sobre el capó del vehículo. Cuando Rob reapareció, llevaba bajo el brazo un objeto largo de color negro que sujetaba por el cañón. Cate le cogió el rifle sin ni siquiera mirarlo y se lo colgó al hombro por la correa. Como si aquel fuese su sitio ideal.

Lo reconocí, por supuesto que lo reconocí. Todos los soldados de las FEP que montaban guardia por el perímetro de la alambrada eléctrica iban armados con un rifle M16, y estaba segura de que los que nos vigilaban desde lo alto de la Torre tenían también uno a su alcance. «¿Es lo que piensan utilizar con nosotros?», me pregunté. «¿O pretenden que lo utilice yo?».

La parte racional de mi cerebro entró por fin en acción y superó el caos y el terror que se habían apoderado de mí. Tal vez Rob había matado a aquellos chicos por algún motivo. Tal vez habían intentado atacarlo, aunque estaban atados. Tal vez...

... Tal vez, simplemente, se habían negado a sumarse a la Liga.

En el instante en que caí en la cuenta fue como si el fuego me prendiera el pecho y lo arrasara todo en su camino. Solo de pensar, de visualizar, que tenía que tocar una de aquellas armas, que esperaban de mí que disparara con ellas... ¿consistiría en eso lo de formar parte de su familia?

¿O tendría que ser como Martin y convertirme yo misma en un arma?

Mi padre llevaba ya siete años como policía la primera vez que se vio obligado a disparar contra alguien. Nunca me contó la historia. Tuve que enterarme de ella a través de mis compañeros de clase, que lo habían leído en el periódico. Algo que tuvo que ver con unos rehenes, por lo que comprendí.

Lo dejó destrozado. Mi padre no salió de su dormitorio hasta que vino la abuela desde Virginia Beach a buscarme. Cuando volví a casa, unas semanas después, mi padre se comportó como si no hubiera pasado nada.

No sé qué podría motivar que yo llegara a coger un arma como aquella, pero tenía claro que no sería precisamente un grupo de desconocidos lo que me obligaría a hacerlo.

Tenía que salir. Huir. Hacia dónde carecía de importancia en aquel momento. Yo era un montón de cosas, de cosas terribles, pero no quería sumar a la lista lo de ser una asesina.

Se oyó entonces un ruido como de cristal triturado, lo bastante fuerte como para imponerse al del agua, que seguía corriendo a raudales en el cuarto de baño, y al zumbido de las neveras de los refrescos. Martin cerró el grifo, y fue entonces cuando escuché de nuevo aquel crujido. Me giré en redondo, justo a tiempo de ver, detrás de los estantes bajos de la comida, como se abría y cerraba la puerta con el rótulo «SOLO PARA EMPLEADOS».

«Una salida».

Miré por el cristal del escaparate una última vez para asegurarme de que Cate y Rob seguían de espaldas a mí y eché a correr, pasando por delante del expositor de cecina de vacuno, en dirección a esa puerta.

«No es más que un mapache», me dije, «o alguna rata». No era la primera vez en mi corta vida que las ratas me parecían preferibles a los humanos.

Pero volvió a oírse aquel crujido, más fuerte esta vez, y cuando empujé la puerta para abrirla, no me encontré precisamente con un montón de ratas deleitándose con una bolsa de cualquier refrigerio.

Me encontré con otro chico.

CAPÍTULO OCHO

El chico —no, la chica— abrió la boca para emitir un silencioso grito. A primera vista no habría podido decirlo, pero sin duda alguna era una chica, una niña, más bien. A juzgar por su altura tendría unos ocho años, nueve como mucho. Un bebé, prácticamente, ahogándose casi en el interior de una enorme camiseta con el anagrama de Indy 500, y un dibujo de una bandera a cuadros y un coche de carreras verde. Más curioso aún era que llevara unos guantes de goma de color amarillo chillón que le cubrían los brazos hasta la altura del codo, los típicos guantes que mi madre solía ponerse para limpiar el baño o lavar los platos.

Era una niña asiática, de pelo negro cortado al uno, que complementaba su vestuario con unos vaqueros masculinos holgados. Su cara era tan bonita, sin embargo, que podría confundirse con la de una muñeca. Sus carnosos labios en forma de corazón formaron una O perfecta para expresar su sorpresa al verme, y palideció de un modo tan drástico que las pecas que le cubrían la nariz y las mejillas se hicieron más visibles.

—¿De dónde sales? —conseguí decir.

El asombro de su rostro se transformó en terror. Con la mano que no tenía metida en una caja de barritas de regaliz de color rojo, cerró la puerta de golpe emitiendo un destello amarillo.

—¡Espera!

Empujé de nuevo para abrirla, a tiempo de verla salir hacia la lluvia por la puerta del otro lado del almacén. Corrí tras ella, echándome la mochila a los hombros mientras pasaba por delante de las diversas estanterías. La puerta se había quedado atrapada con una piedra, pero le arree un puntapié y se abrió volando.

—¡Espera!

De los bolsillos y de la camiseta le sobresalían bolsas pequeñas de galletas saladas y patatas fritas.

Tenía todo el derecho del mundo a sentir pánico de aquella chica medio loca que la perseguía. Pero ya perdería luego el tiempo sintiéndome mal por ello; por el momento, mi cabeza había captado una oleada de esperanza y no estaba dispuesta a dejarla escapar por aquel aparcamiento. La niña tenía que venir de alguna parte, y si conocía la manera de salir de aquella ciudad, o un lugar donde esconderse hasta que Cate y los demás dejaran de buscarme, quería saberlo.

El solar situado en la parte posterior de la gasolinera era un aparcamiento de solo cuatro plazas, y una de ellas estaba ocupada por un camión de la basura volcado. En el interior oí sonidos de animalillos, pero pasé de largo y seguí corriendo sin apartar los ojos de la parte posterior de la camiseta gris de la niña. Corría tanto que acabó

tropezando en el punto en que el asfalto irregular del solar se encontraba con la hierba. Extendí los brazos para cogerla, pero la niña consiguió recuperar el equilibrio a tiempo.

Estaba a dos pasos de agarrarla por la camiseta, cuando de pronto aceleró y echó a correr como una bala entre una pequeña arboleda que separaba la gasolinera de lo que parecía otra calle.

—¡Solo... solo quiero hablar contigo! —grité—. ¡*Por favor!*

Aunque lo que tendría que haberle dicho era «No te haré daño», o «No soy un soldado de las FEP», o cualquier cosa que hubiese servido para darle una pista de que estaba tan muerta de miedo como ella. Pero el pecho me ardía y, bajo el dolor que sentía en las costillas, notaba los pulmones oprimidos, tensos e inútiles. El botón del pánico saltaba al ritmo de mis pasos y me rebotaba contra la barbilla y los hombros. Tiré de él con tanta fuerza para arrancármelo, que el cierre de la cadena se partió.

La niña saltó sobre un árbol caído y sus zapatillas deportivas chapotearon en el barro. No puede decirse que las mías fueran más silenciosas, pero la voz de Martin superó el ruido que entre ambas pudiéramos hacer.

—¡Ruby!

Se me heló la sangre hasta tal punto que me dio la impresión de que había dejado de correr por mis venas. Jamás debería haberme girado para mirar por encima del hombro, pero lo hice, más por instinto que por miedo. No me di cuenta de que había dejado de mover los pies hasta que vi aparecer la forma redondeada de Martin por detrás de los árboles. Estaba tan cerca de mí que logré vislumbrar incluso el rubor que se había apoderado de su cara, pero él no me había visto. Todavía no.

—¡Ruby!

Cuando eché a correr de nuevo no esperaba encontrarme otra cosa que no fueran árboles y aire, pero allí estaba ella, a escasa distancia de mí. La niña se había colocado detrás de un árbol, no escondiéndose, aunque tampoco indicándome que me acercase a ella. Tenía los labios apretados en una línea tensa, y desviaba velozmente la mirada entre mi figura y la dirección de donde provenía la voz de Martin. Cuando eché a correr hacia ella, la niña despegó a tal velocidad que incluso levantó los dos pies del suelo a la vez. Asustada como un conejillo.

—Vamos —dije, jadeando y moviendo los brazos—. Solo quiero...

Dejamos atrás los árboles y llegamos a una calle desierta. En el lado opuesto de la calle sin salida había una hilera de casitas desvencijadas, cuyas ventanas protegidas con tablas parecían ojos a la funerala. Estaba segura de que el destino de la niña era la casa más próxima —la que tenía una valla de color gris y una puerta verde—, pero realizó un brusco giro hacia la derecha y corrió hacia el monovolumen aparcado junto a la acera.

Los parachoques, las puertas laterales y el techo estaban tan abollados que el coche no tenía arreglo. Eso sin contar los faros, descompuestos y rotos, y la pintura

negra, desconchada por todas partes. Lo mejor conservado era el logotipo escrito en letra cursiva que alguien había pintado en la puerta corredera: «LIMPIEZAS BETTY JEAN».

Pero era un coche. Una salida. En aquel momento no se me ocurrió pensar en detalles logísticos, como si tenía o no tenía combustible, o si el motor arrancaría. Pero creo que, solo de verlo, fue como si a mi corazón le surgieran de repente un par de alas blancas y esponjosas que nadie conseguiría abatir.

La chica corría tanto que al llegar junto al monovolumen se estampó contra el panel lateral y salió rebotada. Cayó con fuerza en el suelo, pero se recuperó con mayor rapidez de lo que lo habría hecho yo. A continuación, acercó las dos manos enguantadas de amarillo al tirador y accionó la puerta corredera, que emitió un sonido capaz de hacer temblar a los pájaros posados en los tejados de las casas vecinas.

Llegué justo cuando ella cerraba la puerta y ponía el seguro.

Veía a la niña a través de mi reflejo en el cristal tintado, la veía igual que ella debía verme a mí. Ojos grandes y frenéticos, un amasijo de cabello oscuro, ropa que me quedaría pequeña de no ser porque el campamento me había vuelto tan condenadamente esquelética que incluso podía verme en el pecho huesos cuya existencia ignoraba. Corrí hacia el otro lado del coche, interponiendo el monovolumen entre mi persona y quien quiera que apareciese entre los árboles.

—¡Por favor!

Mi voz sonó ronca. No sabía si los gritos de Martin reverberaban en mi cabeza o si estaba aproximándose de verdad. Los cristales tintados eran lo bastante claros como para ver lo que se reflejaba en ellos y distinguir entre los árboles cualquier destello de su piel acerada. Si Martin estaba acercándose, Cate y Rob no andarían muy lejos. A aquellas alturas, tenían que haber oído ya sus gritos.

«Tienes dos alternativas, Ruby», me dije. «Volver con ellos o huir».

La cabeza y el corazón compartían las ganas de huir, pero el resto de mi cuerpo — las partes que el Ruido Blanco había torturado, que las personas supuestamente cargadas de buenas intenciones habían envenenado y maltratado— se mantenía tercamente firme. Me derrumbé sobre el monovolumen, desanimada. Era como si me hubieran aplastado el pecho con un torno de carpintero, como si hubiesen girado y girado el mango para estrujarme y robarme hasta el último gramo de aire y coraje.

Los años pasados en Thurmond me habían enseñado a dejar de creer que podía escapar de la vida que los demás estaban tan deseosos de imponerme. No sé por qué me había imaginado que fuera iba a ser distinto.

Oí pasos entre los árboles y la maleza, más sonoros a cada segundo que transcurría. Cuando volví a levantar la vista, vi que el increíble pelo rubio de Cate aparecía y desaparecía entre los árboles, brillando como una luciérnaga bajo las nubes cargadas de llovizna.

—¡Ruby! —la oí gritar—. ¿Dónde estás, Ruby?

Y luego apareció Rob, justo detrás de ella y armado. Miré hacia las casas situadas en el extremo sin salida de la calle. Más abajo, en el otro lado de la calle, vi señales con símbolos que no reconocía, y pensé que eso, lo desconocido, siempre sería mejor que volver con Cate.

La niña del interior del coche seguía mirándome, luego se giró para mirar hacia los árboles. Cerró con fuerza la boca y torció los labios en una mueca. Agarraba con fuerza el tirador de la puerta con una mano, mientras apoyaba la otra en el reposabrazos de su asiento. Hizo un ademán de levantarse, pero volvió a sentarse y miró una vez más en mi dirección.

Me di una palmada en la cara y retrocedí un paso. Confiaba en que la niña supiera que debía esconderse cuando Cate y Rob vinieran a por mí. Los conduciría lo más lejos posible de allí: era lo mínimo que podía hacer después de haberle quitado unos años de vida con el susto que acababa de darle.

No había girado aún del todo para emprender la huida, cuando oí que la puerta se deslizaba para abrirse. Aparecieron un par de manos que me agarraron por la espalda de la camiseta, retorciendo el tejido para sujetarme mejor. Cuando tiró de mí, caí hacia atrás sobre el asiento más próximo. Me golpeé el cuello contra el reposabrazos y rodé hasta caer sobre la áspera alfombrilla de detrás del asiento del acompañante. La puerta rugió para cerrarse de nuevo.

Parpadeé, intentando eliminar los puntos negros que me empañaban la visión, pero la niña no estaba dispuesta a esperar a que me serenase. Se encaramó sobre mis piernas entrelazadas para llegar al asiento de atrás, me agarró por el cuello de la camiseta y tiró de él con brusquedad.

—Está bien, está bien —dije, arrastrándome hacia ella.

Me resbalaban las manos sobre las alfombrillas grises del monovolumen. Con la excepción de algunos periódicos apilados y algunas bolsas de plástico escondidas bajo el asiento de atrás, el interior del monovolumen estaba bien conservado y ordenado.

Me indicó que me agachara debajo de uno de los asientos intermedios. Mientras apretaba las rodillas contra el pecho, me di cuenta de que pese a haber seguido sus órdenes al pie de la letra, la niña no me había dirigido aún ni una sola palabra.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

Se inclinó por encima del respaldo del asiento trasero y pataleó por un instante en el aire mientras buscaba algo en el maletero. No sé si me había oído, pero fingió no hacerlo.

—Está bien; puedes hablarme...

Cuando emergió de nuevo, con una sábana blanca salpicada de pintura, tenía la cara sonrosada. Se llevó un dedo a los labios y yo cerré la boca. La niña desplegó la sábana doblada y me la echó encima para taparme. El olor a jabón de limón artificial y

a lejía agredió mis fosas nasales. Abrí la boca para protestar, dispuesta a retirar aquel tejido de la cara, pero algo me lo impidió.

Se acercaba alguien... más de una persona. Capté fragmentos de voces, oí pisadas en la calzada. El sonido de una puerta que se abría me detuvo el corazón.

—¡... Te juro por Dios que era ella, Liam! —Era una voz profunda, pero no sonaba como la de un adulto—. Y mira que te dije que nos obligaría a retroceder. ¿Has tenido algún problema, Suzume?

Se abrió la otra puerta del coche. Alguien —¿Liam?— exhaló un suspiro de alivio.

—Gracias a Dios —dijo el hombre, con cierto acento sureño—. Vamos, vamos, vamos, entra. No sé qué sucede, pero no quiero quedarme aquí más tiempo del necesario para saberlo. Los rastreadores son ya bastante malos de por sí...

—¿Por qué no quieres reconocer que era ella? —dijo la otra voz.

—... Porque nos deshicimos de ella en Ohio, por eso...

Y en aquel momento, por encima de la voz de Liam y de la sangre que me bombeaba en el interior de los oídos, escuché otra voz.

—¡Ruby! ¡*Ruby*!

Cate.

Me llevé las manos a la boca y cerré los ojos con fuerza.

—¿Qué demonios? —dijo la primera voz—. ¿Es eso lo que pienso que es?

El primer disparo estalló como un petardo. Tal vez fuera la distancia, o tal vez que quedó amortiguado entre un ejército de árboles y maleza, pero me pareció inofensivo. Una advertencia. El siguiente mostró unos dientes mucho más afilados.

—¡*Para*! —Oí que gritaba Cate—. ¡No dispaes...!

—¡LEE!

—¡Lo sé, lo sé! —El motor resopló hasta cobrar vida y el chirriar de los neumáticos lo acompañó—. ¡Zu, el cinturón!

Intenté sujetarme en algún sitio, pero el coche me zarandeó entre los asientos. Me golpeé la cabeza contra el panel de plástico del lateral y el soporte de las bebidas, pero dado que estaban disparando contra el vehículo, era natural que nadie prestara atención a los extraños sonidos que emitía el asiento de atrás.

Me pregunté si Rob le habría pasado el otro rifle a Martin.

—Zu, ¿ha pasado algo en la gasolinera? —insistió la voz que había identificado como Lee.

Sus palabras contenían cierto matiz de apremio, pero no de pánico. Llevaríamos unos diez minutos en marcha y nos habíamos alejado de los disparos. Su compañero, sin embargo, era otra historia.

—Oh, Dios mío, ¿más rastreadores? ¿Pero qué pasa? ¿Acaso están celebrando

una puta convención? Supongo que eres consciente de lo que habría sucedido si nos hubieran pillado, ¿no? —dijo en tono crítico—. ¡Y disparaban contra nosotros! ¡Nos disparaban! ¡Con una escopeta!

La niña, que debía de estar en algún sitio que quedaba a la derecha de mí, soltó una risilla.

—¡Me alegro de que lo encuentres gracioso! —dijo el otro—. ¿Sabes lo que pasa cuando te alcanza un disparo? La bala te desgarrar y...

—¡Chubs^[1]! —La voz del otro chico sonó lo bastante cortante como para interrumpir cualquier historia macabra que el otro pretendiera compartir—. Tranquilízate, ¿entendido? Estamos bien. Hemos estado más cerca de lo que me habría gustado, pero ya está. Mañana tendremos que intentar cometer menos errores, ¿no es así, Zu?

La primera voz soltó un gruñido entrecortado.

—Siento lo de antes —dijo Lee. Su voz sonó con dulzura, lo que me indicó que se dirigía a la niña y no al chico, que seguía con sus quejas y su consternación—. La próxima vez te acompañaré a buscar comida. ¿No estás herida, verdad?

Las vibraciones de la carretera amortiguaban sus voces. En el soporte de las bebidas había una moneda que iba de un lado a otro y emitía tanto ruido que a punto estuve de sacar la mano por debajo de la sábana para cogerla. Cuando el primer chico volvió a hablar, tuve que forzar el oído para entender qué decía.

—¿Te ha parecido que andaban buscando a alguien?

—No, ¡me ha parecido que estaban *disparándonos*!

Perdí toda sensibilidad de las manos, como si se hubiera esfumado por la punta de los dedos.

«Estás a salvo», me dije. «También son niños».

Niños que sin querer se habían convertido en blanco por mi culpa.

Debería haberme imaginado que aquello acabaría pasando. Esto, y no mi miedo a echar a andar sola por una ciudad desierta, debería haber sido mi principal preocupación. Pero había caído presa del pánico y el cerebro se me había derretido en una piscina hirviente de terror.

—... Muchas cosas —estaba diciendo Lee—, pero ahora intentemos centrarnos en localizar East River...

Tenía que salir de allí ahora mismo. Ahora mismo. Había sido una idea nefasta, tal vez incluso la peor idea de mi vida. Si me iba ahora, quizás ellos pudieran escapar de Cate y Rob. Y también yo tendría quizás alguna posibilidad de escapar de ellos.

Volvía a colgarme la mochila a la espalda y retiré la sábana de un puntapié. Inspiré una bocanada de aire acondicionado rancio y utilicé el asiento para impulsarme hacia arriba.

Los asientos delanteros estaban ocupados por dos adolescentes, sentados de cara a

la carretera. Llovía con más intensidad; las gruesas gotas caían a tanta velocidad que los limpiaparabrisas no podían con ellas y daba la sensación de que nos dirigíamos hacia un paisaje impresionista de Virginia Occidental. Arriba el cielo plateado, la carretera negra abajo... y en medio, el resplandor luminiscente de los árboles con su recién estrenada vestimenta primaveral.

Liam, el conductor —el mismo chico al que antes habían llamado Lee—, llevaba una cazadora vieja de cuero, más oscura por la parte de los hombros, donde la lluvia la había empapado. Se pasó la mano por la cabeza para alisarse el pelo rubio ceniza. De vez en cuando miraba de reojo al adolescente de piel oscura que ocupaba el asiento del acompañante, pero no fue hasta que lanzó una mirada rápida al retrovisor cuando vi que tenía los ojos azules.

—No puedo ver por el cristal de atrás si...

Las palabras se le quedaron atascadas en la garganta al reaccionar con retraso.

El monovolumen dio un bandazo hacia la derecha cuando el chico se giró en su asiento, arrastrando el volante con él. El otro chico emitió un sonido entrecortado como consecuencia de la sacudida del vehículo y el consiguiente desplazamiento hacia el arcén. La niña me miró por encima del hombro, con una mezcla de sorpresa y exasperación en el rostro.

Liam frenó de golpe. Los demás ocupantes del coche sofocaron un grito cuando el cinturón de seguridad se les clavó al pecho, pero yo no tenía nada que me sujetase y me impidiera salir volando entre los dos asientos del medio. Después de lo que me pareció una breve eternidad, pero que probablemente no fue más que un solo segundo, el monovolumen se estremeció hasta detenerse en seco y exhalar un prolongado chillido de dolor.

Los dos chicos se quedaron mirándome con expresiones totalmente distintas. La cara bronceada de Liam estaba blanca como la porcelana, y tenía la boca abierta en un gesto casi cómico. El otro chico me miraba a través de sus gafas de delgada montura metálica, con la boca fruncida en una mueca de desaprobación, la misma que mi madre solía mostrar cuando descubría que no me había acostado a la hora debida. Las orejas, quizás algo grandes en relación con el tamaño de la cabeza, le sobresalían del cráneo; y todo lo que quedaba comprendido entre ellas, desde su amplia frente hasta el fino puente de la nariz, pasando por unos labios gruesos, se oscureció de rabia. Por una décima de segundo temí que fuese un Rojo, porque a juzgar por su mirada, no deseaba otra cosa que churruscarme viva.

Chicos. ¿Por qué tenían que ser chicos?

Me incorporé un poco sobre la alfombrilla y me arrastré hacia la puerta lateral. Accioné el tirador, pero por mucha fuerza que aplicara, la puerta no se movió.

—¡Zu! —gritó Liam, mirándonos a las dos.

La niña se limitó a unir las manos en su regazo, lo cual hizo chirriar los guantes de

goma, y a mirarlo con inocencia. Como si no tuviese ni idea de dónde había salido el polizón que en aquel momento tenía a sus pies.

—Estábamos todos de acuerdo: nada de descarriados. —El otro chico hizo un gesto de negación con la cabeza—. ¡Por eso no cogimos los gatitos!

—Oh, por el amor de... —Liam se derrumbó en su asiento y escondió la cara entre las manos—. ¿Qué querías que hiciésemos con una caja con gatitos abandonados?

—Tal vez, si ese corazón negro que tienes no hubiera estado dispuesto a dejarlos morir de hambre, podríamos haberles encontrado hogares donde les diesen cariño.

Liam miró estupefacto al otro chico.

—Nunca olvidarás lo de esos gatos, ¿verdad?

—¡Eran gatitos inocentes e indefensos y los abandonaste en el buzón de una casa! ¡En un *buzón*!

—Chubs —refunfuñó Liam—. Vamos.

¿Chubs? Aquello debía de ser una broma. Aquel chico era flaco como un palillo. Todo en él, desde la nariz a los dedos, era largo y estrecho.

Lanzó una mirada fulminante a Liam. No sé qué me sorprendía más, si el hecho de que estuvieran discutiendo sobre gatos o que hubieran logrado olvidar mi presencia en el coche.

—¡Perdonad! —Les interrumpí dando un golpe al cristal de la ventana con la palma de la mano—. ¿Podéis, por favor, abrir esta puerta?

Al menos conseguí que callaran.

Cuando Liam se volvió finalmente hacia mí, su expresión era completamente distinta. Estaba serio, aunque en absoluto irritado o receloso. Que es mucho más de lo que habría podido decirse de mí de haber intercambiado los papeles.

—¿Es a ti a quién andan buscando? —preguntó—. ¿Ruth?

—Ruby —le corrigió Chubs.

Liam agitó la mano restándole importancia al tema.

—De acuerdo. Ruby.

—¡Abridme la puerta, por favor! —Volví a accionar el tirador—. He cometido un error. ¡Ha sido un error por mi parte! He sido una egoísta, lo sé, tenéis que dejarme marchar antes de que os alcancen.

—¿Antes de que nos alcance quién? ¿Los rastreadores? —preguntó Liam. Me clavó la mirada y me repasó de arriba abajo, desde la cara ojerosa y el uniforme color verde bosque, hasta las zapatillas manchadas de barro, para posarse por fin en el número de psi escrito con rotulador permanente en la puntera de lona. Una mirada de horror cruzó su rostro—. ¿Acabas de salir de un campamento?

Noté los ojos oscuros de Suzume —de Zu— posados sobre mí, pero le aguanté la mirada a Liam y asentí.

—Me sacaron los de la Liga de los Niños.

—¿Y ahora huyes de ellos? —preguntó Liam.

Miró a Zu en busca de una confirmación. La niña movió afirmativamente la cabeza.

—¿Y a quién le importa? —interrumpió entonces Chubs—. Ya la has oído: ¡abre esa estúpida puerta! Tenemos a los de las FEP y a los rastreadores detrás de nosotros. ¡Solo falta que ahora les sumemos a los de la Liga! Seguramente piensan que está con nosotros, y si dan la voz de alarma de que hay unos cuantos monstruos rondando por aquí a bordo de un monovolumen negro destartado... —No tuvo valor para terminar.

—Oye tú —dijo Liam, levantando un dedo—, no hables así sobre Black Betty.

—Oh, *perdóname* por herir los sentimientos de un monovolumen de veinte años.

—Tiene razón —dije—. Lo siento, por favor... no quiero traeros más problemas.

—¿Quieres volver con ellos, entonces? —Liam volvía a mirarme, con una mueca pesimista en los labios—. Mira, ya sé que no es asunto mío, Verde, pero tienes derecho a saber que lo más probable es que todo lo que te han contado sean mentiras. No son nuestra red de ángeles. Ellos tienen su propia hoja de ruta, y si te han sacado del campamento, es porque tienen planes para ti.

Negué con la cabeza.

—¿Y crees que no lo sé?

—Entendido —replicó, con voz más tranquila—. ¿Y a qué vienen entonces tus prisas por volver con ellos?

La pregunta no escondía ni una crítica ni una acusación, ¿por qué, entonces, seguía sintiéndome como una idiota? Noté en la garganta un escozor burbujeante y caliente, que fue ascendiendo hasta llegarme a los ojos. Aquel chico me miraba con la compasión y la pena de quien contempla un cachorrillo extraviado antes de sacrificarlo. No sabía si la emoción que crecía en mi interior era rabia o turbación, pero no tenía tiempo de averiguarlo.

—Es que no puedo... no quería meteros en esto... quiero decir, que quería, pero...

Vi a Zu desaparecer de mi ángulo de visión y, a continuación, noté que extendía la mano hacia mí. Me aparté bruscamente y cogí aire. Le herí los sentimientos con mi gesto y esa expresión se mantuvo en su cara el tiempo suficiente como para que me sintiese culpable. Había intentado ayudarme, se mostraba amable conmigo. Pero no sabía a qué tipo de monstruo había salvado.

De haberlo sabido, jamás me habría abierto la puerta.

—¿Quieres volver con ellos?

Chubs estaba mirando a Liam, y Liam me estaba mirando a mí. Estaba mirándome fijamente y yo ni me había dado cuenta.

—No —dije, y era cierto—. No quiero.

Liam no dijo nada, sino que se limitó a poner de nuevo en marcha el monovolumen. El vehículo empezó a avanzar.

«¿Pero qué haces, Ruby?». Quería alcanzar con la mano el tirador de la puerta, pero estaba muy lejos y la mano me pesaba. «Sal. Sal de aquí ahora mismo».

—Lee, no te atreverás —empezó a decir Chubs—. Si nos persigue la Liga...

—No pasará nada —dijo Liam—. La dejaremos en la estación de autobuses más cercana.

Pestañeeé. Aquello era más de lo que me esperaba.

—No tenéis por qué hacerlo.

Liam hizo un gesto desdeñoso.

—No pasa nada. Siento no poder hacer más. No podemos correr ese riesgo.

—Sí, tienes razón —dijo Chubs—. De modo que explícame por qué no la dejamos en una estación de tren, que queda más cerca.

Cuando levanté la vista, Liam me examinaba con detalle, con las pálidas cejas forzosamente unidas por algún pensamiento recóndito. Intenté no sentirme incómoda bajo aquella mirada.

—Recuérdamelo otra vez... Ruby, ¿no es eso? Seguro que a estas alturas ya lo habrás averiguado, pero yo soy Liam, y la encantadora señorita sentada detrás de mí es Suzume.

La niña me sonrió con timidez. Me giré y arqueé una ceja mirando al otro chico.

—Supongo que en realidad no te llamas Chubs.

—No —dijo, sorbiendo por la nariz—. Fue Liam quien me puso ese nombre en el campamento.

—Era como un cerdito. —Liam mostró un amago de sonrisa—. Resulta que el campo de trabajo y una dieta restringida dan mejores resultados que una cura de adelgazamiento. Zu te confirmará lo que digo.

Pero Zu no estaba prestando atención, no nos prestaba atención a ninguno de los tres. Se había subido la capucha y se había dado la vuelta en su asiento, de tal modo que, por encima del respaldo, miraba al exterior por el cristal trasero. Abrió la boca, pero no pudo decir ni una palabra. Se había quedado blanca.

—¿Zu? —dijo Liam—. ¿Qué pasa?

Zu no tuvo necesidad alguna de indicárselo. Aun en el caso de que no hubiésemos visto el todoterreno ligero que se acercaba a toda velocidad, habría sido imposible ignorar la bala que atravesó el cristal trasero y lo hizo añicos.

CAPÍTULO NUEVE

La bala atravesó el monovolumen justo por el centro y salió por el parabrisas. Por un momento, nadie hizo nada excepto mirar fijamente el orificio y la telaraña de grietas que empezó a irradiar a partir del mismo.

—¡Mierda!

Liam apretó a fondo el pedal del gas para acelerar. Era como si hubiese olvidado que íbamos a bordo de un Dodge Caravan, no de un BMW, y pasó de cero a cien en lo que pareció media hora. El cuerpo de Black Betty empezó a temblar y a vibrar por algo más que los cuatro baches y grietas que pudiera haber en el asfalto.

Me giré, esperando ver el todoterreno de Rob, pero el coche que nos seguía era un *pickup* de color rojo, y el hombre que asomaba por la ventanilla del acompañante, rifle en mano, no era Rob.

—¡Te lo dije! —gritó Chubs—. ¡Te dije que eran rastreadores!

—Sí, tenías razón —le gritó Liam a modo de respuesta—. ¿Pero podrías intentar además ser de alguna utilidad?

Liam dio un bandazo hacia la izquierda en el instante en que el hombre volvía a disparar. Debió de esquivar el disparo, puesto que el coche salió indemne. El hombre disparó de nuevo, y la bala corrió entonces mejor suerte: se estampó contra el parachoques de Black Betty. Fue como si nos hubieran dado un golpe con un ladrillo y todos los ocupantes sofocamos un grito. En el caso de Chubs, gimoteó y se santiguó.

Zu permanecía sentada en su asiento, alicaída, con las rodillas dobladas contra el pecho. La capucha le ocultaba la cara, pero no lograba camuflar con ello los temblores de su cuerpo. Le apoyé la mano en la espalda para consolarla.

Sonó un nuevo estampido, aunque esta vez no fue un disparo.

—¿Qué demonios...? —Liam se arriesgó a mirar por encima del hombro—. ¿Me tomáis el pelo?

El corazón me dio un vuelco. El vehículo rojo dio una sacudida hacia delante y vi que la conductora —una mujer de pelo oscuro con gafas— giraba el volante hacia un lado, intentando quitarse de encima el todoterreno marrón claro que se le había empotrado por detrás. No fue necesario ver quién lo conducía para saber a quién pertenecía aquel vehículo: a Cate y a Rob. Pero, en ese caso, ¿quiénes eran los ocupantes del *pickup*?

—¡Es *ella*! —gritó Chubs—. ¡Te lo dije! ¡Nos ha encontrado!

—¿Y quién es entonces el tipo del rifle? —gritó Liam—. ¿Su novio?

El hombre que nos había disparado concentró su atención en librarse del todoterreno que los perseguía y se asomó a la ventanilla. Duró un suspiro. Un disparo lanzado desde el todoterreno le dio en pleno pecho y provocó una explosión de sangre.

La siguiente bala provocó la caída por la ventanilla del acompañante del cuerpo sin vida del tirador. La conductora no hizo ademán alguno de detenerse a recogerlo.

Vi el *pickup* rojo separarse por fin del parachoques frontal del todoterreno. Con los dos neumáticos traseros reventados, se desvió bruscamente hacia el otro carril, girando en trompos, hasta que se detuvo en el arcén de la autopista.

—Uno menos —oí que decía Liam.

Me giré, esperando encontrar el rifle de Rob apuntándome a través del cristal trasero destrozado de nuestro monovolumen. Pero Rob estaba al volante.

Cate ocupaba el asiento del acompañante y sujetaba con firmeza un rifle.

—Déjame marchar, por favor —dije, agarrando a Liam por el hombro—. Volveré con ellos. Nadie tiene que salir herido de esta.

—¡Sí! —dijo Chubs—. ¡Para y que baje!

—¡Cerrad el pico los dos! —dijo Liam, mientras guiaba a Black Betty hacia el carril de la derecha y luego de nuevo hacia el izquierdo.

El todoterreno nos seguía, más que aguantarnos el ritmo. No sabía si habíamos disminuido la velocidad, o si ellos habían acelerado, puesto que al momento siguiente, el todoterreno nos embistió y ni siquiera los cinturones de seguridad impidieron que nos viéramos propulsados hacia delante.

Liam murmuró algo para sus adentros. La lluvia empezaba a arremeter con fuerza y Liam bajó la ventanilla y sacó la mano, como para indicar al todoterreno que nos adelantara.

—¡Haz algo! —gritó Chubs, dirigiendo las manos al volante.

—¡Lo intento! —dijo Liam—. ¡No puedo concentrarme!

«Está intentando hacer uso de sus facultades». A pesar del terror que sentía, acababa de caer en la cuenta.

Los goterones que salpicaban el cristal emborronaban los árboles que flanqueaban la carretera, pero Liam no se tomó la molestia de activar el limpiaparabrisas. De haberlo hecho, tal vez hubiera visto el coche que se nos acercaba en dirección contraria. El conductor hizo sonar la bocina y despertó a Liam del trance en el que estaba sumido.

El monovolumen regresó a su carril dando un bandazo, evitando por los pelos un choque frontal con el turismo. Si el coche no hubiera pisado el freno a fondo, el monovolumen se habría estampado contra él. Tanto Zu como yo nos giramos justo a tiempo de ver el todoterreno volviendo al carril que le correspondía y acelerando de nuevo detrás de nosotros, antes de que nos diera tiempo a recuperar el ritmo normal de la respiración.

—Liam —supliqué—. Para, por favor. ¡No pienso permitir que os hagan daño!

«No quiero volver con ellos».

«No quiero volver con ellos».

«No quiero...».

Cerré los ojos con fuerza.

—¡Verde! —La voz de Liam interrumpió mis pensamientos—. ¿Sabes conducir?

—No.

—¿Tienes mejor vista que Chubs?

—A lo mejor, pero...

—¡Estupendo! —dijo, tirándome del brazo—. Ocuparás el puesto del capitán.

Resopló, justo en el momento en que una nueva bala rebotaba contra la piel metálica de Black Betty.

—Vamos, es como montar en bicicleta. El pedal de la derecha es el acelerador, el de la izquierda es el freno, la dirección la guías con el volante. No necesitas saber nada más.

—¡Espera un momento!

Pero, por lo visto, yo no tenía ni voz ni voto. Dio un nuevo bandazo hacia el carril de la izquierda justo cuando el todoterreno nos arreaba un nuevo golpe. En lugar de acelerar, Liam pisó a fondo el freno. Black Betty se paró en seco y el todoterreno pasó zumbando por nuestro lado.

Fue todo tan rápido que no pude ni llevarle la contraria. Liam se desabrochó el cinturón de seguridad y tiró de mí para que ocupara el asiento del conductor, mientras él lo abandonaba. El coche seguía avanzando por su propia inercia y, presa del pánico, pise a fondo el pedal que creía que era el freno. Black Betty dio un brinco hacia delante y esta vez fui yo la que chilló.

—¡El freno es el de la izquierda!

Liam chocó contra el salpicadero mientras el todoterreno se recuperaba. Oí el chirriar de los neumáticos que provocó Rob al girar bruscamente y cobrar de nuevo velocidad.

—¡Dale al acelerador!

—¿Y por qué no conduce él? —pregunté con un hilo de voz.

Chubs retiró hacia atrás el asiento del acompañante para poder ir a la parte posterior y Liam ocupó el que hasta entonces había sido el asiento de Chubs.

—Porque —dijo, bajando la ventanilla—, no ve ni dos palmos más allá de sus narices. Confía en mí, mejor que no conduzca. Y ahora... ¡gas a fondo!

Hice lo que me ordenaba. El coche aceleró y el corazón me dio un vuelco. Las ruedas empezaron a girar sobre el asfalto mojado.

Liam estaba con medio cuerpo fuera de la ventanilla, sentado prácticamente en ella.

—¡Más rápido! —dijo.

Llovía con fuerza, pero los faros delanteros del todoterreno taladraban la neblina y yo estaba conduciendo el monovolumen directamente hacia ellos. Íbamos a tal

velocidad que notaba el temblor del volante entre mis manos, que vibraba como si tuviera vida propia. Contuve un grito e intenté darle un respiro al acelerador, pero Liam no desistía.

—¡No, tú sigue!

—Lee. —Chubs estaba agazapado en su asiento—. Esto es una locura... ¿qué pretendes hacer?

Había estado tan callado que casi me había olvidado de su presencia. Con el velocímetro superando los ciento treinta, los ciento cincuenta, los ciento sesenta, ya no me acordaba de nada.

Y fue entonces cuando todo se convirtió en un infierno.

Hubo un estampido horrible —mil veces peor que el sonido de la explosión de un globo— y el monovolumen empezó a girar sobre sí mismo y el volante a bailar entre mis manos.

—¡Enderézalo! —gritaba Liam—. ¡Enderézalo!

—¡Call...! —El cinturón de seguridad me dejó sin aire, pero conseguí combatir el giro natural de las ruedas y enderezar el vehículo. El monovolumen se inclinó hacia atrás, dejando en la carretera un sendero de chispas. Teníamos de nuevo el todoterreno frente a nosotros, listos para un segundo choque frontal.

—Continúa hacia ellos... ¡no pares! —chilló Liam.

«Pero el neumático», pensé, sujetando con fuerza el volante, «el neumático...».

Chubs le sujetaba con fuerza las piernas a Liam para impedir que saliese volando por la ventana.

—¡Suelta! —le gritó Liam—. ¡Estoy bien, ya lo tengo!

No tenía ni idea de a qué se refería Liam cuando dijo que «lo tenía», hasta que miré por el retrovisor y vi la forma oscura de un árbol que salía a toda velocidad del bosque, y se precipitaba en dirección al todoterreno gracias a un simple y rápido movimiento de la mano de Liam.

Rob, que estaba concentrado en el monovolumen que avanzaba a toda velocidad hacia ellos, no tuvo tiempo de apartar su vehículo de la trayectoria del árbol. Giré ciegamente el volante hasta que conseguí esquivar aquel destrozo. Oí el sonido de cristales rotos y metal aplastado. Rob había intentado eludir el árbol, pero la maniobra había sido excesiva. Cuando miré por el retrovisor lateral, vi el todoterreno volcado de lado y envuelto en una nube de humo. Junto a él, el tronco astillado de un árbol, rodando aún por el suelo después de la colisión.

—¿Qué has hecho? —Me vi obligada a gritar para imponerme al sonido del viento y al traqueteo del coche en la carretera—. Creía que...

Chubs, lívido, fue el encargado de responder.

—¿Lo captas ahora? No pensaban parar.

Liam se deslizó por la ventana hacia el interior del vehículo y exhaló un

prolongado suspiro. Tenía el pelo cubierto de hojas y ramitas.

—Muy bien, Verde —dijo, sin que le temblase la voz—, nos han destrozado el neumático trasero, de modo que estás conduciendo sobre la llanta. Ahora límitate a seguir adelante y empieza a desacelerar. Para en la primera salida que encuentres.

Apreté los dientes con tanta fuerza que me dolió la mandíbula.

—¿Estás bien, Zu? —preguntó Liam.

La niña levantó los dos pulgares. Sus guantes amarillos eran la única nota de color en el interior del monovolumen.

—Estoy bien, sí, gracias por preguntármelo —dijo Chubs. Llevaba las gafitas torcidas y, mientras hablaba, empezó a alisarse la camisa azul. Para dejarlo claro, se inclinó hacia delante y le dio a Liam una palmada en la nuca—. Y por cierto, ¿se te ha ido la cabeza? ¿Sabes lo que pasa cuando un cuerpo es arrojado de un coche que circula a gran velocidad?

—No —respondió Liam—, aunque me imagino que no es muy apropiado para los oídos de una niña de once años.

Miré de reojo a Zu. ¿Once? No podía ser...

—¿Así que puedes exponerla a las balas pero no puede oír un relato espeluznante? —dijo Chubs, cruzándose de brazos.

Liam enderezó el respaldo de su asiento. Cuando se acomodó de nuevo, esbozaba una mueca y mantenía los puños cerrados. Tenía un corte justo por encima del ojo. Le sangraba la barbilla.

Cuando levanté el pie del acelerador noté el cuerpo entumecido, agotado. El monovolumen siguió suavemente la curva de la salida de la autopista, y cuando llegamos a la carretera, se detuvo por fin. Me llevé la mano al pecho para asegurarme de que el corazón seguía funcionando.

Liam extendió el brazo para tirar del freno de mano.

—Has hecho un buen trabajo —dijo.

Su voz sonó más serena de lo que me esperaba. Pero, por desgracia, no sirvió para apaciguar esa serpiente de rabia que se me enroscaba en el estómago.

Levanté la mano y le di un puñetazo en el brazo. *Fuerte.*

—¡Ay! —gritó, apartándose y mirándome con los ojos abiertos de par en par—. ¿A qué viene esto?

—¡Conducir no tiene nada que ver con montar en bicicleta, cabrón!

Se quedó un instante mirándome y movió los labios con nerviosismo. Fue Suzume quien estalló en un silencioso ataque de carcajadas, un torrente interminable de jadeos y temblores que le sonrojaron el rostro y la dejaron sin respiración. Transcurrieron los segundos, como si aquel fuera el único sonido capaz de flotar por encima de la lluvia... hasta que Chubs se cubrió la cara con las manos y refunfuñó.

—Sí —dijo Liam, abriendo su puerta—, encajarás estupendamente.

Cuando Liam se dispuso a cambiar el neumático trasero, la lluvia había pasado ya a llovizna. Yo seguía en el asiento del conductor, básicamente porque no sabía qué tenía que hacer. Los otros dos habían bajado también del coche: Suzume se había dirigido a la parte posterior del vehículo para acompañar a Liam y Chubs se había marchado en dirección contraria. A través del parabrisas resquebrajado vi que se dirigía hacia una señal que indicaba la dirección del Monongahela National Forest. Extraje entonces algo del bolsillo trasero —un libro en rústica— y se sentó en el arcén. Casi por envidia,forcé la vista en un intento de descifrar el título del libro, pero faltaba la mitad de la cubierta y la otra mitad la tapaba con la mano. No sé si estaba realmente leyendo o solo echándole un vistazo al texto.

Por lo que decían las indicaciones, si es que eran de fiar, habíamos parado en Slaty Fork, Virginia Occidental. Lo que yo había supuesto una carretera secundaria en medio de la nada, era en realidad la Autopista 219. Marlinton debía de haber perdido gran parte de su población, pero en Slaty Fork no había ni un alma.

Abandoné el asiento del conductor para instalarme en la parte trasera del monovolumen. Me temblaban todavía las manos, como si intentaran con ello sacudirse los restos de adrenalina que me corrían por la sangre. La mochila negra que me habían dado Rob y Cate había quedado en el asiento de atrás, cubierta por algunas hojas de papel de periódico y un envase vacío de limpiacristales.

Aparté la mochila y la dejé a mi lado, sobre el asiento. El periódico estaba fechado tres años atrás y el papel estaba tieso. Un anuncio publicitario que ocupaba media página anunciaba una nueva crema facial a la que, muy inteligentemente, habían decidido poner como nombre «Eternamente joven».

Giré la página para ver las noticias. Pasé de largo un artículo de opinión que elogiaba los campamentos de rehabilitación y me resultó más gracioso que ofensivo descubrir que a los niños psi los llamaban ahora, sin tapujos, «bombas de relojería mutantes». Había también un breve artículo sobre unos disturbios que, según el reportero, eran «el resultado directo de la escalada de tensión entre los gobiernos del Este y el Oeste sobre la nueva legislación de nacimientos». Al final de la página, después de una trivial historia sobre el aniversario de una huelga de conductores de tren, aparecía una fotografía de Clancy Gray.

«El hijo del presidente asiste a la comparecencia de la Liga de los Niños», decía el titular. No necesité leer más que las dos o tres primeras líneas para hacerme una idea general: el presidente era tan cobarde que no se atrevía a salir de su escondite después de haber sufrido un intento fallido de asesinato y enviaba a su hijo monstruo a hacer el trabajo sucio por él. ¿Cuántos años tendría ahora Clancy? La fotografía que había visto en Thurmond era idéntica a esta y nunca le había echado más de once o doce

años. Pero a estas alturas, el chico rondaría ya los dieciocho. Prácticamente un viejo, según nuestros estándares.

Dejé el periódico, asqueada, y volví a coger la mochila. Rob había mencionado que contenía una muda y, de ser así, estaba dispuesta a librarme de una vez por todas de mi uniforme de Thurmond.

Una camiseta blanca normal y corriente, unos vaqueros y una sudadera con cremallera. No necesitaba más.

Los golpecitos en la ventanilla me pillaron tan por sorpresa que casi me muerdo la lengua. Apareció la cara de Liam, con una expresión tensa.

—¿Puedes traermi esa ropa un segundo? Tengo que enseñarte una cosa.

En el mismo instante en que me di cuenta de que estaba mirándome, se puso en guardia hasta el último hueso, músculo y articulación de mi cuerpo. Con un débil sabor a sangre en la boca, salté al suelo y observé el monovolumen. De caber esa posibilidad, el aspecto del vehículo era aún peor que antes: parecía un cochecito de juguete pasado por el triturador de desechos del fregadero. Repasé con la punta de los dedos las perforaciones recientes del panel lateral, allí donde una bala había atravesado el fino metal.

Liam estaba arrodillado al lado de Zu, que sujetaba la rueda de recambio, levantando el monovolumen con la ayuda del gato para retirar el maltrecho neumático trasero. Cuando llegué a su lado, Liam empezó a agitar la mano delante del tapacubos. Las tuercas y los tornillos giraron, obedeciendo sus órdenes y se depositaron pulcramente en el suelo.

«Azul», comprendí. Liam era Azul. ¿Qué serían los otros?

—Muy bien —dijo. Se retiró un mechón de pelo rubio que le caía sobre los ojos—. Coge la camiseta que estabas a punto de ponerte.

—No... no pienso cambiarme aquí fuera —dije.

Liam hizo un gesto de impaciencia.

—¿De verdad? ¿Vas de recatada cuando vamos a tener a los agentes de la Liga pisándonos los talones en cuestión de horas? Prioridades, Verde. Coge la camiseta.

Me quedé mirándolo, aunque ni yo sabía con seguridad por qué.

—Palpa la zona del cuello —dijo Liam. Depositó una nueva tuerca a sus pies—. Encontrarás un bulto.

Lo hice. Era pequeño, ni siquiera del tamaño de un guisante, cosido a lo que, por lo demás, solo era una vulgar camiseta.

—Chubs guarda un encantador kit de costura debajo del asiento delantero —dijo—. Si piensas cambiarte, tendrás que cortar la camiseta para quitarle el dispositivo de seguimiento.

El «encantador kit de costura» resultó ser una caja con hilo, tijeras y un diminuto bordado. En un pedazo de tela, alguien —¿Chubs?— había bordado un cuadrado

negro perfecto. Miré el bordado y pasé el pulgar por la superficie bordada.

—Igualmente, deberías quitarte este uniforme —prosiguió Liam—. Pero verifica también el pantalón y la sudadera. Apostaría a que han puesto más de uno.

Y acertó de nuevo. Encontré uno cosido en el interior de la cinturilla del pantalón, otro en el dobladillo de la sudadera con capucha e incluso otro pegado en el interior de la hebilla del cinturón: cuatro dispositivos de seguimiento para una chica, más otro cosido en el forro de la mochila.

Liam terminó de sustituir el neumático pinchado por la rueda de recambio más rápido de lo que me imaginaba posible. Zu le ayudó a colocar de nuevo las tuercas y a bajar el coche con el gato. Cuando Liam le entregó las herramientas, Zu demostró conocer exactamente el lugar que ocupaban en el maletero.

—Dámelos —dijo Liam, extendiendo la mano—. Yo me encargaré de esto. —Le entregué los dispositivos de seguimiento con manos temblorosas. Liam los tiró al suelo y los aplastó con el zapato.

—No lo entiendo... —empecé a decir.

En realidad, sí lo entendía. No se habrían tomado tantas molestias por sacarme de allí de no haber tenido un método para seguirme la pista si volvían a capturarme o me separaba de ellos.

Liam me había tendido la mano, pero el pánico de pensar en el contacto me hizo retroceder de un salto para poner entre nosotros el máximo espacio posible. Pero siguió sin ser suficiente: Liam apartó la mano, pero a continuación noté el calor de la palma acariciándome el hombro, como si realmente la hubiera posado allí. Me crucé de brazos para protegerme, abrumada por una extraña mezcla de ansiedad y sentimiento de culpa que me corroía las entrañas. Intenté concentrarme en los números de identificación psi estampados en mis zapatillas para no dar otro brinco y alejarme corriendo.

«Te comportas como una niña histérica de cinco años», me dije. «Para ya. No es más que otro chico como tú».

—Los de la Liga de los Niños te contaron muchas mentiras y la más destacada de ellas es esa de que ya eres libre —dijo Liam—. Hablan sobre amor, respeto y *familia*, pero no conozco ninguna familia que coloque un dispositivo de seguimiento a los suyos y que luego se dedique a dispararles para cargárselos.

—Pero no teníamos por qué matarlos —dije, mientras agarraba con fuerza las correas de la mochila—. Dentro había otro niño, Martin. Él no... no se merecía que...

—¿Te refieres...? —Liam se limpió la grasa y la suciedad de las manos en la parte delantera del vaquero—. ¿Aquel tan...? —Hizo un vago gesto con las manos, como si quisiera aludir a la talla corpulenta de Martin—. ¿Ese chico?

Moví afirmativamente la cabeza.

—De hecho, el árbol no les dio de lleno —dijo Liam, apoyando la espalda en la

puerta corredera del monovolumen—. Es posible que estén vivos.

Liam me guio de nuevo hacia el asiento del pasajero y silbó para llamar la atención de Chubs. Por detrás, oí que Zu subía de nuevo a Black Betty.

—Mira —continuó diciendo—, todos llevan dispositivos de seguimiento. Tarde o temprano aparecerá otro agente de la Liga para ayudarlos. Puedes volver con ellos si quieres, o podemos acompañarte hasta la estación de autobús, como te dije.

Yo seguía con los brazos cruzados y un rostro tan inexpresivo como una hoja en blanco, pero no conseguí engañarlo. Sintonizó con mi sentimiento de culpa como si yo lo llevase anunciado en un cartel.

—Querer vivir tu propia vida no te convierte en una mala persona.

Miré la carretera, luego lo miré de nuevo a él, más confusa que nunca. No tenía sentido que quisiera ayudarme, sobre todo teniendo en cuenta que ya cargaba con la responsabilidad de cuidar de otros dos chicos. Que quisiera protegerme.

Liam me abrió la puerta de atrás y ladeó la cabeza para indicar el asiento vacío del interior. Pero antes de que me diera tiempo a considerar el coste de quedarme con ellos, aunque fuera por breve tiempo, Chubs extendió un brazo y me cerró la puerta corredera en las narices.

—Chubs... —dijo Liam, con un tono de advertencia en la voz.

—¿Por qué —empezó a decir Chubs— estabas con los de la Liga de los Niños?

—Tranquilo —dijo Liam—. No se admiten preguntas. Verde...

—No —dijo Chubs—. Eso lo has decidido tú. Tú y Suzume. Si vamos a cargar con ella, quiero saber quién es y por qué nos persiguen unos locos con escopetas que intentan recuperarla.

Liam levantó las manos en un gesto de rendición.

—Yo... —¿Qué podía contarles que no sonara como una mentira total y absoluta? La cabeza me daba vueltas. Estaba tan agotada que apenas podía pensar—. Yo era...

Zu movió la cabeza para darme ánimos, le brillaban los ojos.

—Tuve que hacer un recado en la Torre de Control —le espeté—. Vi los códigos de acceso a los servidores informáticos a los que la Liga pretende acceder. Tengo memoria fotográfica, y soy muy buena en todo lo referente a números y códigos.

Seguramente era una exageración, pero se lo tragarón.

—¿Y tu amigo? ¿Por qué lo quieren a él?

Cuanto más rato me miraban fijamente, más me costaba no mostrarme inquieta. «Serénate, Ruby».

—¿Te refieres a Martin? —dije, con una voz excesivamente aguda incluso para mis oídos—. Lo vi ayer por vez primera. Desconozco su historia. No se lo pregunté.

Ojalá no supiese la historia de Martin.

Chubs dio una palmada al lateral del monovolumen.

—No me digas que te la crees, Lee. Cuando nos fugamos, conocíamos a todo el

mundo.

¿Fugarse? ¿Se habían fugado de verdad? La sorpresa me dejó sin habla durante unos segundos, hasta que por fin pregunté:

—¿En serio? ¿A los tres mil?

Los chicos dieron simultáneamente un paso atrás.

—¿En tu campamento había tres mil niños? —preguntó Liam.

—¿Por qué lo dices? —Desvié la mirada de uno a otro, desconcertada—.

¿Cuántos erais en vuestro campamento?

—Trescientos, como mucho —respondió Liam—. ¿Estás segura? ¿Tres *mil*?

—La verdad es que nunca nos comunicaron la cifra oficial. Pero había treinta niños por cabaña y habría un centenar de cabañas. Antes había más, pero se quitaron de encima a los Rojos, los Naranjas y los Amarillos.

Por lo visto, estaban alucinando. Liam soltó un extraño gruñido.

—¡La hostia! —consiguió decir por fin—. ¿Y qué campamento era ese?

—Y a ti qué te importa —dije—. Tampoco ando yo preguntándoos dónde estabais vosotros.

—Estábamos en Caledonia, Ohio —dijo Chubs, haciendo caso omiso de la dura mirada de Liam—. Nos metieron en una escuela de primaria abandonada. Nos fugamos. Y ahora es tu turno.

—¿Para qué? ¿Para qué me entreguéis en el puesto de las FEP más próximo?

—Sí, porque es *evidente* que podríamos entrar allí tranquilamente y decir que te hemos visto.

Resoplé, pasado un momento.

—De acuerdo. Estaba en Thurmond.

El silencio que siguió a mi declaración se hizo más largo que la carretera que teníamos frente a nosotros.

—¿Lo dices en serio? —preguntó finalmente Liam—. ¿El Thurmond de los locos, con los niños Frankenstein?

—Ya no hacen experimentos —dije, adoptando extrañamente una postura defensiva.

—No, yo solo... solo —Liam buscó apresuradamente las palabras adecuadas—. Creía que estaba lleno, ¿sabes? Por eso nos mandaron a Ohio.

—¿Cuántos años tenías cuando entraste en el campamento? —La voz de Chubs sonó comedida, pero me percaté de todos modos de la seriedad de su expresión—. ¿Eras pequeña, verdad?

La respuesta surgió sin que pudiera evitarlo.

—Entré allí justo el día después de mi décimo cumpleaños.

Liam emitió un silbido, y me pregunté cuántas cosas sobre Thurmond se habrían filtrado durante el tiempo que había estado encerrada en aquel lugar. ¿Y quién habría

hablado sobre el campamento? ¿Los primeros soldados de las FEP asignados allí?

Y, si la gente lo sabía, ¿por qué no había acudido nadie en nuestra ayuda?

—¿Cuánto tiempo estuvisteis vosotros en Caledonia?

—Suzume estuvo un par de años. Yo un año y medio, y Lee un año, más o menos.

—Solo...

Una horrible vocecita me susurraba en la cabeza «¿Solo eso?», aunque gran parte de mí sabía que daba lo mismo que hubieran estado encerrados un año o un día: un solo minuto en uno de esos campamentos bastaba para destrozar a cualquiera.

—¿Y ahora qué edad tienes? ¿Dieciséis? ¿Diecisiete?

—No lo sé —dije, y casi me derrumbo sobre el monovolumen solo de pensarlo.

No estaba segura. Sam decía que habían pasado seis años, pero tal vez se equivocara. En Thurmond no controlábamos el paso del tiempo de la manera habitual; reconocía el transcurrir de las estaciones del año, pero en algún momento había decidido dejar de darle importancia. Me hacía mayor, sabía que cada invierno debía de cumplir un año más, pero nada... nada de aquello me había importado hasta ahora.

—¿En qué año estamos?

Chubs resopló e hizo un gesto de impaciencia. Abrió la boca con la intención de decir algo pero se calló en cuanto vio mi expresión. No estoy segura de qué cara debí de poner, pero su exasperación se borró por completo en un par de segundos. Abrió los ojillos de par en par en algo que parecía lástima.

Y Liam... su expresión se deshizo por completo.

Noté que se me erizaba el vello de la nuca y empecé a retorcer entre los dedos la tela del pantalón corto del uniforme. Lo último que quería en este mundo —*lo último*— era inspirar lástima a un puñado de desconocidos. El arrepentimiento por lo que acababa de confesar superaba con creces la ansiedad y el miedo. No debería haber dicho nada; debería haber mentido o eludido la pregunta. Fuera lo que fuese lo que opinaran de Thurmond, fuera lo que fuese lo que creyeran que había sufrido, siempre sería lo bastante horroroso como para convertirme en una figura patética. Lo veía en sus caras, y la ironía de la situación me hería más de lo que me habría imaginado. Habían aceptado un monstruo, confundiéndolo por un ratoncillo.

—Dieciséis —dije, después de que Liam me confirmase el año. Sam había acertado.

Pero había algo más que me preocupaba.

—¿Siguen construyendo campamentos y encerrando niños?

—Ya no tanto —dijo Liam—. Los más jóvenes, los de la edad de Zu, fueron los que más recibieron. La gente empezó a tener miedo y la natalidad cayó en picado incluso antes de que el gobierno intentara prohibir los nacimientos. La mayoría de los niños que encierran en la actualidad son como nosotros. Consiguieron escapar de las

campañas de captación o intentaron huir.

Asentí, digiriendo la información.

—¿Es verdad que en Thurmond...? —empezó de nuevo Chubs.

—Creo que ya basta —le cortó Liam. Pasó por delante de Chubs y volvió a abrirme la puerta—. Ha respondido a tus preguntas, nosotros hemos respondido a las de ella, y ahora nos vamos a poner en marcha mientras la situación esté a nuestro favor.

Zu fue la primera en subir y, sin mirar a los chicos la seguí, directa hacia el asiento del fondo, donde podría acostarme y evitar más preguntas indeseadas.

Chubs ocupó el asiento del acompañante después de lanzarme una última mirada. Apretaba con tanta fuerza los gruesos labios que le habían quedado blancos. Al final, devolvió su atención al libro que tenía en el regazo y fingió ignorar mi presencia.

Black Betty ronroneó en cuanto Liam pisó el acelerador y mi cuerpo vibró acompañándola. Black Betty fue la única con ganas de hablar durante un buen rato.

Seguía lloviendo y el coche avanzaba envuelto en una luz grisácea. Los cristales de las ventanas se habían empañado y durante un minuto me limité a contemplar la lluvia. Los focos de los coches que circulaban en dirección contraria estaban encendidos, pero no era ni mucho menos de noche.

Chubs acabó poniendo la radio y el silencioso interior se llenó con la voz de un locutor que informaba acerca de la crisis del gas que sufrían los Estados Unidos y las perforaciones que se estaban llevando a cabo en Alaska como consecuencia de la situación. De no haber estado ya medio dormida, el zumbido del monótono locutor habría acabado arrastrándome al sopor.

—Oye, Verde —dijo Liam—. ¿Tienes apellido?

Pensé en mentir, en hacerme pasar por quién no era, pero no me pareció correcto. Aunque se lo dijera, me olvidarían pronto.

—No —dije.

Tenía un número de psi asignado y el nombre que había heredado de mi abuela. El resto carecía de importancia.

Liam fijó de nuevo su atención en la carretera y tamborileó con los dedos sobre el volante.

—Entendido.

Me tumbé en el asiento y me tapé la cara con las manos. El sueño acabó apoderándose de mí, igual que los nubarrones de tormenta acabaron retirándose para dar paso a un impecable cielo nocturno. Sin el sonido de la lluvia, solo lograba oír la canción que sonaba por los altavoces del coche, y la voz grave de Liam siguiendo la melodía.

CAPÍTULO DIEZ

Me despertó Chubs. Fue solo una somera palmada en el hombro, como si no se atreviese a tocarme lo bastante como para zarandearme, pero no hizo falta más. Me había quedado acurrucada en uno de los estrechos asientos, pero aquel mínimo contacto había bastado para que me despertase sobresaltada y me golpease la parte posterior de la cabeza contra la ventana. Noté la frialdad en la nuca y caí en el limitado espacio entre el asiento de delante y el mío. Durante un confuso momento no recordé dónde estaba ni tampoco, no hace falta decirlo, cómo había llegado hasta allí.

El rostro de Chubs se cruzó en mi campo visual y vi que arqueaba la ceja ante la maraña de brazos y piernas en que me había convertido. Y entonces lo recordé todo, como si me hubiesen dado un puñetazo.

«Maldita sea, maldita sea, maldita sea», pensé, intentando apartarme el pelo de la cara. Solo pretendía cerrar los ojos unos minutos, pero a saber cuánto rato habría estado dormida. A juzgar por la cara de Chubs, no había sido una siestecilla.

—¿No crees que ya has dormido bastante? —refunfuñó, cruzándose de brazos.

El interior del monovolumen estaba más caldeado, y no comprendí por qué hasta que me senté y vi que estaba tapada con la tela azul oscuro que cubría el parabrisas posterior.

La realidad de la situación me sobrevino al instante, con una aguda punzada en el costado. Había quedado completamente expuesta en un vehículo lleno de desconocidos, tan expuesta, de hecho, que incluso Chubs me había tocado. No sabía quién de los dos había tenido más suerte: si él, porque yo no le había limpiado el cerebro, o yo por haber evitado otro potencial desastre. ¿Cómo podía ser tan estúpida? En el instante en que supieran lo que era, me echarían de allí y ¿dónde iría a parar? Y hablando de dónde...

—¿Dónde estamos? —Me incorporé—. ¿Dónde están los demás?

Chubs estaba sentado en uno de los asientos centrales, repartiendo el tiempo entre el libro y el universo de árboles que se veían al otro lado de la ventanilla tintada. Intenté seguir su mirada, pero no había nada más que ver.

—Cerca de la encantadora ciudad de Kingwood, Virginia Occidental. Lee y Suzume han ido a comprobar algo —dijo.

Sin darme cuenta, me había inclinado hacia delante para intentar averiguar qué leía. Llevaba años sin ver un libro, y mucho menos leerlo. Pero Chubs no estaba por la labor. En el momento en que le rocé el hombro, cerró el libro y se volvió para lanzarme la mirada más repugnante imaginable. A pesar de que llevaba aquellas gafitas minúsculas y de que yo sabía que guardaba un encantador costurero debajo del asiento delantero, recordé que existía la remota posibilidad de que pudiera matarme

con el cerebro.

—¿Cuánto he dormido?

—Un día —dijo Chubs—. El General te quiere en pie y lista para prestar servicio. Está con ganas de marcha. Por mucho que no seas más que una Verde, espera tu colaboración.

Elegí con gran cuidado lo que iba a decir a continuación e hice caso omiso de su expresión desdeñosa. Que piense eso, si así se siente mejor. Si él se creía el más listo, no pensaba llevarle la contraria. Seguramente había ido al colegio muchos más años que yo, había leído cientos de libros más y sabía suficientes matemáticas como para que le sirviesen de alguna cosa. Pero por pequeña y estúpida que me hiciese sentir, yo no debía ignorar el hecho de que con un simple toque podía leerle todo el contenido de la cabeza.

—Liam es Azul, ¿verdad? —dije—. ¿Y Zu y tú? ¿Sois también Azules?

—No. —Frunció el entrecejo, y pasó un momento decidiendo si debía revelarme aquella información—. Suzume es Amarilla.

Me enderecé en mi asiento.

—¿Teníais Amarillos en el campamento?

Chubs refunfuñó.

—No, Verde, te he mentado: sí, teníamos Amarillos.

Aquello no tenía sentido: si habían eliminado a todos los Amarillos de Thurmond, ¿por qué no habían hecho lo mismo en los demás campamentos?

—¿Les...?

No sabía muy bien cómo preguntarlo. Cuando había entrado en el monovolumen después de que Zu me ayudara, simplemente había pensado que era una niña tímida en presencia de desconocidos. Pero en todo aquel rato no le había oído pronunciar palabra. No había hablado ni conmigo, ni con Chubs y ni siquiera con Liam.

—¿Les... hicieron algo a los Amarillos? ¿A ella?

El ambiente del monovolumen solo podría haberse electrificado a mayor velocidad si hubiese arrojado un cable pelado en una bañera.

Chubs se giró hacia mí bruscamente, levantó los brazos y los cruzó sobre el pecho. La mirada que me lanzó a través de sus gafas habría convertido en piedra incluso al alma más débil.

—Eso —empezó a decir, muy despacio, como para asegurarse de que lo comprendía a la perfección—, no es en absoluto asunto tuyo.

Levanté las manos, en señal de rendición.

—¿Se te ocurrió por un momento pensar lo que podía pasarle a Zu cuando empezaste a perseguirla? —siguió presionando Chubs—. ¿Te preocupó por un momento que tus amigos del todoterreno verde pudieran cargársela?

—La gente del todoterreno verde... —empecé a decir, y habría terminado la frase

de no ser porque la puerta de detrás se deslizó de repente.

Chubs emitió un sonido que solo puede describirse como de graznido y corrió al asiento del acompañante. Cuando se hubo instalado tenía los ojos casi tan abiertos como Zu, que lo observaba desde la puerta.

—¡No hagas eso! —dijo, respirando con dificultad y llevándose la mano al corazón—. Avisa antes, ¿entendido?

Zu arqueó una ceja en mi dirección y yo le respondí arqueando a mi vez una ceja. Pasado un instante, pareció recordar por qué había abierto la puerta y nos hizo señas con su llamativo guante para que saliéramos.

Chubs se desabrochó el cinturón de seguridad con un suspiro de fastidio.

—Ya le dije que era una pérdida de tiempo. Dijeron «Virginia» no «Virginia Occidental». —Y entonces volvió a mirarme—. Por cierto, el todoterreno era marrón claro. ¿No decías que tenías memoria fotográfica?

Pensé en replicar con una excusa, pero me lo impidió con su mirada y salió, cerrando después de un portazo.

Salí del monovolumen por mi puerta y seguí a Zu. Eché a andar por el barro y la triste hierba amarillenta, mientras observaba mi alrededor por vez primera.

Había una indicación de madera, inclinada hacia atrás como si alguien hubiera chocado contra ella, donde podía leerse «CAMPING EAST RIVER», pero no había río por ningún lado y, evidentemente, tampoco era exactamente un camping. En todo caso, era —o había sido en su día— un antiguo aparcamiento de remolques y autocaravanas.

Cuanto más nos alejábamos del monovolumen, más nerviosa me sentía. Ya no llovía, pero sentía la piel fría y pegajosa al tacto. A nuestro alrededor, hasta donde me alcanzaba la vista, había esqueletos chamuscados, plateados y blancos, de lo que habían sido autocaravanas y remolques. Las paredes completamente carbonizadas de los remolques fijos, de mayor tamaño, dejaban a la intemperie cocinas y salones con el interior intacto, aunque inundado o infestado de animales y hojas putrefactas caídas de los árboles cercanos. Era como una fosa común de vidas pasadas.

Pese a que las puertas mosquitera estaban combadas y medio arrancadas, pese a que muchas autocaravanas reposaban sobre neumáticos rajados, se percibían aún algunos signos de vida. Las paredes estaban decoradas con fotografías de familias felices y sonrientes, un reloj de pie seguía contando el paso del tiempo, en las cocinas se veían todavía cazuelas, un pequeño y solitario columpio continuaba intacto en el otro extremo del terreno.

Zu y yo rodeamos una autocaravana volcada en el suelo, siguiendo el rastro de unas pisadas profundamente marcadas en el barro. Eché un vistazo a aquel esqueleto

oxidado, sin soltar la mano enguantada de Zu. La niña levantó la vista y me lanzó una mirada inquisitiva, a la que yo respondí haciendo un gesto negativo, mientras decía:

—Fantasmagórico.

Cuando se puso de nuevo a llover, las gotas amartillaron los cuerpos metálicos e hicieron vibrar los tejados y mamparas más débiles. Me sobresalté y chillé en el momento en que la puerta de un remolque cayó al suelo y se interpuso en nuestro camino. Zu saltó sobre ella y señaló en dirección a Chubs y Liam, que estaban enzarzados en una conversación.

Tardé unos segundos en reconocer a Liam. Debajo de la chaqueta llevaba una sudadera azul, cuya capucha se había subido por encima de lo que parecía una gorra de los Redskins. Y no tenía ni idea de dónde había sacado las gafas de sol de estilo aviador que le ocultaban buena parte de la cara.

—... No es —decía Chubs—. Ya te lo dije.

—Dijeron que estaba en el este del estado —insistía Liam—. Y con ello podían referirse a Virginia Occidental...

—O podían estar pegándonosla —dijo Chubs, acabando la frase por él.

Debió de oír que nos acercábamos, puesto que se volvió, sobresaltado. Me miró a los ojos y puso mala cara.

—¡Buenos días, preciosa! —dijo Liam—. ¿Has dormido bien?

Zu correteó por delante de mí, pero los pies me pesaban como el plomo. Me crucé de brazos y me armé de valor para preguntar:

—¿Qué es este lugar?

Esta vez fue Liam el que suspiró.

—Confiábamos en que fuera East River. El East River, quiero decir.

—Ese río está en Virginia —dije, bajando la vista—. En la península. Desemboca en la bahía de Chesapeake.

—Gracias, detective, no me digas. —Chubs hizo un gesto negativo con la cabeza—. Nos referimos al East River del Huidizo.

—Oye —dijo Liam en tono cortante—. Tranquilo, tío. Nosotros tampoco sabíamos nada sobre el tema hasta que salimos del campamento.

Chubs se cruzó de brazos y apartó la vista.

—Lo que tú digas.

Vi que Liam me miraba, lo que me llevó de inmediato a mirar a Zu, que parecía confusa. «Contrólate», me ordené, «para ya».

No me daban miedo, ni siquiera Chubs. Tal vez un poco cuando pensaba en la facilidad con que podía destrozarles la vida, o me imaginaba su aterrada reacción si llegaban a descubrir quién era yo en realidad. No sabía ni qué decir ni cómo comportarme con ellos. Todo lo que hacía o decía me parecía torpe, estridente o fuera de lugar, y empezaba a preocuparme la posibilidad de no llegar a quitarme jamás de

encima aquella sensación de incertidumbre e inquietud. Me sentía como el más monstruoso de todos los monstruos y, encima, carecía de una capacidad tan básica como la de saber comunicarme con normalidad con otros seres humanos.

Liam suspiró y se rascó la nuca.

—La primera vez que oímos hablar de East River fue a través de otros chicos del campamento. Supuestamente, y me gustaría subrayar lo de «supuestamente», se trata de un lugar donde podemos ir a vivir los chicos y las chicas. El Huidizo, el que dirige la orquesta, puede ponerte en contacto con tu familia sin que se enteren los de las FEP. Hay comida, cama... bueno, ya te lo imaginas. El problema es encontrarlo. En Ohio nos cruzamos con unos Azules poco serviciales que nos hicieron creer que estaba por esta zona. Pero es de esas cosas que...

—Que si las sabes, no debes hablar sobre ellas —dije, para terminar la frase—. ¿Y quién es el Huidizo?

Liam se encogió de hombros.

—No lo sabe nadie. O... bueno, imagino que hay gente que *lo sabe*, pero que no lo dice. Aunque corren rumores increíbles sobre él. Los de las FEP le pusieron ese apodo porque, supuestamente, escapó de su custodia un mínimo de cuatro veces.

Estaba tan perpleja que no me salían ni las palabras.

—Podría decirse que nos deja en evidencia a todos los demás, ¿no te parece? La verdad es que me sentía fatal conmigo mismo hasta que me contaron los rumores que corren sobre él. —Liam se estremeció—. Por lo visto, es uno de esos... es un *Naranja*.

La palabra me sacudió de los pies a la cabeza y me dejó helada. Liam continuó hablando, con menos repugnancia, pero lo oía como un rumor lejano. No me enteré ni de una palabra de lo que estaba diciendo.

El Huidizo. Un chico capaz de ayudar a los demás a volver a casa, siempre y cuando tuvieran un hogar al que regresar, y unos padres que los recordaran y los amaran. Una vida que recuperar.

Y, por lo visto, uno de los últimos Naranjas que quedaban.

Cerré los ojos con fuerza y, por si no bastara con eso, me los apreté también con la palma de las manos. Yo no podía optar a su ayuda. Aun en el caso de que consiguiera ponerme en contacto con mi familia, no creo que recibieran con los brazos abiertos a una chica a la que consideraban una desconocida. Estaba la abuela, claro, pero era imposible saber dónde vivía ahora. ¿Y me querría cuando se enterara de en qué me había convertido?

—¿Pero por qué necesitáis la ayuda de ese chico? —dije entonces, con una sensación de vértigo persistente—. ¿Por qué no podéis volver a vuestra casa y ya está?

—Utiliza el cerebro, Verde —dijo Chubs—. No podemos volver a casa porque lo

más probable es que los de las FEP estén vigilando a nuestros padres.

Liam movió la cabeza de lado a lado y se quitó por fin las gafas de sol. Estaba agotado; tenía el rostro demacrado y ojeroso.

—Tendrás que ir con mucho cuidado, ¿entendido? ¿Quieres de verdad que te deje en la primera estación de autobús que encontremos? Porque estaríamos encantados de...

—¡No! —exclamó Chubs—. En absoluto. Ya hemos perdido bastante tiempo con ella, y además es por su culpa que tenemos a los de la Liga pisándonos los talones.

Noté una punzada de dolor en el lado izquierdo del pecho, justo por encima del corazón. Tenía razón, evidentemente. La mejor opción para todo el mundo sería que me dejaran en la estación de autobús más próxima y nos olvidáramos del tema.

Pero eso no significaba que yo no quisiera, o no necesitase, encontrar tanto como ellos a ese tal Huidizo. Aunque, por otro lado, no podía pedirles que me dejaran quedarme con ellos. No podía imponerles más cosas, ni correr el peligro de llevarlos a la ruina con aquellos dedos invisibles que parecían obsesionados por destrozarse cualquier relación que yo pudiese establecer. Si la Liga nos atrapaba y los hacía prisioneros, nunca me lo perdonaría. Jamás.

Si decidía encontrar al Huidizo tendría que hacerlo sola. Cualquiera pensaría que me había acostumbrado a la idea de vivir la vida sin nadie a mi lado, que me supondría un alivio no correr constantemente el peligro de deslizarme en el interior de la cabeza de los demás. Pero yo no quería. No quería echar a andar sola bajo aquel cielo gris y encapotado y sentir el frío que me atravesaba la piel.

—Así que... —dije, entrecerrando los ojos para fijar la vista en el remolque más próximo—. Esto no es East River.

—Tal vez lo fuera en su día —dijo Liam—. Es posible que trasladen el campamento de vez en cuando. La verdad es que no se me había ocurrido.

—O... —refunfuñó Chubs— podría ser también que los de las FEP los hayan capturado de nuevo. Quizás esto era East River, y ahora ya no es East River y no nos toca otro remedio que buscar la manera de entregar la carta de Jack y volver a casa por nuestros propios medios... solo que nunca lo conseguiremos porque los rastreadores darán con nosotros y nos encerrarán otra vez a todos en campamentos, solo que ahora ellos...

—Gracias, Chuckles —le interrumpió Liam—, por este estupendo empujón de optimismo.

—Podría tener razón —dijo Chubs—. Reconócelo.

—Y también podrías estar equivocado —dijo Liam, acariciándole la cabeza a Zu para reconfortarla—. En cualquier caso, esto es lo que hay: pensaremos que no es más que una falsa alarma. Echemos un vistazo para ver si encontramos algo que nos sea de utilidad y luego nos ponemos de nuevo en marcha.

—Por fin. Estoy harto de perder el tiempo con cosas que carecen de importancia.

Chubs hundió las manos en los bolsillos del pantalón y echó a andar muy indignado hacia donde estaba yo. De no haberme apartado de su trayectoria, me habría golpeado y derribado al suelo.

Me giré y seguí con la mirada su recorrido. Enfadado, apartaba de un puntapié todas las piedras que se cruzaban en su camino. De pronto vi a Liam plantado a mi lado de brazos cruzados.

—No te lo tomes como una cuestión personal —dijo. Supongo que emití algún sonido que denotó mi incredulidad, puesto que siguió hablándome—. Me refiero a que... este chaval no es más que un viejo cascarrabias de setenta años atrapado en un cuerpo de diecisiete. Si se muestra tan insufrible es porque está intentando echarte.

«Sí, claro», pensé, «pues le está funcionando».

—Y ya sé que no es excusa, pero está tan estresado y asustado como nosotros y... supongo que lo que intento decirte es que todo este ácido que te echa constantemente encima viene de un buen corazón. Si resistes, te juro que no encontrarás un amigo más fiel. Pero está muerto de miedo por lo que pueda pasar, sobre todo por lo que pueda pasarle a Zu, en el caso de que volvieran a atraparnos.

Levanté la vista al oír aquello, pero Liam ya se había alejado de mi lado para acercarse a un conjunto de remolques destrozados. Durante un segundo de locura se me pasó por la cabeza la idea de seguirlo, pero entonces vi a Zu por el rabillo del ojo, balanceando los guantes de color amarillo chillón a ambos lados del cuerpo. Entraba y salía de los remolques, se ponía de puntillas para husmear a través de las ventanas rotas de las autocaravanas e incluso, en un momento dado, me pareció que andaba a gatas entre los restos de una autocaravana a la que un tornado parecía haber partido por la mitad. El techo de metal, que colgaba de dos endebles juntas, se bamboleaba y combaba bajo la fuerza combinada de la lluvia y el viento.

Pese a que tenía la cabeza cubierta con la capucha de aquella sudadera que le iba tan grande, vi que levantaba una mano enguantada y se tocaba la cara, como si quisiera apartarse de los ojos un mechón de pelo. No me pareció extraño hasta que volvió a repetirlo y palideció levemente al sorprenderse realizando aquel gesto.

Me vino repentinamente a la cabeza la conversación que había intentado mantener con Chubs en el interior del monovolumen.

—Zu... —empecé a decir, pero me callé en seco.

¿Cómo preguntarle a una niña si le habían hecho picadillo el cerebro sin pisotear un recuerdo ya doloroso de por sí?

La verdad es que en Thurmond solo afeitaban la cabeza a los niños cuando querían meterles las narices en la sesera; cuando yo llegué allí, ya habían dejado de hacerlo, pero los niños de más edad habían tardado un tiempo en recuperar su pelo normal. Me di cuenta de que ya me había preguntado si sería ese su caso, si el motivo

por el que no hablaba era porque le habían cruzado algunos cables que no deberían haberle cruzado, o porque habían ido demasiado lejos con la excusa de encontrar una «curación».

—¿Por qué te cortaron el pelo? —le pregunté al final.

Conocía a muchas chicas —incluyéndome a mí— que habrían preferido llevar el pelo más corto, pero con la excepción del corte de pelo anual al que nos sometían a todas, poco podíamos decir al respecto. Y el modo en que Zu se había tocado el pelo fantasma, me llevaba a pensar que tampoco ella había podido opinar con respecto a aquel tema.

Si mi pregunta la había incomodado, no lo demostró. Zu se llevó las manos a la cabeza y empezó a restregársela, con una expresión de profundo malestar. Viendo que yo no lo captaba, se quitó un guante y se rascó la cabeza.

—Oh —dije—. ¡Oh! ¿Quieres decir que tenías piojos?

Asintió.

—Vaya —dije. Tenía sentido, pero aquello seguía sin explicar por qué no podía abrir la boca para responderme—. Lo siento mucho.

Zu levantó un hombro en un poco entusiasta gesto de indiferencia, dio media vuelta y se encaminó hacia la autocaravana más próxima.

La puerta se tambaleó al abrirla para entrar y seguirla, y las bisagras chirriaron. Zu puso mala cara y yo le correspondí, dándole a entender que coincidía con ella. El interior olía a algo dulce, aunque no agradable. Como a fruta podrida.

Empecé por el reducido espacio central, abriendo y cerrando las puertas de color claro de los armarios. Los cojines de los asientos estaban forrados de un detestable color morado e, igual que el pequeño televisor que colgaba de la pared, estaban cubiertos de polvo y suciedad. Sobre la encimera, una solitaria taza de café. La zona de dormitorio, situada en la parte de atrás, era también austera: unos cuantos cojines, una lámpara y un armario que contenía un vestido rojo, una camisa blanca y un arsenal de perchas vacías.

Alargué el brazo para coger la camisa cuando lo vi por el rabillo del ojo.

Lo habían colocado en el parabrisas de la autocaravana en lugar de en un espejo retrovisor. No era nada que pudiera parecer extraño visto desde fuera, ni que llamara la atención a menos que uno se fijara realmente en ello. Pero una vez dentro, apenas a un metro de distancia, estaba lo bastante cerca como para ver con precisión la luz roja en la base, lo bastante cerca como para comprender que la cámara del interior estaba enfocada hacia cualquier cosa que pasara por la carretera situada justo enfrente.

Y si yo podía ver a Betty desde donde me encontraba en aquel momento, la cámara también podía verla.

La cámara era algo distinta a las que teníamos en Thurmond, pero lo bastante similar como para inducirme a pensar que los que estaban tras ella eran los mismos.

Miré a Zu y ella me miró a mí.

—Quédate aquí —dije, cogiendo la cafetera que había en la mesa.

Crucé la autocaravana en tres pasos, blandiendo la cafetera como una espada. Aparté de una patada algunas cajas vacías y trastos que había por el suelo y vi, entre la basura y las bolsas de plástico, un pequeño guante de color rojo. Demasiado pequeño para un adulto.

No me di cuenta de que la cafetera seguía en mi mano hasta que golpeé el dispositivo con la intención de romperlo. El cuerpo de cristal barato se partió, cayó al suelo y me quedé con el asa en la mano. La bombilla negra seguía perfectamente colgada en su sitio, solo que ahora, el ojo de la cámara giró para enfocarme.

«Funciona», pensé, presa del pánico, buscando otro objeto con el que poder romperla. «Está grabando».

No recuerdo haberla llamado, pero Zu apareció al instante a mi lado. Vi que llevaba algo bajo la sudadera. También ella debió de reconocer la cámara, puesto que antes de que me diera tiempo a decir nada, la vi quitarse uno de los guantes amarillos y extender el brazo hacia el objeto.

—¡No...!

Nunca había visto a un Amarillo en acción. Había sufrido sus secuelas, naturalmente: cortes de luz en todo el campamento, Ruido Blanco cuando los supervisores del campamento pensaban que alguno de ellos lo había hecho expresamente. Pero hacía tanto tiempo que habían desaparecido de Thurmond que ya había dejado de imaginarme cómo debía de ser eso de hablar el misterioso idioma de la electricidad.

Zu se limitó a rozarla con la punta de los dedos, pero eso bastó para que la cámara empezase a emitir un agudo gemido. Los dedos de Zu emitieron entonces un rayo azulado en dirección al cuerpo de la cámara. La línea quebrada fustigó el plástico, que empezó a humear y deformarse por el efecto del calor.

Sin previo aviso, se encendieron todas las luces de la autocaravana y aumentaron hasta tal punto de temperatura que se hicieron añicos. El vehículo empezó a carraspear y chisporrotear, a temblar bajo nuestros pies, y el motor resucitó milagrosamente después de un prolongado sueño.

Zu se puso de nuevo el guante y se cruzó de brazos. Cerró los ojos con fuerza, como si con el gesto intentara detener aquel caos. Pero no teníamos tiempo de quedarnos para ver si el esfuerzo daba sus frutos. Avancé hacia la puerta y la agarré por la camiseta con la intención de sacarla de allí. La arrastré para rodear la autocaravana por el lado que daba a la carretera, y desde donde se veía a Black Betty. Zu seguía temblando.

—Vamos —dije, sin dejar que se parara. Su rostro había perdido toda su luminosidad, se había apagado como una vela—. Todo va bien —dije, mintiendo—.

Tenemos que reunirnos con los demás.

Vi que todos los remolques que ocupaban aquella primera fila tenían una cámara instalada en el parabrisas delantero; fui mirándolas una a una mientras corríamos hacia Black Betty. Destruirlas en ese momento carecía de sentido. Quienquiera que pudiera vernos, ya nos había visto. Teníamos que salir de allí, y rápido.

Tal vez fueran viejas, intenté decirme mientras abría la puerta de Black Betty. Tal vez estuvieran instaladas allí desde hacía muchísimos años, para controlar los hurtos. A saber dónde enviarían sus grabaciones. Tal vez a ninguna parte.

Pero, al mismo tiempo, el corazón me latía con una melodía completamente distinta: «Ya vienen, ya vienen, ya vienen».

Pensé en gritar para llamar a los demás, pero quién sabe dónde estarían. Salté al monovolumen después de que hubiese entrado Zu e hice lo único que pensé que tenía sentido en aquel momento: presioné con la palma de la mano la parte blanda del volante. El gemido de la bocina de Betty despertó de repente el paisaje dormido. Una bandada de pájaros, que hasta entonces habían permanecido escondidos en un árbol, echaron a volar. Cuando alcanzaron el cielo empecé a hacer sonar la bocina con un ritmo más rápido e insistente.

Chubs fue el primero en aparecer, corriendo entre una fila de autocaravanas, y Liam lo hizo un segundo después, unas cuantas filas más arriba. Cuando vieron que solo estábamos nosotras, ambos aflojaron la marcha. La expresión de Chubs se tornó de fastidio.

Asomé la cabeza por la ventanilla abierta del lado del conductor y grité:

—¡Tenemos que irnos! ¡*Ahora mismo!*

Liam le dijo a Chubs algo que no logré oír, pero me obedecieron. Cuando los chicos entraron, me instalé en cuclillas entre los dos asientos delanteros.

—¿Qué pasa? —Liam estaba sin aliento—. ¿Qué sucede?

Señalé hacia la autocaravana más próxima.

—Tienen cámaras instaladas —respondí con voz ronca—. Absolutamente todas.

—¿Estás segura?

La voz de Liam sonó calmada... excesivamente calmada. Adiviné que estaba fingiendo, puesto que vi que incluso le temblaban los dedos al intentar introducir la llave en el contacto.

Las ruedas del monovolumen giraron sobre el barro en cuanto puso la marcha atrás. El acelerón me mandó directa al suelo.

—Dios mío —dijo Chubs—. No puedo creerlo. Somos como Hansel y Gretel. Dios mío... ¿crees que era ella?

—No —dijo Liam—. No. Es muy astuta por ser una rastreadora, pero esto... esto es otra cosa.

—Tal vez lleven mucho tiempo aquí —dije cuando nos incorporamos de nuevo a

la autopista. Estaba completamente vacía: parecía una boca lista para engullirnos enteros—. Tal vez estuvieran espiando a la gente que vivía aquí. A lo mejor esto sí que era East River y...

O era simplemente una trampa tendida a todo aquel que estuviera buscando el auténtico East River.

Liam apoyó el codo en el panel de la puerta y dejó descansar la barbilla sobre la mano cerrada. Cuando por fin habló, los cientos de grietas serpenteantes del cristal resquebrajado del parabrisas cortaron en mil pedazos su reflejo. Pisó el acelerador a fondo y el viento entró silbando a través del orificio que había dejado la bala.

—Limitaos a mantener los ojos bien abiertos y avisadme si veis alguien o algo que os parezca sospechoso.

«Definición de sospechoso»: ¿Casas cerradas a cal y canto? ¿Un monovolumen tiroteado?

—Sabía que deberíamos haber esperado a que oscureciera —dijo Chubs, dando golpecitos en la ventanilla del lado del acompañante—. *Lo sabía*. Si esas cámaras funcionaban, lo más probable es que hayan captado el número de matrícula y todos los detalles.

—De la matrícula ya me encargo yo —afirmó Liam.

Chubs abrió la boca para decir algo, pero se quedó mudo y apoyó la cabeza en la ventanilla.

—¿Qué es lo que debemos esperar? ¿Una patrulla de soldados de las FEP? —pregunté cuando cruzamos otra vía de tren.

—Peor. —Chubs suspiró—. Rastreadores. Cazadores de recompensas.

—Por lo que cuentan, los de las FEP andan escasos de recursos —explicó Liam—. Y lo mismo se aplica a la Guardia Nacional y a lo que queda de la policía local. No creo que envíen una unidad hasta aquí solo por un chivatazo. Y a menos que casualmente tengan un cazador de recompensas que viva en este culo del mundo, todo irá bien.

Sonaba a últimas palabras antes de morir.

—La recompensa por entregar a un niño es de diez mil dólares. —Chubs se giró para mirarme—. Y el país entero está sin un puto duro. No nos irá todo bien.

Oí un tren a lo lejos: el sonido de su silbato era similar al que emitían los que pasaban por Thurmond a todas horas de la noche. Aquello bastó para empujarme a clavar las uñas en los muslos y cerrar los ojos con fuerza, con la esperanza de superar la terrible sensación de náuseas. No me di cuenta de que la conversación había continuado hasta que oí que Liam me preguntaba:

—¿Te encuentras bien, Verde?

Levanté la cabeza y me sequé la cara, preguntándome si aquella humedad era debida a la lluvia o a que había estado llorando sin darme cuenta. No dije nada y, a

gatas, me instalé en el asiento de la última fila. Aunque me habría gustado hacerlo, no participé más en la conversación sobre si debían seguir buscando East River o debían dejarlo correr. Había cientos, miles, millones de lugares donde el Huidizo podía haber instalado su campamento, y deseaba ayudarles a solucionar aquel rompecabezas. Quería ser partícipe de ello.

Pero no podía hacer preguntas y, por otro lado, necesitaba dejar de mentirme. Porque a cada segundo que pasara con ellos, aumentaban las probabilidades de que descubrieran que los rastreadores y los soldados de las FEP no eran los auténticos monstruos de este mundo. No. El auténtico monstruo estaba sentado en el asiento de atrás.

Por una vez, la música estaba apagada.

Pero el silencio de los altavoces me ponía nerviosa, más que las carreteras desiertas o los cascarones vacíos de las casas embargadas. Liam no paraba de moverse. Examinaba con la mirada los pequeños pueblos abandonados por los que pasábamos, vigilaba el nivel de combustible del depósito, jugueteaba con el mando del intermitente, tamborileaba con los dedos sobre el volante. En un determinado momento, su mirada se cruzó con la mía a través del retrovisor. Fue solo un instante, pero sentí una pequeña punzada en el estómago, tan aguda como si me hubiera acariciado la palma de la mano con el dedo.

Me ruboricé, aunque por dentro me había quedado helada. Había sido medio segundo, no más, el tiempo suficiente como para ver que se le habían oscurecido los ojos por culpa de algo que podía muy bien ser frustración.

Chubs, en el asiento del acompañante, doblaba y desdoblaba un papel que tenía en el regazo, una y otra vez, casi de manera inconsciente.

—¿Puedes parar ya con eso? —explotó Liam, desasosegado—. Lo romperás.

Chubs paró de inmediato.

—¿No podemos... intentarlo? ¿Necesitamos al Huidizo para hacerlo?

—¿De verdad querías correr ese riesgo?

—Jack lo habría hecho.

—Sí, pero Jack... —Liam se interrumpió—. Es mejor ir a lo seguro. Él nos ayudará cuando demos con él.

—Si es que damos con él —dijo enfurruñado Chubs.

—¿Jack?

No me di cuenta de que había hablado en voz alta hasta que vi que Liam me miraba de nuevo a través del retrovisor.

—A ti no te importa —dijo Chubs, y lo dejó en eso.

Liam se mostró solo algo más explícito.

—Era nuestro amigo... en la habitación del campamento, me refiero. Estamos intentando... intentamos ponernos en contacto con su padre. Es uno de los motivos por los que tenemos que localizar al Huidizo.

Señalé con la cabeza la hoja de papel.

—Y antes de que os separarais, ¿escribió una carta?

—Cada uno de nosotros escribió una —explicó Liam—, por si acaso alguno se echaba atrás en el último momento y no quería venir o... no lo conseguía.

—Y Jack no lo consiguió.

La voz de Chubs era capaz de cortar el acero. A su espalda, pasaban en trepidante sucesión elegantes casas coloniales, cuyos colores nos guiñaban el ojo a través de la ventanilla.

—Da igual —dijo Liam, tosiendo para aclararse la garganta—. Intentamos entregar esta carta a su padre. Fuimos a la dirección que Jack nos proporcionó, pero la casa había sido embargada. El padre dejó una nota diciendo que había ido a trabajar a Washington, D. C., pero sin dirección ni número de teléfono. Por eso necesitamos la ayuda del Huidizo... para averiguar dónde está.

—¿Y no podéis enviarla por correo y ya está?

—Unos dos años después de que te internaran en Thurmond, empezaron a revisar el correo precisamente por esto —explicó Liam—. El gobierno lo lee todo, lo dice todo y lo escribe todo. Han elaborado una encantadora historieta según la cual nos han salvado a todos y en los campamentos se dedican a reprogramarnos para convertirnos de nuevo en muchachitos encantadores. No quieren que nadie descubra la verdad.

La verdad es que no sabía qué responder a aquello.

—Lo siento —murmuré—. No era mi intención que me lo contaras todo.

—No pasa nada —dijo Liam, después de que el silencio se tensara tanto que se hizo necesario romperlo—. Tranquila.

No hay una forma de explicar cómo lo supe. Tal vez fuera por la tensión de las manos de Liam en el volante, o por su manera de mirar constantemente por el retrovisor lateral durante la conversación, incluso mucho después de que un coche plateado pasara por nuestro lado en sentido contrario. Tal vez por el movimiento de sus hombros, que dejó caer en un gesto de derrota. Lo supe, simplemente, mucho antes de que captara su mirada de preocupación a través del retrovisor.

Muy despacio, sin molestar a Zu y a Chubs, que seguían contemplando el interminable bosque que se desplegaba al otro lado de las ventanillas laterales, volví a agacharme entre los dos asientos delanteros.

Liam me miró a los ojos durante una décima de segundo y movió la cabeza en dirección al retrovisor lateral. «Compruébalo por ti misma», parecía decirme. Y así lo

hice.

Nos seguía, a unos dos coches de distancia, un viejo *pickup* de color blanco. Dado que la lluvia perjudicaba la visibilidad, no sabía muy bien si su interior lo ocupaban uno o dos hombres. Desde donde estaba yo sentada, parecían un par de hormigas negras.

—Interesante —dije, sin alterar la voz.

—Sí —replicó él, apretando la mandíbula. Tensó la musculatura del cuello—. Acabaré adorando Virginia Occidental. El glorioso estado de la montaña. Paisaje de tantas y tantas canciones de John Denver.

—A lo mejor... —empecé a decir—, deberías parar un momento en el arcén para mirar el mapa.

Era una manera de tantear la situación. Liam estaba a punto de incorporarse a la autopista George Washington, bastante más ancha que la carretera de curvas que dejábamos atrás. Si aquel vehículo realmente nos seguía, no podría pararse sin delatarse con ello. En cualquier caso, quien quiera que estuviese al volante del *pickup*, no conducía de manera agresiva. De tratarse de un cazador de recompensas, como Liam al parecer suponía, lo más probable era que también estuviera tanteándonos.

Continuamos por Gorman Road, siguiendo las curvas. Black Betty bajó el ritmo antes de llegar al cruce. Liam dudó un segundo antes de poner el intermitente. Miré por el retrovisor y noté alivio en el corazón al ver que el *pickup* encendía el intermitente contrario. Iban a la derecha. Nosotros a la izquierda.

Liam exhaló un prolongado suspiro, y se recostó por fin en su asiento cuando el monovolumen llegó al cruce de la autopista con la carretera. Había otro coche que entraba en la autopista, un pequeño Volkswagen plateado; tanto Liam como yo extendimos la mano para protegernos del intenso reflejo del sol en sus ventanillas.

—Tranquilo, viejo. —Liam hizo señales al coche con impaciencia—. Adelante y gira antes de que se acabe el siglo. No, tómate tu tiempo, aféitate, contempla el universo...

El *pickup*, que crujía y chirriaba como al parecer lo hacen todos los coches antiguos, llegó a nuestra altura y oí la música de Lynyrd Skynyrd sonando a través de las ventanillas bajadas. *Free Bird*. Precisamente la favorita de mi padre. Dos segundos de escuchar aquella canción bastaron para encontrarme de nuevo sentada en el asiento trasero de su coche patrulla, recorriendo la ciudad. Era la única posibilidad de escuchar buena música, cuando estábamos solos los dos, patrullando. Mi madre la odiaba.

Me reí interiormente a carcajadas cuando vi que el conductor movía la cabeza al ritmo de la música. Cantaba además a pleno pulmón, exhalando con cada palabra una bocanada de humo del cigarrillo que estaba fumando.

Pero apareció de repente un sonido distinto, una especie de chillido. Levanté la vista en el momento en que el Volkswagen daba un frenazo justo delante de nosotros,

se detenía en seco y nos mandaba otro rayo de sol cegador.

—¡De qué vas!

Liam iba a tocar el claxon, pero el conductor del Volkswagen bajó el cristal de su ventanilla y apuntó hacia nosotros un objeto negro y brillante.

No. El mundo se concentró. Los sonidos a mi alrededor se evaporaron. NO.

Extendí el brazo, pulsé el botón de la radio y la puse a todo volumen. Liam y Chubs empezaron a gritar, pero le aparté la mano a Liam antes de que pudiera apagarla.

El Ruido Blanco superó el sonido de la música que sonaba por los altavoces, destrozándonos los oídos. No era tan fuerte y potente como el del campamento, ni de lejos tan terrible como el de la última vez, pero estaba ahí, una agonía. El truco de la radio no conseguía ahogarlo, no del todo.

Todos a mi alrededor se derrumbaron, perdieron la fuerza al oír el penetrante sonido.

Liam cayó sobre el volante, tapándose los oídos con las manos. Chubs empezó a golpear la cabeza contra la ventanilla de su lado, intentando expulsar el sonido con ello. Black Betty empezó a deslizarse hacia delante, y se paró en seco cuando Liam pisó el freno en lugar del acelerador.

Se abrió la puerta de mi lado y un par de brazos rodearon a Chubs por la cintura e intentaron liberarlo del cinturón de seguridad. Me incorporé del suelo y estiré el brazo hasta que encontré la mejilla de aquel hombre y lo arañé con fuerza. Fue suficiente para alertar al conductor del *pickup*, el que hacía tan solo dos segundos seguía alegremente el ritmo de *Free Bird*, y conseguir que soltara a Chubs, que permaneció en su asiento, aunque con medio cuerpo fuera del coche.

El conductor cayó contra la base de la parte trasera del *pickup* y sus palabras quedaron ahogadas en la tormenta de ruido que envolvía los tres coches. Fue entonces cuando vi la insignia que le colgaba del cuello con una cadena de plata, y el símbolo Ψ bordado. No eran rastreadores.

Psi. FEP. Campamento. Thurmond. Tortura.

El hombre del Volkswagen había abierto la puerta del lado del conductor e intentaba desabrochar el cinturón de seguridad de Liam. No era un hombre grande en ningún sentido: por su aspecto podría haber sido perfectamente un contable, con sus gafas de gruesos cristales y sus hombros cargados como consecuencia de haber pasado horas interminables encorvado sobre una mesa. Pero mientras siguiera sujetando aquel terrible megáfono negro, no necesitaba ejercer la más mínima fuerza.

En Thurmond había soldados de las FEP que llevaban siempre con ellos aquellas máquinas de generar ruido y las activaban para apaciguar pequeños grupos de alborotadores, o simplemente para ver retorcerse de dolor a los niños. Les traía sin cuidado. Ellos no lo oían.

Pese a tener los nervios a flor de piel, le propiné al conductor del *pickup* un codazo en el pecho. Cayó de nuevo hacia atrás y lo encerré dentro del vehículo. Dispuse solo de un segundo para volver la cabeza y mirar a Zu antes de abalanzarme por encima del cuerpo de Liam, dispuesta a pelear. De un puñetazo, envié las gafas de Volkswagen al suelo. Por detrás de mí, Pickup se había acercado a la puerta del monovolumen y esta vez no iba con las manos vacías.

Zu no retrocedió cuando el rifle le apuntó a la cara; por sus gemidos, por su manera de apretar los ojos para cerrarlos, por el modo en que se protegía agónicamente los oídos con los guantes amarillos, no creo que llegara a verlo.

No sabía qué hacer. Zarandé a Liam para que volviese en sí. Abrió entonces los ojos, tan claros y tan azules, pero fue solo un instante. De repente noté el megáfono a cinco centímetros escasos de mi cara, y el Ruido Blanco se me clavó en el cerebro como un hacha. Los huesos se me transformaron en gelatina. No me di cuenta de que caía sobre Liam hasta que me encontré allí. El único sonido que superaba el Ruido Blanco, la radio y los alaridos de Chubs, era el del corazón de Liam resonando a través de su espalda.

Volví a cerrar los ojos y me aferré al suave cuero de la chaqueta de Liam. En parte deseaba alejarme de él, poner entre nosotros la distancia suficiente para no correr el riesgo de adentrarme en su mente, pero en parte, en mi más absoluta desesperación, estaba ya tratando de abrirme paso en su interior, de adherirme a él y ordenarle que se moviese. Si tenía la capacidad de hacer daño a la gente, ¿no existía la posibilidad de que pudiera también ayudarla?

«Levántate», le supliqué, «levántate, levántate, levántate, levántate...».

Se oyó un lamento agudo, un sonido que no podía ser humano. Me obligué a abrir los ojos. Pickup tenía el rifle en una mano y con la otra agarraba a Zu por el cuello de la sudadera y la arrastraba hacia el vehículo. Intenté gritar, aún notando en aquel momento que Volkswagen me tiraba del pelo para incorporarme y sacarme del monovolumen. Me lanzó al suelo y la gravilla se me clavó en piernas y manos.

Rodé para quedarme lejos del alcance del soldado de las FEP. Por debajo de Betty, vi un aleteo amarillo que se derramaba sobre la carretera, como dos pajaritos, y a continuación, oí un portazo.

—Stewart... confirmo localización de elemento psi número 42 755.

Volkswagen tiró de nuevo de la puerta del lado del conductor para abrirla y extrajo de su bolsillo un objeto de color naranja. Me froté los ojos intentando que la imagen doble que veía de aquel hombre se fundiera en una. El aparato naranja que el soldado tenía en la mano no era más grande que un teléfono móvil y lo maniobraba con facilidad por delante de la cara de Liam, que seguía aplastada contra el volante del monovolumen.

Asesté un manotazo al tobillo del soldado pero fue inútil: estaba tan enfrascado con

lo que estaba haciendo que ni se dio cuenta.

«¡Liam!». No podía mover la boca, la tenía paralizada. «¡Liam!».

El aparato de color naranja parpadeó y al cabo de un instante, por encima del gemido del Ruido Blanco, oí que Volkswagen decía:

—Identificación positiva de Liam Stewart.

Algo caliente y afilado, que emergía por debajo de Betty como una mordaz nube de arena, cortó el aire. Friccionó a su paso mi piel desnuda y tuve que volver la cara para eludir la luz cegadora que llegó a continuación: un fogonazo que borraba absolutamente todo lo que se interponía en su camino. Oí a Volkswagen maldecir por encima de mí, pero su voz quedó engullida por un sonido de metal rechinando contra metal, de vidrio explotando con tanta fuerza y a tanta velocidad, que los minúsculos fragmentos llovieron delante de mí como el granizo.

Y entonces terminó todo. El Ruido Blanco se interrumpió bruscamente en el momento en que algo aterrizaba en el suelo a escasa distancia de donde yo estaba. El megáfono.

Extendí el brazo y con la mano busqué a tientas la empuñadura del megáfono. Volkswagen gritaba algo que el zumbido de mis oídos me impedía escuchar. Además, estaba tan concentrada en alcanzar el aparato que me importaba un comino prestar atención a sus palabras. Pero en aquel momento, noté que una mano me apresaba el tobillo y tiraba de mí para arrastrarme por el suelo... pero no antes de que consiguiera hacerme con la empuñadura.

—¡Levántate, pedazo de...! —Se produjo un chillido digital, algo que sonó como una alarma, y el hombre me soltó de inmediato la pierna—. Al habla Larson, solicito ayuda inmediata...

Me arrodillé con un gruñido y conseguí incorporarme por completo. El hombre siguió de espaldas a mí un segundo más de lo aconsejable, y cuando se percató de su error y miró por encima del hombro, fue recompensado con un golpe metálico de megáfono en plena cara.

La radio cayó al asfalto con gran estrépito y le di un puntapié para dejarla fuera de su alcance. El hombre levantó las manos para protegerse de otro posible golpe, pero yo no estaba dispuesta a ponérselo fácil. No estaba dispuesta a permitir que me devolviera a Thurmond.

Le aprisioné el antebrazo y tiré hacia abajo, obligándole a mirarme. Tenía los ojos de color avellana y las pupilas se le encogieron por un momento antes de recuperar su tamaño normal. Aquel hombre me sacaba más de un palmo, pero nadie lo diría por el modo en que cayó arrodillado delante de mí. Era incapaz de recobrar el aliento, y mucho menos de impedirme entrar directamente en su cabeza.

«¡Vete!», intenté decirle. Tensé la mandíbula, con los músculos rígidos como si el Ruido Blanco los tuviera aún atrapados en una pulsante corriente eléctrica. «¡Vete!».

No lo había hecho nunca, y era imposible saber si funcionaría... ¿pero qué perdía intentándolo? De repente, me inundaron sus recuerdos, oleadas y oleadas de recuerdos que me asaltaban el cerebro, mientras yo me repetía sin cesar: «Voy a hacerlo. Funcionará».

Martin había dicho que podía *implantar* pensamientos en la gente, pero mis facultades no funcionaban así, nunca habían funcionado así. Yo solo veía imágenes. Solo podía revolver, clasificar y borrar imágenes.

Aunque nunca había intentado hacer más cosas. Nunca había querido hacerlo, hasta este momento. Porque si no conseguía ayudar a aquellos chicos, si no conseguía salvarlos, ¿para qué servía yo? ¿Qué sentido tenía mi vida? «Hazlo. Límitate a hacerlo».

Me imaginé al hombre cogiendo la radio. Imaginé hasta el último detalle, desde como buscaba a tientas el aparato después de haber perdido las gafas, hasta las arrugas de sus pantalones. Lo imaginé cancelando la solicitud de ayuda. Lo imaginé descendiendo por aquella colina rocosa y alejándose de la carretera, perdiéndose en el bosque.

Y cuando relajé la tensión de la mano que le sujetaba por el antebrazo, eso fue exactamente lo que hizo. Se marchó, y a cada paso que daba estaba más sorprendida. Yo lo había hecho. Yo.

Me volví. El humo negro se derramaba sobre la carretera, cubriendo la hierba de la colina y todos los rincones bajo un espeso y desagradable manto. Entonces, recordé.

Zu.

Avancé cojeando y pude comprobar los destrozos. El *pickup* que hacía apenas un momento estaba detenido justo al lado de Betty, estaba ahora a muchos metros de distancia, en un prado verde. El Volkswagen plateado estaba volcado a su lado, convertido en un irreconocible montón de metal retorcido. Arrojava un humo espeso y daba la impresión de que iba a explotar de un momento a otro.

«Lo embistió», comprendí. «El *pickup* lo embistió para sacarlo de la carretera».

Seguí el rastro de las marcas de los neumáticos y los cristales, pero solo encontré al conductor del *pickup*. O lo que quedaba de él.

El hombre estaba hecho un ovillo sobre la hierba, era imposible distinguir dónde empezaba un miembro y acababa otro. De hecho, ninguno estaba en el lugar que le correspondía. Los codos sobresalían del suelo como dos alas rotas. También a él lo habían embestido.

Se apoderó de mi pecho una sensación fría y quebradiza que me obligó a apartarme de la humareda en cuanto hube confirmado que Zu no estaba en ninguno de los dos coches. Esperé a que se disipara un poco el humo antes de arrodillarme y vomitar la poca comida que pudiera tener en el estómago.

Fue entonces cuando, al levantar la cabeza, la vi por fin, sentada en la carretera

junto a Betty, con la espalda encorvada y la cabeza gacha, pero viva, sana y salva. Me aferré mentalmente a esas dos palabras cuando empecé a llamarla. Zu levantó la vista, jadeando. Y a medida que fui aproximándome vi que estaba destrozada: tenía los ojos inyectados en sangre, un corte en la frente y las sucias mejillas bañadas en lágrimas.

Cuando me arrodillé delante de ella, la cabeza me palpitaba al ritmo de mi corazón, y durante unos segundos de agonía, fui incapaz de oír nada más.

—¿Estás... bien? —pregunté, con la boca pastosa.

Zu asintió con un castañeteo de dientes.

—¿Qué... qué ha pasado? —Logré farfullar.

Zu se acurrucó, como si intentara desaparecer de allí. Los guantes amarillos estaban en el suelo, a su lado, y tenía las manos desnudas levantadas, proyectadas hacia delante, como si hiciese solo un segundo que había tocado el vehículo.

No sabía qué decir para tranquilizarla, ni siquiera sabía cómo tranquilizarme a mí misma. Aquella niña, aquella Amarilla, acababa de destruir dos coches y una vida en cuestión de segundos. Y, por lo que parecía, lo había hecho con un solo toque de manos.

Pero incluso sabiendo aquello, la niña seguía siendo Zu... ¿y sus manos? Sus manos me habían salvado.

La cogí con brazos temblorosos y la acomodé en el interior de Betty. Zu ardía, con una temperatura muy superior a la que pudiera provocar la fiebre. La deposité en el asiento de atrás y le acaricié las mejillas, pero ella no lograba enfocar mi imagen. Cuando me disponía a cerrar la puerta, me agarró por la muñeca y señaló sus guantes, que habían quedado en el suelo.

—Ya te los traigo.

Los recogí, se los entregué y me dispuse a enfrentarme a una carga más pesada.

Chubs seguía inconsciente en el asiento del acompañante, con el cuerpo colgando por la puerta entreabierta. Por suerte, el conductor del *pickup* no había conseguido arrastrar más allá su largo cuerpo... de lo contrario, era muy posible que en aquellos momentos Chubs yaciera en la hierba junto al conductor. Cuando empujé la puerta para cerrarla, golpeé el saco de huesos que era su cuerpo.

De puntillas, rodeé el monovolumen por la parte delantera. Con una nube de puntitos luminosos decolorando mi visión, abrí del todo la puerta del conductor. Liam seguía inconsciente, frío, y por mucho que lo zarandeara no conseguía que volviera en sí. Zu empezó a llorar y escondió la cara entre las rodillas para amortiguar los sollozos.

—Estás bien, Zu —le dije—. Todos estamos bien. No nos pasará nada.

Desenredé los brazos de Liam del cinturón de seguridad gris, lo empujé y lo desplacé como pude para que dejara libre el asiento del conductor. No era lo bastante fuerte como para trasladarlo a los asientos traseros, al menos no en aquel momento. De manera que acabó en el suelo, calzado entre los dos asientos de delante. Quedó de

cara a mí y así pude apreciar el movimiento espasmódico de los músculos de su boca, la sonrisa artificial que se formaba de vez en cuando en las comisuras.

Miré el volante e intenté recordar los pasos a seguir para poner en marcha el coche. Pensé en lo que Liam hacía, en lo que Cate había hecho, en lo que mi padre solía hacer. Dieciséis años y ni siquiera sabía localizar el freno de mano, y mucho menos cómo desactivarlo.

Al final dio igual. Por lo visto, al ser un coche automático, podía funcionar sin necesidad de tocarlo y lo único que realmente necesitaba saber era que el pedal de la derecha era para acelerar y el de la izquierda para frenar, y poca cosa más.

Betty atravesó la humareda y siguió avanzando en busca de la carretera hasta que, por fin, por fin, *por fin* nos alejamos de aquel caos y el aire que empezó a entrar por las rendijas de ventilación dejó de transportar el eco del Ruido Blanco hasta nuestros oídos y el humo hasta nuestros pulmones.

CAPÍTULO ONCE

Debíamos de haber recorrido unos quince kilómetros cuando los chicos empezaron a espabilar. Puesto que Zu no dejó de llorar ni un momento en el asiento de atrás y yo no tenía ni idea de hacia dónde íbamos, decir que me sentí aliviada sería un eufemismo.

—Mierda —gruñó Liam. Se llevó la mano a la cabeza y, sorprendido, se enderezó hasta sentarse—. ¡Mierda!

Había quedado con la cara a escasos centímetros de los pies de Chubs, y tiró de ellos como si quisiera asegurarse de que seguían unidos a su cuerpo. Chubs gimoteó y dijo:

—Creo que voy a vomitar.

—¿Zu? —Liam se desplazó a gatas hacia la parte posterior, y sin querer le dio una patada en la pierna a Chubs, que gritó para protestar—. ¿Zu? ¿Has...?

Zu rompió a llorar con más fuerza y escondió la cara detrás de sus guantes.

—Oh, Dios mío, lo siento... lo siento mucho... yo...

La voz de Liam era agónica, como si le estuvieran arrancando las entrañas. Vi que cerraba la mano en un puño y se la acercaba a la boca, le oí que intentaba toser para aclararse la garganta y seguir hablando, pero no consiguió articular ni una sola palabra más.

—Zu —dije, con voz extrañamente tranquila—. Escúchame bien. Nos has salvado. No habríamos salido de esta sin ti.

Liam giró la cabeza hacia mí, como si acabase de recordar mi presencia. Me estremecí, aunque, ¿por qué tenía que molestarme que primero quisiera verificar el estado de sus verdaderos amigos?

Se desplazó de nuevo hacia delante y, durante la maniobra, noté su mirada clavada en mi nuca. Cuando llegó al asiento del acompañante, se derrumbó en él, pálido como el papel.

—¿Estás bien? —me preguntó con voz ronca—. ¿Qué ha pasado? ¿Cómo nos has sacado de allí?

—Ha sido Zu —empecé a decir.

Era consciente de que tendría que moverme por una estrecha línea entre la verdad y la mentira, consciente de lo que debía contarles, tanto por mi bien como por el de Zu. No estaba segura de lo mucho que Zu recordaba de lo sucedido, pero no estaba dispuesta a confirmar ninguno de sus temores.

—Hizo que un coche chocara contra el otro —me limité finalmente a decir—. Uno de los tipos quedó inconsciente y el otro salió huyendo.

—¿Qué era...? —A Chubs le costaba respirar—. ¿Qué era ese ruido tan horrible?

Me quedé mirándolo, y traté de pronunciar con los labios las palabras que la incredulidad me impedía articular.

—¿No lo habíais oído nunca?

Los chicos negaron con la cabeza.

—Dios —dijo Liam—, era como el maullido de un gato en una batidora mientras, además, se electrocuta.

—¿De verdad que no teníais Ruido Blanco? ¿Control Calmante? —pregunté, sorprendida por la rabia que se apoderaba de mi corazón. ¿En qué campamento habían estado esos chicos? ¿En la tierra de las golosinas?

—¿Y tú sí? —Liam movió la cabeza de un lado a otro, seguramente para librarse de una vez por todas del zumbido.

—En Thurmond lo usaban para... inhabilitarnos —le expliqué—. Cuando había rebeliones o problemas. Te impide pensar y no puedes utilizar tus facultades.

—¿Y tú por qué estás bien? —gimoteó Chubs, medio suspicaz, medio celoso.

La pregunta del millón. Mi larga y sórdida historia con el Ruido Blanco incluía varios episodios de desmayos, vómitos y pérdida de memoria, eso sin mencionar mi última experiencia, con abundante sangrado por la nariz y los ojos. Supongo que cuando has probado lo Peor, lo Bastante Malo ya no es tan terrible. Si aquella era su primera experiencia con el Ruido Blanco, explicaría por qué se habían marchitado hasta quedarse como hierba seca en cuestión de segundos.

Liam me observaba con atención y me pregunté qué estaría viendo. ¿Todo? Recordé la sensación que me había producido el roce de su chaqueta en la mejilla, la curvatura de su espalda, y me embargó la paz y la tranquilidad.

—Supongo que porque estoy acostumbrada —respondí—. Y a los Verdes no nos afecta tanto como a los Azules y a los demás. —Tuve en cuenta añadir aquel comentario. Una verdad y una mentira.

En cuanto el rostro de Liam perdió el aspecto demacrado y las mejillas recuperaron el color, se ofreció a intercambiar su asiento conmigo. El chico se merecía un aplauso por lo bien que estaba disimulando frente a los demás el temblor de las manos y de las piernas, pero yo tenía la vista acostumbrada. Reconocí sin problemas, como si de antiguos amigos se tratara, los desagradables efectos secundarios del Ruido Blanco. Liam necesitaba aún unos minutos más.

—Vamos —dijo, cuando el reloj del salpicadero cambió de minuto—. Ya has hecho... —Se interrumpió.

Me quedé mirándolo, y entonces me di cuenta de que también él estaba mirándome o, más concretamente, me estaba mirando las huesudas y magulladas rodillas. Devolví rápidamente la mirada a la carretera y un instante más tarde noté algo caliente muy cerca de la pierna, pero me aparté enseguida.

—Ah... lo siento —susurró Liam, retirando la mano. Las orejas se le pusieron

coloradas como tomates—. Es solo que... estás llena de cortes. ¿Podemos parar un momento, por favor? Deberíamos reagruparnos. Averiguar dónde estamos.

Pero no me apetecía parar en el arcén, ni junto a cualquier valla que protegiera una zona de pasto; esperé hasta encontrar una antigua zona de descanso, con su casita de ladrillo rojo de estilo colonial, y detuve el monovolumen en el aparcamiento desierto.

Chubs aprovechó la oportunidad para vaciar el contenido de su estómago, aunque no consiguió más que dar unas cuantas arcadas. Liam le dio unos golpecitos en la espalda.

—¿Ayudarás a Ruby cuando hayas terminado?

Tal vez Chubs me odiara, o tal vez quisiera espantarme para que me largara, pero al menos reconoció que había jugado un papel importante en salvarles el pellejo. Aunque no dijo que sí, sino que se limitó a cruzarse de brazos y a exhalar un prolongado suspiro, digno de un mártir.

—Gracias —dijo Liam—. Eres la mejor, Madre Teresa.

Deslizó la puerta de detrás de mi asiento para salir y fue derecho al pequeño conjunto de fuentes de agua que estaban a medio camino entre el monovolumen y la entrada de los lavabos. Zu bajó también, con una pequeña mochila rosa en la mano. Cuando me volví hacia Chubs, ya se había recuperado lo bastante como para empezar a meterse de nuevo conmigo.

—¡Tranquilo! —dije cuando me rozó el codo con el dedo.

Levantó la mano hacia las luces del techo, que se encendieron al instante. Pude ver por fin el considerable rasguño que me había levantado la piel desde el codo hasta la muñeca.

—Gírate hacia mí. —Parecía que Chubs estaba luchando con todas las fuerzas que le quedaban para no mirarme con exasperación—. *Ahora*, Verde, antes de que me crezca la barba.

Me di la vuelta, de manera que las piernas me quedaron de cara a Chubs, que seguía ocupando el asiento del acompañante. No me extrañó ver que el aspecto de mis piernas era casi tan terrible como el de mi brazo. Tenía las rodillas peladas y la piel empezaba a cicatrizar, pero aparte de algún que otro rasguño y moratón que nada tenía que ver con el ataque que habíamos sufrido, estaban en mucho mejor estado que mis manos.

Chubs hurgó debajo de su asiento y extrajo una especie de maletín. Presionó los cierres para abrirlo. Solo pude echar un vistazo al contenido, puesto que Chubs cogió rápidamente cuatro paquetitos cuadrados de color blanco y volvió a cerrarlo.

—Madre mía, ¿cómo te has hecho esto? —murmuró, abriendo el primer paquete. Olía a desinfectante e intenté apartarme.

Chubs me miró encolerizado por encima de la montura de sus gafas.

—Si tu intención es volver a casa, como mínimo podrías esforzarte en cuidarte un

poco más. Bastante tengo con tratar de que los otros dos sigan enteros y solo me faltas tú, arrojándote también a cualquier peligro.

—Yo no me he *arrojado*... —empecé a decir, pero me lo pensé mejor—. Lo siento.

—Vale —resopló—. Aunque más lo sentirás si se te infecta alguno de estos cortes.

Me cogió la mano derecha para examinarla con más detalle e intenté no saltar del dolor cuando empezó a darle golpecitos con la toallita desinfectante. Lo hacía con la misma ternura que un lobo emplearía para devorar su cena. La sensación de escozor me despertó de aquel amodorramiento nebuloso. Consciente de pronto del contacto, retiré la mano y le arranqué la helada toallita. Decidí que limpiarme yo sola y extraer los pedacitos de asfalto incrustados en la piel me haría el mismo daño.

—Tendrías que ir a ver cómo están Lee y Zu —dije.

—No, porque se cabrearían por no haberte atendido a ti antes —reconoció a regañadientes—. Además, pareces... has salido peor parada que nosotros. Pueden esperar. —Debió de ver mi mala cara por el rabillo del ojo, puesto que añadió—: Pero no creas que vas a quedarte tú con todos los vendajes... como mucho son heridas superficiales, ¡y ni siquiera muy graves!

—Sí, señor —dije, tirando por la ventana la toallita desinfectante.

Me pasó una toallita nueva para la otra mano, entrecerrando todavía los ojos, aunque quizá, tal vez, suavizando algo la mirada. Me relajé un poco, aunque sin hacerme en ningún momento ilusiones de que a partir de entonces fuéramos a compartir estrechos lazos de amistad.

—¿Por qué has mentido?

La pregunta me alarmó y, de repente, noté la cabeza muy ligera.

—Yo no... ¿pero qué...? Yo no hice...

—Sobre Zu.

Chubs miró por encima de su hombro y cuando volvió a hablar, lo hizo en voz baja.

—Has dicho que simplemente ha dejado inconsciente a ese tipo, pero... pero no ha sido así, ¿verdad? Ha muerto.

Asentí.

—Pero ella no quería...

—Evidentemente que no quería —dijo, cortándome—. Me preguntaba por qué no nos ha perseguido nadie. Y me he preocupado pensando lo que podrían hacerle a Zu... bueno, supongo que, al fin y al cabo, tienes un poco de sentido común.

Y lo comprendí en aquel momento, mirándolo; fue uno de esos excepcionales y perfectos momentos en que todo cristaliza y ocupa su debido lugar. Chubs no me quería porque me veía como una amenaza para ellos. No estaba dispuesto a confiar en mí hasta que yo se lo demostrara... y después de mi desliz confundiendo el color del

todoterreno, era probable que nunca llegara a conseguirlo.

—Aunque... ¿qué pierde el mundo con un rastreador menos? —Se agachó para sacar de nuevo el maletín y guardar el material que no había empleado.

«Es verdad», pensé, enderezándome en el asiento. «No se lo he dicho».

—No eran rastreadores. Eran de las FEP.

Chubs soltó una risotada al oír aquello.

—¿Y debo suponer que debajo de la camisa de cuadros y los vaqueros escondían el uniforme?

—Uno de ellos llevaba una insignia —dije—. Y ese aparato de color naranja que tenían... una vez vi uno de esos en Thurmond.

Chubs no parecía convencido, pero no teníamos tiempo ni, en mi caso, la energía para pasar una hora dándole vueltas a la verdad.

—Mira —proseguí—, no es necesario que me creas, pero deberías saber que uno de ellos comunicó por radio un número de psi. El 42 755. Es el de Liam, ¿verdad?

Conté mi versión de la historia y dejé que el llenara los espacios en blanco como más le apeteciera. Cuando llegué a la descripción del aparato naranja, Chubs decidió que ya había oído suficiente. Respiró hondo y cerró la boca con fuerza hasta formar una expresión que parecía más la de un hurón que la de un ser humano. Contuve la respiración al ver que bajaba el cristal de la ventanilla para repetir, con las mismas palabras, lo que yo acababa de contarle, como si no me creyera capaz de volver a hacerlo.

—¡Ya os dije que los de las FEP darían con nosotros! —repitió una y otra vez para que lo oyesen todos, como si nadie le hubiese oído las primeras diez veces—. Ha sido una suerte que no fuese *ella*.

Ya estaba ahí otra vez, la misteriosa «Ella».

Liam no hizo caso a los gritos y siguió de espaldas a nosotros, inclinado todavía sobre la fuente de agua. Zu permanecía a su lado, pulsando el botón para que Liam pudiera lavarse la cara con las dos manos.

Utilicé la última toallita para limpiarme la cara.

—Solo quiero saber cómo lo reconoció ese soldado de las FEP, incluso antes de utilizar esa cosa naranja. La cosa centelleó, pero él se sabía el número de memoria. No tuvo que esperar a que el aparato se lo dijera.

Chubs me miró fijamente un instante y luego se subió las gafas sobre el puente de la nariz.

—A todos nos hicieron una fotografía cuando nos procesaron. ¿A ti no?

Respondí con un gesto afirmativo.

—¿De modo que han montado una red con las fotografías?

—Verde, ¿cómo demonios quieres que lo sepa? —dijo—. Vuelve a describírmelo.

El artillero naranja debía de ser una especie de cámara o de escáner, esa fue la

única explicación que se me ocurrió, lo único que Chubs no tildaría de imbecilidad.

Me llevé las manos a los ojos para combatir las ganas de vomitar.

—Mala noticia, si para identificarnos les basta con eso —dijo Chubs, pasándose la mano por la frente y alisando las arrugas que se le habían formado—. Por si no estábamos ya bastante jodidos... lo más probable es que a estas alturas sepan que tratamos de localizar East River, lo que significa que van a mandar un montón de patrullas, lo que significa que vigilarán aún más de cerca a nuestras familias, lo que significa que el Huidizo lo tendrá aún más complicado...

No terminó de expresar lo que pensaba. No era necesario.

Solté una carcajada de desgana.

—Vamos. ¿De verdad crees que van a mandar una armada entera para capturar a cuatro monstruos como nosotros?

—En primer lugar, las armadas están integradas por barcos —dijo Chubs—. Y en segundo lugar, no, nunca mandarían una armada entera para cuatro monstruos.

—¿Y entonces qué pasa?

—Que sí que la mandarían para capturar a Lee.

No esperó a que me diera tiempo de unir todas las piezas.

—Mira, Verde, ¿quién crees tú que fue el cerebro que preparó nuestra fuga del campamento?

Cuando los demás estuvieron listos para volver a subir al monovolumen, jugamos al juego de las sillas. Chubs ocupó el asiento trasero detrás del asiento del acompañante y Zu su lugar habitual, detrás del asiento del conductor. A mí me quedaban dos opciones: o el asiento de la última fila o aguantar en el asiento del acompañante, fingiendo que todo marchaba a las mil maravillas, como si Chubs no acabara de revelarme que Liam era el responsable de la que tal vez fuera la única fuga de un campamento que había culminado con éxito.

Al final, el agotamiento pudo conmigo y me derrumbé en el asiento del acompañante con la sensación de que mi aspecto era tan encantador como el de una lechuga mustia. Liam ocupó entonces su puesto.

Me sonrió.

—Eso de ser la gran heroína debe de ser agotador.

Le hice un gesto con la mano para que me dejara tranquila, e intenté acallar aquel ridículo y minúsculo zumbido de felicidad que me produjeron sus palabras. Simplemente intentaba mostrarse amable.

—Es una suerte que las señoras hayan solucionado el asunto —prosiguió, volviéndose hacia Chubs—. De lo contrario, tú y yo estaríamos ahora dando tumbos en la trasera de un *pickup* rumbo a Ohio.

Chubs se limitó a refunfuñar, con la tez todavía grisácea.

Como mínimo, Liam empezaba a tener mejor aspecto. El agua fría de la fuente le había dejado la cara sonrosada y aunque aún le quedaba algún que otro espasmo nervioso en los dedos, sus ojos habían perdido ya aquella mirada nebulosa y descentrada. Teniendo en cuenta que era la primera vez que quedaba expuesto al Ruido Blanco, Liam se había recuperado con rapidez.

—Muy bien, equipo —dijo—. Ha llegado el momento de realizar una votación Betty.

—¡No! —Chubs resucitó de inmediato—. Sé muy bien adónde quieres ir a parar, y sé que perderé por mayoría y yo...

—Todos los que estén a favor de permitir que nuestra chica maravilla se quede de momento con nosotros, que levanten la mano.

Tanto Liam como Zu levantaron enseguida la mano. Zu me miró con una sonrisa especialmente luminosa, al lado de la sombría expresión de Chubs.

—No sabemos nada de ella... demonios, ¡ni siquiera sabemos si lo que nos ha contado es verdad! —objetó—. Podría tratarse de una psicópata que acabe matándonos mientras dormimos, o que llame a sus amigos de la Liga en cuanto bajemos la guardia.

—Caramba, muchas gracias —dije secamente, casi halagada por el hecho de que me considerara capaz de aquellas maquinaciones.

—Cuanto más tiempo se quede con nosotros —añadió—, más probabilidades de que la Liga dé con nosotros, ¡y ya sabéis lo que les hacen a sus chicos!

—No conseguirán atraparnos —dijo Liam—. De eso ya nos hemos ocupado. Si permanecemos unidos, todo irá bien.

—No. No, no, no, no, no —dijo Chubs—. Quiero registrar mi voto negativo, por mucho que vosotros dos siempre ganéis.

—No seas tan mal perdedor —dijo Liam—. Esto es democracia en acción.

—¿Estás seguro? —pregunté yo.

—Por supuesto que sí —respondió Liam—. Con lo que me sentía mal era con la idea de dejarte tirada en alguna estación de autobuses de mala muerte, sin dinero, sin documentación, sin saber si saldrías de allí sana y salva.

Otra vez, aquella sonrisa. Me llevé la mano al pecho en un intento de controlar la situación. De mantener mis sentimientos encerrados. De impedirme rozar la mano que Liam acababa de apoyar sobre el reposabrazos de mi asiento. Me parecía mareante, horroroso, pero lo único que deseaba era adentrarme en su cerebro y averiguar qué estaba pensando. Saber por qué me miraba de aquella manera.

«En realidad eres un monstruo», pensé, apretándome el estómago con el puño.

Deseaba protegerlos, y en aquel momento tuve perfectamente claro lo que quería: protegerlos, a todos. Me habían salvado. Me habían salvado la vida sin esperar

absolutamente nada a cambio. Si el enfrentamiento con los FEP encubiertos me había enseñado algo, era que aquellos chicos necesitaban a alguien como yo. Yo podía ayudarlos, protegerlos.

Sabía que nunca podría devolverles el favor que me habían hecho acogíendome y permitiéndome estar con ellos todo ese tiempo, pero si conseguía controlarme, ya era un buen principio. Era lo mejor que podía hacer siendo lo que era.

—¿Y dónde pretendes ir, de todos modos? —Liam intentó hablar con un tono despreocupado, pero la preocupación le había oscurecido los ojos—. Si te lo propusieras, ¿podrías llegar allí en autobús?

Les conté el débil plan que había medio elaborado en la estación de servicio. Lo hice con nerviosismo, jugando con las puntas de mi enmarañado pelo, y me sorprendió notar que la tensión que sentía continuamente en el pecho se aflojaba un poco y podía por fin respirar hondo.

—¿Qué hay en Virginia Beach?

—Mi abuela, creo —dije—. Espero.

Sí, mi abuela, recordé. Mi abuela seguía siendo una opción. Ella se acordaría de mí, ¿verdad? Si les ayudaba a localizar al Huidizo —y si ellos podían ayudarme—, ¿me quedaría la opción de volver a verla? ¿De vivir con ella?

Muchos «y si...». Si localizábamos al Huidizo. Si era finalmente un Naranja. Si podía ayudarme a controlar mis facultades. Si podía ponernos en contacto con nuestras familias.

En cuanto abrí la caja de las dudas, todo lo demás vino rodado.

Pese a lo aplastante de la idea me pregunté qué pasaría si mi abuela hubiese muerto. Cuando me habían llevado al campamento, la abuela tenía setenta años, lo que significaba que estaría ya muy cerca de los ochenta. Jamás me había planteado aquella posibilidad, puesto que no recordaba ni un momento en que no la hubiera visto dispuesta a comerse el mundo con su cabello blanco, su riñonera de color fluorescente y su gorra de visera a conjunto.

Pero si yo no era la misma de hace seis años, ¿cómo podía esperar que ella siguiera siéndolo? Si continuaba con vida, ¿cómo podía pedirle que se hiciese cargo del monstruo en que se había convertido su nieta —que me protegiese y me escondiese—, cuando eran muchas las posibilidades de que no pudiera ni hacerse cargo de sí misma?

Ahora había muchas cosas en qué pensar, muchas cosas que tener en cuenta y por las que sufrir de forma lógica. Mi cerebro se tambaleaba aún como consecuencia del Ruido Blanco, pero mi débil corazón me facilitó la elección.

—De acuerdo —dije—. Me quedaré.

«Y confío en que nadie tenga que arrepentirse de ello».

La arruga profunda que había aparecido en el entrecejo de Liam se relajó, aunque

sin desaparecer por completo. Sabía que estaba analizándome, notaba cómo me examinaba las facciones con sus ojos claros. Cómo intentaba descifrar, tal vez, por qué había dudado tanto antes de decidirme. Fuera cual fuese su conclusión, se recostó en su asiento, suspiró y ajustó los retrovisores en silencio.

Liam tenía una de esas caras que se leen y se sabe al instante en qué está pensando, y eso facilitaba la confianza, el saber que lo que decía era verdad. Pero la expresión que tenía en aquel momento era ensayada, una concentración intensa para que su rostro se mantuviese impenetrable. Se veía poco natural en un chico que siempre tenía una sonrisa lista en la comisura de la boca. Me recosté también en mi asiento e intenté ignorar las punzadas que notaba en la cabeza y los penosos sonidos de animal moribundo que empezó a emitir Chubs en cuanto recordó lo dolorido que estaba.

Liam, aún sin decir nada, le pasó una botella de agua medio vacía que guardaba debajo del asiento del conductor. Miré a Zu por el rabillo del ojo, pero el anochecer había podido con ella y se había dormido. Una fina capa de sudor le cubría la frente y el labio superior.

El coche cobró vida de nuevo. Liam respiró hondo y cruzó el aparcamiento en diagonal. Cuando finalmente llegamos a la carretera, me di cuenta de que no sabía qué dirección tomar.

—¿Dónde vamos? —le pregunté.

Se quedó un instante en silencio, rascándose la barbilla.

—Seguimos rumbo a Virginia, si es que soy capaz de localizarla. Creo que hace un rato hemos cruzado la frontera del estado, pero no sé dónde estamos. No conozco en absoluto esta zona, si te digo la verdad.

—Pues mira ese condenado mapa —refunfuñó Chubs detrás.

—Puedo averiguarlo sin él —insistió Liam. Seguía moviendo la cabeza de un lado a otro, como si esperara que fuera a aparecer alguien y le indicara con bengalas y fanfarria la dirección correcta.

Cinco minutos más tarde, había extendido el mapa sobre el volante y Chubs se regodeaba en el asiento de atrás. Me incliné sobre el reposabrazos, intentando encontrarle el sentido a los colores pastel y las líneas entrecruzadas de aquel endeble y arrugado papel.

Liam señaló los límites de Virginia Occidental, Virginia, Maryland y Carolina del Norte.

—Creo que estamos... ¿aquí?

Señaló un puntito rodeado por un arcoíris de líneas entrecruzadas.

—Supongo que Black Betty no tiene GPS, ¿verdad? —dije.

Liam suspiró y dio unos golpecitos al volante. Acababa de decidir que seguiríamos la carretera hacia la derecha.

—Black Betty nos llevará por el camino correcto, aunque no sabe de direcciones.
—Ya te dije que deberíamos haber cogido aquel todoterreno Ford —dijo Chubs.
—Ese pedazo de... —Liam se corrigió—. Esa caja sobre ruedas era una trampa mortal... y eso sin mencionar que tenía la transmisión hecha polvo.
—Por lo que, naturalmente, la otra alternativa era un monovolumen.
—Sí, me llamó desde el aparcamiento de los coches abandonados. El sol brillaba a través de sus ventanillas como un faro de esperanza.

Chubs refunfuñó.

—¿Por qué eres tan excéntrico?

—Porque mi excentricidad sirve para anular tu excentricidad, señorita Punto de Cruz.

—Lo que yo hago, al menos, está considerado arte —dijo Chubs.

—Sí, en la Europa medieval habrías sido la bomba...

—Venga va —dijo, interrumpiéndolos. Estaba ahora en posesión plena del mapa—. Debemos de estar cerca de Winchester.

Señalé un punto en el extremo oeste de Virginia.

—¿Qué es lo que te hace suponerlo? —dijo Liam—. ¿Eres de la zona? Porque sí...

—No soy de aquí. Pero recuerdo haber pasado por Keyser y Romney mientras estabais inconscientes. Y con todos los carteles que hemos visto indicando lugares emblemáticos de la Guerra Civil, deberíamos estar cerca de algún campo de batalla.

—Eres buena detective, Nancy Drew, pero por desgracia, esos carteles no indican gran cosa en esta parte del país —dijo Liam—. Apenas puedes andar cien metros sin toparte con una indicación explicando que tal ejército pasó por aquí, o que tal tipo murió allí, o dónde vivía James Madison...

—Eso es en Orange —dijo, interrumpiéndole—. Pero no estamos precisamente cerca de allí.

La cálida luz azul del anochecer le envolvía el cabello rubio y le robaba el color. Me examinó con atención y se rascó de nuevo la barbilla.

—Así que *eres* de Virginia.

—No...

Liam levantó la mano.

—Por favor. A cualquiera que no sea de este estado le importa una mierda dónde está la casa de James Madison.

Me recosté en el asiento. «He metido la pata hasta el fondo».

Era culpa de mi madre. Como profesora de historia en el instituto, había convertido en su misión personal pasearnos a mi padre y a mí por todos los lugares históricos de la zona. Así, mientras mis amigas iban a fiestas del pijama o a nadar a la piscina de unas y otras, yo paseaba de campo de batalla en campo de batalla y posaba

para fotografías con un fondo de cañones y reconstrucciones de la época colonial. Momentos divertidos, que se volvían más divertidos si cabe gracias a las miles de picaduras de todo tipo de bichos y las quemaduras provocadas por el sol que siempre acababa luciendo el primer día de clase. Aún conservo cicatrices de la batalla de Antietam.

Liam sonrió sin apartar la vista de la oscura carretera, pues no había encendido las luces del monovolumen. Un acto de valentía —o de estupidez—, a mi entender, teniendo en cuenta que el estado de Virginia nunca había considerado prioritario instalar farolas en sus carreteras y autopistas.

—Creo que deberíamos parar para pasar la noche en algún sitio —dijo Chubs—. ¿Piensas buscar aparcamiento?

—Relájate, colega, lo tengo presente —dijo Liam.

—Siempre dices lo mismo —murmuró Chubs—, y luego «Oh, lo siento, equipo, acurruquémonos para darnos calor», mientras los osos intentan acercarse y comerse nuestra comida.

—Sí... lo siento —replicó Liam—. ¿Pero qué sería la vida sin adversidades?

Debía de ser el intento de optimismo más falso que oía desde que mi maestra de cuarto intentó hacernos razonar diciendo que en clase estábamos mejor sin los niños que habían muerto, porque así éramos menos para turnarnos en los columpios del patio.

Después de aquello, dejé de seguir la conversación. No es que no me interesara conocer detalles sobre las estrafularias tradiciones y costumbres que habían ido adquiriendo a lo largo de las dos semanas transcurridas desde su fuga del campamento; pero estaba agotada intentando discernir por qué, exactamente, aquellos dos chicos eran capaces de aferrarse al fino hilo que mantenía unida su amistad.

Liam acabó encontrando la autopista 81 y Chubs cerró los ojos y se durmió, con un sueño superficial e inquieto. Por la ventanilla veía pasar interminables hileras de árboles, solo algunos de ellos vestidos de primavera. Íbamos demasiado rápido, y estaba demasiado oscuro, para poder vislumbrar el mosaico de hojas que habían empezado a brotar. Donde quiera que estuviéramos, el asfalto de la autopista contenía aún vestigios de las hojas muertas el otoño anterior. Era casi como si el nuestro fuera el primer vehículo que transitaba por allí en mucho tiempo.

Apoyé la frente en el frío cristal, situándome de tal modo que el aire que entraba por los orificios de la ventilación me diera directamente en la cara. El dolor de cabeza seguía allí, dándome punzadas justo detrás de los ojos. El aire gélido me ayudaría a mantenerme despierta y, como mínimo, me mantendría alerta para impedir que mi mente intentara meter mano a la de Liam.

—¿Estás bien?

Liam intentaba controlar tanto la carretera como a mí. A oscuras poco podía

adivinar excepto el perfil de su nariz y su boca. En parte me alegraba de no poder ver las magulladuras y los cortes. Habían sido solo unos días, un abrir y cerrar de ojos en la totalidad de mis dieciséis años de existencia, pero no necesitaba verle la cara para adivinar su expresión preocupada. Liam era estupendo en muchos sentidos, pero el misterio y la imprevisibilidad no estaban incluidos en el lote.

—¿Estás bien?

El coche era lo bastante silencioso como para permitirme oír el tamborileo nervioso de sus dedos en el volante.

—Creo que solo necesitas dormir un poco. —Y al cabo de un momento, dijo—: ¿De verdad utilizaban eso contigo en Thurmond? ¿Muy a menudo?

No mucho, pero lo suficiente. Aunque no podía decírselo sin encender la llama de su compasión.

—¿Crees que los de las FEP sabían hacia dónde te dirigías? —pregunté en cambio.

—Es posible. Aunque tal vez fue que estábamos en el lugar erróneo en el momento erróneo.

Chubs, detrás de nosotros, se despertó en aquel momento y bostezó con exageración.

—No creo —dijo adormilado—. Aún en el caso de que no estuvieran siguiéndonos la pista, estoy seguro de que ahora sí que nos siguen. Y seguro que les han obligado a memorizar esta fea cafetera y tu número de psi. Ya sabemos que eres una golosina para los rastreadores.

—Gracias, señor Sonrisas —replicó Liam.

—La verdad es que ese tipo pareció sorprendido al descubrir quién eras —dije—. Pero... ¿quién es esa persona de la que habláis todo el rato? ¿Esa mujer?

—Lady Jane —respondió Liam, como si eso lo explicase todo.

—¿Perdón?

—Es como llamamos a una de las rastreadoras más insistentes —prosiguió.

—En primer lugar —dijo Chubs—, así es como la llamas tú; y en segundo lugar: ¿insistente? Diría que ha sido como una sombra para nosotros desde que salimos de Caledonia. Aparece por todas partes, a cualquier hora, como si adivinase lo que vamos a hacer antes de que lo hagamos.

—Es excelente en su trabajo —confirmó Liam.

—¿Podrías, por favor, no lanzarle cumplidos a la persona que está intentando que nuestros culos vuelvan a dormir lo antes posible en ese campamento?

—¿Por qué la llamas Lady Jane? —pregunté.

Liam se encogió de hombros.

—Es un excepcional ejemplar británico dentro de un rebaño de norteamericanos sedientos de sangre.

—¿Y cómo es *posible*? —pregunté—. Tenía entendido que las fronteras estaban

cerradas.

Liam abrió la boca dispuesto a responder, pero Chubs se le adelantó.

—No lo sé, Verde; ¿por qué no quedas con ella para tomar el té y charlar un poco la próxima vez que aparezca dispuesta a capturarnos?

Hice un gesto de impaciencia, exasperada.

—A lo mejor, si me cuentas un poco cómo es, para reconocerla...

—Pelo oscuro, recogido siempre en un moño, gafas... —empezó a decir Liam.

—¿Y una nariz larga y ganchuda? —dije, rematando la descripción.

—¿La has visto?

—En Marlinton. Era la que conducía el camión rojo, pero... —Cate y Rob se habían llevado el coche. Ella se había quedado allí—. Pero se quedó —dije—. A lo mejor la hemos perdido para siempre.

—Lo veo muy poco posible —gruñó Chubs—. Esa mujer es un Terminator.

Pasamos por delante de unos cuantos moteles de ruinoso aspecto, algunos ocupados y otros no. Me enderecé cuando vi que Liam entraba en el aparcamiento de un viejo establecimiento de la cadena Comfort Inn para, rápidamente, dar un silbido y salir de allí en marcha atrás. En el aparcamiento no había coches, pero sí una docena de personas en el exterior, hombres y mujeres, fumando, charlando, peleando.

—Lo hemos visto muy a menudo conduciendo por Ohio —me contó sin que se lo hubiese preguntado—. Después de perder la casa, la gente intenta conseguir una habitación en el hotel más próximo. Y se pelean por ello. Hay bandas criminales y mierda de todo tipo.

El motel en el que finalmente nos detuvimos era un Howard Johnson Express, con una cuarta parte del aparcamiento ocupado por diferentes tipos de vehículos y el cartel azul de «LIBRE» colgado de forma ostentosa. Contuve la respiración cuando recorrimos lentamente el círculo exterior de habitaciones del complejo, evitando pasar por delante del edificio de las oficinas. Después de inspeccionar por fuera las habitaciones más próximas, Liam eligió un lugar en un extremo del aparcamiento. Dos de las habitaciones quedaban claramente descartadas —se veía el resplandor del televisor a través de las cortinas—, pero las demás podían estar libres.

—Esperad un segundo aquí —dijo, desabrochándose el cinturón—. Voy a inspeccionar el área para asegurarme de que es un lugar seguro.

Y, como era habitual en él, no se tomó la molestia de esperar nuestra respuesta. Bajó del coche, desfiló por delante de las habitaciones para echarles un vistazo y empezó a forzar la puerta de la elegida.

Chubs y yo recibimos el encargo de repartir la poca comida que nos quedaba de la estación de servicio de Marlinton. El inventario se reducía a una bolsa de Cheetos,

galletas saladas con mantequilla de cacahuete, algo de regaliz y un paquetito de Oreo, además del caramelo que había logrado meter yo en la mochila. Un banquete de ensueño para un niño de seis años.

Trabajamos en silencio, evitando mutuamente las miradas, como verdaderos campeones. Chubs abrió sus galletas de mantequilla con dedos ágiles y rápidos y empezó a comer. Seguía con aquel andrajoso libro en el regazo, abierto, como si le sonriera. Sabía que era imposible que estuviera leyéndolo con una vista tan mala como la suya. Pero cuando por fin decidió hablarme, ni siquiera levantó la vista de sus páginas.

—¿Aún te gusta nuestra vida criminal? Por lo que se ve, el General piensa que tienes dotes innatas para esto.

Alargué el brazo hacia atrás para despertar a Zu, haciendo caso omiso de lo que pretendiera decir con aquello. Estaba demasiado cansada para enfrentarme a él y, francamente, ninguna de las réplicas que tenía en aquel momento en la punta de la lengua servirían para derrotarle.

Me disponía a bajar del monovolumen, con la mochila y la comida, cuando Chubs estiró el brazo para volver a cerrar la puerta. Con la escasa luz que proyectaba el edificio del hotel, me dio la impresión de que Chubs estaba... no exactamente enfadado, aunque tampoco tenía una expresión amistosa.

—Tengo algo que decirte.

—Ya has dicho bastante, gracias.

Esperó a que le mirara por encima del hombro para seguir hablando.

—No voy a ignorar el hecho de que hoy nos has ayudado, o de que has pasado años viviendo en un agujero de mierda, pero te lo digo ahora: aprovecha esta noche para plantearte muy en serio tu decisión de quedarte con nosotros, y si decides largarte de madrugada, que sepas que seguramente habrás tomado la decisión correcta.

Me dispuse de nuevo a abrir la puerta, pero no había terminado todavía.

—Sé que escondes algo. Sé que no has sido del todo sincera. Y si por algún insensato motivo crees que podemos protegerte, piénsatelo de nuevo. Si salimos vivos de este lío sin las posibles crisis que tú puedas aportar, estaremos de suerte.

Noté que se me encogía el estómago, pero mantuve mi expresión inalterable. Si Chubs esperaba leerme en la cara alguna pista que pudiera delatarme, se llevaría un chasco; había pasado casi seis años disciplinándome para parecer completamente inocente bajo la amenaza de cualquier tipo de arma.

Fuera lo que fuese lo que sospechaba, no podía ser la verdad puesto que, de ser ese el caso, no estaría ofreciéndome una última oportunidad de darme a la fuga, sino que me habría echado personalmente del monovolumen de un puntapié, a poder ser cuando íbamos al máximo de velocidad y en medio de una autopista desierta.

Chubs se pasó el pulgar por el labio.

—Creo que... —empezó a decir—. Espero que consigas llegar a Virginia Beach, te lo digo en serio, pero... —Se quitó las gafas e hizo el gesto de pellizcarse el puente de la nariz—. Esto es ridículo, lo siento. Pero piensa en lo que te he dicho. Toma la decisión correcta.

Liam nos llamaba con señas desde la puerta, que mantenía abierta con el pie. Zu apoyó la mano en el hombro de Chubs, que se sobresaltó, sorprendido por el repentino contacto de la goma amarilla. Estaba tan callada, que incluso yo había olvidado su presencia.

—Vamos, Suzume —dijo Chubs, poniéndole entonces él la mano en el hombro—. Con un poco de suerte, el General será condescendiente y nos permitirá ducharnos. Y tal vez, si tenemos suerte de verdad, incluso se duchará él.

Zu cruzó la puerta y me lanzó una mirada ansiosa al pasar por mi lado. Le hice un gesto con la mano para que siguiera adelante y me obligué a sonreírme mientras cogía la mochila negra del asiento de atrás.

No me di cuenta hasta que estuve fuera, mientras el cielo oscuro engullía lo poco que quedaba en mi cuerpo del calor del interior del monovolumen. Mantuve la puerta corredera abierta con una mano mientras me inclinaba de nuevo hacia el interior del vehículo para coger el libro que había quedado en el bolsillo de detrás del asiento del acompañante. Era la primera y única vez que lo veía lejos de las manos de Chubs.

La bolsa aplastada y vacía de M&M's que utilizaba a modo de punto de libro seguía en su lugar. Abrí el libro por aquella página y no me hizo falta mirar el lomo para saber al instante de qué libro se trataba. *La colina de Watership*, de Richard Adams. No me extrañó que hiciese lo imposible por ocultar su lectura. ¿La historia de unos cuantos conejos tratando de sobrevivir en el mundo? Liam se lo pasaría en grande.

Pero yo adoraba aquel libro, y por lo visto Chubs también. Era la misma edición que mi padre solía leerme cuando me iba a la cama, la que solía robarle de su despacho y guardar en mi estantería para cuando me despertaba a media noche y no podía dormir. ¿Cómo era posible que hubiese llegado a mí cuando más lo necesitaba?

Devoré con los ojos las palabras allí escritas, venerando su forma hasta que pasé a articularlas con los labios y a leerlas en voz alta, aunque nadie me oyera. «Todo el mundo será tu enemigo, Príncipe con Mil Enemigos, y te matarán si te alcanzan. Pero antes tendrán que atraparte, a ti, que cavas, escuchas y corres, príncipe con la alarma presta. Sé astuto e ingenioso y tu pueblo nunca será destruido».

Me pregunté si Chubs sabía cómo terminaba la historia.

CAPÍTULO DOCE

El agua caliente bastó para hacerme olvidar que estaba en la ducha de un viejo motel, lavándome el pelo con un champú que apestaba a falsa lavanda. En el reducido cuarto de baño solo había seis cosas: el lavabo, el váter, la toalla, la ducha, la cortina de la ducha y yo.

Yo fui la última en entrar. Cuando finalmente crucé la puerta de la habitación del motel, Zu ya había entrado y salido y Chubs acababa de atrincherarse en el cuarto de baño, donde pasó una hora entera de limpieza, tanto del cuerpo como de la ropa, hasta que todo acabó apestando a jabón rancio. Me parecía inútil intentar hacer la colada en un lavabo y con jabón de mano, pero no había ni bañera ni detergente para la ropa. Mientras, los demás nos limitamos a esperar sentados, ignorando su exaltado discurso sobre la importancia de una buena higiene.

—Ahora te toca a ti —había dicho Liam, volviéndose hacia mí—. Y sécalo todo bien cuando hayas terminado.

Cogí la toalla que me lanzó al vuelo.

—¿Y tú?

—Ya me ducharé por la mañana.

Con la puerta del cuarto de baño cerrada a cal y canto, dejé la mochila sobre la tapa del váter y repasé su contenido. Saqué la ropa que me habían dado y la tiré al suelo. Entre el montón vi aparecer algo rojo y sedoso, y di un respingo, alarmada.

Necesité unos segundos de recelosa inspección para averiguar qué era: el llamativo vestido rojo del armario del remolque.

«Zu», me dije, pasándome una agotada mano por la cara. Debíó de cogerlo cuando yo no miraba.

Lo empujé con un dedo y arrugué la nariz ante el débil olor a humo de tabaco. Enseguida vi que me iría grande, eso sin contar la repulsiva sensación que me provocaba el saber de dónde venía.

Pero era evidente que Zu quería que fuese para mí y ponérmelo, por mucho que odiara reconocerlo, era mucho más inteligente que andar por ahí con el uniforme del campamento. Lo haría por Zu; si eso la hacía feliz, valía la pena.

En la mochila no había champú, pero los de la Liga de los Niños se habían tomado la molestia de regalarme un desodorante, un cepillo de dientes de color verde chillón, un paquete de pañuelos de papel, unos cuantos tampones y desinfectante para las manos, todo en envases de tamaño viaje guardados en un pequeño neceser de plástico. Debajo del neceser había un pequeño cepillo y una botella de agua. Y en el fondo de la mochila, un nuevo botón del pánico.

Estaba allí y no me había fijado. Había tirado el primero, el que me había dado

Cate, lo había dejado abandonado en el barro. Se me pusieron los pelos de punta solo de pensar que aquello llevaba todo aquel tiempo —*todo*— en la mochila. ¿Por qué no habría examinado antes el contenido completo de la mochila?

Lo cogí con dos dedos y lo dejé caer en el lavabo como si fuera una brasa al rojo vivo. Tenía ya la mano en el grifo, dispuesta a hacer desaparecer aquel cacharro estúpido por el desagüe y olvidarlo para siempre, cuando algo me detuvo.

No estoy segura de cuánto tiempo me quedé mirándolo antes de volver a cogerlo y observarlo al trasluz para ver lo que contenía el interior de aquel caparazón negro. Busqué una luz roja parpadeante que me dijera que estaba grabando. Me lo acerqué al oído, en un intento de detectar algún zumbido o runruneo que me dijera que estaba activado. De estar encendido, o de ser realmente un dispositivo de búsqueda, ¿no nos habrían atrapado ya?

¿Tan malo sería guardarlo... por si acaso? ¿Por si acaso volvía a pasarnos algo y yo no podía ayudarlos? ¿No sería mejor que nos capturara la Liga que volver a Thurmond? Que me mataran... ¿no era cualquier cosa mejor que eso?

Cuando guardé de nuevo el botón del pánico en el bolsillo de la mochila, no lo hice por mí. Si Cate me hubiera visto, habría sonreído, y al pensarlo volví a enfadarme. Ni siquiera creía en mi propia capacidad para proteger a aquellos niños.

Estar bajo el impresionante chorro caliente de la ducha sin tener que oír el *clic clic clic bip* del temporizador que tenían instalado en Thurmond para impedir que el tiempo de aseo superara los tres minutos resultaba surrealista. Y bueno, además, puesto que las capas de suciedad se desprendían muy lentamente. Después de más de un cuarto de hora de intenso fregoteo, parecía que hubiera mudado hasta el último centímetro de piel. Utilicé incluso la maquinilla color rosa chicle que acompañaba el pequeño conjunto de jabón y champú del hotel, abriendo con ella viejas y nuevas postillas en espinillas y rodillas.

«Dieciséis años», pensé «y es la primera vez que puedo rasurarme las piernas».

Era una estupidez, una gran estupidez. No sabía lo que hacía, y me daba igual. Ya era mayor. Y nadie iba a impedírmelo.

Las imágenes de mi madre siempre volvían a mí en forma de fogonazos. A veces oía su voz, solo un par de palabras. En otras ocasiones, tenía un recuerdo tan real que era como si estuviese reviviendo el momento. Y ahora, tal y como lo recuerdo, solo podía pensar en la conversación que habíamos mantenido en su día sobre aquel tema, y en su sonrisa mientras me repetía una y otra vez: «A lo mejor, cuando cumplas los trece».

Enjuagué bien la maquinilla y la tiré hacia donde había dejado la mochila. No imaginé que nadie más quisiera utilizarla. Con un poco de sangre resbalándome por las piernas, me concentré entonces en el pelo. Lo tenía tan enredado que ni siquiera podía peinarlo con los dedos. Tuve que deshacer los nudos de uno en uno, y utilizar mucho

más champú del que tenía previsto, y cuando hube terminado, estaba llorando.

«Tengo dieciséis años».

No sé cuál fue el desencadenante. Estaba perfectamente bien y, en un abrir y cerrar de ojos tuve la sensación de haberme derrumbado. Intenté respirar hondo, pero el ambiente en el cuarto de baño estaba demasiado cargado y hacía calor. Localicé con las manos las baldosas blancas de la pared, un segundo antes de que el cuerpo resbalara por ellas. Me senté en el áspero suelo de piedra artificial de la ducha y el estrépito del aparato de la ventilación ocultó el sonido de mi llanto. No quería que me oyeran, sobre todo Zu.

Era una estúpida, una tremenda estúpida. Tenía dieciséis años... ¿y qué? ¿Y qué si hacía seis años que no veía a mis padres? ¿Y qué si quizá no volvía a verlos nunca más? Al fin y al cabo, no debían ni acordarse de mí.

Debería de sentirme feliz porque aquello hubiera acabado, por estar fuera de aquel lugar. Pero dentro o fuera, estaba sola, y empezaba a preguntarme si siempre lo habría estado, si siempre lo estaría. La presión del agua vaciló de repente y la temperatura se alteró, como si alguien hubiese tirado de la cadena del váter. Me daba igual. Apenas la notaba mientras seguía aporreándome la espalda. Me acerqué la mano a la rodilla, que aún sangraba, y ejercí presión, pero ni siquiera era capaz de sentir eso.

Cate me había dicho que debía dividir mi vida en tres actos y cerrar los dos primeros... ¿pero cómo se hacía eso? ¿Cómo se suponía que debía olvidar?

Llamaron a la puerta. Un toque leve, indeciso al principio, pero más insistente al no responder yo enseguida.

—¿Ruby? —Era la voz de Liam—. ¿Estás bien?

Respiré hondo y extendí la mano en busca del grifo. El agua que caía de la ducha se redujo a una llovizna, luego a un goteo, al final se quedó en nada.

—¿Puedes... abrir la puerta? ¿Solo un segundo?

Su voz sonaba lo bastante nerviosa como para ponerme a mí nerviosa. Por una aterradora décima de segundo pensé que había sucedido algo. Busqué la toalla y me envolví en ella. Mis dedos corrieron el pestillo y giraron el pomo de la puerta antes de que el cerebro les diera la orden.

El primer impacto fue una ráfaga de aire helado. El segundo fueron los ojos de Liam, abiertos de par en par. Y el tercero, los enormes calcetines blancos que tenía en la mano.

Echó un vistazo al cuarto de baño, con la boca cerrada en un gesto de tensión. La habitación del motel estaba más oscura que antes; debía de ser ya noche cerrada. Por tanto, era imposible estar completamente segura, pero creí ver un destello de color ruborizándole las orejas.

—¿Va todo bien? —dije en voz baja. Se quedó mirándome, la caliente neblina del cuarto de baño engulléndolo por completo—. ¿Liam?

Me acercó los calcetines. Me los quedé mirando, luego miré a Liam, confiando en no haberme quedado tan atónita como él.

—Solo quería... darte esto —dijo, zarandeándolos un poco. Volvió a acercármelos—. Ya sabes, son para ti.

—¿No los necesitas? —pregunté.

—Tengo un par de sobra, y tú no tienes, ¿verdad? —Ahora era como si le doliese algo—. En serio, por favor. Son para ti. Chubs dice que el frío empieza a cogerse por los pies, de modo que los necesitas, y...

—Por Dios, Verde —oí que decía Chubs desde algún rincón de la habitación—. Coge de una vez esos malditos calcetines y no hagas perder más tiempo a este chico.

Liam no esperó a que yo extendiera el brazo para cogerlos. Pasó por mi lado y los dejó en la pequeña estantería que había junto al lavabo.

—Eh... gracias —dije.

—Estupendo... no hay de qué. —Liam dio media vuelta dispuesto a marcharse, pero volvió a girarse, como si se le hubiera ocurrido algo—. De acuerdo. Estupendo. Guay... bueno, así que tú...

—Mide tus palabras, Lee —gritó Chubs—. Ten en cuenta que por aquí hay gente que pretende dormir.

—Oh, sí, claro, dormir. —Liam movió la mano en dirección a la cama de la habitación—. La compartiréis Zu y tú. Espero que no te importe.

—Por supuesto que no —dije.

—¡Perfecto, magnífico!

Esbozó una sonrisa excepcionalmente luminosa. Me pregunté si estaba esperando a que yo dijera o hiciese algo, si aquel era uno de esos momentos para los que no me había preparado el hecho de haber pasado seis años encerrada en una cabaña con docenas de chicas. Era como si habláramos en dos idiomas distintos.

—Sí... perfecto —repetí, más confusa que nunca.

Pero, por lo visto, mi respuesta fue la adecuada. Liam dio media vuelta y se marchó sin decir nada más.

Cogí mis nuevos calcetines y los inspeccioné. Antes de volver a cerrar la puerta, oí la voz de Chubs hablando con su habitual tono de «ya te lo dije».

—... Confío en que te sientas satisfecho contigo mismo —decía—. Deberías haberla dejado tranquila. Ya estaba bien como estaba.

Pero no lo estaba, y Liam, no sé por qué, lo había adivinado.

Tardé un momento eterno en darme cuenta de que era el sueño de Zu.

Zu y yo ocupábamos la cama de matrimonio de la habitación y estábamos acurrucadas para darnos calor. Los chicos dormían en el suelo con mantas y habían

improvisado unas almohadas con toallas limpias que habían cogido del carrito de la ropa blanca. Ni siquiera poniendo sus respectivos cerebros a colaborar habían sido Chubs y Liam capaces de averiguar cómo desconectar el aparato de aire acondicionado, que insistía en exhalar su gélido aliento cada vez que la habitación osaba superar los quince grados de temperatura.

Llevaba horas revoloteando por los dulces y lácteos contornos del sueño cuando sentí aquel hormigueo en el subconsciente. En parte me lo esperaba; por mucho que mi cuerpo permaneciera en la cama quieto como una losa de hormigón, mi cerebro seguía dando vueltas, procesando lo sucedido con los soldados de las FEP, preguntándose si sería capaz de hacer otra vez lo que había hecho con aquel hombre. Y entonces el pie desnudo de Zu rozó sin querer el mío, y con eso fue suficiente. Me zambullí de cabeza en su sueño.

Yo era Zu, y Zu estaba en una camita, contemplando las tripas del colchón marrón oscuro que tenía por encima. La oscuridad reinaba a nuestro alrededor hasta que emergieron por fin algunas formas reconocibles. Montones de literas, una pizarra, armarios de color azul desde el suelo hasta el techo, ventanas tapadas con tablas de madera contrachapada y extraños cuadrados descoloridos en la pared, allí donde en su día debió de haber pósteres colgados.

No podía alejarme de allí. Eso era lo más peligroso de los sueños: la rapidez con que acabo enmarañándome en ellos. La gente, cuando duerme, suele bajar la guardia y a veces hasta tal punto que si el sueño es terrorífico, ni siquiera necesito el contacto físico para verme arrastrada hacia él.

No podía oler el humo, pero lo vi enseguida, deslizándose por debajo de la puerta de lo que había sido un aula, como la leche cuando se derrama en el suelo. Al momento, me desperté sobresaltada y rodé sobre el cuerpo hasta caer de la cama. Observé horrorizada cómo docenas de niñas saltaban de las literas y se congregaban aterradas en el centro de la estancia.

Una de las niñas, que debía de sacarles una cabeza y cuatro años a todas las demás, intentó sin éxito que se agacharan y formaran fila junto a las ventanas. Agitaba los brazos y las mangas largas de su sencillo uniforme de color amarillo mostaza se desdibujaban.

Y entonces, se dispararon las alarmas y se abrió la puerta del otro lado de la habitación.

El sonido de la alarma era casi tan atroz como el Ruido Blanco, pero el sueño distorsionaba y exageraba su tono. Las chicas empezaron a avanzar hacia la puerta, dándome empujones. Parecía traerles sin cuidado que el humo fuese asfixiante o que no tuviera un origen visible.

En lugar de filas claras y ordenadas, allí reinaba el caos. Niños con uniformes de color verde, azul marino y amarillo corrían por el pasillo de baldosas blancas. Se

habían encendido las luces de emergencia y las alarmas de incendio lanzaban destellos rojos y amarillos contra la pared. Me vi proyectada contra la riada aplastante de cuerpos que corrían hacia una misma dirección: la dirección de donde venía el humo.

Las lágrimas me nublaron la vista y me obligué a soltar el aire. Me bastó con mirar por encima del hombro para ver que un grupo de los mayores, chicos y chicas, arrastraban los armarios azules para sacarlos de su habitación y colocarlos delante de las dobles puertas plateadas del extremo opuesto del pasillo.

No estábamos evacuando el lugar. Estábamos fugándonos.

Cuando me vi empujada hacia el otro par de puertas y la abarrotada escalera, ya solo veía negrura. Aquí el humo era más espeso, pero me di cuenta de que su origen no era un incendio, sino dos pequeños botes metálicos de color negro, como los que llevaban los soldados de las FEP en el cinturón para lanzar contra los niños cuando se portaban mal.

¿Los habían activado los de las FEP? No, imposible. Lo más probable era que algunos niños los hubiesen robado y activado para que se dispararan las alarmas y se abrieran las puertas. El protocolo de emergencia tenía que ser ese.

Estábamos atrapados en aquella escalera, apretujados los unos contra los otros en un tembloroso amasijo de nervios y euforia. Intenté mirar al frente e intuir los peldaños bajo los pies, pero resultaba difícil no ver lo que la oscuridad y los destellos de las luces provocaban en muchos niños. Algunos gritaban histéricos, otros estaban a punto de desmayarse, pero había muchos que se reían. *Se reían*, como si aquello fuese un juego.

No sé cómo detecté la presencia de la otra niña asiática entre aquella marea de cabezas y manos. Estaba en la esquina izquierda del último descansillo, de puntillas, con el uniforme verde apenas visible. El cabello negro le brillaba con el resplandor de las luces de emergencia y extendía el brazo por encima de la cabeza... ¿hacia mí?

Cuando nuestras miradas se cruzaron, se le iluminó el rostro. Vi que esbozaba la palabra «Zu» con los labios. Intenté alcanzarla, darle la mano, pero el enjambre de gente que me rodeaba me empujó hacia delante. Cuando me giré, había desaparecido.

No vi ningún soldado de las FEP ni ningún supervisor del campamento... hasta que llegamos a los pies de la escalera y saltamos, o pisoteamos más bien, las tres figuras negras que yacían tendidas en el suelo y cuyas caras, hinchadas a golpes, parecían máscaras. El suelo estaba lleno de sangre.

Alguien, seguramente un Azul, había arrancado las puertas de las bisagras y las había mandado volando hacia fuera, hacia aquel páramo de nieve blanquísima. El suelo brillaba de forma casi artificial bajo un cielo sin luna, en parte porque era un sueño y en parte como consecuencia de la luz de los reflectores, que se habían encendido en el mismo momento en que el tono de la alarma había cambiado para transformarse en una sirena de aviso.

En cuanto cruzamos aquellas últimas puertas, echamos a correr.

La nieve nos llegaba hasta las rodillas y la mayoría de los niños iban descalzos y no llevaban encima más que los uniformes, finos como el papel. Minúsculos copos flotaban sobre las profundas huellas de nuestras pisadas y por un instante me permití el lujo de bajar el ritmo, de contemplar aquella nieve que ni volaba ni caía, sino que simplemente permanecía allí, como un suspiro contenido, iluminándose como miles de luciérnagas bajo los reflectores del campamento.

Y entonces se rompió el encanto, que quedó hecho añicos tras el primer disparo.

Y a continuación fueron las balas, no la nieve, lo que empezó a caer sobre nosotros.

Cientos de niños profirieron gritos desgarradores. Cinco, diez, quince... resultaba imposible contar los niños que de repente empezaron a derrumbarse, a caer en la nieve, gritando y chillando de dolor. Una pesadilla roja reptó sigilosamente por la nieve como tinta derramada, extendiéndose poco a poco, devorándolo todo. Me llevé la mano a la mejilla, a la humedad que notaba allí, y cuando la retiré, el cerebro conectó finalmente y comprendí que acababan de salpicarme la cara con sangre. Estaba empapada: la sangre de otra persona me cubría por completo las mejillas y la barbilla.

Corrimos con todas nuestras fuerzas hacia la esquina derecha de la alambrada que rodeaba la vieja escuela. Miré por encima del hombro hacia el edificio de ladrillo y vislumbré docenas de figuras negras en lo alto del tejado de pizarra gris, mientras que docenas más empezaban a asomar por las ventanas del primer piso. Cuando volví de nuevo la cabeza hacia el frente, todo estaba cubierto de bultos de distintos colores: Amarillos, Azules, Verdes. Y rojo. Mucho, muchísimo rojo. Formaban líneas casi, barreras involuntarias que los demás teníamos que saltar para seguir avanzando.

Caí hacia delante y apenas conseguí mantener el equilibrio. Algo, alguien, me había agarrado por el tobillo. Una chica Verde tendida sobre la nieve, con los ojos abiertos, intentando coger aire por la boca. «Ayúdame», sollozaba, mientras la sangre le brotaba a borbotones entre los labios, «ayúdame».

Pero me incorporé y seguí corriendo.

En aquel lado del campamento había una verja, la veía a escasos metros de mí. Pero lo que no lograba ver era lo que estaba causando aquel embotellamiento de niños, no entendía por qué no corríamos hacia la verja para huir hacia la libertad. Sobresaltada, comprendí que caídos en la nieve, detrás de mí, había casi el triple de niños que por delante de mí.

El grupo de niños avanzó en tropel con un lamento unificado, entre centenares de manos extendidas hacia delante. Mi tamaño me facilitó la posibilidad de deslizarme entre las piernas y abrirme paso hasta delante de todo, donde tres chicos mayores con uniforme Azul se esforzaban por mantener a la multitud de niños alejada tanto de la verja, como de la única caseta de guardia que la vigilaba y que en la actualidad

albergaba a tres personas: un soldado de las FEP, que se había quedado inconsciente, Liam y Chubs.

Me quedé tan sorprendida al verlos, que casi paso por alto un borrón verde, un niño que corría hacia la verja. Sorteó corriendo a los adolescentes que se interponían en su camino y se arrojó contra los barrotes de color amarillo que mantenían la verja cerrada.

La rozó simplemente, pero el pelo se le erizó de golpe, mientras un estallido de luz le iluminaba los dedos. En lugar de soltarla, el niño se quedó con la mano adherida a la verja, paralizado por los miles de voltios de electricidad que le provocaron en el cuerpo un tremendo ataque de temblores.

Dios mío.

La verja seguía electrificada y Liam y Chubs se esforzaban por desconectarla.

Sentí un grito que me burbujeaba en la garganta cuando el niño se derrumbó por fin en el suelo y se quedó inmóvil. Liam gritó algo desde la caseta, pero no logré entender qué decía porque los gritos de los demás niños me lo impedían. Ver a aquel niño destrozado bastó para que, en un segundo, estallase la burbuja temporal de calma.

Los de las FEP estaban muy cerca; tenían que estarlo, puesto que cuando abrieron fuego de nuevo, fue pan comido para ellos. Era como si los niños fueran cayendo por capas y como si cada una de esas capas revelara más niños que matar... la nieve había desaparecido debajo de la montaña de cuerpos.

Los niños corrían en todas direcciones: algunos volvían hacia la escuela, otros hacia los extremos de la valla electrificada, buscando una salida. Oí el ladrido de los perros y el rugido de los motores. La combinación de sonidos hacía pensar en un monstruo surgido del infierno. Me volví, y observé horrorizada la estela de animales y motos de nieve que avanzaba hacia nosotros cuando algo arremetió con fuerza contra mí por la espalda y me tumbó en la nieve.

«Me han disparado», pensé sorprendida.

No, no era así. El golpe era un codazo que me habían dado en la nuca. La chica Azul ni siquiera me había visto cuando había decidido dar marcha atrás y regresar al campamento. Rodé por el suelo a tiempo de verla levantar las manos, en clara señal de rendición, y con todo y con eso, le dispararon. Gritó de dolor y se derrumbó en el suelo.

Pero no era tan solo aquella chica la que no me había visto tendida en la nieve: no me había visto nadie. Hice toda la fuerza que pude con los brazos, agujoneados por el frío, para impulsarme y abandonar el gélido contacto de la nieve, pero cada vez que avanzaba un poco, alguien me pisoteaba los hombros y me empujaba de nuevo hacia abajo. Me daba el tiempo justo de protegerme la cabeza, pero nada más. Notaba que los pulmones se me estaban quedando sin aire; gritaba y nadie podía oírme.

La rabia y la desesperación se apoderaron de mí. La estampida de niños me hundía cada vez más en la nieve y no podía dejar de preguntarme: ¿es posible ahogarse así? ¿Se puede morir ahogado en la nieve? ¿Será mejor esta muerte?

Noté unas manos que me cogían por la cintura. Los pulmones se me llenaron de repente, y de forma dolorosa, de aire helado en el momento en que alguien me levantó del suelo y me sacó de la nieve.

La verja estaba abierta y los niños que habían mantenido la calma y la serenidad suficientes —y que habían tenido la suerte de no ser alcanzados por los disparos— empezaban a cruzarla y echaban a correr hacia el bosque. No podían quedar más de veinte. De los centenares de niños que habían inundado los pasillos de la escuela, *veinte*.

Tenía calor, un calor imposible. El abrazo que me sujetaba ejerció más presión. Cuando levanté la vista, me encontré con los ojos claros de Liam.

«Agárrate fuerte, ¿entendido?».

Zu se despertó jadeando y emergió de su pesadilla en busca de aire que respirar.

Expulsada bruscamente del sueño, me encontré de nuevo en la fría habitación del motel. Inmersa en un vértigo caótico, me giré hacia Zu. Cuando los ojos se me acostumbraron a la oscuridad, conseguí vislumbrar su silueta.

Pero, al alargar el brazo para tocarla, encontré unas manos que no eran de ella.

Liam movía la cabeza, intentando deshacerse del abrazo prolongado de su propio sueño.

—Zu —susurró—. Zu...

Me quedé inmóvil.

—Zu —dijo Liam con delicadeza—, tranquila, no pasa nada. No ha sido más que una pesadilla.

Se me encogió el estómago cuando me di cuenta de que Zu estaba llorando. Escuché a continuación un sonido chirriante, de madera contra madera, como si Liam hubiera cogido algo de la mesita de noche.

—Escribe —dijo Liam—. Pero no te fuerces.

Debía de ser el papel de carta del hotel. Cerré los ojos con fuerza, imaginando que Liam encendería la luz de la mesita, pero se mantuvo fiel a las reglas: ninguna luz encendida excepto la del cuarto de baño.

—¿Por qué dices que lo sientes? —dijo Liam en voz baja—. Aquí el único que necesita un sueño reparador para volver a estar guapo es Chubs.

Zu soltó una risilla temblorosa, pero yo podía percibir aún la tensión de su cuerpo.

—¿Era... la pesadilla de siempre?

La cama se hundió cuando Liam se sentó en ella.

—¿Un poco distinto? —preguntó pasado un momento—. ¿Sí?

El silencio se prolongó un poco más. Con la penumbra, no comprendí que Zu

estaba escribiendo otra vez hasta que oí a Liam toser un poco antes de decir con voz ronca:

—Es algo que jamás olvidaré. Me... me preocupaba muchísimo que hubieses intentado tocar la verja antes de que Chubs averiguara cómo desconectarla. —Y luego, tan bajito que incluso es posible que me lo imaginara, dijo—: Lo siento mucho.

La culpabilidad y la lástima que impregnaban aquellas palabras me golpearon como una patada en el estómago. Noté que me movía en la cama, atraída por el dolor que percibía en Liam, ansiosa por reconfortarle y decirle que lo que había pasado en aquel campo nevado no había sido por su culpa. Me resultaba espeluznante lo bien que comprendía lo que le pasaba.

Pero no podía hacerlo. Aquello era una conversación íntima entre ellos dos, del mismo modo que los recuerdos de Zu también tenían que seguir siendo íntimos. ¿Por qué siempre estaba traspasando los límites de intimidad de los demás?

—Chubs no es el único que lo considera demasiado peligroso. Pero creo que Ruby es lo bastante fuerte como para conseguirlo sin nuestra ayuda si se lo propone. ¿Por qué?

Zu volvió a escribir.

—Lo único que quiere Chubs es que salgamos de esto sanos y salvos —dijo Liam en un susurro—. Y a veces eso le impide hacer cosas buenas por los demás... ver la imagen global, ¿me explico? Salimos de allí hace tan solo dos semanas. Tienes que darle más tiempo.

Hablaba tan seguro de sí mismo que una pequeña parte de mí acabó cediendo. Era completamente creíble.

—Mira. —Casi me lo imaginaba pasándose una mano por el pelo—. Nunca te avergüences de lo que eres capaz de hacer, ¿me has entendido? De no haber estado tú allí, ahora no estaríamos todos aquí.

La habitación volvió a sumirse en un pacífico silencio, roto tan solo por los ronquidos de Chubs.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Liam—. ¿Necesitas algo de Betty?

Debió de responder con un gesto negativo, puesto que un movimiento del colchón me llevó a suponer que Liam se levantaba por fin de la cama.

—Estaré aquí a tu lado. Despiértame si cambias de idea, ¿entendido?

No oí que Liam le diera las buenas noches. Pero sí que noté que en lugar de volver a acostarse, tomaba asiento en el suelo y apoyaba la espalda contra la cama, para vigilar la puerta y a cualquiera que pudiera aparecer por ella.

Unas horas después, con la luna visible aún en el cielo azul grisáceo del alba, retiré con cuidado los dedos de Zu de la parte delantera de mi vestido y salí de la cama. El

destello rojo del despertador de la mesita de noche me grabó en el cerebro la hora como con fuego candente: las cinco y tres minutos de la mañana. Había llegado el momento de ponerse en marcha.

Liam había insistido en que no sacáramos nuestro equipaje de las bolsas, pero tenía que recoger el cepillo de dientes y el dentífrico que había dejado en el cuarto de baño, junto al de Chubs. En el lavabo, junto a la cafetera de café instantáneo más horrorosa del mundo, vi un set de artículos de aseo de la marca HoJo. Lo metí en la mochila, y decidí llevarme también la toalla de manos más pequeña.

En el exterior, la temperatura era apenas unos grados más baja que en la habitación. El típico clima bipolar de Virginia en primavera. Además, por la noche había llovido. La ligera neblina blanca que había dejado a su paso la silenciosa tormenta se enroscaba entre los coches y los árboles. El monovolumen, que anoche había quedado aparcado en el otro extremo del aparcamiento, estaba ahora justo delante de la habitación del motel. Creo que de no haberme acercado a Black Betty para acariciar el magullado lateral, no me habría percatado de la presencia de Liam.

Estaba arrodillado junto a la puerta corredera, rascando con la llave del coche lo que quedaba del rótulo «LIMPIEZAS BETTY JEAN». A sus pies, la matrícula de Ohio que había desatornillado. Me detuve en seco a un par de metros de él.

Estaba ojeroso y enfrascado en sus pensamientos, y tenía los labios apretados en un gesto adusto que no le pegaba en absoluto. Con el pelo húmedo y peinado hacia atrás y recién afeitado, podría parecer dos o tres años más joven que el día anterior, aunque su mirada decía más bien lo contrario.

El sonido de mis pisadas en el asfalto llamó la atención de Liam. Hizo el ademán de levantarse.

—¿Qué sucede?

—¿Qué?

—Te has levantado temprano —dijo—. No me pasa lo mismo con Chubs. A ese hay que meterlo en la ducha y abrir el agua fría para ponerlo en marcha.

Me encogí de hombros.

—Supongo que sigo acostumbrada al horario de Thurmond.

Se incorporó poco a poco y se limpió las manos en los vaqueros. Por su forma de mirarme, adiviné que quería decirme algo, pero se limitó a sonreír. Dejó la matrícula de Ohio en el asiento trasero y la reemplazó por otra de Virginia Occidental. No tuve oportunidad de preguntarle de dónde la había sacado.

Dejé caer la mochila a los pies y me apoyé en la puerta del monovolumen. Liam desapareció hacia la parte trasera del coche y reapareció al cabo de un par de minutos cargado con una lata de gasolina de color rojo y una maltrecha manguera negra. Cerré los ojos y apoyé la oreja contra el gélido cristal de la ventanilla para captar la almibarada melodía del anuncio de una tienda de comestibles que sonaba por la radio.

Cuando luego sonó la voz de la locutora, lo hizo para dar una tétrica predicción de lo que quedaba de Wall Street. La mujer leyó el informe como si fuese una elegía.

Me obligué a abrir de nuevo los ojos y fijé la vista en el punto donde Liam estaba hacía tan solo un segundo.

—¿Liam? —grité, sin poder evitarlo.

—Estoy aquí —respondió él de inmediato.

Eché una rápida ojeada a las habitaciones del motel, a la hilera de puertas de color aguamarina, y rodeé el monovolumen por detrás hasta situarme a espaldas de Liam. Me puse de puntillas y me incliné hacia la derecha para poder apreciar mejor lo que estaba haciendo con el todoterreno plateado estacionado junto al monovolumen.

Liam trabajaba en silencio, con la mirada clara concentrada en la tarea que tenía entre manos. Había sumergido uno de los extremos de la manguera en la panza del depósito de gasolina del todoterreno. Se había cargado al hombro el resto de la manguera y había introducido el otro extremo en la boca de la lata roja.

—¿Qué haces? —dije, sin tomarme siquiera la molestia de ocultar mi perplejidad.

Colocó la mano que tenía libre a escasa distancia de la manguera, por encima de ella, y realizó un movimiento deslizante hacia atrás. Era casi como si estuviera recogiendo el sedal de una caña de pescar, o como si estuviera indicándole a alguien que viniera hacia él. Y, acto seguido, un líquido de olor acre empezó a gotear hacia la lata.

Comprendí que estaba extrayendo gasolina del otro vehículo. Sabía que era una práctica a la que mucha gente se había visto obligada durante una época de escasez de combustible, pero nunca había visto cómo se hacía. El líquido empezó a fluir rápidamente hacia la lata, inundando el ambiente con un olor penetrante.

—Crisis de combustible —dijo, encogiéndose de hombros, como si quisiera disculparse por lo que estaba haciendo—. Vivimos tiempos desesperados y ayer llevábamos ya un buen rato en reserva.

—¿Eres Azul, verdad? —dije, moviendo la cabeza en dirección a la mano con la que parecía estar dándole a la gasolina la orden de entrar en la lata roja—. ¿No podrías hacerlo incluso sin la manguera, colocando a Betty justo al lado?

—Sí, pero... poco rato —dijo Liam, casi con timidez.

Apretó con fuerza los labios, que adquirieron un asombroso tono blanco y delataron la presencia de una pequeña cicatriz en la comisura derecha.

Cuando me di cuenta de que me había quedado mirándolo sin hacer nada, me agaché a su lado, más para disimular mi desconcierto que para ayudarlo. Me sorprendía que robar gasolina fuese tan fácil.

—Supongo que me he quedado impresionada con tus facultades.

Y una parte de mí empezó a preguntarse si también yo las habría tenido durante todo aquel tiempo sin ni siquiera enterarme. En Thurmond, los supervisores del

campamento habían hecho todo lo que estaba en sus manos para que viviésemos aterrados por el miedo a ser sorprendidos utilizando nuestras facultades. Desde un buen principio nos habían hecho creer que tanto nosotros, como lo que éramos capaces de hacer, eran cosas peligrosas y contra natura. Los errores y los accidentes no eran excusa, y el castigo era inevitable. Ni siquiera podíamos sentir curiosidad por poner a prueba nuestras facultades, ni intentar traspasar los límites para ver si había alguna manera de superarlos.

Si Liam dominaba tan bien sus facultades era seguramente porque llevaba años practicándolas, en su mayoría lejos de los confines de un campamento. Nunca se me había pasado por la cabeza que pudiera haber otros niños, escondidos en la seguridad de sus hogares —que existiesen los *otros*, los que nunca habían visto el interior de una cabaña, ni experimentado aquella *nada* que era la vida en el campamento—, capaces de haber aprendido a dominar cosas tan asombrosas. Aquellos niños no tenían miedo de sí mismos; no vivían paralizados por el peso de lo desconocido.

Tenía una sensación extrañísima, como de haber perdido algo sin siquiera haber llegado a tenerlo, de no ser lo que fui en su día y de no ser en absoluto lo que yo supuestamente era. Me sentía completamente vacía.

—Para nosotros, los Azules, es muy sencillo —se explicó Liam—. Miras un objeto, te concentras hasta imaginar que dicho objeto se traslada del punto A al punto B, y... el objeto se mueve —dijo—. Estoy seguro de que muchos de los Azules de Thurmond sabían cómo utilizar sus facultades. Pero decidieron no utilizarlas. Tal vez tuviera algo que ver con ese ruido.

—Supongo que tienes razón.

Nunca me había relacionado lo bastante con los Azules como para estar segura de que Liam estuviera en lo cierto.

Liam zarandéo un poco la manguera cuando el flujo de gasolina fue disminuyendo hasta convertirse en goteo. Levanté la vista en busca de signos de vida por el aparcamiento y las puertas de las habitaciones, y no volví a bajarla hasta asegurarme de que estábamos solos.

—¿Aprendiste tú solo? —pregunté, para verificar mi teoría.

Me miró a los ojos.

—Sí. Me metieron en el campamento muy tarde y pasé mucho tiempo solo, aburrido como una ostra... así pude averiguar cosas.

Naturalmente, la siguiente pregunta era «¿Estuviste escondido?», pero no podía formularla sin que él me preguntara después acerca de mi historia y de cómo me capturaron.

Tenía que cortar la conversación. Me temblaban las manos como si acabara de decirme que pensaba estrangularme hasta matarme. Pero nada de lo que Liam había hecho hasta el momento me había parecido otra cosa que agradable. ¿No me había

demostrado, una y otra vez, que estaba dispuesto a ser mi amigo si yo estaba dispuesta a permitir que lo fuese?

Hacía tanto tiempo que deseaba tener un amigo que ni siquiera recordaba cómo se empezaba a entablar una amistad. Cuando iba a primero me resultó extremadamente sencillo. La maestra nos dijo que anotáramos en un papel el nombre de nuestro animal favorito y que luego buscásemos entre los compañeros a alguien que hubiera anotado el mismo animal. Al parecer, la amistad siempre sería tan fácil como encontrar a otra persona a la que también le gustaran los elefantes.

—Me gusta esta canción —dije de repente.

La voz de Jim Morrison sonaba a escaso volumen por los altavoces de Betty y llegaba a duras penas hasta nosotros.

—¿Sí? ¿Los Doors? —La cara de Liam se iluminó—. «*Come on baby, light my fire*» —cantó en voz baja, intentando imitar la voz de Morrison—. «*Try to set the night on fire...*».

Me eché a reír.

—Me gusta cuando el que la canta es él.

Liam se llevó la mano al pecho, como si acabase de herirlo, pero se recuperó rápidamente. El DJ de la radio anunció el título de la siguiente canción y fue como si a Liam le acabase de tocar la lotería.

—¡Eso sí que es lo que yo llamo una buena canción!

—¿Los Allman Brothers?

Se me saltaron casi los ojos de las órbitas. Resultaba gracioso, me lo había imaginado más de Led Zeppelin.

—Es la música que llevo en el alma —dijo, moviendo la cabeza al ritmo de la música.

—¿Has prestado atención a la letra? —le pregunté, mientras la sensación de ansiedad iba desapareciendo. Mi voz sonaba cada vez más firme—. ¿Acaso tu padre era un jugador de Georgia que acabó en el extremo equivocado de un arma? ¿Naciste en el asiento de atrás de un autobús de la Greyhound?

—Oye tú, tranquila —dijo, dándome un capirotazo—. He dicho que era la música que llevo en el *alma*, no que sea mi vida. Para tu información, mi padrastro trabaja como mecánico en Carolina del Norte y, por lo que sé, sigue vivo y coleando. Lo que sí es verdad es que nací en el asiento de atrás de un autobús.

—Me tomas el pelo. —No me lo creía.

—En absoluto. Salió incluso en los periódicos. Durante los tres primeros días de mi vida fui «El niño milagro del autobús» y ahora...

—«Intento ganarme la vida y hacerlo lo mejor que puedo» —dije, acabando la frase con otro verso de la canción.

Liam se echó a reír y se sonrojó hasta las orejas. La canción siguió sonando,

envolviéndonos con su rápido ritmo y sus incansables guitarras. Todo encajaba a la perfección, ni country ni rock and roll. Una canción sencilla, cálida y sureña.

Y cuando Liam empezó a entonarla, me gustó aún más.

Cuando el flujo de gasolina se quedó en simples gotas, Liam retiró la manguera y cerró el depósito con el tapón. Antes de levantarse, me dio un golpecito con el hombro.

—¿De dónde demonios ha salido este vestido?

Resoplé, mirando la falda.

—Un regalo de Zu.

—Pones cara de querer arrojarlo al fuego.

—No puedo prometer que no se vaya a producir un desgraciado accidente más adelante —dije muy seria. Y cuando Liam volvió a reírse, fue para mí como una pequeña victoria.

—Verde, ha sido una gentileza por tu parte que hayas decidido ponértelo —dijo—. Pero ve con cuidado. Zu está tan necesitada de tiempo de chicas que acabará convirtiéndote en una muñeca a la que ponerle vestiditos.

—Cómo son los niños de hoy en día —dije—. Se creen que el mundo entero les pertenece.

Liam sonrió.

—Sí, los niños de hoy en día.

Y así fue pasando de coche en coche, recorriendo todo el aparcamiento. No me pidió ayuda, ni yo le formulé más preguntas. Por muchas horas que hubiésemos seguido inmersos en aquel reconfortante silencio, no me habría cansado.

CAPÍTULO TRECE

Ni a Chubs ni a Zu les gustó en absoluto tener que levantarse a las cinco y media, y aún menos entusiasmados se mostraron cuando Liam los obligó a hacer la cama mientras nosotros limpiábamos el cuarto de baño y sustituíamos las toallas usadas por otras limpias. No es que lo dejáramos impoluto, pero era mejor que alertar a la dirección del motel de que aquella noche había albergado en sus instalaciones a un grupo de okupas.

Chubs echó a andar hacia el monovolumen, me lanzó una mirada y se detuvo en seco. La expresión de su rostro lo decía todo: «¿Sigues aquí?».

Me encogí de hombros.

«Tendrás que aguantarlo».

Hizo un gesto negativo con la cabeza y exhaló otro de sus suspiros.

Nos instalamos, Zu y Chubs en los asientos intermedios, mientras Liam cerraba la puerta de la habitación del motel con una mano y con la otra sujetaba una taza de nefasto café.

«Pobrecilla», pensé, mirando a Zu por el rabillo del ojo. Se había acurrucado en su asiento y utilizaba una mano enguantada a modo de almohada. «Creo que ha dormido poco».

Liam inició su rutina habitual: verificó la posición de los retrovisores, ajustó el respaldo del asiento, se abrochó el cinturón de seguridad e introdujo la llave en el contacto. Pero el siguiente punto en la agenda de Liam no era responder a ninguna de las numerosas preguntas que Chubs le lanzó en relación con el rumbo que pensaba seguir. Se limitó a esperar a que su amigo empezara a roncar, para preguntarme:

—¿Sabes interpretar un mapa?

Me ruboricé de vergüenza.

—No, lo siento.

¿No es eso algo que todo padre acaba enseñando algún día a su hijo?

—No pasa nada. —Liam indicó el asiento del acompañante—. Ya te enseñaré, pero por ahora tendrás que irme informando de las indicaciones de la carretera. Ven, siéntate en el asiento del copiloto.

Moví el pulgar en dirección a Chubs.

Liam negó con la cabeza.

—¿Me tomas el pelo? Ayer confundió un buzón con un payaso.

Suspirando, me desabroché el cinturón de seguridad. Salté por encima de las piernas estiradas de Chubs para pasar al asiento delantero y miré por encima del hombro, al tiempo que clavaba la vista en sus minúsculas gafas.

—¿Tan mal tiene la vista?

—Peor que mal —dijo Liam—. Justo después de salir de Caledonia, entramos en una casa para pasar la noche. Me desperté cuando oí un ruido terrible, como si hubiera una vaca moribunda por algún lado. Seguí los gemidos y cogí un bate infantil de béisbol que encontré por la casa, pensando en que tendría que arrearle un golpe en la cabeza a alguien y salir pitando de allí. Y entonces fue cuando lo vi sentado en el fondo de la piscina... vacía.

—No puedo creérmelo —dije.

—Pues créetelo —me confirmó—. Ojo de águila había salido a hacer sus necesidades y no había visto aquel agujero gigantesco en el suelo. Al caer, se había torcido el tobillo y no podía salir.

Me esforcé por no romper a reír a carcajadas, pero me resultó imposible. Solo de imaginármelo se me saltaban las lágrimas.

Liam encendió la radio y me dejó elegir la emisora. Pareció satisfecho con mi decisión de quedarme con los Who.

Bajé la ventanilla y asomé la cabeza, apoyando la barbilla en la mano. El aire matutino era cálido, acariciado por los primeros rayos de sol. Por encima de las copas de los árboles solo se veía cielo azul.

Se oyó a nuestras espaldas un leve sonido, el fantasma de un suspiro. Tanto Liam como yo nos volvimos y miramos el rostro dormido de Zu.

—¿Te hemos despertado esta noche? —me preguntó Liam.

—Un poco —dije—. ¿Sufre muchas pesadillas?

—En las pocas semanas que hace que la conozco, podría decirte que una noche sí, otra no. A veces sueña con Caledonia y consigo tranquilizarla hablándole, pero nunca sé qué decirle cuando sueña con su familia. Te lo juro, si algún día conozco a sus padres, voy a...

Se interrumpió, pero la rabia ya había inundado el ambiente.

—¿Qué le hicieron?

—Entregarla, porque tenían miedo de ella —dijo—. En el caso de Chubs y en el mío, nuestros padres intentaron escondernos y por eso entramos tan tarde en el campamento. Pero los padres de Zu la enviaron allí después de que provocara un cortocircuito en el coche de su padre en plena autopista.

—Dios mío.

—La enviaron durante la primera «Recolecta» oficial. —Apoyó el codo en el panel de la puerta y dejó descansar la cara en la mano. La gorra de los Redskins me impedía verle los ojos—. No me acordaba de que tú eso te lo perdiste.

Esperé a que se explicara.

—Fue después de que se hubiesen llevado ya a la mayoría de gente de nuestra edad, cuando todos estábamos prácticamente escondidos. El gobierno emitió un aviso en el que comunicaba a aquellos padres que no se sintieran seguros o capaces de

ocuparse debidamente de sus hijos que podían enviarlos al colegio una mañana en concreto, donde las Fuerzas Especiales Psi los recogerían para enviarlos a rehabilitación. Fue una maniobra casi secreta, para no «inquietar» a los niños ni «inducirlos a que se portasen mal».

Me rasqué la frente, intentando expulsar las imágenes que se filtraban en mi cabeza.

—¿Te lo contó ella?

—¿Contármelo? ¿Con su propia voz, quieres decir? —Mantenía la vista al frente y me fijé en que sujetaba con fuerza el volante—. No. Fue escribiéndomelo en fragmentos. No le he oído pronunciar ni una sola palabra desde...

—¿Desde la fuga? —dije, terminando su frase. Me sentí aliviada pese a todo lo que sabía—. Entonces es porque ella lo ha elegido así, no por algo que le hicieran.

—No, todo tiene que ver con lo que le hicieron, y no es en absoluto su elección —dijo Liam—. Supongo que la sensación más frustrante del mundo debe de ser tener algo que decir y no saber cómo expresarlo en palabras. Haber vivido cosas y no ser capaz de sacarlas de ti. Supongo que sí, que tienes razón: *puede* hablar y a lo mejor algún día volverá a hacerlo. Pero después de todo lo que le he hecho pasar, después de todo lo que ha sucedido... no lo sé.

Era la sensación más frustrante del mundo, seguida de cerca por la impotencia inherente al hecho de estar encerrado en un campamento donde los demás tomaban todas las decisiones por uno. Después de lo que me había pasado con Sam, yo misma había estado casi un año sin pronunciar una sola palabra: me resultaba imposible verbalizar mi dolor.

La radio perdió la señal de la emisora y saltó a otra en español, después a otra donde sonaba música clásica, para aterrizar finalmente en una donde una voz masculina, seca y nasal, daba las noticias.

«... comunicarles que los informes iniciales apuntan a que esta mañana se han producido cuatro explosiones en el metro de Manhattan...».

Liam alargó la mano para cambiar de emisora, pero yo volví a poner la misma.

«... aunque fuentes oficiales de la ciudad han tardado mucho en confirmarlo, creemos que las explosiones no han sido de carácter nuclear o biológico y que se han concentrado en el centro de la urbe, donde se rumorea que permanece escondido el presidente Gray después del último atentado contra su vida».

—¿Liga, Costa Oeste o un rumor falso? —La voz adormilada de Chubs surgió a nuestras espaldas.

«Nuestras fuentes indican que el presidente Gray y su gabinete consideran que las explosiones son obra de la Coalición Federal».

—¿La Coalición Federal? —repetí.

—Costa Oeste. —Respondieron a la vez los chicos. Y Chubs se explicó—: Tienen

su base en Los Ángeles. Son la sección del gobierno que sobrevivió a los atentados con bomba de Washington, D. C. y que no estaba muy entusiasmada con la intención de Gray de ignorar el límite de dos mandatos que ellos habían establecido. Pero no son más que cabezas parlantes, puesto que el ejército se puso del lado de Gray, evidentemente.

—¿Y qué hace Gray en Nueva York, y no en Washington? —pregunté.

—Aún están inmersos en los trabajos de reconstrucción del Capitolio y la Casa Blanca. Van muy lentos, por lo del incumplimiento de la deuda —dijo Liam—. Gray ha repartido a los miembros del gobierno entre Virginia y Nueva York para *protegerlos*. Para que a los grupos de elementos psi fugitivos o a la Liga no se les ocurra borrarlos de la faz de la tierra de un plumazo.

—Así que los de la Coalición Federal... ¿están en contra de los campamentos? ¿Del programa de «reformatorios»?

Chubs suspiró.

—Siento tener que darte la noticia, Verde, pero una cosa que aprenderás muy rápidamente es que en estos momentos nosotros no somos una prioridad para *nadie*. Todo el mundo está concentrado en la bancarrota en que está sumido el país.

—¿Y quién nos quiere, pues? —insistí.

—Nos queremos nosotros —dijo Liam, pasado un buen rato—. Y eso es todo.

Por lo visto, en el estado de Virginia, o en su parte occidental, solo quedaban dos cadenas de restaurantes: Cracker Barrel y Waffle House... y una de ellas no abría hasta las nueve de la mañana.

—Gracias a Dios —dijo Liam con voz solemne cuando aparcó a escasa distancia de Waffle House—. Si no, no sé cómo nos lo habríamos hecho para elegir entre dos establecimientos culinarios tan exquisitos.

Se había designado a sí mismo para ir a buscar toda la comida que pudiera obtener por veinte dólares, y rechazó mi ofrecimiento cuando le pregunté si quería que lo acompañase.

Zu agitó el cuadernillo que tenía en la mano para llamar su atención antes de que bajara del coche.

—¿Ya estás?

La niña asintió.

—¿Por qué no le pides a Chubs que verifique tus respuestas? No, no pongas esa cara. Es mucho mejor en matemáticas que yo.

—Por supuesto que lo soy —dijo Chubs, sin levantar la vista de su libro.

Zu abrió la endeble libretita por una página en blanco y escribió algo. Se lo mostró a Liam y este sonrió.

—Caramba, caramba... *¿una división larga?* Pero me parece que quieres ir demasiado deprisa, señorita. Todavía no dominas la multiplicación con dos cifras.

Lo observé abandonar el monovolumen, rabiosa. Todo aquello sería mucho más fácil si Liam no fuese el único que parecía mayor de veinte años... me sentiría mucho mejor sabiendo que cualquiera de nosotros podía acompañarle para cubrirle la espalda. Supongo que Liam debió de sentir mi mirada traspasándole la espalda de la chaqueta, puesto que se detuvo un momento a decirnos adiós con la mano antes de doblar la esquina del edificio.

—Tienes que dejar de animarlo —estaba diciéndole Chubs a Zu. Miré hacia atrás y vi que Chubs estaba siguiendo las líneas de números escritas en la página con el extremo romo del lápiz de Zu—. Tendrá que acabar aceptando la realidad.

Zu hizo una mueca y arrugó la cara como si tuviese un caramelo de limón ácido en la boca. Le dio un pellizco en el brazo.

—Lo siento —dijo Chubs, aunque era evidente que no lo sentía—. Enseñarte todo esto sabiendo que nunca lo utilizarás es una pérdida de tiempo y energía.

—Eso no lo sabes —dije. Y luego, sonriendo a Zu para reconfortarla, añadí—: Cuando todo vuelva a la normalidad irás adelantada con respecto a los de tu edad.

¿Desde cuándo creía yo en la «normalidad»? Mi vida hasta aquel momento sustentaba el argumento de Chubs. Él tenía razón, por mucho que yo no estuviese dispuesta a reconocerlo.

—¿Sabes lo que haría yo si las cosas fuesen «normales»? —dijo Chubs—. Estaría eligiendo a qué universidad ir este otoño. Habría pasado mis pruebas de selectividad, habría ido a partidos de fútbol y al baile de fin de curso, habría hecho prácticas de química...

Se interrumpió, pero capté igualmente lo que pensaba... ¿y cómo no? Era justo lo que yo pensaba cuando me permitía viajar hacia ese oscuro lugar de lo que debería y podría haber sido. Mi madre solía decir que la educación universitaria era un privilegio que no se podía permitir todo el mundo, pero se equivocaba: no era un privilegio. Era nuestro derecho. Teníamos derecho a un futuro.

Zu intuyó el cambio de humor. Nos miró a los dos, mientras movía los labios en silencio. Teníamos que cambiar de tema.

—Claro —dije, cruzándome de brazos y recostándome en el asiento—. Lo dices como si hubieras asistido alguna vez a un encuentro de fútbol.

—¡Sin ofender, eh! —Chubs le devolvió la libreta a Zu—. Toma, tienes que trabajar más los nueve. —Y se volvió hacia mí con una mirada de desaprobación—. Me cuesta creer que precisamente tú te tragues todos esos sueños de algodón de azúcar.

—¿Y qué se supone que quieres decir con eso?

—Estuviste en Thurmond... ¿cuánto tiempo? ¿Cinco años?

—Seis —dije, corrigiéndolo—. Y te equivocas completamente. No es que crea en lo que dice Lee; sino que confío en que tenga razón. De verdad, sinceramente, confío en que tenga razón, porque si no ¿qué alternativa nos queda? ¿Permanecer escondidos hasta que muera el último miembro de nuestra generación? ¿Huir a Canadá?

—Confío en que tengas suerte si pretendes eso —dijo Chubs—. Tanto Canadá como México construyeron muros para cerrar las fronteras.

—¿Porque creían que la ENIAA era una enfermedad contagiosa?

—No, porque llevan mucho tiempo odiándonos y han encontrado la excusa perfecta para impedir que volvamos a poner nuestros gordos culos allí y echarnos de patitas a la calle para siempre.

Liam eligió justo aquel momento para reaparecer, cargado con cuatro cajitas de porespán blanco. Se acercaba a toda velocidad, casi corriendo. Me incliné para abrirle la puerta y me lanzó las cajas encima.

—Dios, ¿qué pasa ahora? —dijo Chubs.

—¡Ay! —grité, tratando de no derramar la comida caliente por el asiento. El motor de Betty gruñó para ponerse en marcha y salimos zumbando como un cohete. Dado que la sábana tapaba la ventana posterior, Liam tuvo que fiarse de los retrovisores laterales para emprender la marcha y adentrarse en el callejón trasero que separaba el restaurante Waffle House de una casa de empeños abandonada. Tuve que estabilizarme apoyando el codo contra la puerta cuando sorteó los contenedores de basura y, después de doblar una esquina, dirigió el viejo monovolumen hacia el abarrotado aparcamiento de empleados situado en un callejón sin salida. El vehículo frenó en seco y nos proyectó a los cuatro hacia delante.

—Nos... nos quedaremos un rato aquí —anunció al ver nuestra cara de terror—. Que no cunda el pánico, pero me ha parecido ver... quiero decir que pienso que estaremos más seguros si de momento nos quedamos aquí.

—La has visto. —No era una pregunta; Chubs conocía la respuesta incluso antes de preguntar—. Era Lady Jane.

Liam se inclinó hacia delante, al tiempo que se rascaba la coronilla. Había dejado el morro del monovolumen colocado de tal manera que podíamos ver la entrada del callejón después de la pared del Waffle House.

—Sí, estoy casi seguro.

¿Cómo era posible que nos hubiera localizado?

—¡Santo cielo! —chilló Chubs—. ¿Casi seguro o *absolutamente* seguro?

Liam respondió al momento.

—Absolutamente seguro. Tiene coche nuevo —un furgón blanco—, pero esa cara condescendiente la reconocería en cualquier sitio.

—¿Te ha visto? —le pregunté.

—No lo sé —dijo—. Seguramente no, de lo contrario, ella y quién quiera que sea

su nuevo hombre objeto habrían intentado reducirme. Llegaban en coche justo cuando yo me iba.

Estiré el cuello, intentando ver la entrada del callejón más allá de la pared del restaurante. Y casualmente apareció un reluciente furgón blanco cuyos asientos delanteros ocupaban dos figuras oscuras. Liam y yo nos echamos atrás prácticamente a la vez y nos miramos alarmados. Creo que ninguno de los dos respiró hasta que estuvimos seguros de que nadie se adentraba en el callejón para investigar.

Liam tosió para aclararse la garganta.

—Umm... ¿qué tal si empiezas a repartir la comida? Yo saldré a mirar...

—Liam Michael Stewart —resonó la voz de Chubs en el asiento trasero—, si pones un pie fuera de este monovolumen, te juro que le ordenaré a la Verde que arranque y te atropelle.

—Y no creas que no lo haría —le alerté, consciente de lo que Liam pretendía hacer: salir y jugarse el pellejo, asomando la cabeza por la entrada del callejón para asegurarse de que no había moros en la costa. Le entregué su cajita y se derrumbó en el asiento, aceptando la derrota.

Liam nos había pedido algo sencillo: huevos revueltos con beicon y dos panqueques sin almíbar. Los demás empezaron a comer con afán y se lo zamparon en cinco bocados. Yo le pasé mis panqueques a Zu, sin darle a Liam la oportunidad de protagonizar el gesto.

Cuando nos hubimos tranquilizado un poco, Liam sacó el mapa y lo extendió sobre el volante. El reloj del salpicadero marcaba las siete y veinticinco y cuando se volvió para mirarnos, lo hizo con una expresión resuelta que jamás en mi vida le había visto a nadie a esas horas de la mañana.

—Muy bien equipo —dijo—. Tenemos que recuperar el camino correcto. Ya sé que nuestro último East River fue un fracaso total, pero hay que seguir buscando. Por lo tanto, repasemos los datos que nos dieron esos Azules: Eddo.

No fue hasta que transcurrió un minuto en el más completo silencio que comprendí que los «datos» eran solo esos.

—Deberíamos haber intentado sobornarlos para obtener más información —dijo Chubs.

—¿Con qué? —dijo Liam, dejando el mapa—. A ti no te querrían, Chubs, y eso que eres nuestro bien máspreciado.

No me extrañó que la broma no le hiciese ninguna gracia a Chubs.

—¿Os deletrearon eso de «Eddo»? ¿Era con una d o con dos? —pregunté—. Porque si es una pista, imagino que la forma de escribirlo es tan importante como la palabra en sí.

Los chicos intercambiaron una mirada.

—Pues... mierda —dijo finalmente Liam.

Noté un tirón en el brazo y me giré hacia Zu, que sujetaba el cuadernito para que lo miráramos. Había escrito las letras «E-D-O».

—Buen trabajo, Zu —dijo Liam—. Suerte que alguien prestó atención suficiente.

—¿Y eso que quiere decir? —pregunté.

—El único detalle adicional que nos dieron era que si llegábamos a Raleigh significaba que nos habíamos desplazado excesivamente hacia el sur. Pero incluso para *eso* tuvimos que suplicarles —confesó Liam—. La verdad es que fue patético.

—Aunque también es posible que nos tomaran el pelo —dijo Chubs—. Eso es lo que más me fastidia. Si tan estupendo es East River, ¿por qué se largaron de allí?

—Volvían a casa, recuérdalo, el Huidizo...

Mientras ellos discutían, tiré del mapa para arrancárselo de las manos de Liam y lo estudié con detalle, intentando encontrarle el sentido a tal cantidad de líneas. Liam me había explicado de forma muy resumida cómo trazar un recorrido desde el punto A hasta el punto B, pero lo del mapa seguía abrumándome.

—¿En qué estáis pensando, chicos? —pregunté—. ¿Qué teoría estáis manejando?

—Nos tropezamos con esos chicos cerca de la frontera con el estado de Ohio —me contó Liam—. Venían del este e iban hacia el oeste. Si a esto le sumamos la información sobre D. C. y Raleigh, los candidatos más probables son Virginia Occidental, Virginia o Maryland. Zu nos dijo que Edo es otro nombre por el que se conoce la ciudad de Tokio, pero nos parece un poco inverosímil que esté allí.

—Y yo creo que se trata de un nombre en clave —añadió Chubs—. Un código de algún tipo. —Se enderezó en el asiento, girándose hasta quedarse completamente de cara a mí. Su amplia sonrisa me hizo pensar en un documental de naturaleza que habíamos visto una vez en el colegio, concretamente sobre los cocodrilos, que enseñan los dientes cuando se deslizan por el agua detrás de su presa—. Hablando de nombres en clave y esas cosas, ¿no dijiste que los de la Liga te habían liberado porque eras excelente descifrando códigos?

«Mierda».

—En ningún momento dije que fuera «excelente»...

—¡Sí! —El rostro de Liam se iluminó de emoción—. ¿Puedes hacer alguna intentona?

«Mierda doble».

—Yo... bueno, supongo que sí —dije, esforzándome para que mi expresión no transmitiera nada—. Zu, ¿me dejas mirar otra vez la libreta?

Todos me estaban observando; el efecto era tan paralizante como si se hubiesen dejado caer de golpe sobre mi pecho. El interior del monovolumen estaba helado sin la calefacción, pero notaba el cuerpo empapado en sudor y pegajoso de puro pánico. Sujeté el cuaderno entre las manos como si fuese a rezar una oración.

Sabía que había niños capaces de conectar una docena de letras y dar a

continuación un montón de coordenadas complejas o adivinar de inmediato cualquier tipo de jeroglífico, pero era evidente que yo no era de esos.

Chubs soltó una risotada.

—Por lo que se ve, la Liga metió la pata.

—Oye —dijo Liam, en tono cortante—. Llevamos dos semanas dándole vueltas a esas condenadas letras y no hemos conseguido absolutamente nada. ¿No puedes siquiera darle una hora para que lo piense?

¿Sería posible sustituir las letras EDO por números? ¿5-4-15? A ver, ¿qué tipo de códigos conocía? ¿El código Morse? No, ese no podía ser. ¿Y si no era un código? De hecho, tendría mucho más sentido. El jeroglífico tenía que ser algo que pudieran entender los niños tanto de fuera como de dentro de los campamentos, y no podía ser demasiado complicado pues, de lo contrario, nadie lo descifraría.

«Miente», pensé, retirándome el pelo que me caía en la cara. «Miente. Hazlo. ¡Di cualquier cosa!».

¿Qué solían representar tres números? El precio de algo, una hora determinada, un prefijo telefónico...

—¡Oh!

Si estaba en lo cierto, hubiera sido más apropiado algo como «¡Oh, Dios mío!».

—¿Oh? —repitió Liam—. ¿Oh qué?

—Lo había olvidado... —dije—, tal vez esté recordándolo mal, así que no os entusiasmeis mucho, pero creo que se trata de un prefijo telefónico de Virginia.

—No existen prefijos telefónicos de cuatro dígitos —dijo Chubs—. Cinco-cuatro-quinque no funciona.

—Pero cinco-cuatro-cero, sí —dije—. Muchas veces, hablando, la gente sustituye «O» por cero, ¿no?

Liam se rascó la coronilla, mirando a Chubs.

—¿Cinco cuarenta? ¿Te suena de algo?

Me giré hacia Chubs, al cual veía ahora bajo una nueva perspectiva.

—¿Eres de Virginia?

Se cruzó de brazos y miró por su ventanilla.

—Soy de Virginia del Norte.

Bien, una cosa aclarada.

—El cinco cuarenta corresponde a Virginia Occidental —le expliqué a Liam—. No estoy segura de hasta dónde llegan el norte y el sur, pero debería de ser por esta zona, pienso. —Se lo mostré en el mapa. No solo lo pensaba, lo sabía. Cuando vivía con mis padres en Salem, mi prefijo telefónico era el 540—. Hay varios pueblos y ciudades, pero también una gran cantidad de terreno poco habitado... no es un mal lugar donde esconderse.

—¿Lo dices en serio? —Liam seguía con la vista fija en la carretera. Hablaba con

voz neutra, aunque su tono sonaba quizás excesivamente despreocupado—. ¿Te criaste por aquí?

Bajé de nuevo la vista hacia la libreta que tenía en la mano, mientras notaba una fuerte opresión en el pecho.

—No.

—¿En Virginia Beach, entonces?

Negué con la cabeza.

—En un lugar del cual ni siquiera habrás oído hablar.

Chubs chasqueó la lengua al abrir la boca para decir algo pero, en cambio, se oyó una tos brusca en el asiento del conductor. Tema cerrado, y nadie estaba dispuesto a retomarlo de nuevo, mucho menos yo.

—Bueno, al menos es una pista, aunque ojalá el área fuese más pequeña. —Me miró de soslayo—. Gracias, Ruby Tuesday.

Me embargó una sensación de calor nada desagradable.

—No hay de qué.

«Y si me equivoco...», pero dejé correr la idea. Era una buena pista.

Después de echar una última ojeada al callejón para asegurarse de que no había peligro, Liam dobló el mapa y lo dejó en la guantera. Betty cobró vida con un gruñido.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó Chubs.

—A un lugar que conozco —dijo Liam, encogiéndose solo de un hombro—. A un lugar donde estuve una vez. En coche no tardaremos mucho... unas dos horas. Aunque si me pierdo, uno de los virginianos de a bordo tendrá que ponerse las pilas y ayudarme a averiguar el camino.

Hacía mucho tiempo que nadie me consideraba eso: una persona con un hogar. Y era cierto, había nacido aquí, aunque en Thurmond había vivido prácticamente la misma cantidad de tiempo. Los muros grises y los suelos de cemento habían hecho desaparecer casi todos los recuerdos de la casa de mis padres, habían borrado los pequeños detalles —el olor de las galletas de miel de mi madre, el orden en que estaban colocados los cuadros que decoraban la pared de la escalera— antes de empezar a devorar también los más grandes.

Por la noche, cuando en la cabaña reinaba un silencio que invitaba a meditar, solía preguntarme en qué momento había dejado de desear un hogar. Si el hogar de mi corazón era el lugar donde había nacido, o el lugar donde estaba haciéndome mayor. Si tenía que elegirlo, o si ese lugar me había elegido ya.

Miré mi imagen reflejada en el cristal de la ventanilla y no vi ni rastro de la Ruby que vivía en una casita blanca al final de una calle, que solía embadurnarse los dedos con miel y que llevaba siempre las trenzas despeinadas. Y aquel pensamiento me hizo sentirme vacía, como si hubiera olvidado la letra de mi canción favorita. Esa niña se había ido para siempre y lo único que quedaba ahora era el producto del lugar que le

había enseñado a temer todo aquello que iluminara mínimamente su corazón.

Fuimos pasando salidas en dirección a Harrisonburg y el desvío hacia la Universidad James Madison. Circular por una autopista rezando para que nadie nos detuviera no era precisamente mi idea de pasar un buen rato pero, por el momento, estaba mereciendo la pena correr aquel riesgo... aunque fuese solo por el paisaje.

Adoraba el valle de Shenandoah, en toda su espléndida extensión. Cuando era pequeña, mis padres iban a recogerme los viernes al colegio con toda puntualidad y nos íbamos de fin de semana de excursión o de acampada. En el coche nunca leía ni me entretenía con videojuegos, no los necesitaba. Miraba por la ventana y me empapaba de aquel paisaje.

Como en las películas antiguas, cuando la imagen se congela en el héroe o la heroína que contempla el bosque, o el río, y el sol se refleja en las hojas con la inclinación perfecta y la música empieza a sonar en *crescendo*... Así me sentía cuando llegábamos al valle de Shenandoah.

Pero no caí hasta el último momento, no fue hasta que vislumbré aquella diáfana neblina azulada que envolvía las montañas, cuando comprendí que estábamos de verdad en Virginia Occidental. Que si seguíamos por la autopista, en dos horas podíamos llegar a casa de mis padres en Salem. Dos horas.

No sabía cómo sentirme.

—Vaya —refunfuñó Liam, indicando la señal provisional de tráfico que teníamos delante: «81 CERRADA ENTRE HARRISONBURG Y STAUNTON. CIRCULAR POR CARRETERAS SECUNDARIAS».

A las nueve de la mañana nos habíamos adentrado lo bastante en Harrisonburg como para encontrarle el pulso. De vez en cuando veíamos restaurantes que abrían las puertas. Adelantamos a varios adultos que pedaleaban en bicicleta y mantenían un precario equilibrio sobre dos ruedas con sus maletines o bolsos, la vista fija en la acera. Ni siquiera levantaron la cabeza cuando pasamos por su lado.

Pero ningún estudiante universitario. No vimos ni uno.

Chubs suspiró ante aquella ausencia y apoyó la frente en la ventanilla.

—¿Estás bien, colega? —le preguntó Liam—. ¿Necesitas parar a oler un poco de intelectualidad?

—¿Para qué? —dijo Chubs, con un gesto negativo—. La universidad está cerrada, como todas.

Me giré en mi asiento.

—¿Por qué?

—Por falta de estudiantes, básicamente. El que tenía la edad suficiente para ir a la universidad, tenía la edad suficiente para ser reclutado. Y aun no siendo este el caso,

dudo que la gente pueda seguir permitiéndoselo.

—Dios mío, qué deprimente —dije.

—La oferta sigue en pie —le dijo Liam a su amigo—. Sabes perfectamente que si necesitas entrar en un aula para sentarte en uno de esos estrechos asientos y quedarte un rato contemplando la pizarra, estaré encantado de ayudarte. Sé lo mucho que te gusta el olor de los rotuladores para pizarra.

—Muchas gracias —dijo Chubs, uniendo las manos sobre el regazo—, pero no es necesario.

Pasamos por delante de lo que debía ser una valla de hierro forjado de color negro, aunque era casi imposible verla, puesto que quedaba oculta por algo que de lejos parecía una harapienta manta hecha con retales. No fue hasta que estuvimos más cerca cuando comprendí lo que teníamos delante: cientos, tal vez miles de hojas de papel pegadas con cinta adhesiva a la valla, o metidas entre los finos barrotes.

Liam levantó el pie del acelerador y se bajó las gafas de sol para poder verlo mejor.

—¿Qué pone en esos papeles? —preguntó Chubs—. No puedo...

Eran carteles de «Desaparecido»: caras de niños y adolescentes, fotografías, palabras borradas por la lluvia... El más grande era un cartel donde no se leía más que «MATEO 19, 14». Estaba arrugado, como si alguien hubiera intentado arrancarlo y luego hubiera llegado otro que, con escaso entusiasmo, lo hubiera devuelto a su lugar. El muro de papel tembló a merced del viento que soplabla con fuerza entre los barrotes, llevándose con él las hojas más decrepitas y haciendo que las demás temblaran como las alas de un colibrí. Y donde quedaba un espacio, vimos animales de peluche, flores, mantas y cintas.

No, aquellos niños no habían desaparecido. Se los habían llevado o se habían ido para siempre. Si sus padres y sus familias los buscaban, si colgaban sus fotografías por todas partes, era porque los querían de nuevo en casa. Porque los necesitaban.

—Dios mío —dijo Liam con tensión—. ¿Por dónde decía que tenemos que ir para reincorporarnos a la 81?

Los fresnos que flanqueaban la solitaria carretera secundaria de un solo carril dejaban ya entrever su nuevo vestido primaveral, pero bajo la luz de la tarde, su sombra no podía ser más alargada.

CAPÍTULO CATORCE

Me quedé dormida en algún punto entre Staunton y Lexington y me desperté justo a tiempo de tener una vista perfecta del imponente edificio blanco de Roanoke, el antiguo Walmart de Virginia.

El cartel azul seguía aferrado con desesperación al edificio, pero era el único detalle que recordaba el centro comercial que fuera en su día. En el aparcamiento había carros de la compra que corrían de un lado a otro según soplasen las ráfagas de viento. Con la excepción de algunos coches abandonados y de los contenedores verdes de la basura, el gigantesco aparcamiento asfaltado estaba vacío. Bajo el resplandor anaranjado del sol de la tarde, daba la sensación de que el Apocalipsis había llegado a Virginia.

Y estábamos a un tiro de piedra de Salem. A diez minutos en coche. Se me hizo un nudo en el estómago solo de pensarlo.

Liam insistió una vez más en salir solo del coche a examinar la zona. Noté en el brazo el roce del guante amarillo de Zu y no necesité mirarla para adivinar la expresión de su cara. Deseaba tan poco como yo que Liam se adentrara en la boca del lobo completamente solo.

«Por eso te has quedado con ellos», me recordé. «Para velar por su seguridad». Y en aquel momento, la persona que más me necesitaba era la que empezaba a alejarse del coche.

Bajé corriendo de Black Betty.

—Tocad el claxon tres veces si hay algún problema —dije, y cerré la puerta.

Liam debió de oírme, pues se quedó esperándome apoyado en una de las oxidadas casetas destinadas a almacenar los carros de la compra.

—¿Puedo convencerte de alguna manera de que vuelvas corriendo al coche?

—No —dije—. Vamos.

Tomé la delantera y Liam me siguió con las manos metidas en los bolsillos. No le veía la cara, pero su forma de caminar arrastrando los pies hacia las maltrechas puertas del centro me bastaba para imaginármela.

—Antes me has preguntado cómo es que conocía este lugar... —dijo, cuando nos acercamos a la entrada.

—No... no, tranquilo, ya sé que no es de mi incumbencia.

—Verde —dijo Liam—. No pasa nada. Lo único es que no sé por dónde empezar. ¿Sabes que tanto Chubs como yo estuvimos escondidos? No fue lo que se dice agradable para ninguno de los dos. Aunque él, como mínimo, estuvo en la cabaña que tienen sus abuelos en Pensilvania.

—Ya, y tú tuviste el placer de esconderte en este estupendo establecimiento

norteamericano.

—Entre muchos otros —dijo Liam—. No... no me gusta hablar de esa época delante de Zu. No quiero que piense que su vida será siempre así.

—Pero no puedes mentirle —dije—. Sé que no quieres asustarla, pero no puedes fingir y decir que su vida no será dura. No me parece justo.

—¿No te parece justo? —Inspiró profundamente y cerró los ojos. Cuando tomó de nuevo la palabra, su voz había recuperado el habitual tono amable—. Da lo mismo, olvídalo.

—Mira —dije, cogiéndolo del brazo—. Lo entiendo. Estoy de tu lado. Pero no puedes comportarte como si todo fuera a ser fácil. No le hagas esto a Zu... no le des falsas esperanzas. He pasado media vida en un campamento con miles de niños que se hicieron mayores pensando que mamá y papá siempre estarían a su lado y todos ellos, todos *nosotros*, hemos salido gravemente perjudicados.

—Vaya, vaya —dijo Liam. Su enfado había desaparecido por completo—. Tú no estás perjudicada.

Podría haberle replicado hasta quedarme afónica.

Quien quiera que hubiera desmontado las puertas correderas de cristal de acceso a Walmart no se había tomado la molestia de buscar un lugar donde guardarlas. El suelo, a muchos metros alrededor de los desnudos marcos metálicos de color negro, estaba cubierto de fragmentos de cristal. Nos abrimos paso con cuidado de no pisarlos y nos adentramos en aquel extraño espacio que ocupaba antes la recepción.

Liam avanzaba a mi lado y resbaló con el polvo cetrino que se había acumulado en el suelo. Reaccioné rápidamente cogiéndolo por el brazo y refunfuñó, sorprendido. Lo ayudé a enderezarse, pero Liam mantuvo la vista fija en el suelo, donde se vislumbraban con claridad una docena de huellas.

Eran de todo tipo y tamaño, desde el dibujo dentado de la suela de una bota de montaña masculina hasta las ondulaciones decorativas de una zapatilla deportiva infantil, estampadas en el suelo como formas de galletas recortadas en la masa recién extendida.

—Podrían ser antiguas —le dije en voz baja.

Liam asintió, pero no se apartó de mi lado. Mi suposición no engañaba a nadie.

Hacía tiempo que el establecimiento estaba sin luz y era evidente que llevaba una temporada abandonado. No transcurrió más de un segundo entre que oímos el primer ruido en las estanterías cercanas y el salto que dio Liam para situarse delante de mí.

—Es... —empecé a decir, pero Liam me silenció con un gesto. Observamos las estanterías, esperando a ver qué pasaba.

Y cuando el ciervo, un animalito elegante y encantador de pelaje sedoso color caramelo y grandes ojos negros, salió brincando de detrás de los revisteros volcados, Liam y yo nos quedamos mirando y rompimos a reír a carcajadas.

Liam se llevó un dedo a los labios y me indicó con la mano que continuara avanzando, mientras examinaba con la mirada la oscura hilera de cajas registradoras idénticas que se extendía frente a nosotros. Alguien había cogido los carritos de plástico del interior del establecimiento y los había colocado en los pasillos con la intención de construir una especie de muro fortificado para defenderse de visitantes indeseables. Con cuidado, sin mover la montaña de cestas de plástico, nos encaramamos sobre la cinta transportadora de la caja registradora más próxima. Desde allí vi más estanterías alineadas delante de la otra salida. Pero parecía como si algún objeto de gran tamaño hubiera acabado destrozando la improvisada barricada.

«¿Qué puede haber hecho eso?».

Creo que todo el mundo, psi o no, tiene una parte que es capaz de sintonizarle con los recuerdos de un determinado lugar. Los sentimientos más intensos, especialmente los de terror y desesperación, dejan una huella en el ambiente que reverbera en quien quiera que tenga la desgracia de volver a ese lugar. En aquel momento sentí que la oscuridad me acariciaba la barbilla, que me llamaba y me pedía en susurros que avanzara para conocer sus secretos.

El escalofrío que me recorrió la espalda me dio a entender que allí había sucedido algo terrible. El viento silbaba a través de las destrozadas puertas, interpretando una chirriante canción que ponía los pelos de punta.

Quería irme de allí. No era un lugar seguro. No era un lugar para Zu ni para Chubs. ¿Pero por qué seguía avanzando Liam? Las luces de emergencia del techo parpadeaban, zumbaban como cajas en cuyo interior hubieran quedado atrapadas infinidad de moscas. Por debajo de ellas, todo estaba cubierto de una desagradable luz verdosa. Liam siguió avanzando por el primer pasillo, hacia una oscuridad que parecía querer engullirlo.

Me sumergí en aquella piscina de estanterías metálicas vacías, la mitad de las cuales estaban volcadas en el suelo o apoyadas unas contra otras en frágil equilibrio, con los estantes combados bajo un peso invisible. Las suelas de mis zapatillas rechinaron al pisar el mar de lociones, enjuagues bucales y laca de uñas que inundaba el suelo. Cosas que en el pasado parecían tan necesarias, tan vitales para seguir subsistiendo, pero que ahora habían caído en el más completo olvido.

Llegué junto a Liam y le tiré de la manga de la chaqueta de suave cuero. Liam se giró, con una mirada de sorpresa en sus ojos azules. Di un paso atrás y retiré rápidamente la mano, sorprendida también por lo que acababa de hacer. Me había parecido un gesto natural: ni siquiera lo había pensado, simplemente había sentido una necesidad muy aguda y muy real de estar a su lado.

—Creo que deberíamos irnos —le dije en un susurro—. Hay algo en este lugar que no me gusta nada. —Y no tenía nada que ver con el misterioso ulular del viento ni con los pájaros que anidaban en las vigas del viejo establecimiento.

—No pasa nada —dijo.

Seguía dándome la espalda, pero vi que sacaba la mano del bolsillo. Lo vi moverla hacia mí, como si fuera una forma flotando en la oscuridad. No entendí si con aquel gesto pretendía indicarme que siguiera avanzando o si quería que le diese la mano, pero no tuve valor para hacer ninguna de las dos cosas.

El uno junto al otro, seguimos caminando hacia el rincón de la derecha, al fondo del local; daba la sensación de que aquella parte del establecimiento, donde se ubicaba la zona de la ferretería y las bombillas, estaba más o menos intacta, o bien había resultado menos atractiva para la gente que había desvalijado el resto de estanterías.

Enseguida comprendí hacia dónde nos dirigíamos. Alguien se había montado su pequeño campamento con varias colchonetas de piscina de un llamativo color azul. Encima de una nevera había unas cuantas cajas vacías de pan crujiente y magdalenas, y sobre ellas, una pequeña radio a pilas y una linterna.

—Caray, me cuesta creer que todo siga aquí.

Liam se quedó algo rezagado, cruzado de brazos. Seguí su mirada hacia las docenas de muescas de las rajadas baldosas blancas. Casi consiguieron distraerme del mosaico de antiguas manchas de sangre que había en el suelo, junto a los pies de Liam.

Abrí la boca como para decir algo.

—Es antiguo —dijo rápidamente Liam, como si con ello pudiera sentirme mejor.

Liam me tendió la mano, forzando una sonrisa. Exhalé todo el aire que había estado conteniendo y extendí la mía para cogérsela.

Lo vi casi en el mismo instante en que nuestras manos entraron en contacto. Las luces de emergencia de aquella parte del establecimiento recuperaron de repente todo su esplendor, como si fuesen focos, e iluminaron el gigantesco símbolo Ψ pintado en el muro, junto con un mensaje muy claro: «SALID AHORA MISMO».

Las gruesas e irregulares letras parecían estar llorando. La luz chisporroteó y volvió a apagarse con un sonoro «pop», pero seguí avanzando, soltándome de la mano de Liam, en dirección a aquel mensaje pintado con espray en la pared. Porque aquel olor... el modo en que la pintura parecía gotear... Rocé con los dedos el símbolo psi y los retiré. Estaban pegajosos, manchados de negro.

Era pintura fresca.

Liam acababa de llegar a mi lado cuando sentí una extrañísima sensación de calor en las entrañas. Bajé la vista, casi esperando ver salir chispas del ridículo vestido que me había regalado Zu. De pronto caí al suelo y Liam se precipitó sobre mí, como si acabara de arrollarnos una excavadora, como si no fuésemos más que dos margaritas asomando entre las rendijas de la baldosa.

Liam me aplastó el pecho con el hombro y me dejó sin aire en los pulmones. Intenté levantar la cabeza para ver qué había pasado, pero aquel peso —una piedra

sólida e invisible— y el cuerpo de Liam pegado al mío, me impedían moverme.

El suelo estaba helado, pero no podía concentrarme en otra cosa que no fuese la sólida presión del hombro de Liam rozándome ahora la mejilla. Las manos se nos habían quedado atrapadas entre los dos y por un instante tuve la inquietante sensación de no saber dónde empezaba el uno y acababa el otro. Liam tragó saliva; el pulso le latía en la garganta, tan cerca de mí que casi podía oírlo.

Liam se movió para levantar la cabeza y tensó los músculos que le rodeaban la columna vertebral.

—¿Quién hay ahí? —gritó.

La única respuesta fue otro empujón de aquellas manos invisibles. De pronto empezamos a deslizarnos como balas por el suelo, mientras la chaqueta de cuero de Liam chirriaba sobre las polvorientas baldosas. Por encima de la cabeza de Liam, las luces de emergencia pasaban a una velocidad vertiginosa, transformándose en un único rayo. Una risa desenfrenada nos perseguía por los pasillos, por debajo de nosotros, por encima, por todos lados. Por el rabillo del ojo, me pareció ver una forma oscura en movimiento, aunque me pareció más un monstruo que una persona. Destrozamos a nuestro paso cortinas de la ducha, loción hidratante corporal, lejía, hasta llegar a la línea de cajas registradoras próxima a la entrada del establecimiento.

—¡Para! —gritó Liam—. ¡Somos...!

Hay sonidos que uno escucha una sola vez y no olvida nunca. El de la fractura de un hueso. La melodía del carrito de los helados. El del velcro. El del seguro de una pistola.

«No», pensé. «Ahora no... ¡aquí no!».

Nos detuvimos bruscamente al chocar contra la barrera de metal de la salida de caja y el impacto me sacudió dolorosamente todo el cuerpo. No transcurrió más de un segundo de agónico silencio antes de que las luces apagadas del establecimiento cobraran vida. Y entonces, las cajas registradoras se iluminaron, las cintas transportadoras se pusieron en movimiento... primero una, luego la siguiente, después la otra. Absolutamente todas, poniéndose firmes como soldados. Los números correspondientes a cada caja parpadearon en lo alto entre amarillo y azul, como una docena de señales de alarma, a una velocidad que me resultaba imposible registrar con la vista.

De entrada pensé que era Ruido Blanco; de repente, las alarmas de seguridad del edificio, el sistema de megafonía y los anuncios luminosos se encendieron de forma simultánea y un centenar de voces empezó a gritarnos. Las luces del techo se encendieron una a una y la electricidad empezó a correr por ellas después de años de existir como poco más que venas huecas y cubiertas por el polvo.

Liam y yo nos giramos a la vez y vimos a Zu, cuya mano derecha desnuda rozaba la barrera de metal de la salida. Chubs estaba a su lado, pálido como el papel.

Breves segundos después de que Zu produjera su descarga eléctrica, las luces de las cajas registradoras empezaron a chisporrotear como petardos, proyectando hacia el suelo chispas azules y blancas y fragmentos de cristales.

Creo que solo pretendía distraerlos, llamar la atención de nuestros atacantes para que nos diera tiempo a escapar. Por el rabillo del ojo, la vi indicarnos con señas que fuéramos hacia ella, pero el metal que Zu sujetaba se había calentado de tal modo que emitía un aterrador resplandor de material fundido. Aquella mano invisible que me sujetaba aflojó de pronto la presión, pero el miedo me impedía moverme. Liam y yo debimos de sentir lo mismo, un miedo abrasador, puesto que nos levantamos de un salto y le pedimos a gritos que parase.

—¡Desconecta! —gritó una voz por encima del estruendo de las alarmas.

—¡Zu, déjalo!

Liam echó a correr entre botes de bronceador y repelente contra los insectos. Vi que levantaba los brazos, dispuesto a utilizar sus facultades para tirar con fuerza de Zu, pero Chubs fue más veloz que él. Le arrancó el guante de la otra mano a Zu y lo utilizó para cubrirse y separarla del metal.

Se apagaron las luces. Justo antes de que explotaran todas las bombillas, vi la cara de Zu a punto de salir del trance en que estaba sumida. Tenía los ojos inyectados en sangre, el negro pelo erizado y las pecas parecían haber huido del perfecto óvalo de su rostro. Liam aprovechó la repentina oscuridad para abalanzarse sobre ella y sobre Chubs y tirarlos al suelo.

Y entonces, como por milagro, las luces de emergencia parpadearon y se encendieron de nuevo.

El primer indicio de movimiento no procedió de ninguno de nosotros. Vislumbré con claridad a nuestros atacantes: trepaban por encima del caos de estanterías. Eran cuatro, vestidos de negro, armados. Mi primer pensamiento, como casi siempre que veía a alguien uniformado de negro, fue echar a correr. Reunir a los demás y darnos a la fuga.

Pero no eran soldados de las FEP. No eran ni siquiera adultos.

Eran chicos, como nosotros.

CAPÍTULO QUINCE

Cuando fueron acercándose vi con claridad que llevaban prendas oscuras, pero no uniformes, y que su expresión era sombría. Estaban en los huesos y tenían las mejillas hundidas, como si hubieran dado un estirón en muy poco tiempo.

Todo chicos, de más o menos mi edad.

Fáciles de derrotar, en caso necesario.

—Por los clavos de Cristo —murmuró el que estaba más próximo a mí, despeinándose la mata de pelo pelirrojo—. Ya os dije que antes teníamos que ir a inspeccionar el monovolumen.

Liam asomó la rubia cabeza entre el caos de objetos del suelo.

—¿Estáis locos? ¿Qué demonios pretendéis conseguir? —vociferó. Se escuchó también otro sonido, como el maullido de un gatito. O el llanto de una niña.

Pasé por encima de una bandeja llena de DVD de oferta para llegar hasta ellos. Zu estaba sentada en el suelo, con la palma sonrosada de la mano abierta hacia Chubs, que la observaba forzando la vista. Sin las gafas sobre la nariz, parecía un chico completamente distinto.

—Está bien —dijo—. No ha sufrido quemaduras.

Liam se plantó de repente a mi lado y se apoyó en mi hombro para mantener el equilibrio mientras se encaramaba a una de las estanterías tumbadas.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Sí —dije—. Cabreada. ¿Y tú?

—Bien. Cabreado.

Nos acercamos al grupo de chicos, segura de que tendría que sujetar a Liam cuando llegáramos junto a ellos, pero su rabia fue aminorando a cada paso que daba. Los chicos se habían reagrupado junto a un expositor de churros de piscina de colores chillones, volcado en el suelo. El más alto, cuya cabeza coronada por una aureola de pelo castaño parecía apuntalada sobre un cuello fino como un alambre, dio un paso al frente, separándose de los demás: el chico pelirrojo que había hablado antes y dos chicos rubios y anchos de hombros que parecían hermanos.

—Mira, tío, lo siento —dijo.

—¿Siempre hacéis estas gilipolleces? —dijo Liam—. ¿Atacar a la gente sin siquiera comprobar si va armada... como vosotros?

El líder se mosqueó.

—Podríais haber sido rastreadores.

—Y la culpable de todo... *esto*, ha sido vuestra Amarilla. —El pelirrojo señaló las estanterías—. Esa chica necesita que la aten con correa.

—Cuidado con lo que dices —le espetó Liam. Los hermanos rubios dieron un

paso al frente, con mirada desafiante—. No habría caído presa del pánico si no nos hubierais apuntado con esas armas.

—No habríamos tenido necesidad de utilizarlas si hubieseis prestado atención a nuestra advertencia y os hubieseis largado.

—Claro, con todo el tiempo que nos habéis concedido para largarnos... —replicó Liam.

—Mirad, podríamos seguir eternamente con este toma y daca sin sacar nada en claro —les interrumpí—. Nuestra intención era pasar aquí la noche, pero si decís que es vuestro territorio, nos largamos. No pretendíamos nada más que eso, buscar cobijo.

—Buscar cobijo —repitió el líder.

—Perdón, ¿acaso lo he pronunciado mal?

—No, pero me sangran todavía los oídos por culpa de esa Amarilla —gritó el líder—. A lo mejor deberías repetirlo, nena, por si acaso.

Liam levantó la mano, impidiendo que me pusiera en pie de guerra.

—Solo queremos pasar una noche. No buscamos problemas —dijo sin alterarse.

El líder me miró de arriba abajo y detuvo la mirada en mis manos, cerradas en un puño y pegadas a la tela del vestido.

—Me parece que los problemas ya viajan con vosotros.

El líder del grupo se llamaba Greg y venía de Mechanicsville, Virginia. El irascible pelirrojo se negó a presentarse, pero los demás se dirigían a él llamándolo Collins. Capté que era de alguna ciudad de Pensilvania, pero no se mostró dispuesto a compartir más información. Los rubios —que, como había adivinado, eran hermanos— se llamaban Kyle y Kevin. Lo único que tenía en común aquel maltrecho grupo, aparte de su reserva de comida y un alarmante montón de armas blancas y de fuego, era que habían compartido campamento en Nueva York, al que cariñosamente se referían como «La raja del culo de Satanás».

Mientras compartíamos unas gominolas con sabor a fruta, un paquete de patatas fritas rancias y otro de pastelitos rellenos de crema, nos contaron la increíblemente espectacular —y altamente improbable— historia de su huida de la custodia de los FEP.

—A ver si lo he entendido bien —dijo Chubs con cara de incredulidad—. ¿Os estaban trasladando de un campamento a otro?

Greg apoyó la espalda en la puerta de cristal de un congelador.

—No nos trasladaban a otro campamento. Cogieron a todos los tíos que pudieron y nos contaron que iban a trasladarnos a unas instalaciones de experimentación en Maryland.

—¿Solo chicos? —preguntó Chubs.

—Allí no había chicas. —La voz de Greg dejaba entrever su decepción. Eso explicaba muchas cosas... sobre todo por qué se me iba acercando poco a poco, por mucho que yo intentara alejarme de él—. De lo contrario, estoy seguro de que también las habrían llevado con nosotros.

—Me sorprende que os dieran tanta información —dije, intentando encauzar de nuevo la conversación—. ¿Creéis de verdad que era allí donde pretendían llevaros?

—No —interrumpió Collins—. Era evidente que tenían órdenes de librarse de nosotros.

—¿Y una tormenta inundó la carretera, el autobús en el que ibais volcó y lograsteis escapar?

Esa era la parte de la historia que también me costaba creerme. ¿Tan fácil había sido? ¿Una simple intervención de la Madre Naturaleza que les había salvado, les había concedido la libertad y una nueva vida al estilo de la Biblia? ¿Y el pequeño detalle de los soldados de las FEP que los custodiaban?

—Vivimos escondidos desde entonces. Me llevó unos seis meses hacerle saber a mi padre que estaba libre y a salvo, y tardé otros tres en recibir noticias suyas.

Chubs se inclinó hacia delante.

—¿Y cómo te lo hiciste para ponerte en contacto con tus padres? ¿A través de Internet?

—Qué va, tío —dijo Greg—, después de todo lo de esos terroristas, ni siquiera puedes buscar recetas *online* sin que los FEP metan la nariz e irruman por la puerta de tu casa. A la que se huelen un problema, los tienes allí.

—¿Qué terroristas? —pregunté.

—Los de la Liga —dijo Chubs—. ¿No lo recuerdas? Ah, claro. —Se dio cuenta de su error un segundo después, y con más paciencia de la que jamás habría imaginado en él, se explicó—: Hace ahora tres años, los de la Liga piratearon las bases de datos de chicos psi del gobierno e intentaron publicar en Internet información sobre los campamentos, para que todo el mundo supiera lo que está pasando. Otros grupos siguieron su ejemplo y piratearon bancos, el mercado de valores, el Departamento de Estado...

—De modo que tomaron medidas enérgicas.

—Así es. La mayoría de las redes sociales ha desaparecido, y los servicios de correo electrónico tienen la obligación de controlar los mensajes que reciben sus servidores. —Se giró hacia los chicos, que me miraban con distintos niveles de interés y curiosidad—. No creo que Kevin —¿o era Kyle?— hubiera dejado de mirarme ni un segundo en todo el rato que llevaba allí sentada. ¿Cómo, pues?

—Muy fácil —dijo Greg, lanzándome un guiño completamente fuera de lugar—. Sirviéndonos de lo que han dejado. Publiqué un anuncio en el periódico local de mi ciudad con un mensaje que solo mi hermano sería capaz de comprender.

No tuve necesidad de mirar para saber que Chubs había entrecerrado los ojos y que, además, se había puesto tenso.

—¿Y quién pagó el anuncio? Me imagino que en el periódico no te dejarían publicarlo gratis, ¿no?

—No, claro. Lo pagó el Huidizo —dijo Greg—. Me lo preparó todo.

Me enderecé de repente y aparté de un puntapié unos envases de papel de aluminio vacíos.

—¿Has contactado con el Huidizo?

—Sí. Es como... un dios —dijo Collins, soltando todo el aire que contenían sus pulmones—. Nos reunió a todos. Chicos de todas partes, desde Nueva Inglaterra hasta el sur. De todas las razas. Chicos mayores, niños pequeños, también. Dicen que los de las FEP no se acercan a su reino en los bosques porque le temen. Que prendió fuego a su campamento y que ha matado a todos los soldados de las FEP que han intentado apresarlo.

—¿Quién es? —pregunté.

Los cuatro chicos intercambiaron una sonrisa. Las sombras saltarinas de las luces de emergencia les otorgaron un aspecto más engreído si cabe.

—¿Qué más? —dijo Chubs, asimilando con ansia la información—. ¿Cómo pudo enviar el dinero para el anuncio? ¿Cómo es East River... dónde está?

Miré por encima del hombro a Liam, que estaba justo detrás de mí, de pie, apoyado en lo que en su día fuera una nevera para productos de comida rápida. Se había mantenido extrañamente en silencio. Apretaba los labios con fuerza pero, por lo demás, su rostro carecía por completo de emoción.

—En East River tienen un buen montaje —dijo Collins—. Pero si queréis encontrar East River, tendréis que hacerlo vosotros solos.

—Por lo visto es así como funciona —dijo por fin Liam—. ¿Son muchos?

Los cuatro tuvieron que pensarse la respuesta.

—Más de un centenar, pero no miles —dijo Greg—. ¿Por qué lo preguntas?

Liam movió la cabeza, y me sorprendió ver un indicio de decepción en sus facciones.

—Simplemente me lo preguntaba. Por lo que tengo entendido, en su mayoría son chicos que no han estado nunca en campamentos.

—Algunos sí —dijo Greg con un gesto de indiferencia—. Y algunos localizaron el campamento después de escabullirse de la custodia de los rastreadores o de los de las FEP.

—Y el Huidizo... ¿no tiene...? —Liam se planteó cómo formular la pregunta—. ¿No tiene planes para ellos, verdad? ¿Cuál es su objetivo?

Los chicos encontraron aquella pregunta tan extraña como yo.

—No hay objetivo. Solo seguir con vida, supongo... —dijo Greg.

Solo entonces caí en la cuenta de que en ningún momento me había planteado el motivo por el cual Liam quería localizar al Huidizo. Simplemente había dado por sentado que mis compañeros querían encontrarlo para poder volver a sus casas y entregar la carta de Jack... pero, de ser así, ¿a qué venía aquella chispa que había encendido la mirada de Liam? Seguía con las manos hundidas en los bolsillos de los vaqueros, pero desde el exterior noté que las tenía cerradas en un puño.

—¿Y en cuanto a indicaciones? —pregunté.

—Ya hay bastante por ahora.

Algo cambió en la expresión de Greg; una astuta sonrisa se apoderó de su rostro cuando me apoyó una mano en el pie. Los hermanos, Kyle y Kevin, que no habían dicho palabra desde que nos habíamos sentado en el improvisado campamento montado en el pasillo de las neveras, se miraron entre ellos con expresión idéntica. Intenté reprimir el asco que empezaba a apoderarse de mí.

—Estoy seguro de que estarían encantados de tenerte con ellos —dijo Greg, deslizándose la mano desde la zapatilla hasta el tobillo. Hice el ademán de apartarme, pero me quedé quieta al oírle añadir—: Es un lugar estupendo, cerca de la costa, pero no hay muchas chicas. Les iría muy bien tener algo bonito... que mirar.

Volvió a mover la mano, avanzando ahora hacia la pantorrilla.

—Deberías ir. Es más seguro que caer en manos de alguna tribu. Por las cercanías de Norfolk merodea un grupo de Azules... son asquerosos. Te roban la ropa a la que das media vuelta. Durante un tiempo hubo también por aquí una tribu de Amarillos, pero un niño del campamento nos contó que los de las FEP se los habían llevado a todos.

Todo aquello de las tribus era nuevo para mí. ¿Niños que habían formado bandas y robaban por la campiña, que luchaban para que no los atraparan de nuevo, que se protegían los unos a los otros? Asombroso.

La mano carnosa y caliente de Greg prosiguió su ascenso hasta que consiguió abarcar la rodilla y apretármela: pero no llegaría más lejos. Percibí aquel hormigueo en lo más profundo del cerebro, aquel zumbido que superaba incluso la rabia que sentía, y tuve que cerrar los ojos ante el aluvión de imágenes que me asaltó de repente. El destello de un autobús escolar amarillo circulando por una pista de tierra. La imagen borrosa de un rostro de mujer, cuyos labios entonaban una silenciosa canción. Una hoguera, cuyas llamas iluminaban el cielo nocturno. La cara de Kevin y de Kyle acercándose a un objeto que parecía una radio despertador, en una tienda de electrodomésticos abandonada: los dígitos del reloj avanzaban, pero no contaban el paso del tiempo. Proyectaban un resplandor de color verde eléctrico en medio de la oscuridad... 310, 400, 460, 500, hasta que finalmente se detuvo...

Cerré la mano con fuerza cuando empecé a alejarme tanto de Greg como de sus cálidos y sedosos recuerdos, pero Chubs ya estaba allí. Había extendido la mano por

encima de mi regazo y estaba retirando uno a uno los dedos de Greg de mi rodilla, con una expresión de auténtico desdén. Por su parte, Greg parecía simplemente algo aturdido: tenía la mirada vidriosa y parecía completamente ajeno a lo que yo acababa de hacer. Miré con desesperación a mi alrededor, con el corazón en un puño, pero nadie mostraba indicios de haberse percatado de mi desliz. El único que se había movido era Chubs, y solo para acercarse a mi lado.

«Maldita sea», pensé, cerrando de nuevo los ojos. Me llevé la mano automáticamente a la frente, como si pudiera retener todo aquello allí dentro. «Demasiado cerca. Eso ha estado demasiado cerca».

—¿Cómo se llamaba ese niño? ¿El Amarillo que trabajaba con nosotros en la cocina? ¿Fred? ¿Frank? —Collins estaba metido en su saco de dormir y tenía las manos unidas sobre el pecho.

—Felipe... ¿Felipe Marino?

Greg volvió a centrar la mirada y la deslizó por mis piernas, más arriba de donde se había detenido su mano.

—¿Felipe? —dijo Liam, como si despertase de un trance—. ¿Has dicho Felipe Marco?

—¿Lo conoces?

Liam asintió.

—Viajamos juntos un tiempo.

—Debió de ser antes de que lo pillaran aquí —dijo Greg—. Fue el que nos informó sobre este lugar. Dijo que estuvo aquí con un amigo... ¿eras tú?

—Sí. ¿Qué fue de él? —Liam se puso en cuclillas, entre Greg y yo—. Nos llevaron a campamentos distintos.

Greg se encogió de hombros.

—Salió en uno de los primeros autobuses que partió rumbo a Maryland. ¿Quién sabe?

De modo que en su campamento también habían eliminado a los Amarillos. Debían de habérselos llevado tan solo de los campamentos más grandes, no de los más pequeños, que estaban amontonados en el oeste.

—Le echo de menos. Era muy listo. Sabía utilizar sus poderes... mejor que vuestra mascota, eso es evidente. Haríais bien devolviéndola, teniendo en cuenta todo el bien que os va a hacer.

Greg movió la cabeza en dirección a Zu, que estaba sentada dándonos la espalda, trabajando en los problemas de multiplicaciones que Liam le había preparado.

Y ya no aguanté más.

—Dispones de dos segundos para decir que estás hablando en broma —le dije—, a menos que quieras que te arree un puñetazo.

—Hazlo —dijo Chubs entre dientes.

Pero Liam me detuvo apoyándome la mano en el hombro, reprimiendo con efectividad cualquier posibilidad de que yo cumpliera con mi amenaza. Su expresión seguía siendo pasiva, tranquila, pero me di cuenta de que contenía la respiración. Extendió la otra mano para acariciarme los dedos. Me sobresalté ante el contacto, pero fui incapaz de apartarme.

Greg levantó los brazos en un gesto defensivo.

—Lo único que digo es que tiene algo raro. No es como los demás, ¿verdad? —Se inclinó hacia nosotros—. ¿Es retrasada? ¿La sometieron a experimentos?

—Es muda, pero no sorda —dijo Liam, cortándolo—. Y te aseguro que lo más probable es que sea cinco veces más inteligente que nosotros siete juntos.

—De *eso* no estoy tan seguro —empezó a decir Chubs—. Yo...

Liam lo silenció con una simple mirada y me habló a continuación al oído.

—¿Te llevas a Zu?

Asentí, dándole unos golpecitos en la mano para que supiera que lo había entendido. Me incorporé, ya más tranquila.

Me acerqué a Zu y le tendí la mano. Alargó el brazo sin mirarme, buscándome a tientas. Me quedé mirando el guante amarillo, manchado de suciedad, y a pesar de lo que acababa de pasar hacía tan solo unos minutos, lo retiré y dejé al aire sus deditos.

No sé por qué lo hice; tal vez estar tan cerca de Liam y no haber perdido el control me había convertido en una persona estúpidamente valiente, o tal vez era que me daba náuseas la realidad que la obligaba a llevarlos siempre puestos. Lo único que sabía con total seguridad era que si volvía a ver a Zu con aquellos guantes, no sería muy pronto.

Zu se estremeció al sentir la calidez de la piel de mi mano junto a la suya e intentó retirarse. Abrió los ojos de par en par, no sé si por preocupación o por perplejidad.

—Ven —dije, apretándole la mano—. Hora de chicas.

Se le iluminó el rostro, pero no sonrió.

—No os vayáis muy lejos —nos gritó Liam.

—*No os vayáis muy lejos* —repitieron los demás chicos, e irrumpieron en carcajadas.

Zu arrugó la nariz, asqueada.

—Ya sé lo que quieres —dije, y la alejé todo lo que pude de ellos.

Durante los primeros diez minutos que pasamos deambulando por el establecimiento, Zu estuvo mirando continuamente nuestras manos entrelazadas, como si no pudiese creer lo que veían sus ojos. De vez en cuando, llamaba su atención alguna cubeta con DVD de oferta o un expositor de final de pasillo con cachivaches que no servían para nada, pero sus ojos oscuros regresaban siempre a nuestras manos unidas. Acabábamos de doblar uno de los desvalijados pasillos de artículos de limpieza cuando me dio un

tirón.

—¿Qué pasa? —le pregunté, apartando una fregona de un puntapié.

Zu señaló el guante que yo sujetaba con la mano libre.

Levanté las manos que seguían enlazadas.

—¿Acaso no te gusta esto?

Soltó el aire que había estado conteniendo y supe que no la había entendido. Me arrastró hasta el otro extremo del pasillo, donde me soltó la mano para coger una caja blanca de la estantería. Zu abrió la caja y retiró a continuación la espuma y el relleno protector para sacar por fin la anticuada tostadora plateada que contenía.

—Me parece que no lo necesitamos —dije.

Me taladró con una mirada que decía claramente: «Calla, por favor».

Zu se quitó el guante que le cubría la otra mano y extendió los diez dedos para tocar el electrodoméstico. Pasados unos segundos, vi que cerraba los ojos.

Las resistencias que formaban las entrañas de la tostadora se calentaron al rojo vivo. El cable negro colgaba cerca de sus pies, sin enchufar. La baratija duró solo un minuto más hasta que empezó a derretirse. Le dije que la dejara en cuanto vi que humeaba.

«¿Lo ves?», parecía estar diciéndome. «¿Lo captas?».

—Pero tranquila que a mí no me pasa nada —dije, buscándole de nuevo la mano—. No te preocupes por la posibilidad de hacerme daño, nunca podrías hacérmelo.

«Sé lo que se siente», es lo que tendría que haberle dicho en realidad, «sé lo que es tener miedo de algo que apenas puedes controlar».

Me había obligado a dejar de pensar en lo que le había hecho a aquel soldado de las FEP camuflado. No me permitía cuestionarme si podría volver a hacerlo, si podría volver a intentarlo. Aunque me preguntaba también como aprenderíamos a controlarnos sin poder practicar. Como aprenderíamos a controlarnos si no podíamos conocer y poner a prueba nuestros límites.

—Veamos si encontramos algo de utilidad —dije, entrelazando de nuevo nuestras manos. Esperé a sentir su mano para guiarla de nuevo por el pasillo—. ¿Qué opinas de...?

Ni siquiera sé qué iba a preguntarle, pero vi que no me prestaba atención. Zu se detuvo tan en seco y me tiró con tanta fuerza de la mano, que estuve a punto de tropezar y caerme. Seguí con la mirada la dirección que marcaba su brazo extendido y me encontré con varios percheros y zapateros patas arriba.

Más concretamente, señalaba un solitario vestido rosa que colgaba de un perchero vacío.

Zu echó a correr, haciendo caso omiso a las estanterías de cables eléctricos y cubos. Intenté seguirla, pero era como si tuviese alas en los pies y el viento a su favor. Se detuvo junto a una estantería. Observé, fascinada, cómo alargaba una mano para

acariciar el tejido, y la retiraba en el último segundo.

—Es precioso —le dije.

El vestido era acampanado a partir de la cintura, donde una lazada unía la parte superior sin mangas con la falda, a rayas rosas y blancas. Me dio la impresión de que lo que más deseaba Zu en este mundo era cogerlo, acercárselo al pecho y acariciar el sedoso tejido.

Se me ocurrían mil cosas que echaba de menos en Thurmond, pero los vestidos no estaban en la lista. La historia que más le gustaba contar a mi padre a desconocidos y familiares era la del día en que mi madre y él habían intentado ponerme un vestido azul para asistir a la fiesta de cumpleaños de papá. Yo tenía solo tres años y el vestido era abotonado, pero los botones eran tan minúsculos que yo no podía cogerlos para abrocharlos y acabé arrancándolos, rasgando toda la tela y los volantes de gasa. Pasé el resto de la fiesta luciendo con orgullo mi ropa interior con motivos de Batman.

—¿Quieres probártelo? —le pregunté a Zu.

Me miró y negó con la cabeza. Soltó el colgador de plástico que tenía en la mano y tardé un momento en comprender qué pasaba.

Zu creía que no se lo merecía. Creía que era demasiado bonito, demasiado nuevo. Una sofocante sensación de odio se apoderó de mí, pero no sabía hacia qué dirigirla. ¿Hacia sus padres, por haberla echado de casa? ¿Hacia su campamento? ¿Hacia los de las FEP?

Cogí el vestido de la percha con una mano y a Zu con la otra. Sabía que volvía a mirarme con sus ojos oscuros abiertos de par en par, confusa, pero en lugar de explicarme —en lugar de obligarla a comprender las palabras que me gustaría pronunciar—, la guie hacia los probadores, le di el vestido y le dije que se lo probara.

Era como tirar de una embarcación hacia puerto con la ayuda de un cabo muy fino. Se lo di, lo dejó y tuve que volver a dárselo, varias veces. No sé si al final su deseo se impuso, o si conseguí agotarla aun a pesar de sus recelos, pero cuando por fin asomó la cabeza por la puerta del probador, sentí tal sensación de alivio que casi rompo a llorar.

—Estás *estupenda*.

La hice girar para que pudiese verse en el espejo. Cuando por fin la convencí para que mirase, noté bajo las manos el estremecimiento de sus hombros y la vi abrir mucho los ojos, que cobraron luminosidad para apagarse de nuevo un instante después. Acarició el tejido. Y movió la cabeza de un lado a otro, como diciendo «No, no puedo».

—¿Por qué no? —pregunté, haciéndola girar de nuevo hasta que quedó de cara a mí—. ¿Te gusta, verdad?

No levantó la vista, pero vi que movía afirmativamente la cabeza.

—Y entonces, ¿qué problema hay?

Cuando dije eso, la sorprendí mirándose de refilón en el espejo. Acariciaba el tejido con las manos, en un gesto completamente inconsciente.

—Eso es —dije—. No hay ningún problema. Veamos qué más encontramos.

Zu quiso entonces buscar algo para mí. No me extrañó encontrar la sección de adultos diezmada por los ladrones. Mis opciones estaban limitadas a ropa de caza y monos de trabajo. Después de explicarle varias veces y con paciencia por qué no necesitaba el camión de seda con estampado de azuletes o la falda con margaritas, Zu, con una mirada de total exasperación, aceptó que no pensaba probarme otra cosa que no fuesen vaqueros y camisetas sencillas.

Y cuando señaló el expositor de los sujetadores, quise esconderme debajo de las montañas de pijamas de niño que había por los suelos y morirme allí mismo. Era como si las letras y los números de las etiquetas estuviesen escritos en chino, puesto que no entendía nada en absoluto y estaba esperando a que Zu se echase a reír en cualquier momento, cuando percibí la humedad de mis lágrimas de frustración.

Pocas veces me paraba a pensar «Ojalá mamá estuviera aquí». Pero en aquel momento comprendí que lo que le había hecho a mi madre no tenía solución. Mi madre jamás volvería a mirarme y a reconocermme, y yo jamás sería capaz de pensar en otra cosa que en su mirada cuando me había visto aquella mañana. Resultaba extraño cómo mis sentimientos hacia ella cambiaban constantemente; que en un momento dado recordara sus caricias y al instante siguiente la rabia se apoderara de mí al pensar que me había abandonado. Al pensar que no me había enseñado a vivir a gusto con mi propia piel y a ser una niña de verdad.

¿Pero quién tenía realmente la culpa?

Zu frunció el ceño e inspeccionó con un mohín el Everest de ropa interior que teníamos delante. Fue cogiendo modelos de diferentes tallas y lanzándomelos hasta que nos pusimos a reír como tontas solo porque sí.

Al final encontré algo que imaginé sería de mi talla. Era difícil adivinarlo, puesto que los sujetadores, con sus armazones y sus tirantes, siempre me habían resultado de lo más incómodo. Mientras me cambiaba, Zu se vistió con un conjunto que parecía sacado del catálogo de una tienda: el vestido rosa, mallas blancas y una cazadora vaquera que le iba un par de tallas grande. Guardó el resto de prendas que fue eligiendo en una mochila de estampado floreado que yo había cogido de un expositor. Y ahora que ya tenía lo suyo, le apetecía liarse de nuevo la manta a la cabeza y elegir cosas para los chicos.

Cuando le encontré unas zapatillas deportivas con lazos rosas, me rodeó por la cintura y me abrazó con todas sus fuerzas, como si con aquel apretujón quisiese concentrar todo su agradecimiento. Y pese a que no se quedó especialmente impresionada con los botines negros que elegí para mí y que localicé en la sección de caballeros, no me obligó a cambiar de idea y decantarme por unos zapatos planos con

lacitos o unos descabellados tacones.

Zu estaba doblando con esmero una impecable camisa que había elegido para Chubs cuando recordé algo.

—Enseguida vuelvo —le dije—. Tú espérame aquí, ¿entendido?

Tardé unos minutos en localizar de nuevo el pasillo. Liam y yo habíamos pasado tan rápidamente por allí cuando nos dirigíamos a la parte posterior del establecimiento, que no estaba segura del todo de si habían sido solo imaginaciones mías. Pero allí estaban, en la parte superior de la estantería de productos de limpieza: un par de espléndidos guantes de color rosa colgando entre los del tradicional color amarillo.

—Mira, Zu —dije, volviendo hacia el punto donde la había dejado.

Agité los guantes y esperé a que se girara. Cuando lo hizo, se quedó boquiabierta. Estaba tan obnubilada con sus guantes nuevos que, cuando se los probó, empezó a pasear con las manos extendidas delante de ella, como una princesa contemplando su magnífica colección de anillos y pulseras. Recorrió el establecimiento haciendo reverencias y dando vueltas sobre sí misma para lucir su modelito, bailando sobre las pruebas de los estragos que había causado en la línea de cajas. Contemplándola, con un sentimiento de euforia en el pecho, la verdad es que yo tampoco era consciente ni del montón de cristales rotos, ni del parpadeo de las pantallas. Cuando nos adentramos por el escasamente iluminado pasillo de los productos de belleza, me di cuenta de que por mucho que quisiera me resultaba imposible borrar la sonrisa de la cara.

Liam nos localizó al cabo de un rato, justo cuando Zu estaba sujetándome con un coletero brillante la trenza que acababa de hacerme. Yo estaba sentada en el suelo y ella en una estantería, detrás de mí, como la reina de las hadas.

—¡Magnífico! —le dije cuando me colocó un espejo roto delante de la cara—. Eres increíble.

Y mi recompensa fue ver cómo me envolvía en un abrazo con sus bracitos de pajarillo. Me giré para quedarme de cara a ella, porque quería que viese mi expresión, quería que viese mi sinceridad y mi seriedad mientras le repetía:

—Eres *increíble*.

—Veo que habéis estado muy atareadas.

Liam se apoyó en una estantería y enarcó las cejas. Zu corrió hacia él cargada con las camisetas y los calcetines que le había elegido.

—Gracias... ¡caramba, a Chubs le dará un patatús cuando vea todo esto! —Le acarició la cabeza—. Os dejo un momento solas y limpiáis la tienda entera. Buen trabajo.

Me levanté del suelo y los ayudé a reunir la ropa y los suministros que habíamos ido eligiendo. Hecho esto, regresamos poco a poco y de mala gana junto a los demás. Era como si los tres fuéramos conscientes de que en cuanto dejáramos atrás aquel momento de paz, quedaría atrás para siempre.

Cuando Zu se adelantó unos pasos, Liam se volvió hacia mí para decirme:

—Gracias por haber hecho esto. Me alegro de que captases lo que pretendía decirte. —Me tiró cariñosamente de la trenza—. Simplemente quería formularles algunas preguntas más.

—¿Y no querías que —hice un ademán en dirección a Zu— ella lo oyera?

Bajó la vista y cuando volvió a levantar la cabeza, tenía las orejas coloradas.

—Sí, aunque también... tu presencia estaba distrayéndolos.

—¿Qué? Siento mucho haberlos amenazado, pero...

—No, estabas *distrayéndolos* —repitió Liam—. Con la... cara.

—Oh. —Me recuperé rápidamente—. ¿Has conseguido sacarles alguna información de utilidad?

—El nombre de algunas de las tribus más amistosas, algunas ciudades que están aisladas por haberse rebelado... cosas de ese estilo. Solo quería comprender un poco más qué está pasando en Virginia.

—Me refería a si has averiguado algo más sobre el Huidizo —dije, tal vez un poco ansiosa.

—Nada que no supiéramos ya. Por lo visto, todo el mundo jura solemnemente no revelar información. Me parece completamente ridículo.

—¿De verdad que no estaban dispuestos a darte más información? —pregunté.

Liam bajó de nuevo la vista.

—Greg nos hizo una oferta, un intercambio, pero lo rechazamos.

—¿Qué quería?

¿Qué podía ser tan valioso que no estaban dispuestos a entregarlo a cambio de la posibilidad de reunirse de nuevo con sus familias? ¿Black Betty?

—Da igual —respondió Liam, y su tono fue concluyente—. Si esos imbéciles lo consiguieron, estoy seguro de que también nosotros podremos encontrar East River. Algún día.

—Sí —dije, con una carcajada—. Cierto.

Vi por el rabillo del ojo que se cargaba la ropa al hombro con la mirada fija en Zu, que saltaba y brincaba entre latas y revistas viejas. Al pasar, eché un vistazo a la cara de una estrella de cine rubia que ocupaba la portada de una de las revistas y reparé en las palabras «LO CUENTA TODO, POR FIN», impresas bajo la imagen.

—¿Me permites que te haga una pregunta?

—Por supuesto —dijo Liam—. ¿Qué?

—¿Por qué buscas al Huidizo? —dije. Noté que me miraba fijamente y supe cuál iba a ser su explicación—. Quiero decir aparte de porque quieres ayudar a Chubs y a Zu a llegar hasta él, e intentar entregar la carta de Jack. ¿Es porque quieres volver a casa o...?

—¿Lo preguntas por algún motivo en particular? —dijo, sin alterarse, poniéndome

a prueba.

—Todas esas preguntas que les formulaste sobre el campamento... —dije—. Me dio la impresión de que estabas intentando averiguar otra cosa.

Liam tardó un buen rato en responder, y no lo hizo hasta que divisamos las tiendas que habían montado para pasar la noche. Pero incluso entonces, no fue una respuesta.

—¿Por qué quieres localizar tú al Huidizo?

—Porque quiero volver a ver a mi abuela. —«Porque necesito aprender a controlar mis facultades antes de que destruyan a todos mis seres queridos»—. Pero no has respondido a mi pregunta.

Zu levantó el faldón de nuestra tienda para entrar y la linterna del interior iluminó el rostro entusiasmado de Chubs. Zu le entregó todo lo que le había elegido y Chubs la abrazó con fuerza, levantándola en volandas.

—Por... por lo mismo que tú —dijo por fin Liam—. Simplemente quiero volver a casa.

—¿Y dónde es eso?

—Mira, esto es lo más gracioso —dijo—. Era en Carolina del Norte, pero ya no estoy muy seguro de que siga siendo así.

Nos quedamos mirándonos un momento, casi frente a frente, y cuando levantó el faldón de la tienda para que yo pasara, no pude evitar preguntarme si se habría dado cuenta de que aquello era una verdad a medias igual que yo me había dado cuenta de que su respuesta era también una verdad a medias.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Pasó una hora, tal vez más, hasta que la respiración de Liam se regularizó y empezó a roncar. Dormía boca arriba, con las manos apoyadas sobre la suave franela de la camisa. Su rostro, que antes parecía marcado por las sombras oscuras de antiguas magulladuras, volvía a ser joven. Con su barba de tres días y su constitución fuerte podía pasar por un chico de veinte años, aunque dormido no engañaría a nadie.

Se giró hacia Zu, que dormía entre nosotros bajo una montaña de mantas y que era lo único que me impedía en aquel momento acercarme un poco más a él, deslizar la mano bajo la de Liam y conocer el contenido de sus sueños.

Pero la distancia entre nosotros tenía su razón de ser. Imaginar un futuro en el que yo no existiera, en el que me hubiera borrado involuntariamente de sus recuerdos, me obligaba a mantener las manos escondidas bajo las piernas y, por una vez, mantenía también mi cabeza a raya.

Cuando oí que Greg y sus compañeros se revolvían en el interior de su tienda, dejé correr del todo mi intención de dormir. Sus voces sonaron al principio como un murmullo, indistinguibles las unas de las otras, y fueron subiendo de volumen a medida que iban transcurriendo los minutos. Al final, encendieron la linterna en la intensidad más baja, aunque suficiente para verla al trasluz de la tela verde de su tienda.

Salí y, caminando de puntillas, avancé hasta quedarme pegada a su tienda. Cuanto más me acercaba, más aumentaba el volumen de sus murmullos, y también el tono apremiante.

—... Ellos —murmuraba Greg—. No les debemos nada.

Cerré los puños con fuerza. La ansiedad y la desconfianza que había ido acumulando en el transcurso de las últimas horas alcanzaron un punto crítico. Por un segundo, deseé haberme traído la mochila, donde seguía escondido el botón del pánico a la espera de ser utilizado si la situación se ponía fea. «Eres una imbécil, Ruby», pensé. «Una imbécil».

Librarnos de Greg y de sus amigos no me preocupaba. Aunque fueran armados, teníamos oportunidades. Pero si intentaban hacer algo mientras dormíamos, o si pedían refuerzos...

Me detuve en seco.

Chubs se me había adelantado y estaba montando guardia.

Estaba sentado ante la tienda, con las largas y delicadas piernas cruzadas delante del cuerpo y el cuaderno de deberes de Zu en el regazo. Estaba inclinado hacia la otra tienda, tan concentrado en captar la conversación que ni siquiera se había dado cuenta de mi presencia, por lo que se llevó un susto de muerte al verme aparecer.

—¿Zu? —Miró en mi dirección forzando la vista.

—¿Zu? —repetí yo en un susurro—. ¿*De verdad?*

Y lo de «¿de verdad?» lo dije en serio.

Le arranqué el cuaderno y el lápiz de Zu y lo abrí sin siquiera mirar lo que había estado escribiendo.

«¿QUÉ HACES?», escribí, y se lo enseñé. Chubs hizo un gesto de impaciencia y se negó a responder cuando le devolví el lápiz.

«¿CREES QUE PRETENDEN INTENTAR ALGO?».

Pasado un rato, suspiró y movió afirmativamente la cabeza.

«YO TAMBIÉN», escribí. «¿ME ACOMPAÑAS?».

Por el modo en que dejó caer los hombros, vi que Chubs comprendía que no le quedaba otra elección. Se levantó rápidamente, sin hacer ruido, y se limpió las manos en la parte delantera de sus pantalones de algodón de color beis.

—Tengo un mal presentimiento —dijo Chubs cuando estuvo seguro de que no podían oírnos. Tal y como estábamos situados, veíamos su tienda pero ellos no podían vernos—. Sobre esos chicos.

—¿Crees que pretenden robarnos?

—Lo que creo es que quieren robarnos a Betty.

Se produjo una prolongada pausa; noté que Chubs estaba mirando, pero yo seguía sin despegar los ojos de la tienda de los chicos, a la espera de que sucediese algo.

—Deberías irte a dormir otra vez —dijo con voz ronca, mientras se cruzaba de brazos. Pero su forma de decírmelo me llevó a preguntarme si estaría intrigado por conocer mi respuesta—. ¿Qué hacías despierta, de todos modos?

—Lo mismo que tú, me imagino —dije—. Asegurarme de que nadie es brutalmente asaltado, golpeado o asesinado mientras duerme. Esperar a ver si esos chicos son los cabrones que creo que son.

Chubs resopló al oírme decir aquello y se pasó la mano por la frente. Transcurrió un rato de silencio, pero noté que el ambiente se relajaba y pasaba de una precavida hostilidad a cierto nivel de aceptación. Vi que ya no estaba tan tenso y cuando ladeó la cabeza hacia mí, lo interpreté como un sutil gesto de invitación. Di un paso hacia él.

—Ya ha sido bastante malo para él tener que volver aquí —murmuró Chubs, más para sí mismo que para mí—. Dios...

—¿Liam? —dije—. Por lo que entiendo, fue aquí donde lo capturaron junto con sus amigos, ¿es eso?

Chubs asintió.

—Nunca me ha contado la totalidad de la historia, pero *creo* que lo que pasó fue que Felipe y él se tropezaron con una tribu de Azules. En lugar de reclutarlos, como se esperaba Lee, los de la tribu les dieron una paliza y les robaron todo lo que tenían: comida, mochilas, fotografías familiares, todo. Se instalaron aquí unos días con la

intención de recuperar fuerzas, pero estaban tan hechos polvo que no pudieron eludir a los rastreadores cuando los encontraron.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Lee cree que es probable que los de aquella tribu los delataran —prosiguió Chubs—. Que cobraron una buena recompensa por ello.

No sabía qué decir. Solo de pensar que un niño, uno de los nuestros, era capaz de ponerse en contra de los suyos a cambio de dinero, me entraron ganas de destrozar la estantería en la que estábamos apoyados y convertirla en un montón de chatarra.

—Confío en Liam —dije en voz baja—. Es muy buena persona, pero los demás lo calan enseguida... y creo que *esta gente* no tiene buenas intenciones.

—Pienso exactamente lo mismo —dijo Chubs—. Se esfuerza tanto en buscar la parte buena de la gente que pasa por alto el cuchillo que llevan en la mano.

—E incluso entonces, se echaría a sí mismo la culpa de que la gente llevara ese cuchillo y se disculparía por ser un blanco tan tentador.

Eso era lo que más me preocupaba de Liam: era tan confiado y tenía tan buen corazón que habría sido un perfecto *boy scout*. Me parecía una muestra asombrosa de terquedad o de ingenuidad que alguien que había visto tanta muerte y sufrimiento siguiera creyendo incondicionalmente que todo el mundo era tan íntegro como él. Su carácter me inspiraba simultáneamente exasperación e instinto de protección, y lo mismo le pasaba a Chubs, por lo visto.

—Creo que ambos sabemos que no es ni mucho menos perfecto, por mucho que se empeñe en serlo —dijo Chubs, sentándose en el suelo y apoyando la espalda contra una estantería vacía—. Nunca ha sido un gran pensador. Siempre se precipita y corre a hacer lo que su instinto le dicta, y luego cuando la realidad le estalla en la cara, se machaca con autocompasión y culpabilidad.

Asentí, jugueteando con un desgarrón en la manga de mi nueva camisa de cuadros que ni siquiera había visto. Después de oírlo hablar con Zu, había comprendido que se sentía tremendamente culpable por lo sucedido la noche de la fuga, aunque por lo que parecía, el problema era todavía más profundo.

—Te lo remendaré luego —dijo Chubs, señalando el tejido rasgado. Tenía las palmas de la mano abiertas sobre las huesudas rodillas y tamborileaba sobre ellas con los dedos—. Recuérdamelo.

—¿Quién te enseñó a coser? —pregunté.

Al parecer, no era la pregunta adecuada, pues Chubs enderezó la espalda y se quedó rígido, como si acabara de lanzarle un cubito de hielo por el cuello de la camiseta.

—Yo no sé *coser* —me espetó—. Sé *suturar*. Coser tiene una finalidad decorativa, suturar sirve para salvar vidas. No lo hago porque sea divertido. Lo hago porque es práctico.

Me miró por encima de la montura de las gafas, esperando a ver si yo había captado lo que acababa de decirme.

—Mi padre me enseñó a realizar puntos de sutura antes de que yo pasase a la clandestinidad —dijo por fin—. Por si acaso tenía que enfrentarme a alguna urgencia.

—¿Es médico? —pregunté.

—Es cirujano especializado en traumatología —respondió Chubs con orgullo—. Uno de los mejores de Washington, D. C.

—¿Y tu madre?

—Trabajaba en el Departamento de Defensa, pero la despidieron cuando se negó a incorporarme a la base de datos de la ENIAA. Ahora no sé a qué se dedica.

—Suena estupendo —dije.

Chubs rio, y comprendí que aquel cumplido le había gustado.

Pasaron los minutos y la conversación fue decayendo. Cogí el cuadernillo de Zu y lo abrí por el principio. Las primeras páginas contenían dibujos y garabatos, y a continuación seguían páginas y más páginas de problemas de matemáticas. La caligrafía de Liam era clara y precisa y, sorprendentemente, también lo era la de Zu.

Betty recorrió 195 kilómetros en tres horas. ¿A qué velocidad conducía Lee?

Tienes cinco barritas de caramelo para compartir con tres amigos. Las partes por la mitad. ¿Cuánto le corresponde a cada amigo? ¿Cómo puedes asegurarte de que lo que sobre se reparte equitativamente para que Chubs no se queje?

Y luego pasaba a una página con una caligrafía completamente distinta. Emborronada y descuidada. Las letras eran más oscuras, como si la persona que las había escrito lo hiciera apretando muy fuerte contra el papel.

Estoy fascinado por Swift, es uno de mis autores favoritos. Sobre este libro, fuera de comentarios poco inteligentes, no sé qué más puedo mencionar que no se haya dicho ya. Debo destacar la brillantez de sus juegos de palabras y no puedo dejar de comentar las similitudes con Robinson Crusoe, en especial el contacto que se establece en la parte a bordo del barco rumbo a Liliput. Una interacción entre parodia y originalidad tan brillante como esta no abunda. Cuando empieza la historia, nos encontramos un Gulliver soñador, aventurero y deseoso de conocer mundo por mar. En la novela visita distintos lugares, donde podemos ver la evolución del personaje. Si tuvieras que elegir, no me digas que no te decantarías por la parte dedicada a la isla Laputa, donde te sentirías como en el paraíso, pudiendo dedicarte a

estudiar todo el día; yo lo echo de menos. Este libro es perfecto para los que disfrutan con la literatura de viajes y con un fondo de reflexión, y para los que querrían viajar por al menos medio mundo. A través de cada viaje, el personaje evoluciona y tú te transformas con él. Si estás buscando una novela para empezar a leer, quiero recomendarte encarecidamente esta genial obra.

—Mmm... —Le enseñé a Chubs aquella página—. ¿Es tuyo esto?

—Dámelo —dijo.

Su expresión era de pánico. No solo pánico, por el modo en que se le ensancharon las aletas de la nariz y le temblaron las manos, era casi como si le hubiese dado un susto de muerte. El sentimiento de culpa se apoderó de mí. Le devolví la libreta y arrancó la hoja.

—Oye, lo siento —dije, preocupada al ver que se había quedado blanco—. No lo he hecho con mala intención. Pero me preguntaba por qué te dedicas a escribir ensayos cuando crees que nunca jamás volveremos al colegio.

Me miró fijamente unos segundos, hasta que finalmente suavizó su impenetrable expresión. Soltó todo el aire que había retenido en sus pulmones.

—No estoy practicando para volver al colegio. —Y en lugar de guardarse la hoja de papel, la dejó en el suelo, entre los dos—. Antes... antes de entrar en el campamento, mis padres pensaban que los de las FEP estaban investigándolos, y no se equivocaban, como bien sabes. Me escondieron en la cabaña de mis abuelos y... ¿te acuerdas lo que te dije sobre el control policial que impusieron sobre Internet? Tuvimos que idear una forma de eludirlo, sobre todo a partir del momento en que empezaron a presionar a mi madre en el trabajo.

Miré de nuevo la hoja.

—¿Y le enviabas comentarios sobre libros?

—Tenía un ordenador portátil y varias tarjetas para conectarme a Internet —dijo—. Publicábamos los comentarios de los libros en la red. Era la única manera que se nos ocurrió de hablar sin que ellos se enteraran de lo que decíamos.

Se inclinó sobre el papel y tapó el texto de modo que quedara visible una columna formada por la primera palabra de cada línea. «Estoy fuera no puedo contacto. Interacción donde y cuando digas te echo de menos te quiero».

—Oh.

—Ahora quería escribirle —dijo Chubs—. Por si acaso puedo conectarme, aunque solo me quedan unos minutos.

—Eres un genio —dije—. Todos en tu familia sois unos genios.

La respuesta fue un bufido.

—No me digas.

Pero la pregunta que de verdad quería formularle me ardía en la garganta. Extrajo entonces una baraja de cartas del maletín que tenía a su lado.

—¿Te apetece jugar unas partidas? —dijo—. Creo que aquí tenemos para rato.

—Por supuesto... aunque solo sé jugar a las Parejas y a la Pesca.

—Muy bien. —Tosió para aclararse la garganta—. No tenemos la baraja adecuada para jugar a las Parejas y, por desgracia para ti, soy un maestro jugando a la Pesca. En quinto gané un concurso jugando a la Pesca.

Sonreí y esperé a que repartiera las cartas.

—Eres una estrella, Chubs, un... —Arrugó la nariz al oír mi calificativo—. No puedo llamarte otra cosa si desconozco tu verdadero nombre.

—Charles —dijo—. Charles Carrington Meriwether IV, de hecho.

Intenté mantenerme impertérrita. Por supuesto, no podía haberse llamado de otra manera.

—Muy bien, Charles. ¿Charlie? ¿Chuck? ¿Chip?

—¿Chip?

—No sé, lo encuentro mono.

—Uf. Llámame Chubs y ya está. Como todo el mundo.

Lo averigüé.

Debían de ser más de las cinco de la mañana, mucho después de que diéramos por finalizadas diversas y delirantes payasadas y partidas de cartas, consecuencia de un exceso de caramelos y una tremenda falta de sueño. Ambos esperábamos que la cosa cayera por su propio peso, que se acabara demostrando que teníamos razón con respecto a aquellos chicos. Nos agenciamos un bate de béisbol y no le dimos la espalda a las tiendas en las que dormían en ningún momento. Cuando el agotamiento pudo por fin con nosotros, fuimos turnándonos para dormitar un ratito en el suelo.

Cogí de nuevo el cuaderno de Zu para evitar la tentación de adormilarme acunada por los ronquidos rítmicos de Chubs y añadí unas cuantas nubes y estrellas a la primera página de garabatos. Volví a hojear el cuaderno y las páginas se fueron como un abanico, hasta que las detuve al dar con lo que estaba buscando.

«540».

Era un prefijo telefónico de la zona del estado en la que nos encontrábamos. Seguro. La abuela había vivido un tiempo cerca de Charlottesville y yo tenía un recuerdo muy vago de estar en la cocina de casa de mis padres y ver ese número escrito en la libreta que había al lado del teléfono. Pero el área que abarcaba... no era un territorio pequeño y, por otro lado, nada garantizaba tampoco que el número representara un prefijo telefónico.

Ahora, sin tres pares de ojos ansiosos puestos en mí, me resultaba más fácil pensar, aunque lo complicaba un poco el hecho de que estuviera en reserva, en lo que al nivel de sueño se refiere. Como tenía mucho tiempo por delante, empecé de nuevo: cambiando el orden de los números, intentado crear anagramas, sustituyendo unas letras por otras.

La sensación fue apoderándose poco a poco de mí, abriéndose paso entre las partes más abigarradas y cansadas de mi cerebro. Ese número, el 540... ¿dónde lo había visto? ¿Por qué me parecía que...?

Y a punto estuve de echarme a reír a carcajadas cuando caí en la cuenta. A punto.

Había visto aquel número en la radio despertador de los recuerdos de Greg, hacía apenas unas horas, con un resplandor deslumbrante que iluminaba incluso los turbios nubarrones de su cerebro.

Era 540 AM: una emisora de radio.

Con zarandear a Chubs para que se despertara no me bastó, no cuando la emoción me desbordaba por todas partes. Me abalancé sobre su espalda, dándole un susto de muerte y, sin querer además, un golpe tremendo en los riñones. No sé muy bien qué sonido emitió cuando caí sobre él, pero no me pareció lo que se dice muy humano.

—¡Despierta, despierta, despierta! —le dije entre dientes, tirando de él, enfurruñándome, maldiciendo para que se pusiera en pie—. Cuando os dijeron eso de «EDO», ¿os dieron algún detalle más?

—Oye, Verde, si mañana puedo andar será un verdadero milagro...

—¡Escúchame! —dije aún entre dientes—. ¿Mencionaron algo sobre sintonizar, o sobre captar?

Me lanzó una mirada funesta.

—Lo único que dijeron fue que comprobáramos Edo.

—¿Comprobar? —repetí—. ¿Eso fue exactamente lo que dijeron?

—¡Sí! —respondió, exasperado—. ¿Por qué?

—Antes me equivoqué —dije—. Creo que el número no tiene nada que ver con un prefijo telefónico. Estábamos en lo cierto. La última letra no es una letra... es un cero. Cinco cuarenta. Es una emisora de radio.

—¿Y cómo demonios has llegado a esa conclusión?

Ah. Ahora venía lo complicado. Cómo ocultar el hecho de que los había engañado y había visto la respuesta, que habían sido mis supuestas facultades mentales las que habían resuelto el acertijo.

—Estaba pensando en otras cosas que tengan tres dígitos y entonces he recordado que ellos, Greg y sus chicos, mencionaron que tenían que encontrar una radio en el establecimiento. Ya sé que os lo tendría que haber dicho antes, pero es que no le he

dado importancia hasta ahora.

—Dios mío. —Chubs movió la cabeza de un lado a otro, pasmado—. No puedo creérmelo. Sinceramente, en este viaje de mierda hemos tenido tan mala suerte que ya empezaba a pensar que al menos dos de nosotros acabarían muertos y enterrados antes de que lo averiguásemos.

—Necesitamos una radio —dije—. Creo que tengo razón, pero por si acaso... deberíamos poner a prueba mi teoría antes de comunicárselo a los demás.

—¿Betty?

—¡No! —No pensaba dejar la tienda sin vigilancia, ni siquiera un cuarto de hora—. Me ha parecido ver una radio por la parte posterior del local. Voy a buscarla.

Eché a correr. El establecimiento me envolvía en haces oscuros y colores apagados, pero nada de lo que pudiera acecharme me daba miedo en aquel momento. Por suerte, lo de la radio no fueron imaginaciones mías. Estaba debajo de la pequeña montaña de maderas y mantas que habían reunido Liam y su amigo durante el tiempo que habían pasado aquí.

Cuando regresé, me encontré a Chubs deambulando delante de las estanterías. Dejé la radio despertador en una de ellas, a la altura de nuestros ojos, y empecé a tocar botones, buscando el del encendido.

Tenía que ser yo la que la encendiera, y la que manoseara el botón del volumen, que hasta el momento no hacía otra cosa que machacarnos los oídos con interferencias. Era una radio despertador vieja, una maltrecha cajita plateada, pero funcionaba. Los altavoces empezaron entonces a emitir sonidos de voces, de cuñas publicitarias e incluso alguna que otra canción antigua que reconocí.

—Tiene que ser una emisora AM —dijo Chubs, cogiendo la radio—. Las frecuencias de FM no van más allá del 108, creo. Veamos...

Lo primero que pensé fue que Chubs no había sintonizado la emisora adecuada. Jamás en mi vida había escuchado un sonido como el que vomitaban los altavoces: un gruñido grave de parásitos salpicado por algo que sonaba como una bañera llena de cristales rotos que alguien estuviera removiendo. No era doloroso como el Ruido Blanco, pero tampoco resultaba especialmente agradable.

Pero vi que Chubs seguía sonriendo.

—¿Sabes qué es? —me preguntó. Y estuvo encantado de explicármelo cuando vio que le respondía con un gesto negativo—. ¿Sabías que existen determinadas frecuencias y tonos que solo pueden captar los niños con cerebro psi?

Me sujeté en la estantería para no caerme. Sí que lo sabía. Cate me lo había contado cuando me dijo que los supervisores del campamento habían incrustado en el Ruido Blanco una determinada frecuencia que servía para desenmascarar a los elementos más peligrosos que siguieran ocultos en las otras cabinas.

—No es tanto que los demás no puedan oír el ruido, sino que su cerebro traduce

los sonidos de un modo diferente a como lo hacemos nosotros... es fascinante. Hicieron algunas pruebas en Caledonia, para ver si existían determinados tonos que los de un color captaban y los de otros colores no, y siempre sonaba así cuando...

Y antes de que pudiera terminar la frase, se oyó un clic y el ruido se apagó. Lo substituyó una suave voz masculina que susurró lo siguiente: «Si puedes oír esto, eres uno de los nuestros. Si eres uno de los nuestros, podrás encontrarnos. Lake Prince. Virginia».

El mensaje se repitió tres veces, luego volvió a sonar el clic y reapareció la frecuencia que habíamos escuchado antes. Incapaces de hacer otra cosa, Chubs y yo nos quedamos mirándonos, sin habla.

—¡Dios mío! —dijo Chubs—. ¡Dios mío!

Y luego empezamos a decirlo los dos, a saltar y dar brincos, a agitar los brazos como si nos hubiésemos vuelto locos, como si durante los últimos días no hubiésemos estado a punto de llegar a las manos no sé cuantas veces. Lo abracé sin ningún miedo ni cohibición; con pasión, embargada por la emoción hasta el punto de que se me llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Hasta te daría un beso! —exclamó Chubs.

—¡No, por favor! —dije jadeando.

Me abrazaba con tanta fuerza que pensé que acabaría rompiéndome las costillas.

Liam, bien como consecuencia de su reloj interno o bien por culpa de los gritos de Chubs, fue el primero en despertarse. Por el rabillo del ojo le vi asomar la despeinada cabeza rubia por debajo de la solapa de entrada a la tienda. Nos miró una sola vez y desapareció de nuevo hacia el interior, para emerger otra vez al cabo de un segundo con una expresión dividida entre la perplejidad y la preocupación.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Qué sucede?

Chubs y yo nos miramos, con una sonrisa idéntica.

—Despierta a Zu —dije—. Los dos vais a querer escuchar lo que tenemos que contaros.

CAPÍTULO DIECISIETE

Según Chubs, Jack Fields era el segundo hijo de una familia de cinco hermanos y el único de ellos que había sobrevivido a la enfermedad neurodegenerativa idiopática aguda en adolescentes. Su padre tenía un restaurante italiano y su madre había muerto de cáncer cuando era pequeño. Jack era un chico de aspecto normal, el típico chico que nunca llama la atención en el patio del colegio. Pero era frío como el acero, el único del grupo que sabía de qué hablaba Liam cuando empezaba a contar películas japonesas de terror o comentaba artículos publicados en números atrasados de Rolling Stone. Le gustaba contar historias imitando todo tipo de voces y había dedicado años a dibujar una réplica del perfil de los edificios de Nueva York en las pizarras del aula reconvertida donde se alojaban. Los soldados de las FEP que custodiaban su aula estaban tan impresionados con el detallismo de su obra que incluso le habían dejado seguir trabajando en ella.

Pero lo más destacado era que Jack disfrutaba fastidiando a los supervisores del campamento con sus facultades, que le permitían soltar los objetos que pudieran llevar sujetos al cinturón, vaciar el contenido de sus bolsillos o echarles cosas en el camino para que tropezaran y cayeran al suelo delante de todo el mundo. Por lo que contaba Chubs, cualquiera se imaginaria a Jack Fields como un santo, un discípulo de lo Sobrecogedor, que predicaba a su manera la forma correcta de utilizar las aptitudes de los Azules después de haber dedicado años a conocer todos sus misterios.

Razón por la cual fue el primero al que los supervisores del campamento dispararon en la nuca la noche en que los chicos intentaron fugarse.

Liam conducía en silencio. Estábamos cerca de las afueras de Petersburg y Liam se había limitado a asentir un par de veces para confirmar la veracidad de los fragmentos más alocados de la historia que estaba contando Chubs. Se había emocionado tanto como nosotros cuando lo habíamos arrastrado hasta la radio para que escuchase la emisora pero poco a poco, con el paso de las horas, su buen humor se había ido esfumando. Cuando Chubs acabó con su repertorio de historietas, la conversación en el monovolumen se quedó en nada.

—Esto era muy bonito —dije de repente, y me miraron con mala cara por lo raro del comentario—. Lake Prince, quiero decir.

Liam parecía más triste que estresado. Y eso era lo que me preocupaba, que estuviese hundiéndose en un estado del que ni siquiera nuestro gran avance pudiera liberarlo.

—Seguro que tienes razón —dijo en voz baja. Me pasó el mapa a medio doblar—. ¿Puedes guardarlo en la guantera?

Cuando abrí el pequeño compartimento no andaba buscándolas, pero allí estaban,

entre un montón de pañuelos de papel arrugados.

La verdad era que me esperaba sobres, o como mínimo hojas rayadas de bloc. Lo cual era una estupidez y no tenía sentido, puesto que en el campamento no teníamos precisamente clase de trabajos manuales. El papel y los lápices no los regalaban. Pero aún así, no sé por qué esperaba que las cartas fueran más... voluminosas. Que tanto Chubs como Liam llevaran las suyas encima.

La carta de Jack era la de encima de todo, escrita en lo que parecía letra de ordenador y doblada varias veces. En el reverso del papel había conseguido meter casi con calzador, en estrechas letras mayúsculas, el nombre de su padre, entre dos palabras de gran tamaño escritas en negro: «ÁREA RESTRINGIDA».

En lugar de guardar el mapa, saqué la carta, sin hacer apenas caso a la discusión en la que se habían enfrascado Liam y Chubs sobre cuál era el mejor camino para llegar a Lake Prince. Tenía la mente concentrada en los dedos, que deslizaba sobre el papel arrugado para ir alisándolo a medida que lo desplegaba. En la esquina superior derecha no se veía fecha alguna, sino que la carta iba apresuradamente directa al grano: «Querido papá».

No me dio tiempo a leer nada más. Liam extendió el brazo y me arrancó el papel de las manos, arrugándolo en un puño cerrado.

—¿Pero qué haces?

—Lo siento, yo solo...

—¿Tú solo *qué*? —gritó. Noté un estremecimiento en todo el cuerpo—. ¡Es personal! Lo que pone ahí no es asunto tuyo.

—Lee... —dijo Chubs, tan sorprendido como yo—. Tranquilo.

—No, esto es un asunto muy grave. ¡Aquí nadie lee las cartas de los demás!

—¿Nunca? —dije—. ¿Y si no puedes localizar a su padre y la carta contiene alguna pista sobre dónde podría estar?

Liam empezó a negar con la cabeza, y siguió haciéndolo incluso cuando Chubs dijo:

—Tiene sentido.

Liam siguió sin decir nada, pero las manos le empezaron a temblar sobre el volante. Lo que más me dolía era su silencio, y cuando me vi incapaz de soportarlo un segundo más, puse la radio, rezando para que sonara una canción de los Allman Brothers. Pero Betty captó una emisora con un programa de entrevistas de actualidad.

«... los niños permanecen confinados por su propio bien, no solo por la seguridad del pueblo norteamericano. Fuentes bien informadas en el seno de la administración Gray me han comunicado que en todos aquellos casos que un niño ha abandonado la rehabilitación antes del tiempo recomendado se ha producido una muerte prematura. Resulta imposible reproducir la rutina de medicación, ejercicio físico y estímulos que los centros de rehabilitación aplican para mantener a los niños con vida».

Liam presionó el botón de encendido con el nudillo, con la intención de apagar la radio. Pero el sintonizador saltó a la siguiente emisora, y esta vez fue una voz femenina la que nos dio la mala noticia.

«Fuentes bien informadas comunican que dos psi fugitivos han sido apresados en la frontera entre Ohio y Virginia Occidental, viajando a pie...».

Betty entró a tal velocidad y de forma tan repentina en el área de descanso que juraría que lo había hecho sobre dos únicas ruedas. Liam aparcó en diagonal, ocupando tres espacios y puso el freno de mano a la vez que decía:

—Ahora vuelvo.

Lo tenía a mi lado, pero al momento vimos la espalda de su camiseta roja saltando un charco de agua estancada, dirigiéndose hacia el edificio de ladrillo de estilo colonial y las máquinas expendedoras.

—Eso ha sido... espectacular.

Me giré en el asiento para mirar a Chubs, que estaba tan confuso como yo.

—¿Qué le digo?

Chubs me lanzó una de sus miradas.

—¿En serio? ¿Necesitas que te lo explique?

No tenía ni idea de a qué se refería, pero salí de todos modos. Seguí el recorrido de rabia y frustración de Liam, más allá de los servicios, mas allá de la abandonada sala de descanso, y continué hacia el otro lado del edificio, un rincón lleno de hierbajos y árboles que de ninguna manera podríamos haber visto desde Betty.

Estaba de espaldas a mí, apoyado en la pared del área de descanso. De brazos cruzados, con el pelo encrespado. Pensaba que estaba inmóvil como un zorro, pero adiviné justo el momento en que me planté a su lado. Su dolor impregnaba el ambiente, nos envolvía como la humedad, se me filtraba en la piel. Sentí los dedos invisibles despertándose en aquel recóndito lugar de mi cerebro. Aullando, como un felino que lleva demasiado tiempo encerrado en una jaula.

Guardé las distancias.

—¿Lee?

—Estoy bien. Vuelve al coche. —Su voz sonaba de nuevo animada, aunque forzada.

Pero entonces se puso en cuclillas y, acto seguido, se sentó en el suelo. Yo no me moví, sin embargo, no hasta que él se inclinó hacia delante y hundió la cabeza entre las rodillas, como si estuviera a punto de vomitar hasta la primera papilla.

Me quedé mirando fijamente el punto de su nuca donde el cabello rubio se le rizaba, el punto en que los rastros de una magulladura desaparecían bajo el cuello de la camiseta. Levanté la mano con deseos de apartar el tejido, de ver hasta dónde llegaba aquella desagradable cicatriz. De ver qué otras heridas ocultaba.

«Lo has tocado en alguna que otra ocasión», me susurró una voz interior «y no ha

pasado nada...».

Pero di un paso atrás para alejarme. Me situé, no justo detrás de él, sino hacia un lado. Distancia. La distancia me convenía.

—Tienes razón, ¿sabes? —dijo en voz baja—. No quiero encontrar al Huidizo con la única intención de entregarle la carta de Jack. Ni siquiera pretendo utilizarlo para que me ayude a localizar a mi familia. Sé dónde están y sé cómo ponerme en contacto con ellos, pero no puedo volver a casa. Todavía no.

Por detrás, oí el sonido de las puertas correderas de Betty al abrirse, pero el ruido no quebró el silencio de aquel momento.

—¿Por qué no? Estoy segura de que tus padres te echan de menos.

Liam apoyó las manos en las rodillas, dándome aún la espalda.

—¿Te lo ha contado Chubs... te ha dicho algo sobre mi relación con la Liga?

Liam no me veía, pero hice un gesto negativo con la cabeza.

—Harry, mi padrastro, sabía desde un buen principio que la Liga de los Niños era un mal rollo. Decía que nos utilizarían mucho peor de lo que pudiera llegar a utilizarnos Gray, y que no derramarían ni una sola lágrima si moríamos ayudándolos. Incluso después... incluso después de lo de Claire. Claire es, era, mi hermana pequeña. —Tosió para aclararse la garganta y poder seguir hablando—. Incluso después de que Claire se fuese, solía recordarme que por mucho que lucháramos jamás lograríamos recuperarla. Cole se había alistado ya con ellos, y volvió para convencerme de que lo acompañara. A luchar.

Era. *Era* mi hermana. *Se fue*. Otra víctima de la ENIAA.

—Me dejé convencer. Estaba muy rabioso: odiaba a todo y a todo el mundo, pero no tenía a quién dirigir ese odio. Estuve con ellos semanas, entrenándome, permitiendo que me transformaran en un arma. En el tipo de persona capaz de acabar con la vida de un inocente simplemente porque eso satisfacía sus necesidades y lo que *ellos* querían. Mi hermano se había convertido en un desconocido para mí; en la habitación tenía incluso esa... esa cosa que él llamaba «gráfico de muertes». Y cada vez que mataba a alguien importante, lo anotaba en el gráfico. Cada vez que completaba una misión. Y yo llegaba después de pasarme el día entero entrenando, miraba el gráfico y me decía: «¿Cuántas de estas personas debían de tener familia? ¿Cuántas de estas personas tendrían otras personas que las necesitaban igual que nosotros necesitábamos a Claire?». Y esa es la cuestión... que todos tenían seres queridos, Ruby, estoy seguro. La gente no vive aislada.

—De modo que lo dejaste.

Asintió.

—Tuve que darme a la fuga durante un simulacro que realizábamos al aire libre. Y estaba intentando regresar con mi madre y con Harry cuando los de las FEP me capturaron. —Se giró por fin para mirarme—. No puedo volver todavía con ellos, no

hasta que me lo gane. No hasta que compense lo que hice.

—¿Pero de qué hablas?

—Mientras estaba con los de la Liga comprendí que los únicos que podían ayudarnos éramos nosotros mismos. Por eso elaboré un plan para fugarnos de Caledonia... —La voz de Liam perdió intensidad. Dijo a continuación—: Fue horrible. *Horrible*. Les fallé por completo, y después de aquello me prometí solventarlo. Por eso cuando... —Se interrumpió de nuevo—. Ya has oído lo que decían en la radio. Solo conseguimos salir unos cuantos y van capturándonos como conejos en temporada de caza. ¿Así que *por qué* quiero volver a hacerlo? ¿Por qué no puedo dejar de pensar en ello? Lo único que deseo es ayudar a más chicos a salir de Caledonia, de Thurmond, de todos y cada uno de los campamentos.

«Oh», pensé aturdida. Mi única intención en todo momento había sido localizar al Huidizo para que me ayudase, para que me enseñase a controlar mis facultades. Y mientras, Liam deseaba encontrarlo porque estaba seguro de que el Huidizo sí podría ayudar a los demás. Porque estaba seguro de que juntos averiguarían la manera de salvar a los niños a los que nos habíamos visto obligados a dejar atrás.

—Es tan injusto... Llevo toda la mañana pensándolo, es tan condenadamente injusto que yo esté aquí, tan cerca de encontrar East River, mientras que todos los demás ya no están. —Cerró el puño y se apretó los ojos—. Me dan náuseas. No puedo dejar de pensar en ello. No puedo. Esos niños de los que hablaban en la radio... estoy seguro de que eran de Caledonia. Yo solo... —Cogió aire con fuerza—. ¿Crees... crees que se arrepienten de haberme seguido?

—Ni por un segundo —dije—. Escúchame bien. Tú no obligaste a nadie a seguirte. Solo les diste lo que los soldados de las FEP y los supervisores del campamento les habían robado: la posibilidad de elección. Es imposible vivir en un lugar como esos campamentos sin saber las consecuencias. Si esos chicos te siguieron, fue porque así lo *eligieron*. Creyeron en ti cuando les dijiste que todos volveríamos algún día a casa.

—Pero en su mayoría no lo lograrán. —Liam movió la cabeza en un gesto negativo—. En cierto sentido, habría sido más seguro para ellos quedarse en el campamento, ¿verdad? No los habrían cazado de esa manera. No habrían tenido que ver el miedo que les tienen todos, o sentir que no tienen cabida en este mundo.

—¿Pero no crees que es mejor haber podido darles a elegir? —pregunté.

—¿Lo es?

La cabeza me echaba humo y me dolía la espalda. Cuando por fin se me ocurrió algo que decir, Liam estaba incorporándose.

—¿Qué haces todavía aquí?

Su voz no sonaba enojada ni inquieta. Ya no.

—Mirarte la espalda.

Movió la cabeza y esbozó una triste sonrisa.

—Tienes mejores cosas de que preocuparte.

—Lo siento de verdad. —La frase me salió atropelladamente de los labios—. No debería haber abierto la carta. No era un asunto de mi incumbencia. Lo hice sin pensar.

—No... no, soy yo el que lo siente. No quería pagarlo contigo. Dios, era como si mi padre estuviera hablando a través de mí. Lo siento muchísimo.

Liam bajó la vista, y cuando volvió a mirarme, lo hizo con una expresión tensa. Me pareció que iba a ponerse a gritar, o a romper a llorar, y me vi impulsada hacia él al mismo tiempo que él daba un peligroso paso más hacia mí. Me derretí al mirarlo a los ojos, pero quería conocer su verdad, aun temiendo que la intensidad de su mirada acabara abrasándome.

—Volvamos al coche —dijo—. Estoy bien. No debería haber dejado otra vez solos a ese par.

—Creo que necesitas otro minuto más —dije—. Y creo que deberías tomártelo. Porque cuando vuelvas a entrar en ese coche, habrá personas que dependerán de ti.

Intentó cogerme la mano, pero me eché hacia atrás.

—No sé qué eres... —empezó a decir.

Cuánto deseaba cogerle la mano cuando me la ofreció. Pero notaba la mía paralizada, aguijoneada por el dolor.

—Este... —Indique con un gesto el espacio que quedaba entre los dos—. Este es un lugar donde no es necesario que mientas. Lo que he dicho antes iba en serio, pero no puedo ayudarte si no me cuentas de verdad lo que piensas. Si necesitas hablar, o desfogarte, o gritar, hazlo conmigo. No te levantes y digas otra vez, ya está, ya pasó todo... como siempre haces. Sé que piensas que estás protegiéndonos, pero Lee, ¿qué pasará si un día te vas y no vuelves?

Avanzó un paso hacia mí, con la mirada ensombrecida debido a algo que me resultaba imposible identificar. Hasta entonces, hasta que se me acercó en aquel momento, no me había dado cuenta de lo alto que era. Se inclinó hasta que nuestras caras quedaron al mismo nivel. Comprendí lo que habría hecho de haber sido las nuestras unas circunstancias distintas. De haber tenido control sobre mi persona. Comprendí qué deseaba Liam.

Qué deseaba yo.

Resbalé con una piedra al retroceder, rocé la pared con la espalda y me sumergí en una espiral de pánico. La expectación resultaba emocionante, igual que saborear su proximidad. Tal vez su enfado se hubiese evaporado, pero fuera lo que fuera lo que sentía Liam en aquel momento era más intenso que lo anterior, más fuerte que el dolor, la frustración o la rabia. La frase «Aléjate de mí» y la palabra «No» luchaban por salir de mi boca, aprisionadas entre el terror y el deseo. Los labios de Liam

pronunciaron mi nombre, pero mis oídos no captaban nada que no fuese el fluir de la sangre.

Intenté una última vez alejarme, pero las rodillas, traidoras, no me sostuvieron ya más. Empecé a ver puntitos de todos los colores del arcoíris.

Y fue entonces cuando me cogió, solo que esta vez fue para levantarme, no para atraerme hacia él. Dio lo mismo. En el instante en que sus manos me rodearon por la cintura, Liam desapareció.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Tenía los ojos cerrados, pero sabía perfectamente lo que había sucedido. Sabía que sus pupilas se habían encogido para dilatarse acto seguido, para quedar tan abiertas como vulnerables. A la espera de una orden.

El cerebro de Liam era un borrón de colores y luces. De repente me encontraba junto a un niño rubio con pelele, aferrado a la mano de una mujer. A continuación me apoyaba en el parachoques delantero de un coche antiguo, acompañado por un hombre de expresión bondadosa y brazos fuertes que señalaba el motor del coche. Luego vi la cara de un niño que salía despedida hacia atrás después de que yo le diera un puñetazo en la nariz, oí el rugido de aprobación del círculo de niños que se había formado a nuestro alrededor. Vi las piernas larguiruchas de Chubs colgando del extremo de la litera superior, y luego me encontré justo delante de Black Betty, viendo cómo Zu montaba en el asiento de atrás, con aspecto frágil y famélico.

Y luego me vi a mí.

Me vi a mí con la luz del sol reflejada en el pelo oscuro, partiéndome de risa en el asiento del acompañante. No sabía que mi imagen fuera esa.

No.

No.

«¡No! No quiero ver...».

Le di un bofetón. El sonido resonó entre las ramas de los árboles. El dolor me abrasó la mano y se extendió rápidamente por el brazo hasta alcanzar el pecho. Oí también algo más... un chasquido, como un hueso seco partiéndose. Me tambaleé, como si hubiera sido él quien me había pegado a mí. Y casi deseaba que hubiera sido así, puesto que el dolor me habría distraído de la mareante sensación de aturdimiento que vino después.

Caí presa del pánico. Por mis innumerables experiencias en Thurmond sabía que la mejor manera de interrumpir una conexión era hacerlo despacio, con cuidado. Desenmarañar uno a uno los hilos invisibles que nos unían. ¿Qué fue exactamente lo que sucedió con Sam? Un movimiento equivocado y me retiré tan deprisa y tan enérgicamente de su cerebro que le arranqué con ello cualquier vestigio de mí.

¿No fue eso?

¿No fue eso?

El dolor fue menguando a medida que me alejaba de él.

—¿Ruby?

¿Por qué siempre me ocurría aquello? ¿Por qué no podría contenerme aunque fuese solo por una vez?

Liam me miraba. Me miraba a mí, no a través de mí. Me miraba fijamente, o

quizá completamente perplejo. Me fijé en el cardenal que se le empezaba a formar en la mejilla.

¿Lo habría oído bien? ¿Mi nombre?

—¿Qué demonios ha pasado? —Soltó una media carcajada—. Es como si acabara de pegarme el defensa de un equipo de fútbol.

—He resbalado...

¿Y qué podía decir? Tenía la verdad en la punta de la lengua, a la espera, pero si Liam lo supiese, si supiese lo que acababa de hacerle...

—Y ahí estaba yo, intentando ser valiente y todo ese rollo, presto a recogerte. —Rio entre dientes y buscó el árbol más cercano para apoyarse—. ¡Lección aprendida! La próxima vez te dejo caer, pequeña, porque, *tío*, pegas fuerte...

—Lo siento —musité—. Lo siento mucho...

Liam dejó de reír.

—Verde... sabes que hablo en broma, ¿no? De verdad, hay que ser especial para que te tumbe la misma persona a la que intentas recoger. Además de recordarme algún que otro momento humillante de las clases de educación física en el colegio, estoy bien, sinceramente... ¿qué pasa?

«¿Recuerdas de qué estábamos hablando?».

—Oh, Dios mío —dijo, dándose de pronto cuenta de que yo seguía en el suelo—. ¿Estás bien? No puedo creer que ni siquiera te lo haya preguntado... ¿te has hecho daño?

Evité la mano que me tendía. Era demasiado pronto.

—Estoy bien —dije—. Creo que deberíamos ir volviendo. No has apagado el motor de Betty.

Mi voz sonó tranquila, pero por dentro me sentía como en medio de un desierto. Toda la esperanza que había brotado, que había crecido y se había expandido, que había dado sus frutos, se había secado en un solo instante. Había cometido un error, pero él no lo sabía. Los demás nunca se daban cuenta.

No podía volver a pasar. Esta vez había tenido suerte; él seguía acordándose de mí, aun cuando no recordara lo que yo había hecho, pero nada garantizaba que tuviera siempre esa misma suerte.

Se acabó lo de tocarse. Se acabó lo de acariciarle el brazo, se acabó lo de un hombro que roza el hombro del otro. Se acabó lo de darle la mano, por cálida y acogedora que fuese.

Solo eso era ya motivo suficiente para localizar al Huidizo y suplicarle que me ayudara.

—Sí... ya —dijo, asintiendo, pero no pasé por alto su entrecejo fruncido al volver a mirarme, ni el tremendo dolor en el pecho que sentí cuando pasó por mi lado y no extendió la mano para alcanzar la mía.

Iniciamos el camino de regreso al monovolumen, yo cinco pasos por delante de él. Rodeamos el muro del área de descanso, pasamos junto a las fuentes de agua y luego entre los bancos metálicos y las mesas protegidas bajo el voladizo. Doblé la esquina caminando a toda velocidad, casi corriendo. Imaginé que Chubs y Zu habrían salido del coche y estarían manipulando la máquina expendedora para conseguir que expulsara el poco contenido que quedara en su interior.

Pero no era Chubs quien me esperaba al doblar la esquina, y tampoco era Zu.

Pelo oscuro, ojos más oscuros si cabe. Un hombre que no podía tener más de veinticinco años, con una cicatriz que se iniciaba justo debajo del ojo derecho y ascendía hasta el nacimiento del pelo, donde la piel rosada y reluciente impedía el crecimiento de nuevo cabello. Procesé mentalmente sus facciones de una en una, con una lentitud agónica. El hombre contrajo entonces el rostro y arrugó la nariz en un gesto de repugnancia.

Liam gritó mi nombre, presa del pánico. Oí el ruido sordo de sus pasos sobre el cemento. «Corre», deseaba gritarle. «¿Pero qué haces? ¡Corre!». Me volví de nuevo hacia el hombre —el rastreador— vestido con un arrugado cortavientos azul, justo a tiempo de ver la culata de su rifle a punto de golpearme el rostro, de borrar de un plumazo todos mis pensamientos.

El dolor era atroz. Cerré los ojos y vi una luz blanca bajo los párpados. Estaba en el suelo, aunque no inconsciente. Cuando el hombre me tiró de la camiseta para intentar levantarme, moví la pierna y lo atrapé por los tobillos, haciéndolo tropezar. Se derrumbó en el suelo con un gruñido y el arma rodó hasta estamparse contra unas piedras. Pataleé hasta establecer contacto con algo sólido. Pero sabía que con eso no bastaba.

Intenté incorporarme, pero el mundo giraba vertiginosamente a mi alrededor. La cabeza me palpitaba y sentí entonces que del ojo derecho supuraba un líquido caliente: sangre. Noté el sabor, con la misma claridad que percibí un movimiento y, acto seguido, vi que Liam levantaba al rastreador del suelo realizando un simple gesto con la mano. A continuación, lo lanzó, como si fuese un muñeco de trapo, contra los afilados bordes de las mesas de *picnic*, dejándolo fuera de combate de un solo golpe.

«Zu, Chubs, Zu, Chubs». Mi cabeza había entrado en un bucle. Me llevé una mano a la frente, hacia el punto donde la culata del rifle me había dejado una marca dentada en la piel.

No sé qué pasó a continuación. Fue como si algunos segundos no hubiesen quedado debidamente registrados en mi cabeza. Creo que Liam debió de intentar ayudarme, pero imaginó que yo lo aparté con movimientos torpes y lentos.

«¡Corre!», intenté decir. «¡Marchaos de aquí!».

—Ruby... *Ruby*.

Liam intentaba captar mi atención porque no había visto aún lo que le esperaba.

Zu y Chubs estaban sentados en el suelo, junto a Betty. Tenían las manos esposadas a la espalda y los pies sujetos con una cuerda de color amarillo. A su lado, nada más y nada menos que Lady Jane.

Era la primera vez que la tenía tan cerca, a distancia suficiente como para ver con claridad el lunar que le adornaba la mejilla y la forma hundida de sus ojos detrás de la montura negra de las gafas. La melena oscura, rizada por la humedad, le caía sobre sus hombros, pero aún tenía la piel de la cara tensa, como si hubieran tirado de ella. Iba vestida con una camisa negra, primorosamente recogida en el interior de unos pantalones vaqueros rematados con un cinturón de herramientas. Reconocí prácticamente todos los innumerables objetos que colgaban de él: el identificador naranja, un arma paralizadora, esposas...

—Hola, Liam Stewart —dijo la mujer, con un acento frío y sedoso.

A mi lado, Liam apoyó los pies en el suelo y levantó los brazos, para derribarla, supongo. La mujer se limitó a realizar un leve gesto negativo y le indicó con la mirada su brazo izquierdo, que estaba extendido hacia abajo. Recorrí con la mirada el brazo en toda su longitud y descubrí que la mano que lo remataba sujetaba una pistola que apuntaba directamente a la cabeza de Zu.

—Lee...

La voz de Chubs sonó excepcionalmente aguda, pero fue la mirada de Zu lo que me detuvo en seco.

—Acércate —dijo la mujer—. Despacio, con las manos en la cabeza... *ahora mismo*, Liam, pues de lo contrario no te garantizo que no se me escape el dedo. —Ladeó la cabeza.

«Pánico», pensé, «el botón del pánico... ¿pero dónde estaba?». Había dejado la mochila debajo del asiento del acompañante. Si pudiera cogerla, su pudiera llegar hasta la puerta...

—¿Sí? —respondió Liam—. ¿Y a cuánto está mi cotización últimamente? ¿De verdad piensas que van a salirte bien los números si has tenido que dedicar tres semanas enteras a cazarnos?

La sonrisa de la mujer titubeó, pero reapareció de nuevo, dejando al descubierto más dientes aún que antes.

—Tu cotización sigue siendo buena, querido, doscientos cincuenta mil dólares. Deberías sentirte orgulloso. La primera vez apenas me dieron diez mil por ti.

Liam temblaba de rabia, estaba tan sofocado que no podía ni hablar. Oí incluso su respiración atascada en la garganta. De repente comprendí por qué sabía tanto de ella: era la mujer que lo había capturado la otra vez.

—No puedes ni imaginarte la sorpresa que me llevé cuando vi tu nombre aparecer

de nuevo en la base de datos de las recompensas... y lo que daban por ti. Por lo que parece, desde la última vez que nos vimos te has metido en bastantes problemas.

—Sí, bueno... —replicó Liam con voz ronca—. Se hace lo que se puede.

—Y dime, ¿cómo has podido cometer la estupidez de regresar de nuevo al mismo lugar? ¿No se te ocurrió que iría a buscarte allí? —La mujerladeó la cabeza—. Tus amigos se mostraron encantados de contarme hacia dónde ibas y por qué, a cambio de que los soltara. Lake Prince, ¿no es eso?

Mi dolor cedió paso al miedo.

«Y si localiza East River...». Me resultaba imposible imaginarme las consecuencias.

Pero Liam sí, por lo visto. Los nudillos se le pusieron blancos por el esfuerzo de mantener las manos en alto, pegadas a la cabeza.

—Si a cambio de entregarte me ofrecen esta cantidad, imagínate lo que me darán por un *campamento* entero lleno de niños —dijo—. Lo bastante como para poder volver por fin a casa, creo, así que te doy las gracias. No tienes ni idea del dinero que cuesta conseguir que un funcionario haga la vista gorda y admita a alguien procedente de un país asolado por la enfermedad.

Transcurrió un segundo de silencio ensordecedor, simplemente porque sabía muy bien cuál sería la respuesta de Liam.

—Si sueltas a los demás, puedes quedarte conmigo —dijo, sin separar aún las manos de la cabeza—. No te daré ningún problema.

—¡No! —gritó Chubs—. No...

La mujer no lo pensó ni un momento.

—¿Crees que voy a hacerte a ti algún favor? No, Liam Stewart, me quedo con todos, incluso con tu chica... tal vez tendrías que plantearte en qué condiciones está antes de considerar cualquier tipo de trueque.

Liam me miró de reojo y se dio cuenta entonces de que tenía la cara ensangrentada. Me esforcé en mantener la vista centrada y di un minúsculo paso al frente.

—No sé de dónde vienes, niñita, pero te aseguro que el sitio al que vas a ir no será ni la mitad de agradable.

«No pienso regresar».

Ninguno de nosotros regresaría. No si estaba en mis manos evitarlo.

—Ven aquí —dijo, con los ojos clavados en mí y el arma apuntando ahora a Liam—. Tu primero, niña. Me cuidaré especialmente de ti.

Avancé pasito a pasito, ignorando la respiración forzada de Liam y el zumbido que notaba en los oídos. Miré a Chubs, luego a Zu, a continuación la cara de increíble satisfacción de aquella mujer. Todos me miraban.

«Todos se enterarán».

Y nadie estaría dispuesto a seguir conmigo después de aquello.

—Gírate —vociferó la mujer.

Dirigió rápidamente la mirada hacia el lugar en el que seguía su acompañante, oculto entre un montón de mesas de *picnic*. Al desviar su atención, vi que relajaba levemente la mano con que sujetaba el arma y aproveché la oportunidad.

Levanté la rodilla y se la clavé en el pecho. La pistola cayó al suelo con gran estrépito y Liam salió corriendo hacia mí, pero yo fui más rápida. Seguía sangrando, notaba el líquido caliente que me resbalaba por la cara y me goteaba por la barbilla. La mujer abrió los ojos de par en par cuando la agarré del cuello con una mano y la incrusté contra la puerta de Betty. Y cuando la miré a los ojos, supe que era mía. El dolor de su mirada sirvió para comunicármelo.

Adentrarme en su cerebro fue tan sencillo como exhalar un suspiro. Cuando vi que las pupilas se le encogían y recuperaban de inmediato su tamaño normal, fue como si me hubieran envuelto el cerebro en un alambre de púas que iba estrechando su cerco a cada segundo que pasaba.

Vi el rostro de Chubs por el rabillo del ojo, que me observaba atónito. Cuando vi que intentaba levantarse, se lo impedí con un pie. No. No era seguro. Todavía no.

La mujer miró a su alrededor, con los ojos muy abiertos pero desenfocados. Fue entonces cuando empecé a sentir el latido en los oídos. «Da-du, da-du, da-du, da-du...». No hubiera sabido decir si era mi corazón o el de ella.

—Recoge el arma y entrégasela —dije, ladeando la cabeza hacia el lugar donde sabía que estaba Liam.

Viendo que no se movía, imaginé el gesto y lo introduje en las burbujeantes formas negras de su cerebro. No tuve valor para observar la reacción de Liam cuando la mujer depositó la pistola en su mano extendida.

—Escúchame con mucha atención —dije. Notaba el sabor amargo de la sangre en la boca—. Ahora darás media vuelta y echarás a andar hacia la autopista. La cruzarás y te adentrarás en el bosque... y seguirás andando hasta que pase una hora... y te sentarás donde estés y no te moverás de allí. No comerás... ni dormirás... ni beberás, por mucho que lo desees. No te moverás.

Cada vez me resultaba más difícil imaginar lo que estaba diciéndole e introducirlo en su cerebro, imponerle la idea de que hiciera lo que yo le decía. No porque no pudiera con ella, sino porque me daba cuenta de que me costaba controlar mi propia consciencia.

«Puedes hacerlo», me dije. Daba igual que nadie me lo hubiese enseñado, o que nunca jamás lo hubiera puesto en práctica. Al fin y al cabo, era una cuestión de instinto. Como si siempre lo hubiera sabido.

Cerré los ojos y busqué entre los recuerdos que burbujeaban detrás de sus ojos. Me encontré conduciendo por una autopista, con una mano en el volante y la otra

señalando el indicador del área de descanso. Aparqué el coche de manera que quedara medio oculto entre los árboles y empecé a caminar hacia el solitario monovolumen negro estacionado en el aparcamiento. Prolongué mi estancia en aquel recuerdo, capté el aroma de la lluvia y de la hierba, percibí la brisa ligera que soplaba, hasta que su acompañante llegó junto al monovolumen. Iba armado con un rifle, dispuesto a abrir fuego.

Expulsé el recuerdo de mi cabeza imaginando un vacío en el lugar que ocupaba Black Betty en el aparcamiento. Retrocedí en sus recuerdos hasta encontrarme con los chicos del Walmart, con el secreto sobre East River que ellos le habían revelado. Las imágenes se diluyeron en rayos de luz, como gotas de lluvia que resbalan por el parabrisas de un coche.

—Y ahora... no recordarás nada de todo esto, ni a ninguno de nosotros.

—No recordaré nada de esto —repitió ella como un loro, como si la idea fuese suya y acabara de ocurrírsele.

La solté, pero mi dolor seguía allí. Ella consiguió enfocar un poco la mirada. El dolor seguía allí. Dio media vuelta y echó a andar hacia la autopista desierta.

El dolor seguía allí.

No, iba a peor. Me brotó de la sien una gota de sudor que fue cayendo lentamente. Estaba empapada. Tenía el pelo pegado a la cabeza. La camiseta se había convertido en una segunda piel. Me agaché. Si acababa desmayándome, cuanto más cerca del suelo estuviera, mejor.

«Dios, no quiero desmayarme. No te desmayes. No. Te. Desmayes...».

Oí que Liam decía algo. Uno de sus pies entró entonces en mi campo visual y me aparté.

—No... —empecé a decir.

«No me toques. Ahora no».

Y fue extraño, porque lo último que vi antes de cerrar los ojos no fue el maltrecho asfalto, no fue el cielo, no fue siquiera mi reflejo en la carrocería de Betty. Fue un claro recuerdo de mí misma, de unos días antes: Liam iba sentado en el asiento del conductor cantando a pleno pulmón *Layla*, a coro con Derek and the Dominos, desafinando de tal modo que incluso Chubs reía a carcajadas. Zu estaba sentada justo detrás de él, moviéndose al ritmo de la música, sacudiendo el cuerpo al compás del gemido de la guitarra eléctrica. Era tan fácil entonces, reír y fingir, aunque fuese por un instante, que todo saldría bien. Que yo era como ellos.

Porque no lo sabían, ninguno de ellos lo sabía y ahora sí: todo había acabado. Había acabado y nunca jamás volvería a vivir momentos como aquellos.

Ojalá hubiera intentado hacerme con el botón del pánico. Ojalá hubiera llegado Cate para alejarme de ellos, para llevarme de nuevo con las únicas personas dispuestas a aceptar al monstruo que yo era.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Cuando estaba a punto de cumplir diez años, lo más importante para mí era que se trataba de una cifra de dos dígitos. Pero no estaba de humor para cumpleaños. Durante la cena, ocupé mi lugar habitual en la mesa, flanqueada por mis padres, y me entretuve dando vueltas a los guisantes en el plato, intentando ignorar el hecho de que ninguno de los dos hablaba, ni entre ellos ni conmigo. Mi madre tenía los ojos enrojecidos y vidriosos después de la pelea que habían tenido hacía menos de media hora; ella seguía obcecada en la idea de encontrar niños para poder agasajarme con una fiesta sorpresa, pero mi padre la había obligado a llamar a los invitados para cancelar el evento. Argumentaba que no era año para estar de celebraciones y que, como última niña que quedaba en el vecindario, sería cruel por nuestra parte colgar un cartel y los tradicionales globos en la entrada con motivo de mi cumpleaños. Yo había escuchado la pelea desde lo alto de la escalera.

La verdad es que lo de la fiesta de cumpleaños me traía sin cuidado. No conocía a nadie a quien realmente me apeteciera invitar. Lo más importante para mí era el hecho de que, con diez años de edad, me había vuelto vieja de repente o, mejor dicho, que pronto sería vieja. Empezaría a parecerme a las chicas que salían en las revistas, me obligarían a lucir vestidos y tacones, a maquillarme... a ir al instituto.

—Dentro de diez años a partir de mañana, tendré veinte.

No sé por qué lo dije en voz alta. Supongo que porque era una toma de conciencia tan importante, que debía compartirlo.

El silencio que siguió a aquel comentario resultó doloroso. Mi madre se enderezó en su asiento y se llevó la servilleta a la boca. Por un momento pensé que iba a levantarse e irse, pero mi padre posó la mano sobre la suya y la clavó en su sitio como un ancla.

Mi padre acabó de masticar su pollo a la barbacoa antes de obsequiarme con una poco convincente sonrisa. Se inclinó hasta que sus ojos verdes y los míos, idénticos, quedaron a la misma altura.

—Así es, abejita. ¿Y cuántos tendrás diez años más tarde?

—Treinta —dije—. Y tú tendrás... ¡cincuenta y dos!

Mi padre rio entre dientes.

—¡Eso es! Con medio pie en la...

«Tumba», dije mentalmente. «Con medio pie en la tumba». Mi padre se dio cuenta de su error antes de que la palabra le saliese de los labios, pero daba lo mismo. Los tres sabíamos a qué se refería.

Tumba.

Yo ya conocía la muerte. Sabía lo que pasaba cuando te morías. En el colegio,

habían hecho venir especialistas para hablar con los pocos niños que habían vuelto de las vacaciones. La que asignaron a nuestra aula, la señorita Finch, realizó su presentación dos semanas antes de Navidad, vestida con un jersey de cuello alto de color rosa fucsia y unas gafas que le ocupaban media cara. Lo escribió todo en la pizarra, con gruesas mayúsculas. «LA MUERTE NO ES LO MISMO QUE EL SUEÑO. LE SUCEDE A TODO EL MUNDO. PUEDE PRODUCIRSE EN CUALQUIER MOMENTO. NADIE REGRESA DE LA MUERTE».

Cuando la gente muere, nos explicó, deja de respirar. Los muertos no tienen que comer, ya no hablan, ni piensan, ni nos echan de menos de la manera que nosotros los echamos a ellos de menos. No se despiertan, jamás. Nos dio un montón de ejemplos, como si fuéramos tontos o demasiado pequeños para entenderlo, como si los seis que quedábamos allí no hubiéramos visto cómo la luz de Grace se apagaba para siempre. Las flores muertas —la señorita Finch señaló el ramo de flores marchitas que había sobre la mesa de la profesora— no crecen ni vuelven a florecer. Horas de rollo. Horas preguntándonos «¿Lo habéis entendido?». Pero pese a todas sus respuestas, nunca respondió a la única pregunta que a mí me habría gustado formular.

—¿Qué se siente?

Mi padre levantó la cabeza de repente.

—¿Que qué se siente?

Miré el plato.

—Al morir. ¿Se siente algo? Sé que no es lo mismo en todos los casos, y que dejas de respirar y el corazón de latir, ¿pero qué se siente?

—¡Ruby! —gritó horrorizada mi madre.

—No pasa nada si duele —dije—, ¿pero sigues dentro de tu cuerpo cuando todo deja de funcionar? ¿Sabes que te has muerto?

—¡Ruby!

Mi padre unió las pobladas cejas a la vez que dejaba caer los hombros.

—Bueno...

—No te atreverás —dijo mi madre, sirviéndose de la mano que tenía libre para intentar apartar de sus temblorosos dedos la mano grande de mi padre—. Jacob, no te *atreverás*...

Yo mantuve las manos cerradas en un puño bajo la mesa, intentando no mirar la cara de mi madre, que había pasado de un rubor intenso a una palidez impresionante.

—Nadie... —empezó a decir mi padre—. Nadie lo sabe, cariño. No puedo darte una respuesta. Es algo que descubriremos cuando llegue nuestro momento. Supongo que probablemente depende de...

—¡Para! —dijo mi madre, dando un palmetazo sobre la mesa con la mano libre. Los platos saltaron al ritmo del palmetazo—. ¡Ruby, sube a tu habitación!

—Tranquilízate —le dijo mi padre muy serio—. Es un asunto importante del que

se debe hablar.

—¡No lo es! ¡En absoluto! ¿Cómo te atreves? Primero cancelas la fiesta, y cuando te digo...

Se puso rígida bajo la mano de mi padre. Y vi, boquiabierta, cómo cogía su vaso de agua y se lo lanzaba hacia él. Al tratar de esquivarlo, mi padre levantó la mano, el tiempo suficiente para que ella se soltara y se levantara de la mesa. La silla cayó con gran estrépito al suelo un segundo después de que el vaso se estampara contra la pared, justo detrás de la cabeza de mi padre.

Grité... no quería, pero se me escapó el grito. Mi madre vino hacia mí, me agarró por el codo y me obligó a levantarme, arrastrando el mantel conmigo.

—¡Para ya! —Oí que decía mi padre—. ¡Para! ¡Tenemos que hablar con ella sobre este tema! ¡Han dicho los médicos que debemos prepararla!

—Me haces daño —logré decir.

El sonido de mi voz sorprendió a mi madre, que bajó la vista al darse cuenta de que me estaba clavando las uñas en el antebrazo.

—Dios mío... —dijo, pero yo ya estaba en el pasillo, volando escaleras arriba, cerrando de un portazo la puerta de mi habitación y corriendo después el pestillo para aislarme de los gritos de mis padres.

Me sumergí bajo el edredón morado de la cama, arrojando antes al suelo mis siempre bien ordenados animales de peluche. Ni siquiera me tomé la molestia de cambiarme la ropa que llevaba del colegio, ni de apagar la luz. No lo hice hasta que estuve segura de que habían entrado en la cocina y estaban algo más lejos de mí.

Una hora más tarde, mientras aún respiraba el aire cargado de debajo del edredón y escuchaba el ronroneo del conducto de la ventilación, pensé en otra cosa importante que llevaba implícito el hecho de cumplir diez años.

Grace tenía diez años. También Frankie, y Peter, y Mario, y Ramona. La mitad de mi clase tenía diez años, la mitad que no había regresado al colegio después de Navidad. «Diez años es la edad en que comúnmente se manifiesta la ENIAA —había oído decir a un locutor—, aunque el mal puede afectar a cualquier niño en una edad comprendida entre los ocho y los catorce años».

Estiré las piernas y pegué los brazos a los costados. Contuve la respiración y cerré los ojos, manteniéndome lo más quieta posible. Muerta. La señorita Finch lo había descrito como una serie de paradas y noes. Se paran los pulmones. No te mueves. Se para el corazón. No duermes. Pero no me daba la impresión de que fuera tan sencillo.

«Cuando muere un ser querido, no vuelve a despertarse», nos había dicho. «No hay regresos ni segundas oportunidades. Desearíamos que regresaran, pero es importante que comprendáis que no pueden, y que no lo harán».

Las lágrimas me empezaron a rodar por las mejillas, a mojarme las orejas y el pelo. Me puse de lado, aplasté la cara contra la almohada para intentar no escuchar los

gritos que seguían abajo. ¿Subirían a mi habitación para reñirme? Había oído pasos en las escaleras un par de veces, y luego la voz de mi padre ascendiendo, atronadora y terrible, vociferando palabras que ni me gustaban ni comprendía. Mi madre chillaba como si la hubiesen destripado.

Doblé las piernas para pegarlas al pecho y apoyé la cara en las rodillas. Por cada dos inspiraciones que realizaba, soltaba el aire una sola vez, y eso con suerte. El corazón me latía a toda velocidad desde hacía horas, se sobresaltaba cada vez que oía abajo el ruido sordo de algún golpe. Asomé la cabeza por encima del edredón en una única ocasión, para asegurarme de haber cerrado bien la puerta por dentro. Si intentaban entrar y la encontraban así, se enfadarían aún más, pero me daba lo mismo.

Notaba la cabeza ligera y pesada a la vez, pero lo peor de todo eran las palpitaciones. Aquel «dum-dum-dum» en la nuca, como si tuviera algo dentro aporreándome el cráneo, intentando romperlo.

—Parad —susurré, cerrando los ojos con fuerza para combatir el dolor. Me temblaban tanto las manos que ni siquiera podía taparme los oídos con ellas—. Por favor. ¡*Parad*, por favor!

Horas más tarde, cuando los pies me transportaron a la planta de abajo, encontré a mis padres en su habitación, a oscuras, profundamente dormidos. Me planté justo en la rendija de luz que se colaba por la puerta entreabierta, esperando a ver si se levantaban. Me pasó por la cabeza la idea de subir a su cama y meterme entre los dos, como solía hacer antes, acurrucarme en aquel pequeño espacio tan cálido y tan seguro. Pero mi padre me había dicho que ya era demasiado mayor para aquellas tonterías.

Lo que hice, en cambio, fue acercarme al lado de la cama donde dormía mi madre y darle un beso de buenas noches. Su crema con olor a romero le había dejado la mejilla resbaladiza, fresca y suave al tacto. En el instante en que acerqué los labios, me aparté de un respingo, percibí un destello blanco que me abrasaba los párpados. Por un extraño segundo, la imagen de mi propia cara se había antepuesto a una serie de pensamientos entremezclados y había desaparecido enseguida, como una fotografía al hundirse en aguas muy oscuras. Debió de moverse la manta y eso me había sobresaltado, y el susto me había ascendido hasta el cerebro, dejándolo en blanco por un segundo.

Ella no debió de notar nada, puesto que no se despertó. Tampoco mi padre, ni siquiera cuando con él me pasó otra vez aquella cosa extraña.

Cuando volví a subir la escalera, la opresión que sentía en el pecho empezó a menguar y desapareció por completo junto con el edredón cuando, ya en la cama, lo tiré al suelo de una patada. El tremendo dolor de cabeza aflojó también y me quedé con la sensación de tener el depósito completamente vacío. Tuve que cerrar los ojos

para no ver cómo mi habitación se movía de un lado a otro en la oscuridad.

Y se hizo de día. La alarma del despertador sonó a las siete en punto, poniendo en funcionamiento la radio, justo cuando empezaba a sonar *Goodbye Yellow Brick Road*, de Elton John. Recuerdo que me senté en la cama, más sorprendida que otra cosa. Me toqué la cara y el pecho. La habitación, aún con las cortinas corridas, estaba muy iluminada para ser tan temprano, y el dolor de cabeza enseñó de nuevo las uñas en cuestión de pocos minutos.

Rodé por la cama y caí al suelo, al tiempo que notaba el estómago revuelto. Esperé a que los puntitos negros dejaran de flotar ante los ojos e intenté tragar saliva para humedecer la garganta. Conocía la sensación, conocía el significado de aquellos retortijones en el vientre. Estaba enferma. Estaba enferma el día de mi cumpleaños.

Me incorporé y me puse el pijama de Batman de camino hacia la puerta. Si mi madre se enteraba de que había dormido con mi preciosa camisa, se enfadaría aún más conmigo; la camisa estaba arrugada y empapada de sudor, aún a pesar del frío que empañaba la ventana del dormitorio. A lo mejor, mi madre se sentía mal por lo sucedido anoche y me dejaba quedarme en casa para demostrarme lo mucho que lo sentía.

No había siquiera llegado a los pies de la escalera cuando vislumbré ya el caos en que estaba sumida la sala de estar. Desde el descansillo parecía como si hubiese entrado una manada de animales y hubiese celebrado una jornada de maniobras tirándose cojines, volcando un sillón y destrozando absolutamente todos los portavelas de cristal que había sobre la mesita de centro, que estaba asimismo rajada. Las fotografías de la repisa de la chimenea estaban en el suelo, así como los retratos escolares que mi madre tenía sobre la mesita contigua al sofá. Y también los libros. A docenas. Durante su ataque de rabia, mi madre había vaciado la biblioteca. Los libros cubrían el suelo como un montón de caramelos de todos los colores del arcoíris.

Pero por espantoso que fuera el aspecto del salón, no me entraron ganas de vomitar hasta que llegué al último escalón y olí a beicon, no a panqueques.

En la familia no éramos muy de tradiciones, pero los panqueques de chocolate para los cumpleaños era una de las pocas que conservábamos, la única que prácticamente nunca pasábamos por alto. Hacía ya tres años que mis padres se olvidaban de dejar leche y galletas para Santa Claus, habían acabado también olvidando el pacto de que todos los fines de semana del 4 de julio iríamos de acampada e incluso, de vez en cuando, se olvidaban de celebrar el día de San Patricio. ¿Pero olvidarse de los panqueques el día de mi cumpleaños?

A lo mejor es que estaba tan enfadada conmigo que había decidido no prepararlos. A lo mejor me odiaba después de lo que le había dicho la noche anterior.

Cuando entré en la cocina, mi madre estaba de espaldas a mí, tapándome el sol que entraba por la ventana de encima del fregadero. Llevaba el pelo oscuro recogido

en un moño suelto que reposaba sobre el cuello de su bata roja. Yo tenía otra igual; mi padre nos las había comprado el mes antes, por Navidad. «Rojo rubí para mi Ruby», había dicho.

Mi madre canturreaba para sus adentros, mientras con una mano giraba el beicon en la sartén y con la otra sostenía un periódico doblado. Fuera cual fuese la canción que tenía metida en la cabeza, era animada, alegre, y por un instante pensé que las estrellas se habían alineado correctamente en mi honor. Había superado lo de anoche. Me dejaría quedarme en casa. Después de meses enfadada e inquieta por cualquier menudencia, volvía a estar feliz.

—¿Mamá? —Y repetí, más fuerte—: ¿Mamá?

Se giró tan rápidamente que chocó con el mango de la sartén que tenía en los fogones y a punto estuvo de quemar el periódico con el fuego. Vi que corría a tocar los mandos de la cocina hasta que el olor a gas desapareció.

—No me encuentro bien. ¿Puedo quedarme en casa?

No hubo respuesta, ni siquiera pestañeó. Movié la mandíbula, como si estuviese masticando, pero tuve que acercarme hasta la mesa y tomar asiento para oírla por fin hablar.

—¿Cómo... cómo has entrado aquí?

—Tengo mucho dolor de cabeza y me duele el estómago —le expliqué, poniendo los codos sobre la mesa.

Sabía que odiaba que fuese una quejica, pero no hasta el punto de acercarse y agarrarme por el brazo.

—Te he preguntado cómo has entrado aquí, joven. ¿Cómo te llamas? —Su voz sonaba extraña—. ¿Dónde vives?

Cuanto más tardaba yo en responder, más me apretaba ella el brazo. Tenía que ser una broma, ¿no? ¿Estaría también ella enferma? A veces, la medicación para el resfriado le provocaba efectos secundarios graciosos.

Graciosos, claro. No aterradores.

—¿Puedes decirme cómo te llamas? —insistió.

—¡Ay! —grité, tratando de soltarme—. ¿Qué te pasa, mamá?

Tiró de mí para apartarme de la mesa y me obligó a levantarme.

—¿Dónde están tus padres? ¿Cómo has entrado en esta casa?

Noté una fuerte opresión en el pecho, como si fuera a reventarme.

—Mamá, mami, ¿por qué...?

—Calla —dijo entre dientes—. ¡Deja ya de llamarme eso!

—¿Pero qué...?

Creo que debí intentar decir algo más, pero ella me arrastró para llevarme hasta la puerta que daba al garaje. Resbalé sobre la madera con los pies descalzos y me abrasé la piel.

—¿Pe-pe pero qué te pasa? —grité.

Intenté soltarme, pero mi madre ni siquiera me miraba. No lo hizo hasta que llegamos a la puerta del garaje y me aplastó la espalda contra ella.

—Podemos hacerlo a las buenas o a las malas. Sé que estás confusa, pero te prometo que no soy tu madre. No sé cómo has entrado en esta casa y, francamente, no estoy muy segura de querer saberlo...

—¡Pero si yo vivo aquí! —le dije—. ¡Vivo aquí! ¡Soy *Ruby*!

Cuando volvió a mirarme, no vi ninguna de las cosas que convertía a mi madre en «mamá». Las arruguillas que se le formaban alrededor de los ojos cuando sonreía se habían alisado y tenía la mandíbula tensa, preparada para lo que quisiera decir a continuación. Cuando me miró, no me vio *a mí*. Yo no era invisible, pero no era Ruby.

—Mamá. —Rompí a llorar—. Lo siento, no quería portarme mal. ¡Lo siento, lo siento! Por favor, te lo prometo, seré buena... iré al colegio y no me pondré enferma y recogeré mi habitación. Lo siento, recuerda, por favor. *¡Por favor!*

Me puso una mano en el hombro y apoyó la otra en el pomo de la puerta.

—Mi marido es policía. Él podrá ayudarte a volver a casa. Espérate aquí... y no toques nada.

Abrió la puerta y me vi empujada contra un muro de gélido aire de enero. Salí a trompicones y me encontré en el suelo de hormigón manchado de aceite, conservando a duras penas el equilibrio. Me golpeé contra el lateral del coche de mi madre. Oí la puerta cerrarse con fuerza a mis espaldas y el ruido de la llave al girar en la cerradura. Oí luego a mi madre llamar a mi padre con la misma claridad que escuchaba los pájaros en los arbustos, al otro lado de la puerta exterior del oscuro garaje.

Ni siquiera me había encendido la luz.

Me incorporé hasta quedarme a cuatro patas, ignorando el frío aire que me rozaba la piel. Me lancé en dirección a la puerta y la busqué a tientas hasta localizarla. Intenté mover el pomo, loforcé, confiando, rezando para que todo aquello no fuese más que una sorpresa de cumpleaños, y para que cuando volviera a entrar me encontrara con una bandeja de panqueques en la mesa y mi padre me trajera los regalos, y para que fingiéramos —podíamos hacerlo— que lo de la noche anterior no había sucedido, a pesar de las pruebas que se acumulaban en el salón.

La puerta estaba cerrada.

—¡Lo siento! —empecé a gritar. Aporreé la puerta—. *¡Lo siento, mamá!* ¡Por favor!

Mi padre apareció al momento. Su silueta robusta se recortó contra la luz del interior de la casa. Vi la cara ruborizada de mi madre por encima de su hombro; él se giró para decirle que se marchara y encendió las luces.

—¡Papá! —dije, abrazándolo por la cintura.

Me lo permitió, aunque solo recibí a cambio unos leves golpecitos en la espalda.

—Estás a salvo —me dijo con su habitual voz profunda.

—Papá... no sé qué le pasa —balbuceé. Las lágrimas me ardían en las mejillas—. ¡Yo no pretendía ser mala! Tienes que solucionarlo, ¿vale? Mamá está... está...

—Lo sé, te creo.

Me separó los brazos del uniforme y me guio hacia la entrada. Nos sentamos en el escalón, de cara al turismo granate de mi madre. Lo vi rebuscar algo en los bolsillos mientras escuchaba mi relato de todo lo sucedido desde que había entrado en la cocina. Por fin sacó una pequeña libreta.

—Papá.

Intenté acercarme de nuevo, pero él me lo impidió interponiendo el brazo entre los dos. Entendido: nada de tocarse. Ya lo había visto con esa actitud otras veces, cuando en comisaría organizaban el Día en el Trabajo con Papá. Su forma de hablar, su precaución para que no lo tocara... lo había visto tratar así a otro niño, aunque ese niño tenía un ojo morado y la nariz rota. Aquel niño era un desconocido.

Cualquier esperanza que hubiera albergado se hizo de repente añicos.

—¿Te dijeron tus padres que habías sido mala? —preguntó, cuando pudo hablar por fin—. ¿Te has marchado de casa porque tenías miedo de que te hiciesen daño?

Me incorporé. «¡Esta es mi casa!», quería gritar. «¡Vosotros sois mis padres!». Pero era como si se me hubiese cerrado la garganta.

—Puedes hablar conmigo —dijo con mucha amabilidad—. No permitiré que nadie te haga daño. Lo único que necesito es que me digas cómo te llamas y luego iremos a la comisaría para realizar unas llamadas...

De todo aquello, no sé qué fue lo que al final pudo conmigo, pero antes de que pudiera evitarlo, empecé a aporrearlo con los puños, a pegarle con fuerza una y otra vez, como si con ello pudiera hacerle recuperar el sentido.

—¡Soy tu *hija*! —grité—. ¡Soy *Ruby*!

—Tienes que calmarte, Ruby —me dijo, agarrándome por las muñecas—. Todo irá bien. Llamaré antes a comisaría e iremos allí.

—¡No! —chillé—. ¡No!

Me apartó de nuevo de él y se levantó para acercarse a la puerta. Logré arañarle el dorso de la mano y refunfuñó de dolor. Cerró la puerta sin antes volver la vista atrás.

Volví a quedarme sola en el garaje, a menos de tres metros de mi bicicleta azul. A escasa distancia de la tienda que habíamos utilizado para acampar docenas de veces, del trineo con el que casi me parto un brazo. Tanto el garaje como la casa estaban repletos de retazos de mí, pero mi madre y mi padre no conseguían unirlos. No veían el rompecabezas terminado que tenían delante de sus narices.

Pero, tarde o temprano, acabarían viendo mis fotografías en el salón, o el desorden de mi habitación.

—¡... Esa no es mi hija, Ruby! —Oí que gritaba mi madre al otro lado de la

pared. Hablaba con la abuela, tenía que ser con ella. La abuela la haría entrar en razón —. ¡No tengo ninguna hija! ¡No es mía! ¡Ya los he llamado, no... para! ¡No estoy loca!

Tenía que esconderme, no podía dejar que mi padre me llevara a comisaría, pero tampoco podía llamar al teléfono de emergencias para pedir ayuda. Tal vez si esperaba, mejorarían por sí solos. Me escurrí entre el coche de mi madre y la pared y corrí hacia los baúles de almacenamiento que había en el otro lado del garaje. Uno, dos pasos más y me metería en el primer baúl que encontrara y me escondería debajo de un montón de mantas. Pero la puerta del garaje empezó abrirse antes de que me diera tiempo a llegar.

No se abrió del todo, solo lo bastante para permitirme ver la nieve en el camino de acceso, la hierba y la mitad inferior de un uniforme oscuro. Forcé la vista, protegiéndome los ojos del deslumbrante resplandor blanco que me dificultaba la visión. Empecé a sentir de nuevo las pulsaciones en la cabeza, mil veces peores que antes.

El hombre del uniforme oscuro se arrodilló en la nieve, con los ojos ocultos tras unas gafas de sol. No lo había visto nunca, aunque lógicamente era imposible conocer a todos los agentes de la comisaría de mi padre. Aquel parecía más viejo. Más *duro*, recuerdo que pensé.

Me hizo señas con la mano y dijo:

—Estamos aquí para ayudarte. Sal, por favor.

Di un paso indeciso, luego otro. «Es un agente de policía», me dije. «Mamá y papá están enfermos y necesitan ayuda». Su uniforme azul marino parecía oscurecerse a medida que yo iba acercándome, como si estuviese empapado por la lluvia.

—Mis padres...

El agente no me dejó terminar.

—Sal, cariño. Ahora ya estás a salvo.

Cuando pisé la nieve con los pies descalzos y el hombre me tiró del pelo para obligarme a pasar por debajo de la puerta entreabierta, caí en la cuenta de que el uniforme era negro.

Cuando por fin recuperé el sentido y me encontré envuelta en una luz grisácea, supe, por la posición del asiento trasero y el olor artificial a detergente de limón, que estaba de nuevo en el interior de Betty.

El monovolumen no tenía el motor encendido y el asfalto de la carretera permanecía inmóvil, pero las llaves estaban en el contacto y sonaba la radio. A través de los altavoces oí a Bob Dylan susurrando la primera estrofa de *Forever Young*.

De repente, la canción dejó de sonar y apareció en su lugar la voz aturullada del DJ.

«... lo siento». El hombre soltó una carcajada nerviosa y ronca. «No sé por qué ha salido esta. Está en la lista de no programables. Bueno... volvamos... a la música. Esta responde a una petición de Bill, de Suffolk. Aquí tenemos *We Gotta Get Out of This Place*, de The Animals».

Abrí un ojo e intenté sentarme bien, sin éxito. Las pulsaciones de la cabeza seguían siendo tan brutales que me vi obligada a apretar los dientes para no vomitarme encima. Debieron de pasar más de cinco minutos antes de que me sintiera con fuerzas suficientes para levantar el brazo y llevarme la mano al epicentro del dolor, en la sien derecha. Acaricié una zona con la piel levantada y noté la tosca sutura que cerraba la herida.

«Chubs».

Estiré el brazo derecho por delante de mí. Lo deje caer, inútil y completamente dormido, hasta que la sangre volvió a circular por él. Empezó entonces a arderme y me sentí como si me estuvieran clavando agujas. Pero el dolor me fue bien. Sirvió para despertar el resto de mi cuerpo de su terco sopor.

Y no me dejó olvidar.

«Debería irme», pensé. «Ahora, antes de que vuelvan». Solo de pensar en la posibilidad de volverles a ver la cara, sentí una opresión tan grande en el pecho que creí que me iba a estallar.

«Lo saben».

«Lo saben».

Rompí a llorar. No me sentía orgullosa, pero sabía que no podía volver a pasar por aquello y salir indemne.

Oí pasos en el exterior.

—... Diciendo que es demasiado peligroso. —Ese era Chubs—. Tenemos que plantearnos quitárnosla de encima.

—Ahora no quiero hablar de esto. —Liam parecía nervioso.

Con la ayuda de uno de los cinturones de seguridad conseguí enderezarme. La puerta corredera estaba completamente abierta, gracias a lo cual veía perfectamente a Chubs y Liam. Estaban de pie delante de una pequeña hoguera, rodeada por un círculo de piedras de desigual tamaño. Era casi noche cerrada.

—¿Cuándo quieres que hablemos de ello, entonces? —dijo Chubs—. ¿Nunca? ¿Vamos a continuar adelante fingiendo que todo esto no ha pasado?

—Zu aparecerá de un momento a otro...

—¡Perfecto! —exclamó Chubs—. ¡Perfecto! También ella tiene que decidir... todos tenemos que decidir, ¡no solo tú!

Nunca había visto a Liam tan colorado.

—¿Qué demonios pretendes que hagamos? ¿Qué la dejemos aquí *tirada*?

«Sí», me dije, «eso es justo lo que deberíais hacer». Y empecé a arrastrarme para pasar a los asientos intermedios, dispuesta a decírselo, cuando Chubs se abalanzó hacia delante y tiró a Liam al suelo sin ni siquiera tocarlo. Impertérrito, Liam cerró la boca hasta formar una línea tensa con los labios, levantó la mano y tiró literalmente del suelo de debajo de los pies de su amigo. Chubs chocó contra el suelo a la vez que sofocaba un grito, tan pasmado que no pudo hacer otra cosa que quedarse allí tumbado.

Liam seguía en el suelo, tapándose los ojos con los puños cerrados.

—¿Por qué nos haces esto? —gritó Chubs—. ¿*Quieres* que nos capturen?

—Lo sé, lo sé —dijo Liam—. Es culpa mía. Debería haber sido más cuidadoso...

—¿Por qué no me lo dijiste? —prosiguió Chubs—. ¿Lo has sabido todo este tiempo? ¿Por qué mentir? ¿De verdad quieres volver a casa o...?

—¡Charles!

La palabra me salió de la garganta como un grito desgarrado. No me dio la impresión de que mi voz sonara normal, pero los chicos la reconocieron al instante. El rostro de Chubs perdió parte de su acaloramiento cuando se volvió hacia mí y me vio, inmóvil, apoyada en la carrocería del monovolumen, que conservaba todavía el calor del sol. Liam se incorporó.

—Me iré, para... para que no tengáis que seguir peleándoos, ¿entendido? —dije—. Siento haberos mentido. Sé que debería haberme marchado, pero quería ayudaros a volver a casa porque vosotros me habíais ayudado a mí, y lo siento, lo siento muchísimo...

—Ruby —dijo Chubs, y lo repitió, esta vez más fuerte—: ¡Ruby! Oh, por el amor de... estábamos hablando de Black Betty, no de tu trasero Naranja.

Me quedé helada.

—Yo... pensaba... entiendo que queráis dejarme aquí...

—¿Qué? —Liam estaba horrorizado—. Hemos dejado la radio encendida por si te despertabas, para que supieras que no te hemos abandonado.

Dios mío, oír aquello solo sirvió para que me echara a llorar con más fuerza.

Cuando una chica llora, pocas cosas hay más inútiles que un chico. Y tener dos se tradujo en que se quedaron mirando el uno al otro, impotentes, en lugar de mirarme a mí. Chubs y Liam se levantaron por fin, incomodísimos, sin saber qué hacer, hasta que Chubs finalmente me acarició la cabeza igual que le habría acariciado la cabeza a un perro.

—¿Pensabas que queríamos librarnos de ti porque en realidad no eres una Verde? —Me dio la impresión de que a Liam le costaba hacerse a la idea—. La verdad, no me entusiasma pensar que no confiabas lo bastante en nosotros como para poder contarnos la verdad, pero era tu secreto.

—Confío en vosotros, de verdad —dije—, pero no quería que pensarais que os imponía mi presencia o que os había manipulado. No quería que me tuvierais miedo.

—Muy bien, en primer lugar —dijo Liam—, ¿por qué tendríamos que pensar que nos hiciste un truco mental Jedi para que te dejáramos quedarte con nosotros? Votamos... decidimos *quedarnos contigo*. En segundo lugar, ¿por qué, en nombre de la verde tierra de Dios, tendría que ser malo ser Naranja?

—No tenéis ni idea...

«... de lo que soy capaz de hacer».

—Exactamente —me interrumpió Chubs—. No tenemos ni idea, pero no veo muy probable que en los próximos tiempos vayamos a recibir un premio a la normalidad. ¿Así que sabes meterte en el cerebro de las personas? Pues nosotros dos somos capaces de mover a la personas como si fuesen muñecos. Una vez, Zu hizo estallar un aparato de aire acondicionado con solo pasar por su lado.

Pero no era lo mismo, y no podían entenderlo.

—No siempre puedo controlarlo como lo conseguís vosotros —dije—. Y a veces hago cosas... cosas *malas*. Veo cosas que no debería ver. Convierto a los demás en cosas que no son. Es terrible. Cuando me adentro en la cabeza de otra persona, es como pisar arenas movedizas; cuanto más intento salir de allí, más daño hago.

Chubs iba a decir algo, pero se calló. Liam se inclinó hasta poner su rostro a la altura del mío, tan cerca que nuestras frentes casi se rozaban.

—Te queremos —dijo, deslizándose la mano por el pelo hasta llegar a la nuca—. Ayer te queríamos, te queremos hoy y te querremos mañana. Y nada puedes hacer para cambiarlo. Si tienes miedo y no entiendes esas locas facultades tuyas, te ayudaremos a entenderlas... pero no pienses, ni por un solo segundo, que podríamos abandonarte.

Esperó a que lo mirara a los ojos antes de seguir hablando.

—¿Por eso te comportaste de aquella manera cuando dije que el Huidizo podía ser un Naranja? ¿Es esa la verdadera razón por la que quieres encontrarlo, o solo porque quieres ir a casa de tu abuela? Porque sea como sea, pequeña, te llevaremos hasta él.

—Son las dos cosas —dije. ¿Tan mal estaba querer las dos cosas?

Había dejado de llorar, pero notaba los pulmones pegajosos y pesados. Inspirar aunque fuera un solo gramo de aire me exigía un gran esfuerzo. No sabía por qué mi cerebro seguía en aquel estado, pero no quería pensar más en ello. Liam y Chubs me cogieron cada uno por un brazo y me acompañaron hacia la hoguera.

—¿Dónde estamos? —pregunté por fin.

—Confío que estemos en algún punto entre Carolina del Norte y el Great Dismal Swamp —respondió Liam, que todavía tenía la mano en mi espalda y me la acariciaba en círculos—. En el sudeste de Virginia. Y ahora que te has despertado, tengo que ver cómo va Zu. Vosotros dos quedaos aquí, ¿entendido?

Chubs asintió. Nos quedamos observando a Liam en silencio y luego Chubs se volvió hacia mí.

—Ruby —empezó a decir, con voz muy seria—. ¿Puedes decirme quién es el presidente?

Pestañeé.

—¿Y puedes tú decirme por qué me haces esta pregunta?

—¿Recuerdas lo que pasó?

¿Lo recordaba? Era un recuerdo nebuloso y distorsionado, como si estuviera contemplando el sueño de otra persona.

—Un hombre enfadado —dije—. Un rifle. La cabeza de Ruby. Ay.

—¡Vale ya, hablo en serio!

Hice una mueca de dolor al tocarme la sutura de la frente.

—¿Puedes bajar la voz? Tengo la cabeza a punto de estallar.

—Sí, te está bien empleado por asustarnos a todos de esta manera. Ten, bebe esto —dijo, mientras me daba lo que quedaba de la botella de agua. Me dio lo mismo que el agua estuviera pasada o caliente; la engullí de un solo trago—. Mi padre solía decir que las heridas en la cabeza tienen peor pinta de lo que en realidad son, pero te digo de verdad que creía estar curando un cadáver.

—Gracias por haberme dado esos puntos —dije—. Recuerdo un poco a Frankenstein, pero supongo que es lo que toca, teniendo en cuenta todo lo que ha pasado.

Chubs suspiró, algo exasperado.

—Frankenstein es el nombre del médico que *creó* el monstruo, no del monstruo en sí.

—No dejas pasar ni una.

—No me incordies ahora con eso. Eres tú la que no sabe de literatura clásica.

—Es gracioso, no creo que ese lo tuvieran en la biblioteca de Thurmond.

No era mi intención pronunciar el comentario de forma tan brusca, pero no era una experiencia agradable que alguien te recordase que tu nivel de conocimientos era equivalente al de un niño de diez años.

Tuvo la decencia de poner cara de compungido y exhaló un prolongado suspiro.

—Anda... tómatelo con calma, ¿de acuerdo? El corazón se me acabará resintiendo con tanto estrés.

Durante todo aquel rato, mientras Chubs y Liam intentaban tranquilizarme, no podía dejar de dar vueltas a la conversación que había oído por casualidad. Comprendía, por muy horroroso que fuera, la necesidad de prescindir de Betty. Los de las FEP y los rastreadores conocían ya su existencia. Pero sus palabras contenían algo más... algo más que los enfrentaba. Tenía la sensación de saber qué era, pero no podía preguntárselo a Liam. Quería la verdad, no una versión edulcorada de la misma.

Necesitaba darme un baño de realidad. Y la respuesta solo podía dármela Chubs.

Pero dudé, porque a sus pies, en el suelo entre nosotros, estaba el ejemplar de *La colina de Watership* de Chubs. Y no podía dejar de pensar en aquella frase, la que me había hecho enfadar tanto la primera vez que leí el libro siendo una niña.

«Los conejos necesitan dignidad y, por encima de todo, la voluntad de aceptar su destino».

En el libro, los conejos se habían tropezado con aquella colina —aquella comunidad— que aceptaba regalos en forma de comida de los humanos a cambio de que los humanos mataran a algunos de ellos. Los conejos habían dejado de luchar contra el sistema, porque les resultaba más fácil aceptar aquella pérdida de libertad, olvidar cómo era todo antes de quedar encerrados detrás de una valla, y lo preferían a vivir en libertad luchando a diario por encontrar alimento y cobijo. Habían decidido que la pérdida de algunos de los suyos compensaba la comodidad temporal de muchos.

—¿Será siempre así? —pregunté, doblando las rodillas contra el pecho y apoyando la cara en ellas—. Aún en el caso de que encontráramos East River y nos ayudaran... siempre habrá una Lady Jane a la vuelta de la esquina, ¿verdad? ¿Habrà merecido la pena?

«La voluntad de aceptar su destino». En nuestro caso, ese destino era no volver a ver nunca a nuestras familias. Ser siempre acosados y perseguidos hasta el último rincón oscuro de tierra donde intentáramos escondernos. Algo había que hacer, no podíamos vivir de aquella manera. No estábamos hechos para eso.

Chubs me apoyó una mano en la nuca, pero tardó un buen rato en poner en orden sus pensamientos.

—Es posible que nunca llegue a cambiar nada —dijo—. ¿Pero no te gustaría estar presente por si acaso cambia?

No sé si fue el humo de la hoguera lo que me tranquilizó, o la repentina reaparición de Zu, que venía de inspeccionar las instalaciones de un campamento cercano para asegurarse de que no había nadie. Mientras me abrazaba por la cintura, los chicos empezaron a reunir todas las provisiones que quedaban en Betty.

—¿De modo que así es cómo encontraste la pista? —dijo Liam—. ¿Viste un recuerdo de ello?

Asentí.

—Ahora no parece tan impresionante, ¿verdad?

—No, no, no quería decir eso —dijo Liam, y añadió rápidamente—: Es simplemente que trato de imaginarme cómo sería el interior de la cabeza de ese niño, y lo mejor que se me ocurre es un cenagal lleno de cocodrilos. Debe de haber sido

terrible.

—No tan terrible como introducirme en la cabeza de alguien que me gusta —reconocí.

—¿Lo has hecho? —preguntó Chubs después de casi diez minutos de silencio. Liam estaba ocupado mirando si podía servirse de la llave de Betty para hacer palanca y abrir los botes de fruta y de sopa.

—¿Si he hecho el qué?

—¿Te has metido alguna vez en la cabeza de alguno de nosotros? —preguntó por fin.

Su forma de decírmelo me recordó la de un niño que pregunta el final del cuento al irse a dormir. Con ansiedad. Resultaba sorprendente que en todas las pesadillas que había tenido sobre lo que ocurriría cuando descubrieran la verdad, siempre había imaginado que Chubs era el que peor se lo tomaba.

—Pues claro que está en nuestra cabeza —dijo Liam, esforzándose por abrir la tapa del bote—. Ruby es ahora uno de los nuestros.

—No me refería a eso —protestó Chubs—. Solo quiero saber cómo funciona. Nunca había conocido a un Naranja. En Caledonia no había.

—Y seguramente era así porque el gobierno los eliminó a todos —dije, dejando caer las manos sobre el regazo—. Al menos, eso fue lo que pasó con ellos en Thurmond.

Liam levantó la cabeza, alarmado.

—¿A qué te refieres?

—Durante los dos o tres primeros años de mi estancia allí, había chicos de todos los colores, incluso Rojos y Naranjas —les conté—, pero... nadie sabe muy bien por qué o cómo sucedió todo. Algunos decían que se los habían llevado porque causaban muchos problemas, pero corrían también rumores de que los habían trasladado a otro campamento, un lugar nuevo donde poder hacerles más pruebas. Una mañana, nos despertamos y todos los Rojos, Naranjas y Amarillos ya no estaban.

Pensarlo en ese momento me resultaba prácticamente tan aterrador como la sensación que me había embargado entonces.

—¿Y qué pasó contigo? —preguntó Chubs—. ¿Cómo lo hiciste para que no se te llevaran?

—Me hice pasar por Verde desde un buen principio —dije—. Ví que los de las FEP tenían mucho miedo de los Naranjas y engañé al científico que me hizo la prueba de clasificación. —Me costó mucho continuar—. Aquellos niños eran... eran muy conflictivos. A lo mejor ya eran así antes de poseer sus facultades, o se odiaban a sí mismos por tenerlas, pero la verdad es que hacían cosas horribles.

—¿Cómo qué? —insistió Chubs.

Dios, no podía ni hablar de ello. Físicamente me resultaba imposible hablar. No

quería hablar sobre los centenares de juegos mentales que les había visto practicar con los soldados de las FEP. No quería hablar sobre el recuerdo de tener que fregar el suelo de la Cantina después de que un Naranja le ordenara a un soldado de las FEP que abriese fuego contra todos los demás soldados que hubiera allí. El estómago me dio un vuelco tan violento que percibí incluso el sabor amargo y metálico de la sangre. Podía olerlo. Recordaba perfectamente bajo las uñas la dolorosa sensación de restregar el suelo hasta dejarlo impoluto.

Chubs abrió la boca, dispuesto a hablar, pero Liam levantó una mano para acallarlo.

—Lo único que sabía era que tenía que protegerme a mí misma.

Y era verdad, porque a mí también me daban mucho miedo los Naranjas. Tenían algo muy malo. Teníamos. Era aquel parloteo constante, el torrente de sentimientos y pensamientos de los demás, supongo. Al final uno aprendía a bloquearlo en parte, construía un frágil muro entre su cerebro y el de los demás, pero no antes de que los pensamientos venenosos de alguien hubieran entrado allí y mancillado los suyos. Los había que pasaban tanto tiempo fuera de su propio cerebro, que cuando por fin regresaban eran incapaces de hacerlo funcionar correctamente.

—Así que ya veis —dije finalmente—, habéis cometido un error permitiendo que me quede con vosotros.

Zu negó con la cabeza, afligida por mi sugerencia. Chubs se rascó los ojos para disimular. Solo Liam tuvo valor para mirarme a la cara. Y su mirada no era de repugnancia, ni de miedo ni de ninguna de las miles de emociones desagradables que tenía todo el derecho a sentir: era solo de comprensión.

—Intenta imaginarte dónde estaríamos sin ti, cariño —dijo en voz baja—, y entonces tal vez comprendas la suerte que hemos tenido.

CAPÍTULO VEINTE

Aquella noche dormimos en el monovolumen, estirados en los distintos asientos. Le dejé a Zu el de atrás y yo me instalé en el de delante, al lado de Liam. Me sentía incómoda inmersa en aquel silencio y me costó conciliar el sueño, aun reclamándolo con todas mis fuerzas.

Hacia las cinco de la mañana, justo cuando estaba a punto de claudicar y sumergirme en la neblina que ocupaba mi cerebro, noté un dedo que me acariciaba con suavidad la nuca. Me giré hacia el otro lado y vi que era Liam, que estaba medio despierto.

—Estabas hablando sola —susurró—. ¿Estás bien?

Me incorporé, apoyándome en un codo, y me froté los ojos para despejarme. La lluvia se había condensado en las ventanillas y cubría el limpiaparabrisas rajado como una membranosa capa de encaje. Los goterones de lluvia que se deslizaban por el cristal me recordaban a las lágrimas.

Cuando miré hacia el bosque, me encontré con una sensación similar a la que sentía cada vez que me infiltraba en los sueños de otra persona, una sensación desorientadora e inquietante, pero en el interior del monovolumen reinaba la nitidez. Los perfiles de los asientos reclinados, los mandos del salpicadero... podía incluso leer las letras minúsculas de los botones de la camisa de Liam, con el nombre de la marca.

Y veía también a la perfección los golpes y los cortes que tenía en la cara; algunos de ellos estaban empezando a cicatrizar, otros se habían convertido ya en marcas permanentes. Pero lo que me llamó la atención no fue la magulladura de la mejilla —la que le había producido yo misma hacía ya varios días o varias vidas—, sino el pelo de punta, que se le rizaba sin embargo alrededor de las orejas y cerca del cuello. La tormenta le había otorgado un tono miel algo más oscuro, aunque no por ello había perdido su calidez. No por ello deseaba yo menos acariciárselo.

—¿Qué pasa? —musitó—. ¿Por qué sonríes?

Le acaricié el pelo, intentando alisar aquellas puntas. Me di cuenta de lo que estaba haciendo pasado un buen rato, cuando vi que Liam cerraba los ojos y se acurrucaba bajo mis caricias. La turbación me embargó entonces, pero Liam me cogió la mano antes de que pudiera retirarla y la condujo hacia su barbilla.

—No —susurró, cuando intenté apartarme—. Ahora es mía.

«Peligroso. Esto es muy peligroso». La alarma fue fugaz y pronto quedó desterrada a los confines de mi cerebro, donde no pudiera interrumpir la agradable sensación de acariciarlo, lo maravilloso que resultaba.

—Tarde o temprano me la tendrás que devolver —dije, dejando que condujera mi mano por la barba incipiente que le cubría la barbilla.

—Una lástima.

—... Galletitas saladas... —dijo una voz a nuestras espaldas—, sííí...

Nos giramos a la vez. Chubs se revolvió en su asiento y volvió a tranquilizarse, profundamente dormido.

Me llevé la mano a la boca para no echarme a reír. Liam puso los ojos en blanco y sonrió.

—Sueña con comida —dijo—. *Muchas* veces.

—Al menos son sueños buenos.

—Sí —reconoció Liam—. Es un afortunado.

Miré hacia atrás para observar la forma acurrucada de Chubs y me percaté por vez primera del frío que hacía sin la calefacción de Betty.

Liam ladeó la cabeza, la apoyó en el otro brazo y entrelazó su mano con la mía. Estudió la silueta que creaban nuestras manos unidas, la forma en que mi dedo pulgar descansaba con toda naturalidad sobre el suyo.

—Si quisieras —empezó a decir—, ¿podrías ver lo que está soñando?

Respondí con un gesto afirmativo.

—Pero son cosas privadas.

—¿Lo has hecho alguna vez?

—Nunca intencionadamente.

—¿Conmigo?

—Con mis compañeras de cabaña en el campamento —dije—. Con Zu aquella noche en el motel. He estado también en tu cabeza... una sola vez. Pero no en tus sueños.

—Hace dos días —dijo Liam, atando cabos—. En el área de descanso.

Aparté la mano por instinto, para soltarme antes de que él me soltara, pero no me dejó.

—No —dijo—. No estoy enfadado.

Se acercó a la frente nuestras manos unidas, sin mirarme siquiera cuando me preguntó:

—¿Empeora esto las cosas? Cuando tocas a alguien, me refiero. ¿Se te hace más difícil controlarlo?

—A veces —reconocí. No sabía cómo explicarlo, porque nunca lo había querido—. A veces, cuando estoy cansada o enfadada, capto los pensamientos de la otra persona o el recuerdo en el que está pensando, pero si no toco a esa persona puedo evitar meterme en su cerebro. Pero tocarla cuando mi cabeza está así... es una conexión automática.

—Eso me imaginaba. —Liam suspiró y volvió a cerrar los ojos—. ¿Sabes? Cuando nos conocimos, me evitabas para no tocarme. Me preguntaba si en el campamento te habrían entrenado para que siempre actuases así con los demás,

porque cada vez que uno de nosotros intentaba tocarte o hablar contigo, saltabas como si te hubiésemos dado un susto de muerte.

—No quería haceros daño —musité.

Abrió los ojos de pronto, con una mirada más luminosa que antes. Movi6 la cabeza en direcci6n a nuestras manos entrelazadas.

—¿Estás bien así?

—¿Y tú? ¿Estás bien tú? —contraataqué. Reconocí aquella mirada: era casi idéntica a su expresi6n de dolor en el área de descanso, cuando me había hablado sobre su campamento—. ¿En qué piensas?

—Pienso en lo extraño que es que no hace ni siquiera dos semanas que nos conocemos y, sin embargo, tengo la impresi6n de que te conozco desde hace mucho más tiempo —dijo—. Y pienso que resulta frustrante tener la sensaci6n de que conozco muy bien determinadas partes de ti, pero que otras... ni siquiera sé nada de tu vida antes del campamento.

¿Y qué podía contarle? ¿Qué podía contarle sobre lo que les había hecho a mis padres y a Sam sin provocar que se marchase corriendo?

—Aquí no podemos mentirnos —dijo, con un movimiento que nos abarcaba a todos—. ¿No fue eso lo que me dijiste tú?

—¿Lo recuerdas?

—Por supuesto que lo recuerdo —dijo—. Porque confío en que sea algo que vaya en los dos sentidos. Que si yo te pregunto por qué no quieres volver a casa con tus padres, me cuentes la verdad, o que si te pregunto cómo era en realidad Thurmond, dejes de mentir. Pero luego me doy cuenta de que no es justo, porque yo tampoco quiero hablar sobre mi familia. Es como...

Me volví para mirarlo, a la espera de que pusiera en orden sus pensamientos.

—No sé cómo explicarlo —dijo—. Es complicado traducirlo a palabras. Esas cosas... esos recuerdos, son míos, ¿sabes? Son cosas que el campamento no se llevó cuando entré en él, y son cosas que no tengo por qué compartir si no quiero. Imagino que es una estupidez.

—No es una estupidez —dije—. En absoluto.

—Y contigo quiero hablar de todo. De todo. Pero no sé qué contarte sobre Caledonia —dijo—. No sé qué contarte que no te lleve a odiarme. Fui un estúpido, y estoy aturdido y avergonzado y sé... sé que Charles y Zu me echan la culpa de lo sucedido. Y sé que Cole ya se lo habrá contado a mi madre y que ella se lo habrá contado a Harry... y solo de pensarlo me pongo malo.

—Hiciste lo que creíste correcto —dije—. Seguro que lo entenderán.

Negó con la cabeza y tragó saliva. Alargué la mano que tenía libre para retirarle el pelo de los ojos. Su forma de volver la cara hacia mí, de cerrar los ojos y ladear la barbilla, me dio la valentía necesaria para volver a hacerlo. Reseguí con los dedos la

onda natural de su cabello, los mechones que le caían sobre la oreja.

—¿Qué quieres hacer? —susurré.

—Tengo que despertar a los demás —dijo—. Tenemos que ponernos en marcha. A pie.

Detuve la mano, pero era evidente que él había tomado una decisión.

—¿A qué vienen tantas prisas? —pregunté.

Y allí, en la comisura derecha de su boca, allí donde la cicatriz se unía con los labios, detecté una débil sonrisa.

—Creo que podríamos dejarlos dormir, al menos unas pocas horas más.

—¿Y después?

—Nos pondremos en marcha.

Pasaron rápidamente dos horas. Debimos de quedarnos dormidos sin darnos cuenta, puesto que cuando abrí de nuevo los ojos, la condensación del cristal empezaba a esfumarse y los primeros rayos de luz se filtraban ya en el bosque.

Me desperecé, y también Liam. Por un momento no dijimos ni hicimos nada aparte de tratar de eliminar la tortícolis y los calambres. Cuando llegó por fin el momento de soltarle la mano, sentí el contacto del aire frío del exterior.

—Despierta al equipo —dijo. Le crujió el hombro al estirar el brazo para despertar a Chubs tocándole la rodilla—. Hora de hacer un *carpe diem*.

Menos de una hora después, estábamos todos fuera, delante del monovolumen negro. Zu verificó por última vez que no quedara nada debajo de los asientos. Me abotoné la camisa de cuadros hasta el cuello y le di tres vueltas a una bufanda roja que había cogido, no porque el frío lo justificara, sino porque me servía para esconder la desagradable mancha de sangre que cubría la parte delantera de la prenda.

—Por Dios. —Liam me miró con expresión seria cuando se inclinó para retirarme el pelo que se me había quedado enganchado debajo del cuello—. ¿Quieres ponerte la mía?

Sonreí y yo misma le subí la cremallera de su sudadera. Aún notaba la frente sensible al tacto y los puntos de sutura tenían un aspecto horroroso, pero me sentía mejor.

—¿Tan malo es?

—Malo como *Poseción infernal II*. —Liam se inclinó para meter en mi mochila parte de su ropa. Vi en su mano algo rojo—. Casi me da un ataque al corazón, Verde.

—Ya no puedes seguir llamándola Verde —apuntó Chubs.

Estaba tomando una decisión difícil: qué libros llevarse y qué libros dejar allí. Al final se había decidido por *La colina de Watership*, *El corazón es un cazador solitario* y un libro del que nunca había oído hablar titulado *Regreso a Howards End*.

Y había descartado *El espía que surgió del frío* y *El ruido y la furia*, que Chubs había rebautizado como *El ronquido y mátame de una vez*.

—Sí —dije—. Se acabó lo de Verde.

—¿Listos? —le dijo Liam a Zu. Zu le respondió levantando el pulgar y Liam se colgó su mochila rosa de un hombro y la mía del otro—. ¿Nos pondremos algún día en marcha, bibliotecaria? Creía que eras tú el que quería largarse.

A modo de respuesta, Chubs le hizo un grosero gesto con el dedo y se agachó para utilizar todo su peso y poder cerrar de este modo el maletín. Me incliné para ayudarlo, intentando no mirar a Liam a la cara mientras contemplaba la maltrecha apariencia de Black Betty. Zu lloraba sin emitir sonido alguno y Liam la cogió por los hombros, tratando de serenarla. Incluso Chubs contempló el coche con una rara expresión de cariño, mientras jugueteaba con el tejido de los pantalones.

Ahora entendía por qué teníamos que separarnos de Black Betty; el rastreador que acompañaba a Lady Jane seguía con vida y existía, además, la posibilidad de que aquella mujer hubiera informado de los detalles del coche a la red de cazadores de recompensas que utilizaba los rastreadores. Pero entendía asimismo que a Liam le hubiera costado dar ese paso. Lo que sucedía era que a diferencia de las pequeñas ciudades abandonadas y marchitas de Virginia Occidental por las que habíamos pasado, las ciudades de los alrededores y su población seguían aguantando, lo que significaba que las carreteras estarían más concurridas y Betty, con sus agujeros de bala y sus ventanillas resquebrajadas, no pasaba precisamente desapercibida. Y estaba además el hecho de que nos quedaba muy poca gasolina, y de que no había forma fácil de encontrar combustible excepto extrayéndolo de los coches que pudiéramos encontrar abandonados por la autopista. Y por aquella autopista había demasiado tráfico, demasiados ojos que podían vernos.

Liam nos había acercado lo máximo posible a Lake Prince, pero ninguno de nosotros sabía cuánto tiempo nos llevaría llegar a pie hasta allí.

—Creo que deberíamos hacer algo con ella —dijo—. Como ponerla en una barcaza en el mar y prenderle fuego. Despedirla envuelta en un esplendor de gloria.

Chubs enarcó una ceja.

—Es un monovolumen, no un vikingo.

Zu se liberó del abrazo de Liam y echó a andar en dirección a los árboles de su izquierda. Liam se rascó la nuca, sin entender nada.

—De acuerdo —empezó a decir—, está bien, nos...

Pero cuando Zu reapareció, no lo hizo con las manos vacías. Llevaba cuatro florecillas amarillas... malas hierbas, por su aspecto. Las que solíamos arrancar del jardín de Thurmond en primavera.

Se acercó al monovolumen, se puso de puntillas y levantó el limpiaparabrisas que tenía más a mano. Con mucha delicadeza, colocó las flores en fila, en vertical sobre el

resquebrajado cristal.

Noté algo frío y húmedo en las pestañas. No eran lágrimas, sino llovizna, de esa que va calándote a un ritmo lento pero seguro, que te pone de los nervios y te produce escalofríos. Y entonces me di cuenta de la injusticia de no poder volver a meternos en el coche; de que incluso en el caso de que consiguiéramos llegar a East River, estaríamos empapados y doloridos durante muchos días.

Aquel coche había sido un lugar seguro para ellos. Para nosotros. Y ahora también lo habíamos perdido.

Hundí las manos en los bolsillos, di media vuelta y empecé a caminar hacia el bosque. Rocé con los dedos un objeto duro y suave que estaba en el fondo de un bolsillo, y no tuve necesidad de sacarlo al exterior para saber que era el botón del pánico. Al principio, lo había conservado porque no estaba segura de si podría protegerlos yo sola, sin la ayuda de nadie, y ahora... se me pasó por la cabeza tirarlo y dejar que la tierra acabara engulléndolo. Liam había confirmado todas mis sospechas, pero me parecía una tontería deshacerme ahora de él, cuando existía la posibilidad de utilizarlos a ellos del mismo modo que ellos nos habrían utilizado. Si caía sobre nosotros un miembro de las FEP o un rastreador, siempre podía pulsar aquel botón, y los agentes que aparecieran los distraerían lo suficiente como para que nosotros pudiéramos escapar.

Pero, con todo y con eso, me avergoncé de sentirme aliviada al encontrarlo aún allí, de saber que Cate y sus promesas de ocuparse de todo seguían allí, que acudiría a mí solo con que pulsara el botón.

Liam creía que la manera más rápida y más sencilla de que nuestro pequeño grupo llegase a East River era desplazándonos por las carreteras que habríamos seguido de haber continuado con Betty. Estábamos lo bastante cerca de la carretera para ver llegar de lejos a los coches que pasaban de vez en cuando y los resplandecientes camiones plateados que circulaban ocasionalmente y, según nos garantizó Liam, evitar al mismo tiempo que ellos nos viesen. Nos contó que así era como había viajado él cuando había huido de los de la Liga, que había cruzado prácticamente todo Virginia de aquella manera, y que así era como en su día tenía pensado volver a su casa.

Estábamos discutiendo la posibilidad de que Chubs se hubiera fracturado un dedo del pie al tropezar con la rama de un árbol, cuando el gemido del claxon de un camión rompió de repente el silencio. El estruendo que siguió a aquello fue infinitamente peor: el retumbar de algo pesado al caer de costado y el rotundo chirrido del metal al resquebrajarse.

Saltamos todos... incluso tiré de la mano de Zu con la intención de taparme los oídos. El chillido de los neumáticos justo antes del choque sonó como la señal de

alarma que precedía el Ruido Blanco.

Pasado un instante, Liam me destapó una de las orejas para decirme:

—Ven conmigo un segundo. —Se dirigió entonces a los otros—: Vosotros quedaos aquí para vigilar las bolsas.

Y oímos los gritos antes de que el estrépito se hubiera acallado. No eran gritos desesperados, de los que se oyen cuando una persona está aterrorizada, herida o desesperada de dolor. Aquello era un grito de guerra. Un grito rebelde que iba *in crescendo*. Era evidente que ni Zu ni Chubs podían acompañarnos. Se quedaron definitivamente vigilando las bolsas mientras Liam y yo nos acercábamos a los árboles que nos separaban del asfalto de la autopista, mojado por la lluvia.

En medio de la calzada había un camión volcado, como si fuese un juguete abandonado. Nos acercamos, agachados, y el olor a caucho quemado y humo me revolvió el estómago. Temía que las chispas que corrían por el asfalto acabaran convirtiéndose en un muro de fuego.

Liam se incorporó y antes de que me diera tiempo a sujetarlo por el brazo, ya había alcanzado el arcén.

—¿Pero qué haces?

Me vi obligada a gritar para superar el sonido del impacto de la lluvia, que golpeaba con fuerza el cuerpo plateado y arrugado del tráiler que el camión arrastraba.

—El conductor...

Necesitaba ayuda, sí, era consciente de ello, y quizás eso me convirtiese en una persona mala y desalmada, pero no estaba dispuesta a permitir que Liam fuera quien se la proporcionase. Los camiones no volcaban sin motivo aparente. O bien había otro vehículo con su conductor que no alcanzábamos a ver desde donde estábamos situados o...

O los gritos y el accidente estaban relacionados.

Liam y yo estábamos completamente al descubierto cuando de entre los árboles que teníamos enfrente empezaron a emerger las figuras vestidas de negro. Iban completamente de negro, desde los pasamontañas que les cubría la cara hasta el calzado. Nos separaba de ellos una autopista, pero incluso así, agarré a Liam por el brazo y se lo apreté hasta que supe que le había dejado una huella casi permanente de mis dedos.

Había al menos dos docenas de figuras de negro; se movían al unísono, con una facilidad ensayada. Fue extraño, pero verlos ocupar la carretera y dividirse en dos grupos —uno de ellos se dirigió hacia la parte delantera del camión, el otro hacia la trasera, donde se derramaba el contenido del remolque— me recordó un equipo de fútbol que se prepara para iniciar el encuentro. Los cuatro que se habían dirigido a la cabina, treparon a la puerta y tiraron para abrirla. Sacaron al conductor, que gritaba en un idioma que yo no alcanzaba a comprender.

Una de las figuras de negro —grande, con la espalda del tamaño de Kansas—, extrajo un cuchillo de su cinturón e, indicando a los otros que sujetaran al conductor, acercó el filo plateado del arma a la mano del hombre.

Oí un grito, pero no caí en la cuenta de que era mío hasta que vi aquella monstruosa cabeza negra girarse hacia donde estábamos escondidos. Liam saltó cuando diez cañones de escopeta empezaron a descargar sobre nosotros. La primera bala a punto estuvo de arrancarle la oreja. No había tiempo para dar media vuelta y echar a correr. Los disparos se detuvieron el tiempo suficiente como para que tres de aquellas figuras corrieran hacia nosotros, al tiempo que gritaban:

—¡De rodillas! ¡La cabeza contra el suelo!

Quise echar a correr. Liam debió de intuirlo, puesto que se abalanzó sobre mí y me obligó a permanecer inmóvil, aplastándome la cara contra el frío y áspero asfalto. La lluvia empezó a caer con más fuerza, y me llenó la oreja, la nariz y la boca, que abrí en un intento de proferir otro grito.

—¡No vamos armados! —Oí que decía Liam—. Tranquilos... ¡*tranquilos!*

—Cállate, cabrón —dijo alguien entre dientes.

Conocía muy bien la sensación de tener el cañón de una escopeta clavado en la piel. Quien quiera que estuviera haciéndolo esta vez no tuvo escrúpulos para hincarme además la rodilla en la espalda y apoyar en ella todo su peso. El cañón del rifle estaba gélido y noté que alguien me cogía del pelo y me daba un tirón. Fue en ese momento cuando desconecté del dolor, levanté la mano e intenté voltear el cuerpo para agarrar a quien quiera que estuviera inmovilizándome. Yo no era una inútil... y no pensaba morir allí.

—¡Eso no! —Oí que gritaba Liam. Estaba suplicando—. ¡*Por favor!*

—Vaya, ¿así que no quieres que se mojen tus preciosos papeles? —La misma voz de antes—. ¿Por qué no intentas, mejor, preocuparte por ti y por la chica, eh? ¿Eh? —Sonaba como un deportista dopado por la adrenalina del partido.

Alguien me pisó la mano cuando intenté alcanzar la piel de mi atacante para arañarlo. Solté un grito ahogado, ansiosa por poder girar la cabeza y ver por qué gritaba también Liam.

—Doctor Charles Meriwether —leyó la voz—, 2775 Arlington Court, Alexandria, Virginia. George Fields...

Las cartas.

—Para —dijo Liam—. No hemos hecho nada, no hemos visto nada, solo...

—¿Charles Meriwether? —dijo otra voz también masculina, aunque esta con un marcado acento sureño. La lluvia apenas me permitía oír nada—. ¿George Fields... como Jack Fields?

—¡Sí! —Liam estableció la conexión justo un segundo antes que yo. Eran una tribu... eran chicos—. Sí, somos psi, por favor... ¡somos psi, como vosotros!

—¿Lee? ¿Liam Stewart?

Oí pasos que corrían hacia nosotros.

—¿Mike? ¿Eres tú? —Eso lo dijo Liam.

—Oh, Dios mío... parad, ¡parad! —El cañón de la escopeta se apartó por fin de mi mejilla, pero yo seguía inmovilizada en el suelo—. Lo conozco... ¡es Liam Stewart! ¡Parad! ¡Suéltalo, Hayes!

—¡Lo ha visto; ya conoces las reglas!

—¡Por Dios! ¿Estás sordo o qué? —vociferó Mike—. Las reglas se aplican a los adultos... son chicos, ¡gilipollas!

No sé si Liam consiguió por fin quitárselo de encima o si fueron las palabras de Mike las que lo lograron, pero noté que Liam se levantaba del suelo y abrí los ojos justo a tiempo de ver a Liam dar un codazo a la figura negra que me mantenía inmovilizada. Engullí una enorme bocanada de aire.

—¿Estás bien? —me preguntó. Me cogió la cara entre las manos—. Ruby, mírame... ¿estás bien?

Acerqué las manos a las suyas. Asentí.

De los seis chicos reunidos a nuestro lado, solo dos se quitaron el pasamontañas: aquel chico tan grande —grande en el sentido de que parecía un Hércules—, que resultó tener la piel colorada y rayas pintadas de negro bajo los ojos, y otro, de piel aceitunada y pelo castaño desgreñado recogido en una coleta. Este último era Mike. Le arrancó las cartas de las manos a Hércules y se las acercó al pecho.

—Lee, tío, lo siento mucho. Nunca pensé... —Mike se atragantó. Liam me soltó una mano para darle unos golpes en la espalda—. ¿Qué demonios haces aquí?

Liam recuperó las cartas y luego volvió a cogerme la mano.

—No pasa nada —me dijo.

Y daba la impresión de que tenía razón. Los demás chicos de negro habían perdido todo su interés en nosotros en el momento en que Mike había intervenido.

—Dios, Lee —dijo Mike, secándose la cara mojada por la lluvia—. Dios mío, no puedo creer que lo hayas conseguido.

La voz de Liam sonó tensa.

—Pensaba que estabas con Josh cuando...

—Lo estaba, pero conseguí escapar por el campo. —Y añadió—: Gracias a ti.

Otro chico, este con la piel tan oscura como Chubs, levantó el pulgar en dirección a Liam.

—¿Es Liam Stewart? —preguntó—. ¿El de Caledonia?

—De *Carolina del Norte* —dijo Liam, con una malicia sorprendente.

Mike le dio la mano a Liam. Temblaba de pies a cabeza.

—Los demás... ¿viste si alguno de los demás lo consiguió?

Liam dudó. Adiviné lo que estaba pensando y me pregunté si le contaría a Mike la

verdad sobre el número real de chicos que consiguió fugarse aquella noche.

Pero en aquel momento, las alarmas de los relojes de los seis chicos sonaron simultáneamente, con un pitido agudo.

—Es la hora —dijo Hércules a los demás—. Coged las provisiones y volvamos. Los uniformados llegarán de un momento a otro.

Los chicos de la parte posterior del camión estaban descargando el contenido del remolque: cajas y cajones repletos de fruta de vivos colores. Se me hizo la boca agua al ver los plátanos verdes, a punto de madurar.

En cuanto iniciaron la retirada hacia la zona boscosa, vi con claridad que algunos de los chicos arrastraban al conductor del camión, inconsciente y atado, hacia la zanja que había a un lado de la carretera.

—¿Entonces qué? —Liam se rascó la nuca—. ¿Os dedicáis a asaltar a cualquiera que sea lo bastante imbécil como para circular por aquí?

—Es un golpe para conseguir provisiones —dijo Mike—. Solo intentamos conseguir comida, y es la única manera de lograrlo. Tenemos que actuar con rapidez... hacerlo antes de que alguien se percate de nuestra presencia y pueda seguirnos de vuelta a casa.

—¿De vuelta a casa?

—Sí. ¿Hacia dónde vais? —Mike tuvo que alzar la voz por encima de los gritos de sus compañeros, que lo llamaban—. ¡Tendríais que venir con nosotros!

—Ya tenemos nuestra propia tribu, gracias —dijo Liam.

Mike frunció sus oscuras cejas.

—Nosotros no somos una tribu. O al menos no somos como las otras tribus. Estamos con el Huidizo. ¿Has oído hablar de él?

CAPÍTULO VEINTIUNO

East River, después de tantas especulaciones, no era más que una zona de acampada. Grande, por supuesto, pero nada que no hubiera visto una docena de veces en compañía de mis padres. Después de la propaganda que le habían hecho Mike y los demás, cabría pensar que nos dirigíamos a las puertas del Cielo, no a un antiguo camping que en su vida pasada era conocido como Chesapeake Trails.

Como Mike era quien había convencido a sus compañeros de que debíamos acompañarlos, fue él quien se quedó como responsable de vigilarnos durante la excursión por el embarrado y empinado camino sin asfaltar, cargados con cajas de fruta que eran casi tan tentadoras como pesadas.

—Recurrimos a estas cosas, a lo que llamamos «golpes», para abastecer el campamento. Así conseguimos medicamentos, comida, de todo. De vez en cuando también desvalijamos tiendas.

Liam me había dejado su chaqueta para protegerme de la lluvia. Pese a que durante el camino se había convertido en una fina llovizna, las endeble cajas de cartón habían sufrido ya daños irreparables. De vez en cuando, el fondo de alguna caja cedía por completo y el chico que cargaba con ella se veía obligado a almacenar la fruta empapada en los bolsillos y en el interior de la camiseta. Unos cuantos chicos nos seguían rezagados para recoger el llamativo sendero de fruta que íbamos dejando a nuestro paso. Sin darme cuenta, aquel apetitoso rastro acabó distrayendo mi atención en más de una ocasión.

En un momento en que Mike nos dio la espalda, Liam sumergió la mano en la caja superior de su carga y, con una tímida sonrisa, me plantó una naranja en las narices. La dejó caer luego en el bolsillo de mi chaqueta, se inclinó, retirando con el gesto la capucha de la sudadera que le protegía la cabeza, y me estampó un besito en la magullada mejilla. Después de aquello, las frías gotas que me empapaban la piel parecieron evaporarse.

—Ou, ou, ou —canturreó Chubs por detrás de nosotros—. Ou, ou, ou.

—¿Sabéis qué? —dijo Mike—. Me llena de esperanza que después de todas las cosas por las que ha tenido que pasar, Chubs siga siendo el mismo Chubs que todos conocemos y adoramos.

—Qué va, eso no es cierto —dijo Liam—. Este es Chubs 2.0. No ha protestado ni una sola vez en todo lo que llevamos de excursión.

—Tú dale unos minutos más —dijo Mike—. Estoy seguro de que no nos defraudará.

—Oye —dije en voz baja, empleando un tono de advertencia—. Eso no tiene gracia.

Chubs se arrastraba detrás de nosotros, pero la distancia se iba ampliando a cada mojón kilométrico que superábamos. Me paré a esperarlo, pues no quería que pensase que pretendíamos dejarlo atrás.

—¿Necesitas ayuda? —le pregunté al ver que cojeaba—. Mi caja no pesa mucho. —Y la suya sí, se adivinaba. Iba cargado de pomelos.

Vi en su mirada que deseaba con desesperación cambiarme su caja por la mía, aunque fuese solo por unos minutos. Pero levantó con orgullo la barbilla por encima del cartón.

—Estoy bien, pero gracias por preguntar.

Liam y Mike rompieron a reír a carcajadas por algo, incluso Zu se volvió para sonreírles, con el sombrero de Lee medio caído sobre los ojos. Resultaba asombroso lo mucho que había mejorado Liam en solo unas horas; su rostro estaba animado con una energía que no había visto... nunca, la verdad.

—¿Cómo era? —pregunté en voz baja—. ¿Cuándo estaba en el campamento?

Chubs exhaló un prolongado suspiro.

—Veamos, para empezar, era mucho más pesado con su rollo optimista de «Vamos a conseguirlo, tíos, un día lograremos salir de aquí». Y ahora, cuando se ha dado cuenta de lo complicado que es en realidad todo, ha sido para él como una muerte lenta.

Se paró un momento para cambiar la caja de brazo.

—¿Qué quieres que te cuente? Lee es Lee. Todo el mundo le quería, incluso algunos soldados de las FEP. Lo escogieron a él de entre todos los Azules como recadero del centro de control de nuestro campamento.

—¿En serio? ¿Y cómo eras tú en el campamento? —le pregunté con una sonrisa.

—Yo pasaba desapercibido, prácticamente —dijo—. Excepto cuando estaba con Lee.

Y como si hubiese oído su nombre, Liam se giró en aquel preciso momento.

—¡Ánimo, señoras! Vamos a quedarnos atrás.

Cuando Chubs y yo conseguimos por fin ponernos a su altura, Mike estaba contando cómo había logrado recorrer a pie la distancia entre Ohio y Virginia después de la fuga de Caledonia. Zu me tiró de la manga de la chaqueta y señaló los árboles que quedaban a nuestra izquierda.

Yo estaba tan inmersa en la conversación con Chubs que había pasado completamente por alto el sedoso lago azul que acababa de aparecer de repente. Se habían retirado las nubes y el sol brillaba con fuerza. El agua centelleaba bajo sus rayos y proyectaba luz hacia los árboles que la rodeaban por todos lados. Entre ellos divisé un pequeño embarcadero en forma de T y, más allá, varias cabañas de madera.

—Por lo que veo es algo más que un simple escondite —estaba diciendo Liam—. ¿Podrá el Huidizo ayudarnos a contactar con los nuestros?

Mike frunció el entrecejo.

—Supongo que sí, pero normalmente pide a la gente que se quede unas semanas en el campamento para colaborar. Además, ¿por qué querías ahora volver a casa? Aquí es mucho más seguro.

Adiviné que a Chubs le habría gustado seguir insistiendo en el tema, pero Liam volvió a la carga con otra pregunta.

—¿Cuánto tiempo hace que el Huidizo tiene este montaje?

—Unos dos años, creo —respondió Mike—. Tío, me muero de ganas de que lo conozcas. Te va a fascinar.

Chubs hizo un gesto de impaciencia y tuve la clara sensación de que no sentían ningún cariño el uno por el otro.

—¿Y es cierto eso de que hay aquí cientos de niños correteando en total libertad? —pregunté—. ¿Cómo se lo ha hecho para permanecer tanto tiempo aquí sin que los de las FEP le hayan echado el guante?

Mike ya había explicado el funcionamiento del campamento. Allí todos los chicos —algunos fugados de campamentos o de un internamiento seguro, otros capaces de esconderse el tiempo necesario como para haberlo evitado— tenían responsabilidades.

—Mira, ahí está la gracia de estar bajo la protección del Huidizo —dijo Mike—. Los de las FEP no pueden atacarle porque saben quién es y lo que podría llegar a hacerles. Le teme incluso el viejo Gray.

—¡Ya sé quién es! —exclamó Liam, chasqueando los dedos—. ¡Santa Claus!

Zu rio como una tontuela.

—No andas muy desencaminado —dijo Mike—. Te va a parecer supercursi, así que, con toda confianza, puedes mandarme al carajo por lo que te digo, pero te juro que aquí es como si cada día fuese Navidad.

Y enseguida comprendí a qué se refería. En cuanto llegamos al claro, que imaginé que debía de ser el lugar donde los campistas montaban sus tiendas, nos vimos rodeados por docenas de niños. A nuestra derecha, había adolescentes jugando al voleibol... con una red de verdad. Oí unas cuantas risas y tuve que pararme para dejar pasar a unas niñas que jugaban a pillar. A Zu le llamaron tremendamente la atención.

Parecían felices. En plena forma y sonrientes. Y limpias. Ninguna de ellas estaba cubierta de cortes, magulladuras y barro como nosotros, sino que iban vestidas con ropa y calzado decentes. Sin que nadie se lo pidiera o indicase, los niños que ganduleaban bajo unos árboles se levantaron para ayudarnos a cargar con las cajas de fruta, que transportamos hacia un edificio blanco que aparecía identificado como «OFICINA DEL CAMPAMENTO/TIENDA».

La Oficina del campamento/Tienda era la estructura más sólida de todas las que habíamos visto hasta el momento, construida con un estilo más permanente que las pequeñas cabañas de madera con puertas de color verde oscuro.

—Aquí es donde guardamos la comida —explicó Mike, como si fuese lo más apasionante que íbamos a oír—. Y el lugar desde donde el Huidizo dirige todo el espectáculo. Os haré pasar para presentároslo. Tiene que daros permiso para que os podáis quedar un tiempo.

—¿Necesitamos su permiso? —preguntó Chubs—. ¿Y qué pasa si dice que no?

—Nunca ha dicho que no hasta la fecha —dijo Mike.

Se cargó la caja al hombro para de este modo poder pasarle un brazo a Chubs sobre los hombros. Viendo que había captado mi atención, me sonrió de oreja a oreja.

—Es imposible que estuvieras en Caledonia. Me habría acordado de una cara como la tuya. —Creo que debía imaginarse que estaba ligando conmigo, con sus ojos oscuros y sus hoyuelos. Miró entonces a Lee, que reprimía una sonrisa al observar mi reacción—. ¿De dónde viene, dime, y dónde podría encontrar otra como ella?

—A esta la recogí en una gasolinera de Virginia Occidental, a precio de ganga —dijo Lee—. Aunque era la última de la estantería, lo siento.

Mike volvió a reír, y le dio un pellizco en el hombro a Chubs antes de empezar a subir brincando las escaleras y agacharse para pasar por debajo de una sábana blanca colgada sobre el pequeño porche del edificio. La miré, y tuve que volver a mirarla.

Zu se había detenido en seco al ver el gigantesco signo Ψ pintado en la sábana y su rostro había adquirido un color enfermizo. Yo no podía moverme, no podía dejar de mirarlo. Liam tosió para aclararse la garganta y movió la mandíbula, como si intentara liberar palabras que se negaban a salir.

Bastó al menos para dejarnos inmóviles a Zu y a mí. El rostro de Zu se iluminó entonces como una vela y Liam miró confuso a su amigo.

—¿Qué pasa? —dijo Mike al ver nuestra reacción.

—¿Algún motivo en particular para que hayáis decorado este bonito lugar con el símbolo de nuestros más mortales enemigos? —preguntó Liam.

Era la primera vez que Mike alteraba la expresión en todo el rato que llevábamos con él, ya cerca de dos horas. Algo se endureció en su mirada, algo le tensó los músculos de la mandíbula.

—Es nuestro símbolo, ¿no? Es la psi. Debería representarnos a nosotros, no a ellos.

—¿Y cómo explicas entonces lo de ir de negro? —insistió Liam—. ¿Los brazaletes, las camisas...?

Tenía razón. Todo el mundo, de una manera u otra, llevaba algo de ese color. En su mayoría, parecían tener bastante con anudarse una banda negra en el brazo, pero otros, y no solo los que habían dado el golpe contra el camión de provisiones, iban vestidos de negro de los pies a la cabeza.

—El negro es la ausencia de cualquier color —dijo Mike—. Aquí no segregamos por color. Todos nos respetamos y respetamos nuestras distintas facultades, y nos

ayudamos mutuamente para comprenderlas. Pensaba que si existía alguien que pudiera comulgar con esa idea, serías precisamente tú, Lee.

—Oh, claro, claro, comulgo absolutamente. Vamos, como si fuera sagrada —dijo Liam—. Solo es que... estaba confuso, eso es todo. El color absoluto es el negro. Entendido.

Se abrió entonces la puerta mosquitera y Mike puso el pie para impedir que se cerrara.

—¿Pasáis?

Me sorprendió sentir al entrar una oleada de calor y vi que las luces del techo estaban encendidas. Electricidad. Recordé que Greg había mencionado que los Amarillos habían manipulado el sistema para que funcionase, ¿pero tendrían también agua corriente?

Las habitaciones de delante estaban ocupadas por montañas de mantas y ropa de cama, algunos colchones amontonados y varios barreños de plástico gris. La habitación de la parte posterior —la tienda del conjunto Oficina del campamento/Tienda— quedaba a la derecha de una pequeña cocina con paredes cubiertas de baldosas blancas. Mike saludó con la mano a los chicos que había dentro, ocupados removiendo con largas cucharas de madera la deliciosa receta que estuvieran preparando.

Las viejas estanterías de la tienda estaban pintadas de un austero tono verde, aunque surtidas con un arcoíris de comida enlatada, bolsas de patatas fritas, pasta e incluso chucherías. Liam soltó un silbido al ver las cajas de cereales que se apilaban por encima de la altura de nuestras cabezas.

Pensé que Chubs acabaría rompiendo a llorar.

Dejamos la fruta en el rincón más oscuro de la habitación, junto a una chica de pelo corto y rubio vestida con una camiseta negra que le dejaba el ombligo al aire. Dio palmas y saltos de alegría. No tendría más de catorce o quince años, y debía de tener también catorce o quince *pierings* en el cartílago de cada oreja.

—Sabía que te pondrías contenta, Lizzie —dijo Mike, lanzándole un pomelo.

—Hacía años que no teníamos fruta —dijo la chica, cuya entonación iba ascendiendo a cada palabra que pronunciaba—. Confío en que se conserve en buen estado unas cuantas semanas.

Mike nos guio fuera de la habitación y dejamos a Lizzie babeando entre las piñas y las naranjas.

—Subamos. Debería haber terminado ya la reunión con el equipo de seguridad. Hayes es el responsable de los golpes, pero Olivia —ya la conoceréis— coordina las guardias en todo el perímetro del campamento. Si queréis, puedo hablar con ella para que os asignen ahí.

Miró a Zu.

—Aunque por desgracia para ti, pequeña, los menores de trece años tienen que ir a clase.

Eso llamó la atención de Chubs.

—¿Qué tipo de clases?

—Cosas normales del colegio, imagino. Matemáticas, algo de ciencias, lectura... depende de los libros que hayamos podido gorrear. El jefe considera muy importante que todo el mundo adquiera unos conocimientos básicos. —Mike se detuvo al llegar a lo alto de la escalera y miró por encima del hombro—. Sé que nunca os ha gustado utilizarlas, pero se imparten también lecciones sobre cómo emplear las distintas facultades.

Chubs, detrás de mí, tosió para aclararse la garganta antes de hablar.

—A mí ya me basta con lo que Jack me enseñó.

—Jack... —La intensidad de la voz de Mike se desvaneció—. Tío, cómo echo de menos a ese chico.

Durante la excursión, Mike nos había contado que en el campamento del Huidizo vivían cinco chicos y chicas de Caledonia. Mike era el único de la habitación de Liam, pero había además dos chicas Azules, un chico Amarillo y un Verde que habían conseguido llegar allí desde Virginia Occidental.

El segundo piso del edificio era más bien un desván, puesto que la totalidad de la planta estaba ocupada por una sola habitación. Mike llamó a la puerta y esperó a escuchar «Adelante» antes de atreverse a girar el pomo. Oí a Chubs emitir un graznido nervioso y me sorprendí a mí misma con las pulsaciones aceleradas.

La puerta se abría en la parte central de la habitación. A la derecha había una cortina blanca, corrida para ocultar lo que imaginé que sería la zona de vivienda. La ventana que debía de haber detrás de la cortina dejaba pasar suficiente luz del atardecer como para adivinar el perfil de una cama y una cómoda.

La otra mitad de la habitación estaba montada como oficina. Había dos estanterías llenas de archivadores y libros de toda forma y tamaño. En el centro, una vieja mesa de despacho metálica con la pintura negra descascarillada. Delante de la mesa había dos sillas sencillas y, adosada a la pared de la izquierda, una mesa larga con todo tipo de equipos electrónicos. Había una televisión encendida y sintonizada en un canal de noticias. La cara del presidente Gray, flanqueada por dos banderas de los Estados Unidos, llenaba la pantalla. Movía la boca, pero el volumen estaba apagado. El único sonido, a excepción de la inspiración profunda que acababa de hacer Chubs, era el de los dedos de Clancy Gray tecleando en un fino ordenador portátil de color plateado.

Lo reconocí. Aun en el caso de que se hubiera rapado el grueso pelo negro ondulado, se hubiera tatuado las mejillas y se hubiera puesto un *piercing* en la nariz larga y afilada, lo habría reconocido igualmente. Había pasado seis años mirando todos y cada uno de los retratos de Clancy que había en Thurmond, memorizando todas sus

pecas, la forma de sus finos labios... Hasta conocía a la perfección el pico que se le formaba en el nacimiento del pelo. Pero no había nada como verlo en carne y hueso. Aquellos retratos no habían logrado captar sus ojos oscuros, ni habían sido capaces de predecir lo atractivo que acabaría siendo con la edad.

—Solo un seg...

Levantó la vista de la pantalla para mirar hacia donde estábamos nosotros y de inmediato se hizo evidente que acababa de llevarse una sorpresa.

—¿Jefe? —dijo Mike—. ¿Estás bien?

El hijo del presidente se levantó muy despacio y cerró la tapa del ordenador. Las mangas arremangadas de la camisa se les deslizaron por los bronceados brazos.

«¿Es este el Huidizo?», pensé. «¿Él?». Decir sorpresa, sería decir muy poco. Decir estado de casi parálisis cerebral, de esa que reduce la corriente de pensamientos a la velocidad de un caracol, sería decir muy poco. No dispuse ni siquiera de un segundo para recuperarme antes de oír las tres palabras que pronunciaron sus labios a continuación. Era imposible, puesto que Clancy Gray me miró a los ojos y dijo lo último en este mundo que me esperaba que dijese:

—Ruby Elizabeth Daly.

Mi reacción fue excesiva tratándose de algo tan inocente como mi nombre completo. No había pronunciado tres tacos ni gritado «¡Matadlos ahora mismo!» o «¡Encerradlos!». No debería haber empezado a retroceder, tropezando con mis propias botas, pero ya estaba casi en la puerta cuando me di cuenta de que lo había hecho.

Clancy dio un paso al frente, pero Liam lo empujó, con fuerza.

—¡Lee! —gritó Mike, escandalizado.

Clancy levantó los brazos en alto.

—¡Lo siento... lo siento! Es culpa mía. Debería haberme dado cuenta de que no podía decirlo así. Pero ha sido una sorpresa verte.

Se inclinó hacia Liam con una sonrisa de disculpa y yo me detuve junto a la puerta, asombrada por un momento al ver lo blancos y bien colocados que tenía los dientes.

—He leído tu ficha tantas veces y en tantas redes distintas que tenía la sensación de que ya nos conocíamos. Hay muchísimas personas buscándote.

—¿Y a cuál de todas esas personas tienes pensado entregarla? —le espetó Chubs.

Zu me pasó un brazo por la cintura. A Clancy se le encendió el rostro al escuchar aquella acusación y volvió de nuevo sus ojos oscuros hacia mí.

—A nadie. Simplemente recopilé información, controlo las redes para ver de qué habla la gente. Y casualmente, todo el mundo habla de ti, señorita Daly. —Hizo una

pausa y se rascó el hombro, en un gesto no calculado—. Veamos si lo recuerdo todo: nacida en Charlottesville, Virginia, pero criada en Salem por su madre, Susan, maestra, y su padre, Jacob, agente de policía. Asististe a la escuela elemental de Salem hasta tu décimo cumpleaños, cuando tu padre llamó a su comisaría para informar de que había una niña desconocida en su casa...

—Para —murmuré.

Liam miró por encima del hombro en un intento de repartir su atención entre mi persona y el chico que recitaba la sórdida historia de mi vida.

—... Pero, mala suerte, los de las FEP llegaron a tu casa antes que la policía. Buena suerte, alguien la pifió o tenían otros pequeños a los que recoger, porque no se entretuvieron a interrogar a tus padres y, por lo tanto, no te hicieron ningún tipo de clasificación previa. Y entonces llegaste a Thurmond y conseguiste evitar que detectasen que eras Naranja...

—¡Para!

No quería oír aquello... no quería que nadie lo oyese.

—¿Pero qué haces, tío? —gritó Liam—. ¿No ves que la estás agobiando?

Clancy, anticipando tal vez otro empujón, se desplazó al otro lado de su mesa de despacho.

—Estoy emocionado por haberla conocido, eso es todo. No sucede cada día lo de encontrar otro Naranja.

Y al instante se encendió una chispa en mi pecho, la cual generó una llama que se propagó velozmente hacia mi cerebro. «Es un Naranja. Los rumores eran ciertos. Podría ayudarme».

—¿Pero... no te habían reformado? —pregunté muy despacio—. ¿No era por eso por lo que te habían soltado?

—Precisamente tú, Ruby, deberías saber que en Thurmond no pueden reformar ni una mierda —dijo—. ¿Y qué tal está el viejo Thurmond, por cierto? Tuve el dudoso honor de ser su primer interno... los vi construir la Cantina ladrillo a ladrillo. ¿Es cierto lo que dicen de que colgaron mi fotografía por todas partes?

Pero había otra pregunta mejor: ¿De verdad creía que estaba dispuesta a coger una silla y estar de palique hasta las tantas hablando de los viejos tiempos?

Clancy suspiró.

—Bueno pues... si tú eres Ruby, entonces tú debes de ser Lee Stewart. También he leído tu ficha.

—¿Y has encontrado algo que valga la pena? —preguntó Mike, con una risilla nerviosa.

—Los de las FEP están siguiendo todos tus movimientos —dijo Clancy, recostándose en su silla—. Lo que significa que necesitas un lugar donde tratar de pasar inadvertido por una temporada.

Liam dudó una milésima de segundo antes de asentir.

—Has elegido bien viniendo aquí. Puedes quedarte todo el tiempo que necesites. —Clancy se llevó una mano al pecho—. Y ahora que ya he conseguido molestar a todo el mundo, Mike, quiero que los acompañes a una cabaña y que los apuntes para los turnos de guardia.

Mike movió afirmativamente la cabeza.

—Para que quede constancia, a mí no me has molestado, jefe.

Clancy soltó una carcajada, profunda y lenta.

—De acuerdo, está bien. Gracias por el trabajo duro que has hecho hoy, por cierto. Por lo visto ha habido buena cosecha.

—No te lo vas a creer —dijo Mike, dirigiéndose ya a la puerta. Nos indicó con un gesto que lo siguiéramos, pero ya no nos miró con la misma calidez de antes—. La cabaña dieciocho está abierta, ¿verdad?

—Sí, Ty y sus chicos montaron su tribu contra nosotros —dijo Clancy—. No tengo noticias de que la hayan limpiado después de que se marcharan, por lo que pido disculpas si está hecha un asco.

Y entonces volvió a mirarme fijamente; levantó primero una comisura de la boca y luego la otra. Y yo noté una cálida y burbujeante sensación en algún rincón de la cabeza, al tiempo que se me aceleraba el pulso. Di media vuelta e interrumpí el contacto visual, pero la imagen siguió inundándome el cerebro, expandiéndose hasta que pensé que acabaría por ahogarme. Me vi mentalmente en una habitación, a solas con Clancy: él estaba arrodillado, ofreciéndome una rosa.

¿Disculparle? Su voz me retumbaba en los oídos, se repetía mientras iba bajando las escaleras.

¿Cómo había hecho aquello? Había sorteado todas y cada una de mis defensas naturales. ¿Y por qué notaba de repente el cerebro tan lleno de vida, ansioso por captar a quienquiera que tuviese más cerca, quienquiera que fuese lo bastante estúpido como para dejarme entrar?

Levanté la cara para despegarla del hombro de Liam, donde la había enterrado. ¿Cuándo me había colocado de aquella manera? ¿Al salir... había caminado hasta la cabaña de aquella manera?

Liam intentó mirarme a los ojos cuando me aparté. Me dolía la cabeza, me dolía físicamente porque ansiaba el cerebro de Liam. Era muy peligroso estar tan cerca de él.

—Ahora no —susurré.

Liam frunció el entrecejo y abrió la boca como si quisiera decir algo. Pero se limitó a asentir y echó a andar hacia la cabaña, subiendo de un salto los peldaños de acceso.

Necesitaba alejarme lo máximo posible de ellos, al menos hasta que se desvaneciera aquel torbellino de emociones que reinaba en mi cabeza. No seguí ni

mapa ni plano alguno; me limité a seguir un sendero. Algunos niños, desconocidos todos, me gritaron algo, preocupados, pero ignoré sus advertencias y seguí el olor a barro y hojas enmohecidas hasta que di con el lago que habíamos visto al pasar.

Los árboles y los arbustos habían cubierto el camino que conducía al embarcadero de madera en forma de T, y allí donde no había vegetación, me tropecé con una cuerda y una señal que advertía «PROHIBIDO EL PASO».

Pasé por debajo y seguí caminando, sin detenerme hasta que por fin me senté en el extremo del viejo embarcadero, de madera blanqueada por el sol, y escondí la cabeza entre las rodillas. A lo lejos se oían las voces de niños que chillaban y reían, y me pregunté cuándo recuperaría en las piernas la sensibilidad necesaria para poder levantarme de nuevo, y cuándo se desvanecería la huella que había dejado en mí la voz de Clancy Gray.

«Sola», pensé, tendiéndome sobre la vieja madera, «por fin sola».

Aquella noche sirvieron la cena a las siete en punto. En el campamento no había sistema de megafonía ni alarmas, pero sí cencerros. Por lo visto, era la llamada universal a comer, porque en cuanto se oyó el primer cencerro, los demás empezaron a sonar como un eco, diseminando su sonido por cabañas y senderos, hasta llegar donde yo seguía sentada examinando mi reflejo en las aguas oscuras.

Fue fácil encontrar el lugar donde se desarrollaba la acción: un par de centenares de niños reunidos alrededor de una espléndida hoguera para cenar no era un encuentro precisamente sutil. Aminore la marcha a medida que me iba acercando. Algunos chicos más mayores alimentaban los abrasadores dedos de la hoguera con más leña. Tocones de troncos viejos servían de improvisados asientos para los que ya tenían su comida y no querían comer solos en su cabaña.

Los niños que habíamos visto en la cocina habían colocado sobre una mesa lo que parecían ollas eléctricas de cocción lenta y corrían desde el edificio de las oficinas a la hoguera para ir rellenándolas. Docenas de niños esperaban su turno junto a las ollas, sujetando sus recipientes de plástico con ansia y rostros famélicos.

Enseguida vi a Liam, de pie, más que sentado, en uno de los tocones. Tenía un cuenco de chile en cada mano y examinaba la zona en busca de algo. Chubs habría pasado de largo de no haberle dado Liam un codazo para advertirle de su presencia. Liam le preguntó algo a Chubs, pero solo capté parte de su respuesta.

—Oh, no, gracias. Ya he leído *El señor de las moscas*, y sé de qué va este rollo: todo el mundo se pone a bailar en torno a la hoguera, se pintan la cara, veneran la cabeza de un cerdo decapitado y entonces alguien recibe una pedrada y se derrumba muerto en el suelo... y, sorpresa, es el gordo con gafas. —Liam se echó a reír, pero me di cuenta de que Chubs se sentía incómodo de verdad—. Creo que voy a ir a lo

seguro y me iré a leer un rato... y, mira, ¡ahí está Ruby! Podéis disfrutar juntos de la degeneración de la decencia humana sin mi presencia.

Liam se volvió tan rápido que le resbaló el pie y estuvo a punto de derramar los dos cuencos sobre la melena de las chicas sentadas a su lado.

—Que os divirtáis —dijo Chubs, mientras pasaba corriendo por mi lado. Lo pillé por la manga y lo obligué a dar media vuelta.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

Se encogió de hombros y esbozó una triste sonrisa.

—Supongo, simplemente, que no estoy por la labor esta noche.

Conocía aquel sentimiento. Después de estar los cuatro solos tanto tiempo, vernos de repente rodeados de tanta gente, aunque fueran chicos como nosotros, resultaba estresante. Si a Chubs ya no le había gustado que una única persona —yo— hubiera invadido su universo, no podía ni imaginarme cómo afectaría sus nervios aquella nueva situación.

—Bueno, si cambias de idea, ya sabes que puedes encontrarnos aquí.

Chubs me dio unos cariñosos golpecitos en la cabeza y continuó su camino hacia la cabaña que nos habían asignado.

—¿Qué mosca le ha picado? —preguntó Liam, ofreciéndome el humeante cuenco de comida.

—Creo que simplemente está cansado —respondí, y no dije más—. ¿Dónde está Zu?

Liam movió la cabeza hacia la izquierda y enseguida vi el rostro sonriente de Zu en medio de un grupito de niños y niñas de su edad. Me saludó con la mano en cuanto me vio y me pregunté cómo era posible que su cara desprendiese tanta luminosidad. La niña asiática sentada a su lado movió afirmativamente la cabeza cuando Zu hizo un gesto hacia ella, como si la entendiese a la perfección sin necesidad de palabras. Zu tiró entonces de la capucha de la sudadera de la niña, que llevaba escrito el eslogan «Virginia es para los enamorados», y apareció una trenza oscura, larga y brillante.

—Dios mío —dije, atando cabos al instante.

—¿Qué pasa?

—Esa niña estaba en tu campamento —dije—. La vi en la pesadilla de Zu. Acababan separándose.

—¿De verdad? —La expresión de su rostro, al atar también cabos, fue realmente adorable—. Supongo que esto explica por qué estaban antes revolcándose las dos por el suelo.

Me eché a reír.

—¿Eso han hecho?

—Sí, las he visto jugando en la hierba como dos cachorrillos... ¡Zu! —Zu volvió a mirarnos—. Ven un momento. No, trae también a tu amiga...

Cuando las dos se pusieron de pie, me sorprendió descubrir que la otra niña era al menos diez centímetros más alta que Zu, aunque por su aspecto era evidente que no era ni un año mayor que ella.

Zu le dio la mano a la otra niña y corrieron hacia donde estábamos nosotros, sonriendo. Se había vuelto a poner su vestido rosa.

—Hola —dijo Liam, tendiéndole la mano a la niña—. Me llamo Liam y esta es...

—Ya sé quiénes sois —dijo la niña, interrumpiéndolo—. Liam y Ruby. —Se cruzó de brazos—. Suzume me lo ha contado todo sobre vosotros.

—Contarte... *contarte*, o...

—Claro, no me lo ha *contado* —dijo la niña, resoplando y ganándose un codazo en un costado. Se giró y le dijo algo a Zu en japonés y Zu, a su vez, negó con la cabeza y le tiró de la trenza a su amiga—. ¡De acuerdo, vale! —La niña se volvió de nuevo hacia nosotros, con la hoguera como telón de fondo—. Me llamo Hina y Suzume es mi prima.

—¡Caramba! —exclamé, mirando a Zu—. ¿Lo dices en serio? ¡Es asombroso!

La niña daba saltitos sin dejar de sonreír.

—Y estabais juntas en Caledonia —dijo Liam, hablando muy despacio—. ¿Por qué no lo mencionaste, Zu? Podríamos haber intentado localizarla. ¿Eres también Amarilla?

—Soy Verde —dijo Hina, señalando su mata de pelo—. ¿No se nota?

Zu nos miró encogiendo los hombros, como si quisiera disculparse, y tiró de Hina para llevársela de nuevo hacia el círculo de niños, donde estaba en marcha una partida de algún juego de cartas. Liam se volvió de nuevo hacia mí, asombrado.

—¿Me acaba de replicar con descaro una niña de doce años?

—Supongo que le viene de familia —dije, dando vueltas con la cuchara a la comida del cuenco.

El chile estaba muy caliente y olía de maravilla. Llevaba casi siete años sin comer otra cosa que la bazofia que nos daban en Thurmond, y el hecho de que alguien hubiera puesto un mínimo de esfuerzo en ello... tuve que volver a buscar una segunda ración, y luego una tercera, hasta que físicamente ya fui incapaz de tragar nada más.

Estar junto al fuego y con el estómago lleno de deliciosa comida me dejó adormilada, envuelta en una increíble sensación de seguridad. Me deslicé por el tocón hasta quedar sentada en el suelo y recosté la cabeza en las piernas de Liam.

—Eso me recuerda... —dijo Liam—. ¿Quieres creerte que Zu se ha puesto antes a dar saltos y a aplaudir cuando le he dicho que a partir de ahora tendrá que levantarse a las siete para ir a los Cubículos y volver a estudiar libros, como en los viejos tiempos?

—¿Cubículos?

—Lecciones. Colegio. —Me golpeó la nariz con el extremo limpio de su cuchara

—. Tú tranquila, Ruby Tuesday, que pronto empezarás a pillar la jerga que se lleva ahora.

Cuando acabamos de comer, Liam dejó los cuencos en uno de los numerosos barreños de plástico que abundaban por allí. El Azul que controlaba el más próximo a nosotros era un niño flacucho que debía de pesar la mitad de lo que contenía su barreño. Pestañeeé un par de veces preguntándome si estaría viendo visiones. Era la primera vez que veía niños utilizando sus facultades de una manera tan... frívola. Y contrastaba curiosamente con lo que, por lo demás, era la pura imagen de la normalidad. O de lo que yo imaginaba que debía de ser la normalidad. Había también chicos que tocaban la guitarra o utilizaban su tocón a modo de tambor. Pero en su mayoría estaban charlando tranquilamente y jugando a las cartas.

Liam se sentó también en el suelo, en el reducido espacio entre mi espalda y el viejo tocón. El trémulo resplandor de las llamas combinado con el delicioso calor que emitían hizo papilla mis músculos. Liam empezó a acariciarme los mechones de la nuca. Fui deslizando el cuerpo entre sus caricias hasta acabar recostada contra su pecho, acunada entre sus rodillas.

—¿Estás bien ahora, cariño? —me susurró al oído.

Asentí, mientras descubría con los dedos la piel de sus antebrazos, mientras reseguía los músculos y las prominentes venas. Estaba en misión de descubrimiento, buscando algo que hasta aquel momento ni siquiera sabía que deseaba encontrar. Liam tenía la piel suave, las manos calientes y grandes, los nudillos magullados y repletos de quebradizas postillas. Acerqué una mano a la suya y entrelazamos los dedos.

—Necesitaba estar un rato sola, pero ya estoy bien.

—Estupendo —susurró—. Pero la próxima vez no vayas donde no pueda encontrarte.

Me relajé más que adormilarme. Me daba la impresión de que cuanto más tiempo pasaba allí sentada, más tranquila notaba la cabeza y más se aliviaban los dolores y las tensiones del cuerpo, hasta que finalmente me acabé sintiendo tan esponjosa como la tierra sobre la que estábamos descansando.

Al final, llegó alguien con un radiocasete de hace mil años e incluso los chicos de las guitarras dejaron de tocar, como deferencia a los Beach Boys. Creo que fui la única en todo el campamento que no acabó bailando, pero disfruté viendo a los demás, sobre todo a Zu, moviendo graciosamente las caderas y levantando los brazos... hasta que vino corriendo hacia donde estábamos sentados y tiró de nosotros. Yo conseguí escabullirme, pero Liam demostró tener mucha menos fuerza de voluntad.

No paraban de reír cuando empezó a sonar *Barbara Ann* y después dieron vueltas como locos al ritmo de *Fun, fun, fun*. Debería de haberme imaginado que se llevaban algo entre manos cuando ambos se volvieron a la vez hacia mí con expresión

malévola.

Liam me hizo señas con el dedo para que me acercase. Pero yo reí y agité las manos diciéndole claramente «¡No!».

Sonrió —la primera sonrisa de verdad que le veía en todos aquellos días— y sentí como mariposas en el estómago. Era una sensación cálida, un cosquilleo que me resultaba familiar. Liam hizo un gesto como si estuviera lanzando una caña de pescar y tirando de mí, y Zu abandonó por un momento su alocado baile para imitarlo. Estaban acalorados y cubiertos por una brillante capa de sudor. Puesto que lo único que nos separaba era polvo y barro, me deslicé y fui a parar contra ellos... justo entre los brazos extendidos de Liam.

—No es justo —gimoteé.

—Ven para aquí, Verde —dijo—. A ver si te enseño a bailar.

Zu empezó a dar vueltas a nuestro alrededor, agitando los brazos al ritmo de *Wouldn't it be nice*. Liam me cogió la mano y la colocó sobre uno de sus hombros. Me cogió luego la otra y la enlazó con delicadeza con la suya.

—Pon los pies sobre los míos.

Le lancé lo que esperaba que fuese una mirada de incredulidad.

—Confía en mí —dijo—. Vamos, antes de que termine nuestra canción.

Y en contra de mi voluntad, seguí sus órdenes y puse los pies encima de los de él, esperando ver una mueca de dolor al sentir todo mi peso encima. Sus huesos, sin embargo, parecían robustos.

—Un poco más cerca, Verde; no te morderé.

Me incliné hacia delante hasta descansar una mejilla sobre su hombro. Liam me estrechó la mano con más fuerza y, casi sin darme cuenta, le estrujé la tela de su camiseta con la otra mano. Me sentía muy incómoda, consciente de que debía sentir el latido de mi corazón contra su pecho.

—Y ahora no empieces a girar como un loco —dije, puesto que no estaba segura de que mi corazón y mi cabeza pudieran resistirlo.

De tan cerca, Liam resultaba tan cálido y tan guapo, que ya solo con eso todo me daba vueltas.

—No giraré —dijo, tranquilizándose.

Cuando empezamos a movernos no fue del todo bailando, sino con un encantador balanceo. Adelante y hacia atrás, fácil y agradable. Por una vez, mi cerebro se sentía satisfecho y no quería abarcar más de lo que ya tenía. Mis músculos se movían con lentitud, como si estuviesen hechos de miel. Primero no seguíamos en absoluto el ritmo de la canción, y luego dejamos de movernos por completo. Descansé la mejilla en su hombro. La mano que me sujetaba por la zona lumbar se deslizó por debajo de la camiseta y me acarició la piel.

Cuando sonaron de nuevo los cencerros, esta vez para anunciar que se apagaba la

luz del campamento, el público soltó un lamento perfectamente audible, lo bastante ruidoso como para que Liam se pusiera a reír. No me di cuenta de lo agotada que estaba hasta que nos separamos.

—Hora de acostarse —dijo, indicándole a Zu que viniera con nosotros.

Zu se levantó, se sacudió la ropa y señaló algo al grupo de niños con el que estaba.

El fuego de la hoguera crepitó y perdió fuerza bajo el potente chorro de agua de una manguera. Me recordó el sonido de un animal perdiendo su último soplo de vida. Y cuando la luz del fuego quedó finalmente apagada y la hoguera reducida a un desabrido montón de ascuas esparcidas entre la ceniza, vi que una simple pantalla de humo me separaba del lugar donde Clancy Gray estaba sentado, mirándome fijamente con sus ojos oscuros.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Era evidente que a Clancy Gray le gustaba mucho hacer una cosa: observarme.

Observarme mientras yo estaba sentada en el porche ayudando a Zu a atarse sus nuevas zapatillas deportivas antes de acompañarlas a ella y a Hina a la cabaña que hacía las veces de aula.

Observarme mientras bromeaba con Chubs por haber sido el primero y el único al que había picado una garrapata.

Observarme mientras esperaba con Lee, junto al círculo de piedras de la hoguera, a que llegara Mike para comunicarnos las responsabilidades que tendríamos durante nuestra estancia en East River.

Una observación que llevaba a cabo desde la ventana del segundo piso del edificio de las oficinas, desde donde daba la impresión de no hacer nada y controlarlo todo al mismo tiempo.

Mike había comentado que todos los mayores de trece años realizaban algún tipo de trabajo, pero lo que yo no sabía era que el trabajo no lo elegía cada cual. No me importó que me tocara ayudar en la despensa, organizar y realizar el inventario de las provisiones... aunque hubiera preferido estar con Chubs en el pequeño huerto del campamento o corretear por el bosque con Liam para velar por nuestra seguridad. Me resultaba raro no pasar el día entero con ellos.

Mis compañeros eran agradables; más que agradables, de hecho. En su mayoría nunca habían estado en un campamento, aunque, por otra parte, yo tampoco había cocinado en mi vida, por lo que allí todo el mundo ganaba una nueva experiencia. Lo que más me gustaba era el arrojo que tenían. Lizzie, por ejemplo, llevaba cerca de dos años escondida en East River, donde había llegado después de escapar por los pelos de las manos de los de las FEP, que habían detenido el coche de sus padres en Maryland.

—¿Y saliste y huiste corriendo? —le pregunté.

—Salí zumbando —me confirmó—. No llevaba nada encima, excepto la ropa puesta. Intenté reunirme de nuevo con mis padres, pero ellos no volvieron jamás a nuestra antigua casa. Me encontró una tribu de Verdes y fueron ellos los que me trajeron aquí.

Otro detalle: la mayoría de los chicos de East River eran Verdes o Azules, además de un reducido y muy cohesionado grupo de Amarillos que apenas se socializaban fuera de su círculo. Lizzie me comentó que antes había más Amarillos, pero que el Huidizo les había dado permiso para marcharse y constituir su propia tribu.

—¿Que les dio permiso? —repetí, mientras tomaba nota de las cajas de cereales que nos quedaban.

—Sí, y hay además otros requisitos.

Eso lo dijo Dylan, un niño menudo que acababa de finalizar sus clases Cubículo. Me explicó que eso de los Cubículos venía de las estanterías de madera en forma de cubo que Clancy había hecho construir para guardar los libros y el material escolar.

—Tienes que formar un grupo de al menos cinco personas —prosiguió—. Y luego Clancy tiene que decidir si es seguro o no, y tienes que jurar por tu vida que no revelarás nunca nada sobre el campamento, a menos que el chico que te lo pida esté en una situación realmente comprometida, y aun en este caso, solo puedes darle la pista. Es por la seguridad de todos. Se moriría si a un chico le pasase algo por culpa suya.

Me tranquilicé un poco. No es que no confiara en las motivaciones de Clancy; pero me ponía nerviosa. Cuando alguien se interesa tantísimo en ti, acabas preguntándote qué es lo que estará buscando.

—¿Qué estáis *haciendo*?

Los tres giramos la cabeza a la vez hacia la puerta, donde estaba Clancy, rígido e inmóvil, mirándome fijamente. El viento que entraba por la puerta le alborotaba el pelo negro. Noté una sensación que se me enroscaba por dentro, pero no era miedo.

—Estamos clasificando —respondió Lizzie, confusa—. ¿Pasa algo?

Clancy despertó de su aturdimiento.

—No, lo siento, es solo que... Ruby, ¿te importaría venir un segundo? Creo que ha habido cierta confusión en tu asignación de tareas.

Le pasé la libreta a Lizzie, preguntándome por qué me estaba observando con los ojos entrecerrados.

—Me han asignado a Almacén —le dije cuando salimos al porche.

—Yo no te he asignado a ninguna parte —dijo él—. Se lo he dejado bien claro a Mike.

Me gustaría pensar que no soy del tipo de persona que se deja intimidar fácilmente por los demás chicos, ni siquiera por los más altos, los más fuertes o los mejor armados que yo. Así que no sé muy bien por qué me sentí así cuando empecé a hablar con *Clancy Gray*. El hijo del hombre más poderoso del país. Un príncipe estadounidense de sangre azul, vestido con polo de color negro por debajo de un jersey con ochos de lana también de color negro. Llevaba incluso un cinturón de piel.

Me crucé de brazos.

—Soy tan capaz de trabajar como cualquiera.

Bajo la luz del sol resultaba menos intimidante que en la penumbra del interior. Era posible que su reputación le hubiera sumado algunos centímetros de altura, pero en realidad solo era un poco más alto que yo, lo que significaba que tanto Liam como Chubs le sacaban prácticamente una cabeza. Pero no por ello perdía el título de «La persona más atractiva que había visto en mi vida».

Clancy era delgado pero no flacucho, pulcro pero no remilgado, sosegado pero no

tranquilo. Cuando empezó a soplar la brisa, pensé que debía llevar alguna colonia bastante perfumada, pero me pareció una idea ridícula.

Me alegré de estar allí fuera en el porche, un lugar desde donde podía vernos toda la gente que estaba por la zona de la hoguera. No se me ocurrió que fuera a hacerme daño, ni nada por el estilo... ¿por qué tendría que hacerlo? Uní las manos delante del cuerpo, luego las dejé caer a los costados y luego las levanté para cruzarme de brazos, como si no supiera qué hacer con ellas.

No había olvidado en absoluto el principal objetivo que me había conducido hasta allí, pero no me atrevía a pedirle ayuda. Era evidente que Clancy dominaba sus facultades, que se adentraba voluntariamente en el cerebro de los demás... por lo que la pregunta debería haber surgido como algo tan natural como respirar.

Si todos aquellos chicos seguían sus caprichos y sus órdenes, tenía que ser porque era un buen tipo, ¿no? La gente no ayuda a los demás simplemente porque sí. Clancy poseía una confianza que lo convertía en el sol que ocupaba el centro de la galaxia de East River. Todo el mundo y todas las cosas orbitaban alrededor de su luz.

¿Y por qué, entonces, no me armaba de valor para pedirselo? ¿Por qué seguían temblándome las manos?

—Sé que lo más probable es que nunca acabe siendo de tu agrado después de la presentación que tuvimos —dijo él—, pero lo siento. No se me ocurrió que pudieras mantener en secreto toda esa información.

—No pasa nada —dije—. ¿Pero qué tiene esto que ver con las responsabilidades que se me han asignado?

Permaneció unos instantes sin decir nada. Simplemente se quedó... mirándome.

—¿Puedes parar? —murmuré, confusa y fastidiada a la vez—. Si te digo que te he perdonado, ¿dejarás de una vez de hacer eso?

En sus labios apareció una atractiva sonrisa.

—No.

Clancy, que por lo visto no sabía lo que era respetar el espacio personal de la gente, dio un paso al frente y yo di un paso atrás, con lo que se me hundió un pie en el barro. Pero él, en lugar de retroceder, consideró mi actitud como un desafío y siguió acercándose. Y no sé por qué, seguramente por el amasijo de nervios en que me había convertido, le dejé avanzar.

—Escúchame —dijo por fin—. El motivo por el que le dije a Mike que no te asignara ninguna responsabilidad es porque espero que vengas a trabajar conmigo.

—¿Perdón?

—Vamos, ya me has oído.

Volvió a cogerme un brazo y, de repente, noté como si alguien me hubiera saltado dentro de la cabeza. El cerebro empezó a funcionar a toda velocidad y se llenó de imágenes blancas como la leche en las que aparecíamos los dos sentados delante de su

mesa de despacho, mirándonos mientras el fuego lo devoraba todo a nuestros alrededor.

Eran imágenes que él estaba introduciendo en mi cerebro.

No sé cómo lo hizo, pero era tremendamente real. La imagen me quemaba desde dentro, me abrasaba los pulmones. Notaba bajo la piel burbujas de humo cáustico, como si fuesen a estallar. Mi ángulo de visión ardió hasta volverse negro en los extremos. De mis prendas brotaba fuego, me chamuscaba el pelo.

«Esto no es real, esto no es real, esto NO ES REAL...».

Clancy debió de soltarme, o yo debí de encontrar la manera de liberarme de él, puesto que con la misma rapidez con que había aparecido, el fuego se esfumó y se dispersó en tres temblorosas expiraciones.

—Veo que no puedes bloquearme —dijo, abriendo mucho los ojos—. ¿No sabes siquiera utilizar tus facultades? En la ficha de la Liga se insinuaba que eras capaz de controlarlas.

¿Acaso no era evidente? Negué con la cabeza. «Por eso estoy aquí», me habría gustado decir. «Por eso te necesito».

Me repasó con la mirada de la cabeza a los pies. Cuando volvió a hablar lo hizo empleando un tono suave. Compasivo.

—Mira, sé cómo te sientes. ¿No entiendes que yo también tuve que lidiar con esto? Sé lo solo que te sientes cuando no puedes tocar a alguien como te gustaría tocarlo, lo aterrador que es sentirse atrapado en otro cerebro sin conocer la salida. Ruby, todo lo que yo sé lo he aprendido solo, y fue terrible. Me gustaría ahorrarte todo eso. Puedo enseñarte cosas, trucos... cómo utilizar tus talentos tal y como deben ser utilizados.

Confiaba en que no viera cómo me temblaban las manos. Dios mío, se había ofrecido, ni siquiera había tenido que pedirselo, y aún así seguía sin poder decir ni palabra.

Clancy relajó la postura, y cuando volvió a tocarme para colocar hacia la espalda la trenza que me caía por encima del hombro, comprendí que no tenía en absoluto mala intención.

—Piénsalo, ¿de acuerdo? Si decides que quieres hacerlo, ven a la oficina. Consultaré mi agenda para buscarte un poco de tiempo.

Cerré la boca con tanta fuerza que me mordí la lengua.

—Querer averiguar cómo utilizar nuestras facultades no es malo —añadió Clancy—. Es el único medio que tenemos para poder derrotarlos algún día.

«¿Derrotar a quién?».

—Quedamos muy pocos —dijo—. De hecho, hasta que tu nombre no apareció en el sistema, creía que era el único.

—Pues al menos hay uno más. Se llama Martin...

—Y está con los de la Liga de los Niños —dijo para terminar mi frase—. Lo sé. Accedí al informe elaborado por la Liga. Un niño espeluznante. Cuando he dicho *nosotros*, me refería a Naranjas que no sean psicóticos.

Bufé.

—Lo pensaré —dije por fin.

Posó de nuevo la mirada en mí y se me erizó el vello de los brazos, como si me hubiera pasado la corriente. Di un inconsciente paso hacia él.

—Haz caso a tu instinto —dijo Clancy, volviendo la cabeza hacia el interior del edificio.

Un grupo de niños lo llamó entonces desde el lugar próximo al círculo de la hoguera donde estaban haciendo los preparativos de la comida y Clancy, como el hijo del presidente que era, les sonrió y los saludó con la mano en un gesto realmente hermoso.

«Haz caso a tu instinto».

¿Pero por qué mi instinto y mi cerebro seguirían caminos distintos?

Necesitaba apaciguar un poco los nervios y me fui derecha hacia el embarcadero de madera que había descubierto la tarde anterior. Tenía la cabeza hecha un lío ante las diversas posibilidades.

Clancy Gray acababa de ofrecerme todo lo que yo le habría pedido. Una forma de evitar que se repitiese lo que había sucedido con mis padres y con Sam. Una forma de poder estar con Liam, de localizar a mi abuela, de no vivir con el miedo constante a hacerles daño. ¿Por qué, entonces, mi «sí» se mostraba tan reacio a salir?

Me agaché para pasar por debajo de la cuerda que impedía seguir por el camino de acceso al lago y continué recorriendo el sendero, pero de repente me di cuenta de que algo iba mal.

—Mierda —dije en cuanto lo vi.

—Oh, no... no, no, no —dijo Chubs. Su sonrisa dentona se esfumó de repente y dejó de lanzar cuscursos de pan a los patos—. Este es mi escondite secreto. Aquí no se permiten Rubys.

—¡Yo lo encontré primero! —refunfuñé, sentándome a su lado.

—Lo dudo.

—Hace un semana, mientras vosotros preparabais la cabaña.

Puso mala cara.

—Bueno... de acuerdo. Pero hoy he llegado yo primero.

—¿Pero no tenías que estar en el Huerto?

—Me he hartado de escuchar a una niña que no dejaba de repetir lo inteligente que es el Huidizo por hacerles plantar zanahorias. —Se inclinó hacia atrás—. ¿Y tú no

tenías que estar en el Almacén?

Bajé la vista hacia las manos, cerradas en un puño. Viendo que no respondía, Chubs dejó a un lado la bolsa del pan y enderezó la espalda.

—Oye, ¿estás bien? —Acercó una fría mano a la frente—. Creo que vas a caer enferma. ¿Tienes migrañas o mareos?

Aquello era decir poco. Solté una carcajada.

—Oh. —Retiró la mano—. Entiendo, tienes *ese* tipo de dolor de cabeza.

Me tendí sobre la madera y me tapé los ojos con el brazo, confiando en que la oscuridad pudiera amortiguar el dolor.

—¿Verdad que me contaste que Jack te había enseñado a utilizar tus facultades?

—Más o menos —dijo—. Solo podía aprenderlas de esa manera, si otro me las enseñaba. Pero tardé un tiempo en tomar la decisión.

—¿Por qué?

—Porque pensaba que si no las utilizaba, acabaría perdiéndolas —dijo en voz baja Chubs—. Pensaba que de ese modo todo volvería a la normalidad. Existen pruebas científicas de que si dejamos de utilizar determinadas partes del cerebro, esas partes del cerebro dejan finalmente de funcionar. —Pasado un momento, me preguntó—: ¿Te ha ofrecido Clancy la posibilidad de enseñarte a utilizar tus facultades?

Asentí.

—Le dije que me lo pensaría.

—¿Y por qué tienes que pensártelo? —Chubs me atizó un golpe en el estómago con su libro—. ¿No dijiste que no sabías controlarlas?

—Bueno, sí, pero...

«Tengo miedo de lo mucho que desconozco».

—Tienes que saber controlarlas pues, de lo contrario, siempre te controlarán ellas a ti —dijo—. Tus facultades te atemorizarán y te manipularán hasta volverte loca, o hasta matarte, o hasta que encuentren el remedio para curarnos. E imagino que lo primero pasará antes que lo último.

Sonó el cencerro de la comida, dos toques. Chubs se levantó, se desperezó y tiró al agua lo que le quedaba de pan.

—¿De verdad piensas que encontrarán un remedio? —le pregunté.

—Mi padre siempre decía que todo es posible cuando pones en ello todo tu esfuerzo.

Esbozó una sonrisa triste. El estómago se me encogió al oírle hablar de su padre.

—Aún no has tenido la oportunidad de poder enviarles un mensaje.

—He preguntado, pero en este lugar olvidado de Dios solo hay un ordenador, y solo una persona que lo utiliza.

Claro. El ordenador portátil plateado que había visto en la mesa de Clancy.

—¿Le has preguntado si te dejaba utilizarlo unos minutos?

—Sí —dijo Chubs. Habíamos ido caminando y ya se veía el círculo de piedras de la hoguera. Me pareció que estaban repartiendo bocadillos y manzanas—. Dijo que no. Por lo visto que lo toque cualquiera que no sea él implica un «riesgo para nuestra seguridad».

Moví la cabeza.

—Se lo preguntaré mañana. A lo mejor consigo convencerlo.

—¿Crees que podrías? —Chubs me cogió por el brazo y se le iluminó el rostro—. ¿Le dirás que tenemos una carta muy importante que entregar y que necesitamos averiguar la nueva dirección del padre de Jack? Dile que no haremos nada... no, dile que lameré personalmente todos sus pares de zapatos hasta dejarlos impolutos.

—¿Y qué te parece si le digo que este es el principal motivo por el que vinimos aquí —dije— y dejas la lengua tranquila?

Chubs esperó a que me acercara a la mesa a coger mi bocadillo antes de tirar de mí para llevarme a un lado. Pensé que le apetecería comer en la cabaña, o regresar al embarcadero, pero anduvimos dando vueltas hasta que localizamos a Liam.

Estaba con otros chicos responsables de la seguridad, durante una pausa de sus rondas de vigilancia, en un agradable claro en el bosque. Era lo bastante espacioso como para poderse dividir en dos pequeños equipos y jugar un partido rápido de pelota volada o, lo que es lo mismo, fútbol sin pies. Chus y yo decidimos compartir un viejo tocón e ignoramos el grupito de chicas que se había reunido para animar a los equipos.

Un pelirrojo alto con la cara llena de pecas hizo levitar el balón al principio del encuentro. Corría a su lado, intentando mantenerlo fuera del alcance de los demás. En un momento dado, Liam tuvo el balón a escasos centímetros de distancia, pero respondió con lentitud y pies trapaceros cuando lo lanzaron en su dirección.

—¡Mantén los ojos fijos en el balón, dedos de mantequilla! —grité. Liam giró la cabeza hacia donde estábamos sentados. Y en el instante en que nuestras miradas se encontraron, Mike, que tenía en aquel momento la posesión del balón, le cortó el paso y llegó a la improvisada zona de anotación.

Chubs y yo casi nos encogimos cuando Liam chocó contra el suelo y se dio un golpe en la cabeza con la raíz sobresaliente de un árbol.

—Caray —dije—. Veo que no bromeaba cuando hablaba de la dureza del deporte.

—Sería incluso divertido si no fuesen tan condenadamente malos.

Los demás chicos se partían de la risa de tal modo que ni siquiera podían mantener el balón en el aire. Liam seguía en el suelo, colorado como un tomate, pero sin poder tampoco parar de reír. Se secó el sudor de la cara con la camiseta y las chicas presentes, incluyéndome a mí, pudieron disfrutar del espectáculo de ver su torso al desnudo.

Y ahora la que se puso colorada fui yo.

Uno de los chicos que no había visto hasta entonces corrió finalmente hacia Liam, lo ayudó a incorporarse y le dio unas palmaditas en la espalda. Reían como si se conociesen desde tiempos del parvulario.

Ese era Liam: bromeaba con Zu, hacía amistades en un abrir y cerrar de ojos, y seguía siendo a la vez el mismo de siempre. Pero Chubs y yo nos contentábamos con estar solos, observando, esperando, pero avanzando pasito a pasito y con cautela. Tal vez estábamos tan acostumbrados a estar solos que nos habíamos vuelto así... y tal vez eso tuviera que empezar a cambiar.

A la mañana siguiente, exactamente a las nueve y veintiún minutos, estaba plantada delante del despacho de Clancy Gray, dispuesta a llamar a la puerta con una mano. Lo único que me lo impedía, además de los nervios que me removían el estómago como si jugase al *hula hoop*, era la conversación que estaba escuchando al otro lado de la puerta.

—... Por supuesto que tenemos los recursos necesarios para hacerlo. Aun enviando esa cantidad de chicos, aquí quedarían los suficientes para seguir montando guardia.

Era una voz de chica, suave pero no empalagosa. Olivia, probablemente, si hablaban de cuestiones de seguridad.

—Comprendo lo que quieres decirme, Liv, pero sería una lástima desperdiciar esta oportunidad —estaba diciendo Clancy—. Empezamos a andar escasos de suministros médicos y cada vez circulan menos camiones de Leda Corp por la zona.

—¿Piensas embarcarte en uno de tus viajes? —preguntó ella, presionándolo—. ¿No es así como obtienes los chivatazos sobre los envíos?

—¿Por qué lo preguntas?

—Es solo que... llevas casi un año sin hacer ninguno —dijo Olivia—. Y antes eran muy frecuentes. Sé que no nos han faltado suministros, pero tal vez, si te reunieses con tu fuente de información...

—No —dijo Clancy tajantemente—. No puedo volver a abandonar el campamento. No es seguro.

Se oyó el crujido de los tablones del suelo.

—¿Ha aparecido algo en el radar de los FEP? —dijo la voz áspera de Hayes.

—Se han enterado de lo del golpe de la fruta, claro está —dijo Clancy—. Habría sido raro que les hubiese pasado por alto, teniendo en cuenta que dejaste mutilado al chófer.

—¿Por qué tienes que decirlo en ese tono?

—Porque deberías haberlo dejado allí como te dije. Aprecio mucho que te guste hacer propaganda de nuestro símbolo, ¿pero no podías haber evitado lo de pintarlo

con espray en el camión?

—¿Te preocupa que nos dé mala *imagen*? —La voz de Olivia denotaba incomodidad.

—A la gente le costará aceptar ya de por sí que no somos monstruos, y solo falta que andemos además dejando lisiados a hombres inocentes —dijo Clancy—. Así que, por favor, seguid divulgando lo negro. Seguid utilizando el símbolo. Pero... intentad ser más sutiles.

—¿Alguien quiere un té? —preguntó Hayes.

—Siento interrumpir la reunión, pero por lo que veo vosotros lo tenéis todo controlado y yo tengo a alguien que me espera —dijo Clancy. Me aparté rápidamente de la puerta—. Planea el golpe, Liv. Yo ya me preocuparé de los recursos.

Descendí unos cuantos peldaños, pero no tenía ningún sentido fingir que no había escuchado parte de la conversación. Se abrió entonces la puerta y la primera que salió por ella fue la chica, Olivia. Era alta y espigada, con piernas interminables y piel lustrosa y bronceada.

La saludé con un gesto y me puse de lado para que pudieran pasar Hayes y ella. Olivia tendría mi edad, pero parecía mucho mayor. Tenía el aspecto de lo que yo imaginaba una chica de veinte años. Cuando volví a levantar la vista, encontré a Clancy apoyado en el umbral de la puerta, sonriéndome.

—Has venido.

Me indicó que pasara y me guio hacia su mesa. Tomé asiento en una de las sillas y vi fugazmente el otro lado del espacio, con la cortina medio corrida.

Clancy ocupó su lugar al otro lado de la mesa y balanceó la silla hacia atrás, sin dejar de sonreír.

—¿Qué te ha hecho cambiar de idea?

—Es... lo que tú dijiste —murmuré—. Quedamos muy pocos.

«Y quiero saber cómo poder estar con la gente que quiero y dejar de tener miedo a acabar eliminándome a mí misma».

—En la red de la Liga leí que no pudieron encontrar más Naranjas con la excepción de Martin y tú —dijo Clancy—. Por lo visto, mataron a los Rojos. Eso nos sitúa a la cabeza del grupo.

—Supongo —dije. Y me pasó otra idea por la cabeza—. ¿Cómo consigues acceder a la red de la Liga? ¿Y a la de las FEP? —Hice un gesto abarcando la estancia—. ¿Con *algo* de esto?

—Tengo amigos por todas partes —respondió simplemente Clancy. Tamborileó con los dedos sobre la mesa—. Y mi padre me deja tranquilo porque sabe que sería incapaz de enfrentarse al escándalo que supondría revelar que no existe ningún programa de rehabilitación, sobre todo para gente como tú y como yo.

—Tú y yo —repetí.

Clancy se pasó una mano por el pelo.

—Lo primero que debes comprender, Ruby, es que no somos como los demás. Tú y yo... todos los clasificados como Naranjas. Somos distintos. Especiales. No... no, espera, veo que haces un gesto de impaciencia, pero tienes que escucharme, ¿entendido? Porque lo segundo que tienes que comprender es que todo el mundo, es decir, mi padre, los supervisores del campamento, los científicos, los de las FEP, los de la Liga de los Niños... Te han estado mintiendo todo este tiempo. Somos especiales no por lo que somos, sino por aquello en lo que no pueden convertirnos.

—Lo que dices no tiene sentido —dije.

Se levantó para rodear la mesa y sentarse en la otra silla, a mi lado.

—¿Te ayudaría si te cuento primero mi historia? —Lo miré a los ojos—. Si lo hago, tienes que prometerme que quedará entre nosotros.

Guardar un secreto. Eso me veía capaz de hacerlo.

—De acuerdo —dijo—, dame la mano. Voy a tener que mostrártelo.

Siempre que me había introducido en el cerebro de otra persona me había asaltado la nauseabunda sensación de estar hundiéndome. Era como si me arrojaran a una ciénaga de recuerdos tenuemente iluminados y sentimientos desenfrenados desprovista por completo de mapa y de linterna, un lugar cuya salida no era fácil de encontrar.

Pero el cerebro de Clancy no daba miedo. Sus recuerdos eran luminosos y frescos, llenos de resplandecientes imágenes de vivos colores. Era como si allí dentro me llevase también de la mano y estuviera conduciéndome hacia su pasado por un larguísimo pasillo con ventanas. Y como si nos detuviéramos delante de cada ventana el tiempo suficiente para echar un vistazo por ellas.

Me encontré de repente en un despacho sencillo, lleno de archivadores de color gris metalizado, y poca cosa más. Podría estar en cualquier parte; la pintura blanca de las paredes era tan reciente que incluso se notaban las burbujas. Pero entonces reconocí al fondo las formas de una máquina en forma de media luna y un hombre que me miraba desde el otro lado de la mesa de cartas que hacía las veces de mesa de despacho. Era rollizo, tenía entradas y parecía formar parte del mobiliario de la Enfermería. Movía los labios en una silenciosa explicación y yo dejé deslizar la memoria hacia el ordenado montón de papeles que tenía delante de él. Seguí deslizando la mirada hasta la mano que reposaba sobre la mesa, sujetando una hoja de papel, que antes debía de estar doblada, puesto que insistía en recuperar su forma anterior. En la parte superior de la hoja... el membrete de la Casa Blanca. Enfoqué las palabras, noté que mis ojos se abalanzaban sobre ellas, las absorbían con incredulidad. «Muy señores nuestros. Tienen ustedes mi permiso para realizar pruebas y tratamientos experimentales a mi hijo, Clancy James Beaumont Gray, siempre y

cuando no dejen en él marcas visibles».

Las luces del despacho empezaron a ser cada vez más potentes, hasta que dejaron el recuerdo en blanco. Cuando perdieron intensidad, me encontraba en un lugar muy distinto a la Enfermería, una habitación con baldosas azules en la pared y monitores que emitían sonidos. «¡No!», pensé, tratando de liberarme de las correas de Velcro que me sujetaban a una mesa metálica. Sabía dónde estaba.

Unas manos enguantadas me acercaron un foco a la cara. En un extremo de mi ángulo de visión vi a los científicos y a los médicos con uniformes de quirófano de color blanco, preparando máquinas y monitores a mi alrededor. La mordaza de cuero atada a la nuca me impedía mover la mandíbula y un montón de manos me inmovilizaban la cabeza mientras conectaban cables y monitores. Me retorcí, y conseguí girar el cuello lo suficiente como para ver una mesa llena a rebosar de bisturís y pequeños taladros; vi mi imagen reflejada en las ventanillas de observación del quirófano: joven, blanco de puro terror, una imagen similar a la de los numerosos retratos que posteriormente colgarían por todo el campamento.

La luz directa del foco aumentó de tamaño hasta devorar la escena. Cuando se amortiguó, el recuerdo había cambiado de nuevo. Deslicé la mirada primero hacia mi temblorosa mano, luego hacia los ojos desenfocados del científico de antes. Los hombres que pululaban por los alrededores tenían una expresión tenebrosa: sonrisas inexpresivas, ojos más inexpresivos aún. Me cuadré de hombros: la emoción de la victoria me recorría el cuerpo entero a medida que avanzaba, cruzaba una verja y me acercaba al coche negro que estaba esperándome. El hombre trajeado que me dio la bienvenida con una superficial palmadita en la espalda no era el presidente, pero aparecía en prácticamente todos los recuerdos que empezaron a sucederse a continuación, llevándome por escenarios de auditorios de colegios, exteriores de edificios con cúpula en la capital del estado, cámaras congregadas en el centro de pequeñas ciudades. Y cada vez me entregaban el mismo papel con las notas que tenía que leer, me enfrentaba con las mismas expresiones de esperanza y dolor en la multitud. Y siempre se formaban las mismas palabras en mis labios: «Me llamo Clancy Gray y estoy aquí para explicarles cómo me ha salvado la vida el programa de rehabilitación del campamento».

Otra luz, esta vez el flash de una cámara. Cuando se va apagando el fogonazo, me descubro mirando una cara que es una versión más vieja y ajada de mí mismo. El fotógrafo gira el monitor de la cámara para que vea el retrato, y ya no me veo como un niño, sino como un joven adulto, un chico de quince o dieciséis años. El fotógrafo vuelve a instalar su equipo, esta vez al otro lado de la habitación, y le paso un brazo por los hombros al presidente, lo guio entre los sofás hacia la enorme mesa de despacho de madera oscura. Los rosales reclaman atención al otro lado de las ventanas, pero yo dirijo su concentración hacia la hoja de papel que tiene delante y le

convenzo para que coja la pluma. Cuando acaba de firmar, se vuelve hacia mí con la mirada desenfocada y una sonrisa torpe, inconsciente.

Deben de haber pasado meses, quizás años... noto el cansancio que hace mella en mí, me rodea como una pesada cadena. Está oscuro; no sé qué hora de la noche es pero veo que estoy en una habitación de hotel, no especialmente lujoso. Estoy mirando hacia el techo, medio enterrado bajo la colcha, cuando aparece una figura que parece emerger de las sombras del armario. Es rápido, casi más de lo que puedo afrontar. El hombre lleva una máscara negra, veo el centelleo metálico de un arma... retiro la colcha, extendiendo la pierna y lanzo una patada que derriba al atacante. El disparo sale del arma como una combustión de luz y escaso sonido. El olor me abrasa la nariz.

Caigo de espaldas, el antebrazo del hombre me aplasta el cuello y los frágiles anillos de cartílago. Extiendo las manos, palpo la moqueta áspera, la mesita de noche, y por fin su cara. Ni siquiera el terror que llena hasta el último centímetro de mi cuerpo me impide irrumpir en su cerebro.

«¡PARA!». Noto que mis labios articulan la palabra, pero no puedo oírme. «¡PARA!».

Y el hombre para, con la mirada vacía de aquel a quien acaban de abrirle el cráneo para dejarle el cerebro al descubierto. Se sienta en el suelo y deja caer el arma.

Estoy tosiendo, jadeando, intento llenar los pulmones de aire. Cojo el arma y la sujeto en la cintura del pantalón del pijama. Me detengo un momento para recoger el abrigo que había dejado tirado en la silla de la habitación y salgo corriendo al pasillo, veo vacío el lugar junto a la puerta donde debería estar apostado un hombre montando guardia. Y sé, sé qué sucede. Sé qué pasará si amanece y me encuentran aún con vida.

Bajo corriendo las escaleras del hotel, cruzo las cocinas, salgo por la puerta de atrás, donde están los contenedores de basura y corro por el aparcamiento. Sigo corriendo, el pecho me abrasa, y oigo voces que gritan detrás de mí, botas que aporreadan el asfalto. Corro hacia los árboles, hacia la oscuridad...

—Ruby... ¡*Ruby*!

Regreso poco a poco a la oficina de Clancy, con un dolor de cabeza tan intenso que me veo obligada a esconder la cara entre las rodillas para no vomitar.

—Intentaron matarte —dije cuando por fin recuperé la voz—. ¿Quién?

—¿Quién crees tú? —dijo con sequedad—. Ese hombre era uno de los agentes del Servicio Secreto que supuestamente tenía que estar protegiéndome.

—Pero eso no tiene sentido. —Me llevé la mano a la frente y cerré los ojos con fuerza para evitar la sensación de mareo—. Si te llevaban de un lado a otro y te utilizaban para explicar las bondades del programa de rehabilitación, ¿por qué...?

—Porque habían descubierto que no me había rehabilitado en absoluto —dijo—.

Mi padre, por supuesto. El único motivo por el que me sacó de Thurmond fue porque *le hice* pensar que me había curado. Pero fui demasiado ambicioso. Intenté hacerle el juego a mi padre, influyéndole, pero me pillaron. —Clancy se interrumpió un instante—. Le preocupaba la posibilidad de que saliese a relucir la verdad sobre los campamentos, estoy seguro, pero no podía alejarme de repente del ojo público, sobre todo después de haber sido él quien me había convertido en el centro de atención. No, creo que para él era mucho más fácil eliminarme por competo antes de que empezara a causarle problemas. Me imagino el rollo que pensaba inventarse en torno a mi asesinato para despertar la compasión del pueblo norteamericano.

Me quedé mirándolo mucho rato, sin palabras.

«¿Cómo sobreviviste a esa vida?», me habría gustado preguntarle. «¿Cómo sigues siendo tú y no el monstruo en que querían convertirte?».

—Después de aquella noche conocí a Hayes, luego a Olivia, y luego a más gente. Descubrimos este lugar y nos pusimos manos a la obra. Mi padre no podía dar una recompensa por mi cabeza, no sin revelar la verdad sobre mi persona y su programa de rehabilitación. Tenía que inventarse alguna mentira, como que estaba en la universidad, para que la prensa no se le echara encima. —Clancy sonrió—. Así que ya ves, al final salí ganando.

Se levantó de la silla y extendió la mano. Se la cogí sin ser consciente de ello y una sensación de calma se apoderó de mí cuando me la apretó. El silencio se adueñó de mi cerebro. Noté que me inclinaba hacia delante.

—Cuando oí hablar de ti, comprendí que tenía que encontrarte. Tenía que asegurarme de que conocías la verdad sobre lo que sucedía, para no caer atrapada en el camino oscuro como me sucedió a mí.

—¿La verdad? —Lo miré, sorprendida—. ¿A qué te refieres?

Clancy no me soltó la mano; se sentó sobre la mesa, delante de mí.

—La mujer que te ayudó a fugarte de Thurmond... la agente de la Liga. ¿Qué te contó sobre el Ruido Blanco de aquel día?

—Que los supervisores del campamento habían incorporado una frecuencia que solo podían detectar Naranjas, Rojos y Amarillos —le dije. Clancy tenía que saberlo, utilizaban el mismo método para comunicar la localización del campamento—. Que estaban intentando localizar a los elementos peligrosos que pudieran permanecer todavía escondidos.

Clancy me soltó la mano y giró el ordenador portátil de cara a nosotros. En la pantalla apareció una fotografía de mi cara la mañana que llegué al campamento, pero el texto que aparecía a mi lado no era mi historial.

—Lee en voz alta el segundo párrafo.

Lo miré sin entender nada, pero hice lo que me pedía.

—«El supervisor del campamento Harris descubrió la discrepancia en el Control

de Calma a las 5.23 de la mañana siguiente, después de detectar que se había incorporado una frecuencia adicional sin su consentimiento. —Hice una pausa y me pasé la lengua por los labios para humedecerlos—. Después de investigar detenidamente los aparatos de grabación de la Cantina, llegó a la conclusión de que el estallido de violencia que provocó la utilización del Control de Calma a las 11.42 fue provocado directamente por agentes secretos del grupo terrorista conocido como la Liga de los Niños. Cree que estos mismos agentes fueron los que incorporaron al Control de Calma una frecuencia de identificación. Se cree que los individuos psi 3285 y 5312, que cruzaron los límites del campamento aproximadamente a las 3.34, acompañados por un agente de la Liga de los Niños, fueron identificados erróneamente como Verdes durante su proceso de clasificación inicial...».

—Continúa —dijo Clancy cuando vio que me interrumpía.

—«Los individuos psi 3285 y 5312 están considerados altamente peligrosos. Se han emitido órdenes para capturarlos y reprocesarlos». —¿Reprocesarlos? Levanté de nuevo la vista—. Pero por lo que está escrito... ellos no sabían... no sabían... ¿Estás intentando decirme que en el campamento no tenían ni idea de que yo era Naranja hasta *después* de que saliese de allí?

Clancy movió afirmativamente la cabeza.

—Eso parece.

—¿Entonces no corría ningún peligro? ¿No me habrían matado?

—Oh, por supuesto que corrías peligro —dijo—. Disponían de todas las piezas y solo les faltaba una mente curiosa capaz de unir las todas. Pero si me preguntas si te habrían pillado de no haber incorporado la Liga esa maldita frecuencia... entonces la respuesta es no, seguramente no.

—¿Y entonces por qué lo hicieron? —le pregunté—. Me parece que corrieron un riesgo enorme simplemente para sacar de allí a un par de niños.

—A un par de niños extremadamente valiosos y *excepcionales* —me corrigió Clancy—. Niños que tendrían que haber sido eliminados.

Y al ver mi expresión añadió, con tremendo realismo:

—¿No pensarás de verdad que iban a permitir vivir a chicos como nosotros? A los Naranjas, no. Sí a los Amarillos, porque su amenaza puede reprimirse, pero a los Naranjas, no.

Me pasé la mano por la cara.

—¿Y los Rojos? ¿Los mataron también?

—No —dijo Clancy. Bajó el tono de voz, dubitativo—. Los Rojos tuvieron un destino mucho peor.

Esperé a que continuase, retorciendo una y otra vez las manos sobre el regazo.

—El programa secreto del presidente. —Clancy se cruzó de brazos y se echó hacia atrás—. El Proyecto Jamboree. Mi querido padre ha estado entrenando

personalmente un ejército especial integrado por los Rojos que fueron identificando en los campamentos. Así que ya ves por qué... —Tosió para aclararse la garganta y poder seguir hablando—. Ya ves por qué la Liga está tan interesada en localizar chicos que puedan resultar especialmente peligrosos.

Moví la cabeza de un lado a otro y escondí la cara entre las manos. De todos los escenarios que había imaginado —de todo lo que había pensado que podía haberles ocurrido a esos niños—, aquella era una locura que ni siquiera se me había pasado por la cabeza.

—¿Y cómo pudo obligarlos? —pregunté, con una voz que sonó hueca—. ¿Por qué aceptaron los Rojos?

—¿Qué otra opción les quedaba? —dijo Clancy—. Les hizo creer que si no cooperaban, sus familias sufrirían las represalias. Fueron sometidos a un programa especial de acondicionamiento para meterles en la cabeza que eran necesarios y que estarían bien cuidados. Antes de que mi padre y sus asesores se dieran cuenta de que estaban bajo mi influencia, pude supervisar el programa lo bastante como para garantizar que estuvieran bien cuidados... mejor que si hubiesen sido internados en un campamento, al menos. —Movié la cabeza en un gesto negativo—. No hay que tenerles miedo. Llegará el día en que acaben liberándose del control al que los tiene sometidos mi padre.

«Y no están muertos», pensé. «Algo es algo».

—Ruby.

Levanté la vista, mientras el frío me invadía las entrañas.

—Permíteme que te enseñe todo lo que sé hacer —susurró, retirándose con la otra mano el pelo que me caía sobre la mejilla.

El estómago, hecho un amasijo de nervios, se me relajó con el contacto y los recelos que pudiera albergar respecto a Clancy desaparecieron. Éramos iguales, en aspectos tremendamente importantes. Él quería ayudarme, por mucho que yo no tuviera nada que ofrecerle a cambio.

—Nadie podrá hacerte daño ni cambiarte si eres capaz de luchar para alejarlos de ti —dijo en voz baja.

No fue al abatimiento lo que me hizo dar el paso, no fue ni siquiera la autocompasión. Fue una corriente pura y destilada de odio que se abrió camino dentro de mí. Había creído que el Huidizo podría ayudarme a recuperar mi antigua vida, pero ahora sabía que con eso no bastaba. Lo necesitaba para proteger mi futuro. Cuando hablé, mis palabras abrasaron la atmósfera.

—Enséñame.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Por muchos poderes que Clancy tuviera, no los utilizaba. Me resultaba curioso que alguien capaz de influir en los pensamientos de los demás de aquella manera hubiera nacido con una personalidad capaz de atraer naturalmente a la gente hacia él. Y lo vi con mis propios ojos, cuando me invitó a acompañarle a dar una vuelta por el campamento.

Clancy saludó a los niños vestidos de negro sentados alrededor de la hoguera. Su presencia levantaba entusiasmo. A su paso, todo eran sonrisas, y no hubo absolutamente nadie que al vernos no nos saludara con la mano o hiciera algún comentario, aunque fuese un rápido «¡Hola!».

—¿Has hablado alguna vez con alguien sobre todo lo que te ha pasado? —le pregunté.

Me miró por el rabillo del ojo, como si la pregunta le hubiese sorprendido. Hundió las manos en los bolsillos posteriores del pantalón y dejó caer los hombros, inmerso en sus cavilaciones.

—Han depositado su confianza en mí —respondió, esbozando una triste sonrisa—. No quiero preocuparlos. Tienen que creer que soy capaz de cuidar de ellos, de lo contrario este sistema no funcionaría.

Lo del «sistema» era un tema más profundo. Grabar el símbolo psi en la pared de los edificios y colgar carteles en los porches era una cosa, pero interiorizar el mensaje eran palabras mayores.

El primer ejemplo claro que tuve de ello fue cuando coincidimos casualmente con la chica responsable del huerto del campamento, quien le pidió a Clancy que castigara a tres niños que, en su opinión, habían estado robando fruta delante de sus narices.

Con solo dos segundos de escuchar el discurso de Clancy comprendí que la forma de vida en East River no estaba construida sobre una base de reglas duras y concisas, sino que descansaba casi por completo en el buen juicio de Clancy, que todo el mundo consideraba justo.

Los acusados eran tres chicos Verdes que hacía tan solo unos meses que habían dejado atrás los Cubículos. La chica responsable del huerto los había dejado sentados en la tierra oscura del recinto, como patitos en fila. Todos iban vestidos con camiseta negra, pero no todos sus pantalones vaqueros estaban igual de sucios. Me hice a un lado mientras Clancy se arrodillaba delante de ellos, sin preocuparle en absoluto que la tierra húmeda pudiera manchar su pantalón perfectamente planchado.

—¿Habéis robado la fruta? —les preguntó Clancy con amabilidad—. Decidme la verdad, por favor.

Los chicos intercambiaron miradas. La responsabilidad de contestar a la pregunta

recayó en el más alto de los tres, el que estaba sentado en el medio.

—Sí. Lo sentimos mucho.

Enarqué las cejas.

—Gracias por vuestra sinceridad —dijo Clancy—. ¿Puedo preguntaros por qué lo hicisteis?

Los chicos guardaron silencio durante un buen rato. Finalmente, con un poco de persuasión, Clancy consiguió sonsacarles de nuevo la verdad.

—Pete se ha puesto enfermo y no ha podido estar presente a la hora de las comidas. No quería que nadie lo supiese, porque pensaba que se metería en problemas por no llevar a cabo las tareas de limpieza que le correspondían esta semana y Pete no quería... fallarte. Lo sentimos, lo *sentimos mucho*.

—Lo comprendo —dijo Clancy—. Pero si Pete estaba enfermo deberíais habérmelo comentado.

—En la última reunión de campamento dijiste que andamos escasos de material médico. Pete no quería tomar ningún medicamento por si acaso otro lo necesitaba de verdad.

—Pero imagino que él sí los necesitaba, si tan débil estaba que no podía ni salir a comer —observó Clancy—. Sabéis muy bien que si cogéis comida del Huerto puede desbaratarse el programa de comidas que tenemos pensado para todos.

Los chicos asintieron, completamente abatidos. Clancy levantó la vista hacia el corrillo de chicos que se había reunido a nuestro alrededor y les preguntó:

—¿Qué queréis que hagan como castigo por haberse llevado fruta?

La chica responsable del huerto abrió la boca dispuesta a responder, pero un chico de más edad dio un paso al frente y apoyó el rastrillo que llevaba en la mano en la sencilla valla que rodeaba la parcela.

—Si están dispuestos a ayudar durante unos días a arrancar las malas hierbas, nos turnaremos para hacerle compañía a Pete y asegurarnos de que come y toma los medicamentos que necesita.

Clancy asintió.

—Me parece justo. ¿Qué opináis los demás?

Cuando todos los demás acordaran imponer ese «castigo», creí que la chica responsable empezaría a patlear de rabia. Estaba tremendamente insatisfecha por el resultado, a tenor de lo coloradas que tenía las mejillas.

—No es la primera vez que tenemos este problema, Clancy —dijo la chica, acompañándonos fuera del huerto—. La gente cree que puede venir por aquí y llevarse lo que le apetezca. ¡El huerto no es una cosa que pueda cerrarse con llave como el almacén!

—Te prometo que pondré el tema en la agenda de la reunión de campamento del mes que viene —le dijo Clancy con una de sus sonrisas—. Será el primer asunto que

tocaremos.

La respuesta pareció satisfacer a la chica, al menos por el momento. Después de lanzarme una mirada de curiosidad, la Emperatriz de las Verduras dio media vuelta y regresó a su reino.

—Caramba —dije—, es una auténtica joya.

Clancy se encogió de hombros con aire distraído y se rascó la oreja.

—Tiene razón. Si en el Almacén empezamos a andar escasos de comida, tendremos que depender del Huerto, y si la gente se dedica a desvalijarlo, nos enfrentaremos a un problema grave. Creo que todo el mundo tiene que comprender hasta qué punto está interrelacionada la vida en East River. Oye, ¿te importa si paso a hacerle una visita a Pete?

Le sonreí.

—Por supuesto que no.

El niño estaba enterrado bajo una montaña de mantas... por lo que insinuaban los colchones desnudos del resto de la cabaña, los demás chicos le habían donado generosamente las suyas. Cuando su sofocada cara emergió por fin bajo las mantas, le dije hola y me presenté. Clancy pasó más de un cuarto de hora charlando con él, observando desde la cabaña las idas y venidas del campamento. Los niños me saludaban y me sonreían, como si llevase años allí, no tan solo unos días. Yo les devolvía el saludo, pero poco a poco iba notando en el pecho una especie de opresión. No sé cuándo caí en la cuenta, o si había sido algo que me había ido calando despacio, sigilosamente, pero estaba empezando a comprender que el negro —el color que yo había aprendido a temer y odiar— era precisamente lo que permitía a esos niños sentirse orgullosos y solidarios.

—Aquí nunca te sentirás sola —dijo Clancy después de cerrar la puerta de la cabaña a sus espaldas.

Nos dirigimos al edificio de la lavandería y luego nos paramos en los lavabos para verificar el funcionamiento de los grifos y asegurarnos de que las luces funcionaban correctamente. De vez en cuando, algún chico paraba a Clancy para formularle una pregunta o elevarle una queja, y él nunca se mostraba otra cosa que no fuese paciente y comprensivo. Lo vi solucionando un malentendido entre compañeros de cabaña, aceptando sugerencias para la cena y dando su parecer sobre si era necesario asignar más personal al equipo de seguridad.

Cuando llegamos a la cabaña que servía de aula para los Cubículos, yo ya estaba muerta. Clancy, sin embargo, estaba listo para impartir su clase semanal de historia de los Estados Unidos.

Era una sala pequeña y abarrotada, pero bien iluminada y decorada con pósteres y dibujos de vivos colores. Localicé a Zu y sus guantes rosas antes de fijarme en la adolescente que, subida al estrado, señalaba el recorrido del río Misisipí en un viejo

mapa de los Estados Unidos. Zu estaba sentada al lado de Hina, naturalmente, y tomaba apuntes como una loca. A aquellas alturas ya no tendría que haberme sorprendido, pero cuando Clancy asomó la cabeza por la puerta, los niños lo recibieron con vítores. La adolescente le cedió inmediatamente el puesto de profesor.

—Vaale, vaale —dijo Clancy—. ¿Alguien puede decirme dónde lo dejamos la semana pasada?

—¡En los peregrinos! —dijeron al unísono una docena de voces.

—¿Los *peregrinos*? —dijo Clancy—. ¿Y quiénes eran? A ver, Jamie. ¿Recuerdas quiénes eran los peregrinos?

Una niña que tendría la edad de Zu se irguió en su asiento.

—Los ingleses se portaban muy mal con ellos por culpa de su religión, por lo que tuvieron que emigrar a América y desembarcaron en Plymouth Rock.

—¿Puede alguien contarme lo que hicieron a su llegada?

Se levantaron diez manos a la vez. De entre todas, Clancy eligió la de un niño sentado cerca de donde él estaba... debía de ser Verde, aunque también podía perfectamente ser Azul o Amarillo. Al estar todos mezclados, mi método habitual para distinguirlos ya no servía de nada. E, imagino, esa era la razón de ser de aquella mezcla.

—Fundaron una colonia —respondió el niño.

—Muy bien. Fue la segunda colonia inglesa, después de la que se fundó en Jamestown, en 1607... ¡no muy lejos de aquí, de hecho! —Clancy cogió el mapa que la maestra había utilizado y señaló ambos lugares—. A bordo del Mayflower redactaron el Pacto del Mayflower, un acuerdo que garantizaba que todo el mundo cooperara y actuara en beneficio de la colonia. Cuando llegaron aquí, sufrieron muchas penurias. Pero trabajaron conjuntamente y crearon una comunidad independiente de la Corona británica donde poder practicar libremente su fe. —Dejó de deambular de un lado a otro y fijó sus ojos oscuros en el público—. ¿Os suena?

Zu tenía los ojos como platos. Estaba lo suficientemente cerca de ella para verle las pequitas de la cara y, lo que es más importante, para percibir la felicidad que irradiaba. Me agrandó el corazón. Hina se inclinó para susurrarle algo al oído y su sonrisa se hizo más grande si cabe.

—¡Es como nosotros! —dijo algún niño desde el fondo del aula.

—Acertaste —dijo Clancy.

Durante la siguiente hora y media habló sobre la interacción entre los peregrinos y las tribus nativas, sobre Jamestown, sobre todas las cosas que mi madre solía enseñar cuando daba clases en el instituto. Y cuando hubo agotado su tiempo, saludó a los niños con una comedida reverencia y me indicó que le siguiera para abandonar la cabaña entre los lamentos y las quejas de los Cubículos. Sin dejar de reír, nos encaminamos hacia el círculo de la hoguera, donde estaban iniciando los preparativos

para la cena. Percibí montones de ojos fijos en nosotros, pero no hice caso. De hecho, me sentía orgullosa.

—¿Y bien? —dijo Clancy cuando llegamos al porche de las Oficinas y sonaron los cencerros que llamaban a todo el mundo a cenar—. ¿Qué opinas?

—Opino que estoy preparada para la primera lección —dije.

—Oh, señorita Daly —replicó, esbozando una sonrisa—. Ya has recibido tu primera lección. Solo que no te has dado cuenta de ello.

Pasaron dos semanas como si hubiesen sido dos páginas arrancadas de un libro viejo.

Pasé tantas horas encerrada en el despacho de Clancy, introduciéndole imágenes en el cerebro, bloqueándole el paso cuando él intentaba hacer lo mismo conmigo, hablando sobre la Liga, Thurmond y el Ruido Blanco, que ambos perdimos el ritmo del horario del campamento. Él seguía con sus reuniones diarias, pero en vez de pedirme que me ausentara, me hacía esperar al otro lado de la cortina blanca, donde ahora llevábamos a cabo nuestras sesiones prácticas.

Había momentos en los que Clancy tenía que salir a inspeccionar las cabañas, o a solucionar alguna que otra discusión, pero yo casi siempre me quedaba en aquella húmeda y vieja habitación esperándolo. Había libros, música y un televisor a mi disposición, lo que significaba que nunca tenía oportunidad de aburrirme.

Seguía viendo a Chubs algún día a la hora de comer, pero Clancy solía traer la comida a la oficina y comíamos allí juntos. Me resultaba más complicado seguirle la pista a Zu, porque cuando no estaba en el aula, estaba con Hina o con alguno de los Amarillos de más edad. El único rato que pasaba realmente con ellos era por la noche, antes de que apagaran las luces del campamento. Chubs se comportaba en la mayoría de las ocasiones como un fantasma. Trabajaba sin parar o buscaba maneras de llamar la atención de Clancy: por ejemplo, cosiéndole unos cuantos puntos de sutura a una niña que se había partido el labio o sugiriendo métodos más eficaces para cultivar el huerto. El rato más largo que pasé en su compañía fue cuando me retiró mis puntos de sutura.

Zu, por su parte, estaba encantada enseñándome cada día lo que había aprendido en clase y los trucos que los demás Amarillos le habían enseñado fuera del aula.

Al cabo de unos días, dejó de llevar guantes. Caí en la cuenta una noche, mientras me cepillaba el pelo. Me había apartado para ir a encender la luz, pero Zu me sacó ventaja: chasqueó los dedos y la luz del techo parpadeó.

—Es asombroso —dije efusivamente.

Habría sido una gran mentira decir que no sentí una punzada de celos al ver los avances que había hecho Zu. Yo, por mi parte, solo había conseguido bloquear la entrada de Clancy en mi cerebro una única vez, y no antes de que descubriera lo que

me había sucedido con Sam.

—Interesante —había sido su único comentario.

Y mientras que a Zu y a Chubs los veía a diario, la historia con Liam era completamente distinta. El equipo de seguridad le había asignado el segundo turno de guardia, de las cinco de la tarde a las cinco de la mañana, y en el extremo oeste del lago, además. Normalmente, cuando acababa la guardia, estaba tan cansado que no tenía ni fuerzas para regresar a la cabaña y dormía en las tiendas instaladas cerca de aquella entrada. Lo vi un par de veces charlando animadamente con un grupito a la hora del desayuno, o yendo a visitar a Zu en el aula, aunque siempre desde la ventana de la habitación de Clancy.

Lo echaba tanto de menos que a menudo sentía un dolor que era incluso físico, pero comprendía que tenía sus responsabilidades. Cuando me quedaba tiempo para pensar libremente, mis pensamientos se los dedicaba a él, aunque por lo general estaba tan concentrada en mis lecciones que me resultaba complicado dedicar tiempo a otra cosa que no fuera eso.

Clancy se echó a reír y me llamó la atención para que dejara de mirar por la ventana, y de pronto no supe hasta *qué* punto había sido capaz de dejar vagar mis pensamientos. Clancy iba vestido con un polo de color banco que subrayaba el brillo natural de su tez morena y pantalones de algodón de color beige enrollados a la altura de los tobillos. Cuando no estaba en su casa, iba siempre con la camisa o el polo perfectamente abrochado, la ropa limpia y planchada... pero no conmigo.

Aquí no necesitábamos guardar las apariencias. Entre nosotros no era necesario.

Cuando iniciamos las lecciones, nos sentábamos a ambos lados de la ridícula mesa de despacho y me sentía como si estuviese plantada delante del director del colegio, no siguiendo una lección psi impartida por mi monstruoso gurú. Después probamos en el suelo, pero al cabo de unas horas sentada tenía la espalda destrozada. Fue él quien sugirió que nos sentáramos en su estrecha cama. Él se instaló en un extremo y yo en el otro. Pero poco a poco fuimos acercándonos. Sentados en la colcha roja de cuadros, fuimos minimizando la distancia que nos separaba a cada lección que pasaba, hasta que un día me desperté de repente de la neblina en la que me habían sumido los ojos oscuros de Clancy y me di cuenta de que estábamos sentados tan cerca el uno del otro que nuestras respectivas rodillas se rozaban.

—Lo siento —musité, mirándolo—. ¿Podemos empezar desde el principio?

Todo lo que yo decía le resultaba gracioso, por lo visto.

—¿Empezar desde el principio? ¿Acaso estamos ensayando para representar una obra de teatro? ¿Le digo a Mike que empiece a construir los decorados?

No sé por qué me eché a reír cuando dijo aquello... ni siquiera tenía gracia. Tal vez me hubiera vuelto majara después de pasar veinte minutos intentando impedir que su cerebro penetrara en el mío. Lo único que sabía con certeza era que cuando me

cogía una mano y me la apretaba, la suya se me antojaba grande y reconfortante.

—¿Lo volvemos a intentar? —dijo—. Esta vez trata de imaginarte que esas manos invisibles que me decías son en realidad cuchillos. Que cortan la neblina.

Pero era mucho más fácil decirlo que hacerlo. Asentí y cerré los ojos, intentando combatir la oleada de calor que notaba en las mejillas. Cada vez que él empleaba mi torpe manera de explicar el funcionamiento de mi propio cerebro, me invadía una gran turbación e incluso sentía vergüenza. La primera vez que había hecho aquella comparación él se había reído, había empezado a mover las manos delante de mí como si estuviera lanzándome un conjuro.

Había puesto a prueba diversos métodos para demostrarme cómo lo hacía. Habíamos bajado a la despensa para que pudiera ver cómo se adentraba en el cerebro de Lizzie y, sin otro objetivo que hacerme reír, le había pedido que cloqueara como una gallina. Clancy había intentado enseñarme lo fácil que era influir sobre el estado de ánimo de varias personas a la vez solucionando una discusión entre dos niños sin pronunciar palabra. Otro día, se había sentado en el pórtico de la Oficina y me había leído los pensamientos de todos los que pasaban por delante, incluyendo los de la pobre Hina, que al parecer estaba locamente enamorada de Clancy.

La verdad era que podía hacer absolutamente cualquier cosa. Bloquearme el acceso a su cerebro, introducirme una imagen, un sentimiento, un miedo. Estoy segura de que en una ocasión me introdujo incluso un sueño. Yo no quería decepcionarlo, sobre todo teniendo en cuenta la gran cantidad de su valioso tiempo que estaba dedicándome... solo de pensarlo, me encogía de miedo. Pero el continuaba diciéndome que me lo tomara con tranquilidad, que él había necesitado años para dominar todo aquello, pero entendía que me resultara imposible no tener ganas de acelerar las lecciones, de conseguir dominar rápidamente mis facultades. Bajo mi punto de vista, la mejor manera de compensarle tanta amabilidad no era otra que conseguir dominarme hasta el punto de estar a su lado y sentirme orgullosa, no avergonzada, de lo que era capaz de hacer.

Hasta que no fuese capaz de desvelar sus secretos, no seríamos iguales. Me había definido como «amiga» varias veces, tanto mientras me impartía sus lecciones como delante de otra gente, y me sorprendía la reticencia que despertaba en mí ese término. Clancy tenía centenares de amigos. Pero yo quería ser algo más, quería que confiara en mí y me hiciese confidencias.

A veces, lo único que deseaba era que se acercase un poco más, que me retirara el pelo de la cara para ponérmelo detrás de la oreja. Pero era un pensamiento repulsivamente femenino y no sabía muy bien de qué oscuro rincón de mi cabeza surgía. A veces pensaba que el cerebro me hacía jugarretas, porque sabía que en realidad deseaba que fuese Liam quien me hiciera aquello... y otras muchas cosas.

Cada vez que intentaba adentrarme en el cerebro de Clancy, él me expulsaba.

Clancy controlaba hasta tal punto sus poderes que ni siquiera me daba tiempo a percibir aquella habitual oleada desorientadora de pensamientos y recuerdos. Era como si tuviese una cortina corrida que le protegía el cerebro. Y por mucho que tirase de ella, resultaba imposible abrirla.

Aunque eso no quería decir que no lo intentase con todas mis fuerzas.

Clancy me sonrió y extendió la mano para retirarme el pelo hacia la espalda. Su mano se quedó allí un momento y ascendió hacia mi nuca. Sabía que me miraba fijamente, pero no me atrevía a mirarle a los ojos, ni siquiera cuando se me acercó aún más.

—Puedes hacerlo. Sé que puedes.

Apreté los dientes hasta que me dolió la mandíbula y noté una tensión extrema en un músculo de la mejilla. Intenté dibujar mentalmente los centenares y miles de dedos unidos, los convertí en un objeto afilado y letal, capaz de atravesar aquel muro. Le apreté la mano, y seguí apretándosela hasta que comprendí que le hacía daño, y entonces le lancé aquella daga invisible y se la clavé con toda la velocidad y la fuerza que me fue posible. Y aún así, en el instante en que rozó aquel muro blanco, noté que él la cogía y me la arrojaba a la cara. Clancy suspiró y me soltó la mano.

—Lo siento —dije, odiando aquel instante de silencio que siguió.

—No, el que lo siente soy yo. —Clancy hizo un gesto negativo con la cabeza—. Soy un profesor malísimo.

—Créeme, el problema de la ecuación no eres tú.

—Ruby, Ruby, Ruby —dijo—, esto no es ninguna ecuación. Es imposible que lo resuelvas tú sola en tres sencillos pasos, de ser así no habrías aceptado mi ayuda, ¿no te parece?

Bajé la vista y vi que me estaba acariciando la palma de la mano con el dedo pulgar, trazando un círculo lento, perezoso. Resultaba curiosamente relajante, un gesto casi hipnótico.

—Es verdad —empecé a decir—. Pero tendrías que saber que no he sido del todo... sincera.

Eso le llamó la atención.

—Los demás... los demás querían dar contigo porque pensaban que eras un personaje mágico que podría devolverlos a sus hogares. Pero yo te buscaba porque tenía mi fe depositada en los rumores que decían que eras un Naranja, y pensaba que tal vez estarías dispuesto a enseñarme.

Clancy frunció las oscuras cejas, pero no me soltó la mano. Todo lo contrario, dejó descansar la otra mano sobre el estrecho espacio que quedaba entre nuestras piernas cruzadas.

—Pero eso fue antes de que te contara lo que la Liga había planeado para ti —dijo—. ¿En qué sentido querías que te ayudara? No... déjame adivinarlo. Algo que tiene

que ver con lo que pasó con tus padres, ¿no es eso?

—Entender por qué borré los recuerdos que tenían de mí —le confirmé—. Saber cómo evitar que eso vuelva a pasar.

Clancy cerró los ojos un instante y cuando por fin volvió a abrirlos, sus ojos me parecieron más oscuros que antes, casi negros. Me incliné hacia él y capté una extraña mezcla de tristeza, culpabilidad y algo más que parecía rezumar por sus poros.

—Ojalá pudiera ayudarte en esto —dijo—, pero la verdad es que yo no puedo hacer lo que haces tú. No tengo ni idea de cómo ayudarte.

«No tengo ni idea de cómo ayudarte». Por supuesto. Claro que no podía. Martin también era un Naranja, pero no poseía las mismas facultades que yo. Me pregunté por qué habría dado por supuesto que el Huidizo también las tendría.

—Si... si me lo cuentas, si me explicas cómo crees que funciona... tal vez se me ocurra algo.

No era exactamente que no pudiera hablar sobre el tema, sino más bien que no quería hacerlo. No en aquel momento. Me conocía demasiado bien como para no predecir mis palabras entrecortadas y la lacrimógena explicación que le daría a Clancy. Cada vez que me permitía pensar en lo que había pasado, acababa agotada y temblorosa, sintiéndome tan asustada, desesperanzada y horrorizada como me había sentido al producirse aquellos sucesos.

Me dedicó, desde debajo de sus oscuras pestañas, una mirada de comprensión y luego acercó el dedo pulgar al punto de mi muñeca donde se percibían las pulsaciones.

—Ah. Es un Benjamin. Debería habérmelo imaginado, lo siento. —Viendo mi expresión de perplejidad, se explicó—: Benjamin es el nombre de mi antiguo tutor... de mi tutor mucho antes de que todo se fuese a paseo. Murió siendo yo muy pequeño, pero sigo sin poder hablar sobre el tema. Sigue doliéndome. —Esbozó una sonrisa ladeada y compungida—. Aunque tal vez no sea necesario que me cuentes nada. Podríamos intentar otra cosa.

—¿Cómo qué?

—Como que esta vez me bloquearas tú el acceso a tu cerebro, no al revés. Seguro que te sería mucho más fácil.

—¿Por qué lo dices?

—Porque no eres lo bastante malévola como para saber llevar a cabo una buena ofensiva... créeme, lo que acabo de decirte es un cumplido. —Esperó a que yo sonriera antes de proseguir—. Pero eres cautelosa. No muestras tus cartas a nadie. Hay momentos en que resulta imposible saber lo que piensas.

—No es mi intención —dije, interrumpiéndolo.

Clancy agitó una mano para restarle importancia al comentario.

—No es malo —dijo—. De hecho, te ayudará.

La verdad es que no me había ayudado a defenderme de Martin.

—¿Intuyes cuando alguien intenta adentrarse en tu cerebro? —preguntó—. ¿Notas un hormiguo...?

—Sí, sé de que hablas. ¿Qué tendría que hacer cuando lo siento?

—Tendrías que rechazarlo, expulsarlo del camino que quiera que haya tomado. Según mi experiencia, las cosas que realmente deseamos proteger, como los recuerdos y los sueños, poseen sus propias defensas naturales. Solo necesitas incorporar una pared más.

—Cada vez que he intentado adentrarme en tu cerebro, ha sido como si me encontrara una cortina blanca que me bloquea el paso.

Clancy asintió.

—Así es como yo lo hago. Cuando percibo esa sensación, invoco la imagen de esa cortina y no doy tregua ni aflojo, pase lo que pase. De modo que lo que quiero que hagas ahora es que rememores algún secreto o recuerdo, algo que no quieras que yo vea, que no quieras que vea nadie, y entonces quiero que corras también una cortina para protegerlo.

Supongo que no conseguí disimular adecuadamente mis dudas, puesto que me cogió de nuevo ambas manos entre las suyas y entrelazó los dedos.

—Vamos —dijo—. ¿Qué es lo peor que podría pasar? ¿Qué viese alguna situación embarazosa? Creo que en estos momentos somos tan buenos amigos que puedes confiar en mí si te digo que no le comentaré absolutamente a nadie ninguna caída ni vomitera en público.

—¿Y qué me dices sobre andar por ahí desnuda y comer la arena del parque?

Fingió que se lo pensaba un momento y me sonrió.

—Supongo que podría contener la tentación de contárselo a todo el campamento a la hora de la cena.

—Eres un líder justo y ecuánime —dije. Y añadí—: ¿De verdad me consideras tu amiga, o lo dices simplemente porque quieres ver cómo me partí los cuatro dientes de arriba intentando jugar al fútbol?

Clancy movió la cabeza de un lado a otro y se echó a reír. Sus historias favoritas siempre eran aquellas en las que le explicaba mis gustos por las cosas de chico, o los festines en restaurantes de comida rápida que nos dábamos mi padre y yo cuando mi madre tenía que ausentarse de la ciudad para asistir a alguna conferencia de profesores. Me había dado cuenta de que tenían tan poco que ver con cualquier experiencia que él pudiera haber vivido, que debía de parecerle casi una extraterrestre.

—Por supuesto que te considero mi *amiga*... de hecho —empezó a decir con voz grave. Cuando volvió a mirarme, le ardían los oscuros ojos con una intensidad que me hizo sentir la cabeza llena de aire, dispuesta a desaparecer flotando por los aires—, te considero mucho más que eso.

—¿A qué te refieres?

—Tal vez tú hayas estado buscándome, pero digamos que yo estaba esperándote. Hace mucho tiempo que necesitaba que alguien comprendiera lo que estoy pasando. Ser un Naranja... no puedes compararlo con lo que son los demás. Ellos no nos entienden, ni tampoco entienden lo que somos capaces de hacer.

«Solo nosotros», dijo una vocecita en mi interior, «solo lo comprendemos nosotros dos».

Le apreté las manos.

—Lo sé.

Me pareció que desviaba su atención, que su mirada se deslizaba hacia el otro lado de la habitación, hacia el ordenador y la televisión. Me pareció detectar un destello de tristeza en sus ojos, un dolor auténtico, pero rápidamente desapareció y quedó sustituido por su habitual expresión de confianza en sí mismo.

—¿Estás preparada para intentarlo?

Moví afirmativamente la cabeza.

—Te prometo que lo he estado intentando. Por favor... por favor, no desesperes.

Me sorprendió sentir que me soltaba las manos. Y me quedé pasmada cuando noté que subía las manos por mis brazos desnudos y me recorría los hombros. No se lo impedí. Era algo que formaba parte de Clancy y que yo estaba aceptando rápidamente. Con él no tenía por qué tener miedo, no tenía que temer lo que yo pudiera hacer intencionadamente o por error. No tenía que levantar todas mis defensas para detener los impulsos de las manos exploradoras de mi cerebro, porque Clancy era más que capaz de mantenerme alejada de su cabeza.

Pero Liam... Liam era un objeto precioso, algo que podía romper con un único paso en falso. Alguien con quien no podía estar, no por el momento, no mientras siguiera siendo así.

Clancy se inclinó hacia delante para iniciar su trabajo. Seguí su ejemplo y me incliné sobre su pecho. Era cálido y olía a pino, a libros viejos y a un sinfín de posibilidades que jamás había llegado a conocer.

No conseguí bloquearle el paso en su primer intento... ni siquiera lo conseguí en el quinto. Fueron necesarios tres días, durante los cuales Clancy presencié prácticamente todos los recuerdos más amargos y vergonzosos de mi cabeza antes de que lograra erigir por fin algún tipo de defensa.

—Piensa con más intensidad —me dijo—. Piensa en algo que no quieres que nadie sepa. Esos recuerdos serán los que te provoquen las defensas más fuertes.

Ya no quedaba nada que Clancy no hubiese visto. Juro que aquel chico podría haber sido perfectamente un cirujano cerebral por lo incisivos y precisos que eran sus golpes y sus pinchazos. Cada vez que yo rememoraba un recuerdo o un pensamiento

e intentaba rodearlo con un muro invisible, mis defensas se desmoronaban como si fuesen de papel de cera. Pero Clancy no se desanimaba.

—Puedes hacerlo —seguía repitiéndome—. Sé que puedes. Eres capaz de mucho más de lo que quieres reconocer.

Fue aquella extraña insistencia por encontrar un recuerdo jugoso lo que desencadenó por fin mi primer éxito.

—¿Tiene que ser un recuerdo? —le pregunté.

Reflexionó sobre el asunto.

—Tal vez podrías probar con otra cosa. Algo que imagines.

Tal vez fuera mi mente que me estaba jugando una mala pasada, pero de repente me dio la impresión de que su cara estaba mucho más cerca de la mía.

—Algo que desees. O... ¿alguien?

Lo dijo de una manera que sonó casi como una pregunta, una pregunta seria escondida bajo un tono de voz indiferente y despreocupado. Intenté mantener una expresión impassible.

—De acuerdo —dije—. Creo que ya estoy preparada.

Clancy no parecía estar tan seguro. Pero lo estaba. Era una fantasía que llevaba semanas apoderándose de mis sueños, invadiendo el poco tiempo que no pasaba ocupada practicando con mis facultades.

Todo empezó la tercera noche que pasé en East River, hacia aquella hora que separa la noche del día. Me desperté sobresaltada, confusa, mientras Chubs roncaba tranquilamente y Zu daba vueltas en la cama. Un tremendo hormigueo se había apoderado de mí mientras intentaba procesar lo que había visto, comprender si algo de aquello había sucedido de verdad... si algo de aquello podía acabar sucediendo.

Era un sueño que nunca podría compartir, un sueño que llevaba escondido en lo más profundo de mi corazón, oculto tan dentro de mí que ni siquiera me había dado cuenta de que estaba allí hasta que salió, completamente formado.

Soñé que era primavera. Los cerezos del final de la calle de casa de mis padres en Salem estaban en flor. Pasábamos por allí a bordo de Black Betty. Liam y yo íbamos delante, escuchando una canción de Led Zeppelin que tal vez no fuera real. Enfrente de casa de mis padres había globos blancos, atados a ambos lados de la puerta de la valla blanca, flechas flotantes que nos indicaban la puerta principal de la casa, que estaba abierta. Liam me cogió la mano. Iba vestido exactamente igual que el día que lo conocí, y juntos entramos en la casa, caminamos por el pasillo y llegamos a la cocina decorada en tonos amarillos claros. Nos detuvimos junto a la puerta que daba acceso al patio trasero, donde nos esperaba todo el mundo.

Todo el mundo. Mis padres. Mi abuela. Zu. Chubs. Sam. Estaban sentados alrededor de una manta que mis padres habían extendido sobre la hierba y comiendo lo que mi padre había preparado a la barbacoa. Mi madre correteaba por allí,

colocando más globos blancos, con las manos manchadas aún de tierra después de haberse pasado la mañana plantando unas flores de color claro que inundaban lo que antes era un simple jardín con césped. Saludamos a todo el mundo, abracé a Sam, le señalé a Zu los pájaros que había en los árboles y presenté a Chubs a mi madre.

Y entonces, Liam se inclinaba hacia mí y me besaba, y no había palabras para describir mis sensaciones.

La intrusión de Clancy llegó como siempre, primero con un hormigueo, luego con un rugido. Estaba tan perdida pensando en el sueño que ni siquiera me había percatado de que me había cogido la mano para iniciar el experimento.

Clancy me gustaba mucho. Más de lo que me habría imaginado. Pero no aparecía en el sueño. En el sueño no había nada que deseara compartir con él.

Le apreté la mano, con fuerza, y consagré el resto de mi esfuerzo a lanzar las otras manos de mi interior, como si quisiera empujarlo.

La estrategia de la cortina no me había funcionado, ¿pero y si probaba con esta? ¿Y si utilizaba la ofensiva a modo de defensa? Pero creo que tal vez fue excesivamente efectiva. Noté que Clancy daba una sacudida, que lanzaba un silbido que parecía de dolor.

—Oh, Dios mío —dije cuando por fin conseguí liberarme de la neblina que me oscurecía la mente—. ¡Lo siento mucho!

Pero cuando Clancy levantó la vista, estaba sonriendo.

—Te lo dije. Te dije que conseguirías encontrar la manera.

—¿Podemos volver a hacerlo? —pregunté—. Quiero asegurarme de que no haya sido por chiripa.

Clancy se llevó la mano a la frente.

—¿Y si descansamos un poco? Me siento como si me hubieses asaltado el cerebro.

Pero Clancy no pudo descansar. En cuanto pronunció aquellas palabras, ambos escuchamos una señal de advertencia muy distinta. En el otro lado de la habitación se oía un gemido estridente, un sonido que no había oído nunca, parecido a la alarma de un coche. Clancy hizo una mueca, agachó la cabeza para eludir el ruido e incluso se levantó de la cama de un salto.

Corrió hacia su mesa y abrió la tapa del ordenador. Escribió su contraseña casi a la velocidad de la luz, mientras la pantalla azulada del portátil iluminaba sus pálidas facciones. Llegué a su lado en el momento en que abría una aplicación.

—¿Qué está pasando? —le pregunté—. ¿Clance?

Ni siquiera levantó la vista.

—Se ha disparado una de las alarmas del perímetro del campamento. No te preocupes... es muy posible que no sea nada. En alguna ocasión hemos tenido animales que se acercan demasiado a la alambrada.

Tardé un minuto en comprender lo que veía en pantalla. Cuatro vídeos de distintos colores, cada uno de los cuales ocupaba una esquina de la pantalla; cuatro puntos de vista distintos de los límites del campamento. Clancy se inclinó hacia delante y situó las manos a ambos lados del ordenador.

Clancy cogió entonces la radio inalámbrica de color negro que se encontraba también encima de la mesa, sin separar ni un instante los ojos de la pantalla.

—Hayes, ¿me recibes?

Hubo un momento de silencio antes de que se oyera el gruñido de Hayes.

—Sí, ¿qué pasa? —Se oyó con interferencias a través del micrófono.

—Ha saltado la alarma perimetral sudeste. Estoy viendo por pantalla la imagen, pero...

Creí que lo que iba a decir era «No veo a nadie ni nada», pero las palabras que pronunció a continuación me obligaron a meter la cabeza por debajo de su brazo para poder ver bien la pantalla.

—Sí, veo a un hombre y a una mujer. Ambos con ropa de ca... hostiles, por su aspecto.

Y allí estaban. Parecían de mediana edad, aunque era imposible asegurarlo. Iban vestidos con lo que solo podía calificarse como vestimenta de cazador, ropa de camuflaje de los pies a la cabeza. Incluso llevaban la cara pintada de un color parduzco.

—Entendido. Me encargo del tema.

—Gracias... consigue que retrocedan, ¿lo harás? —dijo Clancy con cautela, y luego bajó el volumen de la radio.

Perímetro sudeste... No era la zona de Liam, por suerte. Exhalé un suspiro de tranquilidad.

Seguía con los ojos pegados a la pantalla cuando Clancy cerró la tapa del ordenador.

—Volvamos al trabajo. Siento haberte distraído.

Creo que mi cara de sorpresa me traicionó.

—¿No tienes que ir? —pregunté—. ¿Qué les hará Hayes?

Clancy hizo un gesto con la mano restándole importancia. Una vez más.

—No te preocupes por eso, Ruby. Todo está controlado.

Tal vez una grieta no fuera suficiente para derribar las defensas de una fortaleza, pero sí fue suficiente para resquebrajarla y crear dos grietas, luego tres, luego cuatro. Después de aquel avance tan significativo, convertí en mi misión descubrir distintas maneras de deslizarme en el interior del cerebro de Clancy. Aunque, claro está, nunca conseguía permanecer ahí mucho tiempo antes de ser expulsada de malas maneras;

pero cada pequeña victoria me animaba a conseguir otra, y luego otra. Conseguía sorprenderlo cuando estaba concentrado en otra cosa, si lo engañaba para que protegiese un recuerdo cuando en realidad yo iba tras otro. Mi actividad sorprendía a Clancy y creo que también, aunque no lo decía, lo entusiasmaba. Lo bastante, al menos, como para permitirme empezar a practicar con más gente.

En cierto sentido era como correr cuesta abajo; la inercia me empujaba hacia todo tipo de experimentos, grandes y pequeños. Una noche monté un lío espectacular a la hora de la cena, cuando cogí por mi cuenta a los seis niños que estaban preparándola y les implanté seis conceptos muy distintos sobre lo que había que preparar para la cena... y para prepararlo simultáneamente, además. Convencí hasta tal punto a una niña de que se llamaba Theodore, que se ponía a llorar cuando los demás se dirigían a ella por otro nombre. Me resultaba tan fácil convencer a cualquiera de que hiciera lo que yo le pedía, o hacerle creer que había hecho una cosa que en realidad no había hecho, que Clancy me dijo que había llegado el momento de pasar a intentar hacer lo mismo sin tener que tocar antes al ingenuo sujeto del experimento.

Estaba llegando a mi objetivo, lentamente y quizá con cierta inseguridad, pero resultaba delicioso saber que aquellas fenomenales y poderosas facultades que hasta ese momento me aterrorizaban estaban perfectamente atadas y controladas. En todos los aspectos me resultaban cada vez más sencillas y manejables.

Pero el martes siguiente tuvimos otra interrupción.

Una de las Amarillas de más edad, una chica llamada Kylie, aporreó de repente la puerta de la oficina de Clancy. No esperó a que nadie le diera permiso para pasar; de hecho, entró con tanto ímpetu que hasta me caí de la cama.

—¿Qué es esto de denegar nuestra solicitud para poder marcharnos? —Una maraña de rizos oscuros le cubría casi la cara—. Dejaste marchar al grupo de Sarah, dejaste incluso marchar a Greg y a sus compinches, y tanto tú como yo sabemos que colectivamente tienen el poder cerebral de una mosca...

Los tablones del suelo crujieron cuando di un paso atrás para volver a sentarme en la cama. Clancy había dejado la cortina abierta al levantarse para acudir a responder a la puerta y Kylie podía verme perfectamente. Se giró hacia Clancy, que había posado las manos en sus hombros para tranquilizarla.

—¡Oh, Dios mío! ¡Y tú aquí tonteando! ¿Has *mirado* siquiera mi propuesta? ¡He pasado días trabajando en ella!

—La he leído tres veces —dijo Clancy, indicándome con la mano que me acercara. La miró con la misma sonrisa tranquilizadora y la misma paciencia que había demostrado conmigo desde el inicio de las lecciones—. Pero estaré encantado de comentar contigo el porqué de mi decisión de declinarla. ¿Nos vemos mañana, Ruby?

Y de repente, me encontré de nuevo bajo el sol matutino.

El tiempo primaveral seguía siendo un hecho esporádico, frío y desapacible un día,

cálido el siguiente. Después de pasar dos semanas encerrada con Clancy me resultaba más difícil si cabe mantener el ritmo de aquellas tendencias bipolares. Me quité la sudadera y me recogí el pelo en un moño suelto. Mi primera idea fue ir a ver qué tal seguía Zu, pero no deseaba interrumpir sus lecciones. Intenté localizar a Chubs en los huertos, pero la chica responsable me dijo —con su habitual tono mandón— que hacía una semana que no lo veía por allí y que pensaba chivárselo a Clancy para que le diese el castigo que se merecía.

—¿Castigo? —repetí, subiéndome por las paredes, pero no me dio más explicaciones.

Acabé localizándolo en el lugar más lógico.

—¿Sabes —le dije al llegar al embarcadero— que, de hecho, el pan es malo para los patos?

Chubs ni siquiera levantó la vista. Me senté a su lado, pero lo único que conseguí con ello fue que se levantara y se marchase, dejando incluso allí su mochila y su libro.

—¡Oye! —grité—. ¿Qué problema tienes?

No hubo respuesta.

—Chubs... ¡Charles!

Se giró por fin.

—¿Quieres saber qué *problema* tengo? ¿Por dónde quieres que empiece? ¿Qué te parece si te digo que ha pasado casi un mes y todavía seguimos aquí? ¿Qué te parece si te digo que el hecho de que tú, Lee y Suzume os paséis el día haciendo amistades y dando vueltas por ahí no tiene nada que ver con eso de que teníamos que trabajar para encontrar la manera de volver a casa?

—¿Adónde pretendes llegar con todo esto? —le pregunté. Tal vez no hubiera encajado tan bien como Liam y Zu, pero lo había visto hablando con otros chicos mientras trabajaba en el huerto. Me parecía que estaba bien, tal vez no feliz, aunque... ¿lo había visto alguna vez feliz?—. Este lugar no está tan mal...

—¡Es horroroso, Ruby! —me espetó—. ¡Horroroso! Nos dicen cuándo tenemos que comer, cuándo tenemos que dormir, cómo tenemos que vestirnos y nos obligan a trabajar. ¿Le ves alguna diferencia con respecto al campamento?

Respiré hondo.

—¡Eras tú el que quería venir aquí! Siento que no esté a la altura de tus elevadas e imponentes expectativas, pero a nosotros ya nos va bien. Si te esforzaras un poco, podrías ser feliz aquí. ¡Estamos a salvo! ¿A qué vienen tantas prisas por marcharte?

—Que tus padres no te quisieran, no significa que nuestros padres no nos quisieran tampoco a nosotros. A lo mejor tú no tienes prisa por volver a casa, ¡pero yo sí!

Fue como si me hubiese disparado al pecho. El corazón se me quedó sin sangre cuando levantó una mano para tirarse del pelo oscuro.

—He trabajado muchísimo, lo he estado intentando y tú, tú ni siquiera se lo has

preguntado, ¿verdad?

—¿Preguntarle...? —Pero ya sabía a qué se refería. En cuanto pronuncié aquellas palabras supe exactamente la promesa que había hecho y no había cumplido. La sensación de rabia me dejó por los suelos—. Lo siento mucho. He estado tan liada con las lecciones que lo he olvidado.

—Pues yo no —dijo Chubs, y se largó, dejándome sola bajo aquel sol tan agradable.

Una hora después, me encontraba bajo un chorro de agua caliente, tapándome la cara con las manos.

Los lavabos del campamento —unos para chicos y otros para chicas— eran tan glamurosos como puede serlo cualquier retrete exterior. Los suelos eran de hormigón con los cantos biselados, las duchas tenían el suelo de planchas de madera y se separaban mediante cortinas de plástico repletas de manchas negras de moho. Cada noche íbamos allí a cepillarnos los dientes y lavarnos la cara y, un par de veces por semana, para ducharnos. Pero hoy, sin champú floral ni acondicionador que perfumaran el ambiente, me di cuenta de que aquel lugar que parecía una cueva olía a serrín.

Me quedé allí hasta oír los cencerros que anunciaban el fin de la hora de la comida. No tenía ningún plan para el resto de la jornada y cuando salí me tropecé justo con la persona que, sin ser consciente de ello, deseaba desesperadamente ver.

Liam se tambaleó con el impacto. Llevaba el pelo, mojado y más largo de lo que recordaba, adherido a las mejillas.

—¡Dios mío! —exclamé con una carcajada, mientras me llevaba una mano al pecho—. Me has dado un susto de muerte.

—Lo siento. —Sonrió y me tendió la mano—. Hola... creo que no hemos tenido oportunidad de conocernos. Me llamo Liam.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

No sé cuánto tiempo me quedé allí, mirándole fijamente la mano, mientras la bilis me ascendía por la garganta con la velocidad y la firmeza de un grito.

«Oh, Dios mío, no», pensé, dando un paso atrás. «No, no, no, nonono...».

—Mira, te pareces mucho a una amiga mía, Ruby, pero hace *años* que no la veo, de modo que... —Se interrumpió—. Vale, lo entiendo, ¿pero tan mala era la broma?

Me giré y me tapé la cara con la toalla para que no me viese las lágrimas.

—¿Ruby? —Hizo una lazada con su toalla para enrollármela en torno la cintura y tiró de mí—. Es la manera de Liam Stewart de decir «Hola, cariño, te he echado un montonazo de menos». Vaya, ¿tan malo es eso como para que te entren ganas de llorar?

Me acarició el cabello.

—Tranquila, ya está... —Se inclinó, y sin que me diera tiempo a evitarlo, se me cargó a la espalda.

Liam no me soltó hasta que llegamos a la cabaña dieciocho. Me dejó caer sobre el futón doblado que compartíamos Zu y yo, después de detenerse un momento en su cama para coger una manta.

—No tengo frío —dije, cuando me envolvió con ella.

—¿Y entonces por qué tiembles?

Liam se sentó a mi lado. Cuando me giré, apoyé la cara en el ángulo formado entre su cuello y su hombro, y aspiré su aroma limpio y especiado.

—Estoy cabreada conmigo misma, solo es eso —dije cuando por fin descubrí de nuevo mi voz—. Le dije a Chubs que le preguntaría a Clancy si le dejaba utilizar su ordenador, pero me he distraído y se me ha olvidado por completo.

—Vaya... —Liam tenía los dedos ocupados desenredándome el pelo mojado—. No creo que esté enfadado contigo. Creo que está enfadado conmigo porque no me muevo de aquí. La situación no hace más que reforzar sus temores de no poder volver nunca a su casa.

—¿Y cómo puedo hacer las paces con él?

—Para empezar, podrías preguntar lo del ordenador —dijo, cogiéndome la mano con la que tenía libre—. Aunque no sé si estás en posición de pedirselo prestado a Clancy. Tengo la impresión de que hace años que no te veo.

—Y casi es así —dije—. Siempre estás de guardia.

Se echó a reír.

—Me siento muy solo sentado en lo alto de un árbol sin ti a mi lado.

—Me gustaría saber qué haces toda la noche —dije—. ¿Has intentado ya hablar con alguien sobre la idea de liberar los campamentos?

—He sacado el tema a colación con algunos de los chicos de mi turno de guardia, y con Olivia. Va a ver si podemos reunirnos con Clancy para hablar sobre el tema. Creo... creo que será fantástico, de verdad. Podría funcionar.

—Clance comentó que la puerta oeste es la que solía darles más problemas —dije, moviéndome para poder mirarlo directamente—. Vas con cuidado, ¿verdad?

Liam se quedó muy quieto, tan quieto que fue como si se le hubiese olvidado que tenía que seguir respirando.

—¿Clance? —dijo, con un tono de voz artificialmente tranquilo—. Por lo que veo, estás en posición de pedir favores.

—¿Qué insinúas con esto?

Liam suspiró.

—Nada, lo siento. No era mi intención hablar así. Me parece estupendo que seáis tan amigos. —Intenté mirarlo, pero él tenía la cabeza vuelta hacia el otro lado de la cabaña, hacia la pared donde estaba la cajonera que contenía nuestras cosas—. ¿Ha estado dándote clases?

—Sí —respondí, preguntándome cuánto debía callarme, si es que debía callarme algo—. Ha estado enseñándome cómo tengo que hacerlo para evitar que otros fisgoneen en mi cerebro.

—¿Y te ha enseñado trucos para impedir que te adentres en el cerebro de los demás? —preguntó Liam—. ¿Te está ayudando también en ese aspecto?

—Lo intenta —dije—. Me ha dicho que si refuerzo el control sobre mis facultades acabará saliéndome como algo natural.

—Siempre puedes practicar conmigo —dijo, apoyando la frente en la mía.

Noté un hormigueo en la nuca, la señal de alarma antes del aluvión. Clancy me había dicho que cuando lo notara, tenía que interrumpir de inmediato el contacto físico e imaginar que se interponía una cortina blanca entre la persona que estuviera conmigo y yo.

Pero no me apetecía hacer ninguna de esas dos cosas.

Noté los labios de Liam desplazándose por mi frente, susurrándome algo al alcanzar los párpados, luego las mejillas, la nariz. Me acarició con ambos pulgares la línea de la mandíbula, pero los dejó inmóviles cuando me retiré y me aparté de él.

—¿De qué tienes miedo? —susurró, con voz herida.

¿Era posible que aquel chico hubiera sido alguna vez un desconocido para mí?

¿Me había imaginado en alguna ocasión capaz de vivir una vida sin él?

—No quiero perderte.

Emitió un sonido de clara frustración y me habló entonces, observándome con sus ojos claros y brillantes.

—¿Entonces por qué eres tú la que siempre lo deja correr todo?

No tuve oportunidad de responder. En aquel momento, Hina irrumpió en la puerta

de la cabaña, seguida de Zu, y nos dijeron que se marchaban.

—De acuerdo, de acuerdo, tranquilas —dijo Liam.

Zu correteaba por la cabaña recogiendo sus cosas mientras Hina parloteaba a mil por hora. Yo no sabía muy bien a quién prestar atención, si a mi amiga o a la chica que, al parecer, hablaba por ella. Cada vez que Hina abría la boca, Liam y yo volvíamos a quedarnos en estado de shock.

Zu. Se marchaba.

Se marchaba.

La pillé de camino a los cajones y tiré de ella para obligarla a sentarse en el futón. Supongo que no debía de haber comprendido que nos habíamos quedado en estado de shock, puesto que lucía una expresión radiante en el rostro. La miré con atención, observé aquella sonrisa que realmente parecía eléctrica y tuve la sensación de haber sufrido una derrota.

—Nosotras y tres más —dijo Hina, sin aliento casi. Me pregunté si habría venido corriendo desde el aula—. Dos Azules y una Amarilla. Kylie ha obtenido *por fin* permiso para abandonar el campamento.

Liam se giró hacia Zu para decirle:

—¿E ir... de excursión?

Zu puso una cara como queriéndole decir: «¿Me estás hablando en serio?».

—Ayúdame. Dime qué quieres decir.

Hina se calló y por un instante, por un único segundo de locura, creí que Zu iba a abrir la boca y a hablar. Liam se puso tenso, como si estuviese esperando lo mismo que yo. Pero Zu se limitó a sacar el cuadernillo de la mochila rosa y a escribir con su esmerada y pulcra caligrafía. Cuando lo giró para mostrarle lo escrito a Liam, lo hizo mirándolo a los ojos.

«Quiero ir con ellos a California».

Sabía que debería alegrarme por ella. Que debería estar celebrando que pudiera por fin decirnos lo que realmente deseaba. Solo que nunca me había imaginado que su deseo pudiera ser un futuro sin nosotros.

—Creía que Clancy había rechazado la propuesta de Kylie —le dije a Hina.

—Sí, pero Kylie nos explicó que al final lo había convencido.

—¿Y qué hay en California? —preguntó Liam, apoyándose en la pared de la cabaña.

—Mis padres tienen una casa allí —explicó Hina—, y están esperándonos. El gobierno de la Costa Oeste no nos entregará a ningún campamento.

—¿Y los padres de Zu? —pregunté—. Los padres de Zu...

Hay que reconocer que Hina adivinó lo que iba a preguntarle sin necesidad de que

se lo preguntase.

—Mi padre lleva un tiempo sin hablarse con mi tío.

—Es un viaje muy largo, Zu —empezó a decir Liam, dubitativo—. ¿Y si os pasa algo? ¿Quién más va? ¿Ese tal Talon?

Zu movió afirmativamente la cabeza y, de pronto, se quedó mirándome. Intenté ofrecerle una sonrisa alentadora, pero en realidad me daba miedo echarme a llorar. Se puso a escribir en su libreta y le enseñó su mensaje a Liam.

«Ya no tendrás que preocuparte más por mí. ¿No te gusta la idea?».

—Me gusta preocuparme por ti. —Liam se rascó la cabeza—. ¿Cuándo pensáis marcharos?

Hina tuvo al menos la decencia de poner cara de culpabilidad.

—Tenemos que marcharnos ahora mismo. Kylie teme que Clancy pueda cambiar de idea. No parecía... satisfecho del todo.

—Me parece muy precipitado —dije, atragantándome casi—. ¿De verdad lo habéis pensado bien?

Zu asintió mirándome a los ojos. Su siguiente nota iba dirigida a nosotros dos.

«Quiero estar con mi familia. No quiero que os enfadéis conmigo».

—¿Enfadarnos? —Liam negó con la cabeza—. Nunca. Jamás. Tú eres mi chica, Zu. Lo único que queremos es que sigas sana y salva. Me moriría si te pasara algo.

Llamaron a la puerta. Talon, un Amarillo ya mayor que llevaba el pelo peinado con trenzas estilo rasta, fue el primero en aparecer, seguido por Chubs, que tenía los ojos abiertos como platos. Liam se adelantó.

—Estupendo —dijo—. Tenía ganas de hablar contigo.

Talon asintió.

—Me lo imaginaba. También han venido Kylie y Lucy. —Las dos asomaron la cabeza y saludaron con la mano—. ¿Quieres que hablemos fuera?

Liam extendió el brazo y me acarició la nuca.

—¿Le ayudas a hacer la maleta?

—¡Estás loca! —Oí que decía Chubs—. ¡Apenas conoces a esa gente!

—Perdona —protestó Hina, con las manos en las caderas—. Por si lo has olvidado, Zu es mi *prima*.

«Yo también te echaré de menos». Zu dejó por un momento de guardar sus cosas en la mochila rosa y arrancó la hoja de papel para que Chubs pudiera guardársela. Se dejó caer tan de repente, que casi se sienta en el suelo en lugar de en el futón. Pasó un momento sin poder hacer otra cosa que quedarse mirándola. Comprendí lo que sentía.

—¿Os ha dicho Kylie por qué tenéis que iros esta misma noche? —pregunté, sentándome al lado de Chubs.

Zu se limitó a encogerse de hombros.

—¿Y... pensáis ir a pie hasta California? —preguntó Chubs, subiendo el tono de

voz de volumen a cada palabra que pronunciaba—. ¿Tenéis algún tipo de plan?

—A lo mejor encontráis una nueva Betty —dije, pero en el instante en que pronuncié aquel nombre, Zu dejó de recoger sus cosas y negó con la cabeza. Tardó un buen rato en escribir su siguiente nota.

«No, Betty solo hay una».

—Y por lo visto, no fue suficiente para ti —dijo Chubs, tremendamente dolido—. Supongo que todo el mundo es sustituible, incluso nosotros.

Zu respiró hondo y se acercó a él arrastrando su mochila rosa. Chubs intentó apartar la vista, pero ella se le plantó delante y lo abrazó. Chubs no pudo hacer otra cosa que devolverle el abrazo y esconder la cara en el tejido de la chaquetilla de Zu.

Empezaron a sonar los cencerros del campamento, un tañido frenético que no cesó hasta que todo el mundo salió al exterior. Dejé que Hina y Zu nos guiaran y se abrieran paso entre los chicos reunidos allí. Era la primera vez que las vestimentas negras me parecían de lo más apropiado.

Kylie le pasó a Lee un papel y él asintió a lo que Kylie estaba diciéndole. Lucy estaba a su lado, tan menuda y callada como siempre, pero vi que levantaba la mano para darle a Liam unos tranquilizadores golpecitos en el hombro. Pero la expresión de falsa alegría se había esfumado. Su rostro solo podía calificarse de acongojado.

—¿Me prestas el bolígrafo? —le dijo Liam a Talon.

El chico se palpó los bolsillos de los pantalones negros de estilo militar hasta que dio por fin con un bolígrafo de tapón azul. Liam se arrodilló delante de Zu y cortó por la mitad el papel que Kylie le había dado antes.

Ojalá pudiera haber visto lo que había allí escrito, pero no estaba destinado a mis ojos. Cuando Liam terminó de escribir, dobló el papel varias veces y se lo entregó.

El cencerro se calló por fin. Todo el mundo miró hacia la derecha, donde Clancy acababa de hacer su aparición. Lo acompañaba Hayes, que se alzaba como una torre a su lado. Su rostro, que solía estar relajado y orgulloso, lucía una mueca que no supe muy bien si era de fastidio o de rabia.

—Kylie ha decidido fundar una tribu y se marcha inmediatamente.

Un murmullo de sorpresa recorrió la muchedumbre.

—Se llevará solo a cuatro personas con ella —dijo, elevando la voz—. No se aceptarán más solicitudes de abandono hasta que recuperemos las cifras habituales. ¿Comprendido?

Silencio.

—¿Comprendido?

Chubs llegó a mi lado cuando los sonidos y los gritos confirmaban que sí, que todo el mundo lo había comprendido.

Clancy dio una brusca media vuelta sin decir nada más y regresó a su oficina. En cuanto llegó al edificio blanco, todos los presentes soltaron colectivamente el aire que

habían estado conteniendo y empezaron a mirarse entre ellos y a murmurar.

—Ha sido extraño.

—¿Por qué no les ha dado mochilas, como hace siempre?

—Le preocupa que cada vez seamos menos; al final no seremos suficientes para proteger el perímetro del campamento.

Desvié la mirada hacia el edificio de la oficina, pero antes me fijé en Zu, que me saludaba con la mano.

«No lleva guantes», pensé cuando dejó caer la mano a un costado. «Ojalá no tenga que volver a llevarlos nunca».

—¿De verdad que tenéis que marcharos ahora mismo? —le pregunté cuando llegué junto a Liam y ella.

Varios grupos de niños revoloteaban en torno a Kylie y los demás, deseándoles buena suerte y ofreciéndoles mantas y bolsas de comida.

Zu esbozó una sonrisa de valentía y me abrazó por la cintura.

—Cuídate, por favor —le dije.

La siguiente nota era para mí y solo para mí: «¿Vendrás a verme cuando todo esto haya acabado? Quiero decirte algo, pero aún no sé cómo decírtelo».

Examiné hasta el último centímetro de su rostro. Era muy distinta a la niña que había conocido hacía tan solo unas semanas. Si había cambiado tanto en tan poco tiempo, ¿cómo la reconocería dentro de unos años, cuando aquel infierno se hubiera por fin acabado?

—Por supuesto que sí —susurré—. Y te echaré de menos cada día que pase hasta entonces.

Y justo antes de que tomaran el camino que les conduciría hacia el indómito bosque, Zu se volvió para darnos su último adiós. A su lado, Hina siguió su ejemplo. Y luego, desaparecieron.

—No le pasará nada —dije—. Cuidarán de ella. Tiene que estar con su familia. Con su familia de verdad.

—Debería estar con *nosotros* —dijo Liam, mientras movía la cabeza con preocupación y respiraba entrecortadamente.

—En este caso, tal vez deberíamos seguirla.

Liam y yo nos giramos a la vez. Chubs caminaba detrás de nosotros y en aquel momento bajó la vista para evitar el reflejo del sol en los cristales de sus gafas.

—Sabes que no podemos —dijo Liam—. Todavía no.

—¿Por qué no?

Chubs avanzó hacia nosotros, mientras su voz iba perdiendo la apariencia de tranquilidad que había mantenido hasta el momento. Consciente de que los demás nos observaban con curiosidad, les indiqué a ambos que se apartaran del camino principal.

—¿Por qué no? —repitió Chubs—. Es evidente que aquí no encontraremos la

ayuda que necesitamos para localizar a nuestros padres, o a los padres de Jack. Sería mejor que nos marcháramos ahora mismo, antes de que se percaten de nuestra ausencia. Aún podríamos atrapar a Zu.

—¿Y hacer qué? —preguntó Liam. Frustrado, se pasó la mano por el alborotado pelo—. ¿Dar vueltas hasta que por casualidad demos con ellos? ¿Confiar en que no nos pillen y acabemos de nuevo encerrados en un campamento? Chubs, aquí estamos seguros. Es donde tenemos que estar... desde aquí podemos hacer mucho bien.

Me di cuenta, quizás incluso antes que Liam, de que el comentario no era en absoluto el más acertado. Cuando vi el movimiento de las aletas de la nariz de Chubs y la mueca rabiosa de su boca, se me dispararon todas las alarmas. Sabía que lo que fuera a salir de la boca de Chubs no solo sería afilado, sino también cruel.

—Lo entiendo, lo entiendo, Lee, ¿vale? —Chubs movió la cabeza—. Quieres volver a ser el héroe. Quieres que todo el mundo te adore, crea en ti y te siga.

Liam se puso tenso.

—No es... —empezó a decir, muy enfadado.

—Bien, ¿y qué me dices de los chicos que te siguieron en su día? —Buscó en el bolsillo del pantalón antes de extraer la ya conocida hoja de papel doblada. Chubs apretujó la carta con tanta fuerza que a punto estuvo de destrozarla—. ¿Qué me dices de Jack, de Brian, de Andy, de todos ellos? Ellos también te siguieron, pero qué fácil es olvidarlos cuando ya no están, ¿verdad?

—¡Chubs! —exclamé, interponiéndome entre ellos cuando vi que Liam daba un paso al frente levantando el puño derecho.

Jamás lo había visto tan furioso. Una oleada de color púrpura empezó a cubrir la piel de Liam, desde el cuello hasta la cara.

—¿No eres capaz de reconocer que haces esto para sentirte mejor, no para ayudar a la gente? —le preguntó Chubs.

—¿Crees...? —Liam casi no podía hablar—. ¿Crees que no los tengo en mi cabeza cada maldito segundo de cada maldito día que pasa? ¿Crees que podré llegar a olvidar algún día una cosa así? —Pero en lugar de pegar a su amigo, Liam se castigó a sí mismo, dándose puñetazos en la frente hasta que conseguí sujetarle el brazo—. ¡Por Dios, Charles! —dijo, con voz quebrada.

—Yo solo... —Chubs echó a andar, pero se detuvo y se volvió de nuevo hacia nosotros—. Sabes perfectamente que nunca te creí —dijo con voz temblorosa— cuando hablabas de fugarnos del campamento y volver a casa sanos y salvos. Por eso accedí a redactar mi carta. Sabía que la mayoría no lo conseguiría, mientras tú estuvieras al mando.

Di un paso al frente en el mismo momento en que lo daba Liam, y extendí los brazos para impedirle hacer algo de lo que luego pudiera arrepentirse. Oí a Chubs salir corriendo en dirección a nuestra cabaña. Liam intentó dar un paso más, pero lo

empujé con todas mis fuerzas para inmovilizarlo. Respiraba con dificultad, y tenía las manos cerradas en un puño a lado y lado del cuerpo.

—Déjalo —dije—. Necesita desahogarse. Y tal vez a ti también te iría bien.

Me dio la impresión de que Liam iba a replicarme, pero se limitó a gruñir con frustración, dar media vuelta y echar a andar hacia un bosquecillo cercano, en dirección completamente opuesta a Chubs. Me apoyé en el tronco de un árbol y cerré los ojos. Tenía tanta tensión acumulada en el pecho que no pude hacer otra cosa que respirar de modo entrecortado y esperar a ver qué pasaba.

Era casi oscuro cuando Liam reapareció, pasándose la mano por la cara. Tenía la piel de las manos levantada y ensangrentada después de haber estado pegando puñetazos a algún objeto sólido. Pese a la penumbra, se le veía demacrado, como si la sofocación de la rabia hubiese desaparecido para ser reemplazada por un halo grisáceo de tristeza. Alargué un brazo hacia él y lo rodeé por la cintura. Liam me abrazó, me atrajo hacia su cuerpo y enterró la cara en mi cabello. Respiré hondo aquel olor que tan reconfortante me resultaba: humo de leña, hierba y cuero.

—No hablaba en serio —dije, acompañándolo hacia un tronco caído.

Liam seguía temblando y su equilibrio era precario. No se sentó, sino que se derrumbó literalmente sobre el tronco y se inclinó hacia delante para apoyar los codos en las rodillas.

—Pero eso no hace que lo que ha dicho sea menos cierto.

Estuvimos allí sentados mucho rato, hasta que el sol desapareció, primero por detrás de los árboles y, luego, por el horizonte. El silencio y la quietud que nos rodeaban se volvieron insoportables. Levanté la mano y acaricié con suavidad las protuberancias óseas entre sus omóplatos.

Liam se irguió poco a poco y me miró.

—¿Crees que estará bien? —musitó.

—Creo que deberíamos ir a comprobarlo —dije.

No recuerdo ni cómo regresamos a la cabaña, lo único que sé es que cuando llegamos encontramos a Chubs sentado en el porche. Lágrimas silenciosas le rodaban por las mejillas. La disculpa, en forma de profundo sentimiento de culpa, estaba escrita en su rostro, y me sorprendí a mí misma al descubrir que mi corazón era todavía capaz de romperse un poco más.

—Se acabó —dijo cuando Liam y yo nos sentamos junto a él, uno a cada lado—. Todo se ha acabado.

Y no nos movimos de allí en muchísimo rato.

CAPÍTULO VEINTICINCO

No debería haberme cogido por sorpresa que Liam se volcara a partir de entonces en su trabajo como vigilante, y sus compañeros tuvieron que esforzarse para convencerlo de que volviese a concentrarse plenamente en el tema de los campamentos. Me senté a su lado en más de una ocasión durante las reuniones con Olivia para discutir distintas maneras de superar las defensas de los campamentos, y les ofrecí mis sugerencias sobre cómo presentar sus ideas a Clancy.

Lo bueno del entusiasmo —sobre todo el de Liam— es que es contagioso. A veces me pasaba noches simplemente sentada, mirándolo, viendo cómo se iba animando y cómo gesticulaba, como si intentase dibujar en el aire sus ideas para que todos le comprendiéramos mejor. Revestía sus palabras de un optimismo tan inquebrantable que conseguía incluso contagiar visiblemente a todo el mundo. A finales de la primera semana, el interés por el proyecto había alcanzado niveles tan altos, que nos vimos obligados a trasladar el lugar de las reuniones de nuestra cabaña al círculo de la hoguera. Y siempre se podía encontrar a Liam rodeado por un grupo de chicos leales que no lo abandonaban ni a sol ni a sombra.

Chubs y yo habíamos vuelto a coger el ritmo con menos entusiasmo. Chubs me había perdonado, tal vez porque las personas desdichadas son incapaces de soportar solas su desdicha durante mucho tiempo. Nunca volvió a trabajar en el huerto y aquella chica, la mandona, tampoco lo delató en ningún sentido.

Yo retomé mis lecciones con Clancy. O lo intenté.

—¿Qué tienes hoy en la cabeza?

No invadir la de él, eso seguro. Ni siquiera intentarlo.

—*Muéstrame* lo que estás pensando —me dijo cuando abrí la boca para responderle—. No quiero oírlo. Quiero *verlo*.

Levanté la vista de la piscina de luz que el sol que se filtraba por la ventana había proyectado en el suelo. Clancy me miró con una expresión de contrariedad que solo le había visto en una ocasión, el día en que uno de los Amarillos que quedaban en el campamento no pudo devolver a la vida una de las pocas lavadoras de las que disponía el campamento.

Pero jamás dirigida a mí.

Cerré los ojos y le cogí la mano. Rememoré la imagen de la mochila de Zu desapareciendo en la espesura del bosque. A lo largo de las últimas semanas, apenas utilizábamos palabras en nuestras conversaciones. Cuando queríamos comunicar algo, compartíamos las cosas a nuestra manera, nos comunicábamos en nuestro propio idioma.

Pero hoy no. Era como si su cerebro estuviese encajonado en un cubo de

hormigón y como si el mío fuese de gelatina.

—Lo siento —musité.

No tenía ni fuerzas para sentirme defraudada. Estaba inmersa en un estado de acobardamiento extraño, en el que el más mínimo ruido o visión que se produjera al otro lado de la ventana bastaba para distraerme. Me sentía cansada. Confusa.

—Tengo cosas qué hacer —dijo Clancy, y percibí que detrás de aquellas palabras se estaba gestando algo—. Tengo que hacer mis rondas por el campamento, hablar con gente, pero intento también ayudarte. Estoy aquí contigo.

Y al oír eso, el estómago me dio un extraño vuelco. Me erguí para apoyar la espalda en el cabezal de la cama, dispuesta a disculparme, cuando vi que Clancy abandonaba la cama y se dirigía a la parte de la habitación que era su oficina.

—Clancy, de verdad que lo siento.

Pero cuando me planté delante de su mesa, él estaba ya tecleando en el portátil. Me tuvo allí, en silencio, consumida por la preocupación, durante lo que a mí me pareció una hora, hasta que por fin se tomó la molestia de levantar la vista de lo que estaba haciendo. Vi que también él se había cansado de fingir. El fastidio se había transformado en un enfado con todas las de la ley.

—Mira, la verdad es que creía que si le daba permiso a tu Amarilla para que se fuera te concentrarías mejor, pero supongo que me equivoqué. —Clancy movió la cabeza en sentido negativo—. Por lo visto, me he equivocado en muchas cosas.

Me mosqueé, aunque no sé si fue por su forma de decir «Amarilla» o porque me había dado a entender que yo era incapaz de dominar todo lo que él intentaba enseñarme.

Tenía que marcharme de allí. Si me quedaba un segundo más acabaría diciendo algo que destrozaría nuestra amistad para siempre. Podía decirle que Zu tenía un nombre, que me preocupaba que se hubiese marchado y que yo no estuviese a su lado para protegerla. Clancy tendría que haberse dado cuenta de que yo podría haber pasado todas aquellas semanas con ella, pero que en cambio había accedido a trabajar con él. A pasar tiempo con él. A consolarle a él y a darle mi apoyo.

Por muchas cosas que hubiera aprendido, por mucho mejor que dominara ahora mis facultades, me descubrí allí mirándolo, apretando los puños y temblando, y me resultaba imposible justificarlo. ¿Qué sentido tenía estar todo el día encerrada con alguien que no creía en mí cuando fuera había otras personas que sí creían en mi persona?

Di media vuelta y me encaminé hacia la puerta. Y cuando iba a abrirla, me dijo Clancy:

—De acuerdo, Ruby, huye de nuevo. ¡Ya veremos hasta dónde consigues llegar esta vez!

Ni miré atrás ni me detuve, aunque en parte reconocía que tenía razón, que estaba

alejándome de mi única oportunidad de aprender a dominar por completo mis facultades. Pero en los últimos diez minutos, mi cerebro se había desconectado del terco músculo que me latía en el interior del pecho y, sinceramente, no estaba completamente segura de cuál de los dos era el que estaba empujándome a alejarme de Clancy. Pero lo que sí sabía, con absoluta certeza, era que no quería que viese cómo se me desmoronaba el rostro, que atisbara siquiera los susurros de culpabilidad y tristeza que me daban vueltas en la cabeza.

A Clancy no podía esconderle nada, pero era la primera vez que deseaba hacerlo.

Tardé unos días en comprender que la marcha de Zu no era el único suceso que había alterado la rotación de la Tierra. En cuanto Chubs me hizo comprender las similitudes entre East River y la vida en nuestros anteriores campamentos, no hubo marcha atrás. Donde antes veía chicos y chicas con vaqueros y camisetas negras, ahora veía uniformes. Donde antes veía chicos y chicas esperando en fila a que les sirvieran la comida, ahora veía la Cantina. Cuando a las nueve en punto apagaban las luces de las cabañas y los miembros del equipo de seguridad miraban por las ventanas para ver si todo estaba en orden, volvía a sentirme en la Cabaña 27, contemplando las tripas del colchón de Sam.

Empecé a preguntarme si las supuestamente estropeadas cámaras de seguridad que había visto en la oficina y en otras instalaciones no estarían en realidad operativas.

Intenté varias veces reunirme con Clancy para pedirle disculpas, pero siempre me despachaba con un severo «Hoy no tengo tiempo para ti». Tenía la sensación de que estaba castigándome, aunque no sabía muy bien qué había dicho o hecho para ser merecedora de aquel castigo. En cualquier caso, empecé a tener claro que yo le necesitaba más a él que él a mí. Y eso, combinado con mi orgullo herido, me hacía sentirme cada vez peor.

Era miércoles y faltaba solo una hora para que Liam y los demás empezaran la reunión para discutir una nueva estrategia de liberación de campamentos, cuando Clancy decidió por fin hablar conmigo.

—Vuelvo enseguida —le dije a Liam durante el desayuno, apretándole la mano—. Solo llegaré con unos minutos de retraso.

Pero cuando entré en la oficina de Clancy y vi el estado en que se encontraba todo, me pregunté si habría hecho bien acompañándolo.

—Bueno, pasa... pero vigila dónde pisas. Sí, siento todo este follón.

¿Follón? ¿*Follón*? Parecía como si en la oficina hubiese estallado una bomba y luego una manada de lobos hubiese revuelto los restos recuperables. Había montañas de papeles por todas partes, documentos impresos, mapas rotos, cajas... Y luego estaba Clancy: el cabello le caía sobre la cara e iba vestido con la misma camisa

blanca, ahora arrugada, que llevaba el día anterior.

En todas las semanas que habían transcurrido desde que conocía a Clancy, nunca lo había visto con un aspecto que no fuese impecable. La verdad es que iba siempre tan puesto que incluso daba cierto miedo. Imaginaba que en parte tenía que ver con la educación que había recibido. Que aun en el caso de que su padre no le hubiera enseñado personalmente a acicalarse de aquella manera, debía de haber tenido una niñera cascarrabias dedicada a exaltar las bondades de meterse la camisa por dentro del pantalón, sacar lustre a los zapatos y peinarse correctamente. Pero ahora Clancy se desmoronaba por todos lados.

—¿Estás bien? —le pregunté después de cerrar la puerta—. ¿Qué sucede?

—Estamos intentando coordinar un golpe para conseguir productos médicos y farmacéuticos. —Clancy se instaló en su silla, pero enseguida volvió a levantarse, cuando empezó a sonar una alarma en el ordenador—. Espera un momento.

Con el pie levanté uno de los papeles que había en el suelo para intentar ver qué ponía.

—Son informes de la actividad nocturna habitual en un aparcamiento de camiones de las cercanías —dijo Clancy, como si me hubiese leído el pensamiento. Sus dedos volaban sobre el teclado—. E información confidencial de la Liga sobre las FEP en la zona. Por lo que se ve, Leda Corporation ha solicitado ayuda al gobierno para escoltar sus transportes.

—¿Y por qué los de las FEP?

Clancy se encogió de hombros.

—En estos momentos, son la fuerza militar más numerosa del gobierno y, gracias a mi querido padre, la más organizada.

—Supongo que tiene sentido. —Me recosté en mi silla, pero cuando fijé la vista en el reluciente símbolo de la pantalla del portátil, me acordé de Chubs—. ¿Puedo pedirte un favor?

—Solo si antes me permites disculparme.

Me enderecé en el asiento y bajé la vista.

—¿Podemos olvidar lo sucedido?

—No, esta vez no —dijo él—. Oye, ¿quieres mirarme?

Con solo ver la expresión de su rostro, el corazón se me agrandó hasta alcanzar el doble de su tamaño. Era tan guapo que resultaba peligroso incluso, pero la cara de pena de hoy resultaba absolutamente letal.

«Le importas», susurró una vocecita en mi cabeza. «Le importas».

—Siento haber perdido los nervios —dijo—. No era mi intención decir las cosas que dije sobre tu amiga Suzume y, por supuesto, en ningún momento quise dar a entender que no hubieras estado esforzándote por aprender.

—¿Entonces por qué lo dijiste?

Clancy se pasó la mano por la cara.

—Porque soy un imbécil.

—Eso no es una respuesta —dije, negando con la cabeza.

«Me hiciste daño de verdad».

—¿No es evidente, Ruby? —dijo—. Me gustas. ¿Y cuánto hace que te conozco? ¿Un mes? Supongo que eres la única amiga de verdad que tengo desde que cumplí diez años y descubrí lo que era. Soy un imbécil por enfadarme porque concentras tu atención en otro cuando lo que desearía es que la concentrases en mí.

Me quedé tan pasmada que no podía ni moverme.

—No dejé marchar a Suzume y los demás porque creyera que eso te ayudaría a concentrarte. La dejé marchar porque creía que eso te haría feliz. Ni siquiera me detuve a pensar que sí, claro, que te preocuparías por lo que pudiera pasarle, sobre todo después de lo mucho que te habías esforzado protegiéndola.

«Le importas y mucho más».

Tuve que apartar la vista. Intentar disimular. Mi cerebro era pura papilla y mi corazón no estaba precisamente en mucho mejor estado.

—Supongo que podría perdonarte...

—¿Pero solo si te hago ese favor? —Detecté la sonrisa en su voz—. Por supuesto. ¿De qué se trata?

—Bien... sé que no sueles permitirlo, pero confiaba en que en este caso pudieras hacer una excepción —dije, armándome por fin de valor para mirarlo—. Mi amigo... necesitaría utilizar tu ordenador para intentar ponerse en contacto con sus padres.

Clancy dejó de sonreír.

—¿Tu amigo Liam?

—No, Chu... Charles Meriwether.

—¿El que se ha saltado a la torera sus obligaciones en el huerto?

Entendido, por lo visto la chica sí se había chivado.

Clancy se quedó en silencio, cerró la tapa del ordenador y se levantó.

—Lo siento mucho, Ruby, pero creo que dejé bien claro que no podía marcharse nadie más.

—¡Oh, no! —exclamé, forzando una carcajada—. Lo único que pretende es comprobar que sus padres siguen bien.

—No —dijo Clancy, dando la vuelta a la mesa para sentarse sobre ella, delante de mí—. Su intención es prepararlo todo para marcharse y llevarte con él. No intentes protegerle, Ruby. Siempre es igual. No dudo ni por un instante que esté tan desesperado como para acabar revelando a sus padres el enclave de nuestro campamento.

—Nunca lo haría —dije, exasperada en nombre de Chubs—. De verdad.

—Tú estabas aquí cuando hace unas semanas detectamos la presencia de aquellos

intrusos. Viste lo fácil que puede ser superar nuestras defensas. ¿Y si no hubiese saltado la alarma? Hubiéramos tenido graves problemas. —El rostro de Clancy se oscureció de preocupación—. Si Charles desea ponerse en contacto con sus padres, dile que tendrá que rellenar un formulario con instrucciones sobre cómo hacerlo, como todo el mundo. Tengo que basar mis decisiones en lo que podría suponer una amenaza para la seguridad del campamento... por mucho que me gustaría poder ayudar a tu amigo.

Mal asunto. Chubs preferiría no ponerse en contacto con sus padres antes que dar acceso a un desconocido al único medio del que disponía para comunicarse con ellos de forma segura.

—Aunque —dijo Clancy al cabo de un rato, sentándose en la otra silla y poniendo los pies sobre la mesa—. Hay algo que quizá podría convencerme.

Era incapaz de mirarlo.

—Quince minutos, Ruby. De que tú me enseñes a mí.

¿Y qué podía saber yo que él no supiera?

—¿Crees que podrías enseñarme a borrar la memoria de una persona? Sé que no es algo de lo que te sientas precisamente orgullosa, y sé que en el pasado te ha causado mucho dolor, pero me parece un truco útil y me interesaría aprenderlo.

—Bueno... supongo —dije.

Como si pudiera negárselo después de todo lo que había hecho por mí. Aunque no sabía cómo enseñárselo. De hecho, ni siquiera sabía cómo lo había conseguido yo.

—Creo que comprender cómo lo haces me ayudará también a averiguar cómo impedir que vuelvas a hacerlo sin querer. ¿Te parece bien?

Me parecía estupendo, de hecho.

—Si me lo permites —continuó—, me gustaría recorrer tus recuerdos para ver si encuentro alguna pista. Solo deseo confirmar una sospecha que tengo.

Imagino que no se esperaba que tuviera que reflexionar sobre aquella petición, pero lo necesitaba. Clancy se había introducido en mi cerebro varias veces, había visto cosas que yo jamás había comentado con nadie. Pero hasta el momento había conseguido mantenerlo alejado de las cosas más importantes, de los sueños que deseaba proteger.

No podía dejar de pensar en lo que Liam me había dicho un día, cuando me había contado la historia de su hermana: «Esos recuerdos son solo míos».

Pero si aspiraba a tener un futuro con mi familia —con Liam—, tenía que renunciar a mi control sobre aquellas cosas. Tenía que permitir que Clancy se adentrara en mi cerebro si aquello significaba evitar que en el futuro volviera a repetirse aquello.

«Puedes confiar en él», dijo la vocecita de siempre en el interior de mi cabeza. «Es tu amigo. Nunca se excedería».

—De acuerdo —dije—. Pero solo quince minutos y, después Charles podrá utilizar tu ordenador.

—Hecho.

Clancy se arrodilló delante de mí: me sujetó la mandíbula con ambas manos y me hundió los dedos entre el cabello. Intenté no encogerme de miedo ante aquella proximidad y pensé que él había dicho que todo iría bien. Habíamos estado muy cerca el uno del otro un montón de veces, pero aquella ocasión parecía distinta.

—Espera un momento —dije, echándome hacia atrás en la silla—. Les he dicho a Liam y a los demás que iría a reunirme con ellos. ¿Y si lo dejamos para más tarde? ¿O incluso para mañana?

—Será un segundo —me prometió Clancy con una voz grave y tranquilizadora—. Tú cierra los ojos y piensa en la mañana del día de tu décimo cumpleaños, cuando te despertaste.

«Vamos», dijo la misma vocecita, «vamos, Ruby...».

Tragué saliva e hice lo que me pedía, imaginándome de nuevo en el dormitorio de mi casa, con sus paredes azules y su ventanal. Poco a poco, la habitación fue cogiendo forma. Luego, las paredes vacías fueron llenándose con cuadros de punto de cruz bordados por mi abuela, fotografías de mis padres y un mapa del metro de Washington, D. C. Vi los seis peluches con los que dormía; estaban en el suelo, junto al edredón de color azul. Vi incluso cosas que había olvidado por completo —la lamparita de mi escritorio; el estante central de mi librería, combado—, todo con clara nitidez.

—Bien. —La voz de Clancy parecía muy lejana, pero lo sentía cerca, más cerca, más cerca. Noté su aliento cálido en la mejilla, como una caricia inesperada—. Sigue... —Jadeaba casi—. Sigue pensando...

Vi su cara a través de una neblina brillante, sus ojos oscuros que abrasaban una atmósfera reluciente. Durante unos instantes fugaces solo lo vi a él, era lo único que existía en el mundo. Mi cuerpo se volvió lento, caliente, como la miel. Clancy pestañeó una vez, luego otra, como si pretendiera despejar su mirada nebulosa, recordar lo que supuestamente tenía que estar haciendo.

—Sigue...

Y entonces sus labios... sus labios estaban muy cerca, sonriendo junto a los míos. Sus dedos jugaban con mi cabello, los pulgares se deslizaban por mis mejillas.

—Tú... —empezó a decir con voz ronca—. Eres...

Hubo una presión mínima y una chispa caliente y oscura encendió una oleada de deseo en lo más profundo de mis entrañas. Clancy deslizó las manos por mi cuello, por los hombros, por los brazos, hacia abajo...

Y luego la delicadeza se esfumó.

Unió sus labios a los míos con brusquedad, con fuerza suficiente como para

separármelos, para robarme el aliento y el sentido, y la sensación de una cama debajo del cuerpo. Notaba su piel suave y fría pegada a la mía, pero yo sentía calor... demasiado calor. La fiebre se había apoderado de mí y me había dejado el cuerpo entumecido. Me sentí aplastada contra la cama, me sumergí en los cojines como si estuviera cayendo entre nubes de algodón. La sangre dejó de irrigarme el cerebro y se me debilitó el pulso. Levanté las manos para agarrarme a su camisa... necesitaba aferrarme a alguna parte, sujetarme a algo para no caer.

—Sí —le oí jadear, y luego volví a notar su boca pegada a la mía, sus manos luchando para levantarme la camiseta, dejándome el vientre al descubierto.

«Deseas esto», susurró una voz, «lo deseas».

Pero no era mi voz. No era yo la que lo decía... ¿verdad? En aquel instante, un destello de sus ojos negros cedió paso a un color azul celeste. Aquello era lo que deseaba, lo que de verdad deseaba. Mi cerebro funcionaba muy despacio, como si los pensamientos lo hubieran drogado. *Liam*. Pero aquel era Clancy. Clancy, que me había ayudado, que era amigo, que era hermoso hasta eclipsar mis pensamientos, Clancy, que velaba por mí y mucho más...

Que también era un Naranja.

Abrí de repente los ojos en el momento en que sus manos ascendían hacia mi cuello, en que sus dedos me oprimían ligeramente la piel. Intenté apartarme, pero era como si me hubiera llenado las venas de hormigón. No podía moverme, no podía ni siquiera cerrar los ojos.

«Para», intenté decir, pero cuando su frente se unió a la mía, el dolor que sentí justo detrás de los ojos fue suficiente como para hacérmelo olvidar todo.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

El pitido frenético del ordenador me despertó de un sueño inquieto y fue como si tirara de mí hasta conseguir que abriera los ojos. Estaba a oscuras.

Notaba el cuerpo pesado, y aunque alguien me había quitado el jersey, una fina capa de sudor me adhería la camiseta a la piel. De haber estado sola, me la habría quitado, o como mínimo me habría quitado los vaqueros para dejar que la piel respirase, pero me lo pensé mejor. Seguía estando en su habitación, y si yo estaba ahí, también estaba él.

La lámpara que descansaba sobre la cómoda de madera oscura estaba encendida y abajo, en el círculo de la hoguera, se oían voces de niños. ¿Sería ya de noche? Era una locura que la sangre me corriese por las venas con la frialdad del invierno mientras el corazón me latía a toda velocidad, presa del pánico.

El crujido del viejo colchón quedó amortiguado por el del televisor. Por un instante, me limité a escuchar la voz de barítono del presidente Gray dando su discurso de cada noche. Las piernas parecían ser la última parte de mi cuerpo dispuesta a despertarse.

«... les garantizo que la tasa de paro ha descendido del treinta al veinte por ciento en el pasado año. Doy mi palabra a los ciudadanos de que es un éxito de mi gobierno que el falso gobierno nunca podría conseguir. Por mucho que pretendan hacerles creer que tienen algún tipo de influencia en la escena mundial, la verdad es que apenas si pueden controlar su grupo terrorista, la llamada Liga de los Niños...».

El sonido se apagó y fue sustituido por el silbido de los parásitos. Pasos.

—¿Estás despierta?

—Sí —susurré.

Tenía la garganta irritada y notaba la lengua inflamada.

El colchón se hundió cuando Clancy se sentó a mi lado. Intenté no poner mala cara.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté. El sonido de las voces de abajo aumentó y quedó atrapado entre mis oídos.

—Te has desmayado —dijo—. No me di cuenta... No debería haber forzado tanto.

Me incorporé un poco hasta apoyarme en los codos en un vano intento de alejarme de su lado. Clavé la mirada en sus labios, en la espléndida dentadura blanca que asomaba entre ellos. ¿Me lo habría imaginado, o me había...?

Se me encogió el estómago.

—¿Has averiguado algo? ¿Ha demostrado tu teoría?

Clancy se echó hacia atrás, con una expresión ilegible.

—No.

Se levantó y empezó a deambular entre la ventana y la cortina blanca, arriba y abajo, una y otra vez. Eché un vistazo a la otra parte de la habitación y no me sorprendió verla iluminada por la luz azulada de la pantalla del ordenador.

—No, mira, lo he repasado mentalmente una y otra vez —dijo Clancy—. Pensé que tal vez les hubieras borrado la memoria intencionadamente porque estabas enfadada o molesta con ellos, pero el caso es que no les borraste toda la memoria, solo lo que tenía que ver... *contigo*. Y luego con esa chica, Samantha. Samantha Dahl, diecisiete años, de Bethesda, Maryland. Nombre de los padres: Ashley y Todd. Verde, memoria fotográfica... —Se interrumpió—. He estado pensando, dándole vueltas y más vueltas, intentando comprender cómo lo haces, pero recorrer tus recuerdos no me aclara lo que sucede dentro de tu cabeza. No hay causa, solo efecto.

Me pregunté si era consciente de que estaba divagando, o de que yo había conseguido levantarme de la cama, que mi única idea era huir corriendo de aquella habitación y alejarme de él. El dolor volvía a asolarme en piezas inconexas.

«¿Qué me ha hecho?». Me llevé la mano a la frente. Me dolía la cabeza como en las otras ocasiones que Clancy se había adentrado en mi cerebro, pero era un dolor más agudo. Ni siquiera había mirado en mi interior, sino que había hecho que lo deseara... había hecho que lo besara.

¿Lo había hecho?

—Es tarde —dije, interrumpiéndolo—. Tengo... tengo que ir a buscar a los demás...

Clancy me dio la espalda.

—A buscar a *Liam Stewart*, te refieres.

—Sí, a Lee —dije, dando lentamente unos pasos hacia la puerta—. Tenía que reunirme con él. Estará preocupado. —Me enganché el pelo en la cortina blanca al pasar por su lado.

Clancy movió la cabeza.

—¿Qué sabes tú sobre él, Ruby? Lo conoces desde cuándo, ¿qué? ¿Un mes? ¿Un mes y medio? ¿Por qué pierdes el tiempo con él? Es un *Azul*, y no solo eso, sino que tiene... tiene un historial, incluso antes del campamento. Incluso antes de que matara a todos esos niños. Ciento cuarenta y ocho. ¡Prácticamente la mitad de su campamento! Así que mejor que te olvides de toda esa gilipollez de que es un héroe, porque no se lo merece. Eres demasiado valiosa para andar pegándote el lote con él.

Se giró en redondo justo en el momento en que yo estaba a punto de alcanzar la puerta y la cerró de golpe.

—¿Qué te pasa? —le grité—. ¿Y qué si es Azul? ¿No eres tú el que anda diciendo que todos somos Negros y que deberíamos respetarnos los unos a los otros?

La sonrisa que esbozaban sus labios era tan arrogante como atractiva.

—Tienes que aceptar el hecho de que eres Naranja y siempre estarás sola debido a ello. —La voz de Clancy había recuperado bastante la calma, pero volvió a agitar las aletas de la nariz cuando vio que yo pretendía alcanzar de nuevo el pomo de la puerta. Lo agarró con ambas manos para impedirme ir a ninguna parte y se acercó más a mí.

—He visto lo que quieres —dijo Clancy—. Y no es estar con tus padres. Ni siquiera es estar con tus amigos. Lo que deseas es estar con él, igual que estuvisteis ayer en la cabaña, o en ese coche en medio del bosque. «No quiero perderte», le dijiste. ¿Tan importante es para ti?

La rabia me hervía en el estómago y me abrasó la garganta.

—¿Cómo te atreves? Dijiste que no harías... dijiste...

Soltó una carcajada.

—Dios, qué ingenua eres. Supongo que eso explica por qué la mujer de la Liga consiguió engatusarte y hacerte pensar que no eras ni mucho menos un monstruo.

—Dijiste que me ayudarías —susurré.

Hizo un gesto de impaciencia.

—Muy bien. ¿Estás preparada para recibir la lección? Ruby Elizabeth Daly, estás sola y siempre lo estarás. Si no fueras tan estúpida, lo habrías averiguado ya a estas alturas, pero como veo que no lo captas, te lo expondré muy claramente: *jamás serás capaz de controlar tus facultades*. Jamás serás capaz de evitar sentirte atraída hacia el cerebro de los demás, porque hay una parte de ti que no quiere saber cómo controlar esas facultades. No quieres porque eso significaría tener que aceptarlo. Eres demasiado inmadura y demasiado débil y cobarde para utilizar tus facultades tal y como están concebidas para ser utilizadas. Tienes miedo de aquello en lo que podrías llegar a convertirte.

Aparté la vista.

—¿No lo captas, Ruby? Odias lo que eres, pero si se te han otorgado esas facultades ha sido por alguna razón. Estamos los dos aquí. Tenemos derecho a utilizarlas... tenemos que utilizarlas para mantenernos al frente, para mantener a los demás en el lugar que les corresponde.

Acercó un dedo al cuello desbocado de mi camiseta y le dio un tirón.

—Para.

Me sentí orgullosa de lo firme que sonó mi voz.

Cuando Clancy se inclinó sobre mí, vi una imagen borrosa detrás de mis ojos cerrados: él y yo, antes de que empezara a recorrer mis recuerdos. Se me hizo un nudo en el estómago cuando vi mis ojos abiertos de par en par, aterrorizados, su boca pegada a la mía.

—Me alegro tanto de que nos hayamos encontrado —dijo, con una voz extrañamente tranquila—. Tú puedes ayudarme. Creía saberlo todo, pero tú...

Levanté el codo y se lo clavé en la barbilla. Clancy se tambaleó hacia atrás con un

alarido de dolor y se llevó ambas manos a la cara. Disponía de medio segundo para salir corriendo y lo aproveché, tirando con tanta fuerza del pomo de la puerta que saltó incluso la cerradura.

—¡Ruby! ¡Espera, no pretendía...!

Vi aparecer una cara abajo en la escalera. Lizzie. Abrió la boca sorprendida y sus numerosos pendientes emitieron un discordante tintineo cuando pasé corriendo por su lado.

—Una simple discusión —oí que decía Clancy, débilmente—. No pasa nada, déjala.

Salí de estampía, sin aliento. Los pies me guiaban hacia el círculo de la hoguera, pero me obligué a parar y reflexionar. Había aún mucha gente alrededor de las mesas del reparto de comida. Quería encontrar a Liam y contarle por qué no había podido acudir a la reunión, pero sabía que estaba hecha unos zorros. Necesitaba tranquilizarme y allí no podía hacerlo. Mi presencia en aquel estado provocaría un montón de preguntas. Necesitaba estar sola.

Y entonces, cuando empezaba a retroceder, tropecé con Mike.

—¡Uy, hola! —Llevaba el pelo recogido en una cola de caballo y un pañuelo negro atado alrededor de la cabeza. Olía a gasolina, y también a algo metálico—. ¿Ruby? ¿Estás bien?

Salí huyendo, pasé por delante de la Oficina y bajé corriendo el camino que conducía hacia las cabañas. Al final encontré el sendero por el que habíamos acompañado a Zu para despedirla, pero resultó que no era más que un antiguo camino secundario, lleno de vegetación e implacable con la piel de mi cuerpo que quedaba al descubierto. De acuerdo. Ya me iba bien. No había nadie. Y ese era mi único criterio.

Anduve hasta que desapareció el resplandor de la hoguera, tirando de la camiseta con ambas manos como si pudiera arrancarla del contacto con la piel. Olía a su habitación. Olía a árboles de hoja perenne, a especias, a cosas en estado de putrefacción. Acabé quitándomela y la arrojé lo más lejos que pude, pero aún así —aún así— seguía sin poder quitarme de encima aquel olor. Estaba por todas partes: en las manos, los vaqueros, el sujetador. Debería haber echado a correr hacia el lago, o incluso hacia las duchas. Debería haber intentado quitarme de encima su veneno.

«¡Cálmate!», pensé. «¡Cálmate!». Pero no lograba identificar qué era lo que palpitaba en mi interior. Rabia, seguramente, porque me había mentido, porque había caído en su trampa. Asco, por cómo me había tocado e invadido todos los poros de mi piel. Pero también algo más. Sentía un dolor interior que se me expandía por las entrañas y las recorría en su totalidad, que me transformaba en una piedra.

Liam apareció de repente delante de mí y, sin embargo, jamás me había sentido tan sola.

—¿Ruby?

Su pelo, rizado y enmarañado como era habitual, parecía de plata bajo aquella luz. Era imposible esconderme. Nunca había sido capaz de hacerlo.

—Mike ha venido a buscarme —dijo, dando un cauteloso paso hacia mí. Tenía las manos extendidas delante del cuerpo, como si intentara convencer a un animal salvaje de que le dejara acercarse—. ¿Qué haces aquí? ¿Qué sucede?

—Vete, por favor —le supliqué—. Necesito estar sola.

Siguió acercándose.

—¡Por favor! —grité—. ¡Vete!

—¡No pienso ir a ningún lado hasta que me expliques qué sucede! —replicó Liam. A la distancia que estaba de mí, pudo verme mejor y tragó saliva, mientras su nuez de Adán se movía de arriba abajo—. ¿Dónde has estado esta mañana? ¿Ha pasado algo? Chubs me ha dicho que no se te ha visto en todo el día, y ahora te encuentro aquí... así... ¿te ha hecho algo?

Aparté la vista.

—Nada que yo no le pidiese.

La única respuesta de Liam fue retroceder unos pasos. Darme espacio para respirar.

—No te creo en absoluto —dijo, manteniendo la calma—. Para nada. Si quieres librarte de mí, tendrás que esforzarte un poco más.

—No te quiero aquí.

Liam negó con la cabeza.

—Por mucho que digas no pienso dejarte aquí sola. Tómame todo el tiempo que quieras, todo el que necesites, pero tú y yo. Vamos a solucionar este asunto esta misma noche. Ahora mismo. —Liam se pasó el jersey negro por la cabeza y me lo lanzó—. Póntelo o pillarás un resfriado.

Lo cogí con una mano y lo apreté contra mi pecho. Estaba aún caliente.

Liam se puso a deambular de un lado a otro.

—¿Es por mí? ¿Es por eso por lo que no puedes hablarme sobre ello? ¿Quieres que vaya a buscar a Chubs?

No tenía valor para responderle.

—Ruby, me estás asustando.

—Bien. —Hice una pelota con el jersey y lo lance hacia la oscuridad con todas mis fuerzas.

Liam exhaló un tembloroso suspiro y apoyó la mano en un árbol.

—¿*Bien*? ¿Qué hay de «bien» en todo esto?

No había comprendido del todo lo que Clancy había intentado decirme aquella noche, no lo había entendido hasta aquel momento, cuando Liam levantó la vista y nuestras miradas se encontraron. El goteo de sangre que percibía en mis oídos se transformó en un rugido. Cerré los ojos con fuerza y me apreté las palmas de las

manos contra la frente.

—¡No puedo volver a hacer esto! —grité—. ¿Por qué no me dejas tranquila?

—Porque nunca me lo permitirías.

Aplastó la maleza con los pies cuando dio unos pasos para acercarse hacia mí. La atmósfera a mi alrededor ardía, armándose con una carga que enseguida reconocí. Apreté los dientes, furiosa con él por estar aproximándose de aquel modo cuando sabía perfectamente que yo no podía evitarlo. Cuando sabía perfectamente que podía hacerle daño.

Intuí que quería apartarme las manos de la cara, pero no estaba dispuesta a que se mostrara amable conmigo. Lo empujé, abalanzándome sobre él con todo el peso de mi cuerpo. Liam se tambaleó.

—Ruby...

Volví a empujarlo, y luego otra vez, con más ímpetu, porque era la única manera de comunicarle lo que con tanta desesperación deseaba decirle. Empecé a vislumbrar ráfagas de brillantes recuerdos. Vi sus luminosos sueños. Cuando lo empujé contra un árbol, me di cuenta de que las lágrimas me rodaban por las mejillas. Me fijé entonces en que Liam tenía un corte reciente justo debajo del ojo izquierdo y que se le empezaba a formar un moratón.

Dejé en nada la escasa distancia que aún se abría entre nosotros, le acaricié con una mano el suave cabello y cerré la otra en un puño para apresar la tela de su camiseta. Cuando por fin uní mis labios a los suyos, noté una extraña sensación que me enroscaba en las entrañas. No había en el mundo nada que no fuera él, ni siquiera el canto de las cigarras, ni siquiera las formas grisáceas de los árboles. El corazón me retumbaba en el pecho. Más, más, más... un latido regular. El cuerpo de Liam se relajó bajo mis manos, se estremeció con mis caricias. Respirarlo no me bastaba, necesitaba inhalarlo. Oler su aroma a cuero, a humo, su dulzura. Noté sus dedos, que me iban contando una a una las costillas desnudas. Liam me enlazó con las piernas para atraerme aún más hacia él.

Estaba de puntillas, pero perdí el equilibrio. El mundo se balanceó peligrosamente bajo mis pies cuando me recorrió con los labios la mejilla, la mandíbula, el punto del cuello donde me latía el pulso. Se mostraba seguro de sí mismo, como si hubiera trazado de antemano ese recorrido.

Ni siquiera me di cuenta de que me adentraba en su cerebro. Y aún en el caso de que lo hubiera notado, no me imaginaba poder apartarme de él y separarme de la calidez de su piel en aquel momento. Sus manos eran suaves como una pluma, sus caricias reverenciaban mi piel, pero en el instante en que unió de nuevo su boca a la mía, un único pensamiento bastó para arrastrarme lejos de aquella neblina dulce como la miel.

En mi mente apareció de pronto el recuerdo de la cara de Clancy al inclinarse

sobre mí para hacer exactamente lo mismo que Liam estaba haciendo en aquel momento. Serpenteó en mi cerebro hasta que se me hizo imposible ignorarlo. Hasta que lo vi representándose, luminoso y abrasador, como si fuese el recuerdo de otra persona, no el mío.

Y entonces caí en la cuenta: no solo era yo quien lo veía, Liam también estaba viéndolo.

¿*Cómo, cómo, cómo?* Era imposible, ¿no? Los recuerdos fluían *hacia* mí, no *desde* mí.

Noté que se quedaba quieto, que se apartaba a continuación de mí. Y lo supe, supe por la expresión de su cara, que lo había visto.

El aire me entró de nuevo en los pulmones.

—Dios mío, lo siento, yo no quería... él...

Liam me cogió por la muñeca y me atrajo de nuevo hacia él, abarcó luego mis mejillas con sus manos. Me apartó el pelo que me caía sobre la cara y pregunté quién de los dos estaría respirando con mayor dificultad. Intenté escabullirme, avergonzada por lo que Liam había visto, temerosa de lo que pudiera pensar de mí.

Pero cuando Liam habló, lo hizo con voz calculada, deseosa de mantener la calma.

—¿Qué te ha hecho?

—Nada...

—No mientas —me suplicó—, no me mientas, por favor. Lo he notado... mi cuerpo entero, Dios mío, ha sido como si se transformase en piedra. Tú estabas asustada... lo he *notado*, ¡tú estabas asustada!

Me hundió los dedos en el pelo y acercó de nuevo mi cara a la suya.

—Él... —balbuceé—, me ha preguntado si podía ver un recuerdo mío, y le he dejado, pero cuando he intentado apartarme... no podía, no podía moverme, y luego he perdido el conocimiento. No sé qué me ha hecho, pero duele... duele mucho.

Liam se retiró para estamparme un besito en la frente. Los músculos de sus brazos estaban tensos, temblaban.

—Vete a la cabaña. —No me dejó ni protestar—. Empieza a recogerlo todo.

—Lee...

—Voy a buscar a Chubs —dijo—. Y nos largaremos los tres de aquí. Esta misma noche.

—No podemos —dije—. Sabes que no podemos. —Pero Liam había echado ya a correr por el oscuro sendero—. ¡Lee!

Fui a buscar el jersey allí donde lo había tirado y me lo puse, pero ni siquiera abrigada logré ahuyentar la gélida sensación que me acompañaba cuando empecé también a correr, de regreso hacia la cabaña y la hoguera encendida.

Chubs estaba en la cabaña cuando llegué, acostado en la cama leyendo. Solo echarme un vistazo, cerró el libro de golpe.

—¿Qué demonios ha pasado?

—Nos vamos —le dije—. Recoge tus cosas... ¿pero qué miras? ¡Muévete!

Saltó de la cama.

—¿Te encuentras bien? —preguntó—. ¿Qué pasa?

Justo acababa de explicarle lo que me había sucedido con Clancy cuando Liam entró de estampía por la puerta. Nos miró y exhaló un tembloroso suspiro.

—No te encontraba y me he empezado a preocupar —le dijo a Chubs—. ¿Estás preparado?

Me puse una camiseta holgada y cogí la chaqueta que me lanzó Liam. Chubs se ató los zapatos, cerró su maleta y no dijo ni pío para protestar cuando apagamos las luces de la cabaña y emergimos a la oscuridad.

El olor a humo de la hoguera nos siguió por el camino mucho más tiempo que las voces o la luz procedentes de ella. Me di cuenta de que Chubs miraba por encima del hombro, aunque solo una vez, el lejano resplandor anaranjado que se reflejaba en los cristales de sus gafas. Sabía que quería preguntarnos qué plan teníamos, pero Liam nos animó con un gesto a acelerar la marcha y nos adentramos por un sendero secundario por donde no había pasado nunca.

Era un camino trillado, pero tan estrecho que nos obligó a caminar en fila india. Mantuve la mirada clavada en la espalda de Liam hasta que extendió el brazo para cogerme la mano. El camino fue oscureciéndose a medida que nos adentrábamos en un bosque de árboles jóvenes.

Y luego emergimos a un claro y había luz... mucha, y por un instante tuve incluso que protegerme los ojos con una mano. Percibí la tensión de Liam, que se detuvo en seco y me apretó con fuerza la mano hasta hacerme daño.

—Ya te lo dije —oí que decía Hayes—. Ya te dije que intentaría salir por aquí.

—Sí, has tenido una buena intuición.

—Mierda.

Chubs maldijo a mis espaldas, pero yo estaba tan aturdida que no se me ocurrió otra cosa que adelantarme a Liam. Clancy, Hayes y los chicos del turno de vigilancia estaban delante de nosotros cerrándonos el paso.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Durante un instante nadie hizo ningún movimiento.

Con la zona iluminada por focos y linternas, reconocí por fin dónde estábamos. Lo había visto una vez, en el ordenador de Clancy. Era el punto por donde, hacía unos días, los rastreadores habían intentado superar las alambradas que rodeaban el perímetro del campamento y donde después Hayes se había «ocupado» de ellos. De un modo similar, imaginé, a como ahora pretendía ocuparse de nosotros.

Los chicos que nos cortaban el paso estaban en el punto donde la alambrada marcaba los límites de East River. Clancy ocupaba un lugar en el centro del grupo, infinitamente más sereno que hacía escasas horas.

—Creo que tenemos que hablar —dijo Clancy, en un tono de voz agradable—. Me da la impresión de que estaba a punto de ocurrir algo muy peligroso.

—Nos vamos —dijo Liam, sin apenas poder contener la rabia—. Y no queremos problemas.

—No podéis iros así como así. —Hayes se adelantó al grupo, plantándose al lado de Clancy como un cañón a la espera de que lo apunten hacia el blanco—. Aquí tenemos un sistema y vosotros todavía no os habéis ganado el sustento.

Las palabras acababan de salir de su boca cuando oímos voces y pasos que aplastaban la maleza seca de un sendero más ancho, justo detrás de donde estaba situado el grupo. Olivia fue la primera en aparecer, seguida por Mike y otros cuatro chicos con los que había estado trabajando Liam durante el último mes. Reaccionaron igual que nosotros: protegiéndose primero de aquella enorme cantidad de luz, deteniéndose luego en seco, pasmados.

—¿Qué pasa? —preguntó Olivia, abriéndose paso entre la fila de chicos de negro hasta llegar delante de Clancy—. ¿Por qué no me habéis avisado por radio?

—Hayes y yo tenemos la situación controlada. —Clancy se cruzó de brazos—. Regresad a vuestros puestos.

—No hasta que me cuentes qué está pasando... —Se volvió hacia nosotros y vio entonces las mochilas—. ¿Os vais?

—Lee —dijo Mike, atando también cabos—. ¿Pero qué haces?

—Por lo visto, Liam Stewart está protagonizando otra fuga —dijo Clancy—, o al menos esa era su intención. Por lo que parece, tendrá tanto éxito como la última.

—Vete a la mierda —dije yo, cortándolo.

Agarré a Liam por el brazo antes de que arremetiera contra Clancy. Temblaba de rabia, pero nos superaban en número. ¿Acaso no lo veía?

—Ruby —dijo Clancy muy despacio, con la familiaridad de un chico que se tenía por mi amigo—. Vamos, ¿no podríamos como mínimo hablar las cosas?

«Sí», me susurró una voz al oído. «¿No sería eso mejor?». La rabia que me abrasaba el pecho empezó a apaciguarse, lentamente primero, luego de forma extraña y precipitada. Solté el brazo de Liam. De repente, me parecía que era la mejor opción... la única opción. Estaba muy enfadada y tenía mucho miedo, pero no podía olvidar que era Clancy.

Era *Clancy*.

Di un paso al frente, acercándome a su sonrisa. Podía... podía perdonarlo, ¿verdad? Sería fácil. Todo con Clancy era mucho más fácil. Mis pies avanzaban solos, como si supieran exactamente dónde tenía que ir yo. Dónde se suponía que tenía que ir.

Pero Liam no me dejó, y Chubs tampoco estaba dispuesto a permitírmelo. Chubs me tiró de la mochila. En el momento en que Liam se plantó delante de mí, perdí a Clancy de vista y olvidé de repente por qué me parecía tan importante acercarme a él, permitirle que me devolviera al campamento.

—¡Para! —chilló Liam—. ¡No sé qué demonios estás haciéndole, pero *para*!

—No está haciéndole... —Empezó a decir Mike, mirando a su amigo y luego a Olivia.

La vi por encima de los hombros de Liam, su rostro una máscara inexorable. Detrás de ellos, los demás chicos del turno de guardia de Liam estaban alborotados, sin saber hacia dónde mirar.

—No estoy haciéndole nada —dijo Clancy, cuya voz adquirió un matiz gélido—. Eres tú el que está celoso de la relación que existe entre nosotros.

Los chicos que lo acompañaban asintieron dándole la razón, con rostros extrañamente inexpresivos.

—Estás intentando romper las reglas —prosiguió—. Porque existe una regla, ¿verdad, Liv? Quién quiere irse, tiene que pedírmelo antes, ¿no es eso?

Olivia dudó un instante, pero acabó asintiendo.

Liam dejó caer lentamente el brazo. Frunció el entrecejo e inclinó la cabeza hacia Clancy, como si estuviese oyendo algo que nadie más podía escuchar. Sentí, más que vi, que la tensión abandonaba la forma de sus hombros. Retrocedió un paso, luego otro, alejándose de mí, y se llevó entonces una mano a la frente.

—Lo siento... yo solo... no pretendía...

—Aquí vives feliz, ¿verdad? —le preguntó Clancy muy amablemente—. No hay motivos por los que no puedas volver a sentirte así. Tenemos reglas. Ahora ya las conoces y no volverás a quebrantarlas, ¿lo entiendes?

—No —replicó Liam con voz ronca.

Me miró fijamente y vi que sus ojos acababan de adquirir esa calidad lechosa que reconocí al instante. Y que, por lo visto, también Chubs reconoció. Chubs entrecerró los ojos y concentró en Clancy una mirada pura y afilada como un cuchillo.

—Déjame que te cuente lo que opino sobre tus malditas reglas —dijo Chubs adelantándose, con una voz que rezumaba veneno—. Vives sentado en tu habitación fingiendo que quieres lo mejor para todo el mundo, pero tú no trabajas en absoluto. No sé si es porque eres un mimado de mierda o porque temes ensuciarte tus manos de princesita, pero fastidia, eres asquerosamente asqueroso y ten clara una cosa, a mí no me engañas. —La fría mirada de Clancy cayó sobre Chubs con toda su fuerza, pero él continuó su discurso, impertérrito—. Hablas de que todos somos iguales, como un feliz arcoíris de paz y todas esas pamplinas, pero todo eso no te lo crees ni tú, ¿me equivoco? No dejas que nadie se ponga en contacto con sus padres y te importan un comino los niños que continúan encerrados en los campamentos que tu padre montó. Ni siquiera escuchas las sugerencias que te han aportado los chicos del cuerpo de Vigilancia. Lo único que quiero que me expliques es por qué no podemos marcharnos. —Dio un nuevo paso hacia el frente e interrumpió a Clancy antes de que tomara la palabra—. ¿Qué sentido tiene este lugar excepto vanagloriar tu grandeza y permitirte jugar con las personas y sus sentimientos? Sé lo que le has hecho a Ruby.

Los demás permanecían en silencio, pero cuanto más hablaba Chubs, más nítida se volvía su mirada. Vi que Mike, al liberarse de la influencia de Clancy, estaba a punto de vomitar. Los otros chicos miraban hacia un lado y hacia otro, nerviosos e inseguros.

Clancy se había mantenido inmóvil mientras Chubs hablaba, pero cuando el discurso tocó a su fin, se inclinó sobre Chubs como si fuera a contarle un secreto al oído. Pero cuando habló, su voz sonó tan fuerte que la escuchamos todos.

—He jugado con algo más que con los sentimientos de Ruby. —Su mirada se clavó en la cara de Liam—. ¿No es verdad, Stewart?

La oleada de rojo rabioso que le subió a Liam desde el cuello hasta abarcarle toda la cara me bastó para comprender el tipo de imagen que Clancy acababa de infiltrarle en la cabeza.

—¡No! —chillé, pero ya era demasiado tarde.

Lo que sucedió a continuación fue tan rápido que la mitad de los allí presentes debieron de pasarlo por alto. Liam levantó el puño, dispuesto a lanzarlo contra la cara engreída de Clancy, pero su mano no consiguió ir más allá del hombro de Clancy. De repente se quedó rígido como un palo: los músculos, las articulaciones, los tendones... Se quedó paralizado y, un instante después, Liam estaba tendido en el suelo y Hayes encima de él machacándole a puñetazos la cara.

—¡Para! —le supliqué, liberándome del abrazo de Chubs.

Sabía lo que Clancy acababa de hacerle y por qué no podía ni siquiera levantar una mano para protegerse la cara. Cuando vi la sangre derramándose por el suelo, tuve ya suficiente.

Todos tuvimos suficiente.

—Clance —oí que decía Olivia—, ya basta. Ya has dejado claro lo que querías decir. Hayes... ¡lo matarás!

Una y otra vez, en cualquier superficie de piel que pudiera encontrar, Hayes continuó pegando puñetazos a Liam, deseoso de descargar toda su rabia sobre él. Los golpes no pararon hasta que Clancy le posó la mano en el hombro e, incluso entonces, Hayes tuvo que dar el puñetazo final en plena cara. Incorporó a Liam tirándole de la camiseta, y cuando Clancy le dirigió un gesto de asentimiento, Hayes dejó caer a Liam en el suelo y se puso en pie. Liam quedó tendido bocabajo, con la cara en carne viva aplastada contra el suelo.

En el momento en que los dos se perdieron de vista, Chubs y yo nos abrimos paso entre el círculo de chicos que rodeaban a Liam. Y dimos tan solo dos pasos más, puesto que Mike nos bloqueó el camino y no pudimos continuar.

—No —dijo—. Solo empeoraréis las cosas.

—¿Qué le van a hacer? —preguntó Chubs.

—Volved a la cabaña —nos dijo Mike—. Nosotros nos ocuparemos de él.

—No —dije—. Sin él no nos movemos de aquí.

Mike pasó por mi lado.

—No sé qué demonios le has dicho o le has hecho pensar, pero Lee se sentía feliz aquí. Esto es justo lo que necesitaba, y ahora está hecho polvo...

—No te atrevas —le espetó Chubs—. No te *atrevas* a culparla a ella de lo que ha sucedido. ¡Tienes la cabeza tan llena de mierda del Huidizo que ni siquiera ves todo lo que te rodea!

Mike apretó los dientes.

—En Caledonia te aguantábamos porque Liam nos pidió que lo hiciéramos, pero aquí no tengo ninguna necesidad de seguir haciéndolo.

—Me da igual —dijo Chubs—. ¿Crees que me importa? Lo único que me importa es lo que pueda pasarle a Lee... ¿O acaso no te das cuenta de que si estás aquí es porque él organizó nuestra fuga? —Las palabras de Chubs tuvieron el efecto deseado. Pese a la oscuridad, vi que Mike palidecía—. Ya puedes quedarte con tu Huidizo, pero no esperes que nosotros vayamos a permitirte que te quedes también con Lee.

Nos abalanzamos para abrírnos paso y llegar hasta Liam. Pero un par de brazos me aprisionaron el pecho, otro par me capturó las piernas, y por fuerte que gritáramos y nos debatiéramos, los chicos lograron alejarnos de él.

Chubs y yo nos sentamos en el camastro de Liam, sin hablar, sin movernos, sin hacer otra cosa que mantener la vista clavada en la puerta de la cabaña. Veíamos caras de curiosidad observando desde la ventana, tanto mirones como miembros del equipo de seguridad, intentando averiguar qué había sucedido. Había pasado la hora de apagar

las luces, pero era imposible que lográramos conciliar el sueño. A juzgar por las dos figuras de negro plantadas delante de la puerta, era evidente que tampoco podríamos salir. Sería imposible después de nuestro intento fallido de fuga, y sobre todo después de que Chubs descargará aquella granizada verbal sobre Clancy.

—¿Dónde aprendiste a hablar así? —le pregunté finalmente, pero Chubs se limitó a encogerse de hombros.

—He intentado imaginarme qué habría dicho Lee y a partir de allí he elaborado. —Chubs se rascó la coronilla—. ¿De verdad le he dicho que tenía manos de princesita?

Solté una carcajada.

—Eso y más.

Los segundos transcurrían a la mitad de la velocidad que mis pensamientos.

—¿Por qué a ti no te ha afectado? —me pregunté en voz alta—. Lo ha intentado también contigo, ¿verdad?

—Lo ha intentado, y lo he sentido, que no te quepa la menor duda de eso. Pero poco se esperaba... —Chubs se dio unos golpecitos en la frente—. Tengo unas defensas de acero. De aquí no entra ni sale nada.

Tuve la fugaz idea de que lo que estaba contándome podía ser perfectamente cierto, lo que explicaría por qué el suyo era el único cerebro en el que no me había adentrado. Pero en aquel momento se oyeron pasos en el camino y arrinconé mis pensamientos.

Olivia y otro chico traían a Liam, que se arrastraba con los brazos extendidos sobre los hombros del uno y la otra. Miraba hacia el suelo y tenía la cabeza llena de pegotes de barro. Había empezado a llover una hora después de que nos obligaran a marcharnos de su lado.

—Lee —dijo Chubs, intentando despertarlo—. Lee, ¿me oyes?

Les ayudamos a acostarlo en el futón. El interior de la cabaña estaba tan oscuro que no logré ver el alcance de la paliza hasta que Olivia dejó la linterna en el suelo, junto a Liam.

—Dios mío —dije.

Liam volvió la cabeza hacia mí y comprendí entonces que estaba despierto, aunque tenía los ojos tan hinchados que se veía obligado a mantenerlos cerrados. Posé con delicadeza la mano en el brazo que colgaba por un lado del futón, lo levanté y se lo apoyé sobre el pecho. El aliento emergía de entre sus labios como un silbido inestable. En la nariz tenía sangre coagulada y pegajosa, también en la boca, en la barbilla incluso. La luz del día revelaría la extensión de los demás golpes.

—Necesita un desinfectante —dijo Chubs—, vendas, algo...

—Si me acompañáis —dijo Olivia—, os llevaré al almacén de suministros médicos. No encontraremos a nadie por el camino.

—No pienso dejarlo aquí —dije, arrodillada aún junto a Liam.

—De acuerdo. —Apenas noté la mano de Chubs en mi hombro cuando pasó por mi lado.

La puerta se abrió para cerrarse a continuación; esperé a oír alejarse las pisadas del chico que los acompañaba para volver a mirar a Liam. Lo acaricié delicadamente con los dedos, la caricia de una pluma. Cuando llegué a la nariz, emitió un brusco sonido parecido a un silbido, pero no hizo ademán alguno de moverse hasta que le rocé el labio, partido e inflamado.

No sé si en mi vida había llorado tanto como lo había hecho en aquel último mes. Nunca había sido como las niñas con las que compartía cabaña en Thurmond, que lloraban cada noche, y luego de nuevo cada mañana, cuando comprendían que su pesadilla había sido real. Ni siquiera de pequeña era muy llorona. Pero ahora me resultaba imposible contener las lágrimas.

—¿Estoy... tan guapo como me parece?

Hablaba con voz adormilada, arrastrando las palabras. Intenté que abriera la boca para comprobar si conservaba todos los dientes, pero tenía la mandíbula tan sensible que no podía ni tocarla. Me incliné para acercar los labios al lugar donde acababa de posar las manos.

—No —dijo, abriendo un ojo tan solo una rendija—. No a menos que lo quieras de verdad.

—No deberías haberte abalanzado contra él.

—Tenía que hacerlo —consiguió musitar.

—Lo mataré —dije rabiosa—. Lo *mataré*.

Liam intentó reír.

—Ah... ya está aquí. Ya ha llegado Ruby.

—Te sacaré de aquí, te lo prometo. Os sacaré de aquí a ti y a Chubs. Hablaré con Clancy, haré...

—No —dijo Liam—. Para... solo empeorarías la situación.

—¿Crees que puede ser aún peor? —le pregunté—. La he cagado por completo. Lo he echado a perder todo.

—Dios —dijo, moviendo la cabeza en sentido negativo, mientras esbozaba la sombra de una sonrisa—. ¿Sabías que... me haces tan feliz que a veces me olvido incluso de respirar? Te miro, y noto una tensión tan fuerte en el pecho... que es como si el único pensamiento que ocupara mi cabeza fuera el deseo de abrazarte y besarte. —Exhaló un tembloroso suspiro—. Así que no me hables de sacarme de aquí porque no me iré, a menos que tú seas también parte del paquete.

—No puedo ir contigo —dije—. No consentiré que corras un peligro tan grande.

—Chorradas —dijo—. Nada sería peor que estar separados.

—No lo entiendes...

—Entonces, házmelo entender —dijo Liam—. Dame una única razón, Ruby, por la que no podemos estar juntos, y yo te daré cientos de razones por las que podemos estarlo. Podemos ir dónde tú quieras. Yo no soy como tus padres. No pienso abandonarte ni mandarte a ninguna parte, jamás.

—Mis padres no me abandonaron. Lo que les pasó fue culpa mía.

El secreto salió de mi interior como un prolongado suspiro, y no sé quién de los dos se quedó más sorprendido ante aquella revelación.

Liam se quedó en silencio, a la espera de que continuase. Y entonces lo vi. Comprendí que había llegado el momento de perderlo. Y lo único que podía pensar era en lo mucho que me habría gustado besarlo una última vez antes de que empezara a tenerme miedo por lo que en realidad era.

Recosté la cabeza en la almohada, a su lado. En un susurro, ya que no era lo bastante valiente como para explicarlo en voz alta, le relaté que la noche antes del día de mi décimo cumpleaños me había acostado, que me había despertado esperando encontrarme con los típicos panqueques de mi desayuno de cumpleaños. Le conté que me habían encerrado con llave en el garaje como si fuese una bestia salvaje. Y cuando hube terminado mi historia, le conté lo de Sam. Le conté que yo había sido para Sam lo mismo que era Chubs para él hasta que dejé de serlo, hasta que no fui nada.

Cuando terminé mi relato, la garganta me ardía. Liam volvió la cara hacia mí para mirarme. Estábamos separados por escasos centímetros.

—Nunca —dijo al cabo de un rato—. Nunca, jamás. Jamás pienso olvidarte.

—No te quedará otro remedio —dije—. Clancy me dijo que nunca seré capaz de controlarlo.

—Ese no dice más que sandeces —dijo Liam—. Mira, lo que vi en el bosque, cuando tú...

—Cuando te besé.

—Sí. Eso... eso sucedió de verdad, ¿no es así? Lo que... lo que hizo ese gilipollas. Eso te sucedió. Te paralizó, como antes ha hecho conmigo.

Sí, aunque en parte no. Porque una pequeña porción de mi cerebro había deseado que lo hiciese. ¿O era él quien me había hecho desearlo, que había jugado con mis emociones con solo tocarme? Asentí, mientras las entrañas se me revolvían aún por la repugnancia que me provocaba el recuerdo de su piel junto a la mía.

—Ven aquí —dijo Liam en voz baja.

Noté en la coronilla la suave caricia de sus dedos, la mano que descendía para abarcarme la mejilla. Me levantó la cara hacia él y me besó. Procuré no rozarle la cara, solo tocarle el hombro y el brazo. Cuando se retiró, me sentí atraída como un imán, mis labios buscaron los suyos.

—¿Quieres estar conmigo, no es eso? —susurró—. Entonces, *ven* conmigo. Ya pensaremos cómo hacerlo. Para empezar, confío en ti. Por mucho que examines mi

cerebro, eso será lo único que verás.

Su cálido aliento se extendió por mi mejilla como otro beso.

—Mike lo solucionará. Está intentando encontrar la manera de poder sacarnos de aquí sin que nadie se entere, a ti, a mí y a Chubs. Y luego nos pondremos en marcha. Encontraremos al padre de Jack, encontraremos la manera de que Chubs pueda ponerse en contacto con sus padres y luego ya hablaremos sobre lo que queremos hacer.

Me incliné para darle un beso en la frente.

—¿De verdad no me odias? —musité—. ¿No me tienes miedo... ni siquiera un poco?

Contrajo el magullado rostro en lo que imaginé pretendía ser una sonrisa.

—Me das un miedo de muerte, pero por motivos completamente distintos.

—Soy un monstruo, lo sabes. Y de los peligrosos.

—No lo eres —me confirmó—. Eres de los nuestros.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Chubs regresó un cuarto de hora después de que Liam se sumiera en un inquieto sueño. Se agitó de nuevo cuando empezamos a limpiarle los cortes y las magulladuras de la cara y buscó a tientas mi mano cuando tuvo el primer contacto con el escozor del desinfectante. Cuando noté que por fin relajaba la mano y vi que cerraba de nuevo los párpados, solté el aire que había estado conteniendo todo aquel rato.

—Vivirá —dijo Chubs al ver la cara que yo ponía. Guardó en mi mochila los medicamentos y el material que le había sobrado—. Por la mañana tendrá un dolor de cabeza de mil demonios, pero vivirá.

Nos turnamos para dormir, o para fingir que dormíamos. La ansiedad y la energía no consumida me palpitaban en el cuerpo y oía a Chubs murmurar para sus adentros, como si estuviese repasando los acontecimientos de la noche.

Y luego se oyeron unos pasos en la escalera de hormigón por la que se accedía a la cabaña, y dejamos de fingir.

—Lizzie... —Oí que decía uno de los chicos que vigilaban la puerta—. ¿Vas a...?

Los empujó para pasar y abrió la puerta con tanta fuerza que rebotó contra la pared de atrás. Liam se despertó sobresaltado, más confuso y desorientado que antes.

—¡Ruby! —Lizzie me miró con cara demacrada. El pelo se le había enganchado en la docena de *piercings* que llevaba, pero fueron sus manos manchadas de sangre lo que me dejó helada.

—Es Clancy —dijo jadeando, mientras me agarraba por los brazos—. Se acaba... se acaba de caer y tiembla como un loco, y está sangrando. No sabía qué hacer, pero él me ha dicho que viniese a buscarte, porque tú entenderías qué pasaba... Ruby, por favor, por favor, ayúdame.

Le miré las manos, la sangre fresca.

—Es una trampa —gimoteó Liam desde el futón—. Ruby, no te atrevas...

—Si de verdad está mal, soy yo quien debería ir —le dijo Chubs a Lizzie.

—¡Ruby! —exclamó Lizzie, como si no pudiera creer que yo no hiciese el más mínimo movimiento—. Había mucha sangre... Ruby, por favor, *por favor*, ¡tienes que ayudarlo!

¿Creería Clancy de verdad que era una imbécil? ¿O pensaría que su influencia llegaba tan lejos que... que incluso sería capaz de olvidar lo que le había hecho a Liam para acudir corriendo a su lado? Negué con la cabeza, mientras la rabia se iba apoderando de mí. Demasiado inmadura y demasiado débil y cobarde como para saber utilizar mis facultades, ¿no era eso lo que dijo que era?

Pues ya lo veríamos.

Liam se incorporó hasta conseguir sentarse.

—Ya lo conoces —estaba diciendo—, no lo hagas, no lo hagas...

—Enséñame dónde está —dije, aun a pesar de las protestas de Chubs. Me giré para dirigirme a él—. Tú quédate aquí con Liam, ¿entendido? —«Tienes que vigilarlo porque yo no puedo»—. Ya me encargaré yo de todo.

Yo los sacaría de aquí. No Mike, no por un golpe de suerte... yo sería la que conseguiría que saliéramos los tres de aquí: ver la cara de Clancy flojear bajo mi influencia merecería el esfuerzo de tener que adentrarme en su cerebro. ¿Acaso no me había enseñado todo lo necesario para hacerlo?

—Ruby... —Oí que decía Liam, pero cogí a Lizzie por el brazo y la conduje hacia fuera. Pasamos por delante de chicos que nos observaron con mirada confusa, por delante de las cabañas. En el exterior, la temperatura se había desplomado casi siete grados.

Lizzie no podía parar de llorar.

—Está en el Almacén... estábamos hablando... sobre...

—No pasa nada —le dije, poniéndole con torpeza una mano en la espalda.

Atravesamos corriendo el huerto y subimos a la oficina por la escalera de la parte de atrás. Lizzie no acertaba a meter la llave en el agujero de la cerradura y se le atascó. Tuve que abrir la puerta de un puntapié; Lizzie era incapaz de hacer otra cosa que no fuera entrar corriendo. El vestíbulo y la cocina estaban vacíos. El edificio olía a ajo y salsa de tomate. Supuse que la gente estaría fuera preparando las mesas para la cena.

Allí solo estaba Clancy, de pie en medio del almacén, apoyado en una estantería llena de paquetes de macarrones.

Lizzie corrió hacia la esquina derecha de la habitación y se arrodilló. Palpó el suelo, pero sus manos temblorosas solo tocaron aire.

—¡Clancy! —gritó—. ¿Clancy, puedes oírme? Ha venido Ruby... ¡Ruby, ven aquí!

El estómago me dio un violento vuelco y me sorprendió sentirme tan triste al ver mis peores sospechas confirmadas.

«¿Por qué tiene que ser así?», pensé, mirándolo. «¿Por qué?».

—Has venido, has venido de verdad —dijo Clancy con un tono de voz monótono, como si estuviese recitando un guion—. Gracias, Ruby. Aprecio mucho tu ayuda en momentos de necesidad.

—¿Qué haces ahí sin moverte? —gimoteó Lizzie—. ¡Ayúdalo!

—Estás enfermo —dije, moviendo la cabeza de un lado a otro. Clancy empezó a caminar hacia mí, pero yo me desplacé hacia el lado opuesto de la estancia, hacia el lugar donde Lizzie seguía con la cara pegada al suelo—. Déjala en paz, ya he venido. No tienes motivos para continuar torturándola.

—No estoy torturándola —dijo Clancy—. Juego, simplemente. —Y entonces,

como para ratificar lo que acababa de decir, rugió—: ¡Liz, cierra ya el pico!

Se quedó boquiabierta. Un hilillo de sangre le caía del lugar donde se había mordido el labio. Le cogí las manos y les di la vuelta. La sangre era de ella, de dos cortes limpios en las palmas.

—¿Qué pretendes? —pregunté, girándome en redondo—. ¡Te lo he contado todo, y lo que no te he contado, lo sabes después de haberte infiltrado en mi cerebro!

Solo entonces me fijé en cómo iba vestido Clancy. Pantalón negro precioso, impecablemente planchado, camisa blanca sin una mota de polvo encima y corbata roja, que le caía sobre el vientre exactamente igual que la sangre que le goteaba a Lizzie de la barbilla.

—Solo pretendo entretenerte un rato —dijo—, luego nos iremos.

—¿Y adónde exactamente nos iremos? —Clavé los ojos en la estantería que tenía detrás, llena de cucharas de acero inoxidable y cuencos.

—Donde tú quieras —dijo—. ¿No es eso lo que prometió el Azul?

Intenté mantener la calma, pero su forma de escupir aquella palabra —*Azul*— zarandeó mis ya frágiles nervios. No sé si Lizzie intuyó mi brusco cambio de humor, pero Clancy sí. Sonreía, con aquella sonrisa perfecta marca Gray, la que me había seguido sin cesar por los terrenos de Thurmond.

«Bien», me dije, «que crea que me siento impotente. Que crea que no soy ninguna amenaza para él». Que pensara eso hasta que se descubriera tendido en el suelo, incapaz de recordar ni tan siquiera su nombre.

—¿Tienes tú una oferta mejor? —le pregunté.

—¿Y si la tuviese?

—Me resultaría difícil creerlo —dije, acercándome un poco, intentando distraerlo—, teniendo en cuenta lo poquísimo que te importo. Si la situación fuera al revés, tú no habrías venido corriendo a ayudarme, ¿verdad?

Se encogió de hombros.

—Habría ido. Solo que andando.

—Deja marchar a Lizzie, por favor —dije.

Me daba miedo su comportamiento, parecía una niña pequeña. ¿Qué tendría eso de ser Naranja que era capaz de convertir a las personas en verdaderos monstruos?

—¿Por qué? Si se queda no se te pasará por la cabeza intentar nada, porque eso significaría hacerle daño también a ella, o algo peor.

Lo dijo tan a la ligera que por un momento pensé que bromeaba.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —Confíe en que mi voz sonará más poderosa de lo que yo la notaba en la garganta—. No la conozco tan bien como eso.

—He visto tus recuerdos. Eres lo que los loqueros califican como «excesivamente empática». Nunca harás nada si eso implica hacer daño a otras personas... intencionadamente, claro.

Lo dijo con tremenda seguridad, y ello dulcificó su cara de sorpresa cuando me abalancé sobre él. Por una vez, no había predicho mi respuesta, no me tenía bajo su influencia. Le di un zarpazo en la cara y lanzó un gruñido cuando le clavé las uñas en la mejilla.

La conexión fue instantánea y potente. Por lo visto, parte de lo que me había dicho era cierto. Necesitaba *querer* utilizar mis facultades. Tenía que *querer* controlarlas. Y ahora lo quería, y mucho. Quería hacerle añicos el cerebro.

Las imágenes que se arremolinaron en las oscuras aguas de su mente no eran muy distintas a lo que había visto hasta entonces. Pero en lugar de ser brillantes y tener los perfiles nítidos y definidos, parecían dibujadas con una especie de carboncillo aguado. Descentradas, borrosas. Las caras, infladas y distorsionadas, afloraban a la turbia superficie. Su cerebro parecía flácido; tenía la sensación de poder darle una forma completamente nueva con ambas manos.

—Déjala marchar —dije, presionándole con fuerza el cuello.

Proyecté la imagen de Clancy diciéndole a Lizzie que se fuera y, al instante, Clancy murmuró:

—Lizzie... vete.

Lizzie correteó hacia la puerta y sentí un escalofrío. Clancy temblaba bajo mis manos, pestañeaba, pero seguía siendo mío.

—Y ahora —dije—, ahora dejarás también que nos marchemos nosotros.

Pero en el mismo momento de pronunciar aquellas palabras, noté que se deshacían. Presioné con más fuerza, hundiéndole los dedos en su carne. «Todavía no», supliqué, «todavía no, necesito... necesito...».

Y con la misma rapidez con que me había infiltrado, me vi expulsada de su cerebro. La maldita cortina blanca se interpuso entre nosotros. Intenté introducirme de nuevo, pero Clancy consiguió soltarse y agarrarme por la muñeca. Absolutamente todos los músculos de mi cuerpo quedaron paralizados, como si estuviesen hechos de piedra.

—Buen intento. —Clancy me dejó caer al suelo como si fuese una tabla y me pisó para acercarse a una maceta de material brillante, capaz de reflejar su imagen, con la intención de examinar el arañazo que yo le había hecho en la mejilla—. Ni he sangrado.

Ni siquiera podía mover la mandíbula para mandarlo al infierno.

—Me alegra ver que mis lecciones te han servido de algo —gruñó Clancy, pasándose una mano por el pelo para peinarlo. Se quedó de cara a las estanterías, escondiéndome el rostro, pero me di cuenta de que cerraba las manos en un puño, rozando la tela del pantalón. No lo había destrozado, pero sí había conseguido ofuscarlo—. Me gusta ver que mis alumnos son aplicados, pero no confundas unas semanas de práctica con años de entrenamiento.

Me concentré en intentar desenmarañar el bloqueo mental que me hubiera impuesto. Empecé con los dedos de los pies, imaginando que los movía, primero uno, luego otro... nada.

Tal vez yo fuera capaz de borrar los recuerdos de las personas, pero él podía convertirlas en piedras vivientes.

El primer grito se produjo solo un segundo después de que oyera el ronroneo de los motores. Un viento poco natural agitó los árboles del exterior. Sus ramas arañaban los muros del edificio, de manera insistente, como empuñadas en captar nuestra atención. Vi a Clancy encogerse también al oír el agudo chillido de las sirenas, pero se enderezó enseguida. Una extraña ansiedad le iluminó el rostro y eso fue lo que más me asustó.

—Eso es —dijo—. Por fin llegan.

No podía ni cerrar los ojos. El aire me los abrasaba, y el aire en sí era abrasador. Un revelador olor a humo se filtró por las ventanas abiertas. Disparos, más gritos, más peleas. Me imaginé moviéndome, de pie y corriendo hacia la puerta, hacia los demás, hacia la seguridad, pero tan solo conseguí pestañear. Pero era algo, al menos. Con eso tenía ya por donde empezar.

—¿Estás bien? —me dijo Clancy cuando se sentó en un taburete a mi lado. Empezó a marcar un ritmo en el suelo con el pie—. No dejaré que te pase nada.

La sangre me rugía en los oídos. Los gritos procedentes del exterior no parecían humanos; eran más bien como de animales despellejados vivos. Sonaban a dolor, terror, desesperación. El gemido metálico que traspasaba los muros aumentaba de intensidad a cada minuto que pasaba.

«Los conejos necesitan dignidad y, por encima de todo, la voluntad de aceptar su destino».

Percibí, más que oí, las pisadas que resonaban en el vestíbulo. No sabía cuántos eran. Se movían con inmaculada uniformidad. Una explosión de humo y calor abrió de repente la puerta del almacén.

Jamás en mi vida me había sentido tan agradecida como cuando vi la cara que puso Clancy en el momento en que irrumpieron los soldados de las FEP. La expresión de expectación cedió paso a la incomprensión, y finalmente a la rabia pura y dura. No sé a quién estaría esperando Clancy, pero era evidente que no a unos soldados de las Fuerzas Especiales Psi.

Ni siquiera tuvo que tocarlos.

—¡Callad! —dijo Clancy entre dientes, moviendo una mano hacia ellos—. ¡Salid! ¡Decidle a vuestro superior que no habéis encontrado a nadie aquí!

Uno de los hombres, con el cuerpo oculto bajo capas de tejido y blindaje, levantó una mano enguantada hacia el aparato que llevaba al oído y dijo con voz monótona:

—Edificio vacío.

La señal que dio a los otros dos soldados fue un sencillo gesto mecánico. Cuando abandonaron la estancia, comprendí que los que habían provocado la humareda eran ellos.

Que los disparos se habían iniciado con ellos.

—Maldita sea... ¡maldita sea! —Clancy negaba con la cabeza. Estampó un puñetazo a la primera estantería que encontró, pero el ruido de los disparos del exterior amortiguó el impacto—. ¿Dónde están mis Rojos? ¿Por qué los ha enviado?

Se llevó los doloridos nudillos a la boca y empezó a deambular de un lado a otro de la habitación. Respiraba de forma entrecortada, como si la respiración fuera un reflejo del veloz remolino de sus pensamientos.

Mis *Rojos*. «Sus», la expresión dejaba completamente claro lo que implicaba. El Proyecto Jamboree, el programa de su padre.

«No», pensé. «No es de su padre».

Empecé a ver los distintos fragmentos uniéndose hasta formar una imagen completa. Cuando Clancy me había contado lo de aquel programa, todavía no lo conocía muy bien, ni había visto lo que era capaz de hacer... no sabía de él lo suficiente como para encajar todas las pistas que sin querer había ido dándome.

En el mundo no existía ni una sola persona que fuera inmune a sus facultades, ni siquiera el presidente Gray.

Clancy siguió deambulando como una pantera enjaulada. Los músculos de la espalda se le erizaban a cada nueva ráfaga de disparos. De repente se detuvo y levantó la vista hacia las ventanas y el humo que se veía a través de ellas.

—¿Quién te lo ha dicho, cabrón? —dijo, en un tono de voz tan bajo que no me quedó claro si estaba hablando para sus adentros—. ¿Cuál de ellos ha roto mi influencia y lo ha averiguado? He sido siempre *tan* cuidadoso. Tan condenadamente cuidadoso...

Dio media vuelta y empezó a caminar hacia donde yo me había quedado. Vi toda la verdad escrita en su cara. La misma mano que sangraba ahora por la piel recién levantada era la misma que había convencido a su padre, a sus asesores, a todos los implicados, para que pusieran en marcha el Proyecto Jamboree. ¿Acaso no había mencionado Clancy que antes de que su padre se diera cuenta de que él lo controlaba, se había asegurado de que el programa funcionara correctamente y de que los chicos estuvieran bien tratados?

Era evidente que podría haber hecho mucho más que eso. Si era capaz de dominar de aquel modo un campamento tan numeroso como East River, ¿no podría haber controlado también un pequeño ejército de Rojos?

Clancy debió de leer en mis ojos que estaba descubriendo la verdad, puesto que soltó una carcajada grave y desprovista de humor.

—¿Sabes? A veces olvido que mi padre no es un imbécil. Incluso después de que

descubriera que estaba manipulándolo, nunca llegó a atar cabos ni a comprender que el Proyecto Jamboree era una invención mía. Me aseguré de que así fuera después de escapar... incluso de vez en cuando he abandonado East River para asegurarme de que mi influencia sigue presente. Sincronicé *perfectamente* el soplo de la localización de East River con el fin de su programa de entrenamiento.

Se acercó un puño a la cabeza y cuando volvió a hablar, lo hizo con voz quebrada.

—Me crie idolatrándolo, pero cuando vi lo que era en realidad, lo que era capaz de hacerle a su propio hijo... —Se le atragantaron las palabras—. ¿Quién ha sido? ¿Quién le ha dado el chivatazo? ¿Cómo se habrá enterado y habrá decidido enviar a los soldados de las FEP en su lugar? En estos momentos yo tendría que estar controlando a mis Rojos... y deberíamos haber emprendido la marcha hacia Nueva York para derrocarlo...

Clancy se agachó de repente, me tiró de la camiseta y me obligó a levantarme. Me zarandeó, con tanta fuerza que casi me muerdo la lengua, pero no dijo ni una palabra. Las balas y los gritos del exterior no alteraban ni sus pétreas facciones ni sus pensamientos. El humo empezó a arrastrarse por el suelo, a arremolinarse, a engullirlo todo a su paso. Sin previo aviso, Clancy me soltó la camiseta y me deslizó las manos por los hombros en una caricia de amante; me rodeó luego el cuello con ellas y comprendí, con total seguridad, que pretendía besarme, o matarme.

Más pasos, más leves que antes, pero no por ello menos urgentes. Clancy levantó la vista y la contrariedad se reflejó en las arrugas que se le formaron en la frente.

No vi lo que sucedió a continuación, solo las consecuencias. Clancy salió volando hacia las estanterías y se estampó contra ellas con tanta fuerza que se oyó un crujido cuando se golpeó la cabeza contra la pared de detrás del mueble. El impacto de su cuerpo hizo caer al suelo las estanterías cargadas de pasta y harina, desparramándolo todo por el suelo.

La cara de Chubs apareció al revés encima de mí. Tenía los cristales de las gafas rallados, la montura torcida y el rostro y la camiseta manchados de hollín, pero por lo demás estaba ileso.

—¡Ruby! ¿Puedes oírme, Ruby? Tenemos que salir corriendo de aquí. —¿Por qué su voz sonaba tan tranquila? Los disparos rugían sin cesar en mis oídos, como un torrente interminable de estallidos y explosiones—. ¿Puedes moverte?

Estaba tan rígida que solo pude mover la cabeza de un lado a otro.

Chubs apretó los dientes y me pasó los brazos por debajo de las axilas hasta asegurarse de que me tenía bien sujeta.

—Aguanta, vamos a salir de aquí. En cuanto puedas, muévete.

Lejos ya de la seguridad de la Oficina, era imposible eludir los ruidos. Mi corazón volvió a la vida y empezó a aporrearme la caja torácica.

Espesas capas de gases lacrimógenos y humo habían vuelto el ambiente

irrespirable. Había fuego por todas partes: en el suelo, consumiendo los árboles, devorando los tejados de las cabañas... Y era como si me abrasara también la cara y el pecho. El viento empujaba las llamas hacia nosotros y Chubs se vio obligado a ahuyentar las que amenazaban con prenderme los vaqueros. Refunfuñó, y comprendí que estaba haciendo un verdadero esfuerzo por avanzar a la vez que cargaba con todo mi peso. Quería decirle que me soltara, que cogiera las cartas de la chaqueta de Liam y huyera de aquí.

«Liam. ¿Dónde está Liam?».

Entre el remolino de cenizas adiviné las siluetas de uniforme negro que obligaban a los niños a abandonar el campamento. Vi a una niña a la que expulsaban de su cabaña, arrojaban al suelo y arrastraban luego a la fuerza por el pelo. Reconocí a dos chicos del equipo de seguridad del campamento que levantaban sus armas contra los soldados, quienes los eliminaron mediante una lluvia de disparos.

—¡DETENEOS DONDE ESTÁIS!

Me quedé completamente sin aire en los pulmones cuando Chubs me lanzó al suelo para enviar a aquel soldado a lo alto de un árbol. Cuando me rodeó de nuevo con los brazos, empezamos a avanzar con mayor rapidez.

Y de pronto empezamos a caer, a rodar colina abajo. Con un graznido de sorpresa por parte de Chubs, rodamos llevándonos a nuestro paso arbustos y brasas. Sufrí un rasguño en el dorso de la mano al impactar contra un árbol. Era imposible ver hacia dónde íbamos. El humo me cegaba.

El descenso terminó a los pies de la colina, cuando se me hundió la cara en un terreno fangoso. Entre fuertes convulsiones, noté que las manos y las piernas empezaban a recuperar la sensibilidad.

«Vamos a morir. Vamos a morir. Vamos a morir».

«Los conejos necesitan aceptar su destino, los conejos necesitan dignidad y, por encima de todo, la voluntad de aceptar su destino, su destino, su destino...».

El agua estaba helada y me engulló por completo. El impacto fue como un bofetón que despertó la totalidad de mis miembros. En una lucha contra el agua, agité los brazos y logré emerger a la superficie. Me recibió un cielo nocturno teñido de naranja. Tosí con fuerza para expulsar del cuerpo tanto el agua que había tragado, como el aire envenenado.

Chubs me localizó de nuevo. Estaba agarrado con una mano a un poste de madera, mientras que con la otra trataba de alcanzarme. «El embarcadero», pensé, «nuestro embarcadero». Nadé como pude hacia él y dejé que Chubs me arrastrara bajo la protección que nos ofrecía la vieja madera. Los helicópteros agitaban las aguas del lago hasta convertirlas en un frenesí de olas y remolinos. Me costaba mantener la cabeza a flote en aquellas movidas y gélidas aguas, pero conseguí estar alerta para evitar los focos que danzaban rastreando la superficie del lago.

Con un brazo me apoyaba en los hombros de Chubs, así que me serví de la mano que me quedaba libre para agarrarme a los resbaladizos postes cubiertos de algas del embarcadero. Chubs siguió mi ejemplo, y esperó a que el sonido de las pisadas de botas y los disparos hubieran desaparecido para murmurar:

—Oh, Dios mío.

Lo atraje hacia mí y lo abracé con todas las fuerzas que mis blandos músculos me permitían. No nos atrevíamos ni a hablar, pero vi que Chubs movía afirmativamente la cabeza. Sabía lo que intentaba decirle, sabía lo que quería preguntarle, pero ninguno de los dos encontraba las palabras, puesto que habían quedado ahogadas entre el humo y los gritos.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Tenía las piernas medio congeladas cuando por fin nos armamos del valor necesario para salir de allí. Reinaba el silencio desde hacía un buen rato, desde que el sol empezara a caldear el cielo. Los helicópteros habían sido los primeros en desaparecer, luego lo había hecho el sonido de los disparos. Entre los dos, solo se oía nuestra respiración y los amedrentados susurros para preguntarnos qué habría sido de todos los demás... qué habría sido de Liam.

—No lo sé —dijo Chubs—. Nos separamos. Podría estar en cualquier lado.

Ya hacía dos horas que me habría gustado haber salido del agua, pero durante todo aquel tiempo no habíamos dejado de oír el sonido de árboles que caían al suelo y los espantosos vestigios de la terrible tormenta de fuego.

Estaba tan entumecida que subir al embarcadero me costó el triple de lo que me habría costado en condiciones normales. Chubs se derrumbó a mi lado. No podíamos dejar de temblar cada vez que un golpe de viento azotaba nuestras prendas mojadas. Reptamos hasta el camino, pegándonos al suelo hasta que estuvimos completamente seguros de que éramos los últimos que quedábamos por allí.

La mayoría de las cabañas habían desaparecido y no quedaba de ellas más que madera chamuscada y piedra. Algunas se mantenían todavía en pie, calcinadas y vacías, o desprovistas de tejado. Las cenizas nos envolvían como copos de nieve, se nos adherían al pelo y se nos pegaban a la ropa húmeda.

—Deberíamos ir a la Oficina —dije—. Entrar. Podemos recoger provisiones y luego salir en busca de Lee.

Chubs aminoró el paso y por vez primera vi que tenía los ojos enrojecidos.

—Ruby...

—No lo digas —le advertí, empleando un tono cortante. Era una alternativa inexistente—. No.

No quería pensar en Lee. No quería pensar en Zu ni en los demás niños que habían abandonado para siempre el campamento. Teníamos que seguir avanzando. Si ahora me detenía, sabía que jamás sería capaz de volver a empezar.

Las habitaciones de la parte delantera estaban vacías. Las cajas y los barreños habían desaparecido. Antes de entrar en el almacén, obligué a Chubs a ponerse detrás de mí. También estaba vacío.

—A lo mejor lo han capturado —dijo Chubs, rascándose la cabeza.

Hice una mueca.

—¿Alguna vez hemos tenido tanta suerte como eso?

Arriba, la zona del dormitorio estaba intacta. Antes de marcharse, Clancy había hecho la cama, había recogido las montañas de papeles y cajas e, incluso, había

quitado el polvo. Abrí la cortina para unir las dos mitades de la habitación mientras Chubs toqueteaba el televisor, jugando con el botón de apagado y encendido.

—Han cortado la electricidad —dijo—. ¿Qué te apuestas a que también han cortado el agua?

Me dejé caer en la silla de Clancy y aplasté la cara contra la madera oscura de la mesa. Chubs intentó quitarme la chaqueta mojada de Liam, pero no se lo permití.

—Gracias por haber venido a por mí —dije, cerrando los ojos.

—Eres una tonta —dijo Chubs cariñosamente. Me dio unos golpecitos en la espalda—. No paras de meterte en problemas.

Viendo que no me movía, noté su mano en el hombro.

—¿Ruby?

—¿Por qué lo haría? —susurré. Todo en aquella habitación me recordaba a Clancy, desde el olor hasta su manía de organizar los libros por colores en las estanterías—. Los arrojó a los lobos...

Chubs se agachó a mi lado y las rodillas le crujieron como las de un viejo. Seguía con la mano apoyada en mi brazo, pero me di cuenta de que no sabía cómo expresar lo que quería decir a continuación.

—Dios me libre de querer intentar desentrañar esa mente infernal —dijo con cautela—. Pero creo que simplemente le gustaba controlarlo todo. Manipular a la gente le hacía sentirse poderoso porque sabe que lejos de este lugar es tan vulnerable como cualquiera de nosotros. Hay gente así, ¿sabes? Las mentes más poderosas suelen esconderse detrás de los rostros más improbables. Representaba bien el papel de líder, pero no era... no era como Lee, ni como Jack. No quería ayudar a los niños porque creyera que todos se merecían sentirse fuertes y protegidos. Clancy solo pensaba en él. Jamás habría salido en defensa de otra persona, del mismo modo que... jamás habría recibido una bala que fuese dirigida a otro.

Levanté la cabeza cuando le oí decir eso.

—Tenía entendido que Jack había recibido el disparo cuando se daba a la fuga.

Chubs negó con la cabeza.

—Jack recibió el disparo para protegerme, y me protegía porque... —Respiró hondo—. Porque pensaba que yo era incapaz de protegerme a mí mismo. No me había dado cuenta hasta ahora de las muchas cosas que Jack me enseñó.

—Lo siento mucho —dije. Las lágrimas luchaban por asomar en mis ojos—. Por todo.

—Yo también lo siento —dijo al cabo de un buen rato, y no fue necesario que me girara para saber que también estaba llorando.

El ordenador portátil estaba guardado en el cajón superior del escritorio y tenía una

nota de color amarillo chillón pegada en la tapa.

Ruby,
Antes te he mentado. Habría corrido.
C. G.

—¡Chubs! —grité, haciéndole gestos con la mano para que se acercara. El carillón del encendido resultó curiosamente dulce. Campanillas.

—¿Lo ha dejado aquí? —preguntó Chubs, tamborileando con los dedos sobre el escritorio—. ¿Sigue ahí la tarjeta inalámbrica?

Estaba allí, pero Clancy se había encargado de dejar el ordenador completamente limpio de información. Solo quedaba el icono de Internet, ocupando el centro de la pantalla.

—¿Por qué marcará quince el reloj de la esquina? —preguntó Chubs, tomando asiento.

Me incliné para ver qué señalaba. La vida útil de la batería. Disponíamos tan solo de quince minutos.

—Es un cabrón —dije furiosa.

Chubs movió la cabeza con preocupación.

—Siempre es mejor que nada. Mientras funcione la conexión, podemos intentar averiguar el modo de salir de aquí. Podemos incluso buscar la nueva dirección del padre de Jack.

—Y enviar un mensaje a tus padres —dije, mientras me invadía una frágil oleada de felicidad.

—Está bien, me gustaría utilizar estos... catorce minutos para localizar al padre de Jack —dijo—. Incluso igual podría llamarle, si es que este ordenador dispone de micrófono.

No se atrevía a llamar a sus padres.

—En serio —dije—. Te llevará dos segundos enviar el mensaje. ¿Lo recuerdas?

—Lo suficiente para que dé resultado —dijo.

Deambulé por la habitación lánguidamente, escuchándole teclear, impregnándome del olor a podrido de la estancia. Los pies me guiaron hacia la cama de Clancy, donde me detuve finalmente; la rabia que sentía hacia él superaba incluso la ansiedad que me embargaba.

La ventana estaba cubierta de hollín y protestó amargamente cuando intenté abrirla. Mereció la pena la pelea por la ráfaga de aire fresco que entró cuando por fin lo logré; me incliné hacia delante y apoyé los brazos en el alféizar. El campamento se extendía ante mí en forma de montañas de cenizas y tierra chamuscada, pero era muy

fácil imaginarse dónde hacía apenas unas horas los niños formaban corrillos, dónde hacían cola para obtener la comida. Cerré los ojos y oí las risas y la radio, saboreé el picante del chile y olí el humo de la hoguera. Vi a Liam abajo, inclinando la cabeza para charlar con unos chicos, mientras la luz de la hoguera transformaba su pelo en oro puro.

Y cuando abrí los ojos, ya no solo me lo imaginé.

Salí corriendo de la habitación, ignorando los gritos de Chubs. Bajé a toda velocidad las escaleras, intentando saltar un montón de ellas a la vez, crucé volando el vestíbulo y salí por una puerta que apenas si se sujetaba en su marco.

Estaba en el camino que conducía a las cabañas, luchando por abrirse paso entre el laberinto de árboles caídos y edificios chamuscados. Su magullada cara era la imagen del dolor y del miedo, mientras avanzaba cojeando entre el caos.

—¡Lee!

La palabra emergió de mí como una explosión. Soltó la madera chamuscada que llevaba en la mano y saltó como pudo por encima de un árbol para avanzar ciegamente entre hojas y ramas. Me vio. Creía lo que veía y, al mismo tiempo, no quería creerlo.

—¡Oh, Dios mío!

Lo abracé con tanta fuerza que a punto estuvimos los dos de caer al suelo.

—Gracias —susurraba—, gracias, gracias...

Y empezó a besarme la cara, hasta el último centímetro de mi rostro que fue capaz de cubrir, limpiándome las lágrimas y el hollín, entonando mi nombre.

Liam no era el único que había conseguido huir, pero sí el único que había decidido regresar.

Revivió los acontecimientos de la noche sentado con nosotros en la oficina de Clancy, mientras comíamos lo poco que quedaba en la despensa. Chubs tenía el ordenador a su lado: comprobaba cada pocos minutos si recibía un mensaje de sus padres o verificaba una y otra vez la dirección que había encontrado del padre de Jack.

La contienda se había iniciado de un modo tan sorprendente, que los chicos del equipo de Vigilancia no habían tenido ni tiempo de llegar corriendo desde las puertas exteriores hasta las cabañas para defenderlas. Los que no estaban de guardia habían irrumpido en nuestra cabaña para obligarlo a salir de allí —«para llevarme a cuestras, más específicamente», dijo Liam con amargura— y juntos habían huido por uno de los senderos secundarios secretos, contruidos para ese fin. Habían seguido andando hasta la mañana, sin parar hasta llegar al tramo de autopista donde en su día nos habían encontrado.

—Seríamos una veintena como mucho —dijo, cogiéndome la mano—. Todos en mal estado. Liv y Mike encontraron un coche que funcionaba y amontonaron en la parte trasera a los que habían salido peor parados con la idea de llevarlos a un hospital, pero...

—¿Y el resto? —pregunté.

—Se dividieron.

Liam se frotó los ojos e hizo una mueca de dolor. Tenía la zona aún muy sensible, los ojos morados.

—¿Y tú por qué no? —preguntó Chubs—. ¿A quién demonios se le ocurre volver aquí sabiendo que todavía podía haber un retén de soldados de las FEP?

Liam se limitó a resoplar.

—¿Crees que tenía ganas de ir con ellos sabiendo que existía una mínima posibilidad de que los dos siguierais aún aquí?

No disponíamos de tiempo que perder; conocíamos lo bastante bien a las FEP como para saber que podían regresar para verificar si había quedado algún superviviente. Los chicos se pusieron a trabajar de inmediato en el armario de suministros con la intención de reunir el máximo de comida que pudiéramos transportar. Por mucho que yo también intentara ser de alguna utilidad, mi atención seguía fija en la planta de arriba, en la mesa de Clancy.

Cedí por fin a mi malestar y, mientras estaban enzarzados en una discusión sobre las latas de comida, aproveché para volver a subir. Palpé el bolsillo interior de la chaqueta de Liam para asegurarme de que las todavía húmedas cartas de Jack y de Chubs seguían allí.

Al ordenador le quedaban dos minutos de batería. El icono parpadeaba alertando de que la batería estaba agotándose. La pantalla empezó a perder intensidad y las luces del teclado se apagaron. Tecleé a la mayor velocidad posible para buscar en las Páginas Blancas el nombre de Ruby Ann Daly, Virginia Beach.

Sin resultados.

Volví a intentarlo, solo con el nombre. Apareció un listado, pero era de Salem. Llevaba casi una década sin vivir allí, pero reconocí la dirección de mis padres nada más verla.

Un minuto y quince segundos. Busqué en el historial de páginas web visitadas la página que había mencionado Chubs, la que te permitía realizar llamadas, y tecleé el número de teléfono. Perdí casi dos segundos en cada tono.

Supongo que más que hablar con ella, lo que quería era oír su voz. Volver con ella se había vuelto inviable. Tenía cosas más importantes de qué ocuparme. Pero necesitaba saber que seguía ahí, que había una persona en el mundo que todavía se acordaba de mí.

Descolgó. El corazón me subió a la garganta y cerré los puños con fuerza.

La voz de mi madre.

«Hola, has contactado con la casa de Jacob, Susan y Ruby Daly...».

No sé por qué razón rompí a llorar. Tal vez porque estaba agotada. Tal vez porque estaba harta de lo duro que estaba siendo todo. Me sentía dichosa por saber que estaban los tres juntos, por saber que mi madre y mi padre habían reconstruido la familia y sustituido a una Ruby por otra. En los últimos días me había dado cuenta de lo importante que era cuidar los unos de los otros y permanecer unidos. Y ellos cuidaban los unos de los otros. Bien.

Bien.

Pero eso no significaba que no pudiera cerrar los ojos y fingir, aunque fuera por unos minutos, que yo era la Ruby que seguía viviendo en Millwood Drive.

CAPÍTULO TREINTA

Horas más tarde, cuando los tres volvimos a ponernos en marcha, tuve por fin la oportunidad de explicarle todo lo que nos había pasado la noche anterior.

—Fue una suerte que Chubs te encontrara —dijo Liam, moviendo la cabeza con preocupación—. Conocías a Clancy mejor que cualquiera de nosotros, y con todo y con eso decidiste ir a verle.

—Creía sinceramente que podría controlarlo —dije, apoyando la cabeza en la fría ventanilla—. Soy una idiota.

—Sí, lo eres —coincidió Chubs—. Pero eres *nuestra* idiota, así que la próxima vez ya puedes ir andándote con más cuidado. Y eso va por los dos.

—Lo suscribimos conjuntamente —dijo Liam, enlazando su mano con la mía por encima del reposabrazos.

Habíamos encontrado un coche abandonado en una carretera secundaria, a escasos kilómetros al oeste de East River, y lo habíamos cogido porque tenía aún un cuarto de depósito de combustible. Pero aquel coche no tenía nada que ver con Betty. Las piernas larguiruchas de Chubs se clavaban en el respaldo de mi asiento y el coche olía a comida china. Pero funcionaba. En poco rato lo sentiríamos como nuestro.

—Allí hay otra —dijo Chubs, señalando mediante unos golpecitos en la ventanilla.

Abrí los ojos, estiré el cuello hacia atrás y vi de refilón el poste blanco. Tenía en lo alto una caja blanca, y sobre ella una pequeña antena. Cámaras, por todas partes.

—Tal vez deberíamos abandonar la autopista —sugirió Liam.

—¡No! —exclamó Chubs—. Desde que nos hemos incorporado a la 64 solo hemos visto dos coches, y si salimos de la autopista necesitaremos el doble de tiempo para llegar a Annandale. De todas formas, estarán buscando a Betty, no este coche.

Liam y yo intercambiamos una mirada.

—Cuéntame otra vez lo que decía el mensaje de tu madre —dije.

—Decía que hiciese una reserva en el restaurante de mi tía y que los esperásemos en la cocina —explicó Chubs—. La hice desde East River, de modo que podríamos llegar allí esta misma noche. Mi tía nos dará incluso de comer.

—Pues entonces te dejamos a ti primero —dijo Liam.

—No —protestó Chubs—. Quiero entregar la carta de Jack.

—Chubs...

—No me vengas con *Chubs* —espetó—. Le debo mucho a Jack. Quiero hacerlo.

La dirección del padre de Jack era un motel de la cadena Days Inn, alejada de las barriadas de viviendas unifamiliares de Annandale. Liam creía que había sido reconvertido en un complejo temporal para albergar a los obreros que trabajaban en la reconstrucción de Washington, D. C., pero no hubo manera de comprobar su teoría

hasta que un desvencijado autobús estacionó a nuestro lado en el aparcamiento y descargó una docena de hombres cubiertos de polvo y cargados con chalecos fluorescentes y cascos de obra.

—Habitación ciento tres —dijo Liam, inclinándose sobre el volante. Entrecerró los ojos para aguzar la vista—. El de la camiseta roja. Sí, es él... Jack se le parecía mucho.

Era un hombre bajito y robusto, con bigote canoso y nariz grande.

Chubs alargó el brazo entre los asientos delanteros y me arrancó de la mano la arrugada carta.

—Tranquilo, Turbo —dijo Liam, poniendo los seguros del coche—. Ni siquiera hemos comprobado que no estén vigilándolo.

—Llevamos casi una hora aquí... ¿ves acaso a alguien? Los otros coches estacionados en el aparcamiento están vacíos. Hemos tratado de pasar desapercibidos, como tú querías, y ha funcionado.

Decidió abrir manualmente la puerta. Liam lo miró un instante, y acabó cediendo.

—De acuerdo, pero ve con cuidado, ¿me lo prometes?

Chubs abandonó el coche y correteó por el aparcamiento, mirando constantemente a lado y lado, asegurándose de que no había nadie vigilando la habitación 103. Miró por encima del hombro como queriendo decir: «Lo que os dije».

—Perfecto —dijo Liam—. Realmente perfecto.

Le acaricié el hombro.

—Sabes que lo echarás de menos.

—Es de locos, ¿verdad? —dijo—. ¿Qué voy a hacer sin que Chubs me diga lo peligroso que es abrir una lata de comida de manera incorrecta?

Liam esperó a que Chubs hubiera levantado la mano y llamado a la puerta antes de desabrocharse el cinturón de seguridad para inclinarse hacia mí y darme un besito.

—¿Y eso a qué viene? —dije, riendo.

—Es para mantener tu cerebro en forma —dijo—. Una vez lo hayamos dejado en su casa, tenemos que pensar cómo localizar a Zu y a los demás antes de que lo hagan los de las FEP.

—¿Y sí...?

La puerta de la habitación 103 se abrió una rendija y apareció la cara del señor Fields, con una expresión cansada y recelosa. Chubs sacó la arrugada carta y se la entregó. Me habría gustado que Chubs se hubiera colocado en otro ángulo para intentar discernir qué decía el padre de Jack. Vi, de todos modos, que el hombre se ponía repentinamente colorado, de un color tan subido que igualaba casi el tono de su camiseta. Gritó, lo bastante fuerte como para que el ocupante de la habitación contigua abriera la cortina para ver qué pasaba.

—Mal asunto —dijo Liam, abriendo la puerta—. Sabía que tendría que haber

ensayado antes conmigo.

El hombre le cerró la puerta a Chubs en las narices y, acto seguido, la abrió por completo. Vi un destello plateado, vi que Chubs levantaba las manos y daba un paso hacia atrás.

El disparo rasgó el silencio del crepúsculo y cuando grité, Chubs estaba ya en el suelo.

Corrimos hacia él, gritando. Los residentes del complejo habían salido ya a ver qué pasaba; eran hombres en su mayoría, algunas mujeres. Sus caras eran como monstruosos borrones.

El padre de Jack nos apuntó temblorosamente, pero Liam lo empujó de nuevo hacia la habitación y cerró la puerta con llave con un simple gesto. Me deslicé en el asfalto hasta quedar de rodillas al lado de Chubs.

Tenía los ojos abiertos, me miraba, pestañeaba. Estaba *vivo*.

Estaba intentando decirme algo, pero los gritos procedentes de la habitación 103 me impedían oírlo.

—¡Jodidos monstruos! ¡Largaos de aquí, malditos monstruos!

Justo debajo del hombro derecho de Chubs apareció una mancha roja que empezó a extenderse por la camiseta en forma de centenares de luminosos dedos. Me sentía incapaz de hacer nada. Aquello no parecía real. Liam había cogido la pistola del hombre y apuntaba hacia las habitaciones 104 y 105. Aquello no era real.

—Tranquilo —dijo alguien a nuestras espaldas.

Liam se giró en redondo, con el dedo en el gatillo y el rostro impasible. El hombre levantó las manos, en una de las cuales sostenía un teléfono.

—Solo estoy llamando a urgencias, tranquilo; pediremos una ambulancia.

—No le dejes llamar —dijo Chubs, con la respiración entrecortada—. No dejes que se me lleven. Necesito volver a casa.

Liam miró hacia atrás por encima del hombro.

—Cógelo por las piernas, Ruby.

—No lo muevas —dijo el hombre desde la 104—. ¡No podéis moverlo!

El padre de Jack reapareció detrás de nosotros, pero el hombre del teléfono lo empujó de nuevo hacia su habitación y cerró la puerta.

—Cógelo —dijo Liam, guardando el arma en la cintura de los vaqueros.

Pasé los brazos por debajo de los de Chubs y lo arrastré igual que él me había arrastrado a mí el otro día. Uno de los hombres dio un paso al frente... tal vez para detenernos, tal vez para ayudarnos.

—¡No lo toques! —grité.

Los hombres retrocedieron, aunque solo un poco. Chubs se llevó la mano a la

herida, con los ojos abiertos de par en par y sin parpadear. Liam lo cogió por las piernas y juntos cargamos con él. Los hombres gritaban, diciéndonos que la ambulancia llegaría en cualquier momento. La ambulancia... y los de las FEP. Los soldados no harían nada para salvarlo, ni mucho menos. Les encantaría ver muerto a otro chico monstruo.

—No dejéis que se me lleven —dijo esforzadamente Chubs—. Mantén mis piernas por debajo de la altura del pecho, Lee, no las levantes tanto, cuando hay heridas en la zona del pecho no debe hacerse, dificulta la respiración...

No fue su balbuceo lo que encendió la alarma en mi corazón, sino el interminable torrente de sangre que manaba de entre sus manos. Chubs estaba temblando, pero no lloraba.

—No dejéis que se me lleven...

Me monté en el asiento trasero y tiré de Chubs. Su sangre caliente me empapaba ya la parte delantera de la camiseta.

—Mantén... la presión sobre la herida —me dijo Chubs—. Más fuerte... Ruby, más fuerte. Intentaré... retenerla con...

Sus facultades, imaginé. Me dio la impresión de que la hemorragia aminoraba, ¿pero cuánto tiempo podría aguantar? Uní mis manos a las suyas, pero temblaba tanto que pensé que tal vez estaba haciéndole más mal que bien.

—Dios —dije—, Dios mío, no cierres los ojos... háblame. Sigue hablándome, ¡dime qué tengo que hacer!

Las ruedas del coche rechinaron al abandonar el aparcamiento. Liam pisó el acelerador con todas sus fuerzas y aporreó el volante.

—¡Mierda, mierda, mierda!

—Llévame a mi casa —suplicó Chubs—. Ruby, haz que me lleve a casa.

—Allá es donde vamos... te pondrás bien —le dije, inclinándome sobre él para que pudiera verme los ojos.

—Mi padre...

—No... Lee, ¡hospital!

Yo ya ni formaba frases, tampoco Chubs. Emitía ahora un sonido como si estuviese chasqueando la lengua.

Cuando llegaron las visiones, lo hicieron bañadas con el mismo rojo luminoso de su sangre. Un hombre sentado en un voluminoso sillón, leyendo. Una mujer muy guapa al otro lado de una mesa de la cocina. Una labor de punto de cruz, una señal que indicaba el departamento de Urgencias. Los extremos oscuros de las visiones empezaban a rizarse. Alguien había sacado un cuchillo para clavármelo en el cerebro.

—Alexandria está a media hora de aquí —gritó Liam, mirando por encima del hombro—. ¡No pienso llevarte hasta allí!

—Hospital Fairfax —suspiró Chubs—. Mi padre... díles que localicen a mi padre

por el busca...

—¿Dónde está? —preguntó Liam.

Me miró, pero yo tampoco tenía ni idea. Se me pasó por la cabeza la posibilidad de que tardáramos tanto en llegar que Chubs acabara desangrándose por el camino. Que se muriera allí mismo, en mi regazo. Después de todo lo que habíamos pasado.

Liam dio un volantazo tan brusco que tuve que agarrarme con fuerza al asiento, y agarrar también a Chubs, para no salir ambos proyectados hacia delante. Me mordí la lengua para no volver a gritar.

—Síguele hablando —dijo Liam—. Chubs... ¡Charles!

No sé cuándo ni dónde había perdido las gafas. Tenía los ojos sanguinolentos y me miraba fijamente. Intenté mantener la mirada el máximo tiempo posible, pero vi entonces que intentaba darme algo. Chubs levantó la mano de su ensangrentada camiseta.

Era la carta de Jack. Los bordes estaban empapados de sangre húmeda y pegajosa, pero estaba abierta. A la espera de ser leída.

La caligrafía era pequeña y compacta. Las letras estaban envueltas por un halo fantasmagórico como consecuencia del interminable rato que habíamos pasado sumergidos en el lago, y algunas de ellas incluso habían desaparecido por completo.

Querido papá:

*Cuando aquella mañana me enviaste al colegio, creía que me querías.
Pero ahora entiendo lo que eres. Me llamaste monstruo y bicho raro. Pero
fuiste tú quien me crió.*

—Dile que lea... —Chubs se pasó la lengua por los labios. Tuve que agacharme para poder oír su voz—. Dile a Lee que lea mi carta. Lo que escribí... era para él.

—Charles —dije.

—Prométemelo...

Tenía algo atorado en la garganta que le impedía hablar. Asentí. Asomó entre nuestras manos unidos un borbotón de sangre y la hemorragia aumentó de nuevo su intensidad.

—¿Dónde está? —gritó Liam—. ¿Dónde está el hospital, Chubs? Tienes que... ¡tienes que decirme dónde está!

El coche empezó a temblar, luego a gruñir, parecía más un animal que una máquina. Liam se metió sin querer en un bache que lanzó por los aires el capó y una nube de humo gris azulado empezó a salir del motor. Avanzamos cinco, diez metros más, y el coche se detuvo por completo.

Levanté la vista y me encontré con la mirada de Liam.

—Puedo repararlo —juró Liam, con voz quebrada—. Puedo repararlo... tú... tú... sigue hablándole, ¿entendido? Lo repararé. Podré hacerlo.

No cerré los ojos hasta que oí el portazo. Chubs estaba tan quieto y tan pálido, que por mucho que lo zarandeara o gritara me parecía imposible poder sacarlo de aquel estado. Tenía las manos empapadas en sangre, cuyo rojo intenso contrastaba con el cielo encapotado, y pensé en lo que había dicho la noche que Zu se había marchado. «Se acabó. Se ha acabado todo».

Y así era. Eso era precisamente lo que me transmitía aquella sensación artificial de calma que se había apoderado de mí. Llevaba todo aquel tiempo luchando. Había estado luchando desde el momento en que había dejado atrás Thurmond, luchando contra las limitaciones que todo el mundo había querido imponerme, pateando y dando zarpazos contra lo inevitable. Pero estaba cansada. Muy cansada. Me resultaba imposible negar lo que una parte de mí sabía desde el instante en que los soldados de las FEP habían hecho desaparecer mi mundo. Lo que una parte de mí había sabido todo aquel tiempo.

¿Qué era aquello que solía decirnos la señorita Finch? ¿Que las segundas oportunidades no existían, que nadie regresaba a la vida? Que cuando alguien se marchaba, se iba para siempre. Que las flores muertas no florecían, que no crecían. Por lo tanto, cuando Chubs muriera, ya no volvería a sonreír, ya no volvería a pronunciar sus habituales divagaciones, ya no haría pucheros, ya no reiría... que Chubs muriese era inimaginable.

Hurgué en el interior del bolsillo de la chaqueta de Liam y pulsé el botón del pánico. Transcurrieron veinte segundos, cada uno más largo que el anterior. El botón emitió una pequeña vibración, una señal de recepción de mi llamada y lo solté.

En el exterior, Liam aporreaba metal contra metal, más enojado y más impotente a cada segundo que pasaba. Me habría gustado llamarlo para que volviera con nosotros, para que estuviera al lado de Chubs, porque estaba segura de que todo había acabado. Estaba segura de que Chubs acabaría muriendo en mis brazos, menos de veinticuatro horas después de haberme salvado la vida. Y no podía hacer nada por él, excepto tenerlo en mis brazos.

—No te mueras —susurré—. No puedes morirte. Tienes que estudiar cálculo, ver partidos de fútbol, acudir al baile de final de curso y matricularte en la universidad, y no puedes morir, de ninguna manera. No puedes... *no puedes*...

Me distancié por completo de la realidad. El entumecimiento se apoderó de mi cuerpo. Apenas era consciente de los gritos de Liam fuera del coche. Abracé con más fuerza a Chubs. Oí pisadas en el asfalto; pero solo olía a humo y a sangre. Y lo único que escuchaba era el latido de mi corazón.

Y entonces fue cuando se abrió la puerta trasera del lado opuesto al que ocupaba yo y apareció el rostro de Cate.

Y entonces fue cuando rompí a llorar, a llorar de verdad.

—Oh, Ruby —dijo, angustiada—. *Ruby*.

—Ayúdale, por favor —sollocé—. ¡Por favor!

Aparecieron dos pares de manos dispuestas a sacarme del coche. Yo seguía abrazando a Chubs y me resultaba imposible moverme. Había muchísima sangre. Pataleé y di cabezazos contra quien quiera que estuviera intentando separarnos.

—Ruby, cariño —dijo Cate, sentada de repente a mi lado—. Ruby, ahora tienes que soltarlo.

Había cometido un error. Aquello era un error. No tendría que haberlos llamado. Me envolvía un sonido terrible, y no fue hasta que vi a Liam, hasta que tiró de mí cogiéndome por los hombros, cuando me di cuenta de que llevaba todo aquel rato gritando.

Tres vehículos rodeaban nuestro inútil y humeante trasto. Tres todoterrenos.

—Si lo ayudáis, iremos con vosotros —oí que Liam le decía a Cate—. Iremos con vosotros. Haremos todo lo que queráis.

—¡No! —grité—. ¡No!

Liam me sujetaba, pero me di cuenta de que le temblaban los brazos. Cargaron la figura inmóvil de Chubs en la parte trasera de uno de los todoterrenos y en cuanto cerraron la puerta, el coche arrancó y se incorporó a la autopista. Notaba aún el calor de la sangre de Chubs en mi piel, enfriándose a cada segundo que pasaba, y la sensación me provocó un fuerte estremecimiento.

—Por favor —dijo Liam, con voz quebrada—. Intenta calmarte. Tienes que tranquilizarte. Estoy contigo. Estoy aquí.

Noté un pinchazo en la nuca; una sensación que desapareció en un instante, más veloz que una inspiración para coger aire. Los músculos se me relajaron al instante. Noté que caminaba arrastrándome, con las piernas entumecidas, y que la imagen de un todoterreno blanco se iba desenfocando. «¿Lee?», quise decir, pero me pesaba la lengua. Alguien me cubrió la cara con una capucha oscura, y noté que me levantaban... que volaba por los aires, que alguien me levantaba igual que lo hacía mi padre cuando era pequeña. Cuando creía que de mayor sería capaz de volar.

Y luego llegó la oscuridad de verdad.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

El agua fría, más que la suave voz de la mujer, lo que me despertó.

—Estás bien —estaba diciéndome—. Ruby. Te pondrás bien.

No sé a quién pretendía engañar con sus dulces tonterías, pero por supuesto, a mí no.

El olor a romero volvía a estar allí y me inundaba con un recuerdo que parecía a la vez viejo y novedoso. ¿Qué recuerdo sería?

Cuando noté la presión de su mano sobre la mía, me obligué a abrir los ojos y pestañeeé, deslumbrada por la luz del sol. El rostro de Cate flotaba confuso, enfocándose y desenfocándose de nuevo. Se levantó y corrió los visillos. La situación mejoró, pero seguía costándome fijar la vista en los objetos. La luz se reflejaba en las superficies brillantes. Una cajonera blanca, un papel pintado de color morado claro, un despertador que parpadeaba, un espejo en la pared de enfrente y nuestra imagen reflejada en él.

—¿Es real? —musité.

Cate se sentó en la cama, igual que hiciera en Thurmond, solo que ahora no sonreía. Detrás de ella vi a Martin apoyado en la pared, vestido con pantalón de camuflaje y botas. Su aspecto era muy distinto a lo que yo recordaba. No lo había reconocido de entrada. La redondez de su cara había desaparecido y tenía los ojos más hundidos. Alguien había sido lo bastante imbécil como para darle un arma.

—Estamos en un piso franco, en las afueras de Maryland —dijo Cate.

—¿Lee?

—Está aquí, sano y salvo también.

«No está a salvo», pensé, «contigo no puede estar a salvo».

Algo en las entrañas me empujaba a levantarme y salir corriendo; era instintivo. El agotamiento y el dolor, sin embargo, habían anulado todas las demás sensaciones. Examiné con detalle la habitación: dos ventanas, la única salida a excepción de la puerta. Podría romper el cristal. Podría anular a Cate con un simple toque en su cerebro, buscar a Liam y fugarnos sin que nadie se diera cuenta de ello. Podría funcionar.

—Ni lo intentes —dijo Cate, siguiendo la dirección de mi mirada. Extrajo un pequeño objeto plateado del bolsillo trasero de su pantalón vaquero y me lo mostró. El lado rugoso del altavoz miraba hacia arriba—. Aunque pudieras anularme, todos y cada uno de los agentes apostados en la planta baja llevan encima uno igual que este. A juzgar por cómo te afectó el último Control de Calma, no le servirás de mucho a Liam cuando lo cojan y lo maten por culpa de tu insubordinación.

Me aparté sobresaltada.

—No lo harían...

Pero por su mirada adiviné que hablaba en serio. Lo harían. Lo habían arriesgado todo para sacarme de Thurmond. Se habían enfrentado con los rastreadores para recuperarme. Cuando me había infiltrado en el cerebro de Rob, había visto que a pesar de la misión que decían tener, no se andaban con chiquitas si se veían obligados a cargarse a unos cuantos chicos para capturar a los que en realidad les interesaban.

—¿Cómo puedes siquiera pensar en eso? —dijo Martin entre dientes—. ¿Sabes el tiempo que ha perdido buscándote?

Cate le indicó con un gesto que cerrara la boca. Cuando volvió a inclinarse sobre mí, vi que tenía manchas de sangre en la camiseta. Oscura. Seca.

El recuerdo volvió dolorosamente a mí.

—Chubs... ¿qué le ha pasado a Chubs?

Cate bajó la vista y me encogí interiormente de miedo.

—Francamente —dijo—. No lo sé seguro. No hemos podido ponernos en contacto con los agentes que se lo llevaron, pero sé que llegaron al hospital. —Cate intentó cogerme las manos, pero no se lo permití. El estómago me dio un vuelco solo de pensarlo—. Está a salvo. Se asegurarán de que esté bien cuidado.

—Eso no lo sabes —dije—. Tú misma acabas de decirlo.

—Pero lo creo —replicó Cate.

Estaba pensando en decirle que lo que ella pensara me traía sin cuidado, cuando dijo:

—He pasado este último mes buscándote. He seguido en esta zona, confiando en que acabaras apareciendo, pero ¿dónde te habías metido, Ruby? ¿Dónde fuiste? Parecía como si... como si...

—He estado en East River —dije.

Cate inspiró hondo. De modo que la Liga se había enterado de lo sucedido.

—Oh, estupendo —observó Martin, separándose por fin de la pared. Se pasó la correa del rifle por el hombro y avanzó hacia mí—. ¿Con el culo sentado y sin pegar brote durante semanas? Imagínate tú. Yo sí que he estado aportando algo. Yo sí que he formado parte de algo importante.

Me dio la sensación de que pretendía tocarme la pierna, pero lo agarré por la muñeca antes de que pudiera hacerlo. Quería ver por mí misma todo aquello por lo que había pasado: la formación, los gritos de los instructores... Me agarré a sus recuerdos más potentes y dejé que se abriesen ante mí. Pretendía echarle un vistazo a nuestro futuro.

La memoria de Martin burbujeaba como alquitrán caliente e iba tomando poco a poco forma hasta que me situé justo donde él estaba. El paquete que sujetaba entre sus manos estaba ahora entre las mías. Pesaba tanto que sentía incluso un fuerte hormigueo en los dedos. Tenía la mirada, sin embargo, concentrada en la numeración

ascendente de la pantalla del ascensor: 11, 12, 13... La campanilla sonaba cada vez que el ascensor superaba un piso más, hasta que llegó al 17.

Miré con disimulo a la chica que tenía al lado, vestida con traje chaqueta y tan maquillada que su rostro joven parecía mucho mayor de lo que en realidad era. Sujetaba el bolso pegado al cuerpo, como un escudo, y cuando cambió de posición para salir del ascensor me fijé en que le temblaban las manos.

Yo vestía un uniforme de FedEx; me veía a través de los ojos de Martin, reflejada en las puertas plateadas del ascensor justo antes de que se abrieran.

Estábamos en un edificio de oficinas. En el exterior estaba oscuro, pero quedaban todavía hombres y mujeres trabajando, aislados en sus cubículos, con los ojos pegados a las pantallas. No me paré en ningún momento, y tampoco lo hizo la chica que seguía a mi lado. La chica tenía la cara sudorosa, hasta tal punto que el maquillaje empezaba a corrérsele y noté una punzada de rabia al darme cuenta de ello.

El despacho más grande estaba en la parte posterior del edificio, en una esquina, y ese era mi destino. La chica suspiró y la dejé junto a la fuente de agua. Estaba allí simplemente a modo de apoyo, puesto que la misión era mía.

La puerta del despacho estaba cerrada, pero detrás del cristal esmerilado se perfilaba una forma. *Todavía está.* Y también, por suerte, su secretaria. Se quedó confusa al ver el paquete, pero bastó con un simple roce en el dorso de su mano. La mirada de la secretaria se tornó vidriosa, descentrada, y comprendí que ya era mía. La mujer, de mediana edad, se levantó de la silla y se dirigió a la puerta del despacho. Dejé el paquete en su mesa.

Libre por fin de aquel peso, desanduve lo andado entre el laberinto de cubículos y llamé la atención a la chica que continuaba junto a la fuente de agua. Moví la cabeza en dirección a los ascensores y la chica me siguió, desviando alternativamente la mirada de la zona de los ascensores al suelo, mordiendo el labio.

No cometió ninguna estupidez hasta que estuvimos fuera. Bajé corriendo las escaleras del exterior para alcanzar lo antes posible el furgón de FedEx que estaba esperándonos, con un hombre de pelo oscuro ocupando el asiento del conductor. Cuando llegué a la puerta, caí en la cuenta de que la chica no me seguía. Se había quedado paralizada en lo alto de la escalinata, con los ojos abiertos de par en par y la cara pálida como el mármol del suelo.

Había echado a correr hacia el interior del edificio para advertir sobre la presencia del explosivo, para avisarlos. *Débil.* La palabra me explotó en la cabeza, tan nítida como si me la hubieran taladrado allí. *Deserta y morirás. Traiciona a la Liga y morirás.*

Cogí la pistola que guardaba debajo del asiento y me asomé por la ventanilla abierta del furgón. Pero nunca llegué a disparar. Arriba, en el piso diecisiete del edificio, una explosión produjo una lluvia de cristales y hormigón y la chica

desapareció bajo el peso de los escombros.

La mano de Martin seguía a mi lado y había dejado de moverse. «Esto es lo que significa ser uno de ellos», pensé. «Nos convierten en eso». Me había infiltrado en su cerebro para confirmar mis sospechas y estaba sorprendida de lo fácil que me había resultado. Semanas atrás, cuando habíamos salido de Thurmond, no habría sido capaz de superar sus defensas. Pero ahora me había bastado con un simple roce para entrar en su cerebro. Un simple roce.

Clancy me había enseñado muy bien.

Miré de nuevo a Martin, sintiendo una extraña sensación de lástima por él. No por lo que yo estaba a punto de hacer, ni por cómo pensaba utilizarlo, sino porque Martin creía saber lo que significaba tener poder y controlar la situación. Creía sinceramente que era todavía más fuerte que yo.

Acerqué un dedo al dorso de su mano, solo uno.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

La reacción que obtuve era impagable. En sus mejillas había desaparecido todo rastro de color y los labios le temblaron, cuando intentó articular la palabra, cuando intentó reclamar un recuerdo que ya no estaba allí.

—¿De dónde eres?

Ahora vi pánico; los ojos se le salieron de las órbitas. Pero mi trabajo no había terminado todavía.

—¿Sabes dónde estás?

Me sentí casi culpable —*casi*— cuando vi la humedad que se le empezaba a formar en sus ojos. Pero recordé también lo impotente que me había hecho sentir, el miedo que me había inspirado, y me arrepentí de no haber hecho más. Estaba empezando a elaborar un plan que casi me horrorizaba reconocer como mío.

—No... —masculló—. No...

—Entonces, tal vez deberías irte —dije con voz fría.

Ni siquiera tuve que implantarle la imagen para que lo hiciera. Abandonó la habitación y cerró la puerta a sus espaldas, huyendo del espantoso monstruo.

Cate se quedó mirando la puerta, con una expresión ilegible en el rostro.

—Impresionante.

—He pensado que un cambio de actitud le iría bien —dije. Mantuve un tono de voz frío e inalterable, como imaginé que le gustaría a ella. Había visto ya suficiente como para saber el tipo de perversidad que exigían y necesitaba que desearan mis servicios—. Ya que por lo que parece pasaremos mucho tiempo juntas a partir de ahora.

El cabello rubio claro le cayó sobre los hombros cuando inclinó la cabeza, pero Cate no lo negó. Estábamos atrapados aquí. Cate había aceptado el trato de Liam.

—Supongo que en realidad nunca tuve otra alternativa —proseguí—. Sabías que

al final conseguirías atraerme de nuevo.

—Eres un activo muy valioso para la resistencia. —Cate levantó la mano y la dejó caer antes de que llegara a tocarme la cara. Una mujer muy inteligente. Sabía lo que yo era capaz de hacer—. Confiaba en que acabaras dándote cuenta de ello.

—¿Y Lee?

—Es un riesgo para la seguridad ahora que ha visto este piso franco y a los agentes que tenemos aquí. Está más seguro con nosotros, Ruby. El presidente lo quiere muerto. Estoy segura de que acabará comprendiéndolo.

Retorcí las manos sobre las sábanas de color claro. Un arma. Liam es un arma. Liam, que era incapaz de perder los nervios sin sentirse culpable. Había luchado con todas sus fuerzas para huir de esta violencia, y yo... yo lo había conducido directamente a ella. Le habían echado las manos encima y había salido de la experiencia convertido en la criatura oscura que siempre había intentado no ser.

Respiré hondo, aunque solo para mis adentros. Exteriormente estaba tan en calma como las aguas del lago de East River. De repente, la pieza que me faltaba encajó en su lugar y supe cuál era mi plan.

—De acuerdo —dije—. Me quedaré y no me opondré a vosotros ni os manipularé. Pero si queréis que haga lo que decís... si queréis aprovecharos de mis facultades, o hacer experimentos conmigo, os impongo una condición. Tenéis que dejar en libertad a Lee.

—Ruby —empezó a decir Cate, negando con la cabeza—. Es demasiado peligroso para todos los implicados.

—Es un Azul. No lo necesitáis. Ni siquiera será nunca un combatiente, y mucho menos del tipo que vosotros queréis.

«Y si se queda aquí, lo mataréis».

«Mataréis todo lo que hay de bueno en él».

—Ahora sé hacer muchas cosas —le expliqué—, pero no veréis nada de nada hasta que no lo dejéis libre. Hasta que me jures que nunca jamás lo perseguirás.

Cate se quedó mirándome un momento, mientras se tapaba la boca con una mano. Su indecisión era patente. Acababa de utilizar a Martin para demostrarle lo que podía ofrecerles y él, por lo visto, les había demostrado ya lo valioso que podía llegar a ser un Naranja. Aunque estos no eran los términos del trato que a Cate le habría gustado elegir.

—De acuerdo —dijo por fin—. De acuerdo. Puede marcharse.

—¿Cómo sabré que mantienes tu promesa? —le pregunté.

Cate se levantó y hundió la mano en el bolsillo. El dispositivo plateado de Control de Calma, lo único que podía mantenerme alejada de su cabeza, estaba todavía caliente cuando lo depositó en mi mano. Cerré la mano en torno a la suya.

—Que Dios me ayude —dije muy despacio y con claridad cuando Cate levantó la

vista para mirarme—. Si no cumples tu palabra, te haré pedazos. Y no me detendré, jamás, hasta que haya destruido tu vida y la vida de todos los miembros de tu organización, hasta el último. Créeme, tal vez tú no cumplas siempre tus promesas, pero yo sí.

Asintió una sola vez, y me pareció ver algo muy similar al orgullo en su mirada.

—Comprendido —dijo Cate, y aquí terminó la conversación.

Tenían a Liam encerrado en un dormitorio al otro lado del recibidor, una habitación pintada de azul claro. Ese azul que solo se ve en el cielo justo antes del amanecer. Tal vez fuera en su día una habitación infantil. En el techo había unas nubes pintadas y el escaso mobiliario parecía excesivamente pequeño para una persona adulta.

Liam estaba sentado en una cama minúscula, de espaldas a la entrada. Al principio, cuando cerré la puerta, creí que estaba mirando por la ventana. Pero a medida que fui aproximándome vi que tenía los ojos fijos en un papel arrugado que tenía en la mano.

La cama se hundió cuando gateé por ella hasta conseguir enlazarlo por la cintura. Acerqué la mejilla a la suya y dejé vagar las manos por su cuerpo hasta localizar el regular latido de su corazón. Cerró los ojos y se echó hacia atrás.

—¿Qué miras? —le pregunté en un susurro.

Sin decir nada, me pasó el papel y me senté a su lado. Era la carta de Jack Field.

—Tenías razón —dijo Liam al cabo de un rato—. Tenías toda la razón. Deberíamos haberla leído. De haberlo sabido no nos habríamos tomado tantas molestias.

Fue su tono de voz, tan mortecino, tan plano, tan cargado de dolor, lo que me hizo arrugar la carta y arrojarla bien lejos. Liam se limitó a hacer un gesto negativo con la cabeza y a taparse los ojos con la mano.

Hurgué en el interior del bolsillo de su chaqueta, donde había guardado la carta de Chubs hacía ya un montón de días. Liam se quedó mirándome y se dejó caer a mi lado.

—Me dijo que no la había escrito para sus padres —dije—. Que la había escrito para ti. Que quería que tú la leyeras.

—No quiero.

—Sí, hazlo. Porque cuando salgas de aquí, querrás tener algo que decir cuando vuelvas a verle.

—Ruby. —Su voz sonó enfadada. Me soltó y se levantó—. ¿De verdad crees que si sale de esta van a dejar que volvamos a verlo? ¿Crees que van a permitir que volvamos a estar *todos* juntos? Esta gente no funciona así. Controlarán todos nuestros movimientos, desde lo que vemos hasta lo que comemos. Créeme, sería una

grandísima suerte incluso que llegáramos a averiguar si sigue con vida, eso en el caso de que decidiesen traerlo aquí para entrenarlo.

Liam empezó a recorrer la habitación de un lado a otro, una vez, dos, tres veces, y cuando me armé del valor suficiente para abrir por fin la carta de Chubs, me dio la sensación de que había transcurrido una hora.

La habitación se quedó mucho rato en silencio.

—¿Qué? —preguntó finalmente Liam, con una voz impregnada de miedo—. ¿Qué pone en la carta?

Estaba en blanco. En el papel no había nada escrito con la excepción de los nombres de los padres de Chubs y su dirección, y absolutamente nada más. Ni una mísera gota de tinta.

—No lo entiendo... —dije, pasándole el papel a Liam.

No podía ser. ¿Y si había perdido la carta original, o la llevaba Chubs encima? Cuando levanté la vista, Liam estaba llorando. Con una mano estrujó la carta hasta destruirla, mientras con la otra se apretaba con fuerza los ojos. Y entonces caí en la cuenta de que conocía la respuesta.

Chubs no había escrito nada porque no había creído necesario hacerlo. Pensaba que iba a poder contarles personalmente a sus padres todo lo que hubiera querido explicarles. Creía que iba a volver a casa.

Liam se sentó de nuevo en la cama y vi que le flojeaban las rodillas. Apoyó la cabeza en mi hombro y lo abracé. «Creía en ti», me habría gustado decirle. «Siempre creyó en ti».

De repente, me sentía mucho más vieja de la edad que tenía. No como una mujer de dieciséis años, ni como una de sesenta, ni siquiera como una centenaria, sino como si tuviese mil años. Más vieja, pero no por ello más frágil y quebradiza. Me sentía como uno de esos viejos robles que crecen en la autopista que domina el valle de Shenandoah, con raíces profundas y tronco fuerte.

«Tiene que ir», pensé, «tiene que volver a casa».

Pasé mucho rato simplemente abrazándolo. Deseaba memorizar esos característicos rizos de las puntas de su cabello, la cicatriz en la comisura de la boca. Jamás en mi vida había sentido con tanta intensidad el aguijonazo del paso del tiempo. ¿Por qué a veces parecía como si se congelase, mientras que en otras avanzaba a una velocidad de vértigo?

—Lo más loco de la situación, es que tenía un montón de planes —musitó Liam—. Todo lo que íbamos a hacer. Todos los lugares a los que pensaba llevarte. Deseaba de verdad que conocieses a Harry. —La ventana vibraba con la luz del atardecer. Me acarició el brazo—. Tenemos que continuar —dijo Liam—. No podemos permitir que nos separen.

—No lo harán —susurré—. Estaba pensando... sé que te parecerá una cursilada,

pero... si algo bueno he obtenido de todo esto, es haberte conocido. Volvería a pasar de nuevo por todo... —Se me llenaron los ojos de lágrimas—. Lo haría, siempre que gracias a ello hubiera podido conocerte.

—¿Lo dices de verdad? —Liam se sentó y me besó en la coronilla—. Porque, francamente, tal y como lo veo, esto entre tú y yo... Era inevitable. Imagínate que no nos hubieran encerrado en esos horripilantes campamentos... no, escúchame. Voy a contarte nuestra asombrosa historia.

Liam tosió para aclararse la garganta antes de continuar y se volvió para quedarse de cara a mí.

—Es verano y tú estás en Salem, pasando otro aburridísimo y caluroso mes de julio y trabajando a media jornada en una heladería. Naturalmente, no tienes ni idea de que los chicos del instituto que se dejan caer por allí a diario están mucho más interesados en ti que en las treinta y una variedades de helados que vendes. Tú estás concentrada en tus estudios y en las docenas de clubes a los que perteneces, porque quieres acceder a una buena universidad y salvar el mundo. Y justo cuando estás pensando que te va a dar algo si tienes que someterte a un nuevo examen de acceso universitario, tu padre te pregunta si te apetece ir a visitar a tu abuela en Virginia Beach.

—¿Y? —Recosté la frente contra su pecho—. ¿Y qué me cuentas de ti?

—¿De mí? —dijo Liam, retirándome un mechón de pelo detrás de la oreja—. Yo estoy en Wilmington, sufriendo otro aburridísimo y caluroso verano, trabajando por última vez en el taller de Harry antes de acudir a una elegante universidad... donde, podría añadir, mi compañero de habitación será un pesado sabelotodo con un corazón de oro llamado Charles Carrington Meriwether IV. Pero él no forma parte de esta historia, todavía no. —Me acarició la cadera y percibí el temblor de su mano, pese a que su voz se mantenía firme—. Para celebrarlo, mi madre decide que vayamos a Virginia Beach a pasar allí una semana. Llevamos solamente un día allí cuando veo una preciosa chica morena paseando por el pueblo con la nariz pegada a un libro, auriculares y música a tope. Pero por mucho que lo intento, no consigo hablar con ella.

»Entonces, como si lo hubiera planeado nuestro amigo el Destino, justo el último día de playa, la veo de lejos. Tú. Yo estoy jugando un partido de voleibol con Harry, pero es como si todo a mi alrededor desapareciera. Tú estás caminando hacia donde estoy yo, con unas gafas de sol enormes, un vestido verde claro que, no sé por qué, sé que te hace juego con el color de los ojos. Y entonces, ya que, digamos la verdad, soy un dios olímpico en lo que a los deportes se refiere, consigo lanzarte la pelota a la cara.

—¡Ay! —digo, riendo—. Qué daño.

—Seguramente imaginas cómo reacciono ante esa situación. Me ofrezco a

acompañarte al puesto de socorrismo, pero tú pones cara de querer asesinarme cuando escuchas mi sugerencia. Al final, gracias a mi tremendo encanto e ingenio, y porque soy tan patético que acabo dándote lástima, me dejas que te invite a un helado. Y entonces empiezas a contarme que en Salem has estado trabajando en una heladería, y lo frustrada que te sientes porque todavía te faltan dos años para entrar en la universidad. Y de algún modo, *de algún modo*, me las apaño para conseguir tu dirección de correo electrónico, o tú nombre de usuario o, si tengo muchísima suerte, tu número de teléfono. Y luego hablamos. Entro en la universidad y tú regresas a Salem, pero mantenemos el contacto y hablamos constantemente, de todo, y a veces cometemos esa estupidez de quedarnos sin más cosas qué decir y dejamos de hablar y escuchamos nuestra respiración hasta que uno de los dos se queda dormido...

—... Y Chubs se ríe de ti cuando te pasa eso —añadí.

—Oh, sí, despiadadamente —dice—. Y tu padre me odia porque piensa que estoy llevando por mal camino a su preciosa y dulce hijita, pero aún así, me da permiso para ir a verte de vez en cuando. Y es entonces cuando me cuentas que estás dándole clases particulares a una niña que se llama Suzume, que vive cerca de tu casa...

—... Que es la niña más preciosa de todo el planeta —conseguí añadir.

—Eso es —dijo Liam—. ¿Quieres intentar un final?

Pero ya no pude más. Me tapé la cara con las manos y me apreté los ojos con los dedos.

Tenía que hacerlo ahora o no sería capaz. No podíamos permanecer escondidos para siempre en aquel lugar. Podían cambiar de idea sobre la marcha de Liam con la misma rapidez con que habían cambiado de idea anteriormente.

Me senté, me sequé las lágrimas y apreté los dientes. Liam se incorporó hasta quedar sentado a mi lado. En sus facciones se reflejaba la preocupación. Por un momento tuve miedo de que adivinara lo que pensaba hacer.

Ladeó la cabeza y me miró sonriendo. Intenté responderle con otra sonrisa, pero estaba desmoronándome por dentro.

—¿Qué?

Cuando nos internaron en los campamentos, nos lo quitaron todo. Nos despojaron de nuestra familia y de nuestros amigos, nos quitaron la ropa, nos robaron el futuro. Lo único que conservamos fueron nuestros recuerdos, y ahora estaba a punto de robárselos también.

—Cierra los ojos —susurré—. Voy a terminar la historia.

Noté el hormigueo en el fondo de la mente y dejé que se convirtiera en un rugido. Y cuando le besé, cuando uní mis labios a los de Liam por última vez, deslizarme en el interior de su cerebro fue tan fácil como darle la mano.

Percibí su sobresalto, le oí pronunciar mi nombre, alarmado, pero no le dejé escapar. Me arranqué de su mente, día a día, retazo a retazo, recuerdo a recuerdo,

hasta que no quedó allí nada de Ruby que pudiera agobiarlo ni mantenerlo a mi lado. Fue una extraña sensación de liberación, una sensación que no había sentido en mi vida, o tal vez una sensación que no había sabido reconocer hasta aquel momento.

Pensé entonces en el problema de Chubs, y tuve que tomar una decisión en una fracción de segundo. Si estaba vivo —y tenía que estarlo, no me quedaba otra alternativa—, la Liga acabaría trayéndolo aquí. Pero si Liam estaba al corriente, regresaría para encontrar la manera de liberarlo y todo aquello no habría servido para nada.

Yo cuidaría de Chubs. Yo sería quien le ayudara a huir de la Liga. Liam no tenía por qué pensar que su amigo no había conseguido volver a casa con sus padres; no tenía que haber ningún motivo que le distrajera del objetivo de regresar a su casa. Se trataba de un arreglo muy sencillo, un parche rápido para un recuerdo desagradable...

Y finalmente me quedé sin aliento y sin tiempo. Se abrió la puerta de la habitación y me separé de Liam. Él se quedó rígido, con las manos apoyadas en las rodillas y los ojos cerrados. Cate se quedó mirándonos con el entrecejo fruncido. Me levanté para ir hacia ella.

Los ojos azules de Liam se abrieron en aquel mismo instante y me miró. Pero no veía a Ruby.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, mirándonos a Cate y a mí.

Se tocó la cara, que seguía aún inflamada y magullada.

—Has sufrido un accidente de coche —dije—. Te auxiliaron los de la Liga.

Noté que Cate, a mi lado, se ponía rígida; por el rabillo del ojo capté el repentino cambio de sus facciones cuando comprendió lo que había pasado.

—La Liga... —repitió, entrecerrando los ojos.

—Sí, pero si ya te sientes con fuerzas, puedes irte cuando quieras —dijo Cate cuando se recuperó de la sorpresa—. Tu hermano nos ha pedido que te demos algo de dinero para que te compres un billete del autobús de línea.

—Claro —refunfuñó Liam, palpando el suelo en busca de los zapatos—. ¿Por qué no recuerdo nada del accidente?

No estoy segura de si Cate era consciente de que no había conseguido borrar la expresión de sorpresa de su cara. Hizo el ademán de querer ponerme la mano en el hombro —no sé si para tranquilizarme a mí o a sí misma—, pero me aparté.

—¿Te duele todavía la cabeza? —conseguí decir. Aún llevaba puesta la chaqueta de Liam y no tenía valor para quitármela—. Fue un golpe muy fuerte.

—Un poco —reconoció Liam. No me gustaba nada cómo estaba mirándome, con las cejas unidas en señal de intensa concentración—. ¿Y los de la Liga permiten que me vaya?

Cate asintió y le lanzó desde lejos un sobre. Liam se lo devolvió.

—No quiero vuestro dinero.

—El sobre contiene también el procedimiento a seguir para localizar a tus padres —dijo Cate.

—No lo quiero —replicó Liam—. No lo necesito.

—¿Qué quieres que le diga a Cole?

Liam se enderezó, con las piernas aún débiles.

—Dile que vuelva a casa, y que una vez allí ya hablaremos. —Se dirigió entonces a mí—. ¿Y tú? ¿Eres de verdad una de ellos? Se te ve demasiado sensata como para eso.

Sin decir palabra, cogí el sobre de manos de Cate. Cuando lo deposité en su mano, no me lo devolvió.

—Mejor que te marches cuanto antes.

—No pienso daros las gracias —nos dijo—. No os he pedido que me ayudaraís.

Empezó a bajar por la escalera.

—Oye... —grité. Liam se detuvo y se volvió para mirarme—. Ve con cuidado.

Miró primero a Cate con sus ojos azules y luego a mí.

—Tú también, preciosa.

Lo vi marcharse desde la ventana que dominaba la calle y seguí con la mirada aquella silueta que tan bien conocía. Salió y cerró la puerta a sus espaldas. Sin coche, sin nadie a quien cuidar, sin nadie a quien ayudar. Era completamente libre.

Y parecía feliz. Seguro de sí mismo, al menos. Sus pies adivinaron por instinto la dirección que tenía que seguir para ir hacia su casa. Ya nada le impedía regresar allí.

Liam abrió la puerta de la valla blanca que rodeaba la casa y llegó a la acera. Se cubrió la cabeza con la capucha de la sudadera y miró en ambos sentidos antes de empezar a caminar por la calle a paso ligero. A cada paso que daba, su figura iba haciéndose más pequeña.

«Todo el mundo será tu enemigo, Príncipe con Mil Enemigos», pensé, «y te matarán si te alcanzan. Pero antes tendrán que atraparte, a ti, que cavas, escuchas y corres, príncipe con la alarma presta».

«Sé astuto e ingenioso y tu pueblo nunca será destruido».

Cate se me acercó por la espalda y me acarició el pelo.

—Con nosotros serás feliz —dijo—. Cuidaré de ti.

Corrí los visillos, mientras deslizaba los dedos por el sedoso tejido. Me quedé un instante mirándola, buscando el indicio que delatara su mentira. Me pregunté si pensaría que yo aún era aquella niña que había conseguido sacar clandestinamente de Thurmond, aquella niña que había llorado al ver las estrellas por primera vez.

Porque Cate no sabía que me había convertido en dos personas; que me había dividido entre lo que tanto había querido y lo que ahora me vería obligada a ser. Una parte de mí, la más dura, la más rabiosa, estaría junto a aquellos monstruos y poco a poco se iría amoldando a su manera de ser. Pero había otra Ruby, una Ruby secreta.

Una Ruby fina como una brizna de aire, que había luchado mucho tiempo para seguir con vida. Esa era la Ruby que Liam llevaba consigo, aun sin saberlo. La que le acompañaría siempre escondida en el bolsillo del pantalón, la que le susurraría palabras de aliento y le diría que había nacido para perseguir la luz.

Por primera vez en muchos meses, escuché la voz de Sam susurrarme al oído: «No tengas miedo. No dejes que te vean».

Me aparté de la ventana y no volví la vista atrás.



ALEXANDRA BRACKEN. Nació el 27 de febrero de 1987 y se crió en Arizona, Estados Unidos, pero se trasladó hasta la otra punta del país para estudiar en la Universidad de William y Mary en Williamsburg, Virginia, donde se graduó con una licenciatura en Historia y de Inglés en mayo de 2009. Desde hace un tiempo vive en Nueva York, donde trabaja en el mundo de la edición y ocupa un encantador apartamento abarrotado de libros. Publicó su primer libro, escrito como un regalo de cumpleaños, mientras estudiaba y ahora inicia su primera trilogía con *Mentes poderosas*. Según *Publishers Weekly*, es una autora novel que hay que vigilar de cerca.

Notas

[1] *Chubs* es el nombre con el que vulgarmente se conoce al bagre, o *Leuciscuscephalus*, un pez de agua dulce que se caracteriza por su cuerpo robusto y que alcanza hasta los ocho kilos de peso. (N. de la t.) <<